

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Mary Lowell Putnam.

Vol. 15

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

CONSEJERO DE ESTADO, VOCAL DEL REAL CONSEJO DE INSTRUCCION PUBLICA, INDIVIDUO DE NUMERO DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS, MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS DE BRUSELAS, DE LA DE CIENCIAS DE LISBOA, DE LA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE ISABEL LA CATOLICA, ETC., ETC., ETC.

EDICION ECONOMICA.

TOMO I.

MADRID: 1861.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

CALLE DE SANTA TERESA, NUMERO 8.

DISCURSO PRELIMINAR.

I.

La humanidad vive, la sociedad marcha, los pueblos sufren cambios y vicisitudes, los individuos obran. ¿Quién los impulsa? ¿Es la fatalidad? ¿Hemos de suponer la sociedad humana abandonada al acaso, ó regida solo por leyes físicas y necesarias, por las fuerzas ciegas de la naturaleza, sin guia, sin objeto, sin un fin noble y digno de tan gran creacion? Esto, sobre arrancar al hombre toda idea consoladora, sobre secar la fuente de toda noble aspiracion, sobre esterilizar hasta la virtud mas fundamental de nuestra existencia, la esperanza, equivaldría á suprimir todo principio de moralidad y de justicia, de bien y de mal, de premio y de castigo, sería hacer de la sociedad una máquina movida por resortes materiales y ocultos. Referiríamos impasibles los hechos, y nos dispensaríamos del sentimiento y de la reflexion. Veríamos morir sin amor y sin lágrimas al inocente, y contaríamos sin indignacion los crímenes del malvado; mejor dicho, no habria ni criminales ni inocentes; unos y otros habrian sido arrastrados por las leyes inexorables de su respectivo destino, no habrian tenido libertad. Desechemos el sombrío sistema del fatalismo; concedamos mas dignidad al hombre, y mas altos fines al gran pensamiento de la creacion.

Por fortuna hay otro principio mas alto, mas noble, mas consolador, á que recurrir para esplicar la marcha general de las sociedades, la Providencia, que algunos, no pudiendo comprenderla, han confundido con el fatalismo. Aun suponiendo que los libros santos no nos hubieran revelado esa Providencia que guia al universo en su magestuosa marcha por las inmensidades del tiempo y del espacio, nada mejor que la historia pudiera hacerla adivinár, enseñándonos á reconocerla por ese encadenamiento de sucesos con que el género humano va marchando hácia el fin á que ha sido destinado por el que le dió el primer impulso y le conduce en su carrera. Dado que el órden providencial fuera tan inesplicable como el fatalismo, le prefeririamos, siquiera fuese solamente por los consuelos que derrama en el corazon del hombre la santidad de sus fines. El que trazó sus órbitas á los planetas, no podia haber dejado á la humanidad entregada á un impulso ciego.

Creemos, pues, con Vico en la direccion y el órden providencial, y admitimos además con Bossuet la progresiva tendencia de la humanidad hácia su perfeccionamiento; y que este compuesto admirable de pueblos y de naciones diferentes, de familias y de individuos, va haciendo su carrera por el espacio inmenso de los siglos, aunque á las veces parezca hacer alto, á las veces parezca retroceder, hasta cumplir el término de la vida: es una pirámide cuya base toca en la tierra, y cuya cúspide se remonta á los cielos.

He aqui los dos grandes y luminosos fanales que nos han guiado en nuestra historia. De esta escala de Jacob procuramos servirnos para subir de los hechos á la esplicacion del principio, y para descender alternativamente á la comprobacion del principio por la aplicacion de los sucesos.

En esta marcha magestuosa, los individuos mueren y se renuevan como las plantas; las familias desaparecen para renovarse tambien; las sociedades se trasforman, y de las ruinas de una sociedad que ha perecido nace y se levanta otra sociedad nueva. Pasan esos eslabones de la cadena del tiempo que llamamos siglos: y al través de estas desapariciones, de estas muertes, y de estas mudanzas, una sola cosa permanece en pié, que marchando por

encima de todas las generaciones y de todas las edades camina constantemente hácia su perfeccion. Esta es la gran familia humana. «Todos los hombres, dijo ya Pascal, durante el curso de tan«tos siglos pueden ser considerados como un mismo hombre que «subsiste siempre, y que siempre está aprendiendo.» Gigante inmortal, que camina dejando tras sí las huellas de lo pasado, con un pié en lo presente, y levantando el otro hácia lo futuro. Esta es la humanidad, y la vida de la humanidad es su historia.

Como en todo compuesto, asi en este gigantesco conjunto cada parte que le compone tiene una funcion propia que desempeñar. Cada individuo, cada familia, cada pueblo, cada nacion, cada sociedad ha recibido su especial mision, como cada edad, cada siglo, cada generacion tiene su índole, su carácter, su fisonomía, todo en relacion á la vida universal de la humanidad. ¿Cómo concurre cada una de estas partes á la vida y á la perfeccion de la gran sociedad humana? No es fácil ciertamente penetrar todas las armonías secretas del universo. Entre muchas relaciones que se comprenden, escápanse otras infinitas á la sagacidad del entendimiento humano. A veces un acontecimiento grande, ruidoso, universal, revela á las naciones que á él han cooperado el objeto y fin de su marcha anterior, hasta entonces de ellas mismas desconocido. No estrañamos que esto fuese ignorado de los antiguos, porque faltaban las lecciones prácticas de los grandes ejemplos; pero hoy la humanidad ha vivido ya mucho, ha salido de su menor edad, ha visto y sufrido muchas trasformaciones, y ha podido apercibirse de su destino, y aprender en lo conocido las conexiones secretas de lo que le resta por conocer. Pongamos un ejemplo.

Una generacion antigua, dividida en grupos de naciones, avanzaba hácia un fin que conocia solo el que guiaba secretamente el movimiento, al modo que las legiones de un gran ejército concurren á un punto dado por caminos y direcciones diferentes para encontrarse reunidas en un mismo dia, sin que nadie penetre el objeto sino el general en gefe que ha dispuesto aquella combinacion de evoluciones. Ocurrió la proclamacion del cristianismo en las naciones del mundo y la gran catástrofe de la caida del imperio romano. Y entonces pudieron conocer los pueblos de la antigüedad

que todos habian contribuido sin saberlo á aquella grande obra de la regeneracion humana. Entonces pudo penetrar el filósofo que no en vano la Providencia habia colocado la cabeza de aquel imperio en el centro del Mediterráneo, que no en vano habia dotado al pueblo-rey de aquel espíritu incansable de conquista; porque era necesario un poder, que poniendo en comunicacion todos los territorios, todas las naciones mediterráneas, conquistador primero y civilizador después, difundiera por todas aquellas regiones un mismo lenguaje, una misma religion, un mismo derecho. Necesario era que se desplomára aquel grande imperio al soplo del cristianismo; necesario era que la Italia, las Galias, la España, el Africa, la Grecia, el Asia menor, la Siria, el Egipto, la Judea, que despues de estar sometidos el judaismo y el politeismo á una sola voluntad, presenciaran aquella general trasformacion, para que el mundo antiguo se convenciera de que llevaba en sí el secreto defecto de un principio insuficiente para sostener la vida, y de que si el género humano habia de seguir marchando hácia su perfeccion necesitaba ya de otra religion, de otra civilizacion, de otra vida.

Tenemos, pues, fé en el dogma de la vida universal del mundo, que se alimenta de la vida de todos los pueblos, de todas las regiones, de todas las castas, y de todas las edades. Que cuando la vida humana ha gastado su alimento en unos climas, pasa á rejuvenecerse en otros donde halla sávia abundante. Que cada edad que pasa, cada trasformacion social que sucede, va dejando algo con que enriquecer la humanidad, que marcha adornada con los presentes de todas. Levántase á veces un génio exterminador, y el mundo presencia el espectáculo de un pueblo que sucumbe á sus golpes destructores; pero de esta catástrofe viene á resultar, ó la libertad de otros pueblos, ó el descubrimiento de una verdad fecundante, ó la conquista de una idea que aprovecha á la masa comun del género humano. A veces una creencia que parece contar con escaso número de seguidores, triunfa de grandes masas y de poderes formidables. Y es que cuando suena la hora de la oportunidad, la Providencia pone la fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas. A veces pueblos,

sociedades, formas, suelen desaparecer á los sentidos externos; y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente período de su desarrollo, y nuevas generaciones van á funcionar con mas robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.

Creemos pues tambien en la progresiva perfectibilidad de la sociedad humana, y en el enlace y sucesion hereditaria de las edades y de las formas que engendran los acontecimientos, todos coherentes, ninguno aislado, aun en las ocasiones que parece ocultarse su conéxion. Para nosotros es una gran verdad el célebre dicho de Leibnitz: «Lo presente, producto de lo pasado, engendra á su vez lo futuro.»

Líbrenos Dios de acoger la desconsoladora idea del contínuo deterioro de nuestra especie, que formuló Horacio diciendo: «La «edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos «produjo á nosotros, peores que nuestros padres, y que daremos «pronto el ser á una raza mas depravada que nosotros.»

> Aetas parentum, pejor avis, tulit
> Nos nequiores, mox daturos
> Progeniem vitiosiorem.

Idea que descúbre la imperfeccion de la filosofía pagana. Nosotros repetimos con un filósofo cristiano: «Es la mision de los si«glos modernos adelantar y luchar, y si la palabra de Dios no es «engañosa, irá desarrollándose y realizándose cada vez mas la ley «del amor y de la justicia; y como en ella consiste asimismo el «perfeccionamiento del órden moral, será infalible el progreso, «porque habrá venido á ser la ley natural de la humanidad.»

Tan lejos estamos de creer en el empeoramiento sucesivo de la raza humana, que no veríamos con complacencia volver los tiempos del mismo Horacio. Con todos los males que sentimos, con todas las miserias que lamentamos, no cambiaríamos la edad presente por las que la precedieron, salvos cortos y parciales períodos de pasagera felicidad, que habrán sido el estado excepcional de un pueblo, no la condicion normal del mundo. Aunque una historia

universal lo probaria mejor, la de España lo acreditará cumplidamente.

Si no temiéramos hacer de este discurso una disertacion filosófico-moral, expondríamos cómo entendemos nosotros la conciliacion del libre albedrío con la presciencia, y cómo se conserva la libertad moral del hombre en medio de las leyes generales é inmutables que rigen el universo bajo la oculta accion de la Providencia. Pero no es ocasion de probar; nos contentamos con exponer nuestros principios, nuestro dogma histórico. Y anticipadas estas ideas, que hemos creido oportuno indicar para que se conozca el punto de vista bajo el cual consideramos la historia, creemos llegado el caso de circunscribirnos á la particular de España, objeto de nuestros trabajos, y de echar una ojeada general sobre cada una de sus épocas, para ver cómo se fué formando en lo material y en lo político esto que hoy constituye la monarquía española.

II.

Si la estructura de este compuesto sistemático de territorios que nombramos Europa revela el grandioso plan del Criador para la gran ley de la unidad en la variedad; si esas divisiones geográficas parecen hechas y concertadas para que dentro de cada una de ellas pueda encontrar cada sociedad las condiciones necesarias para una existencia propia; si aun suponiendo la Europa ocupada por un solo pueblo habríamos de ver tendencias irresistibles á la particion de esta gran república en grupos distintos, que aspiráran á formar cada cual una nacionalidad aparte; ¿quién no descubre en la situacion geográfica de España la particular mision que está llamada á cumplir en el desarrollo del magnífico programa de la vida del mundo? Cuartel el mas occidental de Europa, encerrado por la naturaleza entre los Pirineos y los mares, divididas sus comarcas por profundos rios y montañas elevadísimas, como delineadas



y colocadas por la mano misma del grande artífice, parece fabricado su territorio para encerrar en sí otras tantas sociedades, otros tantos pueblos, otras tantas pequeñas naciones, que sin embargo han de amalgamarse en una sola y comun nacionalidad, que corresponda á los grandes límites que geográficamente le separan del resto de las otras grandes localidades europeas. La historia confirmará los fines de esta física organizacion.

Asi, desde que los primeros pobladores se derraman por las varias zonas de su territorio, al paso que se van asentando en sus diferentes comarcas, la variedad del clima y de las producciones de cada suelo, la dificultad que el terreno presenta para mantener relaciones entre las familias que se segregan, los hace ir contrayendo hábitos y ocupaciones diferentes. Intereses locales diversos, muchas veces encontrados, aflojan los vínculos sociales entre la familia comun, al tiempo que ligan y estrechan los de los moradores de cada localidad. Grupos primero, tribus después, pueblos y naciones mas adelante, llegan á guerrear entre sí, ó por la necesidad de ensancharse, ó por incompatibilidad de intereses, ó por rivalidades que siempre se suscitan entre vecinos pueblos, tratándose como estraños, y olvidándose al parecer de su comun orígen. Pero en medio de esta diversidad de tendencias y de genios, se conserva siempre un fondo de carácter comun, que se mantiene inalterable al través de los siglos, que no bastan á extinguir ni guerras intestinas ni dominaciones estrañas, y que anuncia habrá de ser el lazo que unirá un dia los habitantes del suelo español en una sola y gran familia, gobernada por un solo cetro, bajo una sola religion y una sola fé. Y cuando con el trascurso de los tiempos se cumple este destino providencial del pueblo español, entonces conservando la España su fisonomía especial, se desarrolla su vida en órden inverso. Antes, al través del fraccionamiento y de la variedad, manteníase vivo un fondo de carácter que recordaba la identidad del antiguo orígen y hacía presagiar la unidad futura; despues, en medio de la unidad, conservan los pueblos sus especiales y primitivos hábitos, y con el recuerdo de lo que fueron, las tendencias al aislamiento pasado. Antes, la unidad en la variedad, despues la variedad en la unidad. Pueblo siempre uno y

múltiple, como su estructura geográfica, y cuya particular organizacion hace sobremanera complicada su historia, y no parecida á la de otra nacion alguna.

Y á pesar de tener tan en relieve designados sus naturales límites, jamás pueblo alguno sufrió tantas invasiones. El Oriente, el Norte y el Mediodía, la Europa y el África, todos se conjuran sucesivamente contra él. Pero tampoco ninguno ha opuesto una resistencia tan perseverante y tenaz á la conquista. Á fuerza de tenacidad y de paciencia acaba por gastarlos á todos, y por vivir mas que ellos

El valor, primera virtud de los españoles, la tendencia al aislamiento, el instinto conservador y el apego á lo pasado, la confianza en su Dios y el amor á su religion, la constancia en los desastres y el sufrimiento en los infortunios, la bravura, la indisciplina, hija del orgullo y de la alta estima de sí mismo, esa especie de soberbia, que sin dejar de aprovechar alguna vez á la independencia colectiva, le perjudica comunmente por arrastrar demasiado á la independencia individual, gérmen fecundo de acciones heróicas y temerarias, que asi produce abundancia de intrépidos guerreros, como ocasiona la escasez de hábiles y entendidos generales, la sobriedad y la templanza, que conducen al desapego del trabajo, todas estas cualidades que se conservan siempre, hacen de la España un pueblo singular que no puede ser juzgado por analogía. Escritores muy ilustrados han incurrido en errores graves y hecho de ella inexactos juicios, no imaginando que pudiera haber un pueblo cuyas condiciones de existencia fuesen casi siempre diferentes, muchas veces contrarias á las del resto de Europa.

¿Qué mas? Como si la Providencia hubiera querido hacer resaltar del modo mas visible el destino especial de esta península, colocó al lado del pueblo mas vivo y mas impaciente, el mas bien hallado con sus antiguos hábitos; al lado del mas descontentadizo y dado á las novedades, el menos agitado por los cuidados del porvenir; de la nacion mas activa y mas voluble, la menos aficionada á crearse nuevas y facticias necesidades: como si estuviesen destinados los dos vecinos pueblos, Francia y España, á contrabalancear la impetuosa fogosidad del uno con la fria calma del otro, ó

á alentar el instinto estacionario de éste con el afan innovador de aquél. ¡Cuántas veces ha influido en bien de la vida universal de la humanidad este carácter compensador de los dos pueblos mas occidentales de Europa!

Y no obstante, cuando este pais, habitualmente inactivo, rompe su natural moderacion, y rebosando vida y robustez se desborda con un arranque de impetuosidad desusada, entonces domina y sujeta otros pueblos, sin que baste nada á resistirle, descubre y conquista mundos, aterra, admira, civiliza á su vez, para volver á encerrarse en sus antiguos límites, como los rios que vuelven á su cauce despues de haber fecundado en su desbordamiento dilatadas campiñas.

Mas el apego á lo pasado no impide á la España seguir, aunque lentamente, su marcha hácia la perfectibilidad; y cumpliendo con esta ley impuesta por la Providencia, va recogiendo de cada dominacion y de cada época una herencia provechosa, aunque individualmente imperfecta, que se conserva en su idioma, en su religion, en su legislacion y en sus costumbres. Veremos á este pueblo hacerse semi-latino, semi-godo, semi-árabe, templándose su rústica y genial independencia primitiva con la lengua, las leyes y las libertades comunales de los romanos, con las tradiciones monárquicas y el derecho canónico de los godos, con las escuelas y la poesía de los árabes. Verémosle entrar en la lucha de los poderes sociales que en la edad media pugnan por dominar en la organizacion de los pueblos. Veremos combatir en él las simpatías de orígen con las antipatías de localidad, las inmunidades democráticas con los derechos señoriales, la teocracia y la influencia religiosa con la feudalidad y la monarquía. Verémosle sacudir el yugo estrangero, y hacerse esclavo de un rey propio; conquistar la unidad material, y perder las libertades civiles; ondear triunfante el estandarte combatido de la fé, y dejar al fanatismo erigirse un trono. Verémosle mas adelante aprender en sus propias calamidades y dar un paso avanzado en la carrera de la perfeccion social; amalgamar y fundir elementos y poderes que se habian creido incompatibles, la intervencion popular con la monarquía, la unidad de la fé con la tolerancia religiosa, la pureza del cristia-

nismo con las libertades políticas y civiles; darse, en fin, una organizacion en que entran á participar todas las pretensiones razonables y todos los derechos justos. Veremos refundirse en un símbolo político, asi los rasgos característicos de su fisonomía nativa como las adquisiciones heredadas de cada dominacion, ó ganadas con el progreso de cada edad. Organizacion ventajosa relativamente á lo pasado, pero imperfecta todavía respecto á lo futuro, y al destino que debe estar reservado á los grandes pueblos segun las leyes infalibles del que los dirige y guia.

¿Cómo ha ido pasando la España por todas estas modificaciones? ¿Cómo ha ido llegando el pueblo español al estado en que hoy á nuestros ojos se presenta? ¿Cómo se ha ido desarrollando su vida propia y su vida relativa? Echemos una ojeada general por su historia, examinemos rápidamente cada una de sus épocas.

III.

El Asia, cuna y semillero de la raza humana, surte de pobladores á Europa. Tribus viageras, que á semejanza del sol caminan de Oriente á Occidente, vienen tambien á asentarse en este suelo que tomó despues el nombre de España. Los primeros moradores de que las imperfectas y oscuras historias de los mas apartados tiempos nos dan noticia, son los Iberos.

Pero otra raza de hombres viene á turbar á los Iberos en la pacífica posesion de la península. Los Celtas, *hombres de los bosques*, no tardan en chocar con los Iberos, *hombres del rio*. Mas, ó demasiado iguales en fuerzas para poderse arrojar los unos á los otros, ó conocedores en medio de su estado incivil de sus intereses, acaban por aliarse y formar un solo pueblo bajo el nombre de Celtiberos. Acaso prevalezca el carácter ibérico sobre el celta, y le imprima su civilizacion relativa. Y aunque las dos primitivas razas conserven algunos rasgos distintivos de su carácter, sus cualidades comunes, tales como nos las pinta Estrabon en el monumento que arroja mas luz sobre aquellos tiempos ante-históricos, son el valor.

y la agilidad, el rudo desprecio de la vida, la sobriedad, el amor á la independencia, el odio al estrangero, la repugnancia á la unidad, el desden por las alianzas, la tendencia al aislamiento y al individualismo, y á no confiar sino en sus propias fuerzas.

Los iberos y los celtas son los creadores del fondo del carácter español. ¿Quién no ve revelarse este mismo genio en todas las épocas, desde Sagunto hasta Zaragoza, desde Anibal hasta Napoleon? ¡Pueblo singular! En cualquier tiempo que el historiador le estudie, encuentra en él el carácter primitivo, creado allá en los tiempos que se escapan á su cronología histórica.

Menester era, no obstante, que la civilizacion de otros pueblos mas adelantados viniera á suavizar algun tanto la ruda energía de aquellos primeros pobladores. La Biblia habia elogiado el oro de Tharsis, y creíase que los Campos Elíseos de Homero eran las riberas del Bétis. Alicientes eran estos que no podian dejar de escitar la codicia de los especuladores fenicios, los mas acreditados navegantes de su tiempo, y pronto se vió á los bageles tirios aportar á las playas meridionales de España. El litoral de la Bética se abre sin dificultad á aquellos mercaderes inofensivos, que parece no vienen á hostilizar el pais, sino á erigir un templo á Hércules, y á cambiar artefactos desconocidos por un oro cuyo precio tampoco conocen los naturales. Ellos avanzan, establecen factorías de comercio, explotan minas, trasportan las riquezas á Tiro, y dejan á los iberos algunas mercancías y las primeras semillas de una civilizacion.

Resonaba ya en Grecia la fama de las riquezas de nuestra península, y á su vez los griegos de Rodas, los de Zante y los focenses, acuden á este suelo afortunado; fundan á Rosas, Sagunto, Denia y Ampurias, y enseñan á los españoles el culto de Diana y el alfabeto de Cadmo, aprendido de los fenicios y modificado por ellos. Tampoco oponen los naturales gran resistencia á los nuevos colonizadores, porque hasta ahora solo han esperimentado los dos mas suaves sistemas de civilizacion, el del comercio y el de las letras.

Pero no tardan los fenicios en inspirar recelos á los indígenas, que apercibidos de su credulidad, y viendo de mal ojo la arro-

gancia de aquellos, y el ascendiente que les permite tomar su excesiva opulencia, comienzan á dar las primeras muestras de su humor independiente y altivo, y no dejan gozar de reposo á los colonos de Cádiz, guerreándolos y hostigándolos sin piedad. Los gaditanos en su apuro acuden en demanda de auxilio á sus hermanos de Cartago, colonia tambien de Tiro é hija suya emancipada, que habiendo asesinado á su madre por heredarla, no es estraño que se propusiera matar tambien á su hermana de Cádiz fingiéndose su protectora.

El ataque de los españoles á los fenicios es la primera protesta séria de su independencia; la venida de los cartagineses, el primer anuncio de las rudas pruebas que los aguardan; y la espulsion de los fenicios por sus hermanos de Cartago, el primer ejemplo que en España se ofrece de cómo los auxiliadores invocados suelen trocarse en dominadores y enemigos. En nuestra historia veremos cuán fácilmente olvidan los hombres estos aleccionamientos.

En efecto, apenas sientan los cartagineses su planta en España, estos mercaderes y guerreros sin corazon, atacan igualmente á fenicios, á griegos y á indígenas. Á beneficio de la antigüedad y superioridad de sus armas subyugan el litoral, brecha siempre abierta á la invasion; pero no penetran en el inmenso laberinto de la España central sin tener que sufrir sérios choques y obstinada resistencia de parte de un pueblo rudo, pero libre. La lucha dura siglos enteros, y Cartago conquista pero no domina.

Difirióse la conquista de España mientras la república entretenia sus ejércitos en las guerras de Sicilia y de Africa. Pero el leon de Numidia, que no ha cesado de atisbar su presa de España, no esperaba sino una ocasion oportuna para lanzarse sobre ella. Preséntase esta ocasion despues de la primera guerra púnica, y Cartago, que medita resarcirse en España de sus pérdidas de Sicilia, desemboca en ella sus mayores ejércitos y sus mejores generales. El genio de la conquista se encontró con el genio de la resistencia, y á Anibal, el mayor guerrero del siglo, respondió Sagunto, la ciudad mas heróica del mundo. De las ruinas humeantes de Sagunto salió una voz que avisó á las generaciones futuras de cuánto era capaz el heroismo español. Trascurridos millares de años, el eco de

otra ciudad de España, y con ella todo el pueblo, respondió á la voz de Sagunto, mostrando que al cabo de veinte siglos no habia sido olvidado su alto ejemplo.

Roma aparece á su vez en nuestro suelo. Pero no viene á socorrer á Sagunto su aliada. Se le ha pasado el tiempo en meditarlo, y es tarde. Viene á distraer á sus rivales los cartagineses, que amenazaban acabar con el poder romano en el corazon mismo de la república, y desde entonces queda señalada, y como de mútuo y tácito acuerdo elegida esta region para teatro sangriento en que las dos mas poderosas y eternamente enemigas repúblicas se han de disputar el imperio del mundo. Tratábase de decidir en esta lucha si la esclavitud del género humano saldria del senado de Cartago ó del de Roma. Los españoles, en vez de aliarse entre sí para lanzar de su suelo á unos y á otros invasores, se hacen alternativamente auxiliares de los dos rivales contendientes, y se fabrican ellos mismos su propia esclavitud. Es el genio ibero, es la repugnancia á la unidad y la tendencia al aislamiento el que les hace forjarse sus cadenas. Hombres individualmente indomables, se harán esclavos por no unirse. Los veremos tenaces en conservar sus virtudes como sus defectos. Las mismas causas, los mismos vicios de carácter y de organizacion traerán en tiempos posteriores la ruina de España, ó la pondrán al borde de su pérdida.

Decídese despues de largas luchas en los campos españoles que el cetro del mundo pertenecerá á Roma. La cuestion no la resuelven ni la superioridad de las armas romanas sobre las cartaginesas, ni la de los talentos de Escipion sobre los de Anibal. Resuélvenla los españoles mismos, que mas simpáticos hácia los romanos, porque han tenido el artificio de presentarse mas nobles y generosos hácia ellos, se identifican mas con su causa, y les prestan mayor y mas eficaz auxilio. Roma triunfa, y los cartagineses son expulsados de España. Quedaron aqui las cenizas de Amilcar y de Asdrubal, y muchos testimonios de la fé púnica. Por lo demas, ni una institucion política, ni un pensamiento filantrópico, ni una idea humanitaria. Pasó su fugitiva dominacion como aquellos meteoros que destruyen sin fecundar.

Escipion victorioso, pasa á Roma á dar gracias á Júpiter Capi-

tolino. Escipion se creyó dueño de España con la expulsion de los cartagineses, y no habia hecho sino vencer á Cartago en España. Lisonjeábase de haber añadido una provincia mas al imperio, y se equivocó en doscientos años. Ni Escipion ni el senado pudieron imaginarse entonces que habian de pasar dos siglos antes de poder llamar á España provincia de Roma.

Ciertamente si todos los romanos hubieran sido Escipiones, si todos se hubieran conducido como el generoso vencedor de Cartagena, nada mas fácil á Roma amiga que haberse convertido en Roma señora. Mas cuando los españoles se vieron tratados, no como aliados ó amigos, sino como pueblo conquistado; cuando se vieron sometidos á una série de avaros procónsules y de pretores codiciosos, esplotadores procaces de sus riquezas, con un sistema regularizado de exacciones y de rapiñas en mas ancha escala que las habian ejercido los cartagineses, entonces se apercibieron de su decepcion, resucitó el innato y fiero humor independiente de los indígenas, y dió principio la guerra de resistencia, cadena perpétua de sumisiones y de rebeliones siempre renacientes, que comenzó por los ilergetes y acabó dos siglos despues por los cántabros y astures, y que costó arroyos de sangre á los españoles y rios de sangre á los romanos.

¡Cosa singular! Aquellos españoles que enseñaron al mundo de cuánto era capaz el genio de la independencia, ayudado del valor y de la perseverancia, no pudieron aprender ellos mismos la mas sencilla de todas las máximas, la fuerza que da la union. O tan desconocido, ó tan opuesto era á su genio este principio de que un estado moderno ha hecho su símbolo nacional.

Viriato, ese tipo de guerreros sin escuela de que tan fecundo ha sido siempre el suelo español, que de pastores ó bandidos llegan á hacerse prácticos y consumados generales; Viriato derrota cuantos pretores ó cónsules, y cuantas legiones envia Roma contra él. Pero los españoles, en vez de agruparse en derredor de la bandera de tan intrépido gefe, permanecen divididos, y Viriato pelea aislado con sus bandas. Aun asi desbarata ejércitos, y hace balancear el poder de la república, que en su altivez no se avergüenza de pedirle la paz; y no sabemos dónde hubiera llegado, si la traicion romana

no hubiera clavado el puñal asesino en el corazon del generoso guerrero lusitano. ¿Qué fuera si le hubiera ayudado el resto de los españoles?

Numancia, la inmortal Numancia, que probó con su ejemplo lo que nadie hubiera creido, á saber, que cabia en lo posible esceder en heroismo y en gloria á Sagunto; Numancia, terror y vergüenza de la república, vencedora de cuatro ejércitos con un puñado de valientes; Numancia, cuando se ve apurada, aunque no combatida, por el formidable ejército de Escipion, demanda socorro á sus vecinos, sus mandatarios le imploran de pueblo en pueblo, pero en vez de auxilio eficaz encuentran solo una compasion estéril, y Numancia se defiende sola y entregada á sus propias y escasas fuerzas. Asi con todo, el mundo duda por algun tiempo cuál de las dos será la vencedora y cuál la vencida, si Roma ó Numancia, si la señora del orbe ó la pobre ciudad de la Celtiberia. ¿Qué hubiera sido pues de Roma y de los romanos, si los jamás confederados españoles hubieran unido sus fuerzas, aisladamente formidables, en torno del guerrero ó de la ciudad, de Viriato ó de Numancia?

Pero si los españoles, entonces medio inciviles, no aprendieron en dos siglos de costosa prueba á emplear el medio de la union que hubiera podido darles el triunfo, aun es mas de maravillar que la civilizada Roma no empleára á su vez otro medio de conquista mas suave, mas pronto y mas seguro que el de las armas, y mas económico de sangre y de esfuerzos, el de ganar los corazones de los españoles con la generosidad.

Anibal habia fingido amarlos, y fué la causa de que á pesar del sacrificio de Sagunto le siguieran aquellos españoles que le dieron los triunfos de Trasimeno y Cannas. Los Escipiones hallaron auxiliares donde quiera que supieron buscar amigos, y ganando primero los corazones de los españoles, ganaban despues batallas á los cartagineses. Mas tarde Sertorio, proscrito romano, busca un asilo en España, estudia el carácter de este pueblo, tan indomable por el rigor como fácil de ganar por la dulzura, le encuentra agriado por las injusticias de Roma, le acaricia, halaga el orgullo nacional, se muestra justo y benéfico, y captándose el afecto de los naturales, acuden estos en masa en derredor de un hombre, que en el

hecho de ser generoso y justo ha dejado de ser para ellos estrangero. El proscrito de Sila se encuentra al poco tiempo en actitud de desafiar la república, y á punto de emancipar la España ó de hacer de ella una segunda Roma. Y si no se completó su obra, fué porque Sertorio tuvo la virtud y el defecto de no acabar de ser español y no querer dejar de ser romano. A pesar de esto, Sertorio perece víctima de la negra traicion de un general, romano como él, y los soldados españoles llevan su fidelidad al gefe estrangero hasta el punto de darse la muerte por no sobrevivirle.

Tal habia sido constantemente su conducta. Y sin embargo de estos ejemplos, Roma siempre ciega, no aprendió nunca á ser generosa, como España, siempre crédula y siempre fraccionada, no aprendió nunca ni á desconfiar ni á unirse. Ni Roma ni España aprendieron lo que les convenia, y estuvieron doscientos años destrozándose sin conocerse.

Venció por último el número al valor, y se decidió en los campos ibéricos que Roma quedaba señora de España y del mundo. Restaba saber á cuál de los gefes que representaban las parcialidades ó bandos que dentro de la misma república se disputaban el cetro de la universal dominacion, le quedaria ésta adjudicada. Tambien tuvo España el triste privilegio de ser el teatro escogido para el desenlace de este drama largo y sangriento. Los españoles, incorregiblemente sordos á la voz de la unidad, fáciles en apasionarse de los grandes genios, y fieles siempre á los que una vez juraban devocion ó alianza, en vez de limitarse á presenciar con ojo pasivo é indiferente, ó á celebrar en un caso con maliciosa y perdonable sonrisa cómo agotaban entre sí sus fuerzas los dos ambiciosos rivales, cometieron la última imprudencia, la de pelear, ya en favor de César, ya en el de los Pompeyos, acabando asi de forjarse los hierros de su esclavitud, que esto y no otra cosa podian esperar cualquiera que fuese el que ciñera el laurel de la victoria.

En los campos de Munda se pronunció el fallo que declaró al vencedor de Farsalia dueño de España y del orbe. En aquel vasto cementerio de cadáveres romanos quedó sepultada la independencia española. César redondea su conquista apoderándose de unas pocas ciudades todavía rebeldes, y dando por terminado el papel

de conquistador, comienza el de político, regularizando una administracion en la Península, de cuya pureza, sin embargo, no dejó consignado el mejor ejemplo personal. Sin duda aquel mismo Hércules de Cádiz, que antes habia visto á César obligar al ávido Varron á devolver los tesoros que habia robado de su templo, no debió ver con satisfaccion á aquel mismo César despojarle de ellos á su vez. Pero hacíanle falta para ganar la venalidad del pueblo romano, y comprar á peso de oro los votos de los comicios.

Debieron lisonjear mucho al vencedor los nombres de *Julia* ó de *Cesárea* con que se apresuraron á apellidarse muchas poblaciones españolas, engalanándolos con alguna de las virtudes del conquistador.

Antes de salir de España quiso César plantar con su mano en la elegante Córdoba el famoso plátano que inmortalizó la graciosa musa del español Marcial: plátano que habia de simbolizar la civilizacion romana, hasta que sobre sus secas raices creciera, tiempo andando, en los mismos jardines de Córdoba la esbelta palma de Oriente, plantada por el califa poeta Abderrahman, emblema de otra civilizacion que reemplazaba á la romana; viniendo á ser aquella ciudad favorecida el centro de dos civilizaciones, representadas en dos árboles, plantados por las manos del genio del Mediodía y del genio del Oriente.

Parecia que no faltaba ya nada á Roma para ser señora absoluta de España; y asi hubiera acontecido en todo otro pais en que estuviera menos arraigado el amor á la independencia. Pero habíase este refugiado y conservábase en las montañas, último baluarte de las libertades de los pueblos, como las cuevas suelen ser el postrer asilo de la religion perseguida. Era ya Roma dueña del mundo, y solamente no lo era todavía de algunos rincones de España habitados por rudos montañeses, en cuyas humildes cabañas no habia logrado penetrar ni el genio de la conquista ni el genio de la civilizacion. Los cántabros y los astures se atrevieron todavia á desafiar ellos solos, pocos, pobres é incivilizados, el poderío inmenso de la justamente enorgullecida Roma. Parece que la soberbia romana hubiera debido mirar con desdeñosa indiferencia la temeraria protesta de aquellas pobres gentes, como los últi-

mos impotentes esfuerzos de un moribundo. Y sin embargo, fué menester que el mismo Augusto descendiera del sólio que el mundo acababa de erigirle, para venir en persona á combatir á un puñado de montaraces. En esta desigual campaña pudo recoger un triunfo que no era posible disputarle, pero triunfo sin gloria; la gloria fué para los vencidos, que solo lo fueron ó recibiendo la muerte ó dándosela con propia mano.

Ya Augusto habia cerrado solemnemente el templo de Jano, signo de dar por pacificado el mundo, y todavía de los riscos de Asturias, de allí donde en siglos posteriores habia de revivir el fuego de la independencia, salió el último reto de la libertad contra la opresion. Augusto pudo avergonzarse de haberse anticipado á cerrar el templo del dios de las dos caras. Otra lucha todavía mas desigual, y por lo tanto menos gloriosa para las armas romanas, acababa de decidir el triunfo definitivo. Los cántabros y astures, oprimidos por el número de sus enemigos, ó buscan una muerte desesperada en las lanzas romanas, ó se la dan con sus propios aceros; en los valles y en los montes se reproducen las escenas de Sagunto y de Numancia: las madres degüellan á sus propios hijos para que no sobrevivan á la esclavitud, y solo asi logran las águilas romanas penetrar en las montuosas regiones de la Península.

«La España (ha dicho el mas importante de los historiadores romanos), la primera provincia del imperio en ser invadida, fué la última en ser subyugada.» No somos nosotros, ha sido el primer historiador romano el que ha hecho la mas cumplida apología del genio indomable de los hijos de nuestro suelo.

IV.

Reducida España á simple provincia de Roma, con dioses, lengua, leyes y costumbres romanas, cesa ó se interrumpe por siglos enteros la que podemos llamar su historia activa y propia, y comienza su historia política, si bien refundida en su mayor parte en la del antiguo mundo europeo.

Tocóle á Octavio Augusto llenar una de las mas bellas misiones que pueden caber á un mortal, la de pacificar el mundo que César habia conquistado; y España bajo la paz octaviana recibe la unidad y la civilizacion á cambio de la independencia perdida. Bajo su benéfica administracion descansa España de sus largas guerras, y recibiendo un trato y unas mejoras á que no estaba acostumbrada, no es maravilla que levante templos y altares al primer señor del mundo á quien la lisonja humana habia divinizado. Cierto que serian mas hijas del cálculo que del sentimiento las virtudes que le merecieron la apoteosis, y que invocó á las musas para que cubrieran con laureles el cetro con que avasallaba al mundo. Pero los tiempos y los hombres vinieron á enseñar que le faltaba mucho á Augusto para ser el peor de los tiranos.

España vencida ganó en civilizacion lo que perdió en independencia. Recibió artes y letras, lenguage, culto y leyes tutelares; vió su suelo cubierto de obras magníficas de utilidad y de belleza; de puentes, de acueductos, de grandes vías de comunicacion abiertas por entre las barreras de sus montañas, y fué adquiriendo para sus naturales, ya derechos de ciudadanía, ya participacion en las altas dignidades del imperio. Sufrió una catástrofe, y entró en el número de los pueblos civilizados. Trascurridos siglos, volverá á perder su unidad, y no volverá á recobrar su independencia y su integridad material sin el sacrificio de la libertad civil; hasta que con el tiempo logre amalgamar estos grandes bienes de los pueblos: que asi lentamente y por estraños caminos van mar-

chando las naciones en la larga carrera de su mejoramiento social.

En el cuadro siguiente veremos á España llorando á Augusto bajo Tiberio, y llegando á sentir á Tiberio bajo el perverso Calígula y los demas mónstruos que deshonraron el trono imperial. Ella es la que liberta al mundo de la feroz tiranía de Neron, siendo despues mal correspondida por Galba. Vespasiano la dota de los derechos de ciudad latina. Tito la hace gozar de las dulzuras que derrama sobre el género humano. Trajano la enriquece de soberbios monumentos, es felìz bajo los Antoninos, agóbianla los Domicianos y los Decios, y participa de la comun suerte de las provincias del imperio, segun que en el trono imperial se sienta la virtud ó el vicio, el lujo ó la modestia, la magnificencia ó la codicia, la dulzura filosófica ó la tiranía brutal, ó el desenfreno personificado y el desencadenamiento de todos los crímenes.

Aun en los siglos en que fué España una provincia del imperio, tiene su historia propia y sus glorias especiales. Consultemos la misma historia romana, escrita por nuestros propios dominadores. «El primer cónsul estrangero que hubo en Roma (nos dice) fué un español. El primer estrangero que recibió los honores del triunfo, español tambien. El primer emperador estrangero, español igualmente.» ¡Dichoso suelo, que tuvo el privilegio de recoger las primicias de la participacion que la señora del orbe se vió obligada á dar en las altas dignidades del imperio á otros que no fuesen romanos!

Ni fué solo un emperador el que España suministró á Roma. Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande fueron españoles. Marco Aurelio el Filósofo, era un vástago de familia española. Diríase que España se habia propuesto abochornar á Roma, dándole emperadores virtuosos é ilustres á cambio de los pretores rapaces y de los gobernadores avaros que ella durante la conquista le habia regalado.

Con no menor generosidad le pagó su ilustracion literaria. No creería Roma que la semilla de esta educacion habia de caer en un suelo tan agradecido, que antes de trascurrir cincuenta años le habia de volver España una literatura; y que á los Virgilios y Ho-

racios del tiempo de Augusto habia de responderle con los Lucanos y los Sénecas del tiempo de Neron, ni menos que la literatura española habria de imprimir á la romana el sello de su gusto nativo y de trasmitirle hasta sus defectos: influencia que no tuvo la dicha de ejercer otra provincia alguna del imperio.

Debió no obstante España á su dominadora una institucion, con la cual parece haberla querido consolar de la libertad que le habia arrancado; institucion destinada á aclimatarse en este suelo, y á ser el gérmen y el principio restaurador, no ya de su libertad primitiva, sino de otra libertad mas culta y mas regularizada. Verémosla plantarse, desarrollarse, crecer, ocultarse á veces, resucitar después, y bajo una forma ú otra, ó vencer ó protestar perpétuamente contra todo lo que tienda á destruirla. Aun conservan el nombre de municipios esas pequeñas repúblicas comunales que mas adelante se crearon en España, aunque modificadas en su organizacion y en sus funciones.

Pero la civilizacion romana era demasiado imperfecta para que pudiera llenar los altos fines de la creacion. Era la civilizacion de la guerra, de la conquista y de la servidumbre, y el mundo necesitaba ya otra civilizacion mas pura, mas suave y mas humanitaria. Sus dioses eran tan depravados como sus señores, y la humanidad no podia consolarse con un Olimpo de divinidades inmorales, y con un gobierno de hombres que se decretaban á sí mismos la apoteosis, que divinizaban los crímenes, y hacian dar culto á las bestias. La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado, porque su corazon estaba tan gangrenado como sus ídolos, y tenia que morir. Era menester un grande acaecimiento que cambiára la faz del mundo y regenerára la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecías, y nació el Cristianismo.

Y vino el Cristianismo al tiempo que debia venir, como todas las grandes revoluciones preparadas por Dios. Vino á dar la unidad al mundo, cuando la unidad se iba á disolver. Vino á reformar por la caridad una sociedad que la espada habia formado y que la espada destruia. Vino á predicar la abnegacion, cuando la doctrina sensual del epicureismo amenazaba acabar de corromper á los hom-

bres, si algo les faltaba. Vino á inculcar el sacrificio incruento del espíritu, cuando los sangrientos holocaustos humanos servian de placentero espectáculo á los hombres y á las matronas, y de alegre y sabroso recreo á las delicadas doncellas. Vino á enseñar que los esclavos que se arrojaban á pelear con las fieras y á servirles de pasto eran iguales á los emperadores ante la presencia de Dios. ¡Doctrina sublime!

Humilde al nacer el cristianismo, y lento en propagarse, como todo lo que está destinado á una duracion larga y segura, va poco á poco minando sordamente el viejo y carcomido edificio de la gentilidad; poco á poco va subiendo desde la choza hasta el trono; desde la red del pescador hasta la púrpura imperial. Pero todavía despues de haber enarbolado Constantino sobre el trono de los Césares el lábaro de la fé, los cargos públicos se conservaban en manos paganas, el senado era pagano, y los decrépitos ídolos tenian la jactancia de estar en mayoría y de creerse inmortales. Todavía en las márgenes del Duero recibian Diana y Pasiphae la ofrenda de una vaca blanca inmolada en celebridad *de la supersticion cristiana extinguida*. Hombres y dioses se pagaban de estas ceremonias pueriles, mientras el cristianismo, que daban por extinguido, se iba infiltrando suavemente en los corazones y ganándolos al nuevo culto.

La nueva religion encomienda su triunfo á la tolerancia y á la caridad; la vieja religion apela para sostenerse á las fieras y á los patíbulos. Constantino, emperador cristiano, ordena que no se inquiete á nadie, que cada cual siga la religion que mas guste, y que paganos é infieles sean igualmente considerados: los emperadores y procónsules paganos gritan: «Cristianos, á las hogueras; cristianos á los leones.» ¡Qué contraste! Pero las llamas que consumen el cuerpo de una doncella inocente, encienden la fé en el corazon de sus compañeras, y ganan al cristianismo multitud de vírgenes. La cuchilla del verdugo cercena el cuello de una víctima, y los hombres de valor, al observar que la fé cristiana inspira el heroismo, proclaman que ellos tambien quieren ser héroes; y antes se cansan los brazos de los sacrificadores que falte quien se ofrezca al sacrificio. Otros se refugian á las catacumbas: el cristianismo

no se compone solo de mártires y de héroes; admite tambien en su seno á los pobres de espíritu.

El martirio no podia retraer de hacerse cristianos á los españoles, siendo los descendientes de aquellos antiguos celtiberos tan despreciadores de la vida. Asi fué, que además de los campeones de la nueva fé que de cada ciudad fueron brotando aisladamente en esta lucha generosa, solo Zaragoza bajo la frenética tiranía de Daciano añadió tantos héroes al catálogo de los mártires, que por no poderse contar se llamaron *los innumerables*. Esta ciudad, que dió innumerables mártiras á la religion, habia de dar, siglos andando, innumerables mártires á la patria.

Acude luego la filosofía en apoyo del nuevo dogma, y la voz robusta y elocuente de los Ciprianos y los Tertulianos disipa las mas brillantes utopias de los agudos ingenios del paganismo, los Sócrates y los Platones; y derrama la verdadera luz sobre el enigma de la vida, hasta entonces ni descifrado ni comprendido. El politeismo recibe con esto un golpe mortal, de que ya no alcanzarán á levantarle las doctrinas de la vieja escuela. Juliano, emperador filósofo y apóstata astuto, se propuso eclipsar las glorias de Constantino, y tuvo que resignarse á ser ejemplo y testimonio de que la idolatría habia acabado virtualmente. «¡Venciste, oh Galileo!» esclamó: emitió una blasfemia, y blasfemando proclamó una verdad.

Descuella en esta época sobre todas las figuras de su tiempo un personage bello y colosal. Sábio, virtuoso, activo y elocuente, tan enemigo del paganismo como de la herejía (que la herejía vino luego á luchar con la fé ortodoxa para depurarla en el crisol de la controversia), difunde la luz de su ciencia en los concilios, preside con dignidad estas asambleas católicas, combate con vigor la herejía arriana, escapa de la amenazante cuchilla de los verdugos de Diocleciano, expone con valor á Constancio la doctrina de la separacion de los poderes temporales y espirituales, que el emperador oye con escándalo, y el mundo escucha por primera vez con sorpresa. Á la edad de cien años cruza dos veces de una á otra estremidad el imperio, defendiendo siempre la causa del cristianismo. Este venerable y gigantesco personage era un español, era Osio, obispo de Córdoba. La España suministrando emperadores

ilustres á Roma: la España suministrando prelados insignes á la naciente iglesia.

Pero el politeismo, minado ya por la doctrina de la unidad, no habia de acabar de caer hasta que fuese derribado por la fuerza. El paganismo y el imperio, los desácreditados dioses y los corrompidos señores debian caer con estrépito y simultáneamente: engrandecidos por la fuerza, á la fuerza habian de sucumbir. ¿Mas dónde está, y de dónde ha de venir esa fuerza que ha de derrocar él coloso? La Providencia, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Para eso han estado escalonadas siglos há desde el Tanais hasta el Danubio, amenazando al imperio, ese enjambre de tribus y de poblaciones bárbaras, lanzadas y como escupidas por el Asia hácia el Norte de Europa. Las mas inmediatas constituyen como una barrera entre la barbarie y la civilizacion. Son los godos, vanguardia de otras razas mas salvages todavía, que empujados por ellas se derraman como torrente devastador por las provincias romanas. Pelean, son rechazados, vuelven á guerrear y vencen. Cuando el emperador Valente quiso atreverse á combatirlos, expió su anterior debilidad, siendo quemado por ellos dentro de una choza miserable. El imperio bambolea; y antes se desplomára, si el español Teodosio, último destello de las antiguas virtudes romanas, y glorioso paréntesis entre la corrupcion pasada y la degradacion futura, no detuviera con mano fuerte su ruina, que sin embargo no puede hacer sino aplazar. Porque los destinos de Roma se iban cumpliendo, y era llegado el período en que tenia que decidirse la lucha entre la sociedad antigua y la sociedad nueva. Llegan á encontrarse de frente Honorio y Alarico, un emperador débil y un rey bárbaro: el romano degenerado no tiene valor para soportar la mirada varonil del hijo del Septentrion. El sucesor de los Césares huye cobardemente á Rávena, y deja abandonada la ciudad eterna á las hordas del desierto. Alarico humilla á la señora del mundo antes de destruirla, y Roma para pagar el precio en que un godo ha tasado las vidas de sus habitantes, despoja los templos de sus dioses y reduce á moneda la estátua de oro del *Valor*.

Digna expiacion de Roma pagana y de Roma afeminada. Ella misma saquea sus dioses, y el valor es inútil donde no ha quedado ya mas que molicie.

No contento todavía el bárbaro, entra á saco la ciudad del Capitolio, y la depredadora del universo es entregada á su vez á un pillage general.

La ciudad de los Césares ha sucumbido, se acabaron sus héroes, y sus divinidades han sido hechas pedazos. El genio de la barbarie se enseñorea de la que fué centro de una civilizacion de bacanales y de asiáticos deleites. ¿Quién ha guiado al instrumento de la destruccion? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. «Siento «dentro de mí, decia el godo, una voz secreta que me grita: «mar«cha, y ve á destruir á Roma.» Era la voz de la Providencia: Alarico la sentia, pero el bárbaro no sabía su nombre.

¿Y qué significa la conducta de Alarico con los cristianos en Roma? El saquéa, mata, derriba los ídolos, pero respeta los templos cristianos, perdona á los que buscan en ellos un asilo, é interrumpe el saqueo para llevar en procesion las reliquias de un mártir. Es que Alarico y sus hordas traen una mision mas alta que la de destruir. Es el genio del cristianismo que se anuncia como el futuro dominador del mundo, y que ha de asentar su trono allí mismo donde le tuvo la proscrita dominacion pagana. Por eso estuvieron los godos tantos años en contacto con el imperio; porque era menester que cuando destruyeran lo que estaban llamados á conquistar, vinieran ya ellos conquistados por la idea religiosa. Por eso la Providencia habia dispuesto que los primeros invasores de la Europa meridional y occidental fueran los godos, los menos bárbaros de aquellas tribus salvages, y los mas dispuestos á recibir un principio civilizador. Ya se columbran las ideas que regirán al mundo en los tiempos venideros. Ellos traen ademas el sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van á nacer.

Pero antes tiene que pasar la humanidad por dolorosas calamidades. Es el período mas terrible por que ha tenido que atravesar el género humano, porque tambien es la mudanza mas grande

que ha sufrido. El individuo padecerá mucho en estos dias desgraciados, pero la humanidad progresará. Multitud de otras tríbus bárbaras se lanzan como bandadas de buitres buscando presas que devorar, las unas por las regiones orientales, por las occidentales las otras del moribundo imperio romano. Suevos, alanos, vándalos, francos, borgoñones, hérulos, sármatas, y tantas otras razas de larga y difícil nomenclatura, se desparraman desde el Vístula y el Danubio hasta el Tajo y el Bétis, llevando delante de sí la devastacion y el esterminio; y los romanos, bárbaros y semibárbaros se revuelven en larga y confusa guerra, en la Alemania, la Italia, las Galias, la España y hasta el África. Á pesar de lo que se habia difundido ya el cristianismo, el mundo llegó á sospechar si Dios habria retirado de él la mano de su providencia. Entonces se dejó oir desde las regiones de África la elocuente y vigorosa voz de un padre de la iglesia, del obispo de Hipona, exhortando á la humanidad á que no desfalleciera en tanta angustia, y enseñando á los hombres que Dios habia querido castigar al mundo antes de regenerarle, y que tendrian un término sus dolores.

Ciertamente, si la cólera divina hubiera tenido decretada mas venganza, ningun instrumento hubiera podido elegir mejor para acabar de afligir la humanidad que el fiero gefe de los hunos, Atila, la mas ruda figura histórica que han conocido los siglos. Mas cuando el feroz Atila se desprendió de los sombríos bosques de la Germania para venir á inundar con sus innumerables y salvages hordas la tierra ya harto ensangrentada por sus predecesores, entonces se oyó en Occidente una voz estruendosa que proclamó: «*No mas bárbaros ya.*» Y aliándose, como providencialmente, romanos, godos, francos, los restos del mundo civilizado y las nuevas razas en que se habia inoculado la fé, salen al encuentro al mas formidable de todos los bárbaros, y en los campos de Chalons se traba la batalla mas horrible y mas famosa de que dan noticia los anales del mundo. Atila es derrotado; la sangre de los hunos hace salir de su cauce los rios; el leon del desierto se retira á su cueva, á cuya entrada desahoga en espantosos rugidos su rabia impotente: la barbarie ha sido rechazada; los bosques germánicos cesan de arrojar salvages, y si algunos se desgajan todavía, son ya repelidos por los

mismos pueblos asentados en territorio romano; y la humanidad recibió un consuelo vislumbrando que la civilizacion se habia salvado en aquella tremenda lid.

Durante esta angustiosa lucha de pueblos y de generaciones, el decrépito imperio romano, mutilado, atacado en su corazon y herido de muerte en su cabeza, va arrastrando una agonía prolongada. Despréndese cada dia algun giron de la vieja y gastada púrpura imperial. En Oriente se conserva un fantasma de poder, y el Occidente se asemeja á un cadáver palpitante. Odoacro reina al fin en Italia, y Roma concluye su mision. El imperio que comenzó por un hombre á quien el mérito hizo apellidar con el nombre divino de *Augusto*, termina en Occidente con otro hombre á quien por irrision y sarcasmo se aplicó el de *Augustulo*. Este miserable ni siquiera tuvo la triste gloria de ser llamado el último romano: este título se le habia arrebatado Aecio, postrer destello del antiguo valor de Roma.

Con toda esta ignominia acabó el imperio mas poderoso que ha conocido el orbe.

V.

Casi al mismo tiempo que Alarico saqueaba á Roma, al principio del siglo V. de la era cristiana, franqueaban los Pirineos tres razas de bárbaros, cuya planta salvage llevaba tras sí la devastacion, el incendio y la muerte. Eran los Suevos, los Vándalos y los Alanos. Viene á completar el cuadro desolador una hambre horrorosa y una peste mortífera. Faltan campos donde sepultar tantos cadáveres; el pueblo sabe con horror que una madre ha devorado uno tras otro sus cuatro hijos, y apedrea aquella muger sin entrañas. La voz dolorosa de España resonó en toda Europa, y la Iglesia consignó sus lamentos en sus melancólicas letanías.

¿Serán estos los pueblos destinados á heredar esta rica y fértil provincia? No: ni España lo merece, ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los Visigodos.

Esta mision comienza á llenarla Ataulfo, que por lo menos habia

tenido el mérito de no recoger para sí en el saqueo de Roma otro botin quo á la bella Placidia, para convertirla de esclava en esposa. Prosíguela Walia con mas fortuna, aunque á nombre todavía del imbécil emperador romano que se hacía la ilusion de dominar en España. Eurico es el que se atreve á emancipar abiertamente la España del espirante poder romano, y á conquistarla para sí. La España deja de ser romana y se hace goda, y Eurico aparece como un gigante que sentado sobre el Pirineo abarca con sus brazos la España entera y la Galia meridional. Es el mayor estado de Occidente que se ha formado sobre las ruinas del imperio.

Alarico II. es víctima de la deslealtad de Clodoveo, rey de los Francos, que le sonríe y halaga en un festin para quitarle alevosamente la vida en el campo de batalla. Pierden los godos en los campos de Poitiers una gran parte de la Galia gótica, y aunque conservan la Septimania, el asiento de la monarquía goda se fijará ya en la península española. Aqui es donde ha de tener su centro, su fuerza, su porvenir, su declinacion y su caida. En los tiempos de Alarico II, un siglo despues de Alarico I, es cuando se ve formadas las tres grandes naciones neo-latinas, Italia, España y Francia, fundadas por las tres grandes razas septentrionales, Ostrogodos, Visigodos y Francos, que se arrogaron la mas pingüe herencia del desmoronado imperio.

Pasa la monarquía godo-hispana despues de Alarico II. por alternativas y vicisitudes de decadencia y engrandecimiento; agítanla rebeliones intestinas, y la inquietan invasiones y guerras estrañas. Por dentro los indóciles vascos, cántabros y astures, de indomable genio, y los suevos de Galicia, reino ingerto, que aparece y desaparece, muere y resucita misteriosamente por períodos. Por el litoral, los griegos bizantinos, pegadizos huéspedes y vecinos incómodos, que servian para alentar banderías y conspiraciones y entretener las fuerzas del reino. Por el Pirineo oriental la raza franca, rival envidiosa de los visigodos, que hacia servir las diferencias religiosas para trabajarlos y enflaquecerlos, y les iba arrancando á pedazos las posesiones góticas de las Galias. Hasta Suintila ninguno pudo llamarse rey de toda España sin contradiccion.

¿Cómo tan pronto se apoderaron los bárbaros dèl Norte de esta nacion belicosa que por tantos siglos resistió á la mas ilustrada y mas poderosa república del mundo? ¿Es que habia degenerado el genio indomable de los antiguos celtiberos? Algo habia. Pueblo ya la España de artistas, de agricultores, de literatos y de clérigos, infectado de la inercia y la molicie de la corrompida civilizacion romana, no era fácil que resistiera al rudo empuje y á la salvage energía del pueblo soldado, endurecido con el ejercicio de la guerra, y que contaba tantos guerreros como individuos. ¿Ni qué interés tenian ya los españoles en seguir viviendo bajo la coyunda de los gobernadores romanos? ¿No les sobraban motivos para mirar á los nuevos conquistadores como mensageros de su libertad? Salviano lo dijo bien: «el comun sentimiento de los españoles es que vale mas la jurisdiccion de los godos que la de los magistrados imperiales. ¡Ojalá (dicen) nos sea permitido vivir bajo las leyes de estos bárbaros!...» Leccion grande, que enseña á los pueblos dominadores hasta dónde puede llevar á los pueblos oprimidos la exasperacion. Esplícase esto aun por sus causas naturales, y sin recurrir al espíritu superior que guiaba los acontecimientos por en medio de aquel caos de devastacion y de sangre.

Pero la España bajo la dominacion de los bárbaros no se hace bárbara. Al contrario, los bárbaros son los que se civilizan en ella. Demasiado incultos los godos para continuar la mision de Roma, pero los mas aptos de todos los septentrionales para recibir la cultura, van cediendo al ascendiente de la civilizacion romano-hispana, y los conquistadores materiales del suelo español acaban por ser moralmente conquistados por los españoles.

La fusion se hace lenta y gradualmente. Al principio los dos pueblos, conquistado y conquistador, viven civilmente separados, aunque sometidos á un solo cetro. Una legislacion rige para los godos, y otra para los romano-hispanos. Ni aun siquiera en el hogar doméstico pueden unirse las dos razas, porque la ley prohibe los matrimonios entre godos y españoles. Pero el convencimiento va haciendo desaparecer paso á paso esta situacion anómala. La fuerza de la unidad material va obligando á la legislacion á marchar hácia la unidad política. El mas severo de los monarcas godos,

Leovigildo, salta por encima de la prohibicion legal, y se une en matrimonio con una española. El ejemplo práctico del trono protesta ya contra lo absurdo y lo irrealizable del derecho; y Chindasvinto y Recesvinto acaban de uniformar la legislacion para los dos pueblos, y autorizan solemnemente los matrimonios mixtos. Desaparecen las razas, y la nacion es ya una ante la ley, en la familia y en el foro.

Igual fusion se habia obrado ya en el principio religioso. Porque la unidad ante la ley humana hubiera sido demasiado imperfecta sin la unidad ante la ley divina.

Precisamente el cristianismo habia de ser la base de la regeneracion de la nueva sociedad, y no era posible que esta prosperára sin la unidad en la fé. Arrianos los godos, y católicos en su mayor parte los españoles, la herejía en el trono y la ortodoxia en el pueblo, no podia haber union ni concordia mientras las creencias no se amalgamáran y fundieran. ¿Y por qué eran arrianos los godos?

Ni ellos mismos lo sabian. Cuando se derramaron por las provincias imperiales y se pusieron en contacto con la sociedad romana, el emperador Valente, que era arriano, les envió misioneros que les predicáran el arrianismo. Dispuestos los godos en su rudeza semisalvage á recibir una doctrina religiosa que aventajaba evidentemente á la suya (si tal nombre se puede dar al grosero culto que de sus bosques traian), incapaces de percibir esas divergencias al parecer impalpables que el espíritu de discusion establece ó encuentra en los sistemas religiosos, queriendo hacerse cristianos adoptaron la fórmula arriana, y se hallaron herejes sin apercibirse de que lo eran. Con la misma docilidad se hubieran hecho católicos.

Y sin embargo esta diferencia en el dogma trajo á los godos consecuencias inmensas y males sin cuento. Eurico, arriano, persigue á los obispos católicos, y se enagena las simpatías del clero español. Conquistador glorioso y dominador terrible, no logra dominar en los espíritus. Su hijo Alarico pierde la Galia meridional por ser arriano. Porque Clodoveo, ese Moisés de los francos, en quien Roma presentia ya al fundador de aquella monarquía que se habia de

aplicar el título de *hija mayor de la iglesia*, les dice á sus soldados: «No puedo tolerar en paciencia que esos herejes estén poseyendo la mayor parte de la Galia; vamos contra ellos con la ayuda de Dios y del glorioso San Martin, y sometamos su pais á nuestro poder.» Y los descontentos obispos de España ayudan al monarca estrangero y católico contra el monarca propio y arriano. Amalarico quiere obligar á su esposa Clotilde á que se haga arriana como él; ella lo resiste, el rey la maltrata, y la princesa católica envia á sus hermanos los reyes francos un lienzo ensangrentado para que vean cómo la trata el arriano, lo que trae á los godos una funesta guerra por parte del rey Childeberto de París. La herejía arriana les produce guerras esteriores, sublevaciones intestinas, y excisiones graves en el palacio y hasta en el lecho real. Y los obcecados godos no acaban de conocer que la herejía es la gangrena que corroe el sólio y el reino.

Faltó poco para que el príncipe Hermenegildo hubiera hecho triunfar el estandarte de la fé ortodoxa en la nacion godo-hispana. Pero la política del monarca ahogó los sentimientos del padre, y el severo Leovigildo cerró los oidos á la voz de la religion, y el corazon á la voz de la piedad. El rigor paternal le despojó de las insignias reales, y la cuchilla del verdugo le dió la corona del martirio. La Iglesia ha santificado á Hermenegildo. Lástima que el príncipe católico hubiera tenido que levantar la espada del pueblo contra el monarca, y que el mártir se hubiera visto en el caso de ser un hijo rebelde. ¡Coincidencia singular! Siglos despues, Hermenegildo es canonizado á instancias de otro monarca español, Felipe II, padre de un hijo rebelde tambien, y cuyo fin se pareció en lo desastroso al del príncipe godo. Pasan mas siglos, y otro monarca español, Fernando VII, notado de impaciente por suceder á su padre, quiso perpetuar la memoria del príncipe godo, instituyendo una órden militar con la advocacion de San Hermenegildo.

Pero decretado estaba que la enseña del catolicismo se habia de plantar en el trono de los sucesores de Ataulfo, y que el imperio gótico español habia de tener su Constantino como el romano. Las gradas del sólio se habian teñido con la sangre de un mártir ilustre, y de las mismas gradas habia de bajar la reparacion. La

muerte de Leovigildo arrastra tras sí la de la secta arriana. Recaredo sube al trono. «Declaro, exclama ante una asamblea de obispos, declaro que quiero ser admitido en el seno de la iglesia católica. Y exhorto á los prelados arrianos aqui presentes, asi como á los grandes del reino que asisten á esta asamblea, á que sigan é imiten mi ejemplo.» Todos se adhieren. La revolucion religiosa se ha consumado. La España es católica. El imperio godo-hispano es uno en la religion, como lo habia de ser en las leyes, ante Dios y ante los hombres. Si los monarcas españoles se decoran hoy con el título de Magestades Católicas, la historia nos enseña su orígen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.

Tambien tuvo el arrianismo su Juliano como el politeismo. Tambien Viterico tuvo impulsos de querer volver á entronizar el desechado culto, y tambien alcanzó como Juliano un triste desengaño de su impopularidad y de su impotencia. Atrájose la reprobacion unánime del pueblo, y se anticipó una muerte trágica. La fé ortodoxa habia conquistado el trono español para no ser derrocada jamás.

Legislacion y fé, espíritu legislativo y espíritu religioso, hé aqui los dos principios, las dos bases de la nueva civilizacion. ¿Quién habia de pensar que aquellos rústicos habitantes del Tanais y del Danubio, que tan agrestes y fieros se presentaban, habian de ser sábios legisladores? Y sin embargo fuéronlo casi todos los monarcas godos de España desde Eurico hasta Egica. Eurico aspira á borrar con la gloria de legislador la mancha de asesino con que habia subido al trono. Alarico, desgraciado en la guerra, se hace inmortal con su Breviario. El grande y severo Leovigildo, Chindasvinto el cruel, Recesvinto el dulce, Wamba el glorioso, Ervigio el menguado, el pusilánime Egica, especie de obispo lego y coronado, todos ponen su piedra en el gran edificio de la legislacion. Aunque el estado decayera, la ley civil se perfeccionaba, y no pocas veces el derecho caminaba por la vía opuesta del poder. Asi se fué elaborando el famoso *Código de los Visigodos*, monumento perdurable de aquella nacion, y la mas preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linage humano. ¿Qué hay que añadir á estas palabras del Fuero-Juzgo? «Doncas faciendo derecho el rey,

«deve aver nomne de rey, et faciendo torto, pierde nomne de rey. «Onde los antiguos dicen tal proverbio: Rey serás si fecieres de«recho, et si non fecieres derecho, non serás rey. *Rex eris si recte «facis, si autem non facis non eris.*» Si los textos legislativos son medallas de las vidas de los pueblos, el código godo debe revelarnos el triunfo pacienzudo y seguro de un pueblo desarmado contra otro armado que le subyuga por la fuerza. En tal conflicto nada mas natural que la apelacion á la ley. *Lex*, dicen los oprimidos á los opresores, *lex est æmula divinitatis*, *antistes religionis, etc.* Y si los opresores preguntan: ¿quién puede vencer á los enemigos? los oprimidos responden: *¿Quid triumphet de hostibus? Lex.* Si vemos un dia en Aragon colocar al *Justicia* como un interventor del rey: si vemos en Castilla el poder de los *Jueces* superior al de los Condes; si vemos la palabra *Fuero* suscitar tantas insurrecciones y protestas en la vida de España; si vemos al *Feudalismo* echar menos raices en este suelo que en las demas regiones de Europa, acaso hallemos la semilla de todo esto en el código de los visigodos. El atravesó con gloria la edad media, y si la dominacion goda no hubiera hecho mas legado á la posteridad que el Fuero-Juzgo, este solo bastaria para probar la herencia de las edades y la sábia ley de la progresiva perfectibilidad social.

¡Cuán bella teoría de gobierno es la monarquía electiva! «Que los hombres elijan al mas digno de entre ellos para que los dirija y gobierne.» El principio es seductor, y parece el mas natural y el mas justo. Mas si las pasiones de los hombres hacen ó no provechosa á las sociedades su aplicacion práctica, viene á enseñarlo escrito con letras de sangre esa galería trágica de reyes godos que por el puñal escalaron las gradas del trono y por el puñal las descendieron. Estremece recorrer el catálogo de los regicidios. Corta es la nómina de los que alcanzaron por término de su carrera una muerte natural y tranquila. Y no sabemos si incluir en este número á los que acababan tristemente sus dias bajo la bóveda de un claustro, forzados á vestir el tosco sayal del monje, precedido de la ignominiosa decalvacion. Fuente de personales ambiciones la forma electiva, reproducíanse á la muerte de cada monarca, que ellas mismas solian precipitar, los bandos, las alteraciones, la agita-

cion, los crímenes; y la conspiracion era la que no moria nunca. Á la muerte de Atanagildo pasó tiempo y tiempo antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de sucesor. Tan inconciliables eran las aspiraciones.

Cierto que á este sistema fué debida la felicísima eleccion de Wamba, en que no sabemos qué admirar mas, si la unanimidad con que los electores se fijaron en el hombre virtuoso, ó la abnegacion y la virtud del elegido. ¿Pero cuántos de estos ejemplos cuenta la corona gótica? El mismo Wamba viene á ser víctima del sistema de electividad, arma terrible, que curaba alguna vez, pero que las mas heria y mataba. Wamba se duerme rey y despierta monje. Un conde pérfido que ambicionaba el trono le propina un brevage soporífero, y aprovechando la insensibilidad del sueño le corta la larga cabellera, símbolo de la magestad, y el tonsurado tiene que cambíar el manto régio por el hábito monacal, con arreglo á la ley. El concilio duodécimo de Toledo, despues de un discurso humilde de Ervigio, reconoce al usurpador alevoso, y pronuncia anatema contra todos los que no se sometan al nuevo monarca, y aun establece un cánon contra la misma superchería que á él le habia valido la corona, prohibiendo imponer el hábito de penitencia á persona alguna contra su voluntad. Otro tanto habia practicado el sétimo concilio de Toledo con Chindasvinto, que habia cortado el cabello al jóven Tulga, y arrancádole el cetro. Los reyes castigaban de muerte el solo pensamiento de cometer el crímen que ellos habian perpetrado, y los concilios excomulgaban á los conspiradores contra aquellos mismos que debian el trono á una conspiracion. ¡Estraña jurisprudencia civil y canónica! Condenar y anatematizar los delitos futuros, sancionando los mismos delitos ya consumados!

La forma electiva de la monarquía hacía humillarse la corona gótica ante el poder teocrático, ante el ascendiente que tomaba el sacerdocio á la sombra del formidable derecho de eleccion, y de la mayoría que representaba siempre en los concilios, asambleas semi-religiosas, semi-políticas, á que venian á subordinarse todos los poderes del estado. ¡Desgraciado el monarca que se enagenára el favor del clero, y afortunado el que contára con su influjo, si-

quiera le mendigára con humillacion! Sucederíale al primero lo que á Suintila cuando tentó á destruir el principio electivo; el segundo podia estar seguro de su proclamacion, aunque fuese un usurpador como Sisenando. Si se quiere tener un ejemplo de lo que era la magestad del solio ante el poder de la teocracia, no hay sino representarse á Sisenando ante el cuarto concilio de Toledo, con la rodilla doblada en tierra, inclinada la frente y corriendo las lágrimas por sus ojos; y á los obispos, pagándose de la actitud suplicante del monarca, fulminar anatema contra todos los que atentáran á la vida ó á la corona del rey por ellos proclamado.

Así la vieja espada gótica iba á ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indo-germánica desapareció bajo la influencia sacerdotal. De algunos monarcas pudo dudarse si eran reyes ú obispos coronados. La conversion de Recaredo hizo un bien inmenso á la religion, pero decidió sin intentarlo la lucha entre la mitra y la corona. Llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayado. No previó aquel monarca que ni todos sus sucesores habian de tener una autoridad tan legítima é incontestable como la suya, ni todos los prelados habian de ser tan circunspectos como los del tercer concilio de Toledo. Pudo entonces aconsejarlo asi la política, porque ciertamente la virtud y el saber se habian refugiado en aquellos tiempos á la Iglesia, sin la cual no se hubiera acaso salvado la monarquía; y los Leandros é Isidoros de Sevilla, los Ildefonsos y Julianes de Toledo, y los Braulios de Zaragoza, eran astros que hubieran brillado bien aun en épocas mas adelantadas en civilizacion. Pero era difícil que la influencia sacerdotal no fuera convirtiendo el elemento político en fuente inagotable de inmunidades, y hasta de usurpaciones. La inmunidad habia de afectar tambien con el tiempo la pureza de la disciplina.

¿Se ha definido bien la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que dieron tan singular fisonomía al gobierno de la nacion gótica? Algunos escritores ilustrados han visto en los concilios de Toledo unas verdaderas asambleas nacionales. Nosotros creemos que no era la Iglesia la que entraba á hacer parte de la nacion, sino que la nacion era absorvida en la asamblea de la iglesia. Éranlo ca-

si todo el clero y el rey, poco los nobles, el pueblo nada: y la fórmula *omni populo assentiente* podria significar acquiescencia ó beneplácito, no aprobacion deliberativa. Ellas, no obstante, encerraban el gérmen de otras asambleas mas populares que con el tiempo les habian de suceder.

Revelábase ya tambien bajo el imperio de los godos el génio naciente de la Inquisicion, cuyo férreo brazo habia de pesar tan duramente sobre España. Contaba ya siglos de existencia el cristianismo; y la religion, tan pura y tan suave en los primeros tiempos, se fué convirtiendo por el fanatismo de príncipes y clérigos en intolerante y dura. Iglesia y trono, concilios y reyes, se mostraban perseguidores inexorables de esa raza desventurada, marcada con el sello de la venganza divina, siempre engañada, pero creyente siempre, inflexible y tenaz, propia para fatigar con su ciega inquebrantable constancia los gobiernos de los pueblos en que toman asiento. Solo un celo fanático puede esplicar la conducta de un Sisebuto, llorando la sangre de los enemigos que se veia obligado á derramar en la guerra, rescatando con su propio dinero los cautivos que hacian sus soldados, y decretando al propio tiempo el esterminio de la raza judáica. «Porque, gracias á la ardiente «fé del monarca, decian los padres del sesto concilio de Toledo, «que no deja vivir en su reino un solo hombre que no sea católico, «nadie podrá subir al trono sin pronunciar el juramento de no to«lerar el judaismo, y el que falte á él será maldito, y servirán de «alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices.» Asi la desesperacion convirtió en vengadores terribles á los que el fanatismo se empeñaba en hacer víctimas. Si mas adelante vemos á los judíos de España concertarse con los sarracenos de África para vengar la opresion de los godos, no lo estrañemos: lo propio habian hecho antes los españoles, acogiendo á los godos por no sufrir la tiranía de los romanos. Lo hemos dicho otra vez: los pueblos duramente vejados, están siempre dispuestos á cambiar de señores. Harto lo lamentaban ya los mas ilustres y sábios prelados católicos.

Es un error atribuir la caida del reino godo á los vicios y demasías de Witiza y á los escesos y debilidad de Rodrigo. Hartas causas venian preparadas de atrás para ir llevando la monarquía

goda á una declinacion prematura. Y no era acaso la menor entre ellas la de no poder subir al trono el que no descendiera de la noble sangre goda: condicion que impedia unirse en los corazones godos é indígenas, vencedores y vencidos.

Tal vez no fué Witiza ni tan irreligioso, ni tan tirano, ni tan libertino como nos le pintó la historia de su tiempo, ni tan ilustre y tan gran reformador político y moral de las leyes y las costumbres como algunos sábios críticos posteriormente nos le han dibujado. Es lo cierto, que bajo este personaje de cuestionada reputacion se desarrollaron con mas violencia las parcialidades, y que él bajó del trono lanzado por un partido ofendido é irritado, que aclamó y ensalzó á Rodrigo, destinado á desplomarse con la monarquía, que de años atrás venia arrastrando una existencia vacilante.

Porque los bandos intestinos, capitaneados por la faccion y la familia de un monarca destronado, conspiraban contra los parciales y sostenedores del monarca reinante, que habia sido conspirador á su vez; porque las costumbres andaban relajadas y sueltas, y la molicie tenia enervados los brazos que hubieran necesitado esgrimir con vigor las armas; porque los hijos del Dnieper y del Danubio habian perdido la energía y los instintos severos que los habian hecho conquistadores y vencedores; porque el trono se hallaba desprestigiado con las humillaciones, vivas y exacervadas las rivalidades, y el descontento y la discordia despedazaban el estado; en tal situacion no era posible que el pueblo godo pudiera resistir la impetuosa invasion de otro pueblo vigoroso y fuerte. Y este pueblo y esta invasion no habian de faltar, porque nunca falta la intervencion providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta ó regenerada. Asi el robusto imperio de Occidente, iniciado por el aventurero Alarico, comenzado en España por Ataulfo, proseguido por Walia, convertido en estado bajo Teodoredo, redondeado en la Península por Eurico, esplendente bajo Leovigildo, hecho católico por Recaredo, completado por Suintila, conservado enérgicamente por Chindasvinto, restaurado por Wamba, degenerado y flaco bajo Egica y Witiza, vino á desmoronarse en un dia bajo el desventurado Rodrigo.

VI.

Tocó ser instrumentos de esta mision á los hijos del Profeta.

Esta vez es el Oriente el que viene á intimar al Norte que su dominacion ha concluido, como antes el Norte habia sido llamado á derrocar el imperio del Mediodía. Es la raza semítica que aspira á reemplazar á la raza japhética y á la raza indo-germánica. Entonces como ahora todo estaba providencialmente preparado para una gran revolucion. Entonces Roma degenerada y muelle pudo oir el confuso murmullo de aquel enjambre de bárbaros, que apostados á los confines septentrionales de su imperio, no esperaban sino la voz de «avancen,» para lanzarse sobre él. Ahora los godos pudieron oir el sordo ruido de las formidables masas de guerreros árabes, que desde las playas africanas esperaban la voz de «adelante» para cruzar el piélago y arrojarse sobre España. Un rio habia tenido á los godos separados del imperio romano; un estrecho de mar tenia ahora á los árabes separados del reino godo. Detenidos por las olas, pero aguijados del deseo de plantar el estandarte del Profeta en el mundo de Occidente, el miserable estado de la monarquía gótica les brindaba ocasion oportuna; la venganza y la traicion les tendieron su mano, y guiados por ella surcaron el estrecho los hijos de la Arabia y los del Magreb en la primavera del año 11 del octavo siglo de la era cristiana. El sol del 30 de abril alumbró el desembarco de los nuevos huéspedes en Algeciras y al pié de la gran roca de Gibraltar, que todavía conservan poco variados los nombres que los invasores les pusieron, como si su primer paso quisiera anunciar ya la intrusion de su lengua en la del pais que venian á conquistar.

No vienen estos, como los septentrionales, ganados al cristianismo. Al contrario, vienen á imponer otra religion, otro culto y otra moral. No traen por símbolo la cruz, sino la cimitarra. Su culto es el de Mahoma, su dogma el fatalismo, su moral la del deleite, su principio político y religioso el despotismo temporal y es-

piritual, su pensamiento acabar con toda la civilizacion que no sea la del Koran.

Pronto se encuentran cristianos y musulmanes; porque Rodrigo ha acudido á defender su reino de aquellas gentes estrañas, que al decir de Teodomiro no se sabe si son venidas del cielo ó de la tierra. Pronto se cruzan las armas, y se empeña un terrible y desesperado combate..... ¿Qué significa ese quejido de dolor que ha resonado en toda España? Es que el monarca y la monarquía goda han quedado á un tiempo ahogados en las ensangrentadas aguas del Guadalete. No la España sola, el mundo entero oyó absorto que los guerreros del Koran habian vencido á los soldados del Evangelio. Pereció el grande imperio gótico de Occidente bajo los golpes de la cimitarra de Tarik, siglo y medio despues de haber muerto el de Italia al filo de la espada de Belisario. Porque apenas merece ya el nombre de resistencia la que algunas ciudades oponen á los vencedores, los cuales pasean orgullosos los estandartes del Profeta por todo el ámbito de la Península, y no tardan en ondear sobre la cúpula de la gran basílica de Toledo.

Ya no se vuelve á hablar de reino gótico; ya no hay godo-hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusion nunca completa habia conservado por mas de dos siglos.

Arabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un rio sin cauce. La nacion ha desaparecido: ella resucitará.

Habíase detenido la inundacion ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondia un pobre rincon de España, que los invasores, ó no conocieron, ó acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No habia sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografía de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo: mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominacion

de unos estrangeros que profesaban su misma fé, y que protestarán con mas energía contra otros estrangeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fé y una nueva religion.»

«Dios habia querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagára de todo punto en España.» Y asi fué. Mantuviéronse alli sin ser hostilizados los bravos astures, y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrarse del primer aturdimiento, y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar alli una nacionalidad. Ofrécese á guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de accion y de consejo, gefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religion y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumi*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no habia diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fé los habian congregado alli.

Cuando el rumor de la reunion de aquellas pobres gentes llegó á oidos del valí El-Horr, y cuando Alkhaman de órden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo después. ¿Quién podia creer que aquella cueva encerrára una religion, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podia creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habria un dia de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se habia de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela, y se realiza el combate mas maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvian

de rebote contra los mismos que los lanzaban, si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos, y el terreno no se hundia bajo sus pies; si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulman. O el favor de Dios y la proteccion providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser mas evidente su intervencion en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, resto de la monarquía católica pasada, y principio de la monarquía católica futura.

En efecto, la fé es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va á enlazar la sociedad destruida con la sociedad que comienza á nacer. Asi se enlazan las edades y los principios. La conversion de Constantino á la fé cristiana fué el eslabon que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversion de Recaredo al catolicismo fué el lazo que habia de unir la España gótica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guie en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religion y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominacion goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en esta nueva regeneracion social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia*; y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Gothorum*. Asi la España irá recogiendo de cada dominacion y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organizacion; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasion de los árabes, hasta que estuviera acabado el Fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluido, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de Rey antes ó despues de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesion de los que despues de él fueron siendo reyes de Asturias, de Leon, de Castilla, de España y de los Dos Mundos.

Aquella congregacion de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras, y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, dondo se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques, y edifican primero templos y despues casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la poblacion, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas.

No era mediado aun el octavo siglo, cuando sintiéndose estrechos en tan reducidos límites, y considerándose bastante fuertes para no necesitar de sus rústicos atrincheramientos, salieron á desafiar á los árabes en los campos y pueblos por ellos dominados. El hacha de Cárlos Martell hace cejar á los musulmanes por la parte de la Aquitania Gótica que habian invadido, amenazando al corazon de la Francia, y difundiendo el espanto por toda Europa; y Alfonso el Católico de Asturias emprende una série de gloriosas escursiones, llevando el terror y la devastacion delante de su espada, á tal punto que los mismos sarracenos le nombraban Alfonso el *Temido* y el *Matador de gentes*. Las armas cristianas recorren la Galicia y la Lusitania, los campos Góticos, la Cantabria y la Vasconia hasta los Pirineos Occidentales. Sin embargo, estas conquistas no pueden tener el carácter de permanentes. Harto hace Alfonso I. en enseñar á los infieles que no es solo al amparo de los riscos donde saben vencer los cristianos, en poner en contacto á los fieles de uno y otro estremo del Norte de la Península, y en señalar á sus sucesores el camino de la restauracion.

La destruccion ha sido grande, y la nacionalidad tiene que irse reconstruyendo lentamente: el árbol que retoña al pie de la centenaria encina, arrancada por el furioso vendabal en un dia de borrasca, no puede crecer de repente. Pasa, pues, medio siglo y cinco reinados oscuros, desde las brillantes y pasageras correrías de Alfonso el Católico, hasta las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, el cual llega á medirse con Carlo-Magno, la figura mas gigantesca de aquellos tiempos, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba, como de poder á poder.

Llega el siglo nono, y otro tercer Alfonso, llamado con justicia el Grande, lleva sus huestes hasta mas allá del Guadiana, y hace brillar las armas cristianas ante los muros de Toledo. El gefe del imperio musulman se humilla á solicitar de él una paz solemne, y el tercer Alfonso designa ya á sus hijos la ciudad de Leon como la residencia futura de los monarcas cristianos.

Á la voz de Asturias respondió pronto el eco de Navarra, y el pendon de la fé que se enarboló en las cumbres de los Pirineos Occidentales no tardó en tremolar tambien en el Pirineo Oriental. Pero faltaba al pueblo cristiano un centro de unidad y de accion. Cada comarca gustaba de pelear aisladamente y de cuenta propia; sujetábanse tal cual vez unos á otros de mal grado, y los reyes de Asturias no podian recabar de los cántabros y vascos sino una dependencia ó nominal ó forzada. Era el genio ibero que habia revivido con las mismas virtudes y con los mismos vicios, con el mismo amor á la independencia, y con las mismas rivalidades de localidad.

Por fortuna no andaban los conquistadores mas acordes y avenidos. Á la unidad momentánea de impulsion, que los hizo irresistibles como invasores, sucedieron luego las antipatías de raza y los odios de tribu que ya dejaron implantados los primeros gefes de la conquista. Ademas de las diferencias entre árabes, sirios y egipcios, los mismos árabes, especie de aristócratas privilegiados, se dividian en varias categorías, segun que sus razas se aproximaban mas en orígen á la del Profeta, ó que conservaban mas puras las tradiciones del Islam. Y todos tenian contra sí á los africanos berberiscos, conquistados antes por ellos, sus aliados forzosos des-

pues, mas groseros y menos creyentes, que no desaprovechaban ocasion de vengar con ruda animosidad su mal tolerada dependencia. La distancia que separaba la Península del gobierno central favorecia el desarrollo de sus discordias, pues tenian tiempo para devorarse entre sí los musulmanes de España, antes que la accion del gobierno superior, debilitada con la larga escala que tenia que recorrer, pudiese aplicar el oportuno remedio.

La angustia misma de su situacion les sugirió el pensamiento de fundar en España un imperio independiente del de Damasco. Pronto las playas de Andalucía resuenan con un grito de regocijo y con una aclamacion de entusiasmo. Era que saludaban al jóven Abderrahman ben Merwan ben Moawiah, de la ilustre estirpe de los Beny-Omeyas de la Arabia, único vástago de su esclarecida familia que habia librado milagrosamente su garganta de la tajante cuchilla de los Abbasidas. Este tierno prófugo, cuya juventud era un tejido de azares dramáticos y de episodios novelescos, fué el escogido por las tribus árabes y sirias para ocupar el trono del futuro califato español, y venia desde el fondo del destierro á tomar posesion del solio.

Funda, pues, Abderrahman el imperio de los Ommiadas, la dinastía mas brillante que ocupó jamás los tronos del mundo: y la raza árabe, noble, ardiente y generosa como sus corceles, se sobrepone á la raza berberisca, inquieta, turbulenta y pérfida como los numidas sus antepasados.

Reoaliéntase y se vigoriza con esto el imperio muslímico español, pero no por eso desmaya el denuedo ni se entibia la fé de los cristianos. Antes bien principia mas propiamente ahora esa grande epopeya de dos pueblos caballerescos, que se odian por religion y que rivalizan en arrojo en la pelea. Lucha sublime, en que se ve el ardor y la sangre de la Arabia en pugna incesante con el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente: escenas africanas mezcladas con las tiernas emociones del cristianismo: mahometanos que se arrojan á la muerte con la confianza de alcanzar el paraiso, y cristianos que pelean alentados con la esperanza de ganar el cielo: ejércitos que se contemplan protegidos por la sombra del perdon de Ismael, y combatientes á quienes amparan los brazos de una

cruz: la supersticion mezclada en unos y otros con la fé, y unos á otros apellidándose infieles y descreidos: la Europa y el mundo, el cielo y la tierra esperando el desenlace de esta grande Iliada, que aguarda todavía un Homero cristiano que la cante dignamente. El tiempo dirá quién mostró ser mas poderoso, si el Allah de los islamitas, ó el Dios de los cristianos, si Mahoma ó Jesucristo, si el Koran ó el Evangelio, si la cimitarra ó la cruz.

Verdaderamente, al contemplar el gran desarrollo, el engrandecimiento y poderío que alcanzó el imperio mahometano de España bajo la dominacion de los Ommiadas, de aquellos esclarecidos Califas que ocuparon el trono de Córdoba desde mitad del octavo hasta entrado el undécimo siglo; de aquellos príncipes filósofos y guerreros, estirpe privilegiada, de que apenas salió algun vástago que no mereciera un lugar distinguido en la galería de los grandes gefes de los imperios: al ver las huestes agarenas franquear los Pirineos, invadir la Aquitania franca, tomar á Narbona, incendiar los arrabales de Marsella, hacer al África una dependencia de España y dominar á uno y á otro lado del Mediterráneo: al ver á los Césares de Bizancio y á los emperadores de Alemania, los Teofilos y los Othones, enviar embajadas solemnes, con demandas de auxilio ó proposiciones de alianza y amistad, á los Abderahmanes de Córdoba: al ver aquellas masas innumerables de guerreros que á la voz del *alghied* ó guerra santa se congregaban, reunidos los estandartes de España con los de África (gran depósito de reserva, y retaguardia invulnerable del imperio), para atacar á los pobres cristianos que ocupaban unos retazos de esta península allende el Ebro ó del otro lado del Duero, parece inverosímil, ya que no imposible, que los soldados del cristianismo se atrevieran á medir sus fuerzas con tan gigantesco y formidable poder.

Y sin embargo hiciéronlo asi. Y el éxito fué mostrando que no hay triunfo imposible cuando la causa es justa, ni empresa temeraria cuando se acomete con arrojo, se sostiene con perseverancia y se prosigue con fé. Á los Abderrahman, á los Alhakem y á los Hixem, oponian los cristianos los Ramiros, los Ordoños y los Alfonsos; Almudhafar se encontraba con un Fernan Gonzalez; y si

los sarracenos contaban con un Almanzor, *el Victorioso,* no les faltaba á los cristianos un Rodrigo, *el Campeador*.

En todos los estremos de la Península resonaba un mismo grito de independencia: en cada territorio se organizaba un pequeño estado que servia de antemural al torrente de la dominacion. Los reyes de Leon sostienen como buenos el honor de las armas cristianas. En Castilla se constituye un condado, que despues ha de ser reino, destinado á soportar el peso de la contienda. Las fronteras de Castilla y de Leon, mil veces ganadas y perdidas por árabes y españoles, sirven por cerca de dos siglos de baluarte á la cristiandad. En Navarra los Garcías y los Sanchos dilatan prodigiosamente los límites de aquel pequeño reino, de orígen oscuro y cuestionado. En los Pirineos Orientales, sobre el cimiento de la Marca Gótica, fundada por Carlo Magno y Luis el Pio, se erige el condado de Barcelona, que franco primero, español después, y cristiano siempre, ocupado sucesivamente por los Wifredos, los Borreles, los Berengueres y los Ramones, forma otro dique en que va á romperse el oleage de las algaradas muslímicas: dique que se ensancha hasta incorporarse con Aragon, cuyo estado ven nacer los Ommiadas antes de la disolucion de su imperio.

Á la segunda mitad del siglo X, bajo Abderrahman III. y Alhakem II, llega el Califato á un grado asombroso de grandeza y de esplendor. El primero es el reinado de la conquista y de la magnificencia; el segundo es el imperio de las letras y de la cultura. Abderrahman III., el Magnífico, el primero que toma el título de Califa á imitacion de los de Damasco, el Iman, el Emir Almumenin, acaba con todas las sediciones intestinas, gana á Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, destruye en África los califatos de Fez y de Cairwan, y teniendo con una mano sujeta el África, y ejerciendo con otra un protectorado discrecional sobre todos los estados cristianos de España, ve desde el fantástico palacio de Zahara, mansion de maravillas, de voluptuosidud y de deleites, postrarse á sus pies embajadores de los Césares de Oriente y de los emperadores del Norte de Europa, venir á solicitar su amistad los representantes de los soberanos de Francia, de Borgoña y de Hungría, acogerse á su patronato y apoyo el conde de Barcelona y el

rey García de Navarra, á Sancho el Gordo de Leon ir á buscar á Córdoba los recursos de la medicina y la tutela del Califa; á Ordoño IV. el Malo pedir un rincon del vasto imperio musulman en que acabar triste y oscuramente sus dias: aliados, en fin, cuya flaqueza le garantía su fidelidad, ó protegidos que le debian su corona y le retribuian una dependencia y sumision moral. Alhakem II., amparador de las letras y protector de los doctos, sustituye las bibliotecas á los campos de batalla, los cantos poéticos al ruido de los atabales, los certámenes literarios á los combates sangrientos, y las academias á los triunfos del alfange; lleva á las musas á habitar su alcázar, y sus graciosas esclavas Rhedya, Aischa y Maryem, recuerdan las Safos, las Aspasias y las Corinas de los bellos tiempos de Grecia. Era el uno el César, y el otro el Augusto del imperio musulman. Desgraciada estrella tenia que lucir á los cristianos.

Eclípsase ésta casi totalmente con Almanzor, el grande, el guerrero, el victorioso; genio privilegiado y conjunto admirable de tacto político, de talentos literarios y de intrepidez bélica; que en veinte y cinco años gana cincuenta batallas á los cristianos, cayendo sobre ellos como un meteoro abrasador de incierto rumbo, y reduciendo su reino casi á los estrechos confines del tiempo de Pelayo; las campanas de la catedral de Compostela son trasportadas á Córdoba en hombros de cautivos cristianos para servir de lámparas en las naves de la grande aljama, y hasta las reliquias de los santos y los huesos de los mártires, conducidos por monarcas fugitivos, van á buscar un altar seguro en las cuevas y rocas inaccesibles de Asturias.

No hay al parecer medio humano que pueda salvar la causa de la independencia y la causa del cristianismo. Pero le habrá: porque no es la civilizacion de Mahoma la que está llamada á alumbrar la humanidad, ni el astro que ha de guiarla en su carrera. Caerá el coloso, porque la Providencia vendrá otra vez en ayuda de este pobre pueblo, que por lo menos ha tenido el mérito de no desconfiar nunca de la justicia y de no desmayar jamás en la fé.

La comun necesidad y peligro inspira á los príncipes cristianos el pensamiento, aunque harto tardío, de la union, y deponiendo

rivalidades y discordias, se determinan á arriesgar en una batalla y á jugar en un dia sus comunes destinos, los destinos de ambos pueblos, los destinos de la cristiandad: los ejércitos se avistan, se encuentran en los campos de Calat-Añazor (*la cuesta de las Águilas*), y se traba la terrible pelea.... O las *ataqueviras* de los soldados de Mahoma no han llegado á Allah, ó Allah ha sido impotente ante el Dios de los cristianos, y Almanzor el Victorioso ha dejado de ser el Invencible. Almanzor deja de existir, y es enterrado en Medinaceli, en la caja de polvo que habia ido recogiendo del que sacaba en sus vestidos en cada batalla. Aquel polvo cubria veinte y cinco años de gloria suya, y un dia de gloria para los cristianos. El desastre de Guadalete ha sido vengado en Calat-Añazor. Ahora como entonces se oye un quejido de dolor en toda España; pero ahora es la España musulmana la que se lamenta. La España cristiana hace resonar las bóvedas de sus templos con el himno sagrado que la iglesia destina á dar gracias á Dios por las prosperidades de la cristiandad.

Con razon se vistió de luto el pueblo musulman, porque la muerte de Almanzor era la muerte del imperio. Su desprestigiado califa Hixem, soberano sin autoridad y niño de por vida, esclavo en su alcázar y rodeado de muchachos y de jóvenes y mugerzuelas, sirve ya solo de miserable juguete á los que se disputan la herencia de un trono, ni vacante en realidad, ni en realidad ocupado; pregónanle muerto ó le proclaman vivo ó resucitado, le enseñan ó le esconden al pueblo á manera de maniquí, segun conviene á las miras de un pretendiente astuto ó de un eunuco de palacio. El trono de Córdoba se hace presa del mas atrevido usurpador, como el de Roma en tiempo del Bajo Imperio. Se desencadena el odio de tribus, y se devoran entre sí, disputándose con horroroso encarnizamiento los despojos del Califato que se desmorona. Desaparece la noble raza de los Beny-Omeyas, y sobre las ruinas del poco há tan soberbio imperio, se levantan tantos reyezuelos como son los walíes y las ciudades musulmanas.

Entretanto los monarcas cristianos se contentan con ser solicitados por los competidores al trono musulman, con inclinar la balanza al lado donde arrojan su espada, y con hacer reyes á los mis-

mos que pudieran hacer vasallos. Sin embargo se restaura la basílica de Compostela; Leon se reconstruye; los desmantelados muros de Zamora se reedifican. Alfonso V. de Leon puede celebrar ya un concilio en la resucitada ciudad. Los Berengueres de Cataluña dominan desde Rosas hasta la embocadura del Ebro. Aragon se constituye. Sancho el Mayor de Navarra dilata prodigiosamente su diminuto estado. Padre de reyes y repartidor de reinos, hace á Fernando primer rey de Castilla. Fernando se ciñe las dos coronas de Castilla y de Leon, y somete á tributo los emires independientes de Toledo, Zaragoza, Badajoz y Sevilla. Por último, Alfonso VI., rey de Castilla, de Leon y de Galicia, se apodera del primero y mas inexpugnable baluarte de la España sarracena, de la inmortal Toledo. La antigua córte de la España gótica vuelve á ser la capital de la España cristiana. Es el 25 de mayo de 1085.

VII

El imperio ommiada ha caido. Se ha desplomado desde la cumbre del poder, casi sin declinacion, casi sin gradacion intermedia entre su mayor grandeza y su total ruina. ¿Cómo descendió desde la cúspide al abismo? El prodigio de su engrandecimiento esplica el de su caida. Las relevantes cualidades y especiales talentos de sus califas lo habian hecho todo. La grandeza moral del pueblo no existia; estaba toda en el gefe del estado. El peso del edificio cargaba sobre la cabeza. Faltó el gefe, y con él se desplomó el imperio, como una estátua sin pedestal.

No era esto solo. Vivian inextinguibles las antipatías de casta y de tribu, de orígen, de costumbres, de inclinaciones y de creencias. Las eternas rebeliones de los Hafsun y de los Caleb, trasmitidas de generacion en generacion, probaban que la raza feroz de los hijos del Atlas ni transigia ni perdonaba jamás á la raza mas culta de los hijos del Yemen. El Africa habia enviado hombres á los soberanos de

Córdoba, mientras meditaba cómo enviarles señores. Y tan pronto como halló ocasion, esa raza indómita, que tuvo el privilegio de conservar los instintos salvages en medio de un pueblo civilizado, destruyó con su propia mano los brillantes mármoles de los palacios de Córdoba, holló con su ruda planta los elegantes jardines de Zahara, é hizo hogueras de la biblioteca de Merwan, adquirida á precio de oro. Vándalos del Mediodía, hicieron con Córdoba lo que con Roma ejecutaron los bárbaros del Norte. Acababan los árabes, y comenzaban los moros.

Mahoma cometió un olvido imperdonable al fabricar la constitucion del imperio. No hizo una ley de sucesion al trono. Y los califas, arrogándose la facultad de elegir sucesor de entre sus hijos ó deudos, sin atender ni á la primogenitura ni aun á la estricta legitimidad, prefiriendo á veces un nieto á los hijos, ó un postrer nacido á los hermanos primogénitos, pocas veces dejaron de ver ensangrentadas las gradas del trono por los miembros postergados de aquellas familias que la poligamia hacía tan numerosas, y las guerras comenzaban por domésticas y concluian por civiles. Los godos y los cristianos de los primeros tiempos de la restauracion sufrieron por la misma falta iguales inquietudes. ¡Cuánto tardaron los hombres en conocer las ventajas de esa institucion, menos bella pero menos fatal, de la sucesion hereditaria!

¿Qué representaba el pueblo musulman al lado del pueblo cristiano? El uno el triple despotismo de un hombre, á la vez monarca, pontífice y gefe superior de los ejércitos. La nacion no existía; era una congregacion de esclavos, en que todos lo eran menos el señor de todos. Aparte del fanatismo religioso, ¿qué aliciente tenian para ellos las fatigas de una eterna campaña?

Sabian que desde Mahoma hasta la consumacion del imperio, su condicion, inmutable como la ley, no habia de variar nunca; esclavos siempre; ni una franquicia que adquirir, ni una institucion que ganar. ¡Ay de ellos, si se atrevian á quejarse de que el botin de sus triunfos sirviera para las prodigalidades de un califa, que desde el artesonado salon de su suntuoso alcázar le repartia entre las poetisas que le adormecian con el arrullo de sus versos ó de sus cantos, ó de que distribuyera la sustancia del pueblo entre las esclavas que

le enloquecian con estudiados placeres, ó de que las rentas anuales de una provincia fueran el precio del collar que destinaba á la garganta de una odalisca de ojos negros! Las cabezas de los que tal murmuráran rodarian por el suelo, cualquiera que fuese su número, y no faltarian poetas que ensalzáran á las nubes las virtudes y aun la piedad del soberano.

Los cristianos representaban el triple entusiasmo de la religion, de la patria y de la libertad civil. Pues al paso que peleaban por la fé, luchaban por rescatar su nacionalidad, y ganando la sociedad ganaba tambien el individuo, y conquistaba franquicias y derechos. Este triple entusiasmo, en oposicion á la triple esclavitud de los musulmanes, necesariamente habia de infundir mas vigor en aquellos. Los viejos cronistas han hecho mal en recurrir al milagro para esplicar cada triunfo de los cristianos.

Si disuelto el imperio ommiada no acabaron de expulsar las razas mahometanas, culpa fué del heredado espíritu de individualismo y de sus incorregibles rivalidades de localidad. Las envidias se recrudecieron despues del triunfo de Calatañazor, y los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragon, de Fernando, Sancho, Alfonso y García de Castilla, Leon y Galicia, todos parientes ó hermanos, presentan un triste cuadro de enconos y rencores fraternales, en que parece haberse desatado completamente los vínculos de patria y borrado del todo los afectos de la sangre. Los hermanos se arrojan mútuamente de sus tronos, y los hijos de un mismo padre se clavan las lanzas en los campos de batalla. Ni á las hermanas escudaba la flaqueza de su sexo, y vióse á Urraca y Elvira inquietadas por un hermano en los dos rincones que su padre les adjudicára para que les sirviesen de pacífico retiro. Y como si fuese necesario poner el cebo mas cerca de la ambicion y de la envidia, los padres al morir partian el reino en tantos pequeños estados como eran sus hijos. Fernando de Castilla no escarmentó en los desastres del error de su padre: cayó en el mismo, y á igual falta correspondieron iguales calamidades. Merced á estas funestas particiones, se encontró la España cristiana, reducida y pobre como era todavía, dividida en seis estados independientes. Por fortuna era harto mayor el fraccionamiento de la

España mahometana, y el mayor desconcierto de la una era la salvacion de la otra.

Aunque supongamos hija de la necesidad y obra de la política aquella desdeñosa tolerancia que en los dos primeros siglos de lucha usaron los conquistadores con los conquistados, permitiendo á los cristianos el libre ejercicio de su religion y de su culto los mismos que venian á imponerles otro culto y otra religion, no por eso deja de ser admirable aquel prudente contenimiento, tan desusado de los pueblos conquistadores. Y sería un espectáculo singular ver en las grandes poblaciones alternar el escapulario del monge cristiano con el turbante del musulman, y al tiempo que el sonido de la campana convocaba á los fieles al sacrificio de la misa ó á oir la predicacion del sacerdote de Cristo, la voz de los muezzines estar llamando á los hijos del Profeta desde lo alto de un alminar á rezar su azala en la mezquita, ó á oir el sermon de su alchatib.

Mas tan estraña tolerancia cambió al fin en cruda persecucion. San Eulogio, el campeon impertérrito de la fé, nos ha dejado consignadas en sus preciosas páginas las glorias de los mártires de Córdoba. ¿Sería acaso que él mismo, y otros celosos apologistas, como Alvaro, Cipriano y Samson, provocáran el martirio como el único medio de atajar la propension que en los mozárabes de aquel tiempo se notaba á dejarse arrastrar del ascendiente de la civilizacion de los árabes, y á fundirse en la poblacion musulmana por el idioma, por las costumbres, por los trages, por la literatura, y hasta por los matrimonios? Si tal fué su intento, lográronle cumplidamente, porque la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos, que por otra parte rivalizaban en espíritu y en celo religioso.

Si en Córdoba se levantaba una soberbia aljama ó mezquita, mas grandiosa que todas las de Occidente y rival en suntuosidad con la gran Zckia de Damasco, lugar santo de peregrinacion para los musulmanes como la Meca, en Compostela se erigía una gran basílica, se descubria el sepulcro del santo apóstol Santiago, y los piadosos cristianos acudian allí en peregrinacion como á Je-

rusalen ó á Roma. Si cada emir y cada califa enriquecia ó agrandaba el gran templo, ó construia nuevas mezquitas y las dotaba con gruesas sumas de dinares de oro, cada obispo y cada monarca cristiano dotaba con esplendidez una iglesia, ó levantaba una catedral ó fundaba un monasterio. Si el alghied publicado desde el almimbar ó púlpito alentaba á los soldados del Profeta á emprender con vigor una campaña, los soldados de Cristo entraban con ardor en el combate invocando al santo patrono Santiago, á quien veian en los aires caballero en un soberbio corcel y armado de reluciente espada, bajar á ayudarlos en la pelea y á derribar millares de infieles bajo los pies de su caballo; ó bien era San Millan, que se aparecia entre nubes con vistoso trage y armado de todas armas, ó bien San Jorge en caballo blanco y con cruz roja; visiones saludables que les valieron mas de un triunfo. Y si la verdad histórica no admite el milagro de Clavijo bajo el primer Ramiro, solo aquella fé les pudo proporcionar otra victoria en el mismo lugar bajo el primer Ordoño.

Encontrábanse en las batallas los alfakíes y alchatibes musulmanes con los sacerdotes y obispos cristianos, unos y otros llevando sobre la vestidura sagrada el armamento guerrero. En Valdejunquera dieron muerte los cristianos á dos doctores del Islam, y los muslimes hicieron prisioneros á dos obispos cristianos. Cuando el conde Armengol de Urgel llegó con sus catalanes cerca de Córdoba, para auxiliar al árabe Muhammad contra el berberisco Suleiman, tres prelados le acompañaban en esta singular cruzada, y todos tres sucumbieron con su gefe peleando como soldados. Si el pueblo ve despues sin sorpresa en el siglo XV. al arzobispo de Toledo capitanear los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra las huestes de Enrique IV de Castilla; si en el siglo XVI. el mas eminente cardenal de España no tuvo por ageno de su estado ordenar el asalto de Oran con la espada del guerrero ceñida sobre el sayal del franciscano; si mas adelante se vió sin maravilla una legion de clérigos comandados por un obispo defender las libertades de Castilla en los campos de batalla contra los ejércitos imperiales del gran Cárlos V; si en el siglo XIX. hemos visto á los ministros del altar blandir la lanza y acaudillar guerreros contra las

legiones de un invasor estraño, y hasta en nuestras contiendas civiles cambiar la vestidura sacerdotal por la armadura bélica, fuerza es reconocer lo que encarnó en esta clase la costumbre adquirida en aquellos tiempo de celo religioso.

Los pueblos que asi competian en devocion no podian competir lo mismo en civilizacion y en cultura, Los árabes con su natural viveza se habian lanzado á la conquista de las letras con el mismo ardor que á la conquista de las armas, y el pueblo muslímico español era un hijo emancipado de aquella Arabia que heredó las riquezas literarias de Egipto, de Grecia, de Roma y de la India. Los califas de Occidente se propusieron que la córte de Córdoba no cediera en brillo intelectual á la de Bagdad, la ciudad de los ochocientos médicos, y de la universidad de los seis mil alumnos. Abderrahman III. supo fomentar los diversos ramos del saber humano tanto como Alraschid, y Alhakem II. no sería acaso inferior á Almamun, el mas espléndido y el mas sábio de los Abbassidas. Los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca Merwan son un testimonio del asombroso impulso que dieron á la literatura los soberanos Ommiadas. Llevaban tras sí aquellos califas aun en las expediciones militares, gran séquito de médicos, astrónomos, filósofos, historiógrafos y poetas, y do quiera que el gefe del imperio se moviese era como un planeta que se divisaba de lejos por el brillo que le rodeaba ó por el rastro de luz que iba dejando. Examinaremos no obstante en nuestra obra aquella cultura intelectual, y veremos si tenia tanta parte de gusto, de raciocinio y de solidez, como de artificio, de atrevimiento y de imaginacion. Y veremos tambien el influjo que ejerciera aquella literatura y aquel idioma en la literatura y en el idioma español.

De todos modos no podia el pueblo cristiano-español nivelarse en este punto al hispano-arábigo, reducido como quedó aquél con la invasion á la infancia social. Y antes era para él ganar comarcas que crear colegios, primero era existir que filosofar, y la espada era mas necesaria que la pluma. Asi con todo, desde Alfonso el Casto, que señaló ya en el siglo IX el cimiento de que habia de arrancar la nueva organizacion del pueblo hispano-cristiano, hasta el XI, que marcó una era de mejoramiento material y moral,

no dejó de hacer los adelantos relativos que su condicion y la vida activa de la campaña le permitian

¿Y qué fué de aquella esquisita y refinada cultura oriental que tanto lustre dió al imperio Ommiada? Sostenida como él por los califas, se desplomó con su material grandeza. Oscurecerán su brillo póstumo las dominaciones pasageras de los Almoravides y de los Almohades. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante cruz de los cristianos, y el Africa volverá á recoger los restos fugitivos de un pueblo que fué culto, y que no hará ya sino vegetar en la barbarie allá en los desiertos de donde habia salido. Asi se cumplirá aquella profecía que la indignacion arrancó á un cierto Takeddin cuando dijo: «Dios castigará en la segunda vida á Almamun, porque ha convertido hácia las ciencias profanas la piedad de los musulmanes.» No sabía este celoso ismaelita que no era la piedad del Koran y la civilizacion de la esclavitud la llamada á alumbrar el género humano.

En cambio conquistaba el pueblo cristiano preciosas libertades políticas, y ganaba inapreciables derechos civiles. Gloria eterna será de España el haber precedido á las grandes naciones de Europa en la posesion de esos pequeños códigos populares, que dieron á las corporaciones comunales, á los vecinos, artesanos y cultivadores, un influjo y un poder que no habian tenido en la antigua sociedad germánica, ni le tenian aun en los estados europeos de ella nacidos. Aparecen pues los *Fueros* de Leon y de Castilla, los *Usages* de Cataluña, y las cartas municipales: la Iglesia restablece sus concilios, y el elemento popular entra á hacer parte de los poderes del Estado; merecida recompensa que los príncipes otorgan á los pobladores de una ciudad fronteriza, de contínuo combatida por el enemigo y defendida siempre con vigor, ó mercedes hechas por servicios heróicos prestados por los pueblos al trono y al pais. A la libertad individual de los godos suceden las libertades comunales y las franquicias civiles, y la España al paso que reconquista va marchando tambien hácia su reorganizacion.

A pesar del fervor religioso que daba impulso y vida al movimiento de la restauracion, la corte romana no habia estendido á la española el influjo y la omnipotencia que ejercia en los estados

cristianos de allende el Pirineo. La nacion proveia á su gobierno y sus necesidades, y la iglesia celebraba sus concilios convocados por el monarca, de la misma manera que lo habia hecho la iglesia gótica. Por primera vez despues de diez siglos, se pone un reino de España bajo la dependencia inmediata de la córte pontificia. Un rey de Aragon hace su reino tributario de Roma, y otro monarca aragonés, amenazado con los rayos espirituales del Vaticano, se ve obligado á hacer penitencia pública, y á restituir á la iglesia los bienes que llevado de un celo religioso habia tomado para subvenir á los gastos de la cruzada contra los sarracenos. Mas tarde deja penetrar Alfonso VI. en la iglesia y reino de Castilla la doctrina de la soberanía universal de los papas, tan arrogantemente sostenida por Gregorio VII., el gran invasor de los poderes temporales. El campo escogido para esta primera tentativa fué el reemplazo del breviario gótico ó mozárabe, tan querido de los españoles, por la liturgia romana. En vano clamó el pueblo por que se le conservára un ritual, que miraba como el símbolo de sus glorias. El clamor popular, el juicio de Dios, y la prueba del fuego, que se pronuncian en favor del rito toledano, se estrellaron contra la obstinacion del monarca, que resuelto á complacer al pontífice, decretó la abolicion del breviario mozárabe y la adopcion del romano. El pueblo, entre indignado y lloroso, esclamó: *Allá van leyes do quieren reyes*. Y la frase adquirió desde entonces en España una celebridad proverbial. Las vicisitudes que desde esta primera victoria del poder papal sobre los reyes y las libertades de la iglesia de Castilla esperimentó en lo de adelante, segun las ideas de cada siglo y el humor de cada monarca, forman una parte muy esencial de la historia de nuestro pueblo.

Bajo la influencia de una reina francesa y á la sombra de un primado de Toledo, tambien francés, y monje de Cluni como Gregorio VII., hace al propio tiempo su irrupcion en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen á buscar fortuna á España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes, de Portugal y de Castilla.

VIII.

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con estrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado del imperio Ommiada y conquistada Toledo, parecia no restar á las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupcion de bárbaros mahometanos, los africanos Almoravides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana, y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varon del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejóse por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecia que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon habria de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El genio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragon, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre é hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto que borraríamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por mas de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragon, mas virtuosos y mas simpáticos, y unidos en mas feliz consorcio, en-

lazáran indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de trascurrir trescientos años todavía!

Por ventura ese mismo monarca aragonés, grande agitador de la Castilla, revuelve luego sus armas contra los infieles, y dase tal prisa á batallar que con razon se le aplica el sobrenombre de *Batallador*. Conquista á Zaragoza de los Almoravides, la hace capital del reino, y ensancha el Aragon hasta los términos que hoy tiene. Veníanle estrechos al hazañoso aragonés los límites de la Península, y con igual arrogancia salva las Alpujarras y saluda las costas del otro continente, que franquea los Pirineos y toma á Bayona. La batalla de Fraga privó á España de este robusto brazo.

Una solemne fiesta religiosa se celebraba en la catedral de Leon poco antes de mediar el siglo XII. Un personage, que llevaba en sus hombros una rica vestidura primorosamente trabajada, era conducido al altar mayor entre el rey de Navarra y el prelado de la diócesis. Colocábase en sus manos un cetro; en su cabeza una corona imperial de oro puro guarnecida de piedras preciosas. Entonábase el *Te Deum*, y las bóvedas del soberbio santuario resonaron al grito de: ¡*Viva el emperador Alfonso*! España tenia ya un emperador, y este emperador era el hijo de Urraca, Alfonso VII., que sin ser mas que rey de Castilla se encontraba una especie de rey de reyes, y gefe de príncipes y soberanos. Rendíanle vasallage los emires de las principales ciudades musulmanas: el rey monje de Aragon se habia puesto bajo su dependencia: el de Navarra le daba por su mano la investidura imperial: reconocíanle su primacía los condes de Barcelona, de Portugal, de Tolosa, de Provenza y de Gascuña, y el imperio castellano se estendia desde el Tajo hasta el Ródano, y desde Lisboa hasta Burdeos. ¡Admirable engrandecimiento, que no era de esperar tras el turbulento y aciago reinado de Urraca! «¡Por Dios vivo, esclamó el rey Luis el Jóven de Francia cuando vino á visitar á Toledo, que no he visto jamás una corte tan brillante, y que sin duda no existe igual en el universo!» Aun rebajando la parte hiperbólica con que acaso el esposo de Constanza quisiera lisongear á su suegro Alfonso, dedúcese todavía la brillantez que habia alcanzado la corte de Castilla, tan modesta no hacía muchos años.

Verifícanse á poco importantes cambios en la España cristiana. La union de Aragon y Cataluña bajo un solo cetro, hecha en sazon oportuna por medio de un acertado matrimonio, convierte los dos estados en un vasto y poderoso reino, que veremos irse saliendo fuera de sí mismo, difundirse por Europa, dominar en el Mediterráneo, dar reyes á Nápoles y Sicilia, agregar coronas á coronas, y traer á España la mitad de Italia.

En cambio Portugal se emancipa de Castilla y se erige en reino independiente. Desde entonces aquel reino, especie de giron violentamente rasgado del manto real de España, floron arrancado de la corona de Castilla, enmienda hecha por los hombres á las leyes naturales de la geografía, ó sirve de embarazo para la grande obra de la unidad, ó de manzana de discordia disputada con éxito vario hasta los tiempos de los Felipes de Austria, acá ya en los siglos XVI. y XVII.

Aun sufre mayores trasformaciones la España sarracena. El África era en aquellos siglos para España lo que en otros tiempos habia sido la Germania para el imperio romano: semillero inagotable de razas, de tribus y de pueblos, dispuestos á invadirla sucesivamente, siendo aqui como alli los que venian detrás los mas agrestes y feroces. Alli eran godos, suevos, vándalos, francos y hunos: aqui eran árabes, sirios, egipcios, Ommiadas, Almoravides y Almohades. Todos habian venido ya menos estos últimos; los discípulos y sectarios de *El Mahedy*, nuevo profeta que se anunciaba como apóstol y gran reformador de los musulmanes degenerados y corrompidos. Los Almoravides atacaron aquellos cismáticos del dogma muslímico, pero mas afortunados ó mas fogosos los *unitarios* ó Almohades, les toman sucesivamente á Tremecen, Fez, Salé, Tanger, Ceuta, y Marruecos, que hacen la capital del imperio. La consecuencia inmediata de cada nueva dominacion que se levantaba en la Mauritania era la invasion de la península española; y Abdelmumen, gefe de los Almohades, sigue en el siglo XII. el ejemplo y el camino de Yussuf, gefe de los Almoravides en el XI. Los Almohades arrojan de España á los Almoravides, como estos habian arrojado á los Beni-Omeyas, y Abdelmumen se posesiona del vasto imperio de Yussuf, aunque cercenado por los cristianos.

Estos no tienen ya que pelear con árabes, sino con moros de pura raza africana

Mientras Almoravides y Almohades se revolvian en mortíferas guerras, los Castros y los Laras, los Alfonsos de Castilla, Leon y Portugal se destrozaban en sangrientas discordias. Ni cristianos ni moros acometian empresa de importancia. Ocupábanse los correligionarios en devorarse entre sí.

Un rey de Castilla emprende una atrevida incursion por tierras musulmanas. Llega á Algeciras, y desde alli envia un arrogante reto al emperador almohade de Marruecos. «Puesto que no pue«des venir contra mí, le dice, ni enviar tus gentes, envíame bar«cos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé «contigo en tu misma tierra.» Reto imprudente y fatal, que costó á los españoles la memorable derrota de Alarcos, solo comparable al desastre que ciento doce años antes habian sufrido en Zalaca.

Afortunadamente un largo armisticio siguió á la catástrofe de Alarcos, y no fué menor suerte que los monarcas cristianos aprovecháran esta tregua feliz para arreglar sus querellas y prepararse á una guerra nacional.

La voz del pontífice se hace oir en toda la cristiandad á principios del siglo XIII, exhortando á los príncipes y á los pueblos á que ayuden á la gran cruzada, no ya contra los turcos de la Palestina sino contra los moros de España. Procesiones, rogativas y ayunos públicos anuncian en Roma que el mundo se halla en vísperas de presenciar un gran suceso, que habrá de interesar á todo el orbe cristiano. Este suceso habia de acontecer en España, donde se ventilaba la causa de la cristiandad mas que en la Tierra Santa. En Roma se paseaba el *Lignum Crucis*, y en Toledo se congregaban cinco reyes españoles, mientras el nieto de Abdelmumen cruzaba el estrecho de Gibraltar con cuatrocientos cincuenta mil guerreros mahometanos, el mas formidable ejército que jamás el África habia lanzado contra Europa. Avanzan los infieles, y los cristianos avanzan tambien. Se avistan unos y otros, y se da el famoso combate de las *Navas de Tolosa*, la mas grandiosa lid que desde Atila habian visto los hombres. Cuatro dias doraron los rayos del sol abrasador de julio las altas cumbres de Sierra Morena, antes

que el mundo pudiera saber quién habia salido vencedor, si el estandarte de Cristo ó el pendon del Islam. El resultado glorioso le pregona y canta la iglesia española en la fiesta religiosa y nacional que en conmemoracion de aquel dia feliz celebra todavía bajo la advocacion de el *Triunfo de la Santa Cruz.*

Como en los campos de Chalons se habia decidido la causa de la civilizacion contra la barbarie, asi en las Navas de Tolosa se decidió virtualmente la causa del Cristianismo contra el Koran. Doscientos mil combatientes del Septentrion quedaron en los campos Cataláunicos; doscientos mil guerreros del Mediodía sucumbieron en los campos de las Navas. El soberbio gefe de los Hunos habia sido rechazado á los bosques de la Germania; el altivo gefe de los Almohades se retiró á devorar su desesperacion en el serrallo de Marruecos. Ambas causas triunfaron con la misma sangrienta solemnidad.

Desde la terrible rota de las Navas quedó el imperio Almohade en el mismo desconcierto, en la misma anarquía y flaqueza que habia quedado el imperio Ommiada desde el revés de Calatañazor. Los cristianos avanzarán ya siempre, y nunca retrocederán. Ya no hay equilibrio; la balanza se ha inclinado.

Á poco tiempo se sientan casi simultáneamente en los tronos de Aragon y de Castilla, en el uno un conquistador, en el otro un conquistador y un santo: si dramático ha sido el nacimiento del aragonés, tambien ha sido dramático el ensalzamiento del castellano. Jaime I. ciñe las dos coronas de Aragon y Cataluña; Fernando III. vuelve á unir en sus sienes las de Castilla y Leon para no separarse ya jamás. El esforzado aragonés aventa los moros por Oriente, el brioso castellano los estrecha y acorrala por Mediodía. El Conquistador se apodera de las Baleares, último refugio de los Almoravides, y toma á Valencia, la ciudad del Cid. El rey Santo se posesiona de Córdoba, la corte de los Califas, y planta el pendon castellano en la Giralda de Sevilla, la ciudad que habia reemplazado y excedia ya á Córdoba en poblacion y en opulencia. Trescientos mil mahometanos de todas edades y sexos salieron, llevando consigo sus riquezas moviliarias, á buscar un triste asilo en África, ó en los Algarbes, ó en Granada. Millares de moros eran

tambien arrancados de sus hogares, y huian de Valencia lanzados por un edicto del Conquistador, á refugiarse entre sus hermanos de Granada, cuyos muros apenas bastan á contener los dispersos que de las provincias limítrofes se apiñan en su recinto, como en un postrer lugar de refugio. Mediaba entonces el siglo XIII.

El reino granadino, especie de retoño que brota del destruido tronco del imperio árabe-africano, es el último resíduo y la última forma de la dominacion mahometana en nuestro suelo.

Aun queda Granada rebosando de habitadores, que bien necesita ser prodigiosamente feraz su campiña para proveer al mantenimiento de tanta muchedumbre. Aun queda su soberbia Alhambra, deliciosa mansion de reyes, donde tremola todavía y se ostenta con orgullo la enseña del Profeta. Y se ostentará por espacio de mas de dos siglos. ¿Cómo tan largo tiempo se sostiene ese pequeño reino, reducido al estrecho recinto de una sola provincia de España, contra príncipes tan poderosos como eran ya los de Aragon y de Castilla?

Mucho hace la benéfica y sábia administracion de Ben-Alamar, y la paz en que le deja vivir San Fernando hasta su muerte, como aliado suyo que habia sido y auxiliador en sus empresas. Es que tambien mientras la poblacion muslímica se concentraba y se fortalecia en Granada, los sucesores de Jaime y de Fernando, como si se olvidáran de que aun habia moros en territorio español, se gastan en empresas esteriores, mezclados y enredados en los negocios generales de Europa. Halagan al de Aragon las adquisiciones de Sicilia, que le traen largas luchas con Roma y con la Francia. Preocupaban al castellano sus pretensiones á la corona imperial de Alemania, y faltó poco para que España pagára á caro precio las distracciones de sus príncipes, cuando ausentes de sus estados se ligó el rey moro de Granada con los Beni-Merines que reinaban en Magreb. Castilla despues de San Fernando hubiera necesitado otro rey conquistador, y tuvo un rey sábio. Pensó en hacer leyes mas que en acabar de expulsar á los moros, y se difirió por dos siglos la reconquista.

Vuelven tambien las discordias intestinas á retrasar mas esta obra laboriosa y lenta. Desde Alfonso el Sábio hasta el Justicie-

ro, no hay mas que eternas conjuras ó menoridades turbulentas, gran calamidad de los estados y desolacion de los imperios, plaga fatal con que mas que otra nacion alguna ha sido castigada la España. Ya era un hijo que se alzaba en armas para arrancar la corona de las sienes de su padre, y que á su vez probaba la pena del talion sufriendo las propias amarguras de sus deudos, tios ó hermanos. Ya eran los envalentonados nobles de Castilla, los Haros, los Laras ó los infantes de la Cerda, los que traian en agitacion dolorosa el estado, pasándose asi años y reinados en sangrientas turbaciones, sin que entretanto la guerra contra los moros suministrára á la historia hechos gloriosos que recordar, si por muchos no valiera el rasgo insigne de patriotismo heróico, de abnegacion sublime y de noble grandeza castellana, con que inmortalizó el sitio de Tarifa Alfonso Perez de Guzman el Bueno.

Asi trascurre un siglo, hasta que al mediar el XIV. vuelve á resucitar delante de Algeciras el antiguo brio castellano con el undécimo Alfonso, el último de esos Alfonsos, nombre de glorias para España, donde dejaron perdurable memoria de preclaros hechos, y que fueron como los Césares y los Abderrahmanes de la restauracion. Unido va al nombre de Alfonso XI. el glorioso recuerdo de la memorable victoria de el Salado, donde, como en las Navas, parece deber reconocerse una proteccion superior, pues no pudiera de otro modo haber llegado el número de cadáveres musulmanes á la prodigiosa cifra á que le hacen subir todas las crónicas. Reservada estaba al úndecimo Alfonso de Castilla una honra póstuma que dudamos haya alcanzado otro príncipe alguno de la tierra. Sus mismos enemigos vistieron luto al saber su muerte; y cuando el ejército cristiano conducia sus restos mortales á Sevilla, las tropas del rey moro de Granada que le habian combatido en el campamento abrieron respetuosamente sus filas para hacer paso al fúnebre convoy.

Pero Granada entretanto se mantiene, y aquel resto de dominacion musulmana se niega á desprenderse del suelo español, á semejanza de aquellos mariscos que viven y crecen encerrados en la estrechez de una concha, en tal manera á la roca adheridos, que ni el furor de los vientos, ni el azote de las olas son poderosos á des-

pegarlos. Su fortuna le depara otro soberano tan sábio y prudente como Ben-Alamar, y á su benéfica sombra florece el diminuto y exíguo reino. La ciudad de las manufacturas y de los bellos jardines se hace el emporio del comercio y el centro de la cultura y del placer. El tráfico mercantil atrae á los negociantes de lejanas regiones; las fiestas y los torneos la hacen el punto de reunion de los mas apuestos caballeros de las vecinas naciones, musulmanes y cristianos. Pero no tardará la ciudad poética en esperimentar tambien los estragos de la discordia civil, y las lanzas que ahora en alegres justas se ejercitan se clavarán luego en los pechos fraternales con desapiadado y bárbaro furor.

En Castilla sucede ya esto otra vez. La sangre riega sus campos y colorea sus ciudades. Apenas hay familia noble ó persona ilustre que no la vierta, peleando en favor del monarca legítimo ó del hermano bastardo. La que no se derrama en los combates la hace saltar el puñal, ó asestado por la mano de un príncipe que le maneja en lugar de cetro, ó por la de sus terribles maceros, ó por la de sus consejeros mas íntimos y allegados: y la que el puñal perdona va á salpicar las tablas del patíbulo, erigido y aparejado á todas horas por un soberano irascible, impetuoso y arrebatado, á las veces justiciero, cruel y sanguinario siempre. La suya propia tiñe las manos fraternales, y el hermano que le arranca la vida se ciñe su corona.

Los pueblos, fatigados de tanta tragedia, se felicitan al pronto de haber cambiado las crueldades del monarca legítimo por las larguezas del bastardo dadivoso. Pronto conocieron cuán poco habian ganado con el ensalzamiento de la nueva dinastía. En poco mas de un siglo que ocupó el trono de Castilla la línea varonil de la familia de los Trastamaras, vióse á aquellos príncipes ir degenerando desde la energía hasta el apocamiento, y desde la audacia hasta la pusilanimidad. El prestigio de la magestad desciende hasta el menosprecio y el vilipendio, y la arrogancia de la nobleza sube hasta la insolencia y el desacato. La licencia invade el hogar doméstico, la córte se convierte en lupanar, y el régio tálamo se mancillaba de impureza, ó por lo menos se cuestionaba de público la legitimidad de la sucesion. La justicia y la fé pública gemian bajo la violacion y el escarnio. La opulencia de los grandes ó el boato de un valido insulta-

ban la miseria del pueblo y escarnecian las escaseces del que aun conservaba el nombre de soberano. Mientras los nobles devoraban tesoros en opíparos banquetes, Enrique III. encontraba exhausto su palacio y sus arcas, y su despensero no hallaba quien quisiera fiarle. Juan II. procuraba olvidar entre los placeres de las musas las calamidades del reino, y se entretenia con la *Querella de amor*, ó con los versos del *Laberinto*, teniendo siempre sobre la mesa las poesías de sus cortesanos al lado del libro de las oraciones. Este príncipe tuvo la candidez de confesar en el lecho mortuorio, que hubiera valido mas para fraile del Abrojo que para rey de Castilla. Los bienes de la corona se disipaban en personales placeres, ó se dispendiaban en mercedes prodigadas para grangearse la adhesion de un partido que sostuviera el vacilante trono.

No habia sido mucho mas feliz Aragon con la dinastía de Trastamara, que tambien fué llamada á ocupar el trono de aquel reino. Allí otro Juan II. monarca duro y padre desamorado, traia desasosegada y en combustion la monarquía. Desheredaba á un hijo, digno por sus prendas de mas amor y de mejor fortuna, y los catalanes irritados contra el desnaturalizado monarca, llamaban á su suelo estrangeras tropas, y brindaban con la corona de Cataluña á cualquier príncipe estraño que quisiera aceptarla, antes que obedecer al monarca aragonés. En Navarra la misma fermentacion de partidos, la misma hoguera de discordias, el encarnizamiento no menor.

¿Qué servia que aquejáran ya al pequeño reino granadino iguales ó parecidas turbaciones que á los estados cristianos? Si allí se derribaban alternativamente los Al-Hayzari, los Al-Zaqui, los Ben-Ismahil y los Abul-Hacen, aquí se destrozaban entre sí los Enriques, los Juanes, los Alfonsos y los Cárlos. Si un caudillo moro invocaba el apoyo de un monarca cristiano para derrocar á un rey de Granada, otro pariente de aquél se aprovechaba del desconcierto y las miserias del reino castellano para destronar á su vez al usurpador y negar el tributo al monarca de Castilla. Asi el reducido reino de Granada se mantenia enmedio de las convulsiones por la impotencia de los reyes y del pueblo cristiano para arrojar á los infieles de aquel estrecho rincon, afrenta ya y escándalo de España.

La degradacion del trono, la impureza de la privanza, la insolencia de los grandes, la relajacion del clero, el estrago de la moral pública, el encono de los bandos y el desbordamiento de las pasiones, llegan al mas alto punto en el reinado del cuarto Enrique de Castilla. Los castillos de los grandes se convierten en cuevas de ladrones; los indefensos pasageros son robados en los caminos, y el fruto de las rapiñas se vende impunemente en las plazas públicas de las ciudades; un arzobispo es arrojado de su silla en un tumulto popular por atentar contra el honor de una recien desposada, y otro arzobispo capitanea una tropa de rebeldes para derribar al monarca y sentar á su hermano en el solio. En el campo de Ávila se hace un burlesco y estravagante simulacro de destronamiento: ignominioso espectáculo y ceremonia cómica, en que un prelado turbulento y altivo, á la cabeza de unos nobles ambiciosos y soberbios, se entretienen en despojar de las insignias reales la estátua de su soberano, y en arrojar al suelo, entre los gritos de la multitud, cetro, diadema, manto y espada, y en poner el pie sobre la imágen misma del que habia tenido la imprudente debilidad de colmarlos de mercedes.

Habia llegado, pues, esta nacion á uno de los casos y situaciones estremas, en que no queda á los imperios sino la alternativa entre una nueva dominacion estraña, ó la disolucion interior del cuerpo social. A no ser que se levante uno de aquellos genios privilegiados que tienen la fuerza y el don de resucitar un estado cadavérico, y de infundirle nueva vitalidad y robustez: uno de esos génios estraordinarios, que contadas veces en el trascurso de los tiempos son enviados de lo alto á la humanidad. Vendrá este genio vivificador, porque lo merece una perseverancia de cerca de ochocientos años puesta á tan rudas y dolorosas pruebas.

IX.

A medida que el territorio se ensancha, que la asociacion crece, que el estado se forma, tiene mas necesidad de constituirse en el órden moral; los derechos, los deberes, las relaciones mútuas entre las diferentes clases del cuerpo social necesitan fijarse. Esto es lo que ha ido haciendo la España en los cuatro siglos que hemos bosquejado.

El órden de suceder en la corona, electivo primero, semi-electivo despues, se hace hereditario. Gran paso dado en los elementos constitutivos de las sociedades civiles.

Aquellos primeros albores de libertad política que dejamos apuntados en el décimo siglo, se difunden en el undécimo. Las franquicias comunales se multiplican y ensanchan, y el conquistador de Toledo dilata las cartas y los derechos de los municipios.

La nobleza, creada y adquirida por la conquista, aquella orgullosa y potente aristocracia que formaba ya una parte integrante de la monarquía, reclamaba leyes que aquietáran entre sí á los turbulentos señores, y consignáran su respectiva condicion para con el soberano y para con los vasallos. Establécese con este objeto en el siglo XII. el fuero de los Fijos-dalgo y Ricos-homes. De este modo se ve Castilla constituida bajo una organizacion especial; semi-monárquica, semi-feudal, semi-democrática: dividida en municipalidades, repúblicas parciales y aisladas con fueros y magistrados propios; en señoríos, especie de pequeñas monarquías, con su código, su jurisdiccion y sus vasallos; y al frente de todas estas repúblicas y monarquías un gefe comun del estado, cuya autoridad mengua con las concesiones que para el sostenimiento del poder real necesita hacer á los otros dos grandes poderes, por mucho que discurra para dominarlos y para neutralizar, ya las aspiraciones de la altiva nobleza, ya las pretensiones de la invasora democracia.

Corre con los tiempos la lucha de influencia entre los comunes

y los nobles, entre la grandeza y el trono, entre la corona y el brazo popular. La historia de la legislacion revela esta incesante lucha política. Á principios del siglo XIII. un monarca se propone revisar y corregir los fueros y privilegios de los fijos-dalgo para confirmar lo que fuere *bueno á pro del pueblo;* pero *por las muchas priesas que ovo fincó el pleito en este estado.* Los conocedores de los tiempos no han podido dejar de entrever en aquellas priesas la índole de las dificultades con que hubo de tropezar el soberano. Cuando mas adelante su nieto el rey Sábio, queriendo uniformar la legislacion castellana, publicó el Fuero Real, no pudieron sufrir los fieros hidalgos de Castilla la lesion que se hacía á sus antiguos privilegios. Se conjuran y amotinan contra la magestad, se arman, se acuartelan, se pertrechan, tratan y ventilan su causa con el soberano como de poder á poder, y al cabo de diez y siete años de pugna, el débil monarca accede á la abolicion del Fuero Real, y manda que los nobles sean otra vez juzgados por el Fuero Viejo, *ansi como solien.*

Condenado parecia estar aquel buen rey á gastar su sabiduría y su vida en hacer leyes que no habia de ver planteadas. Forma el célebre Código de las Partidas, y apercibidos los pueblos de que en él se quiere borrar la memoria de los fueros de poblacion y de conquista, resisten su admision, y no obtiene subsistencia ni valimiento hasta cerca de un siglo despues bajo Alfonso el Onceno, y eso dando un lugar preferente á los fueros municipales. Tan celosos eran los castellanos, y tan apegados á su antigua y privilegiada jurisprudencia.

Tuvieron los últimos Alfonsos el mérito de haber sido casi todos legisladores y guerreros insignes; y no sabemos cómo las complicadas guerras en que anduvo de contínuo envuelto y enredado Pedro de Castilla le dejaron vagar para hacer su famosa recopilacion, con que ganó no pequeño título de gloria para todos los hombres, y mas para los que quisieran apellidarle solo el Justiciero, y borrar el sobrenombre tradicional de Cruel.

La historia política de la edad media de España se encuentra como compendiada y simbolizada en sus códigos. El *Fuero Juzgo*, el primero en antigüedad, representa la monarquía teocrática,

fundada por los godos, y es como el anillo que une la sociedad antigua que pereció con la sociedad nueva que de ella ha renacido. Los *Fueros municipales* son la carta democrática de la España que conquista su libertad, y el emblema de las franquicias ganadas por un pueblo que recobra su independencia á costa de esfuerzos y sacrificios. En el *Fuero Viejo de Castilla* se consignan los privilegios señoriales de la nobleza castellana, y es la sancion legal de sus derechos. Las *Partidas* son el trasunto de la monarquía que se reorganiza, que toma del derecho romano y del derecho canónico sus tradiciones monárquicas, y en que las libertades comunales entran solo como aliadas forzosas, y los privilegios nobiliarios como una inevitable transaccion. El clero recobra sus inmunidades con las Partidas, y Roma vé legalmente sancionado en un código de leyes el principio de una supremacía que por muchos siglos no habia podido hacer prevalecer en España.

Honra es de esta nacion que en una época en que la Europa gemia aun bajo el poder absoluto de los reyes, tuviera ella ya un sistema de gobierno con condiciones que hoy mismo agradecerian pueblos muy avanzados en la carrera de la civilizacion. En aquel estado de fermentacion social aparecen las Córtes españolas. Allí tambien luchan esos cuatro poderes. Desde que entra en ellas el elemento popular, fuerte con la independencia que le dan sus inmunidades, prepondera muchas veces en las asambleas nacionales de Castilla. Pierde en ocasiones de su influencia, y cede ante las sistemáticas usurpaciones de la corona, ó ante las invasiones de las clases privilegiadas. Sufre modificaciones la eleccion, y se altera el número de las ciudades con voto. Pero siempre el brazo popular se presenta como un adalid firme y como un sostenedor intrépido de las libertades públicas. Interviene y vigila en la manera de recaudar é invertir las rentas y subsidios, y á las veces se arroga hasta las atribuciones ejecutivas de la administracion, á las veces se estiende hasta el arreglo de los gastos de la casa real. En 1258 se atreve á decir al rey que disminuya los de su mesa y trages, y que *reduzca á mas regulares términos su apetito*. El indispensable reconocimiento de las Córtes para la validez del derecho á la corona; los nombramientos de las regencias y la determi-

nacion de sus facultades; la concesion ó denegacion de los impuestos; la libertad en la eleccion de diputados; la exclusion de los empleados á sueldo del rey; las instrucciones que se daban á los representantes; las garantías y restricciones con que se los ligaba para que no pudieran abusar de su mision; la arrogancia del lenguage que estos usaban; las concesiones que arrancaban á los soberanos, prueban la estension que hasta la última mitad del siglo XV. habia adquirido su poder, y lo sostenida que estaba en aquellos tiempos la representacion nacional por la pública opinion.

Cataluña, Aragon y Valencia, esas tres hermanas, que viviendo bajo una misma corona constituian como tres estados anseáticos regidos por leyes é instituciones propias, se organizan tambien sobre la base de la libertad, y cada cual tiene su representacion y celebra sus Córtes, parecidas en parte á las de Castilla, pero harto diferentes para dar á ese triple reino la fisonomía especial que le distingue, y cuyos rasgos no ha alcanzado á borrar la uniformidad de legislacion de los tiempos posteriores.

Especie de república marítima Cataluña, ostenta al frente del poder real sus municipalidades democráticas, su consejo de Ciento y sus poderosos consellers. El humor vidrioso y levantisco de aquellos naturales no sufre con paciencia ni aun el amago de opresion, antes bien traduce á imperdonable ofensa la menor contradiccion de parte de la magestad. Este carácter marcial, independiente y fiero, sobrevivió á la edad media, y los cambios y novedades de los tiempos y el trascurso de los siglos han podido modificarle, pero no extinguirle.

Valencia desde la conquista entra á participar de las libertades de Aragon, cuya constitucion es todavía la admiracion de los hombres políticos. Ningun soberano de Europa estuvo reducido á mas limitada autoridad que lo estuvieron por mucho tiempo los monarcas aragoneses. Estrechábanla las universidades ó comunes, y desafiábanla frecuentemente los ricos-homes de natura, á pesar del atrevido ensanche que le diera el segundo Pedro, y del equilibrio diestramente intentado por Jaime el Conquistador. Menor en número su nobleza que la de Castilla, pero por lo mismo mas uni-

da y compacta, á ambas las calificó donosamente Fernando el Católico cuando dijo, que era tan difícil unir la nobleza castellana como desunir la aragonesa. Asombrosa conquista fué la del Privilegio de la Union, á cuya voz nobles y ciudadanos se levantaban osados é imponentes á vengar la mas leve ofensa del monarca ó la mas ligera violacion que se intentára contra sus fueros. La memorable batalla de Epila, en que fué derrotado el ejército de la Union, señaló «el último caso en que fué lícito á los súbditos tomar las armas contra el soberano por causa de libertad.» El puñal del monarca victorioso al rasgar el Privilegio le hirió su propia mano, y la sangre del rey manchó el famoso pergamino. Hále quedado el sobrenombre de *el del Puñal*. Y á pesar de tan rudo golpe las libertades de Aragon no perecieron, el mismo soberano ratificó los antiguos fueros del reino, acompañando la confirmacion con saludables concesiones, y las Córtes aragonesas continuaron legislando con admirable independencia y celo por el mantenimiento de la libertad.

La pluma de un escritor de aquel reino y de nuestros dias se ha empleado en rectificar la tradicion de muchos siglos acerca de la famosa fórmula de juramento de los antiguos reyes de Aragon. Auténtica ó adulterada la fórmula, ningun príncipe se sentó en el trono aragonés que no jurára guardar los fueros y libertades del reino. Y la original institucion del *Justicia*, magistrado interpuesto entre el trono y el pueblo, y como el guardian y protector del último contra las invasiones ó las arbitrariedades de los reyes, testifica hasta qué punto quiso perfeccionar la máquina de su organizacion política aquel pueblo arrogante y desconfiado.

Y á vueltas de tan estremada solicitud y celo, jamás pueblo alguno mostró una moderacion, una sensatez y una cordura comparables á la de aquel reino, cuando vacó sin sucesion cierta la corona. Los pretendientes se agitan, las parcialidades se revuelven, el mejor derecho de cada uno arroja ambigüedad é incertidumbre, la eleccion se somete al gran jurado nacional, el parlamento pronuncia, el triple reino acata y venera su fallo, y la nacion entera trasmite respetuosa la herencia de los Berengueres, de los Jaimes y de los Pedros á un infante de Castilla. El compromiso de Caspe

es una de las páginas mas honrosas de la historia de aquel magnánimo pueblo.

El feudalismo que domina en Europa en la edad media penetra en Cataluña y Aragon. El orígen del primero de estos estados y la proximidad y contacto de ambos con la Francia, feudalmente organizada, los hace partícipes de esa institucion de los pueblos germánicos. En Leon y Castilla hay mas señoríos y menos feudo, y es la region de Europa en que arraiga menos esta planta septentrional.

Si Aragon protesta contra las concesiones humillantes hechas por sus primitivos monarcas al poder pontificio, no por eso se liberta de sufrir los rayos del Vaticano, y la excomunion y el entredicho afligen mas de una vez en este tiempo á los soberanos y al reino, como á los de Portugal y Castilla. En unos y otros paises crecen y se desarrollan multitud de pequeñas repúblicas eclesiásticas que viven al lado de las repúblicas civiles. Los papas se sirven de las órdenes religiosas como de una milicia espiritual, obediente, dócil y disciplinada, para acrecentar su influjo, mientras ellas á su sombra alcanzan inmunidades y franquicias personales y colectivas, con independencia del episcopado, cuya jurisdiccion absorbe la tiara. Con las exenciones y con las riquezas que acumula se hace el clero un poder formidable en el estado. Allí confluyen las dádivas de los príncipes, las liberalidades de los devotos, las herencias de los finados, y hasta los territorios conquistados á los infieles se adjudican á los institutos religiosos á título de donacion. Una mitra poseia mas rentas y mas vasallos que algunos monarcas, y la abadesa de un monasterio ejercía señorío y jurisdiccion en catorce villas principales y en mas de cincuenta pueblos. La opulencia y la inmunidad engendran el estrago y la relajacion, y cuando despues los monarcas menudean las pragmáticas y cédulas contra el concubinato público de los clérigos é intentan la reforma de las degeneradas órdenes religiosas, se estrella su celo contra el inveterado desórden, y tropiezan con dificultades insuperables.

Toda Europa fué mas ó menos caballeresca durante la edad media. Ningun pais sin embargo tuvo tantos motivos para serlo como

España. Juntóse aqui la galantería innata do los hijos de esto suelo con el respeto á la muger y el sentimiento de la dignidad personal heredada de los godos. La aficion de los germanos á dirimir las querellas por medio del reto y á apelar á la jurisprudencia brutal de la espada, asocióse con la pasion de los españoles al combate personal y á las empresas hazañosas, de que tantas pruebas dieron ya en la guerra con los romanos. El genio de estos dos pueblos se encontró de frente con la exaltacion oriental de los árabes; y el sentimiento religioso sostenido por una lucha tenaz, y las frecuentes ocasiones que la vecindad misma proporcionaba á los contendientes para los encuentros personales, y el palenque siempre abierto para los ejercicios bélicos, ya se cruzáran en ellos las lanzas por odio, ya se mezcláran por recreo, todo cooperaba á desarrollar el espíritu caballeresco de un pueblo, para quien eran tres virtudes el valor, la cortesía y la generosidad, que si habia de recobrar su independencia necesitaba de muchos caballeros como Pelayo y el Cid. Si el enlace de la devocion con la guerra hizo desplegar en Europa la caballería con las Cruzadas, España que sostenia dentro de sí misma una cruzada perpétua, y que ya antes de aquel gran movimiento religioso veneraba como al mejor caballero al santo apóstol Santiago, hubiera tenido de todos modos su caballería individual y su caballería colectiva. Los árabes mismos le habian enseñado la conveniencia de esa institucion semi-sagrada semi-guerrera, que con el nombre de órdenes militares se estableció para defender las fronteras cristianas de los ataques de los infieles.

Pasó pues la caballería en España por sus tres períodos y fases, de heróica y guerrera, de devota y galante, y de estravagante y quijotesca, que este nombre le quedó desde que llevada á la exageracion y al ridículo hubo de ser contenida por la cáustica sátira de Cervantes. El *Paso honroso* de Suero de Quiñones, con sus setecientos encuentros y sus ciento sesenta lanzas rotas antes de declararse la empresa por bien hecha y acabada, es un buen tipo de caballería amorosa, y Suero y Mendo dos escelentes paladines. Confesamos no obstante hallar ya mucho de estravagante y pueril en este mismo paso de armas. Ni hay que confundir la caballería de

la realidad con la caballería ideal y fantástica de las leyendas y de los romances, ni siempre resaltaba la virtud ni la generosidad en los combates; y la lucha que sostuvieron aquellos dos nobles aragoneses que se obligaron con juramento á no desistir de ella en toda su vida y á no oir á los que quisieran reconciliarlos aunque fuese el mismo rey, nos prueba cuánta parte solia tener en ellos la ira y el encono.

Vése tambien en este tiempo formarse una lengua y una literatura nacional. Desde el sencillo y vigoroso poema del Cid hasta las limadas y flexibles estrofas de Juan de Mena y la artificiosa composicion de la *Celestina*, se va pasando gradualmente como del crepúsculo al dia claro. Las Partidas y las Crónicas manifiestan los adelantos de la prosa y el progreso y fijacion de la lengua, y el tránsito de los romances populares y las aventuras cantadas al lenguage sério de la política y de la historia. Algunos monarcas protegieron decididamente las letras y las cultivaban ellos mismos. Alfonso el Sábio dividia el tiempo entre los cantares, la astronomía, las leyes y la guerra. Y la aficion y proteccion de Juan II. á la culta literatura hizo su reinado, tan desdichado y funesto bajo el aspecto político, recomendable y glorioso bajo el intelectual.

Ni el espíritu mercantil de los catalanes, ni el génio marcial de los aragoneses, impidió que se asentáran en su suelo las alegres musas, y que se cultivára con esmero la *gaya ciencia*, no cediendo en mérito y en dulzura sus trovadores á los celebrados cantores provenzales. Barcelona poseía grandes almacenes de comercio como Génova y Pisa, y academias florales como Tolosa. La actividad y el movimiento de sus talleres contrastaban con sus justas literarias y sus certámenes poéticos: estraña simultaneidad, que nos pareciera inverosimil si no vivieran los armoniosos versos de Ausias March, el Petrarca de los provenzales, y las novelas caballerescas de Martorell, el Boccacio lemosin, y si no lo certificáran las producciones en prosa y verso que nos legaron los mismos monarcas y príncipes, los Alfonsos, los Pedros, los Jaimes y los Cárlos de Viana. Es consolador mirar á Oriente y ver el consistorio literario de Barcelona dotado de fondos por sus reyes, que presidian sus justas y distribuian por su mano los premios poéticos, y mirar luego á Mediodía

y ver la municipalidad de Sevilla recompensar con cien doblas de oro al poeta que habia cantado las glorias de su ciudad natal, y ofrecer igual suma cada año para otra composicion de la misma especie.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones para indicar cómo iba España en estos siglos viviendo su vida política, religiosa é intelectual. Volvamos á la historia.

X.

Á pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar tambien de las instituciones y de las libertades políticas, y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV. de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y de anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nacion, é infunden recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los estados. ¿Habia de permitir la Providencia que por premio de mas de siete siglos de terrible lucha y de esfuerzos heróicos por conquistar su independencia y defender su fé, hubiera de caer de nuevo esta nacion tan maravillosamente trabajada y sufrida en poder de estrañas gentes?

No: bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando mas inminente parecia su disolucion, por una estraña combinacion de eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del mas impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoracion se trasforma; y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que

adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo; todo bajo el génio benéfico y tutelar de una muger.

Inspiracion ó talento, inclinacion ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personages que aspiran con empeño á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Arágon, en quien por un concurso de no menos estrañas combinaciones recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política; es un doble consorcio de monarcas y de monarquías; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragon, el que les suceda no será ya rey de Aragon ni rey de Castilla, sino *rey de España*: palabra apetecida que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernacion de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades; «*Tanto monta*» es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español, pero el mayor brillo del uno modera sin eclipsarle la luz del otro: la magnanimidad y la virtud, la devocion y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fria y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que igualen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo; pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y el estrago de costumbres, triste herencia de una sucesion de reinados ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideracion á clases ni alcurnias enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de la espoliacion y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales

son arrasadas por los cimientos. Á poco tiempo la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas, el órden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astréa y una Temis que bajáran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la magestad; despues la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecer las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la magestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la muger fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos públicos á los hombres de mérito aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participacion del poder. Los grandes comprenden que necesitan ya saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que enamorados de la espada habian menospreciado las letras, van despues á enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan á decir á Jovio en el Elogio de Lebrija, «que no era tenido por noble el que mostraba aversion á las letras y á los estudios.» Ha hecho pues Isabel

de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes-maestres, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán mas el sólio, ni se turbará mas la paz del reino en cada vacante de estas altas dignidades, porque ya no hay mas grandes-maestres de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condicion que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer que á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio estraordinario puede bastar con escasos elementos á trasformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el Estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando mas avocado se podia creer el pais á una disolucion social, aparece un genio, que sin deber á su primera educacion sino la formacion de su espíritu á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexion sobre los infortunios que nacen del desórden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nacion desconcertada una nacion compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personage, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros, da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste á los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio corcél, socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejér-

citos, erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajacion del clero y hace cejar la córte pontificia en su sistema de invasion y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la Iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside córtes y tambien celebra y preside torneos, vigila la educacion del pueblo, y cuida de la educacion de los príncipes, se ejercita en labores de manos bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos, y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sinó que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Asi brillaban bajo su benéfica proteccion jurisconsultos como Montalvo, prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros, capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz, literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oir el sábio Erasmo los acentos de admiracion y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustracion se hace estensiva al bello sexo: una dama va á esplicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se estiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Echanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es tambien de los esclarecidos Reyes Católicos que venga la invencion de la imprenta en su siglo en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razon y á centuplicar los medios de propagacion de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edicion de la Poliglota, la empresa tipográfica mas gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

Una negra nube aparece no obstante en el horizonte español, que viene á sombrear este halagüeño cuadro. En el reinado de la piedad se levanta un tribunal de sangre. ¡Triste condicion humana! Un príncipe ilustre, y una princesa la mas esclarecida y la mas bondadosa que ha ocupado el trono de Castilla, son los que legan á la posteridad la institucion mas funesta, la mas tenebrosa, la mas opresiva de la dignidad y del pensamiento del hombre, y la mas contraria al espíritu y al genio del cristianismo. Se establece la Inquisicion, y comienzan los horribles *autos de fé*. Los hombres, hechos á imágen y semejanza de Dios, son abrasados, derretidos en hogueras, porque no creen lo que creen otros hombres. Es la creacion humana de que se ha hecho mas pronto, mas duradero y mas espantoso abuso. Los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido, y el fanatismo retrasará la civilizacion por largas edades. Apresurémonos á hacer la Inquisicion obra del siglo, producto de las ideas que habia dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, á quienes ella miraba como varones los mas prudentes y santos, de la piedad misma y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto á aquel genio, que en lo demás habia logrado dominar al siglo. Quiso, sin duda, hacer una institucion benéfica bajo el conveniente pensamiento de establecer la unidad religiosa, y levantó contra su intencion un tribunal de esterminio. Es imposible armonizar los sentimientos piadosos de la magnánima Isabel con las monstruosidades de Torquemada. ¿Era que reconocido el error le faltarian ya ó fortaleza ó medios para contener los brazos de aquellos freidores de carne humana?

Pero apartemos la vista de tan sombrío cuadro, y llevémosla á la pintoresca y magnífica vega de Granada. Frente á esta ciudad, abrigo formidable de los últimos restos del viejo imperio mahometano, se ostenta otra ciudad moderna, obra maravillosa de ra-

pidez, para cuya construccion se han convertido los guerreros cristianos en artesanos y fabricadores. Esta ciudad-campamento es Santa Fé. Allí están Isabel y Fernando al frente de su ejército. Un dia aparecen cortesanos y soldados vestidos de gala. General alborozo se nota en los reales de los cristianos. Despléganse los pendones. Retumba en la vega el estampido de tres cañonazos disparados desde la Alhambra. Se levanta el campamento, y se encamina hácia los muros de la soberbia ciudad. ¿Es que sonó la última hora para el pueblo infiel?

Un personage moro, seguido de cincuenta caballeros musulmanes, se dirige con semblante mústio hácia el Genil. Al llegar á la presencia de otro personage cristiano, hace ademan de apearse de su palafren, é inclinando su abatido rostro: «Tuyos somos, le dice, rey poderoso y ensalzado: estas son, señor, las llaves de este paraiso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.» Era el desgraciado Boabdil, el último rey moro de Granada, que entregaba las llaves de la Alhambra al victorioso Fernando con arreglo á la capitulacion. Pronto reflejaron los rayos del sol en la luciente cruz de plata que los Reyes Católicos llevaban consigo á los campamentos, símbolo del Cristianismo victorioso del Koran, y el pendon de Castilla ondeó luego en una de las torres de aquel Alcázar donde tantos siglos tremolára el estandarte del Profeta. Era el 2 de enero de 1492.

Llegó á su desenlace el drama heróico de ochocientos años, la Iliada de ocho siglos. La soberbia Ilion de los musulmanes está en poder de los cristianos. Consumóse el doble triunfo de la fé y de la independencia de España. Los orgullosos hijos de Mahoma, vencedores en Guadalete, se han retirado llorosos, vencidos para siempre en el Genil. Las dos pobres monarquías que nacieron en los riscos de Asturias y en las rocas de Jaca son ya un solo y poderoso imperio que se estiende desde el Pirineo hasta los dos mares: y á esta grande obra de religion, de independencia y de unidad, han cooperado Dios, la naturaleza y los hombres.

Aun esperaba otra mayor remuneracion á la perseverancia española. El premio ha sido tardío, pero será abundoso.

Habia un mundo que nadie conocia, y un hombre que si no le

habia adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto y en su corazon la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el mas grande pensamiento que jamás habia concebido ingenio humano. Por lo mismo los príncipes y soberanos de Europa le habian desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionario merecedor solo de compasion. Solo hay una potestad en la tierra que se atreva á prohijar el proyecto de Colon. Es la reina Isabel de Castilla. Colon merecia descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera: Isabel merecia el mundo que se iba á descubrir, y vino un Colon á brindarla con él. Merecíanse mútuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la magestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.

Atónito se quedó el mundo antiguo cuando supo que aquel temerario navegante, que desde un pequeño puerto de España habia tenido la audacia de lanzarse en una miserable flotilla á desconocidos mares, en busca de continentes desconocidos tambien; que aquel visionario despreciado de las coronas, convertido ya en cosmógrafo insigne, habia regresado á España y ofrecido á los pies de su real protectora testimonios irrecusables de un nuevo mundo descubierto. Ya no quedó duda de que el *Nuevo Mundo* existia, y la fama de Colon voló por el *Mundo antiguo*, que admiró y envidió la gloria del descubridor, y admiró y envidió la gloria de España, á quien aquel mundo pertenecia, y admiró y envidió la gloria de Isabel, á quien se debia la realizacion del maravilloso proyecto.

Encontróse, pues, España la mayor potencia del orbe, á pesar de la famosa línea de division que un papa hizo tirar de polo á polo *por la plenitud de la potestad apostólica*, para señalar á los españoles la parte que les correspondia poseer en aquellos remotos climas.

El globo se ha agrandado; el comercio y la marina se estenderán por la inmensidad de un Occéano sin riberas: los metales del Nuevo Mundo harán una revolucion en la hacienda, en la propiedad, en las manufacturas, en el espíritu mercantil de las naciones, y las cruzadas para la conversion de idólatras reemplazarán á las cruzadas contra los mahometanos.

No se cansaba la fortuna de halagar en este tiempo á los españoles: y como si fuese poco haberlos libertado del yugo musulman y haberles dado un nuevo mundo, les abre otro vasto campo de glorias en el centro de la Europa civilizada. Despues de haber peleado ochocientos años dentro de su propio territorio, salen á gastar sus instintos guerreros en tierras estrañas. Los unos van á llevar su civilizacion á pueblos incultos del otro lado del Occéano, los otros van á recibir otra civilizacion mas culta del otro lado del Mediterráneo, venciendo y conquistando en ambos hemisferios. Porque mientras el sol de Occidente alumbra sus conquistas en la India, el sol de Oriente ilumina sus triunfos en Italia. Allá se agregan imperios inmensos á la corona de Castilla; acá las pretensiones de Cárlos VIII. y de Luis XII. de Francia sobre la posesion de las Sicilias son atajadas por la espada de Fernando el Católico, que asegura para sí la dominacion de aquellos paises, que tan fértiles como son, no producen tantos laureles como ganan los tercios y los capitanes españoles. Sandricourt, Lafayette, Bayardo, la flor de los caballeros de Francia, son eclipsados por Antonio de Leyva, Pedro Navarro y García de Paredes. El duque de Nemours, el último descendiente de Clodoveo, recibe la muerte en Ceriñola por mano de Gonzalo de Córdoba, el solo entre tantos guerreros como han producido los siglos que goza el privilegio de ser conocido en todo el mundo con el renombre de el *Gran Capitan*; merecida distincion, y digna honra del vencedor de Garillano. Si mas adelante otros capitanes pasean la bandera victoriosa de Castilla por los dominios de África y de Europa al frente de la invencible infantería española, esos capitanes se habrán formado bajo los pendones y en la escuela del Gran Gonzalo.

Mucho, y con sobrada justicia, lloraron los españoles la muerte de su adorada reina la magnánima y virtuosa Isabel, que vino á enlutar sus corazones en estos momentos de interior prosperidad y de esterior grandeza. Pero fué Isabel un astro, que á semejanza del sol siguió todavía difundiendo las emanaciones de su luz despues de haberse ocultado.

La protectora de Cristóbal Colon y de Gonzalo de Córdoba habia sabido sacar de la soledad y del retiro y colocado en alto pues-

to á otro varon eminente, dechado de virtud y prodigio de talento, que no era ni navegante ni soldado, sino un religioso que vestia el tosco sayal de San Francisco. Este esclarecido genio, que llegó á gobernar la monarquía desde la silla primada de España, concibe la osada empresa de plantar el pendon del cristianismo en las ciudades musulmanas de la costa berberisca é incorporarlas á los dominios españoles. Y lo que es mas, lo ejecuta á sus espensas y dirige por sí mismo la atrevida espedicion. Sucumbe la opulenta Oran. Brilla la cruz en sus adarves, y ondea en sus almenas el estandarte de Castilla. Y las victoriosas tropas españolas presencian el estraño espectáculo de un franciscano, que rodeado de guerreros y de frailes, con la espada ceñida sobre la humilde túnica, se adelanta á recibir las llaves de la poco há orgullosa y ahora rendida ciudad morisca. Era el insigne cardenal Cisneros, honor de la religion, lustre de las letras, gloria de las armas y sosten de la monarquía.

Continúa su obra el brioso Pedro Navarro, el compañero de Gonzalo en Italia, y el que ha dirigido el ataque de Oran, y hace ciudades españolas á Bujia, Argel, Tunez, Tremecen y Trípoli. Solo se detiene ante la catástrofe de los Gelves.

Navarra, único fragmento del territorio español que habia permanecido independiente y segregado, pasa á formar parte de la gran monarquía. Fernando el Católico la ha conquistado. Importante adquisicion para un imperio, que abarca ya posesiones inmensas en las tres partes del globo.

Pero estaba decretado que esta pingüe herencia habia de ser patrimonio de una familia estraña. La Providencia lo quiso asi, y lo preparó por medios que nos será permitido sentir, ya que no nos sea permitido objetar. Adoradores respetuosos de sus altos juicios y de sus decretos inescrutables, encaminados siempre al magnífico plan de la armonía del universo, lícito nos será lamentar como hombres que en las combinaciones de esta universal armonía tocára á la España en el período de su mayor grandeza ser regida por un príncipe nacido y educado en estrañas y apartadas tierras.

Contra todos los cálculos probables de sucesion habian subido Isabel y Fernando á sus respectivos tronos; contra todos los cálcu-

los probables de sucesion bajan prematuramente sus hijos al sepulcro, y solo les sobrevive para heredarlos una princesa casada con un estrangero, desjuiciada además, y cuyas enagenaciones mentales la incapacitan para la gobernacion del reino. Desciende tambien su esposo á la tumba apenas gusta las dulces amarguras del reinar; y cuando la trabajosa rastauracion de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una administracion sábia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha estendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia á costa de años y de heroismo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcías, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragon, pasa íntegra á manos de Cárlos V. de Austria. Nueva era social.

XI.

El reinado de los reyes católicos, todo español y el mas glorioso que ha tenido España, es la transicion de la edad media que se disuelve á la edad moderna que se inaugura. Cárlos V. encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.

Confesamos que el reinado de Cárlos V. nos admira, pero no nos entusiasma. Porque nos admiran los grandes hombres y los grandes hechos, nos entusiasman solo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magníficas espediciones y por el brillo aparente de las conquistas. Querriamos mas gobernadores prudentes que revolvedores del mundo. Las empresas gigantescas llevan siempre algo

maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes maniobras.

Pudieron justificar las circunstancias en que entonces la nacion se encontraba, el afán del Cardenal regente por abrir y desembarazar á Cárlos el camino del trono, y por hacerle proclamar. El pueblo le miraba mas receloso, y no se apresuraba tanto. ¿Quién fué mas previsor, el instinto popular, ó el talento del gran político? El regente arzobispo, con el fin de abatir una nobleza soberbia, quiso entregar á Cárlos una autoridad real robusta, y deseando hacer un monarca respetado, preparó sin quererlo un señor absoluto. «Estos son mis poderes», les dijo á los nobles mostrándoles los cañones y arcabuces que preparados tenia; y Cárlos fué proclamado. La espresion fué conceptuosa y enérgica; pero el príncipe en cuyo obsequio se pronunció habia de saber aprovecharse bien de aquella especie de sancion del *última ratio regum*. El mismo cardenal Cisneros fué el primero que recibió por premio de su celo monárquico y de su adhesion personal aquella fria y desdeñosa carta de Cárlos, que ó le ocasionó, ó le aceleró la muerte. Desengaño amargo, y ejemplo insigne de ingratitud. Poco tiempo despues reemplazaba al venerable y sábio prelado español en la silla primada un estrangero ignorante é imberbe: escándalo grande para un pueblo religioso.

Disgustaba además á los españoles un príncipe que ni habia nacido en su suelo, ni hablaba su lengua, ni menos conocia sus costumbres, y que tanta impaciencia habia mostrado por titularse rey de España, viviendo todavía su madre la legítima reina de Castilla, á quien no obstante el lamentable estado de su juicio conservaban grande aficion y cariño los castellanos. Veíanle venir rodeado de flamencos, y el recuerdo de los tesoros devorados por la comitiva parásita que ya con su padre habia invadido la España, y de la audacia y la rapacidad que aquellos habian desplegado, no era en verdad para que auguráran bien ni se mostráran devotos del príncipe flamenco.

No tarda el disgusto en trocarse en exasperacion, y el descontento en convertirse en rebelion formal. Elegido Cárlos emperador de Alemania, dispónese á salir de España para tomar posesion de

la corona de Carlo-Magno. Pide un subsidio exhorbitante, y convoca las Córtes de Castilla para un punto desusado y estremo de la Península. La demanda, el objeto, la forma, todo desazona á los castellanos, y apenas el sucesor de Maximiliano abandona las playas españolas, se agitan las ciudades, se ensaña el furor popular contra los procuradores que votaron el impuesto, y se alzan en armas las comunidades de Castilla, no contra Cárlos, sino contra la violacion de sus fueros y en vindicacion de sus antiguas libertades. El levantamiento, mas en justicia fundado, y con mas valor sostenido, que dirigido con circunspeccion y ordenado con acierto, sucumbe ante las armas imperiales auxiliadas de la nobleza, á quien los comuneros no han sabido atraer. Perecen, pues, las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar, y Padilla y los principales caudillos de las comunidades expían su ardor patriótico en un cadalso. Inútil, aunque heróicamente, intenta sostenerlas en Toledo una muger animosa, enamorada á un tiempo de un esposo que acababa de perder y de una libertad que acababa de sucumbir. Fué la última protesta armada de la libertad contra la opresion. Desde entonces las Córtes quedan reducidas á una mera fórmula, y no serán ya llamadas sino á votar los impuestos. El emperador publicó un edicto perdonando á los insurgentes, pero pasaban de doscientos los esceptuados. No era fácil castigar de muerte á casi todos los habitantes de la Castilla entera. Con tales auspicios se inauguró en España el primer soberano de la casa de Austria.

Desde que Cárlos se aleja de la Península, la historia del emperador oscurece y eclipsa la historia del rey. En vano es que declare en una carta patente que el anteponer en los despachos el título de Emperador de Alemania al de rey de España no parará perjuicio á esta corona. Los actos pregonan casi siempre al emperador; y el nombre de Cárlos V. con que entonces y ahora ha sido universalmente apellidado, siendo el I. de España, está revelando todavía que no era lo español lo que predominaba en la magestad imperial.

No tardó en demostrar el nieto de Isabel y de Maximiliano, que si por la herencia de la primera era el mayor potentado del orbe,

y por la del segundo se encontraba el mayor monarca de Europa, la grandeza de sus pensamientos correspondia á la magnitud de sus dominios. La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponia jamás el sol, era demasiado brillante para que dejára de ir halagando á los españoles. Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad; veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi á un tiempo en Méjico y en Italia, vencer á Motezuma y hacer prisionero á Francisco I.; y que los capitanes y soldados españoles recogian á su sombra larga cosecha de lauros. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco á poco la pérdida de sus libertades, la emigracion de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros. Llegaba á España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de las víctimas. No se reparaba que los brazos que iban á manejar la espada en remotas tierras se robaban á la agricultura y á las artes: que allá iban á ganar reinos que no habian de poder conservarse, ó á imponer la esclavitud á otros pueblos, ó á decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior, y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las Córtes permanecian mudas, y solo hablaban los partes de las batallas. Asi España se acostumbraba á entregarse á un hombre. Al fin éste le daba glorias. Cuando pasada una generacion le falten las glorias, continuará atada á la voluntad de un hombre por mas de una generacion.

Imposible es por lo demás dejar de reconocer la grandeza de quien supo elevarse y descollar sobre los eminentes príncipes que encontró ya al frente de los demas estados de Europa; un Francisco I. de Francia, un Enrique VIII. de Inglaterra, un Soliman II. de Turquía; un pontífice como Leon X., cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo. Epoca de soberanos insignes y de capitanes que merecian ser soberanos; y sin embargo nunca se oscurece ni anubla el nombre del rey-emperador.

Cárlos V. y Francisco I.; hé aquí las dos figuras de mas bulto

en esta galería de personages famosos. Rivales de por vida, sus codiciosas pretensiones trajeron desasosegado el mundo, y costaron muchas miserias á la humanidad. «Si Dios hubiera querido, dice un elocuente escritor, que estos dos monarcas se uniesen, la tierra hubiera temblado bajo sus pies.» Nosotros creemos que tembló de todos modos. Lo que hizo su mútua envidia fué que ninguno de los dos pudiera encadenarla. Cárlos con mas vastos dominios, pero mas desparramados y no bien sujetos; Francisco con estados mas cortos, pero mas concentrados, venciéronse alternativamente sin poder destruirse. Pero el emperador humilló mas veces al rey, y el vencedor de Marignan cayó prisionero en Pavía, y vióse mas de una vez forzado en los campos de batalla á jurar el cumplimiento de tratados ominosos impuestos en la prision.

Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Cárlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Africa y en Turquía, y no descansó nunca. Viajero infatigable, no habia para él distancias de estado á estado, y se hallaba en todas partes. El emperador aleman del siglo XVI. anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX.; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energía de las resoluciones, aunque con mas desigual fortuna en los azares de la guerra, excedióle en la espontaneidad del retiro cuando conoció que su estrella se eclipsaba.

Necesitando ambos de alianzas, era en esto Cárlos mas político y mas mañoso que Francisco: escrupuloso ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos habian pasado. Cárlos representaba ya al monarca de los tiempos modernos, y poseia la política de gabinete. Descubríase en las miras del emperador, justas ó injustas, otra grandeza, otra elevacion, que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Cárlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos á la unidad religiosa. El emperador sin la oposicion del monarca francés hubiera podido dominar la Europa, y aun asi lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria

no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés, aun sin la oposicion del emperador, probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco escribió las memorables palabras: «*Todo se ha perdido menos el honor*,» parece que añadió, aunque entonces no se dijo: «*y la vida que se ha salvado*.» Y cuando libre de la prision de Madrid pisó de nuevo el territorio francés, saltó y corrió como un muchacho esclamando: «*ya soy otra vez rey de Francia*.» Cárlos recibió por lo menos con apariencias de fria serenidad y circunspeccion la noticia de la victoria de Pavía, como aquel á quien ni sorprenden ni alteran los triunfos.

El caballero francés, galante y guerrero, llamó á su córte á las mugeres, y entregándose á favoritas y cortesanas descontentaba á sus generales, que pasaban al servicio de su cauteloso rival, que sabia atraerse el afecto de propios y estraños. Asi abandonó á Francisco el condestable de Borbon, único traidor, dicen, que han tenido los Borbones en su dinastía: asi el almirante Doria, aquel famoso genovés que ayudando á establecer el despotismo en otras naciones supo dar la libertad á su patria. Ambos hicieron servicios eminentes al emperador, á quien permanecieron fieles ¡cosa estraña! hasta los tránsfugas que se le habian adherido haciendo traicion á su patria y á su rey.

Las guerras entre Cárlos V., Francisco I. y Enrique VIII. vinieron á vueltas de sus muchas calamidades á hacer un bien á la Europa, porque multiplicaron y difundieron las ideas confundiendo los pueblos, y produjeron la necesidad del sistema de equilibrio entre los grandes estados, que tanto influjo habia de ejercer en el derecho de gentes de las naciones modernas.

Pero faltó poco para que estas luchas entre príncipes cristianos proporcionáran al turco apoderarse de Italia. Cárlos V. combatiendo á Soliman y á Barbaroja, impidió á la media luna enseñorearse de Nápoles, y á las hordas de un pirata acabar de despojar el Vaticano. Oprimiendo la Italia, tuvo por lo menos el mérito de salvar la Europa, aunque á costa de los tesoros de sus reinos y de la sangre de sus súbditos.

En este período brillante y sombrío de la historia de la humanidad, viéronse muchos héroes y muchos malvados, grandes proe-

zas y grandes perfidias, alianzas anómalas, rompimientos injustificables, y deslealtades diarias, y Maquiavelo pudo quedar satisfecho de ver los progresos de su política. Á pesar de la repeticion de escándalos, todavía el mundo no pudo dejar de escandalizarse en ocasiones solemnes. El gran protector del catolicismo retenia prisionero al gefe de la Iglesia, y mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del pontífice. El rey Cristianísimo se confederaba con los reformistas y se aliaba con los mahometanos contra el gefe de la cristiandad y contra el campeon de la unidad católica. Roma era saqueada por un ejército católico mandado por un traidor político, cuyos soldados llevaron la rapiña y la profanacion hasta un punto que hizo tener por moderados y prudentes á los bárbaros de Alarico. Y un rey de Inglaterra, el primero que escribió un libro de denuestos contra Lutero y la reforma, se apartaba él y apartaba á su reino de la obediencia al romano pontífice, y traia un nuevo cisma á la cristiandad por los amores impúdicos de una muger.

La reforma religiosa fué un acaecimiento mas trascendental en esta época que las revoluciones políticas. Lutero adquirió una celebridad é importancia que no merecia ni por sus talentos ni por sus virtudes, pues carecia de estas y no eran eminentes aquellos. Faltó prudencia á la córte de Roma, y la opinion de muchos pueblos y de muchos hombres no habia necesitado sino de una voz atrevida que la formulára. De otro modo no hubiera podido el fraile de Witemberg conmover los estados alemanes, y él mismo debió asombrarse de haber llegado á asustar al mundo católico. Cárlos V. se propuso hacer frente al predicador y á sus doctrinas. Impulsábanle á ello sus ideas religiosas, y le iba la conservacion de sus dominios. El francés y el turco le distraian y embarazaban, y los papas no le ayudaron bien. Por otra parte, ni bastante condescendiente con los reformadores para atraerlos por la dulzura, ni bastante riguroso para dominarlos por la fuerza, hubo de entablar con ellos aquella série de negociaciones pesadas que abarcan desde la dieta de Worms hasta el concilio de Trento. Al decreto de Spira contra la reforma respondia la protesta de los cinco grandes príncipes y de las catorce ciudades del imperio que los señaló con el

nombre de *protestantes*. Al de la confesion de Augsburgo respondia la liga de Smalkalda; y con el famoso *Interim* de Ratisbona no satisfizo el emperador ni á protestantes ni á católicos. La reforma le gastó mas fuerzas que las guerras, y la espada de un príncipe luterano fué la que le dió el mas funesto golpe. La cuestion religiosa llenó la Europa de sangre y la dejó para mucho tiempo dividida en dos grandes fracciones, protestante y católica. España se preservó del contagio. Hízolo con las armas Carlos V., y con las hogueras los inquisidores. España se aisló del movimiento europeo.

No hay duda que la reforma imprimió una nueva fisonomía á la sociedad moderna que se creaba. Los protestantes la han mirado como una feliz insurreccion de la inteligencia contra el poder absoluto en el órden espiritual, como una poderosa tentativa de emancipacion del espíritu humano, y la hacen como la madre de las libertades políticas. Los católicos niegan que el protestantismo haya emancipado los pueblos, atribúyenle haber dividido los hombres sin mejorar la sociedad, y esperan que la doctrina de Lutero, con todas las variaciones que descubrió Bossuet y que despues se le han añadido, sucumbirá como el error de Arrio y como el catecismo de Mahoma. Si no nos equivocamos, en nuestra misma edad se notan síntomas de ir marchando este problema hácia su resolucion. El catolicismo gana prosélitos: los protestantes de hoy no son lo que antes fueron, y creemos que la unidad católica se realizará.

Contra el fraile aleman se levantó entonces un caballero español. Al enemigo audaz del pontificado se opuso un papista decidido y animoso. Presentóse Ignacio de Loyola á combatir á Martin Lutero, y contra la reforma del fraile de San Agustin estableció la compañía de Jesus, milicia destinada á pelear á favor de la Santa Sede, obligándose á ello con el voto de obediencia, lo cual valió á los jesuitas de parte de los protestantes el nombre de genízaros del papa. Comenzó la reaccion religiosa, y la gran cuestion del concilio de Trento preocupó á los pontífices que se fueron sucediendo, y sobrevivió á Cárlos V., el cual ofreció el fenómeno de ser mas conciliar que los papas mismos.

Afortunadamente, y por la vez primera, no fué ahora España el campo en que se ventilaron las grandes cuestiones religiosas,

políticas y militares que cubrieron de sangre y luto la Europa. Sufrieron mucho Francia, Alemania y Hungría; pero la víctima sacrificada á las ambiciones de todos fué la desgraciada Italia. Teatro nunca vacante de sangrientas lides, saqueábala el turco por la costa, mientras en el interior la devastaba la soldadesca cristiana, franceses, flamencos, alemanes y españoles, gentes de diversas religiones y distintas lenguas, que hormigueaban alli como nubes de langostas talándola á quien mas podia, todos licenciosos, católicos y protestantes. No pensaria aquel bello pais que habia de tener que sufrir una invasion de pueblos civilizados que le recordára los horrores de la irrupcion vándala.

Vengamos á los últimos momentos del gran Cárlos V., el protagonista de aquel vastísimo drama de luchas, de batallas, de alianzas, de negociaciones y de tratados, en que no hubo estado grande ni pequeño que se librára de tomar parte, y que fué como la fermentacion por que pasó la sociedad humana para entrar en un nuevo período de su vida.

Aquel hombre infatigable, que en cuarenta años de imperio habia estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Paises-Bajos, dos en Inglaterra, otras dos en África, que habia atravesado once veces los mares, y que, nuevo Atlante, sostenia sobre sus hombros el peso de dos mundos, sintiéndose debilitado de cuerpo y de espíritu, y no pudiendo ya inspeccionar personalmente sus inmensos dominios, determina retirarse á acabar tranquilamente sus dias en el silencio y soledad de un claustro, en esta misma España, principio y fundamento de su colosal poder: trasfiere á su hijo Felipe las coronas de Flandes y de España con todos sus territorios del antiguo y del nuevo mundo, y el agitador de África y Europa, aquel á cuya presencia temblaban los reyes y se estremecian los reinos, se abisma espontáneamente, y pasa desde el solio mas elevado de la tierra á sepultarse en la humilde celda de un solitario monasterio.

Seguirémosle en nuestra obra hasta sus últimos momentos, hasta su muerte ejemplarmente cristiana y religiosa; y guiados por la luz de auténticos é irrecusables documentos, rectificaremos los

errores é inexactitudes que acerca de la vida de Cárlos V. en Yuste han consignado casi todos los historiadores que nos han precedido, y daremos á conocer con verdad los pensamientos que preocupaban al grande hombre en su retiro.

En 1556 era rey de España Felipe II.

XII.

Aun desmembrada la corona imperial que heredó de Cárlos V. su hermano Fernando, quedaba todavía Felipe II. el soberano mas poderoso de Europa, y su matrimonio con María de Inglaterra le daba ademas gran mano en aquel reino.

Entre el padre y el hijo absorven casi todo el siglo XVI., pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Asi, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco y educado en Flandes el uno, habia desagradado á los españoles porque no hablaba su idioma; español y criado en España el otro, habia disgustado á los flamencos porque no conocia su lengua. Cárlos flamenco, tenia la vivacidad española; Felipe español, tenia la fria calma de un flamenco. Parecia que habian equivocado la patria. Cárlos era espansivo y cosmopolita; Felipe sombrío y político de gabinete. Aquél, infatigable en el ejercicio del cuerpo, habia querido gobernar el mundo hallándose en todas partes; éste, incansable en el manejo de la pluma, aspiró á regir la Europa desde el rincon de un monasterio. Aquél dictaba leyes á cada pais en su propio territorio; éste se las imponia desde su bufete. El padre hacia temblar un estado con su presencia; el hijo le intimidaba con un decreto; el padre paseaba las tierras y los mares personalmente; al hijo le bastaba tener un mapa sobre su mesa.

Cárlos asistia á todas las asambleas de Europa; Felipe daba instrucciones á sus embajadores, era el gefe de los diplomáticos, y sabía mas que ellos.

¿Era Felipe II. el *demonio del Mediodia*, como le nombraban entonces los estrangeros, ó era el *rey santo*, el hombre religioso, el que libertó la Iglesia de la heregía y salvó de la anarquía los estados? ¿Fué el representante del fanatismo y de la tiranía, el hombre de las hogueras y el verdugo de los pueblos, ó fué el gran político que comprendió su siglo y dió á España engrandecimiento y gloria? Personage tan ensalzado como deprimido, cada cual le ha colmado de elogios ó de invectivas, segun sus ideas ó sus pasiones. Observamos en ciertos escritores nacionales, empeño en unos, tendencia en otros á rehabilitar su memoria. Nosotros hemos procurado estudiar el genio del hombre y los designios del monarca, en el interior de su familia y palacio, y en la direccion de los negocios públicos. Hemos visto sus decretos originales: ha pasado por nuestras manos su correspondencia diplomática, y hemos leido sus disposiciones en letra de su puño. Hemos tenido ocasion de examinar muchos de sus escritos, de sus propios borradores, alli donde al cabo de trescientos años parece verse todavía la cabeza que concebia, el corazon que dictaba, y la mano que se apoyó sobre aquel mismo papel; alli donde las líneas puestas á un márgen para sustituir á otras que se tachaban, revelan el pensamiento primitivo y el pensamiento nuevo que le reemplazó. Despues de todo esto podemos decir sin género alguno de apasionamiento, que admiramos las grandes cualidades de aquel monarca, y reconocemos y amamos algunas virtudes que le adornaron, pero sentimos no sernos posible amarle tanto como le admiramos.

Por nuestra parte hemos creido descubrir en Felipe II. las prendas de un gran político; pero tambien las cualidades de un gran déspota. Sombrío y pensativo, suspicaz y mañoso, dotado de gran penetracion para el conocimiento de los hombres y de prodigiosa memoria para retener los nombres y no olvidar los hechos, incansable en el trabajo y expedito para el despacho de los negocios, tan atento á los asuntos de grave interés como cuidadoso de los mas menudos accidentes, firme en sus convicciones, perseverante en

sus propósitos y no escrupuloso en los medios de ejecucion, indiferente á los placeres que disipan la atencion y libre de las pasiones que distraen el ánimo, frio á la compasion, desdeñoso á la lisonja é inaccesible á la sorpresa, dueño siempre y señor de sí mismo para poder dominar á los demás, cauteloso como un jesuita, reservado como un confesor y taciturno como un cartujo, este hombre no podia ser dominado por nadie y tenia que dominar á todos; tenia que ser un rey absoluto.

El hombre por cuyas manos pasaban todos los negocios de estado en una época en que sus relaciones se estendian por las regiones de ambos mundos; que lo leia todo y lo decretaba por su mano, ó lo anotaba y corregia de su puño; el que sabía las intrigas y manejos de las córtes estrangeras antes que le informáran de ellas sus embajadores acreditados; el que cuando un embajador le designaba las influencias de un gabinete y el lado flaco de cada príncipe, recibia al propio tiempo informaciones confidenciales de la conducta y de las relaciones y tratos de este mismo embajador; el que sabía las circunstancias y los medios de cada uno de los gefes de la insurreccion de Flandes, las propiedades de cada aspirante á la corona de Francia, la índole de cada pretendiente á la mano de la reina de Inglaterra, y el carácter de cada cardenal, y las opiniones de los que influian con el papa ó habian de asistir al concilio; el que conocia de antemano el mérito y conducta de cada uno de los que se presentaban á pedir un empleo; el que sin asistir á los consejos sabía cuanto en ellos pasaba, y no asistia con el fin de que su presencia no impidiera á cada cuál manifestar libremente sus opiniones; el que sabía dividir para reinar y fomentar los partidos para neutralizar mejor las influencias; este hombre no hubiera podido reinar sin gobernar solo, porque se sentia con génio, con propension y con capacidad para ello.

Asi las córtes que el padre habia reducido á simple fórmula las redujo el hijo á peor condicion que la nulidad, y las libertades que Cárlos extinguió en Villalar con Padilla acabó de ahogarlas Felipe en Aragon con Lanuza.

Uniendo al ardor del religioso la frialdad del calculista, cuidando de no separar nunca el mejor servicio de Dios del mayor engran-

decimiento de sus reinos, y de que el fanatismo no obstára al acrecimiento ó conservacion del poder, quiso extinguir la heregía que agitaba la Europa ayudando á los católicos contra los reformados y hereges, pero esperando vencer con los unos para reinar sobre todos; imponerles primero la creencia religiosa para someterlos despues á la autoridad política. Hízose el defensor nato de la Iglesia romana y empezó ganándose al papa con blandura; pero si el papa se oponia á sus planes políticos, tratábale con dureza y se gozaba de los atrevimientos que con el gefe de la Iglesia se tomaban sus embajadores. Perseguia á los enemigos de la plenitud de la potestad pontificia, pero no le asustaban las excomuniones. Veneraba á los frailes y se rodeaba de ellos, pero si atentaban á su poder los mandaba ahorcar.

Si no hubiera hallado la Inquisicion, la hubiera inventado él: pero se le habia anticipado en mas de medio siglo. La halló establecida y la hizo su brazo derecho, mas nunca consintió en que se erigiese en cabeza. Gustábale servirse de los inquisidores, pero dominándolos.

No reparaba en reducir á prision al mismo que habia sido el mas activo instrumento de su tiranía en Flandes, como tampoco dificultaba en sacarle del calabozo cuando le convenia para hacer la conquista de Portugal: entonces volvia á confiar el mando del ejército al duque de Alba. Llevaba á un hombre inteligente y laborioso á los altos puestos de presidente del consejo de Castilla y de Italia, de inquisidor mayor y cardenal, pero en el apogeo del favor le intimaba la caida de su gracia, aunque el pesar le acabára la vida. Asi murió Espinosa. Y don Juan de Austria, el hijo legítimo de Cárlos y el heredero legítimo de su grandeza y de sus glorias, la mas noble, la mas bella y la mas elevada figura de su tiempo, el vencedor de los moriscos en las Alpujarras y de los turcos en Lepanto, gana victorias y paises para su hermano, pero no puede ganar para sí un quilate de cariño en su corazon. Felipe II. no consentia verse eclipsado por nadie, ni en poder, ni en gloria, ni en laboriosidad siquiera.

No era impasible, pero lo parecia en las ocasiones en que es mas difícil reprimir los sentimientos y las afecciones humanas,

Cuando el de Alba le participó la ejecucion de los ilustres condes de Horn y de Egmont, contestóle diciendo: «puesto que ha sido indispensable el castigo, no hay sino encomendarlos á Dios.» Y como implorase su piedad hácia la virtuosa viuda de Egmont y sus once hijos, que quedaban en la mas espantosa miseria y desamparo, «sobre esto, le dijo, ya proveeré y os avisaré de ello.» No le corria prisa hacer el bien que le pedia con urgencia el hombre que pasaba por el mas duro de su tiempo, y el de Alba debió conocer que habia otro en cuyo cotejo podia pasar por blando de corazon. La noticia del desastre de la Invencible armada no le demudó el rostro, y se limitó á decir que habia enviado la escuadra á luchar con los hombres y no con los elementos. Y la del glorioso triunfo de Lepanto no hizo asomar á los reales labios una ligera sonrisa. La recibió rezando, calló y continuó su oracion. Hasta que esta fué acabada no mandó entonar el *Te Deum*: nadie sabia por qué.

Todos sus actos llevaban el sello del misterio y de la tenebrosidad. Montigny, el príncipe de Orange, Escobedo, Antonio Perez y el príncipe Cárlos, son arcanos que se traslucen hoy, pero que no se revelan. ¿Serán perpétuamente enigmas algunos de ellos? ¿Lo será la prision misteriosa del príncipe, objeto de tantas curiosas investigaciones, inclusas las nuestras? Poseemos la copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leidos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos. ¿Será improbable que se halláran entre ellos los que han buscado con tanto afan biógrafos, críticos é historiadores? Sea lo que quiera, creemos que hubiera podido ser Felipe el mejor inquisidor y el mejor jesuita, como el mas diestro embajador y el mas astuto ministro. Era rey, y lo reunia todo.

Mas donde ha quedado perpétuamente esculpido su genio es en esa colosal maravilla que se levanta magestuosa y severa al pié de una cadena de cenicientas montañas que parece hundirse como los despojos de un mundo calcinado. Todo en el Escorial respira grandeza, y todo en él inspira austeridad y devocion. Diríase que era la fortaleza en que habia querido encastillarse una edad para pasar el invierno de las revoluciones que el viento norte presagiaba.

«¿Cómo habia de traspasar, dice un filósofo, una sola idea del mundo moderno aquellos muros de granito de aspecto egipcio, aquellos castillejos, aquellos claustros, aquellas bastillas y aquellos palacios circundados de celdas?» Dedicóle á San Lorenzo en conmemoracion del dia en que se ganó la famosa batalla de San Quintin, y quiso que el edificio representára la forma de las parrillas en que fué quemado el santo: singularidad que ha dado ocasion á algunos para buscar analogías entre aquella especie de martirio y las hogueras tantas veces encendidas en el reinado del fundador. Hízole á un tiempo para vivienda de monges y para alcázar de reyes; y la cámara régia al lado de la celda prioral, la corona junto á la cogulla, y el trono de España bajo el mismo techo que la regla de San Gerónimo, representan el gusto del monarca y el espíritu de la época.

Pero el reinado de Felipe fué todo español. A diferencia del de Cárlos V., ni en su consejo ni en su córte predominaban estrangeros. Si Cárlos V. hubiera subyugado la Europa, la hubiera hecho alemana: si la hubiera dominado Felipe II., la hubiera hecho española. Aun sin haberla vencido, la superioridad de su política y la superioridad de nuestra literatura, difundieron por Europa la lengua, las costumbres y las modas de España, y el gusto español preponderaba en los salones diplomáticos, en los teatros, en los libros y en los trages. París mismo se asemejaba á Madrid, y tomaba de los españoles hasta las estravagancias que les habia de devolver despues; porque un siglo antes que Luis XIV. pudiera llamar á Madrid *la córte francesa de España*, habia llamado Felipe II. á la córte de Francia *mi bella ciudad de París*.

Los españoles, avezados ya á las largas espediciones militares en que recogian gloriosos triunfos, sinceramente religiosos como su rey, y acostumbrados por mas de siete siglos á mirar á los enemigos de su culto como enemigos tambien de su independencia, servian gustosamente de instrumentos á las empresas de su monarca, y fueron, como en tiempo del emperador, á pelear en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares, contra moros, contra turcos, contra hereges y contra cristianos-católicos, y la política española intervino en todos los negocios

de Europa. Ganáronse muchos laureles para recoger despues muchas espinas.

La política de Felipe con los Paises-Bajos produjo una lucha sangrienta que convirtió aquellas florecientes provincias en un vasto campo de carnicería, y consumió á España su dinero y sus hombres. Para España fué una fatalidad, y para Flandes una providencial expiacion. Medio siglo hacía que habia venido aqui un príncipe flamenco, cuyos primeros pasos fueron extraer nuestras riquezas, dar á flamencos los mas altos puestos del estado y ahogar nuestras libertades. Al cabo de cincuenta años un monarca español, hijo de aquél, trata á Flandes como á pais de conquista, confiere los primeros cargos á españoles, y prueba á establecer alli la Inquisicion española. Los flamencos se irritan y se levantan, como aqui se irritaron y levantaron los castellanos. Alli se firmó el *Compromiso de Breda*, como aqui se formó la *Junta de Avila*. Alli perecieron en un patíbulo los condes de Horn y de Egmont, como aqui habian perecido Padilla y Bravo. En Castilla fué incendiada Medina, y alli fueron profanadas y saqueadas mas de cuatrocientas iglesias en Flandes y Bravante. La expiacion fué terrible, pero no nos regocijamos de ella. Porque despues de infinitos desastres y de infinitos horrores ejecutados por españoles y por orangistas, y despues de gastados generales y tesoros, el resultado fué constituirse la república libre de las Provincias Unidas alli donde Felipe quiso establecer un imprudente despotismo, y producir una guerra larga y desastrosa que habia de terminar por la pérdida de aquellos ricos paises.

El afan y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia y colocar en aquel trono á la infanta su hija, costó muchos millares de hombres y treinta millones de ducados, para venir á someterse al célebre tratado de Vervins, en que reconoció á Enrique IV. y se obligó á restituirle todas sus conquistas. Sacamos de alli los triunfos de San Quintin y de Gravelines, y el placer de haber guarnecido algun tiempo á París tropas españolas.

Mientras Felipe suscitaba enemigos á Isabel de Inglaterra y protegia á María Stuard de Escocia, el Drake depredaba las colonias españolas de América, y los piratas ingleses apresaban nues-

tros buques y se llevaban las flotas de oro. El desastre de la Invencible armada fué una perdida irreparable para España, que dejó desde entonces de ser la señora de los mares. Subió de punto el poder marítimo de la Gran Bretaña, y una vez se atrevieron los ingleses á penetrar en Cádiz, y se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas. Juró Felipe vengar el ultrage, pero otra vez dispersó la armada española una tempestad. Data de aquel tiempo la decadencia de nuestra marina.

No fué mas feliz en el proyecto de enseñorear el Báltico y de estender su influencia á los estados escandinavos. Frustráronse sus costosos intentos por la repentina conversion de Juan de Suecia en sentido inverso á la de Enrique IV. de Francia.

La mayor gloria militar que alcanzaron las armas españolas en aquel tiempo, fué la memorable victoria de Lepanto, que celebró con trasportes de júbilo toda la cristiandad, y el mas rudo golpe que pudo darse al poder entonces inmenso de la Media-luna. Pero dióse tiempo á los turcos para rehacerse, y al año siguiente pudo el sultan hacer salir del puerto de Constantinopla una nueva escuadra de doscientos cincuenta navíos. Al cabo vinieron á ajustarse treguas con el turco; mezquino resultado, que ni correspondió á los esfuerzos que costára á la nacion, ni á los triunfos que habia sabido alcanzar el ilustre bastardo de Cárlos V.

Con la conquista de Portugal se realizó por primera vez la completa unidad de la Península ibérica; y asi como Suintila fué el primer soberano godo que pudo llamarse sin contradiccion rey de la España entera, asi Felipe II. fué el primer soberano de la edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, pues no habia ya una sola pulgada de territorio desde Gibraltar á los Pirineos que no fuese del dominio del monarca español, y por primera vez al cabo de cerca de nueve siglos recobró España los límites naturales que le señalaba su geografía. Agregáronsele las inmensas y riquísimas colonias que los portugueses poseian en África, en América y en las Indias. ¡Cuán poco habian de durar aquellas importantes adquisiciones! En vez de un gobierno prudente, conciliador y benéfico, que hiciera olvidar á los portugueses su humillacion é identificarse gustosos á la gran familia española, la dura política de

Felipe ofende su nacional orgullo, mantiene vivo el sentimiento de su independencia, y espiando la primera ocasion de sacudir el yugo español, España verá con dolor desprenderse otra vez ese rico floron de su corona antes de extinguirse la dinastía austriaca.

Llegó, pues, la España en el reinado de Felipe II. al apogeo de su material grandeza. Era un imperio que se derramaba por todo el globo. En medio de muchos reveses y de muchas empresas malogradas, se habian ganado glorias militares sin cuento. El nombre español era un nombre universal. ¿Podrían conservarse á tal altura el nombre y el imperio? Tales adquisiciones, tantas expediciones y guerras no se habian hecho sin imponer á la nacion sacrificios inmensos, sacrificios insoportables. Habíanse consumido los tesoros del reino y los tesoros del Nuevo Mundo por el loco empeño de conservar paises apartados, que sobre constituir un gravísimo y perpétuo censo para España, fuera demencia prometerse jamás de ellos una incorporacion sincera y provechosa. El temerario afan de Felipe de someter la Europa á su conciencia y á su cetro, nos atrajo su enemistad sin lograr ningun fruto: y mientras en el interior el fatídico fuego de las hogueras del Santo Oficio ahogaba la vida política de la nacion, y se malograban los muchos elementos de prosperidad que habian sembrado los reyes católicos, en el exterior se gastaba su vitalidad material en el intento de sujetar pueblos que no nos habian de servir y que habíamos de perder. Dejó, pues, Felipe II. á sus sucesores una España gigante, pero gigante extenuado y por muchos lados vulnerable, y aquel aparente engrandecimiento encerraba el gérmen de la decadencia que apuntaba, y preparó cerca de dos siglos de calamidades y humillaciones. Volvamos la vista á otro cuadro mas halagüeño.

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que habia sido preludio el reinado de los reyes católicos. Las guerras de Cárlos V. han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Correggio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas,

son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos despues á su patria, y fundar mas adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitacion y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado tambien esa bella Italia á los genios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender: la Italia de Augusto, y la Italia de Leon X., el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces la España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional, independiente y propia, que habia de trasmitir luego á otros pueblos.

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros, todos los estilos y todas las fórmas literarias tuvieron en el siglo XVI. dignos intérpretes, que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de Leon, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibe la literatura española en los reinados de Cárlos V. y de Felipe II., que la veremos avanzar todavía magestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderon de la Barca, sirviendo de tipo á las demas naciones, hasta que comenzando á caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupcion en corrupcion, llegue á una anticipada decadencia y á una prematura decrepitud como la monarquía.

Incomprensible parece este desarrollo intelectual en un pueblo comprimido por la Inquisicion y en medio del ruido de las armas y del estruendo de la pelea. Pero el Santo Oficio ejercia sus rigores sobre los libros de teología, de filosofía ó de derecho, que pudieran atacar ó lastimar las doctrinas del mas puro catolicismo, tal como entonces los inquisidores y el monarca le entendian. Inexorable en estas materias, pocos hombres distinguidos por su saber pudieron librarse de las persecuciones de aquel terrible tribunal. En cambio

la poesia, terreno neutral y ageno por su índole á las cuestiones teológicas y filosóficas, podia tomar todo el vuelo que quisiera, y monarcas é inquisidores eran indulgentísimos para las licencias de la imaginacion, escepto en lo que tocára á asuntos religiosos. Complacíales por el contrario que los poetas se entretuvieran en cantar los amores tiernos de los pastores y los dulces desdenes de las esquivas zagalas. No pudiendo España producir filósofos, se indemnizó en producir abundancia de poetas. El Parnaso era el campo mas libre, y refugiándose á él las inteligencias independientes de los españoles, hicieron la poesía una especie de soberana de la literatura.

Ni es menos sorprendente que tantos ingenios cultiváran las letras en medio de la agitacion de las batallas, enemigas al parecer de los sentimientos tiernos y de los estudios tranquilos. Parécia que del choque de las lanzas y de los escudos salian chispas de inspiracion para aquellos ingenios guerreros. Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI. y aun antes de él produjo la España. El cronista Perez de Guzman se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda espediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Velez, y hace tiernas elegías: Bernal Diaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se encuentra en ciento diez y nueve batallas, y el soldado batallador escribe la Historia verdadera de la conquista de Nueva España: Boscan pelea por su pais, y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Cárlos V., hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Cárlos V. en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Tunez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la Invencible armada, y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos de Arauco, y combatiendo escribe la Arau-

cana: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel escribe comedias y novelas originales, y asombra al mundo con su Quijote. No se podia decir aqui aquello de: *musæ silent inter arma*; pues en este pais singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañon y el áspero crujir de las espadas y rodelas.

La historia literaria de España en aquellos siglos represéntanos los tres períodos de un largo dia. El crepúsculo matinal que vimos apuntando en los siglos XI. y XII. va siempre derramando mas luz hasta el XV., para alumbrar en pleno dia en el XVI. y entrar en el crepúsculo de declinacion en el XVII. Diéranos mayor pena el ver llegar la tarde de este dia, si no supiésemos que las letras como el sol vuelven despues de haberse marchado á alumbrar otros hemisferios, y que si desaparecen de nuestro horizonte para ir á comunicar su luz á otras regiones de Europa, volverán á iluminarle á fines del siglo XVIII. para bañarle en el XIX. con un nuevo resplandor, de que sentimos no participar de lleno, pero que esperamos alcanzará el siglo, que ha de vivir mas que nosotros. Asi las naciones y las sociedades se comunican recíprocamente sus luces, y asi es necesario para el progreso perfectivo de la vida universal de la humanidad, uno de nuestros principios históricos.

XIII.

A la independiente actividad de Felipe II. sucede la sumisa indolencia de Felipe III., y el hombre á quien no habia podido dominar nadie es reemplazado por un hijo que ni piensa, ni obra, ni gobierna sino por la voluntad de un favorito, á cuya firma ha dado el rey igual autoridad que á la suya propia. El privado es el árbitro de los empleos públicos, el repartidor de las fortunas, y su fausto eclipsa, oscurece el del monarca. A ejemplo del duque de Lerma, la nobleza abatida en los anteriores reinados abandona sus antiguos castillos y acude á ostentar sus galas en la córte. Palacios suntuo-

sos, gran tren de carrozas, muchedumbre de mayordomos, capellanes, palafreneros, pajes y entretenidos, todo boato les parecia poco á aquellos nuevos ricos-hombres, que hacian venir tapices de Bruselas, linos de Holanda, telas de Florencia, gorros de Lombardía, capas de Inglaterra y calzado de Alemania. Dejábanse arrastrar del mismo impulso las clases medias, y á todos alcanzaba el contagio. ¿Correspondia la prosperidad del estado al brillo de la córte?

Abrumados de impuestos los labradores, dejaban el cultivo y emigraban á la aventura, allá donde creian poder proporcionarse algun medio de vivir; provincias enteras se convertian en áridos yermos, y el viajero andaba muchas leguas sin encontrar una casa habitada ni un campo labrado. «Si este mal continúa, le decian al rey las Córtes de Madrid, pronto faltarán paisanos que labren los campos, pilotos que dirijan las naves... es imposible que dure el reino un siglo si no se pone un remedio eficaz.»—«Las casas se desploman, le decia el Consejo á su vez, y nadie las construye; las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos....»

El Consejo proponia remedios. Que se moderen los tributos; que se revoquen las mercedes y donaciones; que los grandes se vuelvan á sus estados y empleen á los cultivadores y jornaleros; que se limite el número de religiosos de ambos sexos; que se refrene el lujo y se ponga tasa á los trages; que comience el soberano dando ejemplo por el arreglo de su casa, «pues el número de criados, le decia, y las raciones que consumen son dos terceras partes mas que en tiempo de vuestro augusto padre el Sr. Don Felipe II., cosa que merece que V. M. lo considere con reflexion y haga conciencia de ello.» Los remedios quedaron escritos.

No habia rentas, pero habia lujo: los labradores perecian, pero los grandes comian en vajilla de oro: moria la industria, pero se erigian monasterios: las aldeas se despoblaban, pero los conventos rebosaban de habitadores.

Y no por eso se renunciaba al sistema de guerra exterior de los anteriores reinados. Nuestros ejércitos eran enviados como antes á pelear en todos los paises de Europa, y nuestros marinos cruzaban todos los mares. Los arranques eran los mismos, pero las fuerzas no podian corresponder á los ánimos. Imponíanse al gigan-

te enflaquecido los mismos esfuerzos que en los dias de su virilidad y robustez. ¿Dónde estaban los recursos para alimentar á los soldados que batallaban? Las flotas de la India llegaban con dificultad, y dábase gracias de ver arribar algun galeon que no hubieran apresado los corsarios ingleses ú holandeses. Las que llegaban estaban anticipadamente empeñadas, é invertíanse en sostener el fausto de la córte. Un general salia por fiador del gobierno, y empeñando sus alhajas particulares lograba que los comerciantes de Cádiz le prestáran algunas sumas para ir manteniendo sus tropas. Subianse los impuestos, pero era pedir jugo á un tronco seco y aridecido. El cuerpo social perecia de extenuacion, y le desangraban para darle vitalidad. Quísose convertir en moneda la plata de los templos, pero se opuso el clero, y faltóle fuerza al gobierno para hacerse obedecer. Se recurrió á la alteracion de la moneda, y doblándose el valor del vellon se dobló el precio de las mercancías. Se inundó el reino de moneda de cobre adulterada, y desapareció la plata y el oro. Tal era la ciencia de gobierno del duque de Lerma.

La irreflexiva espedicion á Irlanda costó una derrota y un bochorno. Y de la muerte de Isabel de Inglaterra, astuta y decidida protectora de los enemigos de España y del catolicismo, no se sacó mas partido que un tratado de paz, que algunos años antes hubiera parecido vergonzoso, y que entonces se celebró en Madrid con regocijo.

Flandes continuaba siendo cementerio de hombres y sima de tesoros. La toma de Ostende fué gloriosa, pero costó cerca de tres años de sitio y cincuenta mil soldados. Entretanto el de Nassau nos tomó otras plazas. La famosa tregua de doce años empezó á poner de manifiesto á los ojos de Europa la flaqueza y decadencia de España.

Pudo no obstante esta misma situacion haber redundado en bien de la monarquía, si esta hubiera estado dirigida por mas hábiles manos. En paz con Inglaterra y Holanda, garantida la de Francia por el doble matrimonio de los príncipes y princesas de ambas naciones, pudo el gobierno español, con un desahogo que no habia disfrutado en cerca de un siglo, dedicarse á restañar las profun-

das heridas que en el corazon del pais habian abierto las dilapidaciones de dentro y los dispendios de fuera. Pero estos fueron los momentos que escogió el monarca, aconsejado por dos arzobispos, para descargar sobre él un golpe fatal. Expidióse el edicto para la espulsion de los moriscos, y la poblacion proscripta se llevó tras sí el comercio, la agricultura y las artes. El consejo del beato Juan de Ribera pudo ser muy piadoso y muy justo, pero despobló la nacion y la dejó arruinada.

Contrastaba grandemente la guerra de armas en Italia con la guerra de intrigas en la córte. Allá se disputaba el ducado de Saboya; aqui el favoritismo del monarca. Allá Cárlos Manuel despedia al embajador de España é invadia el Milanesado; aqui el de Uceda suplantaba á su mismo padre el de Lerma en el favor del débil príncipe. Allá mediaba Luis XIII. para ajustar un tratado en Pavía; aqui intervenia el padre Aliaga, confesor del rey, en los manejos de las privanzas palaciegas. Allá se formaban alianzas de príncipes italianos contra España y conjuraciones de españoles contra Venecia; aqui se fraguaban planes y se empleaban artificios para dominar en palacio. Allá se ganaba para España la Valtelina, que habia de envolverla en nuevas complicaciones; aqui se ganaba el valimiento del monarca, que poseido por don Rodrigo Calderon habia de llevarle con el tiempo, como á otro don Alvaro de Luna, de las gradas del trono á los escalones del cadalso. Habian vuelto los tiempos de Juan II. y de Enrique IV.

Y prosiguieron todavía. Porque á la privanza infausta de Lerma y Uceda con Felipe III. sustituyó la no menos funesta de Olivares con Felipe IV.

Mas embaidor que político el Conde-Duque, alucinó al pueblo y fascinó al rey. El pueblo creyó en las ofertas de un bello programa, y se dejó engañar como un enfermo desesperado que acoge las palabras de un curandero. El rey era un niño, y se enamoró de un ministro que le hacía apellidar el *Grande*, mucho antes de poder serlo. Cuando el pueblo reconoció su error, no pudiendo poner remedio se limitó á murmurar, que era lo único para que le habian dejado fuerzas los reinados anteriores: y el monarca que hubiera podido remediarlo no lo conocia.

Felipe IV. y la política de su privado trajeron á España males que aun lamenta, y compromisos de que no ha acabado de salir al cabo de dos siglos. Empeñados en engrandecer la casa de Austria, arruinaron la España. En la famosa guerra del Imperio, llamada de los treinta años, no cesó Felipe de prodigar hombres y tesoros al emperador. Iban nuestros soldados á vencer en Praga, para ser vencidos despues en Estremoz y Villaviciosa. Triunfaban á quinientas leguas de distancia para dar á Fernando de Austria la corona de Bohemia, y cuando tuvieron que pelear dentro de España eran ya un ejército debilitado que dejaba perder el Portugal. Arrojaban del imperio al Elector Palatino y dominaban el Rhin, para no poder defender mas adelante las fronteras de Francia y tener que ceder el Rosellon. Luchaban con su acostumbrada bravura allá en Alsacia, en la Suabia y la Baviera, contra el rhingrave Othon, contra el landgrave de Hesse y contra el terrible Gustavo de Suecia; eran degollados en Oppenheim, triunfaban en Lutzen, perecian helados en los Alpes y ganaban laureles en Norlinga: sufrian reveses y alcanzaban triunfos en lejanas tierras y por agenas causas; y cuando hubo necesidad de defender el reiño, invadido por los vecinos ó alterado por los naturales, faltaron ya fuerzas para ello: habíase gastado la vida en climas y en empresas estrañas.

La guerra con Holanda, emprendida de nuevo al espirar la tregua de los doce años, hubiera podido justificarse si hubiera podido sostenerse. Pero á pesar del arrojo de nuestros soldados, que allí, como en todas partes, vencian y triunfaban, pero no dominaban; á pesar de los talentos militares de Espínola, de la proteccion del emperador, y de los refuerzos sacados de Alemania para atender á aquellos paises, hubo de resignarse Felipe IV. á reconocer definitivamente la independencia de la República, y á cederle las conquistas hechas en América y en la India. Triste resultado de ochenta años de lucha, tan dispendiosa en hombres como en dinero. La tregua de doce años habia sido el indicio de nuestra debilidad; el tratado de Westfalia lo fué de nuestra impotencia.

Cierto que fué una fatalidad el que se hubiera levantado contra España un genio tan activo, tan político y tan sagaz como el mi-

nistro de Luis XIII. No pudiendo sufrir el cardenal de Richelieu ni el engrandecimiento amenazador de la casa de Austria ni la arrogancia del gobierno español, dedicado á alentar á los que ya eran enemigos y á suscitar otros nuevos á los gabinetes de Madrid y de Viena, la política y las armas francesas encendieron la guerra donde estaba apagada, y aviváronla donde estaba ya encendida, y en tan general conflagracion no era posible que dejára de sufrir la España grandes catástrofes. La nacion que tenia sus guerreros desparramados por toda Europa y por todos los mares, vió su propio territorio invadido por ejércitos estraños. Los franceses se atrevieron á penetrar en Guipúzcoa y en Cataluña. No tenia Richelieu mejor auxiliar que la política del Conde-Duque. Parecia obrar de concierto.

Creciendo con los reveses del reino la altanería del valído, apuraba á un tiempo los recursos y la paciencia del pueblo. Estalló con esplosion la mina del despecho en la provincia menos sufrida, en la mas celosa de sus fueros, y tambien la mas ofendida y hostigada. La insurreccion de Cataluña con sus terribles bandas de segadores, con sus horribles matanzas y sus venganzas sangrientas, fué un feliz acontecimiento para Richelieu y los franceses, y la imprudente política de Olivares convirtió en guerra larga y formal lo que hubiera podido ser un arranque momentáneo de enojo. Reprodujéronse las escenas de los tiempos de Juan II. de Aragon, y aun fueron mas adelante, porque Luis XIII. nombrado conde de Barcelona, pudo llamarse algun tiempo rey de Francia y de Cataluña. Esta provincia volvió á ser española, pero el Rosellon y la Cerdaña allá se quedaron para no mas volver.

Todo era desastres. Portugal oprimido y vejado, se levanta tambien, encuentra ocasion de sacudir la dependencia de Castilla, y la dominadora del orbe es impotente á evitar la desmembracion de una provincia suya. ¿Qué importa que no se reconozca todavía de derecho su independencia? La monarquía portuguesa renace con Juan IV. con todas las condiciones de estabilidad. Emancípanse tambien sus colonias, y entre portugueses y holandeses nos hicieron perder medio mundo. Todos lo sabian menos el monarca español. Cuando Olivares le dijo que el duque de Braganza habia

hecho la locura de coronarse rey de Portugal, lo cual era una fortuna, porque asi sus bienes volverian al fisco, «pues dísponerlo asi,» le contestó Felipe; y continuó divirtiéndose.

Sicilia y Nápoles imitan tambien el ejemplo de Cataluña, y se sublevan contra la tiranía de los vireyes. En Palermo se erige un calderero en gefe del tumulto, y el gobernador se esconde en el sótano de un convento para evitar el furor de la muchedumbre amotinada que incendiaba las casas de los agentes del gobierno español. En Nápoles se proclamaba la república á la voz de un pescador; el duque de Arcos abraza primero á Masaniello en el balcon de su palacio para significar al pueblo que accede á todas sus peticiones; pero despues el conde de Oñate hace degollar hasta á los hijos de los que habian tomado parte en la insurreccion. Tampoco falta alli la intervencion de la Francia. Las revueltas se sosiegan y se restablece el órden; pero los sucesos mostraban cuán impopular y cuán flaca era la dominacion de los vireyes en aquellos paises.

No cambió la suerte en España ni mejoró su fortuna con la muerte de Richelieu y con la de Luis XIII. Á Richelieu sucede Mazzarini, cardenal como él y hechura suya, menos enérgico y violento, pero mas disimulado y astuto. Continuador de su política, sostiene la monarquía durante la regencia de la reina madre. Luis XIV. comienza á anunciarse fatal para España desde la cuna con la victoria de Rocroy. Las guerras de la Fronda en Francia infunden aliento á los españoles; Turena y Condé ayudan con sus venganzas de rivalidad el ascendiente que á favor de las revueltas iba recobrando la España, pero todo lo deshace la mañosa política de Mazzarini. Cuando Felipe IV. solicitó el auxilio del gran protector de Inglaterra, ya Mazzarini se le habia anticipado, y prefiriendo Cromwel la amistad de la Francia, se declara Inglaterra contra España, y coopera activamente á su ruina. La derrota de Dunes pone á Felipe IV. en el caso de suscribir á la paz. Estipúlase el célebre tratado de los Pirineos. Conciértase en él el matrimonio de Luis XIV. con la infanta María Teresa de España, y se ceden á Francia la Cerdaña y el Rosellon con muchas plazas fuertes de Flandes y de los Paises-Bajos. Triunfó la diestra política de Mazza-

rini sobre la del negociador por España. En una pequeña isla del Bidasoa se determinaron los destinos futuros de nuestra nacion. El tratado de la isla de los Faisanes contenia el gérmen de un cambio de dinastía. Aquellas capitulaciones matrimoniales habian de hacer de una España austriaca una España borbónica; y sin embargo, tal era el estado de las cosas que se aplaudió como una fortuna el tratado de los Pirineos.

Richelieu y Olivares representan la elevacion de la Francia sobre el abatimiento de España. Aquél personifica la creacion de la monarquía absoluta francesa sobre la muerte de la vieja monarquía aristocrática: éste simboliza la decadencia de la monarquía conquistadora de España, que habia reemplazado á la monarquía popular, y dado entrada á la monarquía de los grandes, de los favoritos, de los confesores y de las mugeres. Richelieu abrió el camino á Luis el Grande, y Olivares le preparó á Cárlos el Imbécil. Felipe IV. con toda su indolencia tenia todavía elementos para haber sido mas que Luis XIII. si en lugar de un Gaspar de Guzman hubiera contado con un Richelieu: y Luis XIII. no era ni tan grande ni tan intrépido que sin un Richelieu no se hubiera quedado en menos de lo que fué Felipe IV.

Tres grandes transiciones políticas se verifican en esta época. La Inglaterra pasa á la libertad despues de sus guerras parlamentarias, últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa. La Francia corrió al despotismo de Luis XIV. despues de las guerras de la Fronda, últimos esfuerzos de la independencia francesa. España entra en una impotencia miserable despues de la guerra universal del cuarto Felipe, últimos alientos de su antiguo colosal poder. Inglaterra libre y Francia absoluta se levantan sobre la España impotente que las dominó antes.

La adulacion habia aplicado el sobrenombre de *Grande* á un monarca que merecía solo el de piadoso y benigno. Cuando se vió que lo iba perdiendo todo, la lisonja halló un medio ingenioso de conservarle el dictado dándole por divisa un pozo con estas palabras: *cuanto mas le quitan mas grande es*. Queriendo adularle, le hicieron un epígrama.

Apesadumbróle mucho la pérdida de Portugal y le aceleró la

muerte. «Quiera Dios, le dijo al tiempo de morir á su hijo Cárlos, que seas mas afortunado que yo.» Pero Dios no lo quiso asi, y el hijo fué mucho mas desdichado que el padre.

Faltan términos con qué espresar el abatimiento á que vino la monarquía en el reinado de Cárlos II. Todo se conjuraba contra ella. Un rey de cuatro años, flaco de espíritu y enfermizo de cuerpo, una madre regente caprichosa y terca, toda austriaca y nada española, entregada á la direccion de un confesor aleman y jesuita, inquisidor general y ministro orgulloso; con un reino estenuado y un enemigo tan poderoso y hábil como Luis XIV., ¿qué suerte podia esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV. apareció como el terrible vengador de Francisco I. y vino en ocasion en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestras apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal habia tenido la audacia de venir á provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nacion que se vió forzada á reconocer formalmente la independencia de Portugal, no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes, y que viera al monarca francés hacer en quince dias la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Messina se levantaba al grito de ¡Viva la Francia! Los tratados de Aquisgran y de Nimega iban sumiendo á España en el abismo de la nulidad.

Habian cambiado los papeles de Europa, y la dominacion universal con que á principios del siglo XVI. habian amenazado Cárlos V. y la España, venia á fines del XVII. de parte de Luis XIV. y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas á pesar de la coalicion de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificacion, y para conservar la integridad del imperio tal como le garantizaban los tratados de Wetsfalia, Nimega y Ratisbona, España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió, y hubo de sufrir nuevas invasiones, no obstante tener que luchar la Francia á un tiempo con Inglaterra, Holanda, Suecia, Saboya y el Imperio. Fuése rompiendo la liga, y á España alcanzaron sus mas fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV. á la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos, cuya supuesta infraccion le diera pretesto para nuevas declaraciones de guerra. El hombre que aparecia generoso, bombardeaba despues de un tratado de paz á Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswick se prestó á restituir á España las conquistas hechas despues de la de Nimega, hízolo por contentar á los españoles para que se dejáran imponer un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz para Luis XIV. y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron á subsanar despues.

Mientras la monarquía se desmoronaba, la córte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y don Juan de Austria, daban abundante pasto á la murmuracion y á la maledicencia pública; y el pueblo que presenciaba las miserias de la córte en medio de la ruina de la monarquía, parecia encontrar un desahogo á sus males en las sátiras, libelos y pasquines con que diariamente se le entretenia, denunciándole flaquezas que no ignoraba; mas como se las representaban bajo formas picantes y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reir á trueque de no llorar.

Aborreciendo á los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en don Juan de Austria, que aparecia como el único capaz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se acercó á las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido mas audacia y mas altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un vireinato para sí. Cuando despues fué primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador á la fama del guerrero: don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado despues de una administracion tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer mas palpable la decadencia de España de los primeros á los últimos príncipes austriacos, vino este don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, á recordar

con dolor las glorias del otro don Juan de Austria, hijo bastardo de Cárlos I.

¡Cuánto habia degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II., de aquel monarca que habia gobernado el mundo por sí solo, vióse alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores fanáticos, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño habia tenido que ser llevado hasta los cinco años en brazos de una aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembracion que de sus posesiones sufria por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca á tan desdichada estrechez llegára. Era un mal heredado, que habia venido agravándose con las generaciones. Sucedíanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse espedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y estravagantes los mas, eficaz ninguno. Pusiéronse en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, y vióse á un simple curial sin mas categoría que la de paje, y al hijo de un maestro de obras y otros sugetos de la clase mas ínfima del pueblo, á los unos grandes de España, á los otros títulos de Castilla. Concibióse la idea de entregar al clero la administracion pública y de confiar la direccion de la hacienda, guerra y marina á los cabildos de Toledo, Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaria á veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina á trece galeras de mal servicio, y la poblacion del reino á menos de seis millones de habitantes. Veíase languidecer, extinguirse á un tiempo la nacion y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesion ni de salud el monarca, litígase entre potencias estrañas la sucesion española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV. en estos tratados de particion el negociador mas activo y el político mas astuto y mañero, pero tambien el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma corte de España bullian y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecian alternativamente segun las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondriaco y enfermo, asc-

Cuando estalló la guerra, halló á Luis XIV. esperándola con arma al brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado á la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por Oriente y Occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros màres, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragon y Cataluña se levantan contra Felipe V. y proclaman al archiduque Cárlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesion.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en expiacion de sus faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España envolviéndola en temerarias y costosas guerras esteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema, teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinastía y defienden con las armas á un príncipe de la familia mas enemiga del imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecer la casa de Austria, y de haber antepuesto á su felicidad doméstica el brillo de las conquistas esteriores. Un Cárlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania después, fué el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Cárlos archiduque de Austria que tambien ha de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora sus legiones á pelear dentro del territorio español en reclamacion de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la vida de los pueblos!) Cárlos VI. de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español, por consecuencia de la política iniciada por Cárlos V. de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que habia dejado Cárlos II. el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra, teniendo que combatir á un tiempo en levante y en poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es mas, contra catalanes, aragoneses y valencianos, dis-

traidas las fuerzas de su única aliada la Francia, en el Rhin, en Italia y en los Paises-Bajos. Y sin embargo los triunfos de Almansa y Villaviciosa hicieron ver á la Europa conjurada cómo sabian sostener los castellanos con las armas al monarca á quien una vez juráran fidelidad. Ayudáronlos Berwick y Vendome. Cien banderas cogidas á los aliados en Almansa fueron á adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V. y los castellanos vencian: peor estrella alumbraba á Luis XIV. y la Francia. España se rejuvenecia con su jóven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, á quien faltaban á un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrecht pusieron término á la sangrienta guerra de sucesion, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V. sus derechos eventuales á la corona de Francia, y haciéndolo á su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Solo no se adhieren á los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña preferia erigirse en república á reconocer la autoridad de Felipe de Borbon: arranque de energía, que no fué sino un testimonio mas del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó á Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le habia costado á Valencia y Aragon.

No se compró la paz de Utrecht sin costosos sacrificios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, fué borrada del catálogo de las potencias de primer órden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y dióse Sicilia á la casa de Saboya con derechos á la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hiciéronse otros repartimientos que alteraron la faz de Europa.

Con el advenimiento del nieto de Luis XIV. al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraria dentro de la órbita que le designára el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta, y entonces no era una calumnia,

era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtia de confesores al rey de España, de camareras á la reina, y de administradores á la nacion. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe sin embargo se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV., acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso á España y á sus derechos, dirigia á su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: «Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona «de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las «venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi con«ciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profeso..... Con «la vida solamente me separaré de España, y sin comparacion «preferiré morir disputando el terreno palmo á palmo al frente de «mis tropas á tomar un partido que empañe el lustre de nuestra «casa.....»

Aqui Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es ya el jóven tímido é inexperto que inclina humilde la frente á los mandamientos de un abuelo preceptuoso, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza á un anciano á quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felipe V. se atrevió á decir: «Aun habrá Pirineos.» Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fué el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salváron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas.

Y sin embargo este príncipe, que tan español se habia hecho y que tanto debia á los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesion á la corona de Castilla. El que debia su trono á una muger, priva á las hembras del derecho de suceder en el trono, y establece á disgusto de la nacion la ley Sálica poco modificada. Innovacion fatal, que al cabo de ciento y veinte años habia de ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantar á la reina legítima, y aunque revocada por otro monarca y por las Córtes del reino no ha podido esta na-

cion libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.

La córte de Luis XIV. emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias á que pasó Felipe V. con la princesa de Parma trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa direccion á los negocios y distinto rumbo á la política.

Viva se mantenia la animadversion entre Austria y España, y aun las potencias signatarias de los tratados de Utrecht habian quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta á impulsos de un genio turbulento, que enmaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en París para desposeerle de la regencia; que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una espedicion contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el pais vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el Imperio en el Mediterráneo, que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrecht, reclama para España las posesiones alli cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellon español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvedor del mundo, que de tal suerte intimida á las potencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las mas poderosas se ven obligadas á conjurarse contra su persona y á exigir á Felipe V. su separacion como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es el hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido encumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V. de España, y de consejero y confidente de la reina Isa-

bel de Farnesio, que ha alcanzado el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba á los demas soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V. accede á hacer salir de España á Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido mas dominio sus mugeres, un pensamiento invariable, una idea fija descuella en la marcha de su gobierno, y constituye por mas de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Lóndres, de Viena, de Sevilla y de Fontenebleau, predomina en los congresos de Cambray y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecundo Alberoni, subsiste durante la larga privanza del buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte á los planes del hábil Patiño, guia al honradísimo Campillo en su prudente y corta administracion; él es el que inspira á Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide á volver á empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorve los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego á España. A este afan, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y á cuyas sugestiones no puede resistir el débil é hipocondriaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demás propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor á sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos á los hijos del segundo tálamo de Felipe, y á impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España

y Europa, y el amor delirante de una madre ha influido grandemente en el cambio de condicion de las naciones europeas

Asombro universal causó cuando se supo que se habia firmado la paz con el imperio. Montes de oro costó á España esta negociacion, mas nada le importaba á la reina con tal que redundára en la mejor colocacion de sus hijos. Manejóla secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entonces mas, ha parecido España la tierra de promision de especuladores advenèdizos), que de embajador de Holanda se trasformó en ministro español, que de protestante se hizo católico, y de católico se convirtió en musulman: gran arbitrista, que despues de haber hecho instrumentos de su ambicion primeramente á Lutero y luego á Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuan, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, á vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin á su hijo Cárlos, el que algun dia ha de ser rey de España, tomar posesion de los ducados de Parma y de Plasencia. Tres años después, los vencedores de Almansa triunfan de los austriacos en Bitonto, la bandera de Castilla tremola otra vez en aquellas antiguas posesiones españolas, el príncipe Cárlos es proclamado con entusiasmo rey de Nápoles y de Sicilia, y el orgullo español y el amor de madre se ven á un tiempo halagados. Las naciones se cansan de tan costosas lides, y se ajusta el tratado definitivo de la paz.

Poco tiempo se saborearon sus dulzuras. Vaca el trono imperial de Alemania, y á instigacion de Isabel se presenta el rey católico entre los muchos competidores al imperio. Otra vez se desenvainan las espadas de todas las naciones al grito de guerra. La solícita madre ve una ocasion para que su segundo hijo Felipe pueda conquistarse tambien á favor de la turbacion general alguna soberanía en su querido pais de Italia, perpétuo tema de sus dorados sueños. Nuevas y sangrientas complicaciones. Guerras en Italia. Funesto comportamiento de Inglaterra para con los dos príncipes españoles. Fatal derrota de Campo Santo: terrible sorpresa de Velletri. Felipe en Lombardía; triunfal entrada en Milan. Paz entre

el emperador y Francisco II. Desavenencias entre las dos ramas de la familia de Borbon, y torcida conducta del gabinete de Luis XV. Isabel de Farnesio se conforma con el pequeño patrimonio de Parma y Plasencia para su hijo Felipe.

Hubo en el largo reinado del primer Borbon un brevísimo paréntesis, que pareció insignificante, y sin embargo encerraba profundos é importantes arcanos: el de su solemne abdicacion en su hijo Luis, y el reinado de este jóven príncipe que pasó como las flores que nacen y mueren en un dia, y que apenas legó á la historia sino un nombre mas que intercalar en la cronología de nuestros reyes. ¿Será cierto que nunca devoraron á Felipe V. mas ambiciosos proyectos que cuando rezaba como un monge desengañado del mundo en el coro de San Ildefonso, ó cuando para distraer su misantropía cazaba en los bosques de Balsain? ¿Lo será que pareciendo querer imitar en su retiro de la Granja á Cárlos V. de Alemania en Yuste, se semejó mas á Alfonso IV. de Leon en Sahagun? Lo que no tiene duda es que salió como éste del solitario lugar, tan luego como murió su hijo para volver á empuñar el abdicado cetro, y manejarle todavía por espacio de otros veinte y dos años.

Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se invirtieron, esa obra famosa de Felipe V., nuevo Versalles construido al pié de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbon, si bien no muy compatible con los ahorros del erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Felipe II.: los amenos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reinados que los dividen.

Mas si se coteja el mísero estado en que el último monarca de la casa de Austria dejó la hacienda, el ejército, la marina, el comercio y la industria española, con el que se registra en el reinado del primer Borbon, España debió felicitarse por el cambio de dinastía. Aquellos veinte mil hombres desorganizados y medio des-

nudos de los últimos tiempos de Cárlos II., aparecen multiplicados como por encanto, ostentando Felipe V. á los ojos de la Europa admirada al terminar la guerra de sucesion un ejército de ciento veinte batallones y de ciento tres escuadrones disciplinados y aguerridos. Aquella docena de casi inservibles galeras que dejára el postrer monarca austriaco, preséntase en los mares bajo el primer Borbon trasformada en respetable escuadra de mas de veinte navíos de guerra con trescientos cuarenta buques de trasporte y treinta mil hombres de desembarco. La industria y el comercio, casi exánimes en los últimos reinados, reciben el impulso que los escasos conocimientos de aquel tiempo en estos ramos permitian. Y aunque las medidas para su fomento solian ser menos acertadas que patrióticas, publicábanse ya escritos luminosos, y al través de los errores de la ciencia y de los obstáculos de las preocupaciones, vislumbrábase ya el sistema de las franquicias, y se levantaban muchas fábricas. El francés Orri hubiera necesitado mas tiempo del que le permitieron las intrigas palaciegas para desenmarañar el caos de la hacienda: el creador de los intendentes no pudo hacer sino incoar algunas reformas, y no dejó de corresponder á la fama que traia de entendido rentista. Riperdá, á vueltas de sus jactanciosas utopias, suministró ideas económicas que fueron útiles después. Era un loco que no carecia de conocimientos. El honrado español Campillo dió un golpe oportuno para libertar al pueblo de la plaga de los arrendadores asentistas de que Orri habia querido emanciparle ya. Trabajábase en regularizar la administracion, pero faltó energía para alterar el funesto sistema de impuestos. Las guerras consumieron inmensos capitales, y la nacion se encontró con una deuda de cerca de cincuenta millones de duros.

Educado Felipe V. en los principios de la escuela política de Luis XIV., poco podia esperarse en favor de las antiguas instituciones populares de Castilla.

Las rebeliones de Valencia, Aragon y Cataluña sirviéronle para acabar de extinguir las de aquel antiguo reino. El pueblo castellano, avezado como estaba por espacio de largas dominaciones á la ilimitada autoridad de los príncipes, no se inquietaba por la idea de recobrar la libertad civil, y solo vivian sus recuerdos en ilus-

tradas individualidades. El Santo Oficio continuaba fulminando sus sangrientos fallos con toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo no obstante se habia adelantado. Felipe V. no honraba con su real presencia los autos de fé, ni los tomaba por recreo como Cárlos II.

Un hombre hubo ya en este tiempo, de vasta capacidad, de asombrosa erudicion, de sólida virtud y de incontrastable fortaleza de ánimo, que quiso libertar la autoridad real del vasallage de la Inquisicion, volver al trono y á la potestad civil las atribuciones que el tribunal de la fé les tenia usurpadas, emancipar la corona de la dependencia de la tiara pontificia en los negocios temporales, y devolver sus antiguas libertades á la iglesia española. Hubiera tal vez aquel hombre insigne recabado de Felipe V. tan grandes reformas, si con la venida á España de Isabel de Farnesio y la caida de la princesa de los Ursinos no se hubiera encumbrado en derredor del trono el partido italiano. Tomóle éste por blanco de sus iras, y cúpole á Macanáz la suerte que por lo comun está reservada al apostolado de las ideas, el martirio de la persecucion. Amábale el rey, pero supeditado por Inquisidores y jesuitas le desterraba del reino: seguia queriéndole en el estrangero, y le mantenia proscripto; le nombraba representante en el congreso de Cambray, y no se atrevia á abrirle las puertas de la patria. Entretanto encomendados á otras manos los asuntos de Roma, negociábase la púrpura cardenalicia, y se admitia al nuncio á trueque de conseguir el capelo, y se prometia el capelo á condicion de que se admitiera al nuncio: contrato entre partes en que la doctrina canónica no hallaba ocasion de intervenir. Asi se hizo el ajuste de 1717, y á parecido precio se obtuvo el concordato de 1737, si bien en este comenzaron ya á triunfar las ideas de Macanáz, hasta que en el de 1753 sancionó ya la Santa Sede el patronato universal de la corona de España.

En el autor del *Memorial de los cincuenta y cinco párrafos*, y de los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, vemos el representante del primer albor con que se anunciaba la regeneracion política de España. El entendimiento de Macanáz marchaba delante de su siglo. Muchas de sus máximas religiosas y políticas

habian de ser puestas en ejecucion por los sábios ministros del gran Cárlos III., y algunas eran tan avanzadas que muchos pueblos de los que mas progreso han alcanzado en la carrera de la civilizacion aun no han podido verlas planteadas en el siglo XIX. En las desapasionadas páginas de nuestra obra hallará por lo menos la justicia que le fué denegada en su tiempo: diminuta compensacion que por nuestra parte podemos dar al magistrado incorruptible, al sábio publicista, al hombre de la expatriacion y de los calabozos.

Suelen no caminar al mismo paso el desarrollo de la ciencia política y el de otros ramos de los conocimientos humanos. Felipe II. que dejaba cantar á los poetas tan libremente como quisieran, no permitia la circulacion de una sola idea que tendiese á menoscabar la plenitud de la potestad real. Luis XIV. empuñaba con una mano el cetro del absolutismo, y con otra erigia academias científicas de que plagaba el suelo de la Francia: con una levantaba el catafalco de las libertades francesas, y con otra encendia mil lumbreras de gloria. Asi mientras su nieto en España tenia un inquisidor que prohibia los escritos políticos de Macanáz, creaba por otra parte bibliotecas, academias y universidades y ejemplo de su abuelo. Nacieron entonces la de la Lengua y la de la Historia, la Biblioteca real, el Seminario de Nobles y el colegio de San Telmo. La revolucion literaria iba preparando sin que él mismo lo sintiese la revolucion política. Feijóo abrió una herida mortal á las preocupaciones populares, citándolas ante el tribunal del espíritu analítico de la razon y de la filosofía. Á pesar de la cautela con que se vedó á sí mismo el exámen de las materias políticas y religiosas todavía fué delatado al Santo Oficio. Pero el sábio benedictino tuvo la suerte de alcanzar el reinado de Fernando VI., cuyos ministros le pusieron á cubierto de toda persecucion. El proceso del P. Froilan Diaz habia marcado la transicion del reinado de Cárlos II. al de Felipe V.: el proceso del P. Feijóo divide y marca perfectamente el tránsito del reinado de Felipe V. al de Fernando VI.

Por primera vez despues de tantos siglos de eternas luchas subió al trono español un príncipe, que mirando las guerras como el mas cruel azote de la humanidad, proclamó el sistema de paz á toda costa. La de Aquisgran vino en 1749 á colmar los deseos del bon-

dadoso Fernando VI. Desde este momento se encastilla en una prudente y estricta neutralidad, y deja que peleen cuanto quieran las demas naciones. Francia é Inglaterra, rivales antipáticas que se acechan para abatirse, rompen de nuevo las hostilidades, y cada cual solicita para sí con ahinco la amistad y el apoyo de España. Fatíganse en vano ministros y embajadores por inclinar el fiel de aquella balanza á un lado ó á otro. Ayuda á Francia el imperio, pónese la Prusia de parte de Inglaterra. España permanece neutral. Brindan los franceses á Fernando con Menorca, los ingleses le hacen la ofrenda de Gibraltar; tentadores eran los ofrecimientos, pero se estrellan contra la imperturbable impasibilidad del rey, lo mismo que la actividad diplomática. Igual lucha sustentaban los ilustres miembros del gabinete español, predilecto del rey el uno, preferido de la reina el otro, queriendo el uno inclinarlo á la alianza francesa, el otro á la amistad británica. Pero deshaciendo Carvajal la trama que Ensenada urdia, especie de tela penelópica tejida y destejida en el taller de la diplomacia, iba manteniendo Fernando la nave de la neutralidad entre contrarios vientos sin dejarla irse á fondo, y la paz era mas honrosa cuanto la nacion se veia por dos estados poderosos acariciada. Situacion nueva para España, y sería dificil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Asi mientras las vecinas naciones sufrian los estragos horribles de la guerra, aqui á la sombra saludable del árbol de la paz, plantado por un monarca benéfico, prosperaban la industria, el comercio y la agricultura, desarrollábanse las letras y las artes, tomaba nuevo vuelo nuestra marina, y ¡cosa desoida en largos siglos! se encontraban sumas considerables en las arcas del tesoro.

El próspero y pacífico reinado de Fernando VI., acusacion elocuente de los seis reinados tumultuosos que le precedieron, nos ratificaria, si de ello necesitáramos, en que no es la gloria de las conquistas, ni los triunfos estruendosos de las armas lo que labra el edificio de la felicidad de los pueblos.

Tras larga y penosa agonía, y cerniéndose en torno al lecho mortuorio del misántropo monarca intrigas sin cuento, fallece el virtuoso Fernando, dejando su esterilidad abierto el camino del

trono, su prudencia el camino de la prosperidad á su hermano Cárlos, el rey de las Dos Sicilias, que arreglada la sucesion de aquellos reinos viene á tomar posesion de su nueva herencia. Nápoles llora su despedida, y España entona cantos de júbilo á su arribo. Sus gloriosos antecedentes auguran dias de bonanza para su pais natal.

XV.

No puede pronunciarse sin un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Cárlos III. A él viene asociada la idea de la regeneracion española.

Si el talento de Cárlos no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos, la administracion y el gobierno de la monarquía.

Inaugura su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas. Reconocióse luego al genio benéfico de Nápoles que venia á fecundar su suelo patrio.

Duélenos por lo tanto verle abandonar en la política exterior desde los primeros tiempos de su reinado el prudente sistema de neutralidad en que su hermano habia sabido parapetarse. Los afectos de la sangre conducen á Cárlos á ajustar con la Francia el famoso *Pacto de familia*, con que quedó ligada la suerte de Espa-

ña á la del vecino reino. Soberbio y atrevido reto que hizo una sola familia de príncipes á todos los poderes de la tierra en circunstancias las mas comprometidas.

La política de Choiseul, el negociador de la Francia, especie de ministro universal de Luis XV., envuelve á Grimaldi, negociador por España, en el *Pacto de familia*, como Mazarino habia sabido atraer á don Luis de Haro al ajuste de la *Paz de los Pirineos*, los dos tratados que han ligado mas las dos ramas de los Borbones. Cárlos IV. y Luis XVI., Fernando VII. y Luis XVIII., nos recordarán á Cárlos III. y Luis XV., como estos hacen remontar nuestra memoria á Felipe IV. y Luis XIV.

Pronto comenzó España á probar las aguas amargas que brotaron de aquella fuente de discordias secretamente abierta en París. La guerra con la Gran Bretaña era consecuencia natural del *Pacto de familia*. Las dos preciosas joyas de nuestras colonias de Oriente y Occidente, Manila y la Habana, caen en poder de los ingleses, y no sin sacrificio se logrà recobrarlas dos años despues por la paz de París.

Sí pudiéramos establecer una línea divisoria entre el hombre y el monarca, aplaudiríamos los sentimientos que dictaron aquel concierto de familia como negocio del corazon. Pero en las potestades que rigen los pueblos, antes son los deberes de la soberanía que los afectos de deudo: y aquellos mismos sentimientos que merecerían una bella página en la biografía de un príncipe, pueden formar una de las hojas mas tristes de su historia política. Creemos no obstante que hubo de parte de Cárlos III. algo mas que los vínculos de cognacion. No tenia olvidado este monarca que la Inglaterra habia sido la que años antes, siendo rey de Nápoles, le impuso con aire de ruda y despótica amenaza aquella neutralidad mortificante que le forzó á reprimir los naturales afectos de la fraternidad prohibiéndole acudir en ayuda de su hermano Felipe. Veia Cárlos ademas con amargura y enojo ondear el pabellon británico en territorio español, y Gibraltar y Menorca en poder de los ingleses eran dos espinas que le punzaban como español y como rey. Concedamos, pues, algo al justo resentimiento, algo tambien al honor nacional lastimado, y el Pacto de familia aparecerá, sin exi-

mirle de lo impolítico, un tanto excusable al menos, y no por un solo motivo dictado.

Insurrecciónanse las colonias inglesas de América contra la metrópoli, y Cárlos como vengador de agravios recibidos de Inglaterra y como cumplidor del Pacto de familia, fomenta en union con Francia una insurreccion, que si al pronto enflaquecia á su rival habia de ser con el tiempo funesta á España. La emancipacion de los anglo-americanos, tan útil á la especie humana en general, no podia serlo á la nacion que tenia en aquella parte del mundo inmensas posesiones que perder. Hubo un español que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que despues habia de sobrevenir, y lo que es mas, lo expuso á su monarca con desembarazo y lealtad. «Llegará un dia, decia el insigne conde de Aranda en su «Memoria, en que esta república federal que ha nacido pigmea «crezca y se torne gigante, y aun coloso terrible en aquellas re«giones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las «dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento.... El pri«mer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecerse, «será apoderarse de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méji«co.... Estos temores son muy fundados, señor, y deben realizar«se dentro de breves años, si no presenciamos antes otras conmo«ciones mas funestas en nuestras Américas....» Proponíale en seguida un plan de emancipacion, con condiciones igualmente ventajosas á la metrópoli y á las colonias.

Por desgracia el monarca, casi siempre deferente á los consejos de los hombres ilustrados, no escuchó esta vez el patriótico pensamiento del antiguo presidente de Castilla, y los resultados justificaron por desdicha la sagaz prevision del embajador. El mismo Cárlos III. alcanzó algunos chispazos del fuego de la independencia que habia comenzado á prender en nuestras colonias. Cuarenta años despues lloraba España la pérdida de sus ricas Indias. Hoy nos parece un acontecimiento feliz cada vez que los representantes de alguno de aquellos nuevos estados, antes posesiones nuestras, vienen á convidársenos por amigos. Tal vez alguna de aquellas recientes repúblicas, no muy afortunadas en la obra laboriosa de su organizacion, amenazadas por el gigante del Nuevo Mundo,

tal vez la España misma tambien haya vuelto en alguna ocasion sus ojos hácia algo semejante al pensamiento salvador del gran conde de Aranda. Pero los tiempos pasan y no tornan.

Las guerras sostenidas con la Gran Bretaña en los mares de ambos mundos proporcionaron á España hacer alarde de una fuerza naval imponente que le daba consideracion en América y Europa. Triunfos gloriosos alcanzaron nuestras escuadras, señaladamente en las Indias Occidentales. Aun en el antiguo continente, donde fueron menos afortunadas, hicieron muchas veces vacilar el poder marítimo de la que blasonaba de ser la soberana y la señora absoluta de los mares. Pero sufrimos tambien lamentables reveses. El desastre del cabo de San Vicente fué un golpe mortal para la marina española. El pabellon nacional fué sin embargo digna y maravillosamente sostenido, y los ingleses hicieron justicia al heroismo de nuestros soldados. Todavía el contratiempo del cabo de San Vicente fué vengado en lo alto de las Azores, y Cádiz vió entrar en triunfo una de las mas ricas presas de que hacen mencion las historias.

Una espedicion feliz devuelve á la corona de España la isla de Menorca, desmembrada de ella por espacio de setenta y cuatro años. No hubo igual suerte con Gibraltar, cuya recuperacion era el afan del pundonoroso monarca, el objeto á que consagraba esfuerzos, sacrificios y gastos sin cuento, el bello ideal de sus esperanzas y de sus ilusiones. «Gibraltar es un objeto, decia Floridablanca, por el cual el rey mi amo romperia el Pacto de familia, ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.» Pero á su vez decia lord Stormont, «que si España le ponia ante los ojos el mapa de sus estados para que buscase un equivalente á Gibraltar, fijando tres semanas para la decision, no podría en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase á compensar la cesion de aquella plaza.» Asi los manejos diplomáticos fueron tan inútiles como los bloqueos, y las diestras maniobras navales de Crillon tan ineficaces como las famosas baterías flotantes con que Mr. d'Arson entretuvo las esperanzas de los españoles y la curiosidad de Europa. Los ingleses defendieron su presa contra los disparos de los cañones con la misma tenacidad que contra las

proposiciones y tratos de los gabinetes, y Cárlos III. hubo de resignarse á firmar la paz de 1783 con el desconsuelo de dejar en poder de la Gran Bretaña aquella fortaleza formidable. Sinceramente desearíamos no ver en esa enorme y disputada roca sino un castillo inglés enclavado en suelo español, y que no nos inspirára ideas y recuerdos de la fé británica.

La política esterior de Cárlos y de su primer ministro lleva en los últimos años un sello de circunspeccion, de firmeza y de aplomo que sorprenden y admiran á Europa. Valióle esto una de las honras mas distinguidas que pueden caber á un soberano, la de haber sido elegido por las naciones para árbitro mediador en las graves contiendas que las traian desasosegadas y envueltas en funestas lides.

El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Vése á la España cobrar una animada existencia despues de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecia paralizado en ella. Se vé á los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno. Era la preparacion mas conveniente para los cambios políticos y sociales que hubieran de sobrevenir. Era el anuncio de una época de regeneracion, ó mas bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmociones que habian señalado este tránsito en Inglaterra, y sin los terribles sacudimientos que amenazaban ya á Francia.

No se proclamó la libre emision del pensamiento, pero se le libertó del poder censorio de la córte de Roma y de la Inquisicion, que se le habian exclusivamente arrogado. Prohibióse la censura de las obras sin escuchar préviamente al autor y oir la interpretacion que daba á sus palabras. Los breves de Roma en que se condenára algun libro no eran admitidos ya sin el consentimiento de la potestad civil. Estableciéronse garantías contra las arbitrariedades de la Inquisicion, y muchas disposiciones emanadas de la autoridad real

anunciaban á aquel tribunal terrible que no tardaría en caducar su omnipotente imperio. Hubiera caido derrumbado aquel baluarte del fanatismo al cumplirse los tres siglos de su existencia, si el prudente Cárlos no hubiera creido mas conveniente y mas político irle demoliendo por grados que desplomarle con súbita y estrepitosa explosion. Cuando el ministro Roda le aconsejaba la supresion del Santo Oficio, «no me atrevo, le contestó el juicioso monarca, á arrostrar la resistencia de una parte del clero y del pueblo, que todavía no está bastante ilustrada para consentir en esta supresion.» Palabras que descubren la posicion respectiva del monarca y del pueblo, y que revelan que no era Cárlos III. un ejecutor obsecuente de los dictámenes de sus ministros, sino que tomaba resoluciones y tenia ideas propias. Contentóse con allanar obstáculos, y dejar al tiempo y á circunstancias mas favorables la total destruccion del sangriento tribunal. No hizo poco en hacerle perder su ferocidad primitiva, en cercenar su poder y poner coto á sus vejaciones. Escasísimos fueron ya los autos de fé, y sin el antiguo formidable aparato: cesaron de encenderse las hogueras, y la humanidad le quedó agradecida.

Las doctrinas sobre las regalías de la corona en la gran cuestion sobre los límites de las dos potestades, el sacerdocio y el imperio, defendidas en el reinado de Felipe IV. por los ilustrados Chumacero y Pimentel, difundidas en el de Felipe V. por Macanáz, el grande apóstol de los *regalistas*, ya mas desarrolladas en el de Fernando VI., se desenvuelven completamente y fructifican en el de Cárlos III. La córte romana ceja en sus antiguas pretensiones ante la enérgica actitud del monarca español y de sus hombres de estado, y la autoridad real recobra el ensanche, y la potestad civil recupera gran parte del terreno que habian venido perdiendo desde la edad media. El proceso contra el obispo de Cuenca acreditó que el soberano en este punto no toleraba oposicion.

Habia estado apegado el jesuitismo al confesonario y á la cámara régia, representado en tiempo de Fernando VI. por el P. Rábago, celoso procurador del engrandecimiento de su órden en ambos mundos. Pero la existencia de una milicia papal era casi incompatible con el reinado de los regalistas; y creemos que sin la carta del

P. Ricci, y aunque en el motin contra Esquilache no se hubiera gritado: ¡vivan los jesuitas! los jesuitas hubieran sido del mismo modo expulsados, como lo habian sido ya en Portugal y en Francia. Lo que hizo el motin fué aglomerar causas y acelerar el golpe. La expulsion se ejecutó de un modo análogo á las máximas jesuíticas, con misterioso sigilo como obraban ellos. Los defensores del poder absoluto de la tiara cayeron á impulso de un rasgo de poder absoluto de la corona. Fué pues la expulsion de los jesuitas un gran golpe de Estado. No tuvieron mejor suerte los hijos de Loyola en Nápoles y Parma. Todos los Borbones se pusieron de acuerdo para la abolicion de la órden, y no descansó Cárlos III. hasta conseguir la bula de estincion, que otorgó Clemente XIV. No olvidemos que Cárlos III. era un monarca profundamente religioso.

La desamortizacion eclesiástica y civil, ese gran principio que en la cartilla económica moderna goza los honores de axioma, tuvo muchos propagadores, pero no encontró ejecutores todavía. El Consejo de Castilla quiso aun conservar la mano muerta, pero era una mano que quedaba herida y manca. Desde que apareció el tratado de *Regalía de Amortizacion* de Campomanes, y desde las peticiones fiscales de los Consejos de Castilla y Hacienda, que tanto esforzó despues en sus luminosos escritos el ilustrado autor del *Informe sobre la Ley Agraria*, el clero y los mayorazguistas pudieron comprender que si la cuestion no se habia resuelto en la práctica, quedaba resuelta en los entendimientos; como pudieron comprender las clases privilegiadas la brecha que se les abría con la introduccion del elemento popular en las municipalidades, representado por los diputados y personeros del comun en contraposicion á las regidurías perpetuas, y con el golpe dado al monopolio de la enseñanza, de la magistratura y de las dignidades eclesiásticas, con la reforma de los colegios mayores. Los hombres de Cárlos III., entregando al espíritu de exámen materias y cuestiones de interés público que se habian mirado como intangibles, ó al menos como invulnerables, hicieron una revolucion en las ideas, y dejaron indicadas las reformas que no pudieron realizar, alumbrando á los gobiernos futuros y enseñándoles el camino que habian de seguir.

Bastaria la feliz creacion de las *Sociedades económicas de Amigos del pais* para hacer la apología de un reinado. Aquellas asambleas nos parecerian un fenómeno en un gobierno absoluto, si en pos de ellas no vinieran las *Escuelas patrióticas gratuitas* á advertirnos que aquel gobierno absoluto era al propio tiempo un gobierno paternal. Clero, grandeza, propiedad, comercio, capacidad, todo se apresuró á concurrir al sostenimiento y brillo de aquellas asociaciones humanitarias, pacíficas, inofensivas, laboratorios continuos de mejoras saludables y de adelantos provechosos para la agricultura, la industria, el comercio y las artes, para la educacion pública, para el establecimiento y organizacion de asilos de beneficencia, y donde se esclarecian hasta cuestiones científicas y puntos importantes de derecho público. Hasta las damas, que jamás se habian reunido sino en los claustros ó en las cofradías, fueron llamadas á formar parte de estas benéficas corporaciones. Allí eran enseñadas por distinguidas maestras las delicadas labores de la aguja, al propio tiempo que hombres laboriosos y entendidos daban lecciones sobre los rudos trabajos del arado, y mientras las unas enseñaban á bordar, los otros enseñaban á roturar terrenos. La real órden comunicada por Floridablanca para la admision de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.

No alcanzaron todos los esfuerzos de los hombres de Cárlos III., aunque lo intentaron con ahinco, á reformar la enseñanza universitaria. Apegadas las universidades al rancio escolasticismo y á las sutilezas de la filosofía peripatética y de una metafísica ininteligible, regidas por frailes, que constituian la mayoría de los claustros de doctores, resistieron tenazmente las reformas que se trataba de introducir. El informe de la de Salamanca, la primera en categoría y en crédito, escandalizó al fiscal del Consejo de Castilla. ¿Qué podia esperarse cuando ejercia en ella una especie de dictadura el P. Rivera, que llamaba enciclopedistas á Heineccio y á Muratori? Y sin embargo, infatigable el monarca en procurar el fomento y propagacion de las luces como de los intereses materiales, halló medios de lograrlo promoviendo fuera del recinto de las universidades el estudio de las ciencias naturales y exactas: y el creador del Banco de San Cárlos creó tambien los colegios de Arti-

llería y de Marina; el colonizador de Sierra Morena estableció el Jardin Botánico y el Gabinete de Historia Natural; y el fundador de la Compañía de Filipinas fundó escuelas especiales de física y de matemáticas hasta en las colonias de América, donde se formaron aquellos hombres insignes que despues admiró el sábio Humboldt.

Era llegado el caso de que Francia nos devolviera tambien el fulgor literario que España en otros tiempos le habia prestado, y regresó á su turno con el nuevo brillo que habia debido comunicarle otra civilizacion mas avanzada. La intimidad con el vecino reino, que bajo el aspecto político habia hecho tan funesta el Pacto de familia, fué de gran provecho bajo el punto de vista literario. Resucitaba el siglo XVI. sin la tétrica fisonomía que le imprimió el genio sombrío de Felipe II., y humanizado y ataviado con las conquistas de la razon.

Ciencias, administracion, legislacion, educacion pública, todo recibe mejoras importantes. Las investigaciones históricas á que se habian dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI. los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Florez, y los eruditos Mayans y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedanos, de los Lampillas, de los Capmany, de los Masdeu, de los Risco y los Casiri, y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbon. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el mas esquisito juicio crítico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sabios escribian á la vista de la recelosa y asustadiza Inquisicion, que aunque amansada ya, todavía condenaba á Olavide, y acusaba de hereges á los que habian aconsejado la espulsion de los jesuitas. La poesía y la elocuencia, subyugadas de largo tiempo á la tiranía de una insulsa hinchazon y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban á una vulgaridad rastrera, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratin reformaba el teatro español, y Melendez restauraba la poesía castellana, mientras los sábios prelados Climent y Tavira restituian á la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mengs, el restaurador de la

moderna pintura, y el pintor filósofo que decia el erudito Azara. Maella honraba á su digno maestro, y Goya se hacía célebre por aquella graciosa originalidad que no ha podido ser imitada después. El buril de Selma embellecia la magnífica edicion del Quijote de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la península á nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelára bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III. regnante*, que en casi todos se lee.

Hubiera sido Cárlos III. el Luis XIV. de España, si los dias de su reinado hubieran sido tan largos como los del monarca francés: pero faltóle tiempo para hacer tanto como al soberano de la Francia le permitió su longevidad prodigiosa. En cambio fué mucho menos déspota. Luis XIV. erigió el absolutismo: Cárlos III. le encontró establecido y le humanizó. Semejósele mucho como rey, y le aventajó en virtudes como hombre. Cárlos III. no introdujo en la corte el fausto oriental como Luis XIV., ni menos permitió los desórdenes y escándalos de Luis XV. No se vieron aqui ni las Lavaliere ni las Maintenon del primero, ni las Pompadour y las Dubarry del segundo. Isabel la Católica y Cárlos III. hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes de la tierra. Pero los separaron tres siglos, para que los tiempos se repartieran la benéfica influencia de sus genios. Aquella dejó establecida una institucion que creyó necesaria para la unidad religiosa: éste halló la unidad religiosa asegurada, y quebrantó un poder que dañaba á la tolerancia y al desarrollo de las luces, que era ya la necesidad de las naciones católicas modernas. Asi va marchando la sociedad humana hácia su perfeccion.

Muéstranse como apenados algunos políticos impacientes, porque en medio de la revolucion de ideas y del espíritu reformador que se desenvolvió en el reinado que nos ocupa, no hubieran ni el monarca ni sus ilustrados ministros tentado restablecer las antiguas libertades españolas bajo una forma acomodada á las necesidades y adelantos de la moderna civilizacion. Mas tal vez en nada mostraron tanta cordura aquellos hombres de estado como en no

haber anticipado esta novedad. No era culpa suya que el pueblo, avezado de largos siglos al despotismo y á la Inquisicion, hubiera ido perdiendo el amor á la libertad civil. ¿Podemos estar ciertos de que no hubiera sido arriesgado otorgar instituciones políticas á quien ni mostraba desearlas, ni las hubiera recibido con gusto, ni menos con agradecimiento? ¿No se podrá decir del monarca y de los reformadores de su época aquello de: *sui eos non cognoverunt?* No olvidemos tampoco que no eran ni la religiosidad ni el respeto al principio monárquico los síntomas con que se anunciaba la revolucion francesa, y que la religion y el trono eran los dos dogmas venerados, los dos ídolos de los españoles. Bastaron las reformas que ejecutaron y las que intentaron para que el clero y las clases privilegiadas, muy poderosas en España y muy influyentes todavía, tildáran y acusáran á los consejeros de Cárlos de enciclopedistas y afectos á la filosofía francesa del siglo XVIII. que amenazaba invadir y trastornar el mundo. Y á fé que de no serlo procuraron dar pruebas en los últimos años de aquel monarca, cuando asustados por el estruendo de la tempestad política que rugia ya en el vecino reino, cejaron ante los peligros de la crisis, que el clero y la Inquisicion no se descuidaban tampoco en encarecer y abultar. El mismo Floridablanca se convirtió en desconfiado, y retiró la mano franca y liberal con que hasta entonces alentára el espíritu de reforma; hizo mas, intentó reprimirle.

No sabemos sin embargo cómo se hubiera desenvuelto Cárlos III. de los compromisos en que habria tenido que verse, si le hubiera alcanzado la explosion que muy luego estalló del otro lado del Pirineo. Fortuna fué para aquel monarca, y fatalidad para España, el haber muerto en vísperas de aquel grande incendio.

Sucedióle su hijo Cárlos IV. á fines de 1788.

XVI.

El año siguiente al advenimiento de Cárlos IV. al trono español estalla en Francia el volcan revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda la Europa é hizo estremecer todos los sólios. La rapidez de los primeros pasos de la revolucion anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las trasformaciones sociales. Y asi fué.

Jamás en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigia á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecia que los tiempos se compendiaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de acortar la distancia de tiempos antes que la distancia de lugar, y la revolucion francesa precedió á la invencion del vapor. La Europa armada gritaba: *¡atrás!* y la Francia, armada tambien, contestaba: *¡adelante!* Las ideas sin embargo avanzaban mas dentro de la Francia que los ejércitos fuera. Estados generales, asamblea constituyente, asamblea legislativa, convencion, república, directorio, consulado, imperio..... monarquía, democracia, despotismo militar..... A los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heróico. Cuando Napoleon establecia repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al revés. Del suplicio del rey á la proclamacion del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve á gritar ¡viva el rey! El nuevo rey era otro Borbon. Gran retroceso. Pero el movimiento galbánico no ha cesado. Pasan otros quince años, y las ideas que habian retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Antes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripcion á la vie-

la monarquía y al imperio. La Francia es otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpétuamente en derredor de un círculo?

Gira, sí; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algun principio provechoso que queda siempre. Asi con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace va modificando su existencia. Costosas son las trasformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditáran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederian espantados. Mas por una disposicion providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frio razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: tambien el furor de la venganza perturba la razon: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otras fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos mónstruos. La leccion fué dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolucion á mediados de este siglo para enseñarles mas. ¿Han aprendido los hombres de ahora mas que los de entonces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos.

La revolucion de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entonces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la nacion iniciadora. En la revolucion del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del estado: en la del presente siglo se aclamó el principio de la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que menos lo merecian: en 1848 hubo muchas revoluciones y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla, ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico, y divinizó la razon humana: se quitó á Dios de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo los

mas estremados reformadores se han visto precisados á invocar el cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entonces un soldado arrancó violentamente de su silla al gefe visible de la iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquél hombre se llamaba Napoleon: ahora otro Napoleon, deudo de aquél, y como él gefe de la Francia, envió las legiones republicanas á reponer en su silla á otro pontífice, Pio tambien como el abofeteado en Fontenebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparacion religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le habia impuesto una expiacion, y al cual ella obedecia de mal humor sin saberlo. Tambien Alarico iba de mala gana á Roma y obedecia á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entonces el fin; la Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y en esta revolucion. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado solo de la discusion pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aun tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfeccion. ¿Por qué entretanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas? Lo sentimos, pero no nos atrevemos ni á acusar á la Providencia ni á responder á Dios. Solo sabemos que es asi, porque nos lo enseña la historia de todos los siglos. Consuélanos en parte observar que la humanidad no deja de ir progresando siempre, aunque á veces parece retroceder.

Insensiblemente hemos ido abarcando en estas reflexiones sucesos que no son todavía de nuestro dominio histórico. Séanos dispensado, siquiera por si nos faltase despues tiempo y ocasion de hacerlas. Reanudemos el hilo de nuestro bosquejo historial.

Cuando estalló la revolucion de 1789, alarmáronse todas las potencias europeas, y se formaron aquellas coaliciones y comenzaron

aquellas guerras que tantos triunfos proporcionaron á las armas de Francia, y tantos progresos dieron al movimiento revolucionario. Porque los hombres de la revolucion, exigentes y descontentadizos de suyo, exacerbados con la oposicion de dentro y con la resistencia de fuera, pasaban del entusiasmo al delirio, y del vigor y la energía al arrebato y al frenesí, y no habia ni concesiones que los contentáran ni fuerza que los contuviera. España se hallaba en una posicion escepcional. Era Cárlos IV. pariente de Luis XVI., vivia el Pacto de Familia, y no estaba entonces el pueblo español ni en sazon ni en deseo de adoptar los principios que se proclamaban en el vecino reino. El mismo Floridablanca, ministro que Cárlos III. habia dejado como en herencia á su hijo, temia que invadieran la Península las máximas que del otro lado del Pirineo se ostentaban triunfantes. Y sin embargo todo lo que el monarca y el gobierno español se atrevieron á hacer en favor del atribulado Luis XVI., fueron ardientes votos, tímidas reclamaciones y gestiones ineficaces, alguna de las cuales les valió una repulsa bochornosa de parte de la Convencion.

Solo despues del suplicio de aquel infortunado monarca se resolvió el gabinete de Madrid á declarar la guerra á la república contra el dictámen del viejo y esperimentado conde de Aranda, á quien costó ceder el puesto ministerial á un jóven que habia opinado por la guerra. Este jóven, que pasó del cuartel de Guardias de Corps, casi con botas y espuelas, al primer ministerio de España en una de las mas difíciles situaciones en que pudiera verse nacion alguna, obtenia ya un favor ilimitado del rey y de la reina. Opinó don Manuel de Godoy por la guerra, y la guerra se hizo. Alegróse la Europa, porque se añadia un guarismo mas al número de las potencias enemigas de la Francia. España dió el primer paso en la carrera azarosa de los compromisos.

Felices al principio nuestras armas, les vuelve su espalda la fortuna en Tolon, donde por primera vez se da á conocer el genio de aquel Bonaparte que muy poco despues habia de asombrar al mundo. Los ejércitos republicanos nos toman nuestras plazas fronterizas, y amenazan abrirse camino hasta Madrid. Asustado Godoy de su obra, ajusta la paz de Basiléa, que nos costó la cesion de la

parte española de Santo Domingo. El provocador de la guerra es condecorado con el título de *Príncipe de la Paz*. Sigue el famoso tratado de San Ildefonso. Alianza ofensiva y defensiva entre la monarquía española y la república francesa. Guerra con la Gran Bretaña, que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el fatal Cabo de San Vicente, y la cesion de la Trinidad en la paz de Amiens. La guerra y la paz con Francia, y la guerra y la paz con Inglaterra, nos iban saliendo igualmente caras.

La paz de Amiens fué un pasagero respiro. Encendida de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra, España sigue atándose al carro de la república, y otro tratado de San Ildefonso nos empeña en otra nueva carrera de desastres y de compromisos. Francia aliada, nos costaba un subsidio de seis millones mensuales: Inglaterra enemiga, destrozaba la marina española, que mas por culpa de Francia que de España, dió su postrer aliento en el desventurado combate de Trafalgar, sin que le valiera ni la inteligencia ni el heróico comportamiento de nuestros marinos: perdimos quince navíos de línea; y como quien busca un consuelo, recordamos siempre que allí pereció el famoso almirante inglés Nelson. Pero la Francia no por eso renunció á seguir cobrando los millones estipulados. Era una acreedora sin entrañas. La catástrofe de 1805 fué una consecuencia del primer error de 1793.

En este tiempo la situacion de la Francia habia cambiado. Aquella nacion que no habia podido soportar el cetro de un monarca se sometió á la espada de un soldado. La libertad la habia anegado en sangre, y buscó un hombre que atajára la sangre, aunque ahogára la libertad. Desde el 18 brumario no se vió brillar en el horizonte de la república sino el fulgor de las bayonetas. Enmudeció la tribuna, y solo se escuchó ya la voz del guerrero, á cuya voz se formó un cuerpo de treinta millones de hombres, que obedecian á un redoble de tambores. Aunque nombrado solamente Bonaparte primer cónsul, nadie dejaba de entrever por debajo del manto consular la corona imperial con que habia de ceñir sus sienes. Contenta la Francia con ver al cónsul obrar como emperador, no tardó en darle el título y la investidura. De otro modo se la hubiera dado él mismo, y la Francia hubiera callado. Napoleon empera-

dor, sin dejar de ser general, se pone al frente de los ejércitos franceses, la Francia militar le sigue entusiasmada, y marchando de victoria en victoria, derrota ejércitos, deshace coaliciones, humilla monarcas, derriba solios, crea nuevos reinos, como antes habia creado repúblicas, y distribuye los tronos que su omnipotente voluntad va declarando vacantes. En el de Nápoles, donde se sentaba un Borbon, coloca á su hermano José. ¿Pensará en darle un ascenso? ¿Respetará el trono español este repartidor de coronas?

España no obstante continúa aliada del imperio, como lo fué de la convencion, del directorio y del consulado. Pero el príncipe de la Paz, á cuyas manos se hallaban confiados los destinos de nuestra patria, recela del emperador, medita cooperar á la destruccion del coloso, aliándose con las potencias que guerreaban ya contra él, y publica una proclama apellidando á las armas á los españoles, sin nombrar en ella ningun enemigo. En hora fatal apareció el documento. Napoleon triunfaba en Jena de la cuarta coalicion y Berlin le abria sus puertas. Napoleon y el príncipe de la Paz conocen á un tiempo la imprudencia de la declaracion. Godoy procura enmendar el yerro felicitando á Bonaparte por sus triunfos: Bonaparte se sonríe, decreta en su ánimo la ocupacion de España, y sigue fingiéndose aliado. Y para fingirlo mejor, pide un auxilio de tropas españolas. ¿Quién se atrevía negárselas? Una escogida division española fué trasportada á Dinamarca á las órdenes del emperador.

Triunfan las águilas francesas de las águilas rusas en Friedland, y se firma la famosa paz de Tilsit. Es el punto culminante de la fortuna de Napoleon. Ya queda desembarazado en el Norte para atender al Mediodía. Á Inglaterra piensa destruirla con el bloqueo continental: monstruosa concepcion, que se tuviera por delirio pueril, sino hubiera sido el pensamiento de un grande hombre, con el cual, sin embargo, acabó de aturdir la Europa, y puso en conflicto la tierra y los mares. Á España, ¿quién podría pensarlo? no se atrevió el vencedor universal á acometerla de frente. Medita la empresa de Portugal, y hace á España tomar parte en ella como aliada del imperio. Ajústase el célebre tratado de Fontenebleau, por el que se partia el Portugal en tres trozos, como tantas veces se

ha partido la Polonia, de los cuales uno se adjudicaba á Godoy con el título de príncipe soberano de los Algarves. El Pacto de Familia parecia apretado con estrechos nudos, no ya entre dos Borbones, sino entre un Borbon y un Bonaparte. Con gusto lo hacia Cárlos IV. ¿No se destinaba un nuevo principado para su querido príncipe, y no le daba Napoleon á él mismo el título pomposo de Emperador de las Américas? En su virtud las armas imperiales penetran en Castilla, las de Castilla en Portugal, allí unas y otras. Jamás bajo tan engañosa capa embozó un gran conquistador sus pensamientos. Eran los nuevos cartagineses que se fingían hermanos para salir señores. Por lo menos tuvo España el privilegio que no habia tenido nacion alguna, el de que el gran Napoleon creyera necesario engañarla para sorprenderla.

Cuando Napoleon discurria con Talleyrand cómo apropiarse el trono de los Borbones de España de manera que no diese el mayor de los escándalos á Europa, vienen las lastimosas escenas del Escorial en ayuda de sus designios. En el mismo palacio en que se representó el drama de Felipe II. y el príncipe Cárlos, se reproduce en la ocasion mas crítica otro parecido entre Cárlos IV. y el príncipe Fernando; con la diferencia que si hubo ahora mas benignidad, hubo tambien menos misterio, y reveláronse á la nacion flaquezas que deploraba, y á Napoleon discordias que servian grandemente á sus desleales proyectos. ¿Es cierto que se habia inspirado á Fernando el pensamiento de representar el papel de San Hermenegildo cerca de su padre? ¿Ó era solo su objeto y el de sus instigadores derribar al favorito? Lo cierto es que se vió un monarca denunciando á la faz de España y de Europa al príncipe heredero, al padre y á la madre echando públicamente la ignominia del crímen sobre la frente del hijo, y al hijo implorando humildemente el perdon de sus padres: al soberano de España haciendo al emperador francés confidente de sus amarguras y como pidiéndole alivio y consejo, y al príncipe heredero solicitando de Napoleon á espaldas de su padre la proteccion imperial y la mano de una princesa de su familia, las dos cosas que necesitaba para ser feliz. Tampoco necesitaba mas el emperador para acelerar sus planes, aprovechando las debilidades del padre y del hijo.

Hallábanse á principios de 1808 en poder de los franceses y por traicion ocupadas las principales plazas de guerra, y Murat sobre Madrid. Y todavía ¡admirable candidez! el rey, el príncipe, el privado, la córte, el pueblo, todos ignoraban el objeto de aquel formidable aparato de fuerza. Doce millones de hombres fluctuaban entre el temor y la esperanza. No cabia en el corazon de la hidalga nacion española sospechar de un hombre tan grande como Napoleon una grande alevosía. Á dos cosas estaba dispuesta; á imputar al valído Godoy los males que sobrevinieran y las miserias que presenciaba; á esperar del príncipe Fernando los remedios que deseaba y las reparaciones que apetecia. Aborrecia á aquél tanto como amaba á éste. Asi en el motin de Aranjuez Godoy fué el blanco de las iras del pueblo, Fernando el de sus aclamaciones. Cayó el valído, y abdicó Cárlos IV. por salvarle; que Carlos IV. y María Luisa amaban mas al amigo que al trono. Fernando es proclamado rey de España.

Dos palabras de ese personage en cuyas manos estuvieron los destinos de la patria durante todo el reinado de Carlos IV.

Nadie ignoraba el origen del rápido encumbramiento de Godoy y de su valimiento ilimitado. La reina no habia cuidado de acreditarse de circunspecta. Movia á lástima la bondad del rey.

Cuando Godoy firmó el segundo tratado de San Ildefonso en 1796, titulábase ya en él príncipe de la Paz, duque de la Alcudia, señor del Soto de Roma y del estado de Albalá, grande de España de primera clase.... caballero de la insigne órden del Toison de oro, gran cruz de Cárlos III. (la que este monarca habia creado para premiar *la virtud y el mérito*....) primer secretario de Estado y del Despacho, secretario de la Reina, superintendente general de correos y caminos, protector de la Real Academia de Nobles Artes.... capitan general de los reales ejércitos, inspector y sargento mayor del real cuerpo de guardias de Corps.... y otros muchos títulos menos importantes que hemos omitido. Á poco tiempo se casó con una prima hermana del rey. Despues fué generalísimo y gran almirante con tratamiento de Alteza. Faltábale una corona, y no anduvo lejos de ceñírsela, que á tal equivalia la partija que se le adjudicaba en la distribucion de Portugal. Fué el valimiento mas

monstruoso de los tiempos modernos, y acaso en duracion no tenga ejemplar en los antiguos. Por lo menos tuvo la singularidad de ser indisoluble el afecto entre los reyes y el privado, de avivarse en la desgracia cuando se veian destronados los unos y perseguido el otro, y de deshacer solo la muerte el vínculo de toda la vida.

Al paso que el favorito acumulaba riquezas inmensas y honores desusados, crecia el ódio del pueblo hácia él, que siempre la odiosidad popular carga mas sobre la flaqueza del que acepta y recibe inmerecidos dones que sobre la fragilidad de quien los dispensa y otorga, acaso por la costumbre de considerar al dispensador abroquelado en la inviolabilidad de la ley, y al aceptante escudado solo con el favor, y por consecuencia mas vulnerable. Ello es que marchaban á la par el amor de los monarcas y el enojo del pueblo. Era Godoy como una medalla que representaba el bien y el mal, y á la cual los reyes miraban siempre por el anverso, el pueblo por el reverso siempre.

Pero aparte de lo odioso del encumbramiento, de la opulencia y de la privanza, ¿era el príncipe de la Paz el causador de todas las calamidades públicas? ¿Era como hombre de estado tan de corazon avieso, tan de intencion torcida, de tan profunda ignorancia como le pregonaba entonces el pueblo y le ha dibujado despues la historia? ¿Se ha considerado para calificar sus transacciones diplomáticas la índole y calidad de los negociadores con quienes las habia? ¿Pudieron el clero, la inquisicion y las órdenes religiosas, cuya reformacion habia comenzado y amenazaba llevar á mas lejano término, contribuir á acrecentar el desabrimiento hácia el privado haciéndole estensivo al ministro? ¿Será cierto que soñó en un cambio de dinastía? Este hombre, á quien la fortuna se mostró locamente risueña por espacio de veinte años para darle despues cuarenta de ostracismo, en quien las plumas de los historiadores se han clavado como dardos que se arrojan á un cuerpo que se asaetéa sin pecar, ha hablado á su vez en propia vindicacion. Y aunque para nosotros las oraciones *pro domo sua* no justifiquen ni los desvanecimientos del hombre ni las faltas del gobernante, no dejan sus Memorias de derramar luz sobre muchos de los dramas de aquel tiempo, ó con tupído velo cubiertos, ó solo por un lado hasta aho-

ra presentados. Los juzgarémos en nuestra obra con el desapasionamiento de quien los mira solo por el prisma de la severidad histórica.

Pocos monarcas habrán sido saludados por sus pueblos con mas entusiasmo que lo fué Fernando VII. El dia de su entrada en Madrid despues de la abdicacion de Aranjuez, el regocijo público no tenia límites. Era la embriaguez del gozo. Aquellas lágrimas de júbilo iban á convertirse pronto en lágrimas de sangre.

Comienza una larga cadena de reales miserias y de traiciones imperiales. Ruboriza leer las cartas de Cárlos, de María Luisa y de la reina de Etruria al gran duque de Berg, intercediendo por el pobre *Príncipe de la Paz*. Lastiman el alma las de Cárlos y Fernando á Napoleon. Son dos litigantes que le buscan humildes por árbitro de su pleito. El árbitro no pronuncia. La España angustiada y congojosa despues de los primeros trasportes de alegría espera que salga una palabra de los lábios del emperador para saber á quién piensa dar el derecho de reinar, si al padre ó al hijo. Napoleon en Bayona se asemejaba á esas serpientes que atraen con su hálito á los inocentes pajaritos para devorarlos. Reyes, príncipes, favorito, todos van donde el emperador los llama. Allí los dioses menores de España se prosternan ante el Júpiter del Olimpo europeo. A una palabra suya el hijo devuelve humildemente al padre lo que antes el padre habia cedido con poca voluntad al hijo, y ambos se desprenden del cetro de dos mundos para ponerle á los pies del señor de los reyes. Pero Napoleon es tan generoso que renuncia para sí el trono de España, y en uso de su omnipotencia le trasfiere á su hermano José, el rey de las Dos Sicilias. Le dá el ascenso que habia meditado en la carrera de los tronos de su invencion. Abochornan las escenas de Bayona, y cuesta trabajo concebir tanta perfidia en uno, tanta debilidad y tanta degradacion en otros.

Por fortuna el pueblo tuvo mas firmeza y mas dignidad que sus príncipes. Y esta nacion, sin reyes, sin hacienda, sin marina, casi sin ejército, pues toda la herencia de Cárlos III. se habia ido disipando, se levanta imponente á proveerse á sí misma, á sacudir la coyunda que alevosamente se intentaba ponerle. Apuróse su pa-

ciencia; y resucitó el antiguo genio ibero con sus impetuosos arranques. Dióse el primer grito en Madrid el 2 de mayo, uno de los dias mas infaustos y mas felices que cuentan los fastos españoles. Al ruido de aquel primer sacudimiento despertó el viejo leon de Castilla, de muchos años aletargado, y su rugido resonó en todo el ámbito de la Península, y á su eco fueron respondiendo una tras otra todas las provincias de la monarquía.

Dios permite á los hombres obcecarse para perderse, cuando traspasan su mision sobre la tierra, y no habia trazado su dedo la geografía del continente europeo para que todas sus regiones obedecieran á un hombre solo.

Vínole bien al pueblo español el ser acometido con felonía, porque solo así pudo revivir con todo su rudo desenfado su independiente altivez. Si la empresa hubiera sido conducida con mas cordura por parte de Napoleon, tal vez hubiera sido coronada con otro éxito. Pero fué conveniente recibir un grande ultraje para que fuese terrible el escarmiento, y que el gran político cometiera el mayor de sus yerros al tratar de sojuzgar la España, para que se estrellára en esta tierra escepcional, de antiguo destinada á gastar la vitalidad de los grandes conquistadores.

Jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni mas unánime ni mas imponente. Si alguna vez ha sido exacta la frase de que una nacion se levanta *como un solo hombre*, lo fué en esta insurreccion gloriosa. Un solo sentimiento movia como agente eléctrico todos los corazones. El movimiento, anárquico al nacer, se regulariza luego. Juntas locales de gobierno; junta central. Es la nacion que se gobierna á sí misma; es el reinado de la nacion. Se improvisan ejércitos, se organizan. Es la nacion que se defiende; es la nacion que se sacude. La lucha está abierta. Inglaterra, esa adversaria antigua de la España, cuya enemistad nos habia sido tan funesta en los mares, se convierte en aliada íntima, y viene á luchar tambien en nuestro suelo, porque le conviene tomar parte en toda pelea que tenga por objeto derrocar al coloso de la Francia. Portugal se alienta, y se levanta tambien. En cambio Napoleon hace trasportar á la Península el grande ejército de Alemania, desguarneciendo aquellos paises. Vienen gentes de todas regiones.

Hasta á los valientes polacos los trae á sellar con su sangre su renombrado ardor bélico bajo el cielo puro de Castilla. Estraño trasiego de naciones. Los ejércitos de las tres cuartas partes de Europa concurren á combatir á un pueblo pobre, pero heróico.

No se descorazonan los españoles en lid tan desigual. De las grandes ciudades, de las aldeas, de las cabañas, de los campos, de las escuelas y de los talleres, sale espontáneamente la juventud á engrosar las filas de los defensores de la patria: y cambiando el arado, el escoplo ó el libro de texto, por la carabina, el fusil ó la espada, corren voluntarios á la pelea, ó individualmente, ó en grupos, ó en cuerpos ya regimentados. Los sacerdotes predicaban la guerra en el púlpito, y empuñaban despues el acero con propia mano; se desnudan de la estola, y embridan el caballo de batalla, acaudillan cuerpos armados, como en los siglos de la guerra con los musulmanes. Hasta las piedras parecia convertirse en combatientes, como de otros tiempos fingió la fábula.

La Europa atenta supo con admiracion que los triunfadores de Jena habian rendido sus espadas en Bailen, y que las legiones del vencedor habian dejado de ser invencibles en batalla campal. Los sitios de Zaragoza y Gerona anunciaron á los nuevos romanos que se hallaban en la tierra de Sagunto y de Numancia. Los nombres de aquellas dos heróicas poblaciones, tiempos y años andando, han sido invocados como tipos de heroismo en cualquier region del globo en que se ha querido excitar el ardor bélico y el entusiasmo patrio con memorias de alto ejemplo. Mientras tales lecciones daban las tropas regladas y los moradores de las ciudades, plagábanse los campos de *guerrilleros*, de esos soldados sin escuela, modernos Viriatos, de que tan fecundo dijimos ya en otra parte que ha sido siempre el suelo español: los cuales con rápidas y atrevidas maniobras, ingeniosas revueltas ó inesperados ataques, diezmaban pequeños cuerpos enemigos, ó embarazaban el paso á gruesas columnas, ó sorprendian convoyes, y con mil géneros de menudas hostilidades desesperaban á los famosos generales del imperio, que no hallaban medio de librarse de tan importunos acometedores, ni de evitar los descalabros y desperfectos que con tan singular estrategia les ocasionaban. ¡Desgraciado y sin ventura entretanto el

francés que por cualquier incidente se encontrára, en poblado ó en desierto, aislado y separado de su columna! ¡Cuántos sacrificó asi el furor popular! El paisanage, que en su ruda lógica no veia en el soldado francés sino al guerrero de la nacion enemiga, lejos de inquietarle la idea de que perpetrase un acto de bárbara inhumanidad, persuadíase de que ejecutaba una accion meritoria á los ojos de la patria, y aun á los ojos de Dios. Era el fanatismo religioso unido al sentimiento de la nacionalidad; y á un pueblo que obra á impulso de estas dos ideas no hay armas que le venzan ni ejércitos que basten á domeñarle.

Vióse Napoleon precisado á venir en persona á reanimar la guerra y á dar aliento á los suyos; y sin dificultad grande, que no podian oponerla unas débiles tapias, se apodera de la capital, donde queda su hermano José haciendo funciones de rey de España. No importa. Tambien el archiduque Cárlos de Austria en los tiempos del primer Felipe de Borbon se hizo aclamar rey de España en Madrid. Pero Madrid deja de ser la capital de la monarquía española desde el momento que la ocupa un usurpador, y no es sino un pueblo mas de que se ha apoderado el enemigo. La capital de los españoles está alli donde se encuentra su legítimo gobierno. Fuerza es no obstante confesar que la presencia y los triunfos del emperador llegaron á poner á España en situacion harto apurada y angustiosa.

De repente esta situacion se trueca y cambia. El emperador retrocede de improviso del corazon de la Vieja Castilla, donde se habia internado. Corre, avanza, vuela, quiere devorar las distancias, desaparece. Sigue en pos de él el grande ejército. ¿Dónde va? ¿Quién le llama? ¿Qué le impulsa? A los pocos dias de hallarse en Astorga penetraba dentro de los muros de Viena. Con razon habia escogido por empresa el águila quien la igualaba en rapidez.

Era que la voz de la Junta Central de España habia resonado en apartadas regiones, y el Austria oyendo su llamamiento habia vuelto á declarar la guerra á Napoleon. Otra vez vence alli. Cada jornada suya señala un triunfo. Pero España ha enseñado al mundo á resistir; su ejemplo ha sido contagioso; y Napoleon que derrota ejércitos, encuentra por primera vez una resistencia fatigosa

en las masas del pueblo aleman que han aprendido de los españoles á insurreccionarse, y las condiciones de la paz de Viena fueron ya menos duras que las de los tratados anteriores. Napoleon se desvanecia allá con sus nuevas glorias, mientras acá las iban marchitando sus ejércitos enflaquecidos y menguados.

En medio del incesante afan de la pelea, y del ruido y estruendo de los combates, España ofrecia á los ojos del mundo otro espectáculo no menos grandioso y sublime, de distinta índole y naturaleza. Los hombres ilustrados del pais, aprovechando el gran movimiento popular para regenerar políticamente la España, habian acordado dotarla de instituciones análogas á los progresos de la civilizacion y á las ideas del siglo. Y cuando en Francia habian pasado los sangrientos ensayos de la revolucion, entonces se erigió en este estremo de Europa y en su punta mas occidental una tribuna, la única en todo el continente, en que hombres esclarecidos y vigorosos levantaban arrogantes su voz, y labraban el edificio de la libertad española. Era un cuadro magnífico y grandioso el de las Córtes de Cádiz, deliberando impávidas bajo el estruendo del cañon y al fulgor de las bombas enemigas. Alli, encerrados los representantes de dos mundos en una isla azotada por las olas de dos mares y circundada de mortíferas baterías, libertaban de sus trabas el pensamiento, proclamaban la libertad de la imprenta, abolian la Inquisicion, y elaboraban el código político que habia de ser la ley fundamental de la monarquía: aquella Constitucion que tantas vicisitudes estaba destinada á sufrir en el corto espacio de un cuarto de siglo, y que refundida después, habia de dar nacimiento á la que recientemente ha regido y á la que de presente rige el estado. Obra de legislacion no exenta ni de imperfecciones ni de dificultades de aplicacion, pero libro venerable, como símbolo glorioso de desinteresado y heróico patriotismo, como la primera bandera de libertad que se enarboló en la España moderna.

Durante esta guerra nacional, Fernando continuaba siendo objeto de amor idolátrico para los españoles. Por él no habia ni padecimientos que arredráran, ni sacrificios que dolieran, ni tesoros ni sangre que se economizára. A pesar de sus renuncias bochornosas, la Central, la Regencia, las Córtes, todos obraban á nombre del

rey, todos deliberaban como poderes delegados del rey. El pueblo le conservaba la magestad de que él se habia desposeido; la nacion le guardaba la corona de que él se habia desnudado. Disculpábale débil en Bayona, y absolvíale cautivo en Valencey. Era un rey que se desprendia de su reino, y un reino que no queria desprenderse de su rey. Fernando VII. era rey de España y de las Indias á pesar suyo. Él felicitaba á Napoleon por sus triunfos, y el pueblo se ofrecia en holocausto por él. Él importunaba al emperador con el tema perpétuo de que le otorgára una princesa de su imperial familia para esposa, y la nacion se afanaba por entregarle al regreso de su cautividad un reino grande, íntegro, regido por leyes mas justas, y por instituciones mas sábias que las que él habia dejado.

Ni todas fueron derrotas para el enemigo en estos seis años de porfiada lucha, ni todos fueron triunfos para las armas españolas. Vióse, por el contrario, mas de una vez la España á punto de ser ahogada bajo el peso de aquellas infinitas masas de guerreros de casi todas las naciones europeas, de aquellas cohortes innumerables, conducidas por los mas expertos generales del imperio, que del otro lado del Pirineo de tiempo en tiempo desembocaban, en reemplazo de las que iban quedando sepultadas en este suelo, y que parecia brotar de un fondo inagotable como las olas del grande Occéano. Pero jamás desmayó el denuedo español. Ni el número de los enemigos le imponia, ni le desalentaban los reveses, ni los peligros le arredraban, ni nada en ningun momento le hizo desfallecer. Crecia con los infortunios el esfuerzo, con los contratiempos la audacia, con los conflictos la fortaleza, la intrepidez con los apuros, con las contrariedades el valor. «No importa,» decia á todo. Y se entregaba á arranques impetuosos, se multiplicaban las acciones heróicas, menudeaban las hazañas, y la victoria se iba declarando por la causa de la justicia y por los animosos de corazon. Era el genio indomable de la resistencia, que venia heredado de los antiguos celtiberos; era aquella perseverancia infatigable, que desesperó á los romanos, que acabó con los sarracenos, y de la cual no sufria la altivez española que triunfáran los franceses. Hallóse pues Napoleon con los descendientes de los que habian peleado con Anibal, con César y con Almanzor; y el vencedor de las

Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jeua y de Friedland, se encontró con los hijos de los que habian vencido en Covadonga, en Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada.

De caida iba ya en España el poder de Napoleon, cuando á la estremidad opuesta de Europa se oyó resonar otro grito de guerra. Era el eco de España que respondia tambien en Rusia. Allá acude el mayor capitan que han producido los siglos modernos, al frente del mas formidable ejército que han visto los siglos modernos tambien. Austria, Prusia, Dinamarca, Nápoles, la Italia entera, le han suministrado contingentes, y ha hecho una siega en la juventud de la Francia. Allá van las viejas bandas del imperio, que otra vez ha sacado de Castilla para trasplantarlas desde el abrasado clima del mediodía á las heladas regiones del septentrion. Cuatro veces en tres años han atravesado la Francia esos veteranos imperiales, cruzando los Alpes ó franqueando los Pirineos, teniendo que acudir alternativamente del Tajo al Rhin y del Rhin al Tajo, alli donde una necesidad mas imperiosa los llamaba. En su lugar tiernos reclutas, arrancados prematuramente á los brazos de sus madres, vienen á entretener á los cañones y bayonetas de España y á servirles de cebo, mientras él da cima á la gigantesca empresa que le llama al otro estremo del continente.

La Europa central avanza armada hácia el Norte á la voz de un hombre solo. Napoleon penetra con asombro del mundo hasta el corazon del imperio moscovita..... Dios permitió que el gigante que se lisonjeaba de abarcar á un tiempo con sus brazos las dos mas opuestas naciones del continente europeo, cometiera al querer conquistarlas los dos mas graves yerros de su vida..... Medio millon de hombres quedó sepultado bajo las nieves de Rusia; medio millon de hombres halló su sepulcro bajo la luciente bóveda del cielo español. Alli lo hicieron los elementos; aqui lo hicieron los hombres. Alli el hielo del clima; aqui el ardor de los corazones. Los rusos buscaron por aliado el invierno, y esperaron á que el cielo se declarára contra el hombre de la tierra; los españoles pelearon cuerpo á cuerpo con los soldados de Bonaparte, y los vencieron en buena lid.

En la mañana en que se dió la famosa batalla de Mojaisk, en

que jugaron ochocientas piezas de artillería, recibió Napoleon noticias de España, y la dió por perdida. Y cuando despues del desastre de Moscow se coligó contra él toda la Europa; cuando los ejércitos de la confederacion amenazaban á su vez invadir la Francia; cuando todavía los restos de las columnas imperiales disputaban á los aliados el paso del Rhin, ya las tropas anglo-españolas habian franqueado el Bidasoa y perseguian á los franceses dentro de su propio territorio. Salvóse pues la España antes que la Europa. Cúpole la gloria de la iniciativa en la caida del gran coloso. Fué la primera en vencer á Napoleon.

Faltábale rescatar al real prisionero de Valencey, á su amado, á su idolatrado Fernando. Napoleon al eclipsarse su estrella se decide á reconocer á Fernando rey de España. Celebra primeramente con él un tratado de paz y amistad, y declara luego rey libre al que hacía seis años era príncipe cautivo. Fernando el *Deseado* pisa al fin el territorio español.

Gran regocijo para España, que vuelve á ver su ídolo, que tiene ya en su seno al objeto de sus sacrificios y de sus votos. Resuenan por todas partes cantos de júbilo. Las Córtes acuerdan erigir á orillas del Fluviá un monumento que señale á la posteridad el dia fausto en que volvió Fernando á los brazos de sus leales españoles. Una comision de diputados sale á felicitarle al camino á nombre de la representacion nacional. El rey esquiva recibirla. ¿Qué significa este desdeñoso desaire? Nótase irse formando un negro nublado en el horizonte de esta nacion ébria de gozo. ¿De qué proceden y qué auguran esos síntomas fatídicos en la ocasion en que todos los corazones debieran rebosar de entusiasmo?

Pronto se aclara el misterio. Numerosas prisiones se están ejecutando en la capital de la monarquía. Llénanse las cárceles públicas: muchos desgraciados van á poblar hediondos y fétidos calabozos ¿Quiénes son estos desventurados? ¿Son criminales á quienes no puede alcanzar la real clemencia ni aun en dias de espansion y de olvido? ¿Son por ventura los que hayan tenido la desgracia de ser traidores á la causa nacional? No: son ilustres miembros de la regencia, son los ministros constitucionales, son los mas esclarecidos diputados de las Córtes, son los mas distinguidos

hombres de letras, son la flor y la gloria de España. ¿Quién ha ordenado la prision de estos varones eminentes, que tanto se han afanado por entregar á su rey una nacion grande, respetada, independiente y libre? Es Fernando VII. rey absoluto de España, que tal se ha declarado á sí mismo. Publícase el famoso y tristemente célebre Manifiesto de 4 de mayo. Aquellas Córtes y aquella Constitucion que los soberanos de Rusia, Suecia y Prusia habian reconocido solemnemente por legítimas, las declara el rey de España *nulas y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo.*

El 13 de mayo de 1814 hace Fernando su entrada pública en Madrid por en medio de arcos de triunfo. La parte fanática del pueblo le victoréa con frenesí; sollozos y lágrimas vertian las familias de hombres ilustres que gemian en calabozos

«*Aborrezco y detesto el despotismo*, habia dicho Fernando en aquel Manifiesto célebre: *ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado.*» Tras estas bellas palabras empeñaba la suya de gobernar con Córtes *legítimamente congregadas*, conforme á los antíguos y buenos usos del reino. Pero añadió á la ingratitud el engañó: y el que aborrecia y detestaba el despotismo, hizo enarbolar de nuevo el negro pendon inquisitorial abatido en Cádiz, y lanzó á los mas ilustrados españoles á los presidios y á las áridas rocas de África. Tal fué el fruto que recogió la España de su gigantesco esfuerzo.

XVIII.

Triunfante la monarquía absoluta, pero difundidas las ideas de libertad, perseguidos, pero no desalentados los constitucionales; empeñada y no cumplida una real palabra; llorando unos la destruccion de lo pasado, y satisfechos otros con lo presente; empobrecida la nacion con las profusiones antiguas y con los recientes dispendios de una guerra de seis años; apurado el público tesoro, y encomendada la administracion á manos inhábiles; insurreccionadas las colonias de América, y privada de sus recursos la metrópoli; disgustados muchos, exasperados algunos, contentos pocos, pásanse otros seis años del reinado de Fernando en sofocar conspiraciones y reprimir tentativas de los adictos al régimen constitucional.

Apeteciendo éstos un cambio en la organizacion del estado, volvian naturalmente sus ojos al código de 1812, única bandera de libertad que entonces se conocia. No se pensaba en sus imperfecciones, ni en si era el mas acomodado y aplicable á la situacion de España; y dado que se pensára en ello, olvidáronlo todo en gracia de simbolizar una época de glorias y de patriotismo mal correspondido. Este código era el que se invocaba siempre. Contestaba el monarca con cadalsos y con calabozos. Allí fueron á terminar una tras otra todas las tentativas.

Una insurreccion militar proclamó otra vez aquella misma constitucion, allá cerca de Cádiz, donde habia nacido. Esta vez no pudo reprimirse el movimiento. Las ideas habian cundido, y las grandes poblaciones se levantaron en apoyo de la revolucion militar. La capital de la monarquía siguió el mismo impulso, y Fernando juró aquella misma constitucion que seis años antes habia tan rudamente anatematizado. Hasta qué punto marcháran acordes en este juramento el corazon y los labios, la letra y el espíritu, la real

conciencia y la real palabra, el juicio público lo caló pronto, y los sucesos lo mostraron despues mas claro.

Breve y efímero, agitado y proceloso fué este segundo período de gobierno constitucional. Todo conspiraba contra su afianzamiento. Las Córtes agriaron al clero y la nobleza, lastimando sus intereses y añejos privilegios con la ley sobre vinculaciones y la venta de los bienes monacales. El partido vencedor, embriagado con el gozo de haber pasado de los calabozos á las sillas del poder, de la roca Tarpeya al Capitolio, no supo contener el entusiasmo dentro de sus justos límites, y muchos se entregaron á ruidosas demostraciones y alharacas, y se propasaban á desacatos y desmanes que provocaban las iras de los vencidos, ofendian altos poderes, y predisponian á la venganza. Por su parte los realistas, ó llevados del fanatismo, ó instigados por las clases privilegiadas, comenzaron pronto á inquietar las provincias promoviendo la guerra civil, primero en pequeñas partidas armadas, en gruesas masas después, y conspirando siempre daban ocasion á medidas violentas por parte del gobierno y de las autoridades, ó á demostraciones mas violentas aún por la del partido dominante. Las exageraciones de las sociedades patrióticas alarmaban á los tímidos y desabrian mas á los descontentos. Las sociedades secretas introducian el cisma entre los mismos amigos de la libertad. El gobierno estaba muchas veces en desacuerdo con las Córtes, á veces lo estaba con el trono mismo, y faltaba un poder moderador entre la corona y el elemento popular. Todo conspiraba; y acaso no era el menor de los conspiradores el rey mismo, que si no lo fué desde el instante de jurar la Constitucion, por lo menos no le cogian de sorpresa ni las maquinaciones de dentro ni los designios de fuera.

No podia la Santa Alianza, en su vivísimo celo por el principio de la omnipotencia monárquica, consentir en España el triunfo de una revolucion que se habian apresurado á imitar Nápoles, el Piamonte y Portugal; y aunque la anarquía interior no hubiera dado tanto pretesto á la intervencion de las grandes potencias, creemos que de todos modos se hubiera resuelto en el congreso de Verona apagar un fuego que miraban como peligroso. ¿Se habria desarrugado el ceño de aquellos soberanos si el gobierno constitucional de

España se hubiese prestado á las modificaciones que le proponian? ¿Se hubiera parado el rudo golpe si la contestacion del gabinete español á las notas de los aliados hubiera sido menos altiva ó menos adusta? La fogosidad de los ministros españoles no consintió esta prueba, y cien mil bayonetas vinieron á responder al arrogante reto.

Sucumbió, pues, por segunda vez la libertad en España en los mismos sitios que las dos veces le sirvieran de cuna. Pero en 1814 habia bastado á ahogarla un simple decreto del rey: en 1823 fué necesario el auxilio de los cien mil nietos de San Luis. ¡Destino poco feliz, y mision nada envidiable la de la Francia! Las armas de Napoleon habian venido á arrebatar á España su independencia; las armas de Luis XVIII. vinieron á arrancarle su libertad. Conducíanse del mismo modo con ella el poder de la revolucion y el poder de la legitimidad. Las águilas y las lises le eran igualmente funestas.

No aplaudiremos nosotros los descomedimientos é irreverencias que en la fogosidad de las pasiones se permitieron algunos para con la magestad; pero tampoco hallamos modo de justificar ó la inconsecuencia ó la doblez del monarca en los últimos episodios de este drama de tres años. El prisionero de Cádiz no desmintió al prisionero de Valencey. Su proclama de 1.° de agosto en la ciudad española rebosaba el mas encendido liberalismo, como los escritos de su pluma en la ciudad francesa le revelaban el bonapartista mas apasionado. El 30 de setiembre ofrecia á los constitucionales todas las garantías apetecibles: el 1.° de octubre se proclamó otra vez rey absoluto, y anuló de una plumada todos los actos del gobierno que espiraba y todas las promesas reales. El decreto del Puerto de Santa María anunció que Fernando VII. era el mismo hombre del decreto de Valencia, y el 4 de mayo de 1814 se reprodujo en 1.° de octubre de 1823 con augurios aun mas siniestros.

Porque la reaccion se ostentó implacable y espantosa. Habia mas resentimientos que vengar, y la gente fanática se mostró tan brutalmente rabiosa en sus venganzas, que Angulema y su ejército hubieron de avergonzarse de haber sido los instrumentos de una contrarevolucion tan bárbaramente desbordada. El mismo prínci-

pe generalísimo quiso templar aquel furor salvage dando por sí algunas garantías contra la arbitrariedad y los atropellos; pero clamaron contra tan humano pensamiento las nuevas autoridades españolas, y so pretesto de que usurpaba la soberanía del rey, ahogaron la única voz de compasion y de filantropía que se atrevía á levantarse en favor de los oprimidos. El iracundo fanatismo del 23 se sublevaba hasta contra la caridad estraña. Atestáronse los calabozos de presos ilustres, y se dió abundante tarea á los verdugos. Declaróse una guerra de esterminio contra la raza liberal, como contra una raza maldita. La expiacion alcanzaba á todo lo mas espigado de la sociedad. El mas feliz era el que lograba ganar una frontera, ó entregarse á la aventura á los mares. Parecia que la humanidad habia retrocedido veinte siglos.

Faltó al complemento de tan negro cuadro el restablecimiento de la Inquisicion, por última vez abolida en el gobierno de los tres años. Solicitábalo con instancia el partido apostólico: pedíanlo con ardiente fanatismo autoridades y corporaciones; pero merced á la Santa Alianza misma, merced principalmente á la Francia que declaró explícitamente no consentirlo, nunca el monarca se prestó á ello. Hubo no obstante dos prelados tan locamente fanáticos que tuvieron la audacia de restablecer el Santo Oficio en sus diócesis por propia autoridad. En Valencia llegó á ejecutarse un auto de fé. El gobierno no le habia autorizado, pero no lo castigó. A falta de inquisicion religiosa se discurrió una inquisicion política, y se inventó el sistema de las purificaciones, y se crearon comisiones militares, especie de inquisidores con galones y entorchados. Sometióse á purificacion hasta á las mugeres que tenian opcion á pensiones; los cómicos necesitaban purificarse para poder ejercer su profesion, y los lidiadores de toros tenian que acreditar plenamente no estar infectados de la lepra del liberalismo si habian de ser habilitados para el ejercicio público del arte. En los registros secretos de la policía se hallaba anotada una miserable muger septuagenaria, hija y esposa de labradores, que no sabia leer ni escribir, y que habia sido calificada con la nota de: «muger de mucha influencia por su fortuna; adicta al sistema constitucional; masona, patriota exaltada sin comparacion.» No ha

muchos años se conservaba archivado este singular proceso. Y en la Gaceta de Madrid de 30 de octubre de 1824 se publicaba la sentencia siguiente:

«Francisco de la Torre, de estado casado, de edad de cincuen«ta y cinco años, natural de Córdoba y vecino de esta córte, de «oficio zapatero, Justo Damian, Joaquin del Canto, María de la So«ledad Mancera, Dolores de la Torre, Ramon Fernandez, Antonio «Fernandez, Francisco Susanaga, Roque Mirar (prófugo), Juan de «la Torre, y María del Cármen de la Torre: resultando estos pro«cesados hallarse confesos y convictos del delito de tener en su «casa colgado á la vista el retrato del rebelde Riego, y conservado «el *nefando folleto* de la Constitucion: vista la causa en 24 de se«tiembre último, ha sido condenado el Francisco á llevar pendien«te del cuello el retrato hasta la plazuela de la Cebada de esta «córte, para que presencie la quema pública del mismo retrato «por mano del verdugo, y que ademas sufra la pena de diez años «de presidio con retencion: que la María Soledad Mancera, su mu«ger, en consideracion á su sexo y á la culpa que resulta contra «ella en la conservacion del retrato del mismo Riego, y á la irre«ligiosidad que usó con una estampa de la Vírgen nuestra Señora, «sufra asimismo la de diez años de galera........» ¿Qué falta hacia la inquisicion religiosa donde la inquisicion política se encargaba de resucitar los autos de fé, con sus procesiones, sus quemas en estampa y sus sanbenitos?

Ocurrian por este tiempo del otro lado de los mares sucesos de alta importancia, no mas prósperos, aunque de índole bien diferente. Nuestras colonias de América llevaban á cabo su emancipacion de la metrópoli, y España perdia un mundo entero al mismo tiempo que su libertad: ésta para volver un dia á recobrarla; aquél para no volver á poseerle.

Aun no contentaba el despotismo reaccionario que siguió á la restauracion del 23 al partido llamado apostólico, que no perdonaba á Fernando el crímen de no haber restablecido la Inquisicion; desazonábale el que hubiera intentado modificar la organizacion de los voluntarios realistas, y no pudo sufrir una sombra de amnistía que el monarca se vió obligado á dar á los liberales. Comenzó,

pues, el partido ultra-absolutista á conspirar contra el rey absoluto, encubiertamente primero, y á las claras despues. Á su vez los emigrados liberales, con mas patriotismo que elementos, y con mas ardor que prudencia, se lanzaban á tentativas temerarias y á arrojadas empresas para restablecer el gobierno constitucional. Prematuros planes, y como tales malogrados, que no producian otro fruto que dejar manchadas las playas y fronteras del reino con la sangre de aquellos acalorados patriotas, empeorar la suerte, ya harto desventurada, de sus amigos políticos, y hacer mas osado y frenético al partido realista exagerado.

Con mas elementos contaba éste cuando promovió la insurreccion de Cataluña, que se presentó imponente, terrible y audaz, como que la dirigia el *Angel exterminador*, advocacion la mas adecuada al sistema de esterminio que constituia la base de la sociedad secreta que se engalanaba con aquel título. El clero predicaba en público de real órden contra la insurreccion con patente tibieza; de secreto, aunque no con gran rebozo, atizaba fogosamente el furor de las bandas de la fé. Invocábanse ya abiertamente dos nombres que no eran ni Fernando ni absolutismo. Estos nombres eran Inquisicion y Cárlos. En aquel tribunal y en este príncipe veian ellos la encarnacion viva de su partido.

La presencia del monarca en el teatro de la rebelion desconcertó á los rebeldes, y apagó un fuego que amenazaba devorar el trono. Los gefes de los insurrectos, despues de admitidos á besar la real mano, eran llevados al patíbulo cuando menos lo esperaban. Los proclamadores de la Inquisicion sucumbian inquisitorialmente. Solo se sabía el número de víctimas por el número de cañonazos, y por las veces que se veia ondear un pendon negro sobre el torreon de una ciudadela. Lo demas lo sabía el conde de España, especie de Torquemada militar del siglo XIX.

Tampoco desistian de sus tentativas los emigrados liberales. Todos eran tenaces, y todos pagaban cara su impaciencia. Las playas de Málaga y las crestas del Pirineo volvieron á enrojecerse con la sangre de ilustres víctimas. Torrijos fué el mas compadecido de los mártires, porque fué el mas impíamente engañado. Poco menos lo fué Mina, y poco le faltó para que las simpatías francesas de la

revolucion de julio le lleváran á un fin tan trágico como el de su generoso compañero.

Asi procuraba Fernando, como observa un escritor contemporáneo, sostener entre opuestos partidos una balanza sangrienta, en cuyos platos echaba cabezas para equilibrarla el conde de España. Conspiradores de ambos bandos eran ejecutados con una impasibilidad igualmente fria. En el hecho de atentar contra su poder dábale lo mismo que vistieran el gorro frigio ó el benete teocrático; y lo mismo eran sacrificados Riego, el Empecinado, Manzanares y Torrijos, que Bessieres, Busols, Ballester y el *Padre Puñal*. Propia conducta de quien tenia en el ministerio á Zea y Colomarde para que mútuamente se espiáran, de quien oponia á los Erro, los Eguía y los Aymerich, furiosos atizadores del despotismo, los Ofalia, los Ballesteros y los Zambrano, ó moderados ó tolerantes con los reformadores, que encargaba á Ugarte y Larrazabal que los vigiláran á todos cuidadosamente, y que sonriendo alternativamente á unos y á otros, se escudaba con todos y no obedecia á ninguno.

Es un período horrible de nuestra historia el de estos veinte años. Pero el movimiento progresivo de la razon humana tenia que salir victorioso de esta lucha sangrienta, y la Providencia lo dispuso asi por una série de combinaciones inesperadas, de aquellas que suele poner en juego cuando determina cambiar la condicion de un pueblo.

La obra de la regeneracion española que los hombres habian por tantos años contrariado y detenido, encomendósela á la belleza de una muger y á la inocencia de una niña. El monarca á quien no habian conmovido las terribles escenas de tantas revoluciones, y á quien los sacrificios de tantos millares de hombres no habian ablandado, no pudo resistir á los encantos de una esposa cariñosa y tierna, que vino á reanimar su existencia achacosa, y á halagar con la esperanza de la paternidad á quien en los dias de su robustez y juventud no habia podido lograr fruto de sucesion de otras tres princesas con quienes sucesivamente habia compartido el tálamo y el trono. Gran inquietud y zozobra causó este cuarto consorcio al partido apostólico, que contaba con la seguridad de ver

pronto colocada la corona de Castilla en el hermano mayor del rey por falta de sucesion directa: gran manantial de esperanzas para el partido liberal, que instintivamente las cifraba todas en la jóven princesa de Nápoles, y que se aumentaron y avivaron al saber que ofrecia síntomas de próxima maternidad.

El doble amor de esposo y de padre hizo á Fernando prever el caso del nacimiento de una princesa, y queriendo dejarle allanado el camino del trono, dió fuerza y sancion de ley á la pragmática sancion de Cárlos IV., que entonces era todavía un secreto, y al acuerdo de las Córtes de 1789, que derogaba el auto acordado de Felipe V. relativo á la sucesion de la corona. Cuando nació la princesa Isabel, encontró ya garantidos por la ley sus derechos al trono. El nacimiento de otra princesa á poco mas de un año, acabó de aumentar el desconcierto y la desesperacion del partido que ya se denominaba carlista, y que á pesar de todo ni reconocia el derecho ni cejaba en sus designios. Agraváronse los males del rey. La enfermedad tomó un carácter alarmante que hacia desesperar de su vida. Estos fueron los momentos que escogieron los hombres que blasonaban de religiosos para arrancar al moribundo monarca la resolucion que apetecian.

En una alcoba del palacio de la Granja se iban á resolver los destinos futuros de una gran nacion. Iba á decidirse la lucha entre el progreso de la razon humana y el retroceso de las ideas, entre la civilizacion y el fanatismo, entre la legitimidad y la usurpacion, entre la inocencia y la hipocresía. Ciérnense y se agitan en torno al lecho del dolor en que yacia Fernando intrigas y amaños semejantes á los que rodearon el lecho mortuorio de Cárlos II. Des igual era la lucha, interesante y patético el drama, tierna y horrible á un tiempo la escena. De una parte hombres osados, avezados á los manejos, ayudados de un estrangero audaz y de los directores de la conciencia de un monarca moribundo, cuyas facultades mentales turbaban ya las sombras de la muerte; de otra una esposa atribulada, fatigada por las vigilias, madre afligida y tierna, traspasado su corazon con el doble dardo de un esposo que va á fallecer y de dos inocentes hijas amenazadas de horfandad. Aquellos aterrando al augusto enfermo con las penas de otra vida, intimidan-

do á la desolada madre con siniestras predicciones sobre ella y sobre sus hijas, si no se apresuraban á revocar el acta que las llamaba al trono: el rey no pensando sino en morir con conciencia tranquila, la reina no queriendo acibarar los últimos momentos de su esposo.... ¿qué habian de hacer? Cristina consiente, Fernando traza con mano incierta y temblorosa sobre el documento que le presentan unos caractéres casi ilegibles que significan su asentimiento.... El triunfo del bando carlista parece consumado. Sobreviene al monarca un letargo profundo y parece haber dejado de existir, y Cárlos recibe las felicitaciones y plácemes de los palaciegos.

Pero la Providencia da un nuevo y sorprendente giro al interesante drama que parecia terminado. El rey vivia..... el que tantas veces habia burlado á los partidos políticos en vida, los engañó con la muerte. Aun da lugar á que otra princesa de ánimo varonil y resuelto acuda de larga distancia con la velocidad del rayo á realentar los abatidos espíritus de los régios esposos. A la aparicion de este personage, que parece revestido de un poder mágico é irresistible, tiemblan los mas atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menudas piezas por las manos de una muger. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía á su tierna esposa para que la rija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria á los liberales proscriptos, y con otra rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenian cerrados los templos del saber.

Fernando, recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve á empuñarle otra vez, y ratifica el acta de 1830. La tierna Isabel es jurada solemnemente princesa de Asturias y heredera del trono por las Córtes de la nacion. Cárlos protesta. Muere Fernando VII. en 1833..... Isabel es aclamada y reconocida por reina legítima de España. Comienza aqui una nueva era para la nacion.

XVIII.

Cuando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derrumbado el árbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, preciso es reconocer la intervencion de un poder superior que da á los agentes secundarios una fuerza de accion desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo habia ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. Él fué sin duda el que cuando la existencia del monarca parecia mas marchita le dotó de una sucesion que le habia negado en los dias de su mayor virilidad. Él quien permitió que el que tantas veces se habia retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractára una vez en favor de ellos *in articulo mortis*, subsanando asi en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vida. No es esto solo.

Hallábanse de un lado todos los elementos de fuerza, del otro solo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto á realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y dos niñas inocentes; la flaqueza de la edad, y la flaqueza del sexo. De un lado el apoyo de medio millon de bayonetas; del otro el arrimo presunto de un partido debilitado por los infortunios, diezmado por los patíbulos, no muy numeroso entonces de suyo, y diseminado por estraños climas. Y con todo esto dejáronse arrebatar el poder de entre las manos los poderosos y armados de los desarmados y débiles. Y el árbol añoso

y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, cayó derrumbado al suave soplo de una brisa ligera.

Al fallecimiento de Fernando, declaráronse abiertamente los partidarios del príncipe Cárlos contra los derechos de la hija del monarca, y estalló la guerra civil. La de 1833 venia á ser una continuacion de la de 1827. Aquellos innumerables voluntarios realistas, que cuando eran todopoderosos se habian dejado desarmar, en unas partes con escasa resistencia, en otras como flacas mugeres, fueron á engrosar las filas de la rebelion. Lo que no hicieron cuando eran cuerpos organizados, intentáronlo cuando eran solo individuos. Necesarios eran estos errores inconcebibles para que los que entonces eran todavía pocos triunfáran tiempo andando de los muchos. Agrupáronse á su vez los liberales en torno á la cuna de la hija de Fernando y en derredor de la bandera enarbolada ya por la viuda del rey. Cristina reclamó su auxilio y no podian negársele. Necesitábanse mútuamente, y hablaban en favor de esta union la gratitud, el deber, la hidalguía y la conveniencia. Era la causa de dos reinas, inocente y tierna la una, bella y jóven la otra. Era ademas la causa de las luces, de la civilizacion y de la libertad. Los enemigos de ellas habian abierto el combate, y la lucha fué aceptada.

Comprimido por dos sangrientas reacciones el gran principio de libertad que desde 1810 habia ido sobreviviendo á las persecuciones y los infortunios, pugnaba por dilatarse. La resistencia se anunciaba terrible. Era por lo tanto insostenible en tal situacion el sistema de inmovilidad y de *stato quo* que intentó plantear un ministro, poco conocedor de la ley natural del movimiento y de la resistencia. Quiso por medio de un Manifiesto célebre tranquilizar á los dos partidos, y descontentó y desazonó á todos. Procuró disfrazar el absolutismo bajo formas menos odiosas, y dándole un nombre mas bello que exacto; pero aun asi se le reconoció, y fueron repudiados el autor y el sistema.

Reemplazóle otro ministro con el Estatuto Real, término medio entre la libertad y el absolutismo, concepcion indefinible entre la ficcion y la realidad, y que pareció un parto raquítico á los amigos de las reformas, y una nueva quimera en el estado en que ya los

ánimos se encontraban. Proponiéndose su autor huir de las reminiscencias de la Constitucion francesa de 1791 que se advertian en el código de Cádiz, cayó en el estremo opuesto, como si hubiera tomado por modelo la carta otorgada de la restauracion, rasgada en las jornadas de julio. Sin cesar combatido el Estatuto desde su nacimiento, arrastró dos años de procelosa existencia, y cayó á impulsos de una revolucion movida por los mas fogosos liberales. Por tercera vez se aclamó la Constitucion de 1812.

Brusca y desacatada fué la manera como se obtuvo el asentimiento de la reina regente: deplorables los excesos que en aquellos dias de agitacion se cometieron: digna de toda alabanza la sensatez con que se procedió á la revision y modificacion de aquel código político, en cumplimiento de una condicion impuesta. Desempeñaron esta delicada mision las Córtes constituyentes con mas aplomo del que pudiera esperarse en época tan revuelta y enmarañada. Alzóse la Constitucion de 1837 como una bandera de concordia en derredor de la cual habian de agruparse las diferentes fracciones de los amigos del gobierno representativo. Mucho menos monárquica que el Estatuto, pero mucho menos democrática que la del año 12, consignábase en ella el principio de las dos cámaras, y dejando regular ensanche al elemento popular, se robustecia al mismo tiempo el poder de la corona. Fué entonces saludada con demostraciones de universal beneplácito, y nadie en aquellos momentos, por suspicaz que fuese, calculaba ni presumia, ni sospechaba siquiera que hubiera de alcanzar tan solo ocho años de vida, al cabo de los cuales habia de elaborarse otra Constitucion que reemplazára aquella, variando unos y conservando otros de sus principios fundamentales.

La guerra civil habia ido tomando colosales proporciones, y mientras la revolucion política gastaba con rapidez constituciones y ministerios, la rebelion carlista con no menor rapidez consumia los recursos del estado y gastaba los generales de mas reputacion y prestigio. Un militar de inteligencia y de genio, que por un desabrimiento personal habia pasado de las filas de la reina á las del príncipe pretendiente, habia organizado y reducido á pié de ejército las que en un principio habian sido masas irregulares y ban-

das indisciplinadas. La muerte de este genio estraordinario fué una gran pérdida para los insurrectos. Pero el impulso estaba dado, y era ya tal su pujanza que en mas de una ocasion obtuvieron ventajas sobre gruesos cuerpos del ejército nacional mandados por generales que pasaban por expertos y bravos. Mas no solian marchar en armonía la bravura y el acierto en los planes de campaña.

El tratado de la cuádruple alianza fué mas aparatoso que eficaz. La diplomacia pudo fácilmente eludir compromisos, interpretando del modo que mas le convenia las palabras de un texto que se prestaba maravillosamente á todas las versiones. Contentáronse las potencias signatarias con permitir que viniesen unas cortas legiones auxiliares á sueldo de España. Cuando se invocó su intervencion, no se creyeron obligadas á tanto, y se recibió un desaire. Se pedia socorro, y contestaban con simpatías. En la asamblea de una de las naciones aliadas se pronunció un *jamás* que apesadumbró á muchos, pero que se convirtió en honra de España cuando se vió la lucha llevada á feliz remate sin estrañas intervenciones. Cargos de deslealtad, ó por lo menos de doblez, hacía á algunas de ellas la prensa diaria, y no sabemos hasta qué punto las podrá absolver de ellos la historia.

Algo humanizó el tratado Elliot una guerra que habia comenzado con ruda ferocidad, no dándose cuartel los contendientes. Pero duró poco la templanza. Encrudeciéronse otra vez los partidos, y hombres de instintos dañinos, dueños accidentalmente de la fuerza, prevaliéndose de la turbacion de los tiempos, se abandonaban á actos de bárbara fiereza al abrigo de la impunidad. Estremecen todavía los recuerdos de tantos sacrificios horrorosos, y parécenos resonar aun en nuestros oidos los ayes de tantas víctimas inmoladas por aquellos modernos vándalos, afrenta de la humanidad y del siglo, y deshonor de la causa que los contaba por defensores. Ni por eso disculpamos las demasías y crueldades, y las represalias imprudentes ejercidas á su vez por algunos de los que peleaban por la causa de la libertad y del trono legítimo. La civilizacion condena y la humanidad repugna tales monstruosidades, cualquiera que sea el que las ejecute ú ordene. Y si algo puede,

á fuer de españoles, ya que no consolarnos, atenuar por lo menos la pena de tan ingratos recuerdos, es la consideracion de que en el corto período de convulsion política que posteriormente ha agitado la Europa, hemos visto á las naciones mas civilizadas ser teatro de mas execrables y repugnantes crímenes y en mayor número de los que mancharon el suelo español en siete años de mortífera y encarnizada pelea.

Naturalmente habian de abundar mas los desmanes y escesos de parte de los rebeldes, en cuyas filas, si bien militaban muchos hombres probos como generosos defensores de una causa que sus ideas y sus convicciones les representaban como la mas justa, se alistaba ademas y se recogia, como á un receptáculo siempre abierto, toda la gente aviesa, que ó mal hallada con la sujecion inherente al ejercicio de un arte mecánico ó de una profesion lentamente lucrativa, ó temerosa de los fallos de los tribunales, ó viciada con la vagancia, ó desesperada por la miseria, buscaba rápidos medros á favor del desórden y de la vida aventurera (tendencia que por desgracia ha distinguido siempre y parece innata á los hijos de nuestro suelo), y se arrimaba á una causa á cuya sombra tan fácil era cometer á mansalva despojos á que antes se daba otro nombre, y cuyos perpetradores se disfrazaban con dictados políticos, menos mal sonantes que los que en otro caso hubieran merecido.

Daba tambien á veces ocasion al descontento y alas á la insurreccion, ya la falta de un buen órden administrativo, llaga que parece incurable en España, ya algunas medidas ó impremeditadas ó incompetentes de gobierno, que sin crear nuevos intereses lastimaban derechos antiguos, y sin captarse adictos engendraban desafectos. Repetíanse las sublevaciones militares y las conmociones populares, provocadas unas, sin apariencia de justificacion otras. Á veces una insubordinacion militar inutilizaba ó contrariaba una providencia saludable de gobierno; á veces por el contrario, la conducta de los gobernantes excitaba, ó por lo menos suministraba pretesto al levantamiento de una ó mas ciudades, y se distraia la fuerza pública destinada á las operaciones de la guerra para emplearla en sofocar la sublevacion desguarneciendo

una linea de defensa. Á veces, mientras un general ganaba un importante triunfo sobre el enemigo, otro general se ponia á la cabeza de un motin; ó mientras los milicianos nacionales defendian heróicamente sus hogares y sus vidas y daban ejemplos sublimes de bizarría y resolucion en las poblaciones y en los campos, los gefes de los ejércitos se entretenian en promover un cambio de gabinete, ó empleábanse los representantes del pueblo en debatir personales cuestiones y en fútiles altercados.

Alentaban igualmente á los enemigos de la libertad las escisiones y desacuerdos que muy pronto comenzaron á dividir á los hombres de la comunion liberal, que empezando por desconvenirse en cuestiones abstractas de política ó en los medios de realizar las reformas, concluian por hostilizarse con encono, y parecia emplearse mas en destruirse á sí mismos que en inutilizar los esfuerzos del enemigo comun. Época de pasiones, como todas aquellas en que para regenerarse una sociedad pasa por un período de fermentacion.

Por fortuna para los liberales, bullían iguales ó parecidas discordias en el campo y en la córte carlista. La presencia del príncipe pretendiente en las provincias del Nórte, núcleo y foco principal de la rebelion, si bien habia alentado al pronto las masas, fáciles de fanatizar, sobre haberles servido de no poco embarazo y estorbo, teniendo que distraer fuerzas y recursos para atender á los gastos y á la proteccion de una córte ambulante y nómada, había llevado tras sí un manantial perenne de rivalidades y de intrigas entre sus adeptos, sirviendo ademas para poner en evidencia su nulidad á los ojos de los mas ilustrados de los suyos. Veian estos de mal ojo á su rey circundado siempre y supeditado por hombres fanáticos y por influencias monacales, y murmurábanle de ser él mismo mas cortado para monge que para monarca. Asi se fueron formando en aquella pequeña córte dos partidos que se miraban primero con desconfianza y desapego, despues con ojeriza, y que trabajaban mútuamente por desconceptuarse, suplantarse y destruirse. Á la cabeza del primero estaba el mismo príncipe, y componíanle los ultra-realistas, inquisitoriales y antiguos apostólicos: formaban el segundo los realistas mas templados y menos

fanáticos, los que hasta cierto punto transigian con las nuevas ideas, los mas propensos á la tolerancia.

Á pesar de todo, la insurreccion llegó á tomar un vuelo imponente; cundió por todas las provincias de la monarquía; dominaba en algunas; amenazó una vez y puso en alarma á la misma capital del reino; y no fueron pocos los que en mas de una ocasion concibieron sérios temores y pusieron en tela de duda el éxito final de la contienda.

Pero la causa de la inocencia y de la civilizacion, que milagrosamente se habia salvado en el alcázar de los reyes, no estaba destinada á sucumbir en los campos de batalla. Las ideas habian derramado ya demasiada luz para que la ilustracion pudiera ser vencida por las sombras del fanatismo.

Vióse declinar la causa carlista desde que se frustró la temeraria tentativa sobre Madrid. La superioridad que iban tomando las armas constitucionales hizo desarrollarse mas los gérmenes de division que pululaban en los campamentos y en derredor de la diminuta córte de Oñate. Conocieron los menos obcecados la inutilidad de sus esfuerzos por sostener una lucha, larga en duracion, costosa en sacrificios, estéril en resultados, y de cuyo término no tenian motivos para augurar favorablemente, y se formó un partido de gefes con tendencias á la paz y con disposiciones á aceptar una transaccion. Penetraban estas ideas en las masas y cundian en los pueblos. Participaba de ellas el que mandaba en gefe el ejército realista.

Las discordias crecen, los partidos se enconan, la escision estalla. Las sangrientas ejecuciones de Estella abren un abismo entre el desacordado príncipe y el osado caudillo de sus tropas, y entre los parciales de uno y otro. La pobreza de espíritu y las debilidades y contradicciones del príncipe con el audaz ejecutor de aquella tragedia terrible acaban de desconsiderarle con los suyos. Triunfa el caudillo del ejército realista, y desde este momento le es fácil entenderse con el general en gefe de los ejércitos constitucionales. Las negociaciones se activan; la idea de paz gana prosélitos en las filas de uno y otro campo; celébranse pláticas; entáblanse tratos; ventílanse condiciones; se repiten las entrevis-

tas; se ajusta el convenio; y el patético drama de la guerra civil termina con un desenlace tierno, noble y sublime en los campos de Vergara. Eran solo españoles los que se encontraban allí, españoles que se habian combatido enemigos y se abrazaban hermanos. Aquel abrazo afirmaba á una reina inocente y tierna en el trono de sus mayores que por espacio de seis años le habia sido encarnizadamente disputado, y decidia el triunfo de la civilizacion y de la libertad. Voces de júbilo y cantos de regocijo resonaron en todo el ámbito de la monarquía.

A poco tiempo cruzaba el Pretendiente la frontera del vecino reino, á devorar su amargura en el lugar que al gobierno de la Francia le plugo señalarle.

Inútil fué la pertinacia con que los mas tenaces defensores del carlismo intentaron prolongar todavía la guerra en algunas comarcas de la Península. El mas feroz de sus caudillos vióse igualmente forzado á buscar su salvacion con el resto de sus terribles bandas del otro lado de la frontera española. En 1840 no quedaba en el territorio de la Península un solo carlista armado.

Terminada la guerra civil, avivóse mas la guerra política y de opiniones entre las diversas fracciones del partido vencedor. Que en las épocas de regeneracion parece que el espíritu humano no acierta á vivir en el reposo, y busca, si no los tiene, incentivos que le agiten, y nuevas luchas en que gastar el exceso y sobreexcitacion de su vitalidad.

Una cuestion sobre la ley municipal llevó la desavenencia del campo tranquilo de la discusion al terreno peligroso de la fuerza. En 1840 un movimiento popular imponente se pronunció en favor de los hombres de mas avanzadas ideas en materia de reformas, y en contra de los que en aquella sazon tenian el poder. Mantúvose del lado de estos últimos la Gobernadora del reino; declaróse por aquellos el general Espartero que mandaba los ejércitos, y echando su espada en la balanza acabó por darles el triunfo. Creyóse la reina madre en el deber de renunciar la regencia antes que ceder á la general sublevacion, y dejando la guarda de sus augustas hijas confiada al patriotismo de los españoles, abandonó las playas de la Península y se ausentó del reino

Las córtes encomendaron la regencia vacante al afortunado general que habia tenido la suerte de terminar la guerra civil, y á quien rodeaba entonces ancha aureola de prestigio. Confióse la tutela de las augustas huérfanas á un ilustre veterano de la libertad.

Lejos estuvo de ser tranquila la regencia del duque de la Victoria. Una conjuracion militar se fraguó para derrocar al regente. Estalló, fué vencida, y corrió en los cadalsos sangre ilustre. Adversarios y amigos lloraron la de un general bizarro cuya lanza habia sido el terror de las huestes carlistas. La revolucion devora sus propios hijos. Dos años mas adelante se formó contra el gobierno del regente una coalicion en que entraron hombres de diferentes y aun opuestos partidos, de buena fé unos, con ulteriores y encubiertos designios otros. Fuéseles adhiriendo el ejército, que en su mayor parte abandonó al regente Espartero, como tres años antes habia abandonado á la Gobernadora Cristina, y Espartero á su vez tuvo que ausentarse de España como la madre de la reina. Los sacudimientos políticos no perdonan ni á los hombres eminentes salidos del pueblo ni á los vástagos y padres de reyes.

Vencedora la coalicion, menor de edad la reina, la regencia de nuevo vacante, y no sosegada todavía la España, el gobierno provisional y las Córtes por él convocadas acordaron anticipar la mayoría de la reina, remedio muchas veces ya usado por la nacion, para obviar conflictos en los casos de menoridades turbulentas

Aunque el ministerio aclamado por la coalicion antes y despues del triunfo habia salido de las filas de los hombres del progreso, desavenidos que fueron los coalicionistas pasó el poder á manos de los que se nombraban conservadores, ya por arte y maña de los unos, ya por incomprensible inercia y flojedad de los otros. Obra suya fué la reforma del código de 1837, ó mas bien la nueva Constitucion de 1845. Resolvióse tambien el importantísimo punto del matrimonio de S. M., realizándose en un dia la doble boda de la reina doña Isabel II. y de la princesa su augusta hermana, no sin protesta y disgusto del gabinete de la Gran Bretaña, causa y raiz de algunas malas inteligencias que despues entre los gobiernos de ambas naciones sobrevinieron.

XIX.

Hemos apuntado con cuanta rapidez nos ha sido posible los hechos principales que han ido trayendo la España á la situacion en que hoy se encuentra, cuidando de citar en lo perteneciente á las últimas épocas tan solamente aquellos sucesos consumados que ningun partido político puede negar, que nadie puede borrar ya de las tablas de los fastos españoles. En el tiempo en que estos sucesos se verificaban, nosotros, cumpliendo con un deber que á fuer de españoles amantes de nuestra patria nos habíamos impuesto, emitíamos diariamente nuestro juicio, y los calificábamos segun nuestro leal y humilde saber en escritos de bien diversa índole que el presente. Por espacio de mas de diez años levantamos nuestra débil voz en defensa y vindicacion de la ley, de la moralidad y de la justicia, no siempre acaso sin fruto, siempre animados de la mejor fé, jamás faltando á nuestra conciencia, aun en aquello en que tal vez pudiéramos como hombres equivocarnos mas.

Hoy, como historiadores, tenemos deberes muy distintos que cumplir. Actos y sucesos que entraban bien en el dominio del periódico no pueden entrar todavía en el de la historia, si ha de presidir á ésta la crítica desapasionada y la mas estricta imparcialidad. Las consecuencias y resultados de los grandes acontecimientos políticos tardan en desarrollarse y en dar sus frutos saludables ó nocivos, y no son las primeras impresiones las que deben servir de norma al fallo severo del historiador. ¡Cuántos acaecimientos de la historia antigua debieron parecer calamidades á los que entonces los presenciaban, y solo mas tarde se vió que no habian sido sino en provecho de la humanidad!

Hay verdades y principios que tenemos por fundamentales y

eternos. Pero las modificaciones de las formas no pueden ser históricamente juzgadas sin riesgo de equivocarse en su apreciacion, hasta que sufren la prueba decisiva del tiempo. Por eso, asi como ni debemos ni podemos juzgar del espíritu de un siglo ó de una época remota por las ideas que dominan en el presente, sería igualmente aventurado calificar lo de hoy como lo mas conveniente para mañana, cuando el tiempo y las combinaciones políticas han hecho tantas veces fallidos los cálculos humanos.

Por eso en nuestra obra, donde tenemos que ser mas estensos y mas esplícitos como narradores y como analizadores, llegaremos hasta donde prudentemente creamos que puede estenderse la jurisdiccion, el deber y la libertad del historiador, sin que consideraciones humanas, ni antojos propios, ni halagos agenos, ni tentaciones de ningun linage nos muevan á traspasar ni una línea los límites que nos habremos de prescribir.

Podemos, sí, anticipar sin inconveniente, que en este último período de regeneracion política, único que nos ha cogido en edad de poder aplicar nuestro humilde criterio á los hechos que hemos presenciado, hemos visto sucederse alternativamente en el poder hombres eminentes é ilustres, y tambien hombres oscuros de todos los partidos. Todos en nuestro entender, á vueltas de algunas reformas útiles y de algunas providencias beneficiosas, han cometido errores mas ó menos escusables, que han hecho mas laboriosa y mas imperfecta la obra de la regeneracion. Nos contentáramos con que hubiesen sido solo errores de entendimiento. Hemos visto nacer ambiciones, desarrollarse pasiones bastardas; hemos presenciado faltas de justicia, inobservancias é infracciones de ley. Gobernantes, legisladores, pueblos, clases, individuos, ¿quién podrá decir que no tiene algo de que acusarse? No nos toca fallar quiénes hayan pecado mas. Deploramos los males, pero no nos han sorprendido. Habíamos leido ya bastante en la historia de la humanidad, sabíamos demasiado lo que en todos los pueblos y en todas las edades ha acontecido en períodos de agitacion y de turbulencias políticas, para que pretendiéramos que los hombres de nuestra época, que nosotros mismos, pudiéramos tener el privilegio de obrar ni pensar libres y exentos de las pasiones que en circuns-

tancias análogas se desenvuelven siempre y son el patrimonio triste de la humanidad.

Estamos por lo tanto muy lejos de halagarnos con la idea lisonjera de que la sociedad y la época en que vivimos hayan alcanzado una condicion tan ventajosa como la que nuestro natural deseo nos hace apetecer. Muchos y graves males tenemos que lamentar todavía. Lentos y penosos son los mejoramientos sociales, porque es larga tambien la vida de los pueblos. Mucho le falta todavía á la gran familia humana para llegar á ese posible perfeccionamiento á que debe tenerla destinada el que la dirige y guia; mucho tambien á España, como parte de ese todo social. Pero aliéntenos la confianza de que mejorará su condicion. Cabalmente vivimos en un siglo en que la razon ha hecho grandes conquistas, y la razon humana no retrocede. Sufrirá combates y oscilaciones, contrariedades y vicisitudes: este es su destino; pero seguirá su marcha progresiva; este es su destino tambien. Si creemos que no hemos adelantado, volvamos la vista atrás, ojeémos la historia, meditemos las grandes catástrofes por que ha pasado la humanidad, y nos consolarémos.

Natural es que nos afecte mucho mas la impresion de los males que vemos, que palpamos y que sentimos, que los recuerdos de otros mayores que les tocó sufrir á las generaciones que nos precedieron. Nos asusta el mas ligero temblor de la casa en que nos albergamos, y leemos sin perturbacion y sin susto los estragos de los terremotos en lejanas edades, y las devastaciones de apartados pueblos. Nos estremeceríamos con que retemblára ligeramente el pavimento de nuestro gabinete, y si pisáramos la tierra que cubre las ruinas de Pompeya, recordaríamos con una emocion melancólica cómo fué sumida una gran ciudad, pero no nos perturbaria el recuerdo.

Miremos, pues, á lo pasado para no afligirnos tanto por lo presente, y por la contemplacion de lo pasado y de lo presente aprendamos á esperar en lo futuro, sin dejar por eso de aplicar nuestros esfuerzos individuales para mejorar lo que existe. Ni juzguemos tampoco por un breve período de cortos años de la fisonomía social y de la índole de una época ó de un siglo.

A los que demasiado impresionados por los males presentes juzguen que la razon no ha hecho adquisiciones en este mismo siglo, les contestaremos solamente, que siendo nosotros profundamente religiosos, siendo tambien tolerantes en política, por conviccion, por temperamento y por moralidad, estando basada nuestra obra sobre los principios eternos de religion, de moral y de justicia, hace veinte años no hubiéramos podido publicar esta historia.



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE PRIMERA.

EDAD ANTIGUA.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO I.

ESPAÑA PRIMITIVA.

CAPITULO I.

PRIMEROS POBLADORES.

Situacion geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo.—Razas primitivas que la poblaron.—Iberos.—Celtas.—Celtiberos.—Respectiva posicion de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado social.—Sus costumbres.

Si alguna comarca ó porcion del globo parece hecha ó designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo de nacion, esta comarca, este pais es la España.

Separada del continente europeo por una inmensa y formidable cadena de montañas, circuida en las dos terceras partes de su perímetro por las aguas del Océano y del Mediterráneo, diríase que el Supremo Hacedor habia querido dibujar con su dedo omnipotente sus naturales límites, y que defendiéndola de Europa con el antemural de los montes Pirineos, del resto del mundo con los dos mares, se habia propuesto que pudiera ser la mansion ó morada de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado.

¿Por qué série de causas, por qué conjunto de estraños acontecimientos,

trasformaciones y vicisitudes, esta parte del globo de tan demarcados términos y lindes, presenta en su historia el cuadro confuso de tantos pueblos y naciones, de tan distintos idiomas, de tan diversa y variada fisonomía en sus costumbres? ¿Cómo tan invadida ha sido siempre, y mas que otra nacion alguna, por estrañas gentes? Esplica en gran parte lo primero su propia topografía: el curso de la historia demostrará lo segundo: ella irá descifrando este al parecer incomprensible fenómeno, este destino escepcional del pueblo español.

Las estensas cordilleras que la cruzan, corriendo en irregulares y tortuosas direcciones, y estendiéndose y desparramándose por todo el ámbito de la Península como las arterias de un gran cuerpo, formando profundas sinuosidades, estrechas gargantas y desfiladeros, risueños y fértiles valles, anchas y dilatadas planicies, sirven como de frontera á otras tantas comarcas independientes. Dejemos á los geógrafos la descripcion de todas estas ramificaciones, que asemejándose en su marcha y vicisitudes á la vida del hombre, nacen, crecen, se ostentan á las veces robustas y soberbias, á las veces abatidas y flacas, yendo á morir en el profundo lecho de unos ú otros mares. Contentémonos con no olvidar esta constitucion física de España, porque ella será una de las claves para esplicar la diferencia de caractéres que se observa en el pueblo español, y la facilidad con que pudieron formarse dentro de su territorio distintos é independientes reinos.

Numerosas corrientes de agua se desprenden del seno de estas vastas montañas, formando las grandes vias fluviales que atraviesan y fertilizan nuestro suelo.

Asi mientras las altas sierras producen en abundancia maderas de construccion y canteras de jaspes, mármoles y alabastros, en los pingües pastos de sus valles y cañadas se apacientan ganados de todas especies, que dan al hombre sustento y vestido; las llanuras y riberas le suministran con prodigalidad todo género de cereales, variedad de esquisitos vinos y de sabrosas frutas, y los mares de sus costas le surten abundosamente de pescados. Las minas de ricos metales con tal profusion derramó la Providencia en este suelo, que tomaríamos por fábulas ó por brillantes hipérboles las noticias que de ellas nos dejaron los antiguos geógrafos é historiadores, si de ser verdad y no ficcion no viéramos todavía en nuestros tiempos tantos y tan irrecusables testimonios. «En ningun pais del mundo, decia ya Estrabon (1), se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Háblannos todos

(1) Libro III, cap. I.

los autores de aquellos apartados tiempos de montañas de plata *(Argentarius mons)*, de ríos que arrastraban arenas de oro; y el mismo Estrabon llama repetidas veces al Tajo *Tagus aurifer*, *auratus Tagus*, *Tagus opulentissimus*.

No siendo de nuestro propósito enumerar todas las producciones de este suelo privilegiado, en que parece concentrarse todos los climas y todas las temperaturas, diremos solamente que sobre proveer con largueza á todas las necesidades de la vida, suministra ademas al hombre cuanto razonablemente pudiera apetecer para su comodidad y regalo. De modo, que si algun estado ó imperio pudiera subsistir con sus propios y naturales recursos convenientemente explotados, este estado ó imperio sería España.

Por lo mismo no es maravilla que desde la mas remota antigüedad atrajera el concurso de estraños pueblos, y que cuantos de él iban teniendo noticia anheláran fijar su planta y asentarse en esta region tan singularmente favorecida.

¿Quiénes fueron los primeros que á ella arribaron? ¿quiénes los primitivos pobladores de la España?

Oscuro por demas y entre densas nieblas envuelto se presenta por lo comun el orígen y primer período de la historia de casi todos los pueblos. Ocasiónalo el temerario afan y pueril orgullo de querer remontar su antigüedad á la época mas apartada posible, comunmente á la de la trasmigracion de las gentes despues del diluvio, y á falta de otro orígen que poder atribuirse suelen llamarse «hijos de la tierra.» Al empeño de realzar esto que algunos llaman glorias de antigüedad, ha sido muchas veces lastimosamente sacrificada la verdad histórica, supliendo la falta de datos con invenciones ingeniosas, con fabulosas tradiciones, ó con caprichosas y sutiles etimologías, especie de adivinacion fantástica, en que por palabras aisladas y sonidos semejantes se pretende deducir y legitimar las derivaciones que se buscan y están en la mente ó en el intento y conveniencia del escritor. Al propósito de dar á un pais ó á una poblacion la preeminencia de antigüedad se han tejido esas cronologías caprichosas de príncipes y personages que jamás existieron, y cuyos hechos sin embargo no falta quien refiera con tal puntualidad, como si hubiera conocido á los primeros, y hubiese sido testigo presencial de los segundos. Ficciones halagüeñas, con que no ha debido ser difícil sorprender la credulidad pública en épocas poco alumbradas todavía, y que facilmente trasmitidas de generacion en generacion han ido recibiendo una especie de sancion tradicional, hasta que la antorcha de la sana crítica las hace desaparecer.

Tal vez nuestra España ha sido una de las naciones que por mas tiempo han probado los efectos de este sistema que las luces y el buen sentido han

condenado ya. No fueron solos los historiadores griegos y latinos los que desfiguraron nuestra historia con bellas ficciones mitológicas, porque asi les convenia en su tiempo para mantener entretenidos los espíritus con las ideas de lo estraño y de lo maravilloso: nuestros historiadores mas antiguos, ó con buena fé adoptaron ciegamente lo que en aquellos hallaron escrito, ó con menos sinceridad ellos mismos inventaron crónicas que mas adelante se averiguó ser apócrifas y supuestas, en que ya se hacia á Noé venir á España y fundar en ella poblaciones, ya se traia á ella la mitad de los dioses del Ólimpo, ya se daba el catálogo y cronología de mas de treinta reyes fabulosos que decian haberse sucedido en el gobierno de España, y cuyos hechos, guerras, leyes y vicisitudes minuciosamente se referian.

Aun despues de evidenciada la falsedad de las crónicas de Auberto, de Juliano, de Dextro, y del nuevo Beroso de Fr. Annio de Viterbo, sobre que fundó la suya el buen Florian de Ocampo, todavia el mismo padre Mariana, historiador por otra parte tan sensato, juicioso y erudito, no atreviéndose á desechar abiertamente aquellas fábulas, aunque parecia reconocerlas ó sospecharlas de tales, dedicó no pocos capítulos de su historia á darnos razon de una série de imaginados reyes, entre los cuales cuenta como verdaderos los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas, Sículo, Gargoris y Abides, y refiere las hazañas de Osiris, de Baco, de Hércules, de Ulises, de los Argonautas, y de otros héroes y divinidades: si bien aparece tal la vacilacion é incertidumbre que trabajaba su ánimo, que lo que en una página sienta formalmente como cosa *cierta y averiguada*, en otra afirma haberlo puesto siempre *en cuento de hablillas y consejas* (1): con lo que introduce en el espíritu del lector no poca perplejidad, confusion y embarazo.

Confesamos ingénuamente que despues de haber consultado, con el interés de quien busca de buena fé la verdad, cuantos autores antiguos hemos podido haber que supiésemos haber tratado las cosas de España, despues de haber evacuado muchas citas con gran escrupulosidad y consumo de tiempo, no nos ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarnos en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nacion: antes bien hemos tenido momentos de turbarse nuestra imaginacion cuando la hemos engolfado en este laberinto de dudas sin salida

(1) «El primero que podemos contar entre los reyes de España..... es Gerion.» Mariana, Lib. I. cap. VIII.—«Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones.» Lib. I. cap. IX. —«Se puede recibir como cosa verdadera, que Sículo, hijo de Atlante, despues que su padre partió de España..... le sucedió en todos sus reinos.» Cap. IX.—«Todo esto y los nombres destos reyes, tales quales ellos sean, ni se debian pasar en silencio..... ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de hablillas y consejas.» Cap. XI.

razonable, tropezando siempre, ó con relaciones que llevan marcado el sello de la fábula, ó con noticias que por confesion de los mismos autores se asientan en livianos y flacos fundamentos. Con la fé mas ardiente desearíamos que hubiese quien hallára datos mas sólidos, luces mas claras y salida mas segura de este intrincado dédalo.

Un pasage del historiador de los judíos Josefo ha dado lugar á que algunos de nuestros historiadores hayan afirmado como cosa segura que Tubal, hijo de Japhet y nieto de Noé, fué el primer hombre que vino á España, «y la gobernó con imperio templado y justo.» Apoyados otros en un capítulo del Génesis, en que se nombra á Tharsis, hijo de Javan y nieto de Japhet, entre los que salieron á poblar las islas de las naciones despues de la confusion de las lenguas en la torre de Babel, le hacen el primer poblador de España y el que dió su nombre á la isla Tharseya, y de aqui el orígen y principio de la nacion española. Bien querríamos, pero no nos es posible tener por bastante sólidos los fundamentos de una y otra opinion para asentar ni la una ni la otra como ciertas (1).

Viniendo á las razas de que mas averiguadamente consta que poblaron la España en los tiempos que se esconden á las investigaciones históricas, aparecen los primeros y mas antiguos los iberos, procedentes, segun los datos mas probables, de las tribus indo-escitas, raza nómada, compuesta de pastores y guerreros, que de la India escítica vinieron derramándose por Europa hasta su estremidad occidental. El erudito Vaudoncourt, siguiendo las sábias investigaciones de Bayer, Schözer y Adelung sobre el orígen de los pueblos de Europa, hace á los iberos los *aborigenes* de España (2). Suponen muchos que la lengua que hablaban estos pueblos fuese la misma que hoy conservan y hablan los vascos ó euskaros; y no es de estrañar que ha-

(1) El pasage de Josefo dice solamente: *Thobelus Thobelis sedem dedit qui nostra ætate Iberi vocantur*. Antiq. Judaic. lib. I. cap. VI.

En primer lugar el historiador judío escribió mas de dos mil años despues del suceso; en segundo lugar no espresa el fundamento de su asercion; en tercer lugar no asegura que Thobel ó Tubal viniera á España, sino que señaló su asiento á los thobelinos ó iberos; en cuarto lugar es de suponer que se referia á los iberos asiáticos, situados al pie del Cáucaso, no á los iberos españoles. Creemos pues que está muy lejos de ser fundamento bastante para sentar como cierta la venida de Tubal á España.

Respecto á Tharsis, hé aqui lo que dicen solamente los vers. 4 y 5 del cap X. del Génesis: *Filii autem Javan; Elisa et Tharsis, Cetthim et Dodanim. Ab his divisæ sunt insulæ gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis.*

No hay duda que podrian algunos descendientes de Japhet, de Tubal ó de Tharsis venir á poblar algunos puntos de nuestra Península, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas mas ó menos probables.

(2) Llámase *aborigenes* á los primeros moradores de un pais, ó sea *indigenas*, para distinguirlos de los *alienigenas*, ó que han inmigrado despues.

biendo sido estos los que mas resistieron la dominacion romana y donde se hizo menos sensible su influjo, pudiera conservarse en ellos el idioma que primitivamente hablaron los españoles. Afirman no obstante otros eruditos y respetables autores haber sido el primitivo idioma de la poblacion ibera el hebreo-fenicio, ó un dialecto del hebreo, del cual pretenden demostrar haber quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces (1). Mucho desearíamos que acabara de resolverse esta cuestion entre los filólogos.

Incontestable parece tambien la existencia posterior de los celtas, que vinieron á disputar á los iberos la posesion de la Península. Mucho tiempo se ha cuestionado, y creemos que tampoco esta cuestion se ha resuelto todavía, sobre si existieron los celtas en España antes que en la Galia y emigraron de aqui allá, como pretenden entre los nuestros Masdeu y Florez, fundados en un testimonio de Herodoto, ó si invadieron la Península por las gargantas de los Pirineos, viniendo de la Galia, como nos inclinamos á creer con Humboldt, por la marcha de Este á Oeste que llevaban todas las grandes emigraciones de los pueblos primitivos. De todos modos esta nueva raza, belicosa, bárbara y semi-nómada tambien, se mezcló con los iberos, llegando á dividirse entre sí el pais y á formar una nacion bajo el nombre de celtiberos; bien fuese sin guerrear y por medio de pacíficas alianzas y matrimonios, como indica Estrabon, bien despues de largas luchas, como atestigua Diodoro de Sicilia, y era mas natural que acaeciese entre gentes que habitaban de largo tiempo un pais, y otras que le invadian para posesionarse de él de nuevo. En una de estas guerras debió ser cuando algunas tribus iberas arrojadas de sus territorios, emigraron á su vez y se derramaron por los pueblos de Italia con los nombres de ligurios y sicanios, llevando alli su idioma y sus costumbres.

Poblada la Península por estas dos grandes razas, al paso que se iban estendiendo fraccionábanse en tribus mas ó menos numerosas, llegando á subdividirse en términos que cada comarca componia una pequeña nacion ó tribu independiente, á que las ayudaba la material organizacion del territorio, desconociendo por otra parte en su estado incivil la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y de gobernarse con unidad.

De su distribucion y de sus costumbres solo tenemos las noticias que nos han suministrado los escritores griegos y romanos, únicos pueblos civilizados cuyos escritos hayan llegado á nosotros. Pero conviene no olvidar que las relaciones de estos escritores se refieren á la España tal como la encontraron

(1) Cortés, Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua. Tom. II., pág. 49.—García Blanco, Gramática hebrea, t. III., pág. 79 y sig.

los romanos cuando la invadieron sus armas, y que entonces habia sufrido ya la Península las dominaciones, aunque parciales, de tres pueblos cultos. Pero las revoluciones intestinas que entre sí habrian tenido las primitivas razas no pudieron serles conocidas sino cuando mas por imperfectas tradiciones. De suponer es no obstante, como en el principio de nuestro discurso dijimos, que al paso que fueran asentándose en las diversas comarcas y zonas, irian contrayendo hábitos, ocupaciones, vínculos diferentes, y que los intereses de localidad y de tribu ocasionarian choques y guerras entre los moradores de los vecinos territorios: sucesos de la infancia de las sociedades, mas fáciles de adivinar que de encontrar quien los trasmita. Sin embargo, como los fenicios, los griegos y los cartagineses solo habian estado en inmediato contacto con los habitantes de las costas, de las riberas de los grandes rios, y de las llanuras ó comarcas abiertas, las costumbres que nos describen de los moradores del interior y de las regiones montuosas conócese que habian sufrido muy poca alteracion, pues presentan toda la rudeza y ferocidad propias de los pueblos nacientes.

La poblacion céltica, diseminada por toda la costa septentrional y occidental de la Península, dividíase en cinco grandes y poderosas tribus, los cántabros, los vascones, los astures, los gallaicos y los lusitanos, que ocupaban los paises que hoy poco mas ó menos comprenden las provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Lusitania ó Portugal, si bien no es tan exacta la correspondencia de los antiguos y de los modernos límites, que los astures y los gallaicos, por ejemplo, no se estendiesen entonces por una buena parte del reino de Leon y de Castilla la Vieja, los lusitanos por las Estremaduras y Castilla, los vascones por Aragon y los cántabros por la actual provincia de Santander. Subdividíanse ademas estas tribus en multitud de pequeñas poblaciones ó grupos, tanto, que al decir de Estrabon, eran quince las que componian la nacion gallaica, y sobre cincuenta las fracciones en que se compartian los lusitanos.

Ocupaba la raza ibera el Mediodía y el Oriente de España, dividida tambien en porcion de tribus, de las cuales eran las principales, los turdetanos, que se estendian por la costa de la Bética ó Andalucía hasta una parte de la Lusitania; los bástulos que habitaban al Este del estrecho, en lo que hoy es Ronda y el condado de Niebla; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra Morena; los bastetanos, en la costa de Murcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Murcia y de Valencia; los edetanos, que ocupaban tambien parte de Valencia y de Aragon hasta confinar con la Celtiberia; los ilercavones que se asentaban entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, ausetanos,

en los terrenos ásperos y escabrosos echaba pié á tierra y se batía con la misma ventaja que la tropa ligera de infantería. El *cuneus*, ú órden de batalla triangualar de los celtiberos, se hizo temible entre los guerreros de la antigüedad. Las mugeres se empleaban tambien en ejercicios varoniles, y ayudaban á los hombres en la guerr

De entre las tribus celtiberas la que conservó por mas tiempo los hábitos de la vida nómada fué la de los vacoéos. *Late vagantes* los llama Silio Itálico. Pastores, agricultores y guerreros á un mismo tiempo, veíanse precisados para pelear á dejar guardados sus cereales en silos, especie de hórreos ó graneros subterráneos, donde se conservaban bien los granos por largo tiempo (1). Aun subsisten muchos en los pueblos de la Vieja Castilla, y la curiosidad ha movido muchas veces al autor de esta historia á bajar á estos silos y á examinarlos. Distribuíanse los vaccéos las tierras que habian de cultivar cada año, y se repartian su producto considerando el suelo como una propiedad comun: el que ocultára alguna parte de estos frutos era castigado con la última pena (2).

Habia entre los carpetanos una tribu que vivia en cavernas aisladas. Moraba en una colina al Norte del Tajo.

Mucho menos toscos eran los que habitaban entre la costa oriental y los Pirineos. Los barcos representados en las medallas encontradas en los campos de Tortosa prueban que los moradores de la costa se daban ya al tráfico marítimo, y no es inverosimil ó que estuvieran ya mezclados con los pelasgos y tirrenios, ó que al menos mantuviesen tratos y relaciones con los etruscos de la opuesta costa de Italia. Valerosos y tenaces en defender su libertad nos pintan á los edetanos é ilergetes. El sol y la luna eran los principales dioses que adoraban aquellos pueblos.

Iban los de las Baleares á la pelea, ó enteramente desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta, ó cubiertas sus carnes con pieles de carnero á manera de zaléas, que nombraban *sisyrnas*. Ponderada fué siempre su habilidad y destreza en el manejo de la honda, y al decir de Lucio Floro, las madres no daban á sus hijos mas sustento que aquel que puesto en el hito acertaban ellos á tocar con la piedra lanzada con la honda (3). Diodoro, hablando de las tres hondas de distintos tamaños que parece acostumbraban á llevar aquellos insulares, dice qûe una la llevaban ceñida á la cabeza, otra alrededor de la cintura y otra en la mano (4).

(1) Por cincuenta años el trigo, y por ciento el mijo, segun Varron, de quien lo tomó Plinio, lib. XVIII. c. 30.

(2) Diod. Sic. lib. V.

(3) Cibum puer á matre non accipit nisi quem, ipsa monstrante, percussit. Flor. lib. III., cap. 8.

(4) Diodor. lib. V. cap. 18.

Distinta era ya la cultura de los iberos que poblaban la costa meridional de la Península. Establecidos de inmemorial tiempo en el templado litoral del Mediterráneo, ó en las amenas márgenes del Betis ó del Guadiana, es de creer que la belleza de aquel cielo, la dulzura del clima y la feracidad de aquel suelo privilegiado, habrian modificado su originaria rusticidad y hecho que gustasen mas de la vida sedentaria y quieta, y que fuesen menos turbulentos y guerreadores que los pueblos del interior y de las montañas; sin que por eso hubiesen perdido del todo sus rudos instintos, ni dejáran de resistir con vigor y energía á los pueblos invasores. Los monumentos religiosos que dicen haberse hallado sobre el Promontorio Cuneo testifican la rudeza de los cinesios, pues segun Estrabon y Artemidoro, reducíanse á tres ó cuatro piedras sobrepuestas, y conforme á una tradicion conservada de padres á hijos, cada vez que los navegantes abordaban á aquel lugar mudaban las piedras y las cambiaban de posicion, contentándose con dirigir algunas preces á aquella especie de altar movible y de obelisco rústico (1). Tambien, segun Valerio Maximo (2), inmolaban, como los cántabros, á los ancianos imposibilitados de llevar las armas.

En tal estado debieron encontrarlos los fenicios á su arribo. Mas habiendo sido las costas meridional y oriental de la Península las que primero recibieron la influencia de los tres pueblos civilizados que diremos después, natural es que cuando los conocieron los romanos halláran ya en aquellos pueblos otra cultura y otras costumbres mas blandas y suaves. Estrabon y Polibio hablan en términos magníficos y pomposos de la civilizacion de los turdetanos. Suponen que hacía nada menos que seis mil años que poseian leyes escritas en verso. Por esta cuenta se remontaba la civilizacion turdetana á tiempos muy anteriores á la creacion del mundo segun la Escritura. Mas de la confusion y embarazo en que esta especie pudiera ponernos, sácannos con facilidad Diodoro de Sicilia, Varron, Plutarco, Lactancio, Suidas y otros no menos graves autores, enseñándonos la costumbre de muchos pueblos antiguos, de contar no por años solares, sino por años de estaciones ó meses: en cuyo caso siendo verosímil que ellos contasen por estaciones de á tres meses, coincidirian los primeros rayos de civilizacion que recibieron los turdetanos con el arribo de los primeros colonizadores.

De todos modos, no es en el estado civil de los habitantes de las costas de Mediodía y Levante donde hemos de buscar el tipo de las costumbres de los primitivos pobladores de España, sino en los que ocupaban el Norte,

(1) Estrab. lib. III., c. 4.

(2) Lib. XIII., v. 471.

el Occidente y el centro de la Península, en los que no habian sido modificados con el influjo de las colonias.

Los rasgos comunes y característicos de estos pueblos eran la rusticidad, la sobriedad, el valor, el desprecio de la vida (1), el amor de la independencia, la tendencia al aislamiento, y por consecuencia la falta de unidad. Separados y como aislados del continente europeo, y mas todavía de las demas partes del mundo, parecian destinados á pasar una vida ignorada y una existencia oscura. Veamos ahora cómo fueron entrando á participar del movimiento social del mundo antiguo, no olvidando el fondo de carácter creado por las primitivas razas, que veremos ir sobreviviendo, bien que con algunas modificaciones, á los siglos, á las dominaciones y á las conquistas (2).

(1) *Prodiga gens animæ et properare facillima mortem.* Tit. Liv. l. XVIII.

(2) Son mas sabidos los nombres antiguos de España que conocido y cierto el origen y segura la etimología de cada uno. El de *Iberia*, aun concedido que aparezca dado por primera vez en el Périplio de Scilax de Caryanda, como 500 años antes de Jesucristo, y bien sea derivado del rio *Iber* ó *Iberus*, bien como pretende Astarloa, de las palabras vascas *ibaya eroa*, rio espumoso, parece el de mas natural aplicacion al pais en que habitaban los *iberos*. El de *Spania*, dado, segun la opinion comun, por los fenicios, creemos que se derivára de la palabra *span*, que significa *escondido*, por estar esta comarca como escondida y oculta para ellos á una estremidad del mundo. Parécenos la significacion de *conejo*, á que se presta tambien la palabra *span*, fundamento demasiado pueril para poner nombre á toda una region, por mas conejos que en ella se encontráran, y por mas que las medallas de Adriano representen una muger sentada, con un conejo á sus pies, que dicen ser emblema de la España. De *Spania* hicieron los latinos *Hispania*, y los españoles *España*. Llamáronla tambien los griegos *Hesperia*, pais de Occidente, por la situacion geográfica que ocupa con relacion á la Grecia. El nombre fenicio es el que ha prevalecido con poca alteracion. El de *Iberia* se usa todavía en estilo poético. Volúmenes enteros se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones hayan producido sino conjeturas, pudiéndose reducir las mas probables á las que en estas breves líneas hemos espuesto.

CAPITULO II.

FENICIOS, GRIEGOS Y CARTAGINESES.

Primeras colonias fenicias.—Cádiz.—Templo de Hércules.—Derrámanse por la Península.—Depósitos y establecimientos de comercio.—Riquezas que extraian de España.—Colonias griegas.—Rosas.—Ampurias.—Denia.—Sagunto.—Atacan los españoles á los fenicios.—Piden estos socorro á Cartago.—Vienen los cartagineses, y se establecen en la costa.—Expulsan ellos mismos á los fenicios de Cádiz.—Guerras esteriores de los cartagineses.—Cerdeña.—Córcega.—Las Baleares.—Sicilia.—Españoles auxiliares de Cartago.—Pérdida de Sicilia.—Guerra de los mercenarios.—Resuelven la conquista de España.

Aparecen los fenicios las primeras gentes civilizadas que arribaron á España y fundaron en ella poblaciones.

Estos descendientes de Canaan, cuya tierra habian cubierto de ciudades ricas y populosas, las cuales habian elevado á un grado admirable de esplendor y de prosperidad por medio de la navegacion y del comercio, en que eran singularmente entendidos y aventajados, sostenian mucho tiempo hacía relaciones mercantiles en Egipto, en el Asia Menor, en las costas del Mediterráneo y de la Europa Oriental. Verosimil es que estos intrépidos navegantes en algunas de sus excursiones marítimas hubieran avistado las costas de España, y aun arribado á ellas, ó con deliberado intento como exploradores, ó arrojados por algun azar, y que el aspecto de tan bello clima y de tan fértil suelo inspirára á su genio mercantil el pensamiento de estender á él sus relaciones comerciales. Sea lo que quiera de las expediciones que pudieran hacer y la tradicion oriental les atribuye antes de la época que vamos á señalar, creemos

que la fundacion de sus primeros establecimientos en el litoral de nuestra Península no puede remontarse mas allá de los quince siglos antes de la era cristiana (1).

Coincide este acontecimiento con la época en que arrojados los fenicios al interior de sus tierras por las armas de Josué, que las habia invadido para dar á la posteridad de Abraham la posesion de la tierra prometida por Dios, el acrecimiento excesivo de la poblacion que se habia replegado á las grandes ciudades, especialmente á Sidon y á Tiro, les hizo pensar en salir á establecer colonias donde antes se habian presentado solo como simples traficantes. En esta dispersion abordaron muchos de ellos á las costas africanas (2), y á las del Sur de la Península española que acaso conocian ya, y estableciéndose primero en la isla Erítya ó Eritrea, que se cree sea la de Santi-Petri, hoy en gran parte cubierta por las olas, trasladáronse luego y fundaron á Cádiz con el nombre de Gadir (3), comenzando por erigir un templo á Hércules, su divinidad favorita, cuyo culto llevaban consigo á todas partes, colocando en él dos columnas de bronce de ocho codos de altas (4).

(1) Pueden verse las sábias investigaciones de Heeren sobre la historia y carácter de las colonizaciones fenicias en su obra: *Ideen über die Politik, etc.*

(2) La inscripcion fenicia que Procopio, historiador de la guerra de los vándalos, encontró en Tánger, parece no dejar duda acerca del arribo de los fenicios á aquella parte de la costa de Africa en la época á que nos referimos. «*Aquí* (decia) *llegamos nosotros huyendo del ladron Josué, hijo de Nave.*» Procop. lib. II. cap. X.

(3) Lugar ceñido ó cercado.

(4) Acaso se han confundido muchas veces en la historia estas columnas con las otras columnas de Hércules, nombre que se dió á los dos montes Calpe y Abila, que constituyen los dos puntos estremos de Africa y Europa, y que entonces se creian los postreros términos de la tierra habitable. Puede ser muy bien que estos dos cabos ó promontorios, por entre los cuales se comunican hoy los dos mares y forman el estrecho, estuviesen antes unidos por una lengua de tierra que contenia sus olas y les servia de dique, cuya separacion pusieron los poetas entre las grandes hazañas y trabajos de Hércules, y los naturalistas suponen haber sido causada por alguna sacudida ó revolucion física del globo. Dejemos á la poesía y á la geología disputarse cómo se hizo la conjuncion de los dos mares. Mucho menos nos engolfarémos en las interminables cuestiones acerca de los Hércules que vinieron ó pudieron venir á España, y de los hechos mas ó menos maravillosos que se atribuyeron á cada uno; si fué el nombre particular de una divinidad fenicia, ó fué un nombre simbólico de la fuerza y de la inteligencia con que se designaba á los héroes que se señalaban por estas virtudes y por sus altos hechos y prodigiosas hazañas; si hubo solo un Hércules bajo distintos nombres, ó hubo los tres que cuenta Diodoro, ó se elevó su cifra á los cuarenta y tres que distingue Varron, ó pasó mucho mas allá de este guarismo. Sabemos solo de cierto que el culto de Hércules fué trasmitido por los fenicios á los griegos, y de estos pasó á los romanos, los cuales confundieron todos los Hércules bajo un mismo nombre y tipo; y que la España se halló de muy antiguo mezclada en todas las fábulas de la mitología fenicia, griega y romana, que acabaron de confundir y embrollar la ya escasa y harto oscura historia de aquellos apartados tiempos.

Aun lo relativo á las espediciones y primeros establecimientos de los fenicios en Es-

Una vez asentados en Cádiz, situacion grandemente favorable para el comercio, fueron estendiendo sus colonias por el litoral de la Bética, y por todo el país habitado por los turdetanos, fundando ciudades y estableciendo factorías en la costa y á las márgenes de los grandes rios, y en general en los puntos mas acomodados para el tráfico. Pertenecen á las primeras fundaciones Málaga, Sevilla, Córdoba, Martos, Adra, y otros varios pueblos de Andalucía, de los cuales unos subsisten aún, otros con el tiempo han desaparecido. Fuéronse luego derramando por el interior; que no podian ser indiferentes á los oidos de aquellos comerciantes las noticias que recibian de las riquezas que el país encerraba, y de que les llevaban preciosas muestras los naturales. Cebo era éste á que no podia resistir la codicia de aquellos hombres, por otra parte de genio naturalmente emprendedor, y asi determinaron entrarse tierra-adentro, estableciendo de paso, segun su costumbre, almacenes y depósitos en correspondencia con los de las costas, donde acudian los bajeles de Tiro á hacer sus cargamentos. Grandes debieron ser las riquezas que extrajeron de España, puesto que en aquel tiempo fué cuando adquirió la ciudad de Tiro aquella prosperidad y engrandecimiento mercantil que la hizo tan famosa. Y suponiendo que Aristóteles hablára mas como poeta que como filósofo al decir que los fenicios construian de oro y plata todos los utensilios, anclas, herramientas y vasijas de sus naves, y que hasta lo cargaban como lastre, todavía rebajando la parte hiperbólica á que pudo dejarse arrastrar ó en su entusiasmo ó en su admiracion el sesudo filósofo, infiérese que era prodigiosa la cantidad de oro y plata que aquellos asiáticos exportaban á cambio de sus mercancías: que tan desconocido ó tan desestimado era entonces de los naturales de España el valor de estos preciosos metales.

Ni se contentaron los fenicios con derramarse por la Península como enjambres industriales, ni con explorar el Occéano discurriendo por la costa occidental de España, sino que se atrevieron á avanzar en sus escursiones hasta las regiones septentrionales de Europa, llegando hasta las islas Cassiteridas, segun todas las probabilidades las Sorlingas de Inglaterra, de donde traian abundancia de estaño.

Esencialmente comerciantes los fenicios, y por lo tanto mas amantes de la paz que de la guerra, supónese que se presentaron ante los indígenas menos como conquistadores que como traficantes, y que para captarse el asentimiento y buena voluntad de aquellas gentes, á fin de que no se opusieran á que asentasen en su suelo, debieron emplear menos fuerza que política y astucia, cuidando de mostrarse inofensivos y dispuestos á entablar con ellos ó amistades ó

paña anda envuelto en mil diferentes y á las veces contradictorias versiones, de las cuales hemos adoptado la que nos parece mas verosimil, y aun mas justificada.

alianzas. No consta por lo menos que los indígenas opusieran resistencia abierta á la admision de estos primeros huéspedes, que sin duda acertaron á deslumbrarlos con los productos y artefactos, dijes y bagatelas muchos de ellos, que de su país les trajeron y les daban á cambio y trueque de otras mas positivas riquezas, no conociendo entonces aquellos hombres rústicos y groseros el valor respectivo de aquellos y de éstas. Tal fué en posteriores tiempos la conducta de estos mismos españoles, ya civilizados, con los habitantes del Nuevo Mundo.

Fueron pues los fenicios los primeros civilizadores de España, cuyo nombre lograron imponer á todo el país, sembrando en ella las ideas del comercio, de la navegacion y de las artes, con cuyo trato y ejemplo comenzaron á modificar su rudeza nativa los antiguos iberos, y á adquirir una civilizacion, aunque muy imperfecta todavía (1).

Los fenicios habian civilizado tambien la Grecia y establecido en ella colonias. Habian comunicado á los griegos sus artes y sus letras, y héchoIos comerciantes y navegadores como ellos. Entre los griegos insulares distinguíanse los de Rodas por sus largas espediciones marítimas: y mientras la Grecia europea colonizaba la Calabria y la Sicilia, los griegos asiáticos comenzaron á venir á España como competidores ya de sus antiguos maestros los fenicios. Vinieron, pues, los rodios, como unos novecientos años antes de la era cristiana, y fundaron en la costa de Cataluña la ciudad de Rodas, hoy Rosas, entre Gerona y los Pirineos. Indica Estrabon haber poblado tambien los rodios las islas Gymnesias ó Baleares, y así parece inferirse del nombre de *Ophiusa*, dado á la isla de Ibiza, que es tambien el nombre antiguo de Rodas.

Poco tiempo despues los focenses, navegando por los mismos mares, arribaron á las costas del país de los edetanos (en el reino de Valencia). Y segun Herodoto, un bajel de Samos, en el octavo siglo antes de J. C., fué el primero que empujado por el viento pasó el estrecho y llegó á Tartesso, donde los samios, contentos por el buen despacho que lograron dar á sus mercancías, consagraron la décima parte de su producto á la diosa Juno. Háblase con esta ocasion del viejo Argantonio, que dicen reinaba en aquella sazon sobre los tartesios, y los colmó de riquezas, aunque no logró determinarlos á que se estableciesen en el país: primer vestigio histórico que encontramos sobre el gobierno de los indígenas en aquellas épocas remotas. La noticia de este resultado estimuló á otros griegos asiáticos á venir á tentar fortuna á nuestras costas, y contribuyó al gran movimiento de navegacion y al tráfico lucrativo que se entabló entre aquellos insulares y las costas ibero-hispanas.

Tenian los focenses su principal y mas rica colonia en Marsella, sobre la

(1) Estrabon, lib. III.—Diod. Sic. lib. V. y VII.—Pomp. Mel. *De Situ Orbis.*—Ruf. Avien. *Ora Maritima*, y muchos otros.

costa de la Galia Meridional. Su espíritu comercial los animó á establecer algunos depósitos hácia los Pirineos, y fundaron á Ampurias bajo el espresivo nombre de *Emporion ó mercado*. O menos políticos los griegos que los fenicios, ó menos sufridos y mas fieros los indigetes que habitaban aquel pais que los turdetanos de la Bética, no dejaron á los focenses apoderarse impunemente de su territorio, y solo despues de porfiadas guerras vinieron los dos pueblos á concluir un singular tratado, por el que los naturales cedian á los estrangeros una parte de su ciudad, pero con la espresa condicion de que una gruesa muralla habia de tener separada la porcion correspondiente á cada uno. Lo mas admirable es que los dos pueblos observáran religiosamente tan estravagante pacto sin mezclarse ni oprimirse, gobernándose cada cual con absoluta y mútua independencia, al decir de Estrabon y Tito Livio. Y cuando los focenses se sintieron estrechos en tan reducido espacio, fieles al convenio, antes que atacar á los indigetes prefirieron hacer sentir su humor belicoso á los rodios, griegos como ellos, apoderándose de Rodas, tres siglos antes fundada. Siguieron costeando la Cataluña, y estendieron sus escursiones á lo que hoy es reino de Valencia, donde con menos oposicion de los naturales pudieron establecer algunas colonias y erigir el famoso templo de Diana, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Denia.

No lejos de alli y en la misma costa fundaron los griegos de Zante la ciudad de Sagunto, hoy Murviedro, que tan célebre habia de ser en la historia (1).

Asi los griegos en su sistema de colonizacion de la Península siguieron una marcha y órden inverso al de los fenicios. Aquellos procedieron de Oriente á Mediodia y Occidente, estos de Mediodia y Occidente á Oriente. Parecia haberse convenido en compartirse la esplotacion del Mediterráneo. Mas aunque no sabemos que ocurriesen choques ó colisiones entre estos dos pueblos rivales, conócese que los fenicios tuvieron cuidado de preservar la posesion de la Bética del dominio de los nuevos colonizadores, reservándosela esclusivamente para sí.

Civilizadores tambien los griegos, difundieron entre los iberos el culto de sus dioses, y principalmente el de Diana, enseñáronles algunas artes, é introdujeron el alfabeto fenicio recibido de Cadmo y modificado y añadido por ellos, que se hizo la base del alfabeto celtibero, como el fenicio lo habia sido del turdetano. Prevaleció en toda España el método de escribir de izquierda á derecha, al revés de los fenicios

La colonia fenicia de Cádiz era la mas antigua y la que habia prosperado

(1) Evidentemente incurrió en grave error el P. Mariana al hacer la venida de los griegos á España anterior á la de los fenicios. Cap. desde el XII al XV. del lib. I.

mas. Su engrandecimiento y su opulencia llegaron á ser mirados con envidia y con celos por los naturales: acaso los gaditanos, desvanecidos con su poder, olvidaron la benévola acogida que á los indígenas habian debido, y dejaron de tratarlos con la política y la dulzura que en el principio habian necesitado usar; tal vez ó la codicia ó el orgullo de su superioridad los arrastró á actos que ofendieran ó irritáran el ánimo levantado y firme de los españoles. Lo primero lo dice espresamente el historiador Justino (1), lo segundo lo indican otros autores, y está en el órden natural y comun de las cosas humanas. Ello es que enojados y sentidos los turdetanos movieron guerra á los de Cádiz, con intento al parecer y resolucion de arrojarlos de su suelo; é hiciéronlo con tal ímpetu y bravura, que puestos en aprieto los fenicios y desesperanzados de poder resistir á los continuados ataques y batidas de la raza indígena, ocurriióles en tal congoja volver los ojos á Cartago, ciudad de la costa de Africa, y colonia tambien de Tiro como ellos, y demandar á los cartagineses su proteccion y amparo, confiados en que acordándose de su comun origen no los desampararian en tan apurado trance. Hiciéronles pues solemne y formal llamamiento. En mal hora lo hicieron, como muy pronto lo habremos de ver (2).

Era Cartago, como hemos dicho, una colonia fenicia como Cádiz. Pero Cartago era ya una ciudad rica y populosa, metrópoli de la república de su nombre, la primera república conquistadora y mercantil de que hace mencion la historia. Habíase emancipado de Tiro, y héchose cabeza de una confederacion de colonias militares estendidas por la costa de Africa. Comerciantes los cartagineses como todos los fenicios, distinguíanse de los de España por su ardor guerrero, por una inquietud belicosa que los conducia, no solo á sostener por las armas sus establecimientos, sino á atacar sin piedad á cuantos á su engrandecimiento se opusieran. Su poderío marítimo era inmenso, y entendian el sistema de colonizacion mejor que ningun pueblo de la antigüedad.

Tiempo hacía que envidiaban la prosperidad de los fenicios españoles: tenian puestos los puntos sobre España, y deseaban ocasion y pretesto de fijar su planta en este pais de todos apetecido. Así el senado cartaginés accedió de buen grado á dar á los de Cádiz el socorro que pedian, y aparejada una flota vinieron á combatir á la Península. Pelearon pues con los naturales en

(1) Lib. XLIV. capítulo 5. *Invidentibus novæ urbis finitimis Hispaniæ populis.*

(2) Es lo único que con alguna certeza hemos podido sacar de las oscuras y confusas noticias que nos suministran las historias acerca de esta tentativa de los españoles para expulsar á sus primeros huéspedes. Sobre la época en que esto acaeciese reina tambien no poca oscuridad. Justino indica haber sucedido en el reinado del hijo de Argantonio que antes hemos citado; y la primera venida de los cartagineses á España puede fijarse con probabilidad hácia el siglo sesto antes de nuestra era.

favor de los fenicios, y empleando alternativamente la fuerza y el halago, venciendo unas veces, procurando otras darse á partido con los españoles, cuyo brio en mas de una ocasion esperimentaron, lograron al fin ocupar algunos puntos de las playas de la Bética.

Miras no menos avanzadas ni mas generosas traian respecto á los fenicios en cuyo auxilio acudieran. Llevados del pensamiento, propio solo de corazones desleales, de espulsar de la Península aquellos mismos á quienes debian el pisar la tierra de España, á aquellos mismos hermanos que los habian invocado por auxiliadores, sin tener en cuenta ni los vínculos del antiguo parentesco, ni los lazos de la reciente amistad, acometieron su principal ciudad y atacaron á Cádiz con el interés y empeño de quienes parecia mirar su conquista como la base del futuro señorío de toda España, que ya entonces sin duda entraba en sus proyectos y designios. Debieron no obstante encontrar no poca resistencia en la metrópoli de las colonias hispano-fenicias, y hubo de costarles algunos meses de asedio, puesto que para derribar sus muros tuvieron que emplear una de las mas formidables máquinas de batir que conocieron los antiguos, el ariete, por primera vez mencionado en la historia (1). Mas al fin tomaron á Cádiz, y desposesionaron y lanzaron á los fenicios de la mas rica ciudad y del mas fuerte atrincheramiento que en España tenian, y que ya no trataron de recobrar. Con esto acabó su dominacion en la Península ibérica. ¡Felonía insigne de parte de los cartagineses, de que mas adelante habian de dar aquellos africanos mas de un ejemplo! Sucedió esto á los 252 años de la fundacion de Roma, y 1501 antes de J. C.

Dueños los cartagineses de Cádiz, fuéles ya fácil estenderse por el risueño litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirian, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entonces la conquista del pais, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á diferir este pensamiento para ocasion mas oportuna. Antes calculando que la amistad y alianza de los españoles podria servirles de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habianse dedicado los cartagineses á dilatar su imperio y dominacion por el Mediterráneo, donde tenian los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veian estos con recelo y de mal ojo el afan con que los de Cartago pretendian el señorío de aquellos mares, y temian la rivalidad de un pue-

(1) Vitrub. l. N., c. 19.

blo conocido ya por su poder y por su crueldad fria y calculada. Desde 550 hasta 480 antes de J. C. aparecen posesionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios, arrojan tambien de Córcega á los griegos focences, obligándolos á refugiarse entre sus hermanos de Marsella; y revolviendo despues contra los mismos tirrenios sus aliados, cuyos progresos marítimos veian con envidia, los atacan á su vez y les toman todas sus posesiones insulares del Mediterráneo. Aparecen tambien sometidas á su dominio las islas Gymnesias ó Baleares, no sin que les costára ser alguna vez rechazados á pedradas por sus célebres honderos (1).

Entonces fué cuando las colonias griegas de España comenzaron á temer la peligrosa rivalidad de los cartagineses, y se dispusieron á aliarse con los romanos, que ya en aquel tiempo se mostraban poderosos, y ya se habian encontrado en los mares con los cartagineses. Debemos al griego Polibio el conocimiento del mas antiguo tratado que la historia menciona entre los dos pueblos (2). Sin embargo ni en esta estipulacion ni en otra que se celebró después se menciona á España. Acaso entraba en la recelosa y reservada política de los cartagineses no llamar sobre ella la atencion de los romanos.

En el año 480, famoso por la espedicion de Xerjes, hallaron buena ocasion los de Cartago para abatir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga série de guerras sicilianas, de que á nosotros no nos toca sino apuntar la parte que en ellas cupo á los españoles. Durante aquellas sangrientas luchas no cesaron los cartagineses de

(1) Herodot. lib. I.—Estrabon, lib. III.—Diod. Sic. l. V.

(2) La letra del tratado traducida del latin bárbaro, decia asi: «Entre los romanos y sus aliados y entre los cartagineses y los suyos habrá alianza bajo las siguientes condiciones: que los romanos ni sus aliados del Latium no navegarán mas allá del gran Promontorio, á no ser que á ello se vean obligados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades: que en este último caso no les será permitido comprar ni tomar nada, sino lo precisamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y que no podrán permanecer mas de cinco dias: que los que vayan á comerciar no podrán concluir negociacion alguna sino en presencia de un pregonero y un notario: que todo cuanto se venda delante de estos testigos se considerará bajo la seguridad de la fé pública, ya se verifique en el mercado de Africa, ya en el de Cerdeña: que si algunos romanos arriban á la parte de la Sicilia que se halla sometida á Cartago, gozarán de los mismos derechos que los cartagineses: que estos por su parte no inquietarán de modo alguno á los anciotas, los ardeanos, los laurentinos, los circeyanos, los terracinenses ni otro alguno de los pueblos latinos que obedezcan á los romanos: que si hay algunos que no estén bajo la dominacion romana, los cartagineses no combatirán sus ciudades: que si toman alguna, la entregarán á los romanos sin restriccion: que no construirán fortalezas en el pais de los latinos, y que si entran armados en una plaza, no pasarán en ella la noche.» Polib. lib. III.

levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increible generosidad á servirles de auxiliares. Asi vemos en 413 á Anibal Gisgon venir á España en busca de socorros para acometer á los siracusanos. En 411 ser los españoles los primeros en dar el asalto á Selinonte como auxiliares. En 396 acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia (1). Asi mas adelante los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria á los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Asi todavía despues hallamos á un senador de Cartago recurriendo de nuevo á España en demanda de socorros con que poder repararse de los desastres de Sicilia. ¡Triste suerte la de España, estar sacrificando á sus hijos en lejanas tierras en favor de fingidos aliados, á quienes daban triunfos, para que vinieran despues á imponerles el yugo de su tiranía!

En aquella misma Sicilia estalló en 264 una lucha de que habia de depender mas tarde la suerte de España. Hallábase entonces aquella isla dividida entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Apurados estos por Geron, rey de Siracusa, iban á entregarle su última ciudad, cuando receloso Anibal, general entonces de los cartagineses, del creciente poder de Geron, envió tropas á Messina. Colocados asi los mamertinos entre dos enemigos poderosos, en su conflicto, como campanios que eran, pidieron auxilio á Roma. Tal fué el origen de la *primera guerra púnica*, que duró veinte y cuatro años, y que despuesde mucha sangre vertida, costó á los cartagineses tesoros inmensos y la pérdida de Sicilia y Cerdeña, de donde tuvieron que salir ajustada una paz bajo durísimas condiciones.

Dos propósitos formaron entonces los cartagineses; el de indemnizarse en España de las pérdidas y desastres de Sicilia, y el de buscar en esta region un nuevo campo en que vengarse de los romanos sus vencedores. Lo primero lo exigia la necesidad, lo segundo el orgullo humillado de la república. Resolvióse pues la conquista de España.

Pero antes tuvieron los cartagineses que dar cima á otra guerra que se suscitó en su propio pais, la guerra de los mercenarios. Debemos decir dos palabras de lo que fué esta guerra horrible. Ella nos dará idea del carácter de los que vinieron en seguida á dominar nuestro suelo.

Ajustada con Roma la paz de Sicilia, Cartago trató de licenciar las tropas mercenarias, que le eran ya gravosas. Amotináronse éstas reclamando sus sueldos atrasados. Aquellas feroces bandas, procedentes de diferentes pueblos, que se espresaban en multitud de idiomas, excitaron y arrastraron

(1) Diod. Sicul. lib. II.

tras sí á las ciudades africanas, irritadas entonces por el exceso de los tributos. Juntáronse pues á los veinte mil estipendiarios setenta mil africanos, y Cartago se vió asediada por este ejército formidable de rebeldes. Encomendó el senado su salvacion á Amilcar Barca, que se habia distinguido en las guerras de Sicilia. Amilcar soborna con dinero á los numidas, y priva á los rebeldes del auxilio de la caballería; pero irritados éstos, aprisionan á Giscon que habia ido á tratar con ellos, y mutilándole y desjarretándole, lo mismo que á otros setecientos cartagineses, los precipitan en el fondo de un abismo. Amilcar, por via de represalias, arroja á las fieras todos sus prisioneros, y cercando á los rebeldes los reduce al estremo de devorarse de hambre unos á otros. En tan apurado trance acuden los gefes á Amilcar en solicitud de paz. Amilcar la otorga á condicion de que le entreguen en rehenes las diez personas que él escogiera. Convenido que hubieron aquellos, «pues bien, les dijo Amilcar, esas diez personas sois vosotros:» y apoderándose de ellos los hace crucificar. Privados los rebeldes de sus caudillos, fueron degollados hasta cuarenta mil. Otros sirvieron de diversion á los habitantes de Cartago, que en sus espectáculos gozaban con la muerte horrorosa que les hacian sufrir. Así terminó la famosa y horrible guerra llamada *de los mercenarios* (1).

Concluida la cual, y en el año 238 antes de nuestra era, acordó el senado enviar á aquel mismo Amilcar Barca á la conquista de España, donde hasta entonces se habian limitado los cartagineses á fundar colonias en el litoral, y á servirse de las alianzas con los pueblos ó tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos á la espedicion de Sicilia.

(1) Polib. lib. I.



CAPITULO III.

AMILCAR, ASDRUBAL, ANIBAL.

De 238 antes de J. C. á 219.

Conquistas de Amilcar.—Fundacion de Barcelona.—Guerras con los indígenas.—Triunfos del cartaginés.—Es derrotado.—Su muerte.—Sucédele Asdrubal.—Su conducta en España.—Funda á Cartagena.—Es asesinado por un esclavo.—Anibal.—Retrato moral de este famoso guerrero.—Subyuga á los olcadas, arevacos, carpetanos y vaccéos.—Amenaza á Sagunto.—Pretesto de la guerra.—Embajada de los saguntinos á Roma.—Su resultado.—Conducta del senado cartaginés.—Guerra saguntina.—Heroicidad asombrosa de los saguntinos. Combates.—Destruccion de la ciudad. Ultimo ejemplo de heroismo.—Inexcusable proceder de Roma.

Era llegado para los cartagineses el momento de emprender sériamente y á las claras la conquista de España. Roma los habia privado de una Sicilia, y necesitaban oponer una España á Roma.

Rápidas y activas fueron las primeras operaciones de Amilcar. En el primer año recorrió la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiendo tributos á nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas á la costa oriental, y sujetó á los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Murcia y Valencia. Enviáronle los saguntinos una embajada, ó recordándole ó haciéndole saber que eran aliados de los romanos. No faltarían al cartaginés deseos de acometer á Sagunto, por la misma razon que ella exponia para ser respetada: mas no pareciéndole todavía tiempo y sazon para inquietar á las colonias griegas aliadas de Roma, disimuló por entonces, y prosi-

guió hácia el Ebro, donde se detuvo á celebrar con fiestas y regocijos las bodas de su hija Himilce con Asdrubal su deudo.

Importábale principalmente á Amilcar la ocupacion del litoral para sostener el comercio marítimo de que era tan cuidadosa Cartago. Hasta entonces habia seguido la política de no atacar á los que á él no le hostilizaban. Conveníale mostrarse dispuesto á hacer alianzas, y no desechaba las que se le ofrecian.

Desde el Ebro prosiguió con su gente hácia los Pirineos, y en la region de los laletanos echó los cimientos de Barcelona, que el fundador llamó Barcino, nombre patronímico de su linage.

Llevaba ya el pensamiento de hacer la guerra á Italia tan luego como acabára de sujetar la España (1), y por lo mismo procuró desde aquellos puntos ganarse á fuerza de oro y de dádivas las voluntades de los galos, cuya amistad conocia de cuánto provecho podría serle para cuando llegára aquel caso. Mas de todos estos pensamientos vino á distraerle la noticia de que los tartessios y los célticos del Cunéo se habian levantado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varon principal entre ellos. Acudió Amilcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó á Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luego por las tierras de los lusitanos y de los vettones, donde en lugar de aliados encontró tambien cincuenta mil combatientes que le esperaban, mandados por Indortes. No fué menos feliz el cartaginés en esta segunda campaña que en la primera. Mas fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir á tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. Asustó ya no obstante á Amilcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió ser el número de prisioneros, cuando se cuenta que dió libertad á diez mil, acaso por atraer aquellas gentes ostentándose generoso, acaso tambien por desconfiar de ellos. Indortes, que habia podido huir, cayó despues en poder de los cartagineses, que le hicieron sufrir muerte de cruz como á Istolacio. Primeras y desgraciadas tentativas de independencia.

Triunfante Amilcar, revolvió otra vez sobre la costa oriental, donde habia hecho construir una fortaleza, que por estar sobre una roca blanquecina se llamó Acra-Leuka, donde hoy está Peñíscola. Allí tenia sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Desde allí se comunicaba libremente con Cartago, y mantenia en respeto las colonias marsellesas de los griegos, aliadas de Roma. Allí crecia el jóven Aníbal, su hijo, á quien habia traido consigo de edad de nueve años. Pronto iba á encontrar Amilcar resistencia mas vigorosa que la que habia hallado hasta entonces.

Bloqueaba el cartaginés una ciudad nombrada *Hélice* ó *Velice*, la antigua

(1) *Cum in Italiam bellum inferre meditaretur*. Cornel. Nep.

Bellia, que creemos con fundamento fuese Belchite (1). Llamaron los beliones en su socorro á otros celtiberos, que á su llamamiento acudieron á darles ayuda. Uno de sus caudillos ó régulos, nombrado Orisson, fingióse amigo y auxiliar de Amilcar, y pasó á su campo con un cuerpo de tropas, pero con la intencion y designio de volverse contra él cuando viese ocasion y oportunidad. Notable y estraña fué la estratagema de que los españoles entonces se valieron. Delante de las filas colocaron gran numero de carros tirados por bravos novillos á cuyas astas ataron haces embreados de paja ó leña. Encendiéronlos al comenzar la refriega, y furiosamente embravecidos los novillos con el fuego, metiéronse por las filas de los cartagineses que enfrente tenian, causando horrible espanto á los elefantes y caballos y desordenándolo todo. Cargan entonces los confederados sobre el enemigo, y aprovechando Orisson el momento oportuno únese á los celtiberos y hace en los cartagineses horrible matanza y estrago. El mismo Amilcar pereció, segun unos ahogado con su caballo al atravesar un rio, segun otros peleando con los beliones (2), Los restos del ejército cartaginés se refugiaron á Acra-Leuka.

Asi pereció Amilcar, despues de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España. Gran capitan era Amilcar, y su muerte causó no poco pesadumbre á los soldados, que reunidos en Acra-Leuka, nombraron por sucesor suyo á Asdrubal, su yerno. No hubo la misma conformidad de pareceres en el senado cartaginés, dividido como estaba entre las dos celosas y rivales familias de los Hannon y los Barca. Prevaleció al fin despues de acalorados debates el partido de estos últimos, como en todas las deliberaciones acaecia, y Asdrubal quedó nombrado gobernador de España.

Deseoso Asdrubal de vengar la muerte de su suegro y de castigar la traicion de Orisson, entróse por las tierras de Hélice llevándolo todo á sangre y fuego, y tomó varias ciudades. Creese que Orisson cayó en su poder, y que el cartaginés logró satisfacer su venganza: la historia no vuelve á hablar de aquel caudillo. Pero bien fuese que la resistencia de los pueblos del interior obligára á Asdrubal á ajustar tratos de paz, bien que entrára en su sistema grangearse con

(1) El historiador Romey supone que fuese *Illici*, hoy Elche, equivocando á *Illici* con *Hélice*.

(2) No con los *vettones*, como sienta Cornelio Nepote, que escribió *beleones*, y *belones* por *beliones*.

Un historiador estrangero se admira de que los españoles condenen por desleal la fingida alianza y la conducta de Orisson con unas gentes para quienes todos los medios de conquista eran buenos. Los españoles reprobamos siempre las traiciones, de donde quiera que vengan, sin que desconozcamos que no era muy digno de ser tratado con lealtad el que tan alevosamente se habia apoderado en Africa de los gefes de los mercenarios y tan cruelmente los sacrificó.

la afabilidad y la política á sus moradores, dióse á entablar con ellos alianzas, y mas que de adquirir cuidó de asegurar las posesiones cartaginesas.

Quiso erigir en frente de Africa una nueva Cartago, una Cartago española, que fuese la cabeza y asiento del gobierno en estas provincias y fundó á Cartagena, plaza importante de guerra, y puerto cómodo para el comercio con la metrópoli.

Temiendo entonces las colonias griegas del Mediterráneo la peligrosa vecindad de tan poderoso enemigo, solicitaron la proteccion de Roma, que viendo ya con celos los progresos de la república cartaginesa en España, oyó fácilmente sus votos, y envió una embajada á Cartago para obtener un tratado que diese seguridad á los pueblos que bajo su alianza vivian. Estipulóse pues un concierto entre Cartago y Roma, por el que se fijaba el Ebro por término y límite á las conquistas cartaginesas en España, y obligábanse ademas los cartagineses á respetar y mantener inviolables la libertad y territorio de Sagunto y demas ciudades griegas.

Comprometido asi Asdrubal por todos lados con recientes capitulaciones, no intentó nuevas conquistas sobre los indígenas. No sabemos hasta qué punto hubiera respetado aquel convenio si hubiera alcanzado mas larga vida. Abreviósela el esclavo de un noble celtíbero, que en venganza de la muerte que el cartaginés habia dado á su señor, al cual unos nombran Tago y otros opinan fuese el mismo Orisson, dió de puñaladas á Asdrubal al mismo pie de los altares en que se hallaba sacrificando. Duró cerca de ocho años el gobierno de Asdrubal en España.

Muerto Asdrubal, el ejército y el senado anduvieron acordes en nombrar sucesor á su hijo Aníbal, que contaba entonces sobre veinte y seis años de edad, á quien su padre habia hecho jurar de niño sobre los altares de los dioses odio eterno é implacable á Roma.

Educado entre el ruido de las armas, endurecido su cuerpo en el ejercicio de la guerra de España, su maestra en el arte militar, como la llama Floro, codicioso de gloria, de ánimo arrogante y esforzado, tan sereno en los peligros como audaz en los combates, tan enérgico como prudente y tan avisado como brioso, reconocido por el mejor ginete y por el mejor peon de todo el ejército, tan hábil para formar el plan de una espedicion como activo para ejecutarle, tan dispuesto á saber obedecer como apto para saber mandar, tan paciente y sufrido para el frio y el calor como sóbrio y templado en el comer y en el beber, modesto en el vestir y acostumbrado á dormir sobre el duro suelo, el primero siempre en el ataque y el último en la retirada, con aventajada y sobresaliente disposicion para las cosas mas inconexas, no pudiera la república haber encomendado á manos mas hábiles y dignas la suerte de las armas

y el engrandecimiento de sus conquistas: que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor á los dioses y de respeto á la religion y á la santidad del juramento, no debia servir de reparo y escrúpulo al senado cartaginés, con tal que en pró de la república los empleára (1).

Necesitaba Anibal un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero. Odiaba á Roma, y deseaba abatir su orgullo. Habia en Cartago una faccion rival de su familia, y conveniale acallarla con hechos brillantes. Sin embargo, como la grande empresa que contra Italia meditaba exigia prudencia y preparacion, antes de medir sus fuerzas con Roma quiso mostrarse señor de España, y á este fin y al de ejercitar sus tropas é imponer ú obediencia ó respeto á los naturales, llevó primeramente sus armas contra los olcadas, que habitaban á las márgenes del Tajo, y los subyugó fácilmente. Internóse en otra segunda espedicion en las tierras de los carpetanos y de los vaccéos, taló sus pingües campos, rindió varias ciudades, y llegó hasta Elmantica ó Salamanca, cuyos habitantes obligó á huir con sus mugeres y sus hijos á las vecinas sierras, de dondo luego los permitió volver bajo palabra de que servirian á los cartagineses con lealtad. De vuelta de esta espedicion pasó á la capital de los arevacos, que tomó tambien. Mas cuando cargado de despojos regresaba de todas estas escursiones á Cartagena, atreviéronse á acometerle á las orillas del Tajo los olcadas y carpetanos en bastante número reunidos, y aun le desordenaron la retaguardia y rescataron gran parte del botin. Triunfo que pagaron caro al siguiente dia, en que Anibal les hizo ver bien á su costa cuán superiores eran las tropas disciplinadas y aguerridas á una multitud falta de organizacion, por briosa que fuese, que lo era en verdad; y en las páginas de Polibio quedaron consignados elogios grandes del valor y arrojo que en aquella ocasion mostraron los españoles.

Pero estas pequeñas conquistas no eran sino los preludios de la gigantesca empresa que en su ánimo traia, la de medir sus armas con los romanos, y atacar á Roma en el corazon mismo de la Italia. Faltábale un pretesto, y le tomó de las diferencias en que sobre límites de territorio andaban tiempo hacia envueltos los de Sagunto con sus vecinos los turboletas (2). No era Anibal hombre de quien se pudiera esperar que respetára las obligaciones del asiento con que las dos repúblicas se habian comprometido respecto de Sagunto; de presumir es que le hubiera quebrantado de todos modos, pero cuadrábale bien encon-

(1) Tito Livio nos dejó el retrato moral de Anibal en el lib. XXI. c.4, de donde le hemos tomado.

(4) No los turdetanos, como escribió por equivocacion Tito Livio, á quien siguió en el mismo error Mariana. Los turdetanos estaban demasiado distantes para haber entre ellos y los saguntinos cuestiones sobre lindes de territorio.

trar algo con que poder cohonestar la guerra, y declarándose en favor de los de Turba escribió al senado pintando á los saguntinos como injustos inquietadores de sus vecinos y como infractores del tratado, ó acaso mas bien como instigados secretamente por Roma, interesada en turbar la paz de sus aliados, pidiéndole al propio tiempo autorizacion para vengar la injuria de Sagunto Otorgósela el senado, y aprestóse el ambicioso general á la campaña.

Viéndose amenazados los saguntinos, enviaron legados á Roma, exponiendo la congoja en que por su alianza se hallaban, y reclamando su auxilio. Contentóse el senado romano con espedir una embajada á Anibal recordándole el respeto que debia á una colonia aliada suya y requiriéndole de paz. Mas antes de tener efecto esta resolucion, súpose en Roma que ya Anibal se hallaba ante los muros de Sagunto, con un ejército que Tito Livio hace subir á ciento cincuenta mil hombres, provisto de todo género de máquinas é ingenios de guerra. Con esta nueva apresuróse Roma á enviar diputados al campamento de Anibal para que protestáran contra tan inicua agresion, y si continuaba las hostilidades reclamasen al senado cartaginés su persona como infractor de los tratados. Anibal entretanto atacaba con el ardor y fogosidad de un jóven guerrero, y los saguntinos se defendian con valor y denuedo prodigioso. Cuando llegó la embajada, dió á los legados una respuesta ó evasiva ó dilatatoria, y los envió á que expusieran su agravio ante el senado, de quien no obtuvieron mas favorable acogida.

Continuando Anibal el asedio, hacia jugar contra los muros de Sagunto todas las máquinas de batir. No solo contestaban los sitiados con armas arrojadizas, sino que hacian salidas vigorosas que solian costar mucha gente y mucha sangre á los cartagineses. Un dia que quiso Anibal hacer alarde de confianza, y acercándose imprudentemente al muro, asestáronle un dardo, que clavándosele en la parte anterior del muslo, le hizo caer en tierra. Por algunos dias mientras el general se curaba de su herida, se suspendió la lid, pero no las obras de ataque. Aprovechando esta ocasion los saguntinos despacharon segunda embajada á Roma apretando por el envío de pronto socorro, porque era urgente su necesidad. Otra vez se contentó el senado romano con enviar legados á Anibal, que con su mal humor ni siquiera se dignó recibirlos, limitándose á hacerles entender que no era prudente para ellos acercarse al campamento, ni ocasion para él de atender á embajadas: con lo que hubieron de reembarcarse para Cartago á exponer de nuevo al senado su querella.

Eran los momentos en que, restablecido el general africano de su herida, habia vuelto con mas furor al ataque, jurando no darse reposo ni descanso hasta ser dueño de la ciudad. Los arietes y las catapultas iban derribando las torres y las cortinas del muro mas cuando los cartagineses creian poder pe-

netrar en la ciudad por las anchas brechas abiertas, hallaban á los saguntinos parapetados en los escombros, ú oponiéndoles sus pechos sobre las mismas murallas, ó echando mano á la terrible arma llamada *falárica*, hacian estrago grande en los sitiadores y solian rechazarlos y reducirlos á su campamento.

Debatíase en tanto en el senado cartaginés la reclamacion de los enviados del de Roma. No faltaron senadores que habláran enérgicamente contra la conducta de Anibal y del senado mismo. «Antes de ahora os he advertido muchas veces, decia Hannon, y os he suplicado por los dioses, que no pusiéseis al frente de los ejércitos ningun pariente de Amilcar, porque ni los manes ni los hijos de este hombre pueden jamás estar quietos: y no debeis contar con la observancia de los tratados y de las alianzas mientras viva algun descendiente ó heredero del nombre de los Barcas. Habeis no obstante enviado al ejército de España un general jóven, ansioso de mandar, y que conoce muy bien que el medio mas seguro de conseguirlo, despues de terminada una guerra, es derramar las semillas de otra para vivir siempre entre el hierro y las legiones, con lo que habeis encendido un fuego que en breve os ha de abrasar. Vuestros ejércitos están en torno de Sagunto, de donde los arrojan los pactos y convenciones que habeis hecho, y no se pasarán muchos dias sin que vengan las legiones romanas á sitiar á Cartago, guiadas y protegidas por los mismos dioses, con cuyo auxilio se vengarán de la fé burlada del primer tratado en que fundais vuestra confianza...... La ruina de Cartago (decia despues), y ojalá sea yo un falso profeta, caerá sobre nuestras cabezas, y la guerra que hemos emprendido y comenzado con los saguntinos tendremos que acabarla con los romanos....(1).»

Pero la voz de Hannon se ahogó como siempre entre la mayoría del partido de los Barcas, y el senado dió por toda respuesta que las cosas habian llegado á aquel estremo, no por culpa de Anibal, sino de los saguntinos. Con lo que el general cartaginés continuó obrando, mas robustecido de autoridad, si alguna le faltaba, y con aquella fuerza indomable de voluntad en que nadie escedió á aquel insigne africano.

Un reposo momentáneo habian gozado los de Sagunto, mientras Anibal hubo de acudir á sosegar á los oretanos y carpetanos, que se habian alterado y tomado las armas por el rigor que los cartagineses empleaban para levantar gente en aquellas tierras. Pero tardó poco en sujetarlos, y volvió á dirigir el sitio en persona. Hizo arrimar á la muralla una gran torre de madera, que escedia en altura á los mas elevados muros de la ciudad. Llovian desde ella sobre los sitiados dardos y venablos y todo género de proyectiles. A los conti-

(1) Tit. lib. XXI., c. 8.

nuados golpes de los arietes, de las catapultas y ballestas caian con estrépito desplomados los muros, sin que por eso los bravos saguntinos desmayáran, ya levantando nuevas torres, ya retirándose al centro de la ciudad, que iba quedando reducida á estrechísimo recinto, ya defendiéndose heróicamente parapetados en los escombros de las murallas y de sus casas mismas. Acosábalos ya tanto el hambre como el hierro enemigo. Tan congojosa estremidad movió los corazones de dos hombres generosos, cuyos nombres celebramos nos haya conservado la historia, Alcon y Alorco, saguntino el primero, español el segundo que servia en las filas de Anibal, los cuales sin conocimiento de los sitiados y obedeciendo solo á su buen deseo, entablaron tratos de paz con los cartagineses. Mas las condiciones que estos exigian eran tan duras y pareciéronles á los saguntinos tan humillantes, que cuando les fueron noticiadas llenáronse de santa indignacion y enojo. Entonces fué cuando formaron la resolucion heróica de perecer antes que sucumbir y de darse á sí mismos la muerte antes que sufrir la esclavitud. Diéronse á recoger cuanto oro y plata, y cuantas alhajas y prendas de valor en sus casas tenian, y prepararon en la plaza pública una inmensa hoguera.

Pero antes, segun Appiano nos refiere, quisieron hacer el último esfuerzo de la desesperacion en la única noche que ya les quedaba, intentando una salida vigorosa. Noche fué aquella de horrible carnicería y espanto, en que sitiadores y sitiados empaparon la tierra abundantemente con su sangre. No pudieron vencer los saguntinos, porque era ya imposible que venciesen, y recurrieron á la hoguera. Arrojáronse muchos á las llamas, que consumian alhajas y héroes á un tiempo. Imitábanlos sus mugeres, y algunas hundian antes los puñales en los pechos de sus hijos. Cuando entraron los cartagineses, los sorprendieron en esta sangrienta tarea. Horror y espanto debió causar su obra á los vencedores, á los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Así pereció Sagunto (1) despues de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 antes de J. C.). Primer ejemplo de aquella fiereza indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español (que por españoles contamos ya á los saguntinos, aunque griegos de origen, despues de mas de cuatro siglos que vivian en nuestro suelo, como nadie ha dudado llamar africanos á los cartagineses, por mas que fuesen una colonia de Tiro), y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar á los romanos (2). Fidelidad inmerecida, y borron eterno para Roma, que tan mal correspondió á tanta constancia y lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la

(1) Polibio, Appiano, Livio, Plutarco, Floro y otros.

(2) *Fidei erga romanos magnum quidem sed triste monumentum*. Flor. Epit. lib. II.

lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur,* se decia en Roma. y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heróica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandeza; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroismo.

CAPITULO IV.

ANIBAL EN ITALIA: LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA.

De 219 antes de J. C. á 212.

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Aníbal.—Los Pirineos.—Los Alpes.— Sorpresa de Roma.—Combates y triunfos de Aníbal.—En el Tesino.—En Trébia.— En Trasimeno.—En Cannas.—Susto y terror de Roma.—Aníbal en Capua.—Venida de Cneo Escipion á España.—Bate al cartaginés Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.——Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.——Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situacion de los cartagineses.—Se recobran, y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones.—Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.—Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Neron en España.

Hondo disgusto y emocion profunda causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábanse ya ver al intrépido africano franqueando los Alpes, y aun se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el jóven capitan cartaginés. Lo que al senado inspiró terror produjo indignacion en los ciudadanos: acusábanle éstos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada y de haber comprometido el buen nombre de la república: difícilmente podia el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía sin embargo envió Roma nueva embajada al senado cartaginés para preguntar si la destruccion de Sagunto habia sido obra de Anibal solo, ó si habia obrado con acuerdo y de mandato de la república. Estraña insistencia, que solo puede comprenderse por el estudio y conato de Roma en hacer mas y mas patente á los ojos del mundo la justicia y fundamento de la guerra que iba á emprender. La respuesta no fué ni mas esplícita ni mas satisfactoria que las anteriores. Entonces uno de los cinco enviados romanos, y á lo que parece el principal entre ellos, Quinto Fabio Máximo, plegando la halda de su toga y estendiendo el brazo, «Senadores, les dijo, aqui os traigo la paz y la guerra; escoged.—Elige tú mismo, le respondieron á una voz.—Pues bien, elijo la guerra, contestó soltando el manto.—La aceptamos, esclamaron todos.» La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

Vinieron entonces á España aquellos mismos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del pais, y remontando por la ribera del Ebro, fácilmente se grangearon la amistad de los bargusios, pueblos cercanos á los ilergetes, que disgustados de la dominacion cartaginesa deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron á ejemplo de los de Bargusia el partido de Roma. No asi los volcios, que con desdeñosa mofa: «Id, les dijeron, «id á buscar aliados allá donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. «Las ruinas de aquella desgraciada ciudad son para todos los pueblos de «España una leccion saludable, que les enseña lo que se puede fiar del se«nado y del pueblo romano (1).» Dura y áspera respuesta, pero harto bien merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales ó parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Peninsula, y partiéronse á la Galia Narbonense, donde en vano solicitaron tambien de aquellas gentes la declararacion de negar á Anibal el paso por sus tierras, si por acaso, como temian, se dirigiese por allí á Italia. Limitáronse los galos prudentemente á guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que mas y mas desazonados aquellos negociadores tuvieron por bien regresar á Roma por Marsella.

Anibal, retirado á cuarteles de invierno en Cartagena despues de la toma de Sagunto, habia concedido licencias temporales á sus tropas, con la órden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organizacion de los ejércitos de aquel tiempo, en

(1) Polib. lib. III.

que siendo el servicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los gefes, la religion del juramento era la que mantenia la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir á dar gracias á los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto, y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados á Africa sobre quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, y traidos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España, que encomendó á su hermano Asdrubal, dejándole ademas cincuenta galeras que poder oponer á las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto que confió al cartaginés Bostar, púsose en marcha á la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones; sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los paises situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega á Andubal, rico español con quien habia hecho amistad, los bagages del ejército, y metióse por las asperezas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habian abandonado sus banderas, y lejos de mostrar desazon por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguian de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que habia licenciado tambien á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa pues los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este rio, y se dispone á salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 A. de C.) Empresa espantosa, y hasta entonces sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que á cada paso le arman aquellos montañeses. De todo triunfa, y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria, y trazádole las roscas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría á los soldados las fértiles llanuras del Pó, y les señala el punto donde debe hallarse Roma. Desciende aquellos terribles desfiladeros, entra en el pais de los taurinos, y baja hácia el Pó. Es la marcha mas atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Anibal no la habia hecho impunemente: del grande ejército que habia sacado de Cartagena solo le quedaban veinte mil in-

fantes y seis mil caballos (1). Pero eran soldados á prueba ya de fatigas y de intemperies, que lejos además de su patria necesitaban vencer ó morir; fiaban en la esperiencia y valor de su general; éste contaba tambien con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último Anibal estaba en Italia y veia cumplidos sus sueños dorados.

Roma no habia podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Creíale todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Esc pion cuando supo que los cartagineses habian atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra habia sido mandar un ejército á España al mando de Publio Escipion, otro á Africa y Sicilia al de Sempronio, y otro á la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipion de la marcha de Anibal y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió á defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él á España al mando de su hermano Cneo Escipion, pasó á esperar á Anibal al pie de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Dióse un combate, en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipion, que hubo de abrigarse en los muros de Plasencia.

Llamaron los romanos á Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descalabros á los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio á presencia de Anibal á las márgenes del Trébia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Anibal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevacion general en la Galia Cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse del lado de los cartagineses, y hallóse Anibal otra vez á la cabeza de noventa mil guerreros.

Dirígese despues hácia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve á encontrar á los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) á una posicion desventajosa; fuérzale á aceptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado á orillas del lago Trasimeno (año 217).

La noticia de este tercer desastre difunde el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo á la asamblea del pueblo: «Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y estremos, y fué nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma*. Nombró éste por general de la caballería á Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista

(1) Polib. ibid.

á Anibal manteníase siempre á una conveniente distancia: nunca éste le pudo obligar á combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Anibal. Solo el cartaginés sabia apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar á Anibal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagáz africano, recordando la estratagema que en otra ocasion habian empleado con su padre los celtíberos, soltó en direccion de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y á favor del desórden que esparcieron en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Dióse á Minucio iguales poderes que á Fabio: atacó aquél con sus tropas á Anibal: cercóle éste por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de contemporizacion, hasta rayar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intencion la guerra, quiso tener un cónsul verdaderamente plebeyo, y nombró á Varron (1), que blasonaba de que le bastaba un dia para ver al enemigo y vencerle. Fuéle asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varron como Sempronio y como Flaminio, y mas confiado que ellos, acampó cerca de Anibal á las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo á los consejos de su colega, empeñóse en combatir á todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel dia el mando á Varron (que era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Anibal y la aceptó.

Dejemos á los historiadores romanos la sentida descripcion de la memorable batalla de Cannas, que inmortalizó á Anibal, que le señaló al mundo como el mejor capitan de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y de estupor á Roma. Diez y seis legiones, que componian ochenta mil infantes y siete mil caballos, habian presentado los romanos al combate. Acrecia sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazon los de Anibal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería númida. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus brazos de acuchillar enemigos. Mas de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez á doce mil. Acribi-

(1) Terencio Varron era hijo de un carnicero.

llado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exhaló su grande alma enviando á decir á Roma que cuidára de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216).

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia Meridional y ofreció su alianza á Anibal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros paises. Anibal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razon, porque rugia demasiado cerca el terrible leon numida. Pero alejóse Anibal, y fué á establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fué cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto despues se han repetido: *Sabes vencer, Anibal, pero no sabes aprovecharte de la victoria.* No discutiremos nosotros si obró ó nó prudentemente en no acometer á Roma. Dejémosle gozar *las delicias de Capua*, que tanta celebridad adquirieron en la historia, y que tan fatales fueron á su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa espedicion acaecia.

Muy diverso rumbo llevaban y con mas próspero viento corrian las cosas en España para los romanos del que allá en Italia les soplaba. Arribado que hubo Cneo Espicion, el hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Asi dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporcionósele Hannon, á quien vimos habia encomendado Anibal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo ademas en poder de los romanos los bagages que Anibal al pasar á las Galias dijimos habia dejado confiados al español Andubal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué mas venturoso Asdrubal en una espedicion marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habian salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon, mientras Asdrubal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia direccion para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona

con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinte y cinco naves, echó las otras á pique ó las hizo barar en la costa, y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martin, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena, sin que Asdrubal hubiese podido hacer mas que alcanzar á ver la catástrofe con el desconsuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con pies y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Asi reparaba Cneo Escipion en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufria Roma en el Tesino, en Trébia y en Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento, apresúranse todos á convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónanle los mas amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecia entonces en Italia y España. Allá naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Anibal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecian su alianza á Escipion triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba Cartago de caida. Mas de ciento y veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipion, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brío, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominacion cartaginesa.

Solo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indivil y Mandonio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. A juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencia que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominacion estrangera. «No os fieis, decian, de unos estrangeros que con pretesto de abatir el orgullo de los cartagineses vienen á quitaros vuestra libertad y á usurparos vuestros bienes. Asi han venido antes los griegos, asi los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse despues con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos de auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su patria y á su libertad.» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencia, y sin embargo, si aquellos dos gefes hubieran sido mas afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatricios, hubieran podido pasar por los primeros restauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma, y auxilia-

dos estos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipion, fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrubal que se habia acercado á fomentar aquellas alteraciones sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtíberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés (1).

Tanta importancia daba el senado romano á la guerra de España, que con admiracion vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Anibal. Envió, pues, á España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provision de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra habia sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabian cuánto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluce, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto habia dejado Anibal, á condicion de que habrian de entregarlos libres á sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que á lo menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debian escasear mucho las acciones generosas) les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia que recibieron de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

El senado cartaginés por su parte ordenó á Asdrubal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correría la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenia razon sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habian rebelado y puéstole en mas de un apuro, aunque al fin lográra sosegarlos después (2). En su virtud vino Himilcon, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrubal se le repitió la órden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel rio. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y aun el señorío del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrubal, y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil afri-

(1) Tit. Liv. lib. XXII.

(2) Livio escribe *cartesios* por *tartesios*, lo que ha dado lugar á versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.

canos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrubal con las cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arrimaron al partido de los romanos (1).

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma, exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con esacciones al país conquistado. Cartago volvió á enviar otras sesenta naves con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magon, hermano tambien de Anibal y de Asdrubal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbra mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgi (Andújar), que les habia hecho defeccion, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros (2). Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa después el derrotado ejército cartaginés á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento: aqui murió Himilcon, capitan esforzado. Ni fueron mas afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaen): en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de haber venido Asdrubal Gisgon en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreir á Anibal, y allí tambien se mostraban ya engreidas las águilas romanas. Solo les quedaba á los cartagineses el genio de Asdrubal Barcino, que superior á todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruida por Anibal y reedificada después, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padron de la fé romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnicion á capitular, y sacándola del dominio cartaginés la restituyeron á los pocos vecinos que habian podido sobrevivir á la catástrofe primera (214). Revolviendo después sobre la capital de los turboletas, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad: y á esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecia conspirar en este tiempo contra Cartago. Anibal empezaba á ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de

(1) *Tunc vero omnes prope Hispaniæ populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv. lib. XXIII.

(2) Mas de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. Ibid. cap. 34.

Asdrubal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En Africa un príncipe numida nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvia sus armas contra la república, y ofrecia su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situacion tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

A la alianza de los romanos con Siphax, opusieron los cartagineses la de Gala, otro príncipe numida, á cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra á Siphax. Dióse el jóven africano tan buena maña en la ejecucion, que bastáronle dos combates para destruir por completo á su contrario. Asdrubal Gisgon le dió en premio por esposa á su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento el intrépido Masinisa, pasó á España con siete mil infantes africanos y setecientos ginetes numidas, deseoso de dar ayuda á su suegro. Refuerzo fué este que realentó á los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inaccion de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles (falta en que suelen caer los mas afortunados guerreros), pusiéronse en marcha con intento de realizar el pensamiento en que tanto habia insistido siempre el senado cartaginés, el de reforzar á Anibal en Italia. Asdrubal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magon su hermano y de Asdrubal Gisgon, con Masinisa.

Dividiéronse tambien los dos Escipiones, al saber este movimiento, y aquello vino á ser la causa de su ruina. Cneo fué contra Asdrubal Barcino, Publio contra Asdrubal Gisgon y los otros. Encontró Cneo á Asdrubal en Anitorgis (Alcañiz). Confiaba el romano en treinta mil celtiberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartaginés medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defeccion quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

Peor suerte estaba sufriendo allá hácia Cástulo su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballería de Masinisa, aquella caballería numida que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venia ademas contra él el español Indibil con siete mil quinientos suessetanos (1): vióse Publio por todas partes cerrado y acometido: sirvióle poco defenderse con bravura; un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes: la noche libertó á unos pocos del encarnizado furor de los vencedores. No desaprovecharon estos la victoria. Vuelan á incorporarse á Asdrubal Barcino que seguia á Cneo. Encuéntrase éste envuelto por tres

(1) Creése que eran los de Sangüesa.

ejércitos á la vez: levanta de noche sus reales y se retira; pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento: gana el romano una pequeña colina, donde improvisa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas: tras este débil y flaco vallado se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número perece con la mayor parte de su gente (1).

Así acabó aquel valiente romano (216), el primero que inauguro en España el futuro señorío de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos hermanos, cuyas campañas habian sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones. ¡Qué mudanza en el teatro de la guerra! Ayer apenas existia ejército cartaginés, y hoy apenas existe ejército romano: ayer las águilas romanas enseñoreaban el país, hoy las cortas reliquias de aquellas legiones no encuentran donde guarecerse. Los que van á refugiarse en Castulon hallan cerradas las puertas de la ciudad: los que se guarecen en Illiturgis son de noche bárbaramente degollados: fueron otros á buscar amparo de la parte allá del Ebro.

Quedábale aun á Roma un genio militar en España; genio con que no contaría la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurion ó capitan de compañía. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

Marcio no se rindió al desaliento que en los rostros de los fugitivos veia pintado, incluso Fonteyo, único gefe de alguna graduacion que quedaba. Ocurriólesá los soldados nombrar general á quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrubal, franqueando el Ebro, se les venia encima, y tras él Magon que seguia sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entretanto el enemigo casi toca á sus reales. La vista de los estandartes cartagineses produce una trasformacion mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperacion, la desesperacion en corage, y aquel puñado de hombres á manera de leones embravecidos se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir, los otros de verse huyendo. Calculando luego Marcio que los

(1) A cuatro millas de Tarragona se ve todavía un monumento ilustre que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fué en aquel sitio: pero pudo ser muy bien y es harto verosímil que los romanos trasladáran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.

enemigos no esperarian un segundo ataque, conociendo ademas que si daba lugar á que se les reuniese Magon no quedaba á los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo á sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra á las calladas en el campo y reales de Asdrubal, que descuidado y sin guardias ni centinelas dormia. Cansáronse de matanza sus soldados, y sin darse mas vagar prosiguieron en busca de Magon, á quien hallaron igualmente desapercibido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de dia: Magon y los suyos á la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: síguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan tambien de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar á uña de caballo (1).

Salvó Marcio de un solo golpe las dos Peninsulas: la España venciendo á los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrubal, que unido á Anibal, que todavía se hallaba pujante, hubiera podido poner á Roma en grande aprieto.

Pagóselo Roma con ingratitud. En la carta que Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debia solo á la aclamacion de los soldados. Tomólo á mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni de hacer justicia á sus altas prendas, anuláronle implícitamente nombrando pro-pretor de España á Claudio Neron, que entonces hacía la guerra de Capua contra Aníbal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Neron á España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habian aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo á su patria en el puesto que le designaba. Asi el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dió tambien un ejemplo de admirable patriotismo.

Poco tino mostró el senado romano en la eleccion de Claudio Neron. Desembarcado que hubo en España con once mil infantes y mil caballos que de refuerzo trajo (211), fuése en busca de Asdrubal, á quien halló entre Illiturgis y Mantisa en los bastetanos (2). Faltóle poco para coger al cartaginés en el desfiladero de un bosque; pero reconociólo Asdrubal á tiempo, y entreteniendo á Neron so pretesto de negóciaciones de paz, hizo una noche desfilar callada-

(1) Debió tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartaginés se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso con la imágen de Asdrubal Barca ó Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fué llevado á Roma y se colgó en el Capitolio. Llamóse *Escudo Marcio*. Tit. Liv. lib. XXXV. Valer. Max. lib. I.

(2) Mariana los nombró ausetanos, indudablemente con error.

mente su ejército, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo despues á presencia y vista de Neron metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Neron durante su breve mando en España fué dejarse burlar de la astucia de un cartaginés. No merecia su nombramiento la pena de haber desairado á Marcio. Pronto fué otra vez llamado á Roma.

CAPITULO V.

ESCIPION EL GRANDE.

Desde 211 antes de J. C. hasta 205.

Es nombrado Publio Cornelio Escipion procónsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma á Cartagena.—Generosidad de Escipion con los españoles. Noble y galante conducta del romano con una jóven española.—Accion de Bécula. Gánala Escipion.—Logra Asdrubal pasar á Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos á Cádiz.—Enfermedad de Escipion.—Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indivil y Mandonio.—Subléváse una parte del ejército romano.—Somételos á todos Escipion.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.—Conducta del gobernador Magon.—LOS CARTAGINESES SON EXPULSADOS DE ESPAÑA.

Tratábase en la asamblea del pueblo romano de nombrar un general que reemplazase á Claudio Neron en España. Vióse con sorpresa que nadie aspiraba á recibir este honor. La suerte desastrosa de los dos Escipiones y las noticias que Neron les daba de la astuta falsía de los de Cartago, hacian que se esquivára como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. La república no sabia á quién enviar. Un jóven de veinte y cuatro años se levanta, y con arrogante acento; «Yo soy Escipion, exclama: pido que «se me nombre procónsul. Quiero ser el vengador de mi familia y del nombre «romano. Entre las tumbas de mi padre y de mi tio sabré ganar victorias. «Tengo todo lo que se necesita para vencer.» El jóven Publio Cornelio Escipion fué nombrado procónsul.

Diez y nueve años tenia cuando su padre Publio fué herido en la batalla del

Tesino peleando contra Anibal, y ya entonces salvó la vida á su padre. Cuando las legiones derrotadas en Cannas se desbandaron por Italia, una de ellas nombró su gefe al jóven Publio Cornelio. Duraba el pavor á los soldados, y no trataban sino de huir. Escipion se presentó en medio de los fugitivos con su espada desnuda: «Juro aqui solemnemente, les dijo, que con esta espada «atravesaré el corazon á todo el que pretenda tomar el camino de Roma. Juro «por Júpiter no hacer jamás traicion á la república. Tú, Cecilio, y vosotros to«dos los que os hallais aqui presentes, prestad el mismo juramento.» Tan enérgico lenguaje usado por un jóven, contuvo y realentó las tropas.

Especies misteriosas circulaban por el vulgo acerca de su nacimiento. Decian que nueve meses antes de venir al mundo se habia visto un enorme dragon en casa de su madre. Veiasele subir diariamente al Capitolio, y él hacia creer que conversaba horas enteras con Júpiter. Teniasele por hombre recto. Aunque jóven, concebia grandes pensamientos, y los ejecutaba con madurez. Respetaba ó se reia de las leyes, de la religion y de los tratados, segun cumplia mas á su propósito. Era un digno rival de Anibal.

Partió, pues, Publio Cornelio Escipion á España con diez mil infantes y mil caballos: se embarcó en Ostia y desembarcó en Tarragona.

Su primer pensamiento fué apoderarse de Cartagena, el principal baluarte de los cartagineses. Llegada la primavera, y aprovechando la ocasion en que los generales enemigos se hallaban lejos de la plaza, Magon cerca de Cádiz, Asdrubal Gisgon á la boca del Guadiana, y el otro Asdrubal en el pais de los carpetanos, ordenó á Lelio que con la armada siguiese la costa y él sin perderla de vista pasó el Ebro con veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos. A los siete dias la escuadra y el ejército se hallaban á la vista de Cartagena. Guarneciania solos mil hombres: creiasela por su gran fortaleza al abrigo de todo ataque. Despues de intentados varios asaltos, rechazados con bizarría por los españoles que presidiaban la ciudad, fué avisado Escipion de que habia un sitio que en las maréas bajas quedaba casi en seco, y por el cual podia llegarse á pié hasta la muralla. Sirvióle la noticia para persuadir á sus soldados de que Neptuno favorecia su empresa, y les dejaria atravesar el mar sin peligro. Asi sucedió. Neptuno retiró las aguas á la hora que de costumbre tenia, y mientras Escipion daba el asalto por la parte del Norte, una cohorte escogida atravesó el vado hasta tocar en el muro. Echáronse las escalas, y abriendo la puerta mas cercana, pronto estuvo la plaza en poder de los romanos (210). Las crueles leyes de la guerra fueron al principio seguidas, y no cesó la matanza hasta haberse entregado la ciudadela, donde se habia retirado el gobernador Magon. Lelio entretanto se apoderó de la flota cartaginesa, quedando asi los romanos dueños tambien y señores del mar.

Era Cartagena como la metrópoli de la España cartaginesa, el mejor puerto del Mediterráneo, la plaza mas fortalecida, el emporio del comercio, el almacen y arsenal de las provisiones y de las armas, el depósito de los rehenes y el centro de las riquezas. Inmensas fueron las que allí recogió el vencedor. El oro y la plata se depositaron en manos del cuestor, especie de cajero de la república. El resto del botin, hecha la competente valoracion por los tribunos militares, se distribuyó segun costumbre entre los soldados: ramo era éste que los romanos tenian perfectamente organizado: los soldados hacian juramento antes de entrar en campaña de no retirar nada del botin, y los romanos guardaban entonces sus juramentos.

Pasados los primeros excesos de la soldadesca, comenzó Escipion á mostrarse generoso. La ley hacía esclavos á los prisioneros: Escipion dió libertad á todos los españoles, y lo que es mas, les restituyó todos sus bienes, aun á aquellos que aliados antes de Roma habian pasado á las filas contrarias. Otro acto de generosidad, mas noble todavía, levantó mas alta la fama de las virtudes del insigne caudillo. Por una inveterada y horrible costumbre las prisioneras quedaban de derecho á merced del vencedor. Hallábanse entre ellas la esposa de Mandonio y las hijas de Indivil, jóvenes y hermosas, dice Livio (1). Escipion respetó la esposa y las hijas de sus enemigos. Esto fué poco todavía. Como el presente que mas podia halagarle le presentaron los soldados una jóven española notable por su rara y singular belleza. Era Escipion hombre de pasiones vivas y fogosas. Sabedor no obstante de que aquella jóven se hallaba desposada con un príncipe celtíbero llamado Allucio, hizo llamar á sus padres y á Allucio mismo, y entregósela con todo el oro que para su rescate habian traido. «Recibidla de mis manos, les dijo, tan pura como si saliese de la casa paterna. No os pido en recompensa de este don sino vuestra amistad hácia el pueblo romano.» Allucio supo corresponder al beneficio: sirvió á Roma é hizo grabar aquella memorable accion en un escudo de plata que regaló al generoso romano (2). Con semejante moderacion grangeóse mas partido Escipion en España que con multiplicadas victorias.

Lelio fué enviado á Roma con cartas para el senado anunciándole la toma de Cartagena. Como testimonio de la conquista llevó éste en sus naves al gobernador Magon con algunos consejeros y senadores cartagineses. Hecho esto y dejada la suficiente guarnicion en Cartagena, volvióse á invernar en Tarragona.

La política de Escipion le atrajo, como era de esperar, la amistad y afecto de los pueblos y de los caudillos españoles. Ademas de Edesco ó Edecon, va-

(1) *Ætate et forma florentes.* (2) Liv. cap. 37.

ron muy principal entre ellos, pusiéronse á su devocion aquellos dos famosos régulos Indivil y Mandonio, que le debian la restitucion de sus familias. Admitiólos Escipion á su gracia, sin tener en cuenta su anterior enemistad, ni la parte que uno de ellos tuvo en la derrota y en la muerte de su padre. A tal punto rayaba ó la politica ó la magnanimidad del vencedor romano.

Todavía el infatigable Asdrubal tentó vengar el infortunio de Cartagena, y salió de nuevo á campaña. Fuéle Escipion al encuentro, llevando consigo á Lelio, que ya era vuelto de Roma, y al español Indivil que le guiaba. Halló al cartaginés cerca de Bécula, no lejos de Castulon. Allí tambien vencieron las águilas romanas; allí tambien se vió la politica de Escipion. Los prisioneros cartagineses fueron vendidos como esclavos; los españoles enviados libres y sin rescate. Entre los africanos destinados á la venta llamó su atencion un jóven numida, cuyo garbo y gentileza le distinguian de los demas esclavos. Supo que era sobrino de Masinisa, y nieto del rey Gala. Mandó Escipion que fuese tratado como un principe, y llamándole luego á su tienda y dándole un anillo de oro, un trage militar español y un caballo ricamente enjaezado, le envió con buena escolta de caballería á los reales de Masinisa. Galante generosidad que Masinisa no olvidó jamás (209).

Habido consejo entre los generales cartagineses despues de la derrota de Bécula, acordaron que Magon pasára á Mallorca á reclutar honderos, que Masinisa con la caballeria ligera molestára los pueblos confederados de Roma, y que Asdrubal Barcino, recogiendo cuanta gente pudiese en la Bética y en la Lusitania, realizára el antiguo y tantas veces frustrado proyecto de pasar á Italia en ayuda de Anibal. Esta vez logró dar cima al designio en que con tanto ahinco se habia empeñado el senado cartaginés, el cual supo con regocijo que Asdrubal, siguiendo el mismo camino que diez años antes habia llevado su hermano Anibal, habia salvado los Pirineos, la Galia y los Alpes, y se hallaba en Italia (208); para mal suyo, como habremos de ver en la breve noticia que daremos de aquella famosa campaña, una de las mas memorables de la antigüedad.

En España quedaban ya las costas del Mediterráneo y la parte oriental de la Bética bajo la dominacion romana. Sin embargo, mientras Escipion en Tarragona se dedicaba á arreglar el gobierno de la provincia, vino de Cartago Hannon en reemplazo de Asdrubal Barcino, acompañado de Magon, el que habia ido en busca de honderos baleares (1). Metiéronse juntos por la Celtibe-

(1) Esta identidad de nombres, tantos Hannon, tantos Magon, y tantos Asdrubal, como asimismo la pluralidad de Escipiones, pueden fácilmente producir confusion no poniendo cuidado en distinguirlos, y dan á estas guerras cierta monotonía que el historiador no puede remediar.

ria con intento de hacer levas de gentes; pero á estos los venció Silano, lugarteniente de Escipion, cayendo en su poder el mismo Hannon recien venido (207). Lucio, hermano de Escipion, se encargó de rendir á Oringis (Jaen), que tomó por asalto, despues de lo cual fue enviado á Roma, llevándose consigo al prisionero Hannon y á trescientos cautivos nobles, segun costumbre de los romanos.

Dos solos generales cartagineses quedaban ya en España, Asdrubal Gisgon y Magon, reducidos á las últimas partes de la Bética, donde era mas antiguo su dominio. Allí fué á buscarlos el mismo Escipion, y empeñado un recio combate entre Córdoba y Sevilla, obligó á Asdrubal á guarecerse en Cádiz con los desbaratados restos de su ejército, de noche y por fragosos cerros y ásperas veredas. Ya no quedaba á los cartagineses mas que Cádiz y algunas ciudades vecinas. Mantúvose observándolas Silano (206).

Acercábase á su término la dominacion cartaginesa en España. El mismo Masinisa resolvió abandonar el partido de Cartago y despues de concertar secretamente con Escipion y Silano la manera de ejecutar aquel pensamiento, volvióse á Cádiz para mejor disimular y encubrir el designio. Pudo mover al terrible numida á obrar de este modo el ver cuán de caida iban las cosas de de su patria, y pudo tambien Escipion ganar con su política el ánimo de un príncipe que le habia visto portarse tan generosamente con su propio sobrino (1).

Revolvia ya Escipion, y traia en su cabeza la idea atrevida de apoderarse de la misma Cartago. Con este propósito partióse para Africa al intento de atraerse al viejo rey numida Siphax. Conseguido esto, regresó á Cartagena satisfecho de haber suscitado á los cartagineses un embarazo en su propio pais.

A su vuelta se propuso castigar el agravio que las dos ciudades Illiturgi y Castulon habian hecho á los romanos. Encomendó á Marcio el escarmiento de Castulon; tomó sobre sí el de Illiturgi. Defendiéronse brava y heróicamente los de esta última ciudad viendo que no podian evitar el suplicio, pero tomáronla los romanos por asalto. Si horrible habia sido el crimen y grande la deslealtad, grande y horrible fué tambien la expiacion. Todos sus moradores sin distincion de sexo ni edad, hasta los niños de pecho fueron pasados á cuchillo; sus edificios incendiados; no quedó piedra sobre piedra; sembróse de sal el sitio en que habian estado las murallas. Negra mancha que echó Escipion á la fama de generoso y templado que antes tenia. Dificil-

(1) «Acordó, dice el gravísimo Mariana, de moverse al movimiento de la fortuna y *bailar al son que ella le hacia.*» Lib. II. c. 22.

mente los mas moderados guerreros dejan de empañar el lustre de sus glorias con algun acto de inhumanidad y de fiereza. Parece llevarlo consigo el ejercicio de las armas y el hábito de derramar sangre. Castulon fué con menos dureza tratada, acaso porque habia sido menos culpable (1).

Volvió Escipion á Cartagena, donde quiso dar un ejemplo de piedad filial honrando los manes de su padre y de su tio con magnificos funerales. Asistieron á estas fiestas fúnebres los principales gefes españoles, y aprovechó aquella reunion el romano para afianzar mas su amistad y tomar mayor ascendiente sobre los indigenas (2).

Entretanto el intrépido Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética. Solo Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo semejante al de Illiturgi por haber muchas veces maltratado los pueblos aliados de Roma, resolvió antes que rendirse perecer á ejemplo de Sagunto, y así lo cumplió. Sitiada por Marcio, y despues de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir todos antes que rendirse. Tambien como los de Sagunto levantaron en la plaza pública una inmensa pira, y reuniendo sus mugeres, sus hijos y todos sus efectos y alhajas, dieron órden á cincuenta jóvenes de los mas determinados y resueltos para que en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas degolláran sus familias y aplicáran fuego á la leña. Ellos salieron como los saguntinos á atacar los atrincheramientos romanos; dejólos Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos; ciegos ellos de ardor, no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirigense luego los vencedores á la ciudad..... cadáveres solo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto habia hecho por no someterse al yugo de Cartago lo repitió Astapa por no doblarse al yugo de Roma. Solo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroismo. ¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de menos importancia, ó porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?

(1) App. *de Bell. Hisp.*—Tit. Liv. Lib. XXVIII.

(2) En estas fiestas se vió por primera vez en España (ó por lo menos es el primer caso que hallamos consignado en la historia) dirimirse una cuestion de derecho por medio del duelo ó combate personal. Dos ricos españoles, Corbis y Orsúa, ó hermanos ó primos, se disputaban el derecho al señorío de la ciudad de Iba, cuya situacion hoy se ignora. Acordaron los dos contendientes terminar su querella por la via de las armas en singular combate. Quiso el mismo Escipion intervenir en el negocio y reconciliarlos. Aceptó su mediacion Corbis; no así Orsúa, que se obstinó en llevar adelante el duelo: cara le salió su obstinacion, pues aceptado por Corbis y batidos los dos campeones pereció Orsúa en la demanda, quedando su victorioso rival dueño y señor de Iba. Antiguo ejemplo de los famosos *juicios de Dios*, tan comunes despues en la edad media. Liv. lib. XXVIII.

Reducidos estaban ya los cartagineses al solo recinto de Cádiz. No faltó quien de esta ciudad saliera secretamente á ofrecer á Escipion la entrega de la plaza. Pero descubierta ó traslucida la trama por el gobernador Magon, redobló la vigilancia y las guardias, y arrestados los gefes de la conspiracion determinó trasportarlos á Cartago en una flota á las órdenes de Adherbal. Esta flota fué en su mayor parte destruida por la de Lelio, que en las aguas de Algeciras la aguardaba. Salvóse no obstante Adherbal en su galera. Lelio y Marcio, desesperando de poder tomar por entonces una ciudad tan defendida y vigilada, volviéronse con la flota y el ejército á Cartagena.

Faltó poco todavía para que un inopinado incidente diera al traste con todo el poder romano en España. Acometió á Escipion una enfermedad grave, y se difundió la voz de que habia muerto. Los dos hermanos españoles Indivil y Mandonio, que se habian unido á los romanos, no tanto acaso por gratitud á Escipion, como con la esperanza de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo tambien muerto á su general, amotináronse so pretesto de faltarles las pagas, y deponiendo á sus gefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipion no habia muerto; hallábase por el contrario restablecido ya á aquella sazon; y con su consumada prudencia dejo avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército; mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo tambien la vecindad de Indivil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofrece que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y por satisfacer á la disciplina militar castiga un corto número de los sublevados.

Indivil y Mandonio, noticiosos de esta novedad, repasan el Ebro en retirada. Escipion los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipion, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza demandan humildemente perdon para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y despues de reprenderles y afearles su perfidia, les otorga el perdon y les deja sus armas y sus estados, condenándolos solo á una fuerte contribucion para el pago de sus tropas. Si artera y fingida fué la sumision, no fué menos política la indulgencia. Pero conveníale á Escipion dejar alli restablecida la paz, bien que fuese aparente, porque le urgia arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Habia vuelto de Africa Masinisa con un refuerzo de caballos numidas, co-

mo para socorrer á los suyos, pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con los romanos. Escipion se habia acercado tambien á Cádiz, y entonces fué cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que habia de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Pero Magon mismo ya no pensaba en defenderla. El senado cartaginés habia resuelto al fin abandonar la España, y con aquellas tropas tentar el último esfuerzo en Italia. Magon recibió órden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó tambien. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus numidas en Cádiz. Tomó rumbo hácia Cartegena, y acercóse á su antigua metrópoli por si podia sorprenderla, pero rechazado vigorosamente por la guarnicion romana, dió la vuelta hácia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya, y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entonces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados, acudieron estos cándidamente donde Magon estaba, el cual tan luego como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habian apoderado de Cádiz, y con un acto de traicion le hicieron la última despedida (205).

Hízose de allí Magon á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, ó por lo menos sin hallar la misma resistencia, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, despues Puerto Mahon.

Quedaron, pues, los cartagineses expulsados de España, despues de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipion de la guerra y del gobierno de la Península (1). Cádiz, la primera colonia fenicia, y la última ciudad cartaginesa, pasó á ser ciudad romana.

(1) Liv. lib. XXVIII. cap. 18 y 19.

CAPITULO VI.

CAIDA DE CARTAGO.

Campañas de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrubal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de éste.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á África.—Pérfida estratagema que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago.—Entrevista de Anibal y Escipion.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos á referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los mas famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habian inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos mas poderosas y mas enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que solian decidir el éxito de las batallas en provecho ageno. Trátase, en fin, de la caida de una república que señoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos á Anibal invernando en Capua despues del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo á aquel ilustre guerrero de no haber marchado derechamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo mas prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado tambien los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*: puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á

Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Anibal contra sí fué la constancia romana, aquella constancia heróica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Anibal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallára limpia de enemigos; y cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacian falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Anibal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvia derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa (1), de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. Llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Anibal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Anibal, el cual despues de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hácia la Lucania.

Fué, pues, perdiendo Anibal á Capua, Tarento, y la mayor parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya mas esperanza que el ejército que su hermano Asdrubal capitaneaba en España. Ya hemos visto cómo los Escipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrubal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Anibal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrubal trasponer los Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipion una gruesa armada, con dinero, municiones y víveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran tambien los soldados en quienes mas fiaban los cartagineses.

(1) En 213. Entonces fué cuando el grande Arquimedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que habia dado órden expresa para que se respetára su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios, y mandó erigirle una tumba en que se esculpió una esfera inscrita en un cilindro.

Contra Asdrubal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Anibal al cónsul Claudio Neron á la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrubal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llama Diodoro el mas grande después de Anibal, avanzaba hácia Ancona arrojando delante de sí al pretor Porcio, á la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reúnense á Livio los españoles que enviaba Escipion. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva: porque si triunfa Asdrubal, sucumbe Roma: si Asdrubal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entretanto Claudio Neron, mas afortunado en Italia que lo habia sido en España (1), habia logrado un triunfo sobre Anibal en la estremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Anibal habia despachado su hermano Asdrubal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Neron, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares ódios y atendiendo solo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete dias á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á las calladas lo hicieron, que ni Anibal advirtió al pronto su salida, ni Asdrubal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecian, púsose Neron á las órdenes de Livio para combatir al enemigo comun. Pensamiento atrevido el de Claudio Neron, y abnegacion admirable, que le dieron á un tiempo gran reputacion de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente dia la batalla. Sorprendido Asdrubal de hallar á los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años antes habia hecho él concebir en España á Cneo Escipion respecto de su hermano Publio, esquiva el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guias le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes delMetauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrubal se vé forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legion de España. Desbándansele á Asdrubal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sir-

(1) Véase el final del cap. IV.

vió sino para inmortalizar el nombre español (1). Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrubal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fué para Roma lo que para Cartago habia sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres á los vencidos, veinte mil á los vencedores. Puede decirse que aquel dia, en un rincon de Italia, se decidió que España seria una conquista de los romanos.

Empañó alli Neron sus glorias con un hecho indigno de su nombre. Con bárbara inhumanidad hizo cortar la cabeza de Asdrubal: y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra estremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Anibal; de Anibal, que mucho tiempo antes habia honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio! A su vista el general cartaginés, enternecido y consternado exclamó: «Perdiendo á Asdrubal he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza (2).» Con razon temia, pues ya no pudo Anibal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Cuando Escipion acabó de expulsar de España á los cartagineses, pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intencion al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningun ciudadano podia gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido de los carros en que conducia el oro y la plata que habia llevado de España, con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al Africa y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Caton.

(1) Tito Livio, el mas interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

(2) Horacio en una de sus mas bellas odas expresó la afliccion de Anibal con estas sentidas palabras:

Cartagini jam non ego nuntios
miltam superbos: ¡ occidit, occidit
spes omnis et fortuna nostri
nominis, Asdrubale interempto!

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrubal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»

Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar á Africa, si circunstancias imperiosas asi lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipion en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en Africa llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se habia visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba alli con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó: pero el viejo rey numida le habia hecho defeccion pasándose otra vez á los cartagineses. Escipion determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el numida la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenia con negociaciones, invadió una noche de improviso su campamento, y poniendo fuego á las tiendas en que dormian los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola á inspiracion de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano; pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vió en la precision de llamar á su seno á Anibal, que aunque debilitado, todavía permanecia en Italia teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debia ser al cartaginés renunciar al bello pais que habia recorrido por espacio de diez y seis años, y en que habia ganado tantas glorias! Pero reconocia la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba pues á pelear un Anibal con otro Anibal, un Escipion con otro Escipion: el genio de Cartago con el genio de Roma. Anibal llega á Africa: los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellon de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenia que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decision á la suerte de las armas.

Dióse entonces la famosa batalla de Zama, en que por fin el genio de grande Anibal sucumbió ante el genio del grande Escipion, y Cartago quedó humillada. Escipion hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de Africa; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipion; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos; y lo que era mas sensible, entregaba sus naves; de quinientas á setecientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la hu-

millacion y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no habia sabido impedir el desembarco de Escipion; comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habian poseido sus mayores y á darle cien rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder habia asustado al mundo. Asi sucumbió Cartago.

Escipion volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas, pero el viejo numida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podia Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fué nombrado nuevamente cónsul, y despues censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una yugada de tierra á los soldados por cada año que habian hecho la guerra en Africa ó en España (1).

(1) Creemos que el lector no llevará á enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipion y Aníbal, que ya no volverán á figurar mas en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipion tenia en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Despues de los triunfos de España y Africa que acabamos de referir, despues de haber contribuido á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; despues de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antioco, rey de Siria; despues de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores. El austero, el duro Caton, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipion y dijo: «Romanos, hoy mismo «hace años que gané en Africa una brillante «victoria contra el enemigo mas terrible «de la república. Hoy soy llamado á res«ponder á los cargos de un proceso. Desde «aqui voy al Capitolio á dar las gracias á «Júpiter de que me haya proporcionado «tantas ocasiones de servir gloriosamente «á mi patria. Seguidme, romanos, y acom«pañadme á pedir á los dioses que os dé «gefes que se me parezcan. Bien puedo «usar este lenguage, porque si es cierto «que vuestras distinciones se han anticipado «á mis años, tambien lo es que mis ser«vicios han ido delante de mis recompen«sas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasion calumniaba el mismo Caton su conducta con el rey Antioco, y en pleno senado le pedia cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, «exclamó Escipion enseñando sus libros, «aqui están, están corrientes y claras, «pero no me hareis la injuria, ni os la ha«reis á vos mismo de exigírmelas.» El senado pasó á otro asunto.

Ni aun su valor estuvo exento de las insinuaciones pérfidas de sus enemigos. Decíanle que no sabia ser soldado. «Cier«to, respondia Escipion, pero he sabido «siempre ser capitan.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado á los cuidados de la agricultura como otro Cincinato, y á los estudios de la literatura griega á que habia tenido aficion desde su mas tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó á exclamar: «Ingrata patria, no poseerás «ni aun mis huesos: *ingrata patria, ne ossa* «*quidem mea habebis*.» Era un castigo para

Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipion en el mismo año que Anibal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada á Anibal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó á la suprema magistratura, é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antioco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartaginés, y temiendo Anibal ser entregado por sus propios compatricios, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipion y Anibal en la corte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipion; «*¿Quién os parece* «*el mayor de los generales que ha habido en* «*el mundo?—Alejandro*, respondió Anibal. «*—¿Y despues de Alejandro?—Pirro, rey* «*de Epiro.—¿Y el tercero?—El tercero yo*, «respondió Anibal con arrogancia.—*¿Y qué* «*diriais si me hubierais vencido?—Enton-* «*ces*, contestó Anibal, *me contaria yo el* «*primero de todos*.»

Como una de las condiciones de la paz con Antioco fuese la entrega de Anibal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en Bitinia, á cuyo rey prestó tambien importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenia bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperado de poder librarse del hado cruel que le perseguia, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de setenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.



CAPITULO VII.

FISONOMÍA DE LA ESPAÑA PRIMITIVA.

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.—Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organizacion política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilizacion de España.

«Si los Iberos, dijo ya Estrabon (1), hubieran reunido sus fuerzas para «defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los «celtas llamados celtiberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la «mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos estraños en el territorio español. Le faltó esplanarla, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructora geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por distintos régulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, ¿cómo habian de oponer una resistencia compacta á estrangeros mas civilizados, mas disciplinados y mas astutos, aun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercibir de las ocultas miras de dominacion de sus huéspedes?

(1) Lib. III.

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos, lográran establecerse sin oposicion en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bélico, tratando á los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fé con la política y la astucia, ni atraerse la admiracion y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto construidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extraccion de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronselo con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquellas se arrogaban, tuviéronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse tambien menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinacion y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenia alarmar á los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traian. Mostrábanse amigos, ofrecian y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colonias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores habia hecho menos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban á Sicilia, á donde iban á dar triunfos á los mismos que despues los habian de sojuzgar. La imaginacion de aquellos hombres ignorantes no podia alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

Fué menester para que los comprendieran que viniera ya Amilcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó tambien la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se lanzaron en armas contra la dominacion estrangera, capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y beliones. Nos admira lo poco que nuestros historiadores parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual sin embargo arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones estrañas que veremos irse prolongando por espacio de mas de veinte siglos en este suelo perpétuamente de invasiones trabajado. Amilcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer

combate. Asdrubal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Aníbal, el mas atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar á pasear por él sus legiones, pero halló en los olcadas, en los carpetanos y en los vaccéos, pueblos que no querian dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de esperimentar rudas acometidas y mas impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habian recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intencion de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron sus aliados. Mas no faltó quien penetrára ya sus ulteriores planes de dominacion y tratára de atajarlos con energía. ¿Qué fueron, y qué se propusieron Indivil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas por los vencedores, parece los quieren representar por boca de Escipion como *unos ladrones, y capitanes de ladrones, que no iban sino á destruir, quemar y saquear los pueblos vecinos* (1); pero olvidáronse de que nos habian dejado tambien escritos y arengas de aquellos dos infatigables caudillos de los ilergetes y ausetanos, en que espresamente declaraban que se levantaban á sacudir el yugo de los romanos, *que como los griegos y los cartagineses, venian á quitarles su libertad y á imponerles con palabras dulces una servidumbre vergonzosa.* Muy fácil es á los vencedores, y mas cuando son los únicos que escriben, pintar como aventureros ó como bandidos á los primeros que empuñan las armas para defender la independencia de su patria.

Pero por mas avisados que queramos suponer á aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entonces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habíanlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el pais, se habian captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenia que ser ahogada como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que Estrabon señaló como la causa de haber perdido su libertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde de los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las dos repúblicas que se

(1) Tit. Liv. lib. XXVIII., c. 16.

disputaban el señorío de España. Los cartagineses eran siempre los primeros á mover la guerra. Importábales poco, si les convenia, tener que violar para ello los tratados. Jamás los romanos tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominacion, pero con mas profunda política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos ó convenios; esperaban á que otros los quebrantáran, ó los ponian en la necesidad de hacerlo para aceptar despues la guerra con todas las apariencias de justicia, ó como defensa propia ó como reparadores de ofensas hechas á sus aliados. Solo así se esplica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartaginés, y de seguir pidiendo esplicaciones aun despues de consumada la catástrofe de Sagunto: así se esplica la calma con que veian el sacrificio de su heróica aliada.

Distinta fué tambien su conducta con los españoles durante la guerra. Los cartagineses imponian gravosos tributos á los pueblos conquistados, y los agoviaban con exacciones. Empleaban á los naturales como esclavos en los rudos trabajos de las minas, ramos en que los fenicios les dejaron aun mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos *pozos de Anibal*, de uno de los cuales, nombrado Bebelo, estraian diariamente, si no hay exageracion en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de la minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada dia. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del pais, los pedian á Roma, por no disgustar á los pueblos que acababan de conquistar; y agotado el tesoro de la república, acudian los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes de sobrecargar de impuestos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábanse los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amilcar hace crucificar á Istolacio y á Indortes, gefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipion perdona á Mandonio y á Indivil, cabezas de una insurreccion contra los romanos. Anibal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica despues su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan libertad á todos los españoles, aun á los mismos que contra ellos habian peleado, y les devuelven todos sus bienes. El único acto de crueldad de Escipion fué el castigo de Illiturgi, y este fué impuesto por una deslealtad horrible. Mas tarde habian de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entretanto deslumbraban y seducian con su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograron expulsar á los africanos.

¿Cómo á pesar de tan diferente trato militaron todavia tantos españoles en

las banderas de Cartago? Era mas antigua su dominacion en la parte meridional de España: españoles y cartagineses habian combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habria engendrado mas conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y estraños gefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habian de aherrojar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organizacion política de los fenicios. Sábese solo que sus colonias constituian una especie de república federativa, y que unidas á la metrópoli en una dependencia mas voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban (1). Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo esterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses. Atribúyeseles la invencion de los caractéres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseian conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viages marítimos por la observacion de los estrellas. Su principal ocupacion, la navegacion y el comercio de cambio. Ignoramos si los españoles tomarian algo de su organizacion política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres (2).

En las colonias de los griegos focenses prevalecia, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componian el senado, su cargo era vitalicio,

De la constitucion de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias. Presidian el senado y eran los gefes del gobierno dos *suffetos* (3), elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas. La fortuna y las riquezas eran las que principalmente conducian á la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, solo los ricos podian aspirar á ellos. La aristocracia que dominó en el senado hasta las guerras púnicas no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* ó ricos. A veces una sola fami-

(1) Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades anseáticas.

(2) Silio Itálico asegura que existian en su tiempo en España muchas costumbres de origen fenicio, y se detiene á notar varias de ellas.

(3) En griego *jueces*: especie de reyes, que ejercian atribuciones semejantes á las de los dos cónsules de Roma.

lia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, despues con la de los Barcas ó Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Habia un tribunal de *ciento*, que juzgaba á los suffetos, á los generales y á todos los magistrados. Este tribunal salvó á la república de toda tentativa de trastorno (1).

Cartago, guerrera y conquistadora, tenia todas sus colonias sujetas á la metrópoli, que era su cabeza y su corazon, y el centro de su vitalidad, donde confluian las riquezas de todas; consistian éstas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos de aduanas. Sus impuestos eran crecidos, y los exigian con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas eran un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones, y sabiendo lo que costaba cada soldado, griego ó campanio, galo ó español, calculaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Asi no es estraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoistas, sin generosidad, sin compasion y sin fé; que se cuidáran poco de la santidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fé púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial (2). Cuando hicieron la paz con Roma despues de la derrota de Zama, sufrieron con resignacion las condiciones mas humillantes: mas vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Anibal se echó á reir demostrando cuán despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y á la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el Periplo de Hannon, ó sea la relacion de la espedicion marítima que de órden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de Africa como unos 500 años antes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética; cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago (3).

Adoraban los cartagineses, ademas de los dioses fenicios y livios, algunas

(1) Aristot. *Política*.

(2) Heeren, sobre el comercio y la política de los cartagineses.

(3) El sábio español conde de Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso, como para que le sirviese de introduccion, una obra titulada: *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannon traducido del griego*. Precédela un *Prólogo y Discurso literario sobre dicho Periplo*. A esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de estrangeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas letras de París.

divinidades griegas ó helénicas, cuyas estátuas colocaron en el templo de Dido ó Elisa, á quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fria crueldad de aquel pueblo. Ofrecian á Moloch ó Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; á veces eran víctimas ilustres é inocentes: en una ocasion viendo el enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias mas distinguidas: y hallándose Anibal en Italia recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

Por fortuna este pueblo desapareció sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institucion ni un monumento artístico: pasó su dominacion como un pálido meteoro. Solo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartaginese á guerrear con mas arte.

Los fenicios y los griegos fueron los que ejercieron mas influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores eran ya por la benignidad misma del clima menos fieros que los del resto de España, y recibian con menos esquivez las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituian la España entera, y que aun conquistados estos paises por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenia independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.



LIBRO SEGUNDO.

ESPAÑA BAJO LA REPÚBLICA ROMANA.

CAPITULO I.

LEVANTANSE LOS ESPAÑOLES CONTRA LA DOMINACION ROMANA.

Desde 204 antes de J. C. hasta 150

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indívil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Caton el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—Division de la España en Citerior y Ulterior.—Reprodúcense las insurrecciones —Idea que se tenia en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores. Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco. Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles.—Colonias romanas en España. Carteya. Córdoba.—Causas de la prolongacion de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosías de Lúculo y Galba. Matanzas horribles.—Indignacion de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses, y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecia que los españoles tenian derecho á esperar de los que se decian sus amigos y aliados, aquel tratamiento generoso, benéfico y humanitario de que los Escipiones habian dado ejemplo durante la guerra.

Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Aquella á que los romanos daban el suave título de alianza, ó el mas dulce de amistad, fuése convirtiendo

luego en dominacion verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habian prodigado su sangre sino para resolver la cuestion de cuál de las dos repúblicas habia de ser la dominadora, de que no habian peleado sino para cambiar de señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les seria preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros á conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indivil y Mandonio, á quienes antes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veian los usurpadores de su independencia. Aprovechando estos caudillos la ausencia de Escipion, único que habia sabido mantenerlos en respeto, excitaron con enérgicos discursos á los ilergetes, ausetanos y otras vecinas tribus, á tomar las armas contra los dominadores romanos, persuadiéndoles de que si se uniesen para ello les seria fácil arrojar á su vez del territorio español á los soldados de Roma, y recobrar sus antiguas libertades. Mas de treinta mil hombres respondieron á la excitacion de Indivil.

Pero los procónsules Léntulo y Accidino, que despues de Escipion habian quedado con el gobierno de España, acudieron con todas sus fuerzas, y se hallaron pronto en presencia de los insurrectos en los campos sedetanos. Larga y mortífera fué la batalla; incierta estuvo mucho tiempo la victoria. Desgraciadamente una saeta vino á quitar la vida á Indivil: el suceso desalentó á los españoles; al desaliento sucedió el desórden; al desórden la fuga, y el triunfo quedó por los romanos. Aun mas desgraciada suerte cupo á Mandonio. Como condicion de paz hicieron publicar los procónsules que habian de entregarles vivo aquel caudillo: el terror inspiró á los españoles la flaqueza de entregarle, y Mandonio recibió una muerte cruel y afrentosa para escarmiento de los demas rebeldes (1).

Mas el espíritu de independencia habia comenzado á infiltrarse en los corazones españoles, y no era fácil ya sofocarle. Asi al poco tiempo los hallamos otra vez insurreccionados, y teniendo que sufrir otra derrota de parte de Lucio Cornelio Cetego, que en reemplazo de Léntulo habia venido.

De diferente manera parecia llevarse la dominacion romana en el Mediodía que en el Oriente y centro de la Península. Cádiz logró del senado ser declarada ciudad franca, como aliada que era y no conquistada por los romanos, cuyo acto dió á éstos gran crédito en toda la Bética (197). Mas disgustados los celtíberos, levantáronse mas de una vez á ejemplo de los ilergetes y sedetanos, quedando vencedores en una ocasion, y siendo vencidos en otra.

Antes eran dos naciones estrañas, grandes ambas, poderosas y guerreras,

(1) Tit. Liv. lib. XXIX., c. 2.

las que se disputaban el cetro del universo en los campos españoles. Ahora comienza la España sola, despues de haber malogrado la flor de su juventud en auxilio de la que quedó triunfante, á defenderse con sus propios recursos contra el inmenso poder de la orgullosa Roma. Eran al principio insurrecciones parciales, ya por la falta de unidad y de plan entre los indígenas, ya porque no en todos los pueblos pesaba igualmente la tiranía romana; pero reproducíanse unas tras otras, y revivian, apenas sosegadas, como centellas de un fuego mal apagado. De tal manera, que temerosa y asustada Roma del giro que iba tomando la guerra de España, determinó enviar á ella al cónsul Marco Porcio Caton, el Censor, con dos legiones y cinco mil caballos, dándole ademas dos pretores, uno para la España Citerior, y otro para la Ulterior. Así habian dividido los romanos la España, siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias.

El hombre célebre por la austeridad de sus costumbres procuró moralizar la administracion militar que tenia irritados á los naturales de España, y se mostró tan enemigo en la guerra como lo fué en la tribuna de la rapacidad que habian ejercido en la Península sus antecesores. Pero al lado de estas virtudes como administrador, desplegó como guerrero tal crueldad y violencia, que ningun romano usó de dureza tanta ni de tan desapiadado rigor para con los vencidos. Tomó á Rosas, y fué recibido como amigo en Ampurias (196). Derrotó cerca de Ilerda por medio de una hábil maniobra un cuerpo de celtiberos. Tuvo que socorrer al pretor Manlio, que se veia hostigado por los turdetanos; que ya habia penetrado tambien el fuego de la insurreccion en la Bética. Vencieron los romanos allí; pero fuéle preciso al cónsul volver á sujetar á los laccetanos, ausetanos, bargusios y otros pueblos que de nuevo se habian sublevado, no pudiendo, aunque lo intentó, tomar de paso á Segoncia. Sujetó aquellas gentes, y vendió los moradores de algunas ciudades como esclavos, á otros los pasaba á cuchillo. Cuéntase que en trescientos dias hizo demoler hasta cuatrocientas poblaciones. Parecia animado mas bien de un furor de esterminio que de espíritu de conquista. La dureza de su carácter formaba verdadero contraste con la dulzura y generosidad de Escipion. Aquietáronse, aunque por muy poco tiempo, los españoles con tan rudos castigos, y el severo Caton pasó á Roma á gozar los honores del triunfo (195).

Aquietáronse por poco tiempo, decimos, puesto que al año siguiente hallamos á Publio Escipion, pretor de la Bética, teniendo que lidiar con los lusitanos que bruscamente habian invadido aquellas tierras; á Marco Fulvio, que lo era de la Tarraconense, teniendo que partir apresuradamente á sujetar á los carpetanos, que ligados ya con los celtiberos, vaccéos y vettones, habian salido á campaña con ejército numeroso. Desgraciados eran por lo comun estos

primeros esfuerzos de unas gentes todavía indisciplinadas, teniendo que habérselas con las legiones aguerridas de los romanos. Pero ni éstos dejaban de sufrir sérios descalabros, ni sus triunfos eran tan decisivos que hicieran á los españoles desmayar en su empresa, ni tolerar la opresion en sosiego y reposo. No pasaba año sin que se reprodujeran las sublevaciones, á veces tan imponentes, que en 192 quedaron en un encuentro seis mil romanos muertos sobre el campo de batalla, salvándose el resto por la fuga. Mandábalos el pretor Emilio: los vencedores eran lusitanos. Mas tarde fueron batidos estos mismos, pero otro año siguiente concertados celtiberos y lusitanos rompieron simultáneamente los unos por la Tarraconense, los otros por la Bética, en fuerza ya tan respetable que hubieron los pretores de dejarles recorrer y talar los campos, limitándose á defender las ciudades y las plazas. Ibanse sucediendo ya alternativamente los triunfos y las derrotas. Alentaban á los españoles los sucesos prósperos, y los adversos no les hacian decaer de ánimo.

En esta larga série de luchas siempre renacientes, cuyos pormenores fuera tan fatigoso como inútil narrar, dos grandes reveses sufrieron los infatigables celtiberos; el uno en 186 á las márgenes del Tajo cerca de Toledo, en que despues de haber tenido arrolladas las filas romanas con su sistema particular de ataque nombrado *cuneus* (1), fueron al fin envueltos y vencidos, merced á los desesperados esfuerzos del pretor Cayo Calpurnio: el otro en 182, no lejos tampoco de Toledo, en los campos de Ebura (Talavera de la Reina), en que dieron los romanos una de las mas sangrientas batallas, y en que un ardid de Quinto Fulvio Flaco convirtió en favor de las armas romanas un combate que habia estado mucho tiempo indeciso. Al decir de los historiadores romanos perdieron los españoles sobre treinta mil hombres en cada una de estas batallas.

Otros que no fuesen ellos se hubieran descorazonado con tan dúros reveses; y los romanos, al conseguir tan señalados triunfos, se hubieran dado ya por dueños y señores del pais, si este pais no fuese el de la resistencia y la perseverancia. Los romanos vencian, pero no subyugaban. De tan antiguo viene á los españoles no desfallecer por los infortunios y las adversidades. No faltó quien en el senado mismo de Roma describiera al vivo el carácter de este pueblo singular.

Abogaba Minucio en favor del pretor Fulvio, que pedia su relevo de España, y que se le permitiese volver á Roma con su ejército (180.) Recomendaba Minucio y ensalzaba las victorias del pretor español. Levantóse entonces Sempronio Graco, á quien se trataba de enviar en su reemplazo, y dijo:

(1) Véase el cap. I. del lib. I.

«Al oir la relacion que nos haceis de las proezas de Fulvio, no deberia haber ya un solo pueblo en España que no obedeciese á los romanos. Sin embargo yo sé á qué se reducen estas conquistas, que no pasan de las comarcas vecinas á nuestros campamentos; porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar. Sus mas apartadas regiones aborrecen la dominacion y el nombre romano. Si accedeis á la demanda de Fulvio, yo deberé ir sin ejército á encargarme del gobierno de una provincia que fuerzas muy respetables apenas han alcanzado hasta ahora á enfrenar. ¿Podré yo, decidme, con un puñado de soldados que pueda alistar en España, reprimir la energía de aquellos bárbaros, que tantas veces han rechazado y puesto en vergonzosa fuga nuestras mejores y mas veteranas legiones? Romanos, ¿lo creeis vosotros así? Quiero conceder que Fulvio haya sujetado toda la Celtiberia: ¿quién me asegura que los celtiberos se darán por sometidos? ¿Pensais que se puede esperar paz y reposo de un pueblo acostumbrado á renacer incesantemente de sus ruinas, y á levantar de nuevo el estandarte de la insurreccion tantas cuantas veces es vencido? Si nuestras legiones vuelven á Italia con Fulvio, como él lo pretende, sin duda para solemnizar su triunfo, juro ante vosotros todos que iré á España, pero iré á escoger un lugar en que pueda vivir tranquilo: no penseis que he de ser tan temerario ó tan insensato que vaya con escasas tropas, flojas y sin esperiencia, á acometer á un enemigo aguerrido y feroz. He dicho.»

A pesar de todo otorgósele á Fulvio volver á Roma con los veteranos que llevaban diez y seis años de servicio, y diósele á Sempronio Graco un ejército de catorce mil hombres para que pasase á España. ¡Cuán pronto vinieron los sucesos en apoyo del discurso de este romano! Cuando Fulvio se encaminaba á hacer entrega del gobierno en manos de su sucesor, esperábanle los celtiberos, otra vez armados, en lo mas fragoso de un bosque por donde tenia que pasar (entre Daroca y Molina), y poco faltó para que quedáran él y los suyos en poder de aquellos que suponia subyugados. Salvóle su serenidad.

Fué este Fulvio uno de los que se señalaron mas en la guerra de España por su orgulloso genio y condicion altiva, y de los que con sus violencias exasperaron mas los pueblos y avivaron, en vez de apagar sus odios á la dominacion romana. Llegó á Roma cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público ciento veinte y cuatro coronas de oro, treinta y una libras de oro en barras, y ciento setenta y tres mil monedas de plata de Osca (1). Poco era esto para lo que habia amontonado en su caja particular. De ello destinó

(1) Ciudad de los bastetanos. Era célebre por sus minas, y se acuñaba en ella moneda.

una pequeña parte á recompensar á los veteranos que le habian seguido; dió espectáculos públicos por espacio de diez dias, y erigió un magnífico templo á la *Fortuna Ecuestre*.

Esto era lo que hacian todos los pretores y procónsules de España, con excepciones rarísimas. Cneo Léntulo se habia llevado mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientas monedas del mismo metal. Lucio Sterninio recogió quinientas mil libras de plata, y á su regreso á Roma le levantaron tres arcos triunfales. El severo Caton llevó al tesoro mil cuatrocientas libras de oro, veinte y cinco mil de plata en barras, y ciento veinte y tres mil en monedas de lo mismo. Hizose decretar los honores del triunfo.

Era la España un campo de explotacion para los sórdidos pretores y procónsules avaros. Venian aqui pobres, y sobrábanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos; en su codicia desenfrenada empleaban tambien la depredacion y la rapiña como medios comunes. El senado romano en otro tiempo tan virtuoso y austero, en vez de castigar á los que asi se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solia premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban á peso de oro. Escipion Nasica, que correspondiendo á la gloria de su nombre, se habia conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de España. «¿Pues qué, le respondió irónicamente el senado, se han agotado ya las minas de ese pais?» De creer es que no habria solo tolerancia de parte del senado, sino complicidad tambien y participacion en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones mas venerables cuando se corrompen los hombres. Asi eran tan codiciadas las pretorias de España, pero asi se dificultaba tambien su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta impudencia y tanta inmoralidad.

Sempronio Graco se dedicó á reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condújose como guerrero con prudencia y humanidad: ganó como gobernador reputacion de desinteresado y probo. Ningun pretor habia penetrado tan al Norte como él: su comportamiento predispuso á muchos pueblos á aceptar su amistad; entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, á la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus operaciones (1): llamóse desde entonces Gracchuris, hoy Agreda. Proro-

(1) *Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit*: dice Tit. Liv.

gó el senado por un año más la pretura al padre de los Gracos, que á favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios é ideas de la vida civil de los romanos, é introducir en ellos una forma de gobierno y de administracion semejante á la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban á restituir á la república borráronle otra vez sus sucesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 175 vino de pretor á la Tarraconense. Este hombre, que á su incapacidad unia la avaricia mas sórdida, excedió á todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Philon. Una sublevacion general de los pueblos fué la consecuencia de su desatentado proceder; sublevacion que alarmó á Roma, y la obligó á enviar á Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al menos en apariencia, á los cien veces alterados celtíberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

Tantas y tan continuas insurrecciones llegaron al fin á convencer á muchos romanos de que la causa no era precisamente el espíritu turbulento de estos pueblos, sino la conducta opresora y tiránica de los pretores. En la misma Roma llegó á formarse un partido generoso en favor de los españoles oprimidos. Escipion el Africano y Caton el Censor abogaron por ellos en el senado. No fueron inútiles los esfuerzos de tan enérgicos defensores. Aboliéronse las preturas, y se confió á un procónsul ó propretor el mando supremo de la Península, que lo fué entonces Lucio Canuleyo. Los pretores que habian provocado la justa cólera de los pueblos fueron procesados: una diputacion de las principales ciudades de España que mas habian sufrido pasó á Roma á pedir contra los acusados: ruidoso fué el proceso; públicos y notorios eran los crímenes: pero los pretores fueron absueltos: ¡tanto pudo todavía la intriga y el oro! Aquel Furio Philon, concusionario y ladron público, contra quien ademas se hicieron cargos tan graves que indignaron al senado, corrompido como ya estaba, no se atrevió á comparecer; por miedo, mas que por pudor acaso, se alejó espontáneamente donde pudiera gozar el fruto de sus rapiñas (171). Otro tanto hizo Matinio, pretor que habia sido en la España Ulterior (1).

Pero no fué inútil para España la publicidad de este proceso, ni infructuosos para ella los esfuerzos de los hombres honrados de la república. Ademas de la abolicion de las preturas, se suprimió el derecho que tenian los ma-

(1) Tit. Liv. lib. XLIII., c. 2.

tanza: en un encuentro murieron diez mil romanos: en otro sucumbió el caudillo lusitano Cessaron con muchos españoles. No se daba vagar á la pelea.

Habiendo al año siguiente (152) reemplazado á Fulvio en el gobierno de la España Citerior el cónsul Marco Claudio Marcelo, recobró á Occilis, que creemos sea Medinaceli. Dirigióse luego á Nertobriga (hoy Ricla), cuya ciudad envió diputados al cónsul para tratar de acomodamientos. Mas rotas las condiciones de la primera negociacion, y no pudiéndose concertar sobre las que de una y otra parte se exigian para la segunda, concedióles el cónsul una tregua, durante la cual pudiesen acudir al senado romano. Expusieron allí el objeto de su mision los legados de España, pero merced á las declamaciones de Fulvio, que en su humillada altivez representó como perfidias los ardides de guerra que tan funestos le habian sido en este suelo, no alcanzaron otra contestacion del senado sino que á su regreso á España se les haria conocer su voluntad por conducto del cónsul. Penetraron bien los españoles, aunque rústicos, lo que aquel lenguaje significaba, y tornáronse resueltos á proseguir la guerra (1). No sabemos cómo ni por qué enmudeceria en aquella ocasion el partido español del senado.

Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó á inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir á pelear con los fieros celtiberos. Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio que acababan de volver de ella no hacian sino aumentar el pavor que ya inspiraba, contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningun reposo que ellos aqui esperimentado habian con gente tan indómita y tenáz como era la de España. El mismo cónsul Lúculo, nombrado para el gobierno de esta provincia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el jóven Escipion Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le habia adoptado (2), pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolucion de este jóven, parecida á la que en una ocasion semejante habia tomado sesenta años hacía su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud, que con esto se apresuró á alistarse en la legion voluntaria.

(1) Appian. De Bell. Hisp.

(2) Era hijo de Paulo Emilio, y nieto adoptivo del grande Escipion. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió tambien como su abuelo el sobrenombre de *africano*. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipion la venció y otro Escipion la borró de sobre la haz de la tierra, dejando solo un título de gloria á los dos Escipiones.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugarteniente á Escipion Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron éstos en ocasion que Marcelo habia hecho paz con los numantinos, á condicion de que se separasen de los titios, belos y arevacos; y en que el pretor Atilio habia destruido muchas ciudades de la Lusitania.

En la historia de los dos nuevos personages vamos á ver hasta qué punto llegó la crueldad de los gobernadores romanos, y con cuánta razon y justicia se apuró el sufrimiento de los españoles.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo, y pone sitio á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenia fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venia ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnicion romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fé romana podía muy bien disputar la primacía á la fé púnica. (1)

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones, sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fé que acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el estremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo solo bajo la fé de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botin que codiciaba y con que acaso se habia ya lisonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era

(1) Appian. ibid.

tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de gefe y de cónsul (1).

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que habia riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijon, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el pais por donde pasaba, y del pillage que sus tropas ejercian y á que las escitaba él mismo se hacia aplicar á sí la parte mas pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostróse conmovido de la suerte de los lusitanos. Díjoles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daria tierras de cultivo, donde podrian vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura: y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenia mas de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fé á sus buenas palabras. Mas apenas se habian establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traicion por el pais, y acabar de hacer execrable el nombre romano (2). Las consecuencias las veremos después.

¿Podria creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personages, tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la impudencia de erigir un templo *á la Felicidad*. Galba fué acusado ante el senado. El severo Caton, que aunque octogenario ya, con-

(1) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Escipion Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipion de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

(2) Appian. De Bell. Hisp.

servaba toda su antigua rigidez, acusó tambièn al malvado pretor (1). Pero Galba era rico, y quedó absuelto A tal grado de corrupcion habia venido el senado romano

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun habia romanos virtuosos, y á los escándalos en esta acusacion descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pison, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolucion de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algun coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecucion de Galba.

(1) *Caton..., acusator assiduus malorum, Galbam octogenarius accusavit.* Aurel. Vict.



CAPITULO II.

VIRIATO.

Desde 150 antes de J. C. á 140

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Eligenle por gefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio. Primer ardid de guerra.—Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fábio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenia vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Copion.—Escandalosa violacion del tratado, y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Somélense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habian logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, porque habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el pais él y los demas que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habian sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor aleve, que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el pais, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion, todos ansiosos de vengar tamaño ultrage. Nombraron gefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que habia recaido la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupcion en la Turdetania hácia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que habia sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba, la mala fé de los romanos que tantas veces habian esperimentado, lo poco que habia que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandára, él sabria sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los mas pusilánimes, y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolucion, púsolos en órden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar á caballo, se desbandáran á un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunirsele en Tribola. Hiciéronlo asi, y sorprendido el pretor con tan estraña maniobra, no sabia que hacer ni á qué resolverse. Ultimamente determinó perseguir á Viriato y á los ginetes que le acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocian el terreno ni por lo pesado de sus armas podian darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio: el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército á Tribola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió éste á recibirle: hizo ademan de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde habia dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habian quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde alli el cuestor pidió auxilio á los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero saliókes al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Appiano (2), quien pudiera llevar

(1) Appian. De Bell Hisp. p. 490.

(2) Appian. De Bell. Hisp. página 490.

al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasion que Viriato recorria la Carpetania. Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que habia empleado Viriato con Vetilio en Tríbola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Despues de esto Viriato repasa el Tajo, y va á acampar á un monte de olivos no lejos de Ebora (1), donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea: aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó tambien por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitan de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que vencia en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir mas con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigidio, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Viséo una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.

El primero que comenzo á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y esperiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamaba *guerra de ladrones*, no era sino una guerra séria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo tambien de Paulo Emilio, y hermano de aquel Escipion Emiliano, que por este tiempo destruia á Cartago (2).

(1) Mariana le nombra el monte de Vénus.

(2) Vamos á referir sucintamente la ruina y destruccion de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, á los 732 años de su existencia.

Por un motivo mas estraño que justo declaró Roma á Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dió principio en el mismo año que la de Viriato en España (150). Aunque por espresa condicion de un tratado solemne *la ciudad habia de ser tratada con todo miramiento*, los cónsules romanos, con insigne mala fé, resolvieron la destruccion de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pérfida superchería, adoptaron la resolucion, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venia. ¿Cómo podian resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre tambien rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitan improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugar-teniente de Fabio habian hecho una salida contra los lusitanos que ya en busca de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul habia bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos; siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo ha-

sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mugeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavía con el valor de la desesperacion la ciudad de los Hannon, de los Asdrubal y de los Anibal. Otro Asdrubal, el séptimo de este nombre, sostenia el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecia estar fatalmente ligada al nombre de Escipion en todas las guerras púnicas. Escipion Emiliano, el mismo que habia venido á España á pelear contra Viriato, fué enviado á destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino á nuestra Península contra el héroe de la Lusitania (146). Escipion tomó por asalto á Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis dias y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrubal se echó á los pies del vencedor: su muger con mas heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó á las llamas con sus hijos. Diez y siete dias estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipion hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que habia estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió éste tambien el sobrenombre de *Africano*, aquél por haberla vencido, éste por haberla arruinado.

Dícese que Escipion derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruida; y que á vista del estrago exclamó conmovido. «Llegará un dia en que caerán los sagrados muros de Ilion, de Priamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polibio que entendia por Ilion y por la raza de Priamo, respondió, sin nombrar á Roma, que meditaba cómo los estados mas florecientes declinan y mueren segun agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipion, quince años despues fué enviado Cayo Graco á establecer una colonia en el sitio en que habia estado Cartago. En tiempo de Augusto fué reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competia con Alejandría; era la capital de la provincia de Africa. Allí escribió Tertuliano sus bellas apologías. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII de Cristo. Mario habia ido á meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fué á morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. (*Hist. de Cartago*).

bia seguido en Italia con Anibal (1), como si por otro Anibal tuviese á Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Asi dejó espirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanias de Evora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregar nuevas tropas, y mientras el cónsul hacía cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triccios, á los vaccéos y á los celtiberos á una alianza y general confederacion contra el comun enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria comun. Acudiéronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoida.

Despues de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtiberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nertobriga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion: indignados los habitantes de la traicion de su compatricio, colocaron á sus hijos en el lugar mas peligroso del muro, donde deberian perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso mas levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles (2).

Hacia entretanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de

(1) Cap. 4 del lib. I. de esta Historia.

(2) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Victor y Patérculo. Atribúyese tambien al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traia y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurion qué era lo que con aquellos movimientos se proponia: *Quemaria yo mi camisa*, respondió el cónsul, *si supiese que en mis secretos tenia parte.»*

Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de Africa el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondia, desprendíase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalacion, y tenia á los romanos en perpétua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento, le obligaba á retirarse á su pais natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del pais de los cinesios ó cunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habian sido sordos á la voz de union, levantada por Viriato, no se habian agrupado en derredor de aquel heróico gefe, como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad y acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzára, observamos que engrosáran sus bandas lo que habia sido de esperar, ni hacia mas que pelear brava pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecia ser la mas difícil de las obras la union.

Mas ni por eso Viriato reposaba, ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza). Manteníase por él Erisana (1). Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso mas pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fue-

(1) No hemos podido averiguar la situacion de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podian ser ciudades en el sentido y significacion que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo comun muchas de ellas á una aglomeracion de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

se vencido (1). Entonces convidó con la paz á Serviliano. ¡Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza aleve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasion para que dejára de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situacion no esperaría. Concertóse pues que los romanos conservarian lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habria *paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato.* Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debia de ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabára de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podia haberse elegido un hombre ni mas inepto como guerrero, ni mas malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que habia sido pactado por su hermano mismo, y que habia sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretesto de que era indigna de la magestad del pueblo romano aquella paz. Decia verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion; y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio mas de que la fé romana no rendia párias á la fé púnica, y de que Roma no marchaba por mas noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, habia renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con la escasa gente que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtíberos sus amigos, todavía acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña habia dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traicion del mismo á quien no podia vencer con las armas. Vínole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometia, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas

(1) *Pacem á populo romano maluit integer petere quam victus.* Aurel. Victor.

y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna tambien de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato á hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Asi pereció el gran Viriato, uno de los capitanes mas ilustres que España ha producido: asi pereció para baldon perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedicion entre sus tropas; nadie fué mas equitativo que él en la distribucion del botin.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador de los tratos; sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo; su vida, su porte, su trage, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envanecian, ni el alto puesto á que se elevó le ensoberbeció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, á quienes combatía, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el dia que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festin, él ni soltó la lanza, ni tomó mas sustento que el ordinario, que se reducia á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro pais que no fuera la España, apenas se comprenderia que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y despues soldado de montaña, llegára á hacerse, sin otra escuela ni instruccion que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á la mas poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres, que dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (1).

(1) El historiador inglés Dunhan, compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á réclamar el premio de su inícua accion, respondióseles que Roma no acostumbraba á premiar á los soldados que asesinaban á su gefe. A Cepion le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobar su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

igualó en hazañas ni en virtudes. En España de este personage.
nos seria fácil encontrar copias mas exactas



CAPITULO III.

NUMANCIA.

Desde 140 antes de J. C. hasta 133.

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Inicuo rompimiento de esta, y testimonio de la fé romana.—El consul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia, y vergonzoso para Roma —Rómpele el senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépido.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Linea de circunvalacion.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situacion de Numancia.—Mensage á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperacion de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroismo.—Numancia destruida.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtibera, despues de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, habia asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo tambien volver á sus casas á los segedanos á quienes habia dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué tambien respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado á dar asilo á los celtiberos del partido de Viriato, como antes le habian dado á los de Segeda. Concluida la guerra lusitana, hízoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamaríamos hoy la extradicion de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitian entregar á los que en ella habian buscado un asi-

lo, y que esperaba guardaria la fé de los tratados. Volvióle Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino despues de desarmados.» Esta contestacion fué la señal de guerra. El pretesto por parte de los romanos fué éste: el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se habia sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subirian á 8,000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con mas de 30,000 hombres y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Asentábase Numancia, ciudad de los pelendones, á poco mas de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy ágria, pero de dificultosa entrada en razon á los montes que la rodean por tres partes; solo por un lado tenia una llanura que se estiende por las márgenes del Tera, que va á mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias habia una especie de ciudadela, donde en tiempo de guerra solia recogerse la gente armada, y donde solian guardar los ciudadanos sus alhajas y preséas.

Intentaba Pompeyo atraer á los numantinos á batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo: pero dirigidos aquellos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el mas propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacian salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veian al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspendió el sitio y fué á ponerse sobre Térmes (1), distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Térmes estuvo de parecer de dejarse subyugar; antes bien haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al dia siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque mas fruto que del anterior (2). Dirigióse á Manlia, que se le entregó, matando los mismos manlieses la guarnicion numantina; corrióse á la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

(1) La Termancia de Appiano.

(2) Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida, pero no consta asi de la relacion de Appiano.

Quedaba Numancia sola: ¡sola para resistir á todo el poder romano! Habiala aislado Pompeyo incomunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora apretar el sitio y reducir á los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su cauce para que no entraran por él bastimentos á los sitiados. Pero éstos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbian al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenate para sucederle (139), antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso de que su sucesor alcanzára en esta guerra glorias á que él habia aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entonces *la fé romana*. Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo menos con las condiciones que de público aparecian. Verdad era que el insidioso cónsul habia tenido la cautela de no firmarlas so pretesto de hallarse entonces enfermo; y por mas que los numantinos apelaban al testimonio de los principales gefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio que hubo de remitirse su decision al senado, el cual optó por la continuacion de la guerra: que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fué primeramente Popilio contra los lusones, á quienes no pudo vencer: volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido mas haber admitido la paz que halló establecida Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro: ni una voz, ni un ruido se sentia en la poblacion: profundo silencio reinaba en ella: parecia una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso á Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temia con razon, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios, y los pusieron en desórden y en verdadera derrota. (1)

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto habia sido enviado á la España Ulterior, donde los lusitanos habian comenzado á alterarse de nuevo. Vino á la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginacion tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oido en el aire una

(1) Frontin. Estratag. III.

voz que le decia: *Detente, Mancino, detente.* Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traian de Roma sus soldados no eran menos siniestras. Y con esto y con esperimentar mas de una vez la realidad de su bravura, no se atrevian ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecian en su campamento, hasta que á la voz de que los vaccéos y cántabros venian en ayuda de los de Numancia dióse prisa el cónsul á levantar los reales, y á favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creia no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una misma doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendria la de su hija y se la daria en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posicion en posicion redujéronlos á una estrechura, donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Asi ahora, imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo ni entenderse para las capitulaciones sino con su lugarteniente Escipion (1), tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervencion del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre habia hecho ratificar otra paz en el senado. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia seria para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaria á los numantinos todo el bagage, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseia: único medio de salvar las vidas á mas de veinte mil hombres que el hambre tenia reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no asi al senado, que comprendió todo el baldon que tan afrentoso tratado echaba sobre la república: y como los padres conscritos estaban lejos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábales poco que pereciesen veinte mil guerre-

(1) Cap. I. de este libro.

ros romanos con tal de que no se dijese que el pueblo mas poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues, solemnemente el pacto como injurioso é indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos por que se cumpliese lo tratado, y por demostrar la necesidad crítica en que se habia hecho. Cierto que la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado de pies y manos. Inútiles fueron tambien los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un dia desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfaccion del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedian era, ó que lo pactado se cumpliese, ó que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenian cuando se hizo el ajuste, entregándoles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La peticion era á todas luces justa, pero se la hacian á Roma (1).

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años, y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépido en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretesto de que habian abastecido á los numantinos durante la guerra acometió este cónsul á los vaccéos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habian forzado á levantarle, pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupcion en su campo, y le mataron hasta seis mil hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejára á los vaccéos y atendiera á Numancia. Pero Numancia vió pasar un consulado mas, y Roma vió regresar de España otro cónsul sin haber ganado mas mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

Reemplazóle Lucio Furio Philon (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus propios soldados, contemplar á Numancia, y poder decir en Roma que habia visto una ciudad y no se habia atrevido á acometerla.

Calpurnio Pison, que vino despues (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo habia ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de corromperla con su codicia.

(1) App. de Bell. Hisp. p. 511—Tit. Liv. de este tratado. Epitom.—Patterc. lib. II.—Saint-Real, Hist.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la república*: los ciudadanos casi no osaban pronunciar su nombre. Abochornábala que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignacion, mas que con dolor, veia cómo iban quedando enterradas aqui sus legiones, cómo se estrellaban aqui sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuese capaz de domar esta ciudad heróica que el que habia destruido á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipion Emiliano el consulado sin pretenderlo, una para que fuese á destruir á Cartago, otra para que viniese á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Ciceron, mas enemigas de Roma. Pero la una habia sido una poblacion de setecientos mil habitantes, la otra apenas contaría ya en su recinto cuatro ó seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fué tan fácil arruinar la segunda.

Trajo el Africano consigo cuatro mil voluntarios (134), de entre los cuales formó un cuerpo de quinientos hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipion el ejército de España viciado en estremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mugerzuelas; de éstas hasta dos mil. Suprimió las cómodas camas en que se habian acostumbrado á dormir y á comer, y las reemplazó con unos sacos en que dormia él mismo para dar ejemplo. Hacia que cada soldado cargase con la provision de trigo para quince ó veinte dias, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipage obligábalos á hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y replenarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos asi en todo género de trabajo y de fatiga. «*Que se manchen de lodo*, decia, *ya que tanto temen mancharse de sangre* (1).» Hallábase él presente á todos estos ejercicios, y no permitia la menor indulgencia ni guardaba la menor consideracion. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en mas fáciles empresas (que todo lo creia necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad) haciendo algunas correrias por el pais de los vaccéos. Viéronse alli el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que despues escribió la historia de esta guerra) en mas de un conflicto, y en mas de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballeria. En una de estas escursiones vió Escipion por sus mismos ojos las ruinas de Caucia destruida por la traicion aleve de Lúculo, y

(1) Flor. lib. II.—Aurel. Vict. c. 58.

movido á lástima ofreció á voz de pregon todo género de franquicias á los que quisiesen reedificarla y habitarla.

Pasada así la mayor parte del invierno, volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrian á forrajear hácia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubieran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta tres mil caballos, con lo que los numantinos tuvieron á cordura replegarse á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas á los numantinos (1).

Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipion el sitio de Numancia con un ejército de setenta mil combatientes, disciplinados ya á su gusto. ¡Y todavía el poderoso romano esquivaba la batalla con que en su desesperado arrojo le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitan, que decidido á rendir á los sitiados por hambre hizo circunvalar la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyéra; y para que por el rio no les entráran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizadas de puntas de hierro, en tal forma que no solo las barcas, pero ni los nadadores y buzos podian pasar sin evidente riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guarnecian las torres, á mas de las ballestas, catapultas y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de dia y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas, y al punto se acudia al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano, trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Aníbal para conquistar á la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba mas alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojo (Retógenes Caraunio nos dice Appiano que se llamaba), que con cuatro de sus conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estorbarles el paso, franquearon la línea de circunvalacion estos cinco valientes, y dirigiéronse á pedir auxilios á sus vecinos los arevacos. Hizoles el bravo Retógenes una enérgica y ani-

(1) App. pág. 324.

mada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destruccion de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Lúculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbia, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, «*no lágrimas*, les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir*.» Pero una sola ciudad, *Lutia*, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podia atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué por desgracia mas loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensage á Escipion. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, «el gefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes «como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vie«nen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué mas honor para tí que «la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviríamos «á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitan «como tú. Hoy que la fortuna nos abandona venimos á buscarte. Impónnos «condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si «rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si es«quivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes «que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazon de hombre, Escipion, «y que tu nombre no se afée con una mancha de sangre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discrecion.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quien deshogar su rabia hicieron víctimas de su desesperacion á los enviados que habian tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mugeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebi-

da fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pie de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podian ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heróicos espectros; muchos murieron matando; otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenian que comer; los muertos servian de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperacion ahogaba la voz de la humanidad, y aun asi la muerte venia con mas lentitud de la que ellos podian sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mútuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era alli sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¡Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipion en la ciudad! y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasar las pocas casas que el fuego no habia acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nacion mas poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejercitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su vida que la libertad. Si España no contára tantas glorias, bastaríale haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador estrangero, cayó la pequeña ciudas mas gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecia que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusára de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el mas admirador de los roma«nos y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplo«rable de aquellos pueblos heróicos, cuyo solo delito parece haber sido el «no haberse doblegado jamás á la dominacion de una república ambiciosa «que pretendia dar leyes al universo.» Floro dice espresamente que «nunca los «romanos hicieron guerra mas injusta que la de Numancia (1)...... No me

(1) *Nullius belli causa injustior*: son las espresiones de Floro.

«parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que «Roma haya destruido á Cartago. Era un rival que se habia hecho temible, y «que podia serlo todavía si se la dejaba subsistir. Pero los numantinos no «estaban en el caso de hacer temer á los romanos la ruina de su imperio.....»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad saber el resultado de sus esfuerzos se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (1).

Decio Bruto habia sometido tambien á los gallaicos, y recibido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el fuego del patriotismo no se habia extinguido todavía en España.

(1) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un ídolillo de metal de un palmo de alto. Algun monumento debia estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.



CAPITULO IV.

SERTORIO.

Desde 133 antes de J. C. hasta 72.

Paz que siguió á la destruccion de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas. Su fin.—SERTORIO.—Quién era, y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á Africa.—Vuelve llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas. Mútuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cierva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad ejército y gobierno á la romana.—Unesele por aclamacion el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo. Ridículas farsas.—Apurada situacion de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traicion y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heróica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

Destruida Numancia, quedó España por mas de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y de la resignacion, ni menos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniéndola sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma dividiéndola en diez distritos bajo la inspeccion de otros tantos legados. Si bajo la opresion en que vivian los españoles se levantaban algunas bandas armadas y recorrian el pais, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos. ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarian á impulso de mas nobles fines? ¿No habian llamado tambien á Viriato un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufria.

El único suceso de importancia que de este tiempo nos han dejado consig-

nado las historias, es la espedicion del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de Baleárico. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños que hasta entonces habian habitado en grutas campestres, fueron atraidos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollencia se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habian quedado los españoles hubiera podido ser duradera, si los gobernadores romanos hubieran tratado con mas consideracion y miramiento á los vencidos. Pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles qne tampoco tenian sino amortiguados los antiguos instintos de la independencia, y la inveterada aversion á la coyunda romana, alzáronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Silanos y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor, fuéle ya fácil á Licinio Craso enseñorear un país casi yermo de guerreros.

No se habia sometido aun la Lusitania, cuando estalló nueva insurreccion en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represion á Tito Didio Nepote, que vino á cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habian dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido (1); ni porque destruyéra la ciudad de Termes, siempre hostil á los romanos, y obligára á sus moradores á bajar á habitar en la llanura; ni por que rindiera á Colenda (hoy Cuellar), despues de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos á los valerosos habitantes de Cuellar, sin esceptuar las mugeres y los niños. Llamó despues á los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales por su extremada pobreza dicen se habian dado á robar, ofreciendo repartirles el territorio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fé de su palabra á cultivar las tierras que á cada uno habian tocado, y cuando los tuvo á su disposicion los hizo degollar á todos bárbara y alevosamente (2). ¡Así civilizaban ellos la España! ¡Y á los que

(1) En el primer encuentro que tuvo con los celtiberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria habia quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del dia siguiente observaron los celtiberos que casi todos los muertos que yacian en el campo de batalla eran españoles, creyéronse vencidos y se le rindieron. Hasta aquí solo hay un ardid de guerra. App. de Bell. Hisp.

(2) Id. p. 535.—Tit. Liv. Epist.—Eutrop. lib. IV.

se levantaban á vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

Ocurrió por entonces (98) un suceso que fué causa de que empezára á sonar en España el nombre del ilustre personage con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció influjo grande en la condicion social de la península española. Altamente incomodados los habitantes de Castulon con los escesos y desenfrenada licencia de la guarnicion romana (que su mismo gefe no podia reprimir), determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciosa. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando de los escesos del dia, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron no poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad lo fué el jóven Q. Sertorio, que [illegible]andaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio á los fugitivos, y con ellos [illegible]ó arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida á su vez pagó con las v[illegible] de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la comp[illegible]d de los gerisenos, dispúsose tambien á castigarlos, y disfrazando á sus [illegible]dos con los vestidos de los mismos habitantes de Castulon, encaminóse á[illegible]udad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad [illegible]uertas. Una vez dueño de la poblacion, la escarmentó con todo el rigor d[illegible] leyes de la guerra. Asi aquel Sertorio, á quien despues habremos de ver t[illegible]ulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en Españ[illegible]on dos sangrientas ejecuciones. ¡Tan familiarizados estaban entonces los [illegible]nos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasion los español[illegible]ian dado justo motivo á su resentimiento.

De[illegible]España fué destinado este Sertorio á cuestor de la Galia Cisalpina, dond[illegible]hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya [illegible]ncia hizo decir á Plutarco: «Sertorio... tuerto como Anibal, como [illegible]ono y como Filipo, á ninguno de ellos fué inferior en claridad de entendimiento, pero lo fué á todos en fortuna, que le fué mas adversa que á sus enemigos (1).» En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose á dar hospitalidad á los emigrados de uno y otro bando, Sertorio, ya por odio á la tiranía, ya por resentimiento hácia la faccion de Sila que le habia rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobára nunca sus sanguinarios escesos. Cuando Sila se hizo dueño de Roma, Sertorio fué comprendido en la proscricion de aquel tirano. Entonces se refugió á España, asi por buscar en ella un asilo, como para suscitar aqui enemigos á Sila. Sertorio era sa-

(1) Plut. Vit. Sertor.

gaz, y conocía el secreto de ganarse el afecto de los españoles, secreto reducido á tratarlos bien y á ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos á sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atrajo á varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulon, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse á aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar á los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardia en el suyo contra la tiranía de Sila: y habiéndosele agregado muchos romanos de los que habia en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Noticioso de esto Sila, despachó contra él á Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió á Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio á disputar á los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió á la traicion. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas á uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente á su gefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas á Annio y volviéndose otras á Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército á que quedaba reducido, determinó pasar á Africa. Siguióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entonces se ve á Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya dispersada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar á las Islas Afortunadas, y ya volviendo á África, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

En tal situacion recibe un mensage de los lusitanos, convidándole á que viniera á ayudarlos á sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio á una solicitud que le proporcionaba ocasion y medios para combatir al tirano. Embarcóse pues con dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares de África, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Mas afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo el proscripto de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió á cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba á los españoles, corrian éstos gustosamente á alistarse en sus banderas. Veian en Sertorio un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque estrangero, protector de su libertad:

porque él les repetia frecuentemente que no descansaria hasta librar la España de la opresion en que tan inmerecidamente gemia: que él mismo no tenia ya mas patria que España, y que ó la fortuna y los dioses le habian de ser muy adversos, ó habia de verla una nacion grande, independiente y libre. Creíanle los españoles, porque estas palabras venian del hombre que cuando fué pretor les habia rebajado los impuestos, y sobre todo porque las obras iban guardando consonancia con las promesas. El organizó y equipó el ejército español á la romana, y supo lisongear su orgullo dándoles hasta brillantes armaduras y lujoso vestuario. El botin lo distribuia íntegro entre los soldados no reservando nada para sí. Era un Viriato, que reunia ademas la política de la civilizacion romana.

Conociendo el influjo que lo maravilloso ejerce sobre los pueblos todavía rudos, tenia y llevaba siempre consigo una cierva blanca, á imitacion de Numa y de la ninfa Egeria, y á ejemplo del mismo Mario y de la muger siria que le acompañaba siempre. Persuadió Sertorio á los sencillos y supersticiosos españoles que por medio de la cierva se comunicaba con los dioses, y principalmente con Diana. Hízoles creer que la cierva le revelaba los secretos del porvenir, y cuando por sus espías sabia anticipadamente algun suceso favorable, aparecia la cierva coronada de flores, como fausto agüero de un acontecimiento próspero. Diestramente amaestrada, acercábasele entonces al oido, como para inspirarle la resolucion que deberia tomar. Miraban los españoles la misteriosa cierva con el mas religioso respeto (1).

No podia el orgulloso Sila soportar en paciencia el engrandecimiento y prestigio que Sertorio iba tomando en España. Derrotados los generales que contra él habia enviado, fué preciso que viniera el viejo Metelo Pio, acreditado por su prudencia, que se habia hecho hasta proverbial. Pero Sertorio era mas jóven, era vigoroso y ágil; sus tropas, aunque inferiores en número, peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenian fé en su caudillo, y estaban acostumbradas á guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos. Conocedor de todos los pasos y senderos, tanto como el mas práctico cazador del pais, sabía atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podian maniobar libremente, ó donde conocia que habia de faltarles el agua ó los víveres. Entonces caia de repente sobre ellas con sus españoles. Asi fatigó al anciano Metelo, que no pudo resistir los efectos de tan sabia táctica. Puso Metelo sitio á Lacobriga, y cortó las aguas á los sitiados. Sertorio tuvo astucia para introducir en la ciudad

(1) Existen monedas del tiempo de Sertorio, en cuyo reverso se ve la figura de una cierva.

hasta dos mil cueros llenos de agua, con otros bastimentos. Obligóle á levantar el sitio, y le derrotó en la retirada. No pudo Metelo hacer que progresára en España la causa del dictador.

La parte militar no era solo de lo que cuidaba Sertorio. Tan político como guerrero, quiso hacer de España una segunda Roma. Dividióla al efecto en dos grandes provincias ó distritos; *Evora*, donde él tenia habitualmente su residencia, era la capital de la Lusitania: á *Osca* (hoy Huesca) hizo capital de la Celtiberia. En *Evora* estableció un senado, compuesto de trescientos senadores, en general romanos emigrados (1): este senado ejercia la potestad suprema sobre ambas provincias, y tenia bajo su dependencia pretores, cuestores, tribunos, ediles y demas magistrados á estilo de Roma. Lo único que no tomó de su ciudad natal fué un título para sí: modestia, ó política, es lo cierto que no quiso intitularse ni emperador, ni dictador, ni aceptar otro dictado, que significase suprema magistratura. En *Osca*, ó Huesca, creó una escuela superior, especie de universidad, donde se enseñaba la literatura griega y latina á los jóvenes de las principales familias españolas. Esta educacion, que equivalia á un privilegio aristocrático, daba el nombre y derechos de ciudadanos romanos, y abria el camino á las magistraturas y á los cargos públicos. El mismo Sertorio solia asistir á los exámenes de esta escuela, y distribuir por sí mismo los premios de aplicacion. Este instituto, al mismo tiempo que servia para ir civilizando los españoles, servíale tambien para tener allí reunida y como en rehenes la juventud mas distinguida de España. Sin embargo, ¿qué mas hubiera podido hacer ningun español? ¿Y cómo no habian de amarle los españoles, sin mirar que fuese romano?

Vínole á Sertorio un refuerzo de donde menos lo podia esperar. Otro romano proscrito por Sila, Perpenna, que habia vivido retirado en Cerdeña, encontróse por la muerte de Lépido al frente de veinte mil hombres. Seducido por los brillantes progresos que en España habia alcanzado otro proscrito como él, vino tambien á la Península con la esperanza de atraerse un partido. Pero arrastrados sus soldados por la fama y el prestigio que gozaba Sertorio, pidieron á una voz reunirse á él. Perpenna tomó el único

(1) «Ordenó, dice Mariana, un senado de los españoles principales.» Lib. III, cap. 12. En casi todos los escritores hemos hallado que aquel senado se compuso de romanos exclusivamente, y aun añaden que esto fué causa de que los españoles empezáran á disgustarse de Sertorio. Todo induce á creer que si algun español pudo ser admitido en aquella asamblea, la gran mayoría por lo menos debió ser de romanos, así por su mayor ilustracion, como por ser sabido que Sertorio en el fondo de su corazon se conservó siempre romano, y que su defecto para España fué no haber querido renunciar nunca á ser ciudadano del Tiber.

partido que le quedaba: ceder, y someterse mal de su grado á ser el segundo de Sertorio.

La muerte de Sila (79) libertó á Roma de su dura tiranía, y parecia deber esperarse que hubiera dejado tambien respirar á España. Pero entonces fué cuando el senado, identificado con la causa de aquel dictador, opuso á Sertorio un adversario formidable, el jóven Pompeyo, «triunfador, dice Plutarco, antes de tener pelo de barba,» y á quien Sila, que conocia bien su mérito, habia decorado con el título de *Grande*.

De este modo se encontraban á un tiempo en España cuatro célebres generales romanos, dos de un bando, y dos de otro. Metelo y Perpenna eran capitanes experimentados, pero viejos: Sertorio y Pompeyo jóvenes fogosos y ardientes. Metelo y Pompeyo que defendian una misma causa, reunian sesenta mil hombres; Sertorio y Perpenna sobre setenta mil, comprendiendo ocho mil ginetes españoles, organizados á la romana por Sertorio, y en brillante estado.

Era Pompeyo arrogante y presuntuoso; habia ofrecido que en pocos meses daria buena cuenta *de los restos de la faccion de Mario*, que asi llamaba por desprecio al ejercito de Sertorio. Tenian éste y Perpenna cercada á Laurona (*Liria* en la provincia de Valencia). Acudió Pompeyo y envió á decir con jactancia á los lauronenses, «que no tardarian en ver sitiados á sus sitiadores.» Súpolo Sertorio, y respondió: «*yo enseñaré á ese aprendiz de Sila que un buen general mira mas detrás de sí que hácia adelante.*» Y en efecto, cuando Pompeyo pensaba cercar al enemigo, encontróse él cercado por todas partes. La pérdida de diez mil hombres fué la primera leccion que recibió la vanidad de Pompeyo, y la ciudad fué tomada é incendiada á su vista (76). Aun pudieron calentarle sus llamas. Metelo y Pompeyo se retiraron á las faldas de los Pirineos; Sertorio y Perpenna volvieron á la Lusitania (77).

Al año siguiente un cuerpo del ejército sertoriano mandado por Hirtuleyo, fué derrotado por Metelo en Itálica, muriendo el mismo Hirtuleyo con diez y ocho mil de los suyos, que fué horrorosa mortandad si los historiadores no la exageran. Entretanto Sertorio tomaba á Contrebia, una de las mas fuertes plazas romanas, en cuyo sitio se habla de haberse empleado el combustible aplicado á las minas para volar las murallas, cuyos efectos asustaron á los sitiados y los movieron á rendirse (1).

Muchos fueron los encuentros, combates y batallas que se dieron entre los cuatro ejércitos, ya reunidos, ya separados, ora regidos por los principa-

(1) Fragmento de Tito Livio, publicado por Giovenazzi y Brunks.

les generales, ora por sus lugartenientes, de que fuera enojoso é inútil contar todos los lances y pormenores. En una ocasion (75), en los momentos de ir á empeñarse una accion entre Sertorio y Pompeyo, llególe á aquél un mensagero con la nueva de haber sufrido dos derrotas su aliado Perpenna. Conocia el mal efecto que en ocasion tan crítica habria de hacer aquella noticia en sus tropas, y para que nadie pudiera saberla mas que él atravesó con su propia espada al desgraciado mensagero de aquella nueva fatal. Y como en medio de la lucha viera desordenarse y cejar su ala izquierda; «¿dónde «están mis españoles? gritó; ¿donde están esos españoles que han jurado «defenderme hasta la muerte? Id, id á vuestras casas, que para buscar la «muerte basto yo solo.» Y picando los híjares á su caballo se precipitó temerariamente sobre las primeras filas enemigas. Realentaron aquellas palabras el valor de los fugitivos, y volviendo denodadamente á la pelea, se declaró el triunfo por los españoles, á tal punto que hubieran aniquilado el ejército enemigo, sin la casualidad feliz para Pompeyo de haberse aparecido Metelo y llevádole oportuno socorro. Entonces fué cuando Sertorio pronunció aquellas célebres, incisivas y arrogantes palabras; «sin la venida de esa *vieja* «(por Metelo), ya hubiera yo enviado á Roma á ese *muchachuelo* (por Pom«peyo), muy bien azotado.»

Durante esta batalla extraviósele su querida cierva, de lo cual dedujo (entiéndese que para sus soldados) que se la habia arrebatado Diana, enojada por el poco ardor con que algunos se habian conducido en la refriega. Habiendo parecido después y saludádole con sus acostumbradas caricias, dijo que venia á comunicarle de parte de la diosa que se reconciliaba con los españoles y los favoreceria siempre, con tal que ellos no volvieran á flaquear en los combates, como lo habian hecho por un momento el dia anterior. Así sacaba partido el sagaz romano de la supersticiosa credulidad de los españoles.

En otro encuentro cerca de Segontia (Sigüenza), en que hubo choques sangrientos, y alternativas varias (que ya los reveses mismos habian enseñado á Pompeyo á vencer), hirió Sertorio con su propia lanza al viejo Metelo, á quien por fortuna suya pudieron salvar sus soldados cubriéndole con los escudos. Dió luego órden Sertorio á los suyos para que se diseminaran en pequeñas partidas y fueran á reunírsele en Calahorra. Era un ardid de guerra. Súpose que irian á sitiarle allí los dos generales enemigos, y conveníale entretenerlos mientras por otro lado reclutaban sus oficiales nuevas fuerzas.. Así se verificó todo. Cuando le pareció oportuno, hizo una salida repentina de la ciudad, y dejó burlados á los sitiadores. Hizose el anciano Metelo la ilusion de que aquello era una retirada, atribuyólo á miedo de caer en sus manos, y loco de alegría se decretó á sí mismo los honores del triunfo.

Preciso era que al buen anciano se le hubiera debilitado algo la razon con la edad, porque habiendo pasado á invernar á Córdoba, hacia que los pueblos de la Bética le dieran título y trato de Emperador; presentábase en público coronada la cabeza y ataviado con las vestiduras triunfales; coros de jóvenes y doncellas cantaban sus victorias mientras comía, y entonaban himnos de alabanza compuestos por los mas hábiles poetas. Representábanse en su presencia dramas alegóricos que tenian por objeto celebrar sus hazañas. El humo de sus imaginarios triunfos llegó á desvanecerle hasta el punto que un dia se hizo erigir un trono recamado de oro y plata en un magnifico salon cubierto de tapicería; sentóse en él el infatuado general, y mientras se quemaba incienso en honor del héroe, una *Victoria* bajaba del cielo y se dignaba asentar una corona sobre su cabeza con propia mano. No sabemos qué admirar mas, si la fatuidad del que asi se hacia divinizar, ó la baja adulacion de los que cooperaban á la ridícula apoteosis. No quiso tampoco privarse de la gloria de poner su nombre á algunas ciudades, y entre ellas debió contarse la llamada Cecilia Metellina, acaso la moderna Medellin.

Mientras de este modo se hacia Metelo, con mengua y daño de su razon, tributar honores casi divinos, Sertorio reforzaba su ejército, le disciplinaba y ejercitaba, y poníale en estado de reparar sus pasadas quiebras. Adoptando entonces un sistema de guerra semejante al de Viriato, á que ya antes habia mostrado aficion, por todas partes aparecian escuadrones y partidas sertorianas, que cayendo rápidamente sobre el enemigo le cortaban los víveres, le atajaban los desfiladeros, le interceptaban los caminos, y le hostigaban sin tregua ni descanso. Pompeyo y Metelo concertáronse para poner sitio á Palencia (75), ciudad que habia dado siempre mucho que hacer á los romanos. Disponíase ya á asaltarla cuando apareció Sertorio. Huyeron los enemigos, á quienes persiguió hasta los muros de Calahorra, donde les mató hasta tres mil. No les dejaba respirar, ni les daba tiempo para avituallarse; redújoles asi á un estado de penuria insoportable á tropas regulares; aproximábase otro invierno, estacion en que comunmente nada se atrevian á emprender en España los romanos, y todas estas causas reunidas movieron á Metelo á retirarse á su predilecto pais de la Bética; Pompeyo traspuso esta vez los Pirineos y no paró hasta la Galia Narbonense.

Desde allí escribió al senado aquella célebre carta en que le decia: «He «consumido mi patrimonio y mi crédito; no me queda mas recurso que vos; «si no me socorreis, os lo prevengo, mal que me pese tendré que volver á «Italia, y tras de mí irá todo el ejército, y detrás de nosotros la guerra española (1).» Este era aquel Pompeyo que habia venido á España con ínfulas de

(1) Sallust. Hist. lib. III.

acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido entonces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro Anibal, y mas contando con las simpatías de muchos pueblos de Italia. Pero Sertorio no queria dejar de ser romano. Amaba á su patria, donde tenia una madre á quien idolatraba, y de cuyo extraordinario amor filial no hay historiador que no haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar á Italia pacíficamente, y que el senado revocára el decreto que le tenia proscrito. Con esta condicion proponia la paz, pero tuvo el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entretanto España se iba amoldando al gobierno y á las costumbres de aquella misma Roma que combatia: los españoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran ya ciudades ilustradas, que habian adoptado letras, artes, idioma, y legislacion romanas; el mismo Sertorio se vanagloriaba de haber hecho una Roma española, de haber trasladado Roma á España (2).

La fama de las proezas de Sertorio habia llegado al Asia; y Mitridates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, al tiempo de renovar por tercera vez la guerra contra los romanos, despachó embajadores á Sertorio solicitando su alianza. Estos, despues de compararle á Pirro y Anibal, le ofrecieron á nombre de su rey una suma de tres mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir á los romanos en España, con tal que él le enviára un refuerzo de tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Sertorio, fiel á la causa de su patria, contestó con dignidad, y aun con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con detrimento de la república: «decidle que guarde él la Bitinia y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuanto al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de «tierra mas de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando esta contestacion le fué comunicada á Mitridates, exclamó: «*Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¿qué seria si fuese dictador en Roma?*» Sin embargo aceptó el tratado con aquella cláusula, y envió á Sertorio los tres mil talentos y las cuarenta galeras, que él fué á recibir á Denia, ganando á Valencia de paso (74).

Pero estos eran los últimos resplandores de la gloria de Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas ó imaginadas victorias se habia hecho incensar como una divinidad, determinó deshacerse por la traicion de un enemigo á quien no obstante todas sus ilusiones no podia vencer. Pregonó entonces su cabeza, y

(1) Pensamiento que espresó el gran Corneille en una de sus tragedias con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio:

Rome n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis...
Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

púsola á precio, ofreciendo por su vida mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como esto coincidiese con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le enviaba en virtud de su enérgica reclamacion, y con haberse empezado á notar desercion en las filas sertorianas de parte de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en que se quedaban sin su gefe, mil negros presentimientos comenzaron á ennublecer y turbar la imaginacion ya harto melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad de los romanos, su mismo recelo le hacia tratarlos con aspereza y severidad. Habiendo confiado la guarda de su persona exclusivamente á españoles, esta preferencia excitó en aquellos el resentimiento y la envidia, y poco á poco le iban abandonando. Entonces pudo conocer de parte de quién estaba la lealtad, y cuán injusta habia sido la predileccion con que antes habia mirado á los romanos sobre los indígenas, pero era ya tarde.

Mortificado ademas con la perpétua ansiedad que le agitaba, obróse en su carácter un cambio completo. El negro humor que le dominaba hízole áspero, duro, caprichoso y cruel. Por simples y ligeras sospechas castigaba con inexorable rigor las ciudades que le estaban sometidas. Aprovechándose de esta disposicion sus tropas, vejaban los pueblos con todo género de violencias y estorsiones, pregonando que lo hacian de órden de su gefe. Y como el edicto de Metelo le hiciese ver en cada uno de los que le rodeaban un conspirador y un aspirante al premio de su muerte, á tal punto se extravió su razon, que hizo perecer en el suplicio una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca, vendiendo á otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satisfaccion de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas ciudades se entregaron á Metelo y Pompeyo, que con tal motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran sin embargo infundadas las zozobras del inquieto y desatentado general. La conjuracion existia. El viejo Perpenna, que desde el principio se habia resignado mal á ocupar un segundo puesto en el ejército, era el alma de la conspiracion, en la cual habia hecho entrar á muchos oficiales. «Para honor de España, dice un escritor estrangero, hay que confesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abominable proyecto en un festin, pero era difícil hacer concurrir á él al melancólico y mal humorado Sertorio. Para conseguirlo fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noticiaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y díjole que para celebrarla se habia dispuesto un banquete. Asistió, pues, Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito á una inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna una copa de vino: era la señal convenida: el que se sentaba al lado de Sertorio le atravesó con su es-

pada: quiso el desgraciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo del sillon, cosiéronle á puñaladas los demas conjurados. Desastroso y no merecido fin del hombre á quien los españoles llamaban el Anibal romano, y que por espacio de ocho años habia estado haciendo dudar si la España seria romana, ó si Roma seria española (73).

Segun Velleyo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se verificó en *Etosca*, hoy Aytona, á algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno, cuando abierto que fué el testamento de Sertorio se vió que le tenia nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible pareció á todos entonces la perfidia, que faltó poco para que fuese despedazado. Reservábale no obstante Pompeyo el castigo que merecia su detestable hazaña. Apenas tomó posesion de su ambicionado puesto de general en gefe de las tropas, le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde Perpenna se habia escondido entre unos matorrales: de alli le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte presentando á Pompeyo las cartas cogidas á Sertorio, en las cuales se cree resultaban comprometidos muchos personages de Roma. Pompeyo con loable generosidad las hizo quemar sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Aufidio, fué á Africa á arrastrar una vida infame y mísera, mil veces mas desastrosa que la muerte.

En cuanto á los españoles, aquella guardia sertoriana de *devotos* que habian jurado no sobrevivir á su amado gefe, cumpliéronlo con su fidelidad acostumbrada, haciendo el sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos, de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á mas alto punto la *devocion* y la fidelidad, el respeto á los juramentos, el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costumbres. Tales eran los españoles de aquella edad. Asi se ve confirmado lo que de ellos dijimos en el capítulo primero de esta obra (1).

(1) Citase, aunque dudan todavia algunos de su autenticidad, el siguiente epitafio que aquellos heróicos españoles dejaron escrito.

HIC MULTÆ QUÆ SE MANIBUS
Q. SERTORII TURMÆ, ET TERRÆ
MORTALIUM OMNIUM PARENTI
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER
PUGNANDO INVICEM CECIDERE,
MORTE AD PRÆSENS OPTATA JACENT.
VALETE, POSTERI.

Fuéronse rindiendo á Pompeyo unas tras otras las ciudades de España, algunas no sin resistencia. Terrible fué todavía la de Calahorra. La pluma se resiste á dibujar el cuadro espantoso que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El hambre que se padeció fué tal, que segun Valerio Máximo se salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar á los que aun sostenian el peso de las armas... (1). Apartemos la vista de las repugnantes escenas de aquella heróica barbarie. Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos heróica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados habitantes. Con la destruccion de Calahorra, acabó de sometérsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores del triunfo. Asi acabó la famosa guerra de Sertorio.

«En este sitio numerosas cohortes se sacrificaron á los manes de Q. Sertorio, y á la Tierra, madre de todos los hombres. Privados de su gefe, la vida se les hacia una carga pesada, y combatiendo unos con otros supieron darse la muerte, objeto de sus votos. Reciba la posteridad nuestro último adios.»

(1) Val. Max. lib. VII. c. 6.

CAPITULO V.

JULIO CESAR EN ESPAÑA.

Desde 72 antes de J. C. hasta 49.

Primera venida de César á España.—Vuelve en calidad de pretor.—Carácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte Herminio.—Va á la Coruña y á Cádiz. —Ley para corregir la usura en España.—Enormes riquezas que saca de la Península.— Vuelve á Roma y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triumvirato romano. —Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicon, y va á Roma contra Pompeyo.— Se hace dictador.—Viene tercera vez á España.—Asombrosa campaña en que vence á Petreyo y Afranio.—Somete tambien á Varron en la Bética.—Hace á todos los moradores de Cádiz ciudadanos romanos.—Vuelve á Roma, y se hace otra vez dictador.—Gobernadores de España.

Sosegada España despues de la guerra de Sertorio, aunque no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos bajo la férrea autoridad de los pretores, ningun acontecimiento notable que la historia haya trasmitido ocurrió por algunos años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado tambien desapercibida, puesto que era entonces un simple cuestor militar, si este personage no hubiera estado destinado á desempeñar tan gran papel en España y en el mundo. En esta ocasion se dejó ya revelar su grande alma; no con hechos brillantes, sino con una que podríamos llamar heróica flaqueza.

Visitando los pueblos en ejercicio de su cargo llegó á Cádiz, y habiendo visto en el famoso templo de Hércules el busto de Alejandro el Grande, dicen que lloró, contemplando que á la edad en que Alejandro habia conquistado ya un mundo, él no habia hecho nada memorable (1). Sin embargo no se habian ocultado ya á la perspicacia de Sila ni la ambicion ni los altos pensamientos

(1) Sueton., in Vit. Cæsar.

de César, puesto que antes de esta época habia dicho ya de él: «este jóven llegará á ser otro Mario.» Nada hizo entonces en España digno de especial mencion. Ansioso de buscar ocasiones en que ganar gloria, regresó á Italia, donde fué obteniendo diferentes magistraturas.

Nueve años después volvió á España, ya en calidad de pretor (60). Ya entonces era conocido tambien su célebre dicho, cuando al pasar por una miserable aldea de los Alpes dijo á sus amigos; «*Mas querria ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.*» A un hombre que venia poseido de tan elevadas y ambiciosas miras, no podia contentarle el estado de quietud en que encontró á España. Necesitaba, si no le habia, discurrir un pretesto que le proporcionára medio y ocasion en que desarrollar la actividad de su genio y en que adquirir méritos para ir conquistando aquella soberanía, aquel primer puesto que tan anticipadamente ambicionaba. Diéronsele, á falta de otro, los habitantes del monte Herminio (sierra de la Estrella), de quienes supo que acuadrillados inquietaban las comarcas vecinas de aquella parte de la Lusitania, y á quienes escusado es decir que calificaba de bandidos y salteadores. Fuese, pues, contra ellos al frente de quince mil hombres, y so color de que sus casas eran unas guaridas perpétuas de ladrones, las hizo derruir, obligándolos á abandonar la montaña y establecerse en las llanuras, degollando á los que rehusaban obedecer y persiguiendo á muerte á los fugitivos. Algunos de estos montañeses, hijos de los que tan temibles se habian hecho á Roma con Viriato y con Sertorio, lograron en su fuga ganar una de las pequeñas isletas de la costa de Galicia frente al puerto de Bayona, donde se creyeron seguros de las lanzas romanas. Pero habiendo observado Cesar lo bajas que estaban las aguas por aquella parte, en balsas que al efecto mandó construir despachó un destacamento de sus tropas á la isla. Sobrevino luego la subida de la marea y se llevó las balsas. No les hicieron falta á los soldados romanos para volver; los herminienses los habian degollado á todos: uno solo quedó con vida, Publio Sceva, que salvándose á nado pudo llevar á Cesar la noticia del desastre. Irritado el pretor con tan humillante golpe, pidió una flotilla á Cádiz, y embarcándose en ella con bastante gente, acabó con todos aquellos infelices, que el hambre tenia ya flacos, estenuados y sin fuerzas para defenderse. Asi comenzaban su carrera en España todos los generales romanos.

Costeando desde alli César por el litoral de Galicia, arribó al puerto Brigantino (hoy la Coruña), cuyos habitantes, acostumbrados á navegar en botes ó barcas de mimbres forradas con pieles, se sorprendieron grandemente á la vista de las naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástiles y sus adornadas proas, asi como con las brillantes armaduras de los guerreros que en ellas iban: dejaron sin dificultad desembarcar los soldados, y

sobrecogidos de una especie de estupor religioso, se sometieron á César.

Volvióse éste desde allí á Cádiz, sin emprender nuevas conquistas: ni el pais le daba ocasion para ello, ni le interesaba entonces tanto conquistar como adquirir dinero. César ofreció en aquella sazon un ejemplo de cuánto mas fácil es hacer leyes para reformar á otros que aplicarse la reforma á sí mismo. Dió una ley para refrenar la usura que en aquel tiempo ejercian los ricos con escándalo en España. Habíanse arrogado el derecho de despojar á los deudores de sus tierras, que ellos tampoco cuidaban de cultivar, con gran detrimento de la agricultura. César prohibió la expropiacion forzosa por deudas, y limitó los derechos de los acreedores á las dos terceras partes de los productos de las fincas hasta la total estincion de los débitos. Con esto hizo un gran bien á las clases pobres. Pero hubiérale hecho mayor á toda España si él no se hubiera dado tanta prisa á amontonar riquezas. Cuando le fué conferido el gobierno de la Península, habia estado él mismo detenido en Roma por las reclamaciones de sus acreedores, á quienes debia la enorme suma de ochocientos treinta talentos de oro (que equivalian á muchos millones de reales), sin poder partir hasta que el opulentísimo Craso hubo de salir por fiador suyo. Cuando volvió á Italia, es decir, en menos de dos años de pretorado en España, no solo llevó lo bastante para solventar sus deudas, sino que le quedó aun para ganar con larguezas gran número de amigos que le elevâran al consulado.

Obtuvo, pues, la dignidad consular (59), que prefirió á los honores del triunfo. Roma se hallaba dividida en dos bandos que capitaneaban Craso y Pompeyo. César supo ganarse la voluntad de ambos, y entre los tres se formó el primer triumvirato de que hace mencion la historia romana. El senado elogió grandemente á César por haber dado fin á una rivalidad tan peligrosa para la república. Solo Caton comprendió que Roma habia perdido su libertad. En efecto, los triumviros se hicieron dueños de la direccion de los negocios públicos, y Caton y Ciceron que se atrevieron á alzar su voz contra ellos, no hicieron sino esponerse á su venganza. César, para mejor asegurarse la amistad de Pompeyo, le dió en matrimonio su hija Julia. Todos tres habian estado en España: Pompeyo y César como generales: Craso, proscrito en tiempo de las guerras de Sila y Mario, habia hallado en España una hospitalidad generosa, á que por cierto no habia correspondido con gratitud (1).

(1) Habia estado ocho meses oculto en una gruta, entre Ronda y Gibraltar, perteneciente al rico español Vibio Pacieco, el cual le prodigó allí toda clase de auxilios con la mayor solicitud y esmero. Cuando la suerte se volvió del lado de su partido, salió de la gruta, y con algunas tropas de su bando devastó el mismo pais que le habia servido de asilo. Málaga, que habia estado un poco remisa en satisfacer un pedido suyo, fué in-

Trascurrido el año consular de César, y distribuido el mando de las provincias entre los triumviros, partió César para las Galias y la Iliria, cuyo gobierno le habia tocado: Craso tomó el de Egipto, la Siria y la Macedonia; Pompeyo el de España. Los brillantes triunfos de César en las Galias le afirmaron mas en su pensamiento de hacerse el soberano de la república. La muerte de Craso (57) disolvió el triumvirato, dejando ya solos frente a frente á César y Pompeyo. Amigos en la apariencia, pero rivales y enemigos en el fondo de su alma, el lazo de Julia, á quien ambos amaban tiernamente, el uno como padre, como esposo el otro, era el que los habia mantenido esteriormente unidos. Murió Julia, y cesó ya entre ellos todo miramiento y consideracion. Y como ambos aspiraban al mando supremo de la república, y ni Pompeyo sufria superior ni César sufria igual, pronto estalló la enemistad de un modo estruendoso y fatal para Roma, fatal tambien para España, que tuvo la desgracia de ser elegida teatro de sus sangrientas contiendas, como luego vamos á ver.

Pompeyo se habia quedado en Roma, rigiendo desde allí la España, por medio de sus lugartenientes. Primero llegó á ser nombrado cónsul único: después, influyendo para que se nombráran cónsules enemigos de César, logró un decreto del senado mandando á César que resignára el mando del ejército. Contestó César que obedecería á condicion de que se obligára tambien á Pompeyo á renunciar el mando del que en Roma habia levantado contraviniendo á las leyes. El senado repitió la órden á César, intimándole que si no obedecia, sería declarado traidor á la patria. Comprometida y delicada era la situacion de César: reflexiona, medita sobre ella y sobre los males de una guerra civil; pero dueño de las Galias, contando con un ejército aguerrido, victorioso y adicto á su persona, y con un partido numeroso que á fuerza de oro habia ganado (que para esto le servia el oro de España y de las Galias), opta por la guerra: «*la suerte está echada*,» dice, y pasa el Rubicon (1). Grande fué la consternacion de Roma. Ciceron habia preguntado á Pompeyo con qué fuerzas contaba para detener á César: «*Me basta*, respondió el presuntuoso romano, *sacudir con el pié la tierra para hacer que broten legiones*.» Al saberse la aproximacion de César le dijo Favonio: «*Ea, gran Pompeyo*,

inexorablemente saqueada. Por estos medios se hizo Craso el mas opulento de los romanos. Así no es estraño que pudiera dar un dia á todo el pueblo romano aquel célebre banquete en que hizo distribuir á cada convidado todo el trigo que podria comer en tres meses. Cuando murió en la guerra contra los parthos, un ciudadano romano hizo echar oro derretido en su boca para insultar su avaricia.

(1) Este paso del Rubicon adquirió tanta celebridad, porque habia un decreto que declaraba enemigo de la patria al general que pasára con tropas armadas este pequeño riachuelo.

da un golpe en la tierra, y haz que salgan las legiones prometidas.» Mas lo que hizo Pompeyo fué huir de Roma, olvidándose con la premura hasta de recoger el tesoro público, de que supo aprovecharse muy bien César. Retirado Pompeyo á Dirraquio, quedó César de dictador en Roma (49).

España va á ser el campo en que los dos grandes hombres se disputarán el imperio del universo. César encomienda á Marco Antonio la defensa de Italia, y él determina venir á España á combatir aquí á los generales de Pompeyo.

En todo el tiempo que habia mediado desde su estancia como pretór, España habia estado pacífica, con la paz de los oprimidos. Solo en el año 55 una gran muchedumbre de cántabros, llamados por sus hermanos y vecinos de las Galias, habian ido á darles socorro, conducidos por acreditados y valerosos gefes que habian hecho la guerra con Sertorio. Pero esta expedicion habia sido tan infortunada, que en ella ejecutaron los romanos una de aquellas carnicerías horribles con que hace estremecer la relacion de las guerras de la antigüedad. Treinta y seis mil dicen que murieron (1).

Desde entonces volvió á quedar tranquila. Viene ahora César con formidable ejército, dividido en dos grandes cuerpos, uno al mando de Fabio por los Pirineos, otro por la costa regido por él en persona. Los dos generales de Pompeyo, Afranio y Petronio, debian interceptar el paso á Fabio mientras Varron desde Cádiz habia de enviar una flota contra César. Pero Varron faltó y Fabio atravesó los Pirineos sin obstáculo, y César desembarcó en Ampurias y tomó la vuelta del Ebro. Fabio acampó en la confluencia del Segre y del Cinca. Los pompeyanos lo hicieron en una colina á trescientos pasos de Lérida. Despues de algunos encuentros parciales llegó César con novecientos ginetes, y formó el proyecto de incomunicar al enemigo con la ciudad. Empeñóse con este motivo un recio combate, en que despues de haber perecido muchos soldados de César, logró todavía su ejército rechazar á los de Pompeyo y empujarlos hasta cerca de Lérida. Pronto conocieron que habian avanzado mas de lo que les convenia. Una nueva fuerza de pompeyanos, la mayor parte españoles, cargo sobre ellos, y rompiendo sus filas recobró la posicion disputada (2).

Sobremanera apurada llegó á ser la situacion de César. Encerrado con su

(1) Cæsar, de Bell. Gall. lib. III.

(2) «Los soldados de Afranio (que eran españoles en su mayoría), escribió despues César, tenian una táctica singular: lanzábanse con impetuosidad sobre el enemigo, apoderábanse atrevidamente de una posicion, y sin guardar filas combatian en pelotones. Si se veian obligados á ceder á fuerzas superiores, retirábanse sin bochorno, no creyendo que hubiese honor en resistir temeriamente. Los lusitanos y demas bárbaros los habian acostumbrado á este género de combate.» De Bell. Civ. lib. I.

ejército entre dos rios, el Cinca y el Segre, cuyas aguas acrecidas con las abundantes lluvias de la primavera arrastraron con violencia los puentes y le cortaron toda comunicacion, perecia de hambre viendo llegar á la opuesta orilla los carros de vituallas y municiones que de la Galia le enviaban, sin poder aprovecharse de ellos, y con riesgo de que cayeran en poder del enemigo. En tan crítica situacion otro general de menos recursos que César hubiera caido de ánimo. Mas él, haciendo construir apresuradamente unos ligeros botes, logró pasar el Segre con parte de sus tropas, por un sitio cuya vista encubrian á los enemigos las eminencias vecinas. Tomando luego posicion en un cerro, que fortificó, pudo echar un puente, por el cual pasó con la caballería, carros y tropas auxiliares de las Galias. Entonces toma la ofensiva y pone en fuga á los enemigos. En tan feliz ocasion llega la noticia de una victoria ganada por su escuadra sobre la de Pompeyo en las aguas de Marsella: difúndese la nueva por aquellas comarcas, y los lacetanos, ausetanos, cosetanos é ilercavones, que hasta entonces se habian mantenido neutrales, ofrecen á César su amistad, y le asisten con todo género de recursos. Otros pueblos del interior le envian igualmente diputados, manifestándole estar dispuestos á seguir sus banderas. Ya tenemos españoles militando en uno y otro partido: ¡lamentable ceguedad!

Con esto cambió completamente la situacion de ambos ejércitos. Los generales de Pompeyo resolvieron llevar la guerra á la Celtiberia, donde contaban mas parciales y esperaban poder sostenerse mejor: mas para eso tenian que cruzar el Ebro. Advertido de ello César, hace que su caballería, vadeando el Segre, pique la retaguardia del enemigo: al dia siguiente la infantería pide atravesar el rio á nado: César aparenta concedérselo como una gracia, como quien contemporiza con el ardor del soldado, y el ejército ejecuta esta difícil operacion con el agua hasta el cuello sin desgraciarse un solo hombre. Entonces persigue, molesta, acosa al enemigo por medio de hábiles combinaciones, de diestras maniobras y de evoluciones rápidas y sábiamente entendidas. Proponíase César economizar la sangre de sus soldados, y vencer sin empeñar batalla: su estrategia traia aturdidos á Afranio y Petreyo, que por todas partes se hallaban cortados: con fingidas retiradas los atraia á las posiciones que le convenian mas; sería difícil seguirle en todos sus movimientos. Reducidos los pompeyanos á una situacion casi desesperada, piden un armisticio y se les concede: peor para ellos; los soldados de uno y otro ejército se mezclan, fraternizan, y se van dejando seducir de los cesarianos; nótalo Petreyo, y ejecuta crueles castigos en los débiles y arenga enérgicamente á los demás. Comprenden entonces ambos generales la necesidad de variar de plan, é intentan retroceder á Lérida: César los sigue, los envuelve y los hace detenerse á mitad de camino, donde pasan tres dias faltos de agua y de víveres y sin poder moverse ni atrás

ni adelante; intentan forzar las líneas de César, pero estenuados de hambre y de sed tienen que rendirse; piden capitulacion y se les concede bajo juramento de que regresarian á sus hogares para no volver á empuñar las armas contra César, y que los españoles se retirarian libremente á sus casas. Las condiciones fueron aceptadas y cumplidas.

Asi terminó la primera campaña de César contra los generales de Pompeyo, casi sin efusion de sangre. La habilidad que desplegó en ella realzó al mas alto punto su fama de gran capitan.

Fuéle aun mas fácil la segunda. No quedaban ya en España mas fuerzas pertenecientes á Pompeyo que las que mandaba Varron en la Bética, en todo sobre veinte y cinco mil hombres. Habia hecho Varron construir muchas naves en Cádiz y Sevilla, y preparóse á todo evento trasladando á la casa del gobernador los tesoros del templo de Hércules Gaditano. No bastando esto á su codicia, exigió exorbitantes impuestos á las ciudades que sospechaba mas adictas á César, con lo que se atrajo, como era natural, la animadversion de los pueblos. Suponiendo César muy fundadamente que con esto el espíritu público de aquellas provincias estaria muy inclinado á su favor, despachó al tribuno Casio para que invitára á las ciudades de la Bética á concurrir por medio de representantes á Córdoba, donde se hallaria él en determinado dia. Hiciéronlo asi la mayor parte de los pueblos, y César con seiscientos ginetes escogidos hizo su entrada en Córdoba, y recibió en audiencia, con aire ya de vencedor, á los magistrados de las ciudades.

Todavía intentó Varron un golpe de mano sobre Córdoba; pero la ciudad, contenta con su nuevo huésped, le cerró las puertas. Revolvió sobre Carmona, y halló que la guarnicion habia sido arrojada por los habitantes. Un cuerpo de cinco mil españoles le abandonó retirándose á Sevilla. Perdido estaba Varron; ni la posibilidad de huir le quedaba; no tuvo otro remedio que enviar un legado á César, ofreciéndole la sumision con la única legion que le quedaba: admitióla César á condicion de que hubiera de darle severa cuenta de su conducta.

Vióse entonces en Córdoba una escena sublime, afrentosa para Varron, honrosa para César, consoladora para los pueblos. Congregó César la asamblea de los representantes; mandó comparecer á Varron, y alli públicamente á presencia de los diputados le pidió estrecha cuenta de las sumas que arbitrariamente habia exigido. César prometió solemnemente que seria restituido todo á las ciudades despojadas, y dando gracias á los mandatarios por el buen espíritu que éstas en su favor habian manifestado, y ofreciéndoles su proteccion, despidióse de ellos dejándolos prendados de su generosidad y grandeza.

Desde alli pasó César á Cádiz, donde le esperaba igual acogida. Mandó devolver al templo de Hércules los tesoros extraidos por Varron, y promulgó

varios edictos de utilidad pública. Deseoso de corresponder al buen recibimiento de Cádiz, declaró á todos sus habitantes ciudadanos romanos, distincion en aquel tiempo muy envidiada. Asi Cádiz, ciudad romana casi desde la expulsion de los cartagineses, acabó de romanizarse con este privilegio (1).

Embarcóse seguidamente César para Italia en la misma flota construida por Varron, dejando por gobernadores de España á Lépido y Casio. A su paso por las aguas de Marsella conquistó esta ciudad que se le mantenia enemiga, despues de un sitio célebre que inmortalizó la patriótica musa de Lucano, y de regreso á Roma fué nombrado dictador.

(1) Flor. lib. IV.—Dion. Cass. lib. XLI.—Plut. in Vitt. Cæsar.—Oros. lib. VI.—Cæsar, de Bell. Civ. lib. II.

CAPITULO VI.

CESAR Y LOS POMPEYOS.

Desde 48 antes de J.C. hasta 44.

Avidez del pretor Casio Longino.—Sublevaciones que produce.—Su muerte.—Famosa batalla de Farsalia entre César y Pompeyo, y sus consecuencias.—Cuádruple triunfo de César en Roma.—Los hijos de Pompeyo mueven de nuevo la guerra en España.—Viene César por cuarta vez.—Célebre batalla y sitio de Munda, en que Cesar triunfa definitivamente de los Pompeyos.—Horribles crueldades del vencedor.—Muerte de Cneo Pompeyo.—Entrada de César en Córdoba.—En Sevilla.—Queda dueño de España.—Exacciones de César. Despoja el templo de Hércules.—Vuelve a Roma.—Es nombrado emperador y dictador perpétuo.—Le erigen altares.—Reforma la administracion y las leyes.—Es asesinado.—Sexto Pompeyo se levanta de nuevo en la Celtiberia.—Transige el senado con él.—Fin de la guerra civil.

Tan encarnada estaba la codicia en los corazones de los romanos, que apenas volvió César la espalda, y no bien Casio Longino tomó posesion del gobierno de la Bética, olvidando la reciente leccion que César habia dado á Varron en Córdoba, comenzó á ejercer con tanto escándalo exacciones, rapiñas y estorsiones de todo género, que ya no solo á los españoles, sino á los romanos mismos se hizo odioso y execrable. Unos y otros se conjuraron para deshacerse de él. Lucio Racilio, con pretesto de entregarle un memorial, le dió de puñaladas; pero no murió; y habiendo uno de los conjurados á fuerza de tormentos declarado sus cómplices, solo algunos pudieron salvar la vida á costa de grandes sumas de dinero. Ni por eso varió Casio de conducta. Nuevos actos de rapacidad y de tiranía excitaron la indignacion general. El pueblo y la guarnicion de Córdoba se alzaron contra él. Las tropas que debian embarcarse para Africa á reforzar el ejército de César se revolucionaron igualmente, y se dirigieron á Córdoba á unirse á los subleva-

dos. Acampados fuera de la ciudad, declararon unánimemente no reconocer á Casio por pretor, y aclamaron á Marcelo, oficial de mérito distinguido.

Casio Longino por su parte pide socorros á Lépido, pretor de la Tarraconense, y á Boyud, rey de la Mauritania. Cuando llegó Lépido y se informó de la verdadera causa de la insurreccion, como hombre que se estimaba en algo á sí mismo abandonó á Casio, y se puso del lado de los cordobeses. Por un resto de consideracion hácia su colega, le aconsejó que huyéra si no quería perecer, y Casio hubo de seguir tan prudente consejo. En este tiempo espiró el término de su pretura, y no atreviéndose á ir á Roma por tierra, temeroso de atravesar unas provincias donde tan justo horror inspiraba su nombre, se embarcó en Málaga y siguió la costa hasta el Ebro. Una furiosa tempestad que se levantó á la boca de este rio, hizo que se tragaran las olas al ávido pretor y al fruto de sus rapiñas. Desastroso fin, no sentido ni de romanos ni de españoles: la pérdida de aquellas riquezas fué lo único que sintieron.

Entretanto continuaba en otra parte la lucha entre César y Pompeyo, los dos antagonistas que se disputaban á costa de la humanidad el imperio del mundo. La famosa batalla de Farsalia, que dió argumento y título al poeta Lucano para su epopeya, decidió la gran querella en favor de César. Derrotado en ella todo el ejército de Pompeyo, vióse él mismo obligado á buscar su salvacion en la fuga. Condújose César en aquella batalla memorable con generosidad no muy acostumbrada en los guerreros. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el arca de su correspondencia, la mandó quemar toda sin leerla. No quiso saber quiénes eran sus enemigos. En esto imitó lo que Pompeyo habia hecho con las cartas de Sertorio. Todos los grandes hombres tienen algunas virtudes comunes. Dícese tambien, que al reconocer el campo de batalla se entristeció, y aun lloró á la vista de tantos cadáveres enemigos, y que solo se consoló diciendo: «*¡ellos lo han querido así!*»

Desgraciado fué el fin del Gran Pompeyo, como casi el de todos los guerreros insignes. Fugitivo de Farsalia, fué llevado por su mala estrella á Egipto, cuyo rey habia sido su pupilo, y cuyo padre habia recibido muchos beneficios de Pompeyo. Y sin embargo, aquel ingrato rey le hizo asesinar traidoramente por hacerse buen lugar para con César; el cual cuando llegó á Egipto y le fué presentada la cabeza de su rival, derramó tambien lágrimas, y reprobando la traicion mandó hacer solemnes exequias á los despojos mortales del que habia sido su enemigo mas terrible, pero tambien en otro tiempo su amigo, pariente y aliado.

Detuvieron á César en Egipto los afamados amores de Cleopatra, y cuando al cabo de ocho meses se desprendió de las delicias de Alejandría, de vuelta á Roma venció de paso á Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y á Deyotaro,

rey de Armenia. Esta guerra fué la que contó á sus amigos con aquellas palabras que tan famosas se hicieron y que los siglos no olvidarán: *veni, vidi, vici*: llegué, vi, y vencí.» Vuelto á Roma, fué nombrado tercera vez consul, y tercera vez dictador. En esto estalló de nuevo la guerra de Africa. Movíanla los partidarios de Pompeyo, Escipion, Lavieno, Caton, y Juba, rey de la Mauritania. César fué y la terminó en seis meses: y declarando la Mauritania y la Numidia provincias romanas, y mandando reedificar á Cartago, volvióse á Italia. A pesar de tantas victorias, César no habia tenido espacio todavía para recibir los honores triunfales. Entonces los recibió todos á un tiempo, y se prolongó su dictadura por diez años.

El mundo se hallaba ya como reposando de las sangrientas luchas que por tantos años le habian conmovido. España era el solo país que el genio fatal de la guerra no se habia cansado aun de trabajar. Habia sido la primera y tenia que ser la última en sufrir las calamidades de la contienda entre César y Pompeyo. Los hijos de éste, Cneo y Sexto, que habian heredado el genio belicoso de su padre, hicieron un llamamiento general á todos sus amigos de Europa, Asia y Africa, y resueltos á tentar un vigoroso esfuerzo contra el enemigo de su familia y de su nombre, vinieron ambos á España, Cneo con un ejército de tierra, con una armada Sexto su hermano. Comprendió César toda la importancia de esta nueva guerra, porque la pérdida de España le hubiera hecho todavía caer del solio de gloria que ocupaba ya.

Vino, pues, César por cuarta vez á España con su acostumbrada celeridad. A su arribo, las ciudades de la costa oriental se declararon á favor de su causa, como antes lo habia hecho toda la España Citerior. Reunió apresuradamente sus tropas en Sagunto, y á marchas forzadas se puso sobre Obulco (Porcuna). La instantánea aparicion de César desconcertó á los dos hermanos, que se hallaban, Sexto en Córdoba, Cneo sitiando á Ulia (Montemayor). La prodigiosa actividad del enemigo ni siquiera les habia dado tiempo para aparejarse convenientemente á la defensa. Para colmo de su desgracia la flota de César mandada por Didio acababa de batir la de los Pompeyos en las aguas de Carteya.

Cruda y sanguinaria fué esta guerra, acaso mas que ninguna otra de los romanos en España. Los sitios de Ategua y de Ucubi no ofrecerian sino un relato de horrores y de bárbaras venganzas que harian estremecer, ejecutadas principalmente por los gefes y soldados pompeyanos en los que se mostraban inclinados á César, de quien no habian querido los Pompeyos aceptar la batalla que les ofrecia en Ulia y en Córdoba. César se mostró mas humano con los rendidos. En cambio en el sitio de Munda excedió á todos y se excedió á sí mismo en crueldad. ¡Triste y fatal profesion la de las armas, que no ha de haber con ellas gloria sin ir acompañada de lágrimas y sangre, si gloria verda-

dera es para el hombre la que á costa de la sangre y de las lágrimas de tantos millares de semejantes suyos adquiere!

Alzado el sitio de Ucubi, situóse el ejército de los Pompeyos hácia Aspavía, distante de allí cinco millas: pero rechazado pronto por las tropas de César y vivamente perseguido, despues de alguna incertidumbre en su marcha, situóse en una llanura que se estendia á los alrededores de Munda (1). Los dos ejércitos contaban con número casi igual de romanos y de españoles. Dos príncipes de la Mauritania iban tambien de auxiliares, el uno de Pompeyo, el otro de César. Pudiéramos llamar á esta guerra la guerra mas civil de cuantas con este nombre se han conocido; puesto que en ella peleaban romanos con romanos, españoles con españoles, y africanos con africanos. Ambos ejércitos se temian; un sombrío presentimiento y una ansiedad inexplicable se advertian en los combatientes de uno y otro bando al prepararse á la pelea: los mismos gefes parecian penetrados de una melancolía profunda: todos iban á aventurar su gloria futura. La ventaja de la posicion estaba por los pompeyanos, á quienes César provocaba á que descendieran de una pequeña eminencia que ocupaban. Los cesarianos tenian que cruzar un riachuelo que corria por terreno pantanoso. «El dia, dice Hircio, estaba tan brillante y tan sereno, que parecia que los dioses inmortales le habian hecho espresamente para una batalla (2).» César fué el primero que atacó. Con imponderable encarnizamiento comenzó el combate: las voces y los gritos espantosos de los soldados acompañaban el crugir de las armas y de los escudos.

Por una singularidad especial de esta batalla cesó de repente la vocería de unos y otros, y sucedió el mas profundo silencio, de tal manera que en una

(1) Esta ciudad, célebre por haberse decidido en su campo la lucha en que César y Pompeyo se disputaban el imperio del mundo, se ha creido mucho tiempo que fuese la actual *Monda*, en la provincia y á seis leguas de Málaga. Así lo han creido y consignado, inducidos acaso por la semejanza de los nombres, Morales, Mariana, Ferreras y otros historiadores españoles, á quienes generalmente han seguido los escritores estrangeros. Ya el erudito Perez Bayer demostró que las relaciones históricas de Floro, Hircio, Suetonio, Patérculo, Dion y otros autores latinos, referentes á la batalla de *Munda*, no podian aplicarse á la actual *Monda*: él creyó que correspondian mejor á Monturque. Pero el señor don Miguel Cortés, en su *Diccionario Geográfico-histórico de la España antigua*, ha demostrado deber fijarse en *Montilla*, cuyo nombre pudo ser derivacion corrompida de *Munda illa*. Prescidiendo de lo mas ó menos verosimil de esta derivacion, lo que nos hace adherirnos á la opinion del señor Cortés es el ajustarse á la posicion de *Montilla* mejor que á otra poblacion alguna las circunstancias de territorio y de lugar, y las distancias respectivas de las demas poblaciones contiguas que anduvieron los romanos de uno y otro ejército antes de acampar en Munda, segun los diferentes relatos de los historiadores latinos, las cuales todas convienen á *Montilla*. Habia otra *Munda* mas antigua en la Bastitania, que sonaba ya en las guerras de los Escipiones.

(2) Hirt. de Bell. Hispan.

muchedumbre de cien mil combatientes oíase solo el choque de las lanzas y el ruido formidable de los aceros. Ni de una ni de otra parte se daba cuartel, ni de una parte ni de otra se perdia ni se ganaba un palmo de terreno. Las tropas de César fueron las primeras en dar señales de flaquear. César ardiendo en cólera se lanza en medio de sus soldados, los exhorta, les habla con la palabra y el ejemplo, y al ver que no alcanzaba á realentar su abatimiento, le asalta un instante la tentacion de atravesarse con su espada. Contiénenle algunos soldados; «pues bien, les dice, seguidme;» y arrancando á uno de ellos el escudo, «*aquí quiero morir*,» exclama, y se lanza espada en mano delante de todos al enemigo. A vista de esta accion todos se enardecen, y la pelea se renueva con terrible furor. De repente el príncipe africano Bogud, suponiendo mal guardados los reales de Pompeyo, los acomete; obsérvalo Labieno, uno de los gefes pompeyanos, y vuelve con su caballería á defenderlos. Esta evolucion dió á César la victoria. Creyendo que Labieno huia, éntra el desórden en las filas de Pompeyo y comienzan á cejar; los cesarianos los persiguen, y al grito de victoria siembran el campo de cadáveres. Treinta mil fueron los muertos, con tres mil caballeros romanos. Jamás batalla alguna fué tan comprometida para César: él mismo confesó que en todas habia peleado por la gloria, en ésta por defender su vida. Cneo Pompeyo á duras penas pudo salvarse con ciento cincuenta caballos que le siguieron á Carteya; Sexto pudo refugiarse en Córdoba (46).

Como muchos de los fugitivos se hubiesen retirado á Munda, César corrió á bloquearla, decidido á acabar con los restos de aquel grande ejército. Allí fué donde desplegó César una fiereza y una barbarie que estremece. Los treinta mil cadáveres del campo de batalla, decapitados y atravesados con sus mismas lanzas, sirvieron para hacer una trinchera en derredor de la ciudad; las cabezas clavadas en las picas las enseñaban á los sitiados.... horroriza tanta ferocidad! Los sitiados, despues de una heróica resistencia, perecieron todos. Munda, yerma de defensores, pasó á poder del vencedor.

Cneo Pompeyo se dió á la vela desde Carteya en busca de asilo en alguna comarca apartada. César destacó en su seguimiento á Didio y Cesonio, que alcanzando la flotilla enemiga quemaron unas naves y destruyeron otras. Cneo, que iba herido, pudo tomar tierra y ocultarse en una gruta, donde descubierto por un soldado perdió la vida. Cesonio tuvo el odioso placer de presentar su cabeza á César que no permitió se expusiera al público. Así pereció Cneo Pompeyo, que pocos dias antes habia hecho balancear el poder de César, y que estuvo á punto de ser dueño de España y de toda la república.

Sexto, su hermano, previendo que no tardaria en ser atacado en Córdo-

ba, salió de la ciudad so pretesto de tratar en persona con César, y se refugió al centro de la Celtiberia. El temor de Sexto era bien fundado. No tardó César en ponerse sobre la ciudad: los partidarios de Pompeyo temblaron, y tambien temblaron con razon; porque no era ya César aquel hombre humanitario y generoso de ántes, sino un César desapiadado y cruel. Cambió de carácter como Sertorio al acercarse el término de su vida. Conociendo esto mismo un tal Escápula, resuelto á no caer vivo en manos del vencedor, dispuso un convite entre sus parientes y amigos, al que asistió él lujosamente vestido y perfumado. Despues de haber distribuido sus riquezas entre los comensales, y haciendo encender una hoguera, mandó á uno de sus criados que le atravesára el pecho, y á otro que le arrojára en las llamas. ¡Serenidad bárbara y fiera! Los criados le dieron el feroz placer que apetecia. Este hecho acrecentó la discordia que ya reinaba dentro de la ciudad: unos opinaban por entregarse á César, otros por defenderse hasta el último trance: á horribles escenas dieron lugar los desórdenes interiores. A favor de la confusion y llamado por sus partidarios entró César en la ciudad, dentro de la cual tuvo todavía que combatir: mató, degolló, incendió y saqueó; mas de veinte mil ciudadanos se dice que perecieron en aquella poblacion predilecta de César, donde él mismo poseia casas y jardines de recreo. Allí plantó por su mano el famoso plátano que celebró la musa hispano-romana de Marcial (1).

Dividida igualmente Sevilla en dos bandos, los unos llamaron á César, los otros á los lusitanos que se conservaban parciales de los Pompeyos. Primero lograron éstos una sorpresa sobre las tropas de César; despues fueron á su vez acuchillados por la caballería cesariana, y el vencedor de Pompeyo tomó posesion de la ciudad. Grande importancia debió darse en Roma á la conquista de Sevilla, cuando se celebró con fiestas públicas, y se inscribió en el calendario romano. Acaso se la quiso solemnizar como la última conquista de César en la Península. Y éralo en rigor, porque Osuna y alguna otra ciudad de la Bética que restaba fueron ya sometidas sin dificultad (45).

Ya tenemos á César dueño de todas las provincias de España que hasta entonces tomaron parte en nuestras lides. Apresuráronse las ciudades, no solo á reconocerle, sino tambien á honrarle. El espíritu de adulacion y de lisonja de los degenerados romanos habia ido contagiando á los españoles,

(1) «Plátano amado de los dioses, dijo Marcial, no temas ni el fuego ni el hierro sacrílego. Tu duracion y tu lozanía serán eternas, porque es la mano de César la que te ha plantado.» Lib. IX. cap. 62.

y los pueblos fueron cambiando sus antiguos nombres por otros que espresáron algunas de las virtudes del vencedor. Nertóbriga tomó el de *Fama Julia*, Astigis el de *Claritas Julia*, Illiturgo se llamó *Forum Julium*, Ebora *Liberalitas Julia*, *Juliobriga* se llamó otra ciudad, otra *Colonia Cæsariana*, y asi otras muchas, levantándole al propio tiempo estátuas y altares, é inscribiendo sus alabanzas en mármoles y bronces.

César por su parte recibia en Cartagena, á guisa de monarca, diputados de casi todas las provincias españolas. Su objeto ostensible en la reunion de esta especie de asamblea era tratar de dar al pais un gobierno y una organizacion civil y política. Pero otro pensamiento le preocupaba además. César no se olvidaba de sí mismo. Recordando á los diputados los beneficios que habia dispensado al pais, reconvínoles por su ingratitud y falta de reconocimiento. Ya suponia que estas palabras no serian perdidas para su fortuna particular. Necesitaba afianzar con el oro las glorias y conquistas hechas con el acero, y bien sabía ya por experiencia cómo se ganaban los sufragios de los comicios en el venal pueblo romano. Los diputados españoles comprendieron las indicaciones de César, y para desvanecer su desfavorable juicio le colmaron de dones y de tributos. Recogíalos César, pero no le bastaban. Bajo diversos pretestos de utilidad pública impuso á los pueblos crecidas contribuciones, de las cuales no poco refluia en sus arcas privadas. Por último, incurriendo en la propia flaqueza que él habia castigado en Varron, recogió aquellos tesoros del templo de Hércules de Cádiz, que años antes habia hecho él restituir á otro. Asi César terminaba su carrera en España del mismo modo que la habia comenzado: por una parte con actos de crueldad, por otra dotando al pais de algunas leyes útiles y sábias, y por otra acrecentando su fortuna y sacando de él riquezai inmensas. Sus beneficios fueron con largueza remunerados.

Al fin, dejando el gobierno de la España Citerior y de la Galia Narbonense á Lépido, y el de la Ulterior á Asinio Polion, que se dedicó á destruir las partidas de salteadores que de resultas de la guerra habian quedado, volvió César á Roma, donde le esperaban mas lisonjas y adulaciones que en España.

Todo les parecia poco en Roma para honrar al vencedor de Munda. Hiciéronse públicos festejos, en que el pueblo se entregó á la mas loca alegría. Permitiósele llevar siempre una corona de laurel, y asistir á las fiestas sentado en silla de oro. Se le hizo *Dictador perpétuo*, se le dió el nombre de *Imperator*, y el título de *Padre de la patria*. Erigiéronle una estátua con la inscripcion: *Á Cesar semi-dios*, y la colocaron en el Capitolio frente á la de Júpiter. Decretáronsele honores divinos bajo el nombre de *Júpiter Julio*.

y tuvo altares, templos y sacerdotes. El dictado de *Rey* era odioso para los romanos: no obstante, Marco Antonio por un refinamiento de adulacion le presentó un dia una diadema; rehusóla César, y el pueblo prorumpió en aplausos estrepitosos. César era entonces el ídolo de Roma, que seducida por sus hazañas, con el mismo entusiasmo con que antes habia defendido su libertad se entregaba á la voluntad omnipotente de un hombre solo, cuyo primer siervo era el senado.

César, tan gran político como guerrero insigne, viendo consolidado su imperio, dedicóse á reformar la administracion y las leyes. Cuéntase entre sus grandes reformas la famosa del Calendario, que entonces mereció la burla de Ciceron, y despues las alabanzas de la posteridad. Aunque entre los títulcs con que se le habia condecorado se contaba el de *Emperador*, y en realidad obraba como tal, y puede considerársele como el verdadero fundador del imperio, dejó subsistir las formas republicanas, contento con ser dictador vitalicio.

Poco tiempo gozó de tánta autoridad y de tan desusados honores, pronto se formó contra él una conspiracion, en que entraban unos por ódio á la tiranía, otros por personales resentimientos: de estos era Cayo Casio, alma y autor de lo conjuracion; de los primeros Junio Bruto, escritor instruido, que habia abrazado la doctrina de los estóicos, á quien César, habia colmado de mercedes y hasta solia llamarle su hijo. César recibió varios avisos de los planes que contra su vida se tramaban, pero no quiso creerlos. Lleno de confianza entró un dia en el senado: vióse al punto rodeado de asesinos, que cayendo sobre él lo cosieron á puñaladas. Como entre ellos viese á Bruto blandiendo el puñal sobre su cabeza: «¡*y tú tambien, hijo mio*!» exclamó; y cayó á los pies de la estátua de Pompeyo (44). Asi pereció á los cincuenta años de edad aquel hombre estraordinario, de quien se dice que habia ganado quinientas batallas y tomado por asalto mil ciudades: gran orador, político profundo, y escritor distinguido (1).

Mientras esto pasaba en Roma, en España renacia el mal apagado fuego de la guerra civil que la presencia de César habia contenido. Sexto Pompeyo, á quien dejamos refugiado en la Celtiberia, comenzó á moverse de nuevo allá por la Lusitania, ayudado por dos príncipes africanos, que el Africa se mezclaba entonces frecuentemente en las cuestiones de España, y por muchos indígenas, que ó bien por un resto de aficion á los Pompeyos, ó bien por el instinto de independencia propia de aquellas poblaciones, se agregaron á la nueva ban-

(1) Suetonio y Plutarco en la vida de César. — Eutrop. Brev. rerum roman. — Dion Cassio, Floro, Veleyo Patérculo, y otros.

dera. Habiendo acudido Polion á sofocar este alzamiento, derrotóle Pompeyo con pérdida de la mitad de sus tropas, y el ejército pompeyano quedó en actitud de recorrer libremente toda la España central desde la Lacetania hasta la Bética.

Llegaron estas nuevas á Roma cuando César acababa de caer bajo el puñal asesino. La situacion era grave; privado el senado de aquel brazo poderoso, quiso atajar pronto el fuego nuevamente encendido en España, y dispuesto á transigir antes que exponerse otra vez á las eventualidades de una guerra, ofreció á Sexto Pompeyo el mando en gefe de toda la armada de la república á condicion de que desistiera de la lucha emprendida. Aceptó Sexto con gusto la proposicion, y licenciando su ejército partió para Italia á posesionarse de su nuevo cargo.

Asi terminó la famosa guerra civil romano-hispana entre César y los Pompeyos, casi abierta todavía la tumba de César.

CAPITULO VII.

AUGUSTO.—GUERRA CANTÁBRICA.

Desde 44 antes de J. C. hasta 19

Segundo triumvirato romano.—Octavio triumviro.—Venga la muerte de César.—Sucesivamente se deshace de Lépido y de Marco Antonio.—Octavio emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpétuo, gran pontífice, *Augusto*.—Sucesos de España.—Octavio la hace tributaria del imperio.—ERA ESPAÑOLA.—Nueva division de provincias.—Guerra cantábrica.—Viene Augusto en persona á combatir á los cántabros.—Bravura de éstos y su sistema de guerra.—Mortificacion de Augusto.—Se retira á Tarragona.—Los cántabros sitiados en el monte Medulio.—Rasgos de ruda heroicidad.—Los astures. Sitio y rendicion de Lancia.—Augusto vuelve á Roma y cierra el templo de Jano.—Segunda guerra cantábrica.—Agripa.—Sumision de los cántabros.—España provincia del imperio.—Paz octaviana.

Despues de la muerte de César formóse en Roma el segundo triumvirato (43), compuesto de Marco Antonio, Lépido, y Octavio ú Octaviano, sobrino de César, á quien éste habia nombrado su heredero; jóven de diez y nueve años, que habia estado algun tiempo al lado de su tio en las guerras de España, y de quien nadie sospechaba entonces que pudiera ser el futuro gobernador del mundo. Repartiéronse entre sí estos triumviros las provincias al modo que lo habian hecho los primeros. Tocóles en esta distribucion, á Lépido la España con la Galia Narbonense, á Antonio todas las demas Galias, y á Octavio la Italia, el Africa, la Sicilia y la Cerdeña.

El jóven Octavio, con un talento superior para la intriga política, comenzó por ganarse á los partidarios de César divinizando á éste y colocando su estátua en el templo de *Venus genitrix* con una estrella sobre la cabeza. A su vez supo atraerse con oro y con fiestas á los republicanos mismos enemigos de César, á quienes asustaba la tiranía de Antonio. Primeramente combatió á An-

tonio con Decio Bruto y los amigos ardientes de la república; despues, hecho cónsul antes de cumplir los veinte años, se constituyó á su turno vengador de los asesinos de César, y para resistir á los republicanos que seguian las banderas de Bruto y Casio, se confederó con Antonio y Lépido, que ya le necesitaban. Entonces fué cuando se formó el triumvirato, cuyo triunfo sobre la república se aseguró con la batalla de Filipos, en que Octavio hizo cortar la cabeza á Bruto, que como Casio se habia dado la muerte, para arrojarla á los pies de la estátua de César, segun habia prometido. Esto decidió de la libertad romana. Siguióse la guerra civil de Perusa, que concluyó con el saquéo de la ciudad y con el sacrificio de trescientos senadores inmolados por Octavio sobre el altar de César. Al regreso de Antonio se hizo nueva particion, en que Octavio tomó para sí la España, dejando el África á Lépido (41). Sucesivamente y con diversos pretestos y en diferentes guerras que no son de nuestra historia, fué Octavio deshaciéndose de sus dos colegas: perdió á Lépido el auxilio que dió á Sexto Pompeyo; perdieron á Antonio los amores de Cleopatra. Octavio, vencedor de los tríumviros y vencedor de los republicanos, consultó con sus amigos Agripa y Mecenas, si conservaria la república ó se haria emperador. Agripa le aconsejó la conservacion de la república para su gloria. Mecenas le aconsejó el imperio para su seguridad y para la felicidad del pueblo romano. Octavio optó por lo último, pero sin abolir repentinamente la república.

Fué, pues, Octavio César pasando por todas las magistraturas republicanas, y haciéndose respetable á los romanos con los nombres de emperador, cónsul, procónsul, tribuno perpétuo, censor, gran pontífice, príncipe del senado y padre de la patria. Al fin de su séptimo consulado fué á declarar al senado que queria renunciar la potestad suprema; no se le admitió la abdicacion, y el senado le saludó entonces con el nombre de *Augusto*, para significar un poder casi divino, nombre que conservó ya siempre: y el título de *Imperator* no fué ya solo una denominacion honorífica, ni la espresion del mando de los ejércitos, sino la representacion de la autoridad suprema. «De este modo, dice un escritor ilustre, el hombre mas desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacía en una época en que solo se hacia fortuna con las armas. Cuatrocientos mil soldados le bastaron para tener á raya á ciento veinte millones de súbditos, y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar reposo al mundo, él que no habia cesado de alterar la república. Acaso debió Octavio su fortuna á la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, ó bien un niño, como le llamaba Ciceron, no hacia sombra á los senadores, á quienes se mostraba sumiso, ni al pueblo, puesto que defendia sus derechos.»

Hasta este tiempo pocos sucesos notables habian ocurrido en España. Octavio, como César, honró la fidelidad española, creando para sí una guardia de tres mil españoles de Calagurris (Calahorra): que de este modo demostraban los mismos conquistadores de España el aprecio en que tenian la nativa lealtad de los hijos de este suelo. Por este tiempo se vió tambien por primera vez á un español, Cornelio Balbo, hechura de César, elevado á la dignidad consular, que ningun estrangero habia obtenido todavía.

En las guerras del triumvirato habia habido tambien algunos movimientos en España en favor del uno ó del otro de los triumviros; movimientos que fueron apagados por los gobernadores de Roma, y que sirvieron á estos de pretesto para seguir explotando las riquezas del pais, y para recibir en Roma honores triunfales poco merecidos. Mezcláronse tambien en estas revueltas los dos principes africanos que antes habian peleado el uno por César y el otro por Pompeyo, declarándose ahora por Antonio el uno y por Octavio el otro. Bogud, el partidario de Antonio, fué derrotado en una sangrienta batalla, y arrojado de España, perdiendo ademas sus estados de África.

Bajo el imperio de Octavio sufre España una trasformacion completa en su organizacion política y civil. Aquellas comarcas, provincias ó pequeñas naciones, tan varias y distintas, tan independientes entre sí, tan faltas de unidad, van á constituir ya todas un solo cuerpo de nacion, una sola provincia sujeta al régimen de un hombre solo. El nuevo dominador del mundo declara á toda España tributaria del imperio romano, pero al tiempo que la hace tributaria, le da la unidad que no habia tenido nunca, sujetándola á un centro comun y á unas mismas leyes (38): novedad importante, que constituyó como un nuevo punto de partida para España en su marcha al través de los siglos. Desde el año 38 antes de J. C. en que se verificó este acto solemne de incorporacion, comenzó un sistema cronológico peculiar para España, que se denominó *Era española*, ó Era de Augusto, y desde cuya época siguió rigiendo como base de su cronología histórica, hasta que andando el tiempo se abolió para adoptar la cronología general de la era cristiana (1).

Afectando Augusto querer gobernar con el senado, dividió con él la administracion de las provincias, dejando á aquél con estudiada política las mas sumisas y pacíficas, y reservando para sí las fronterizas ó las mas inquietas en que acampaban las legiones, quedando así, en todo caso, dueño de la fuerza

(1) Se contó por la *era española* en Cataluña hasta 1180, en Aragon hasta 1350, en Castilla hasta 1383. Para reducir la *era española* á la *era cristiana* no hay sino rebajar 38 años.

y de las armas. En este concepto hizo tambien de España dos provincias, una *senatorial* y otra *imperial*. Dió al senado la *Bética*, y se asignó á sí el resto de la Península, del cual hizo despues una doble provincia, con los nombres de *Lusitana* y *Tarraconense*, regidas por gobernadores ó legados á la vez civiles y militares. En la distribucion que hizo de todas las fuerzas del ejército, destinó á España solo tres legiones de las veinte y cinco que habia conservado para sí; prueba de la confianza que ya tenia en la sumision de estas regiones, acaso por la tendencia que ellas mismas, halagadas por los beneficios de la administracion de Octavio, tan distinta de la de los tiranos pretores, manifestaban á adoptar las leyes, el régimen, los usos y costumbres romanas.

Pero aun existian en España pueblos, comarcas enteras que no habian recibido el yugo de Roma. Todavía los cántabros y astures se mantenian independientes y libres. Todavía aquellos fieros y rudos montañeses desde sus rústicas y ásperas guaridas se atrevian á desafiar á los dominadores de España y del mundo. Siglos enteros hacía que España encerraba en su seno conquistadores estraños; ni cartagineses ni romanos habian penetrado todavía entre las breñas y sinuosos valles en que habitaban aquellas indomables gentes, que inaccesibles á las armas y á la civilizacion conservaban toda la rudeza de costumbres con que en otro lugar los hemos descrito (1). Era ya Octavio Augusto señor del mundo, y creíale todo pacíficamente sumiso á Roma y á su imperio, y todavía no lo estaban unos pocos habitantes de la península española. No podia Augusto sufrir que en un rincon de España hubiera quien no reconociese la autoridad del dominador del orbe.

Algunas escursiones de los cántabros y astures hasta las vecinas comarcas de los autrigones, de los murbogas y de los vaccéos, sujetas ya al imperio, debieron hacer conocer á los romanos la bravura y ferocidad de aquellos hombres agrestes, y aun darles alguna inquietud y cuidado. Ello es que el emperador romano no se desdeñó de venir en persona á dar impulso y vigor á aquella guerra que parecia no deber fijar siquiera la atencion de quien tan acostumbrado estaba á ver sometérsele tantos y tan vastos reinos. Vino pues Augusto (26) al frente de un ejército, que dividió en dos cuerpos, de los cuales destinó uno al mando del pretor Carisio contra los astures, y con el otro marchó él contra los cántabros.

Estableció Augusto sus reales en Seguisamo (Sasamon, entre Burgos y el Ebro), donde hizo todo lo posible por comprometer y obligar á los enemigos á venir á una batalla general. Tarea inútil para aquellos montañeses, á quienes agradaba mas y era mas ventajoso molestar á los romanos con repentinas

(1) Cap. I. del lib. I. de esta historia.

irrupciones, bruscas acometidas y rápidas retiradas, sin que las pesadas legiones imperiales pudieran nunca darles alcance ni menos penetrar en sus rústicas guaridas. Apareciendo y desapareciendo súbitamente y con agilidad maravillosa, peleando en pequeños grupos y pelotones, teniendo á los imperiales en contínua alerta y zozobra, y no dejándoles gozar momento de seguridad ni de reposo, traíanlos fatigados, inquietos y desesperados. En vano Augusto hizo que una armada concurriera á ayudar por la costa sus operaciones militares. Los cántabros se concentraban dentro de sus rocas, y desde allí repetian los asaltos, sin que hubiera medio de empeñarlos en mas formal combate.

Cansado Augusto y mortificado con tan obstinada resistencia, habiendo caido además enfermo, retiróse al cabo de algunos meses á Tarragona, dejando á Cayo Antistio el mando del ejército y el cargo de aquella guerra. Mas afortunado ó mas hábil Antistio, en ocasion que los cántabros habian necesitado bajar á la llanura, acaso en busca de mantenimientos, logró por medio de una simulada fuga atraerlos á sitio donde tuvieron que empeñar una accion general, en la cual quedaron victoriosas las armas romanas. Fué este primer desastre de los cántabros cerca de Vellica, no lejos de las fuentes del Ebro (1). Trataron los fugitivos de ganar el monte Vindio, y hallando los romanos apostados ya en Aracillum (hoy Aradillos, á media legua de Reinosa), viéronse forzados á buscar un asilo en el monte Medulio; inexpugnable posicion, si allí hubieran intentado atacarlos los romanos. Mas éstos tuvieron por mejor y mas seguro cincunvalar la montaña, haciendo en derredor y en un círculo de quince millas un profundo foso, y construyendo en toda la linea gran número de torres, de la misma manera que si pusiesen sitio á una ciudad. Una vez que los cántabros allí encerrados no tentaron en un principio romper la línea enemiga, érales ya después imposible el escapar.

Vióse entonces una de aquellas resoluciones de rudo heroismo de que España habia dado ya tantos ejemplos, y que siempre admiraban á los romanos. Aquellos hombres de ánimo indómito, prefiriendo la muerte á la esclavitud, diéronsela á sí mismos peleando entre sí, ó tomando el tósigo ó venenoso zumo que para tales casos siempre prevenido llevaban. Añaden algunos, que los romanos, aprovechando aquella confusion, cayeron sobre los heróicos y desesperados combatientes, lo cual es muy verosímil, y que los que vivos caian en sus manos eran crucificados, siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independiente y fiera en el tormento, que sucumbian en la cruz cantando himnos guerreros (2). Así subyugaron por

(1) Dion Cass. lib. LI. y LIII.—Flor. libro IV.—Oros. lib. VI.

(2) Supónese ser de este tiempo un fragmento de cancion bélica hallado por Hum-

primera vez la Cantabria, si subyugar se puede llamar esto, las armas de Roma.

Publio Carisio se habia dirigido con su ejército contra los astures. Afírmase por algunos que el mismo Augusto en persona mandaba otra vez la mitad de estas tropas. Un cuerpo de astures que se encaminaba á Galicia ó Lusitania, fué alcanzado y detenido por Carisio, que despues de un sangriento y sostenido combate que obligó al orgulloso romano á decir públicamente que le habia maravillado la bravura de aquellos guerreros, y que por lo menos no era inferior á la de los soldados romanos, los forzó á retirarse á Lancia, ciudad situada sobre Sollanzo á nueve millas de donde hoy está Leon. Sitióles allí el mismo Augusto. La ciudad fué defendida con denuedo admirable, pero reducidos ya á tan pocos que era imposible prolongar mas la defensa, hubieron de rendirse, siendo los mas valientes de ellos vendidos como esclavos. Sucedió esto al empezar el nono consulado de Augusto (1).

Visitó luego Augusto los paises conquistados, y deseando dejar asegurada en ellos la tranquilidad, hizo lo que habia practicado César con los habitantes del monte Herminio, obligar á los moradores de las montañas á desamparar las fragosas breñas y bajar á los lugares descubiertos y llanos. A los soldados que habian cumplido el término de su empeño mandó distribuir campos y tierras; que era el fundamento de las colonias. Asi se fundó *Emérita Augusta*, hoy Mérida, habiendo tenido el cargo de dirigir los trabajos de aquellos veteranos el mismo Carisio, como se vé en las monedas que se conservan de aquel tiempo, en que se hallan de un lado el nombre de Augusto y de otro los de Carisio y Emérita. Otras ciudades tomaron el sobrenombre de augustas, como *Cæsar-Augusta*, la antigua Salduba y hoy Zaragoza; *Pax-Augusta*, hoy Badajoz; *Braccara-Augusta*, hoy Braga, y otras. Fundóse igualmente en aquel tiempo la ciudad de Leon con el nombre de *Legio septima gemina*, correspondiente al de las legiones que allí quedaron con el especial objeto de vigilar y en caso necesario reprimir á los bravos astures. Otros varios monumentos quedaron de Augusto en España. Cuéntase entre ellos el templo de *Janus-Augustus* en Ecija; un bello puente sobre el Ebro; las *Turres Augusti*, elevadas en forma piramidal sobre el rio Ulla en Galicia, y las *Aras Sextianas* en el cabo de Torres de Asturias, unas y otras erigidas por Sextio Apuleyo, uno de los gefes

bold en Vizcaya en los manuscritos de un tal Juan Ibañez en 1590, visitando los archivos de aquella provincia. Cópiale Rosseew-Saint-Hilaire en el Apéndice I. del tomo I. de su Historia de España.

(1) Mariana y otros autores varian en la relacion de algunas circunstancias de estas guerras, no sabemos con qué fundamento. Nosotros hemos seguido aquello en que hallamos convenir mas las antiguas historias latinas, no muy explícitas y claras en lo relativo á estos acontecimientos.

romanos de la expedicion cantábrica, y dedicadas á Augusto, como términos de las victorias que consiguió bajo sus auspicios.

Vuelto Augusto á Tarragona, recibió allí embajadores de la India Oriental y de la Escitia, que atraidos de la fama de su nombre venian á ofrecerle amistad. Y dejando á Lucio Emilio el mando del ejército de la Tarraconense, y el gobierno de esta provincia y de la Lusitania á Publio Carisio en concepto de legado augustal, partióse para Roma, donde cerró por cuarta vez el templo de Jano, suponiendo que España y el mundo quedaban en largo y completo reposo (1).

Grandemente equivocado fué este juicio respecto de España. Los cántabros y astures, conservando vivo el odio á los romanos, no pudiendo vivir sin libertad, irritados acaso tambien con las violencias de los conquistadores, y deseando vengar las injurias pasadas, dieron principio á otra lucha aun mas brava y feroz que la primera. Emilio y Carisio que fueron á sujetarlos entraron devastando sus campos, incendiando sus rústicas viviendas, y cortando las manos á los prisioneros, segun las bárbaras leyes de la guerra de la civilizada Roma. Aunque pareció quedar sujetos por entonces, fuéle preciso todavía á Cayo Furio, sucesor de Emilio, guerrear otra vez con aquella gente, la sola en el mundo que traia entretenidas las legiones romanas, y á las cuales por lo tanto no cabia en lo posible resistir. Furio los venció tambien, y redujo á esclavitud todos los prisioneros. Si imposible era á los cántabros y astures vencer, tambien la esclavitud les era insoportable. Así, pasado algun tiempo, concertáronse entre sí aquellos mismos esclavos, mataron á sus señores y dueños, ganaron los montes y riscos, y no les fué difícil conmover todo el pais y alzarlo en masa.

Infundia ya pavor á los romanos tan indómita gente. Arredrábalos la idea de tener que exterminar aquella raza feroz si habian de vencerla, y asombrábalos tanta obstinacion y porfía, tanto desprecio de la vida. Pero no podia tampoco el señor del mundo dejar vivo y sin apagar aquel fuego, aquel foco perenne de rebelion, mas temible en España que en otra parte alguna. Así hubo de enviar á sujetarlos á su mismo yerno M. Agripa, que envanecido por sus victorias contra los germanos, gente tambien belicosa y fiera, creyó reducir con la misma facilidad á los cántabros y astures (2). Pronto recibió el

(1) Este templo, que se conservaba siempre abierto mientras Roma tenia pendiente alguna guerra, habíase cerrado solas tres veces en los siete siglos que Roma llevaba de existencia: la primera en tiempo de Numa, la segunda cuando terminó la guerra púnica, la tercera despues que Octavio venció á Marco Antonio. La cuarta fué esta.

(2) Mariana hace venir ya á Agripa despues de la primera guerra cantábrica, lo cual está en contradiccion con todas las historias antiguas, que le suponen en aquel tiempo ocupado en otra parte.

desengaño: tan impetuoso fué el primer arranque de aquellos españoles, tanto impuso á las nuevas legiones romanas el formidable aspecto de aquellos montañeses, que entrando el desaliento y la consternacion en sus filas, hubo de sufrir la humillacion de retirarse el vencedor de la Germania. Tuvo que tomarse tiempo para restablecer la disciplina de su ejército, para reanimar con castigos y con arengas el abatido valor de sus soldados. Notable fué la severidad que usó con la legion llamada *Augusta*, una de las que con mas cobardía se habian conducido en el combate. Agripa la declaró indigna de llevar aquel nombre y la disolvió toda entera. Este ruidoso y ejemplar castigo surtió su efecto, picando el pundonor de las demas legiones.

Cuando ya tuvo sus tropas mejor dispuestas, emprendió de nuevo la campaña, y habiendo tenido la suerte de sorprender á los cántabros en una llanura, empeñólos en una accion general en que quedó vencedor. No dejó con vida un solo hombre de los que cayeron en sus manos: destruyó todas sus viviendas de la montaña; hizo á los ancianos, mugeres y niños bajar á morar á los llanos, no sin que presenciára horribles escenas de madres que mataban á sus hijos, de hijos que daban la muerte á sus padres de órden de ellos mismos, no queriendo conservar la vida con la esclavitud. Agripa hizo ocupar militarmente todo el pais (1).

Gran sensacion y estraordinario contento causó en Roma la terminacion de la guerra cantábrica (19). Con ella quedó sujeta toda España, con ella acabó de perder su libertad despues de dos siglos de heróica é incesante lucha. «España, repetimos con Tito Livio, el primer pais del continente que invadieron las armas romanas, fué el postrero que se sometió.» Desde Escipion hasta Agripa habian mediado doscientos años. Este es el mayor elogio que puede hacerse del genio indomable de los hijos de esta region del mundo. España quedó reducida á provincia del imperio.

Siguióse una paz, que se llamó proverbialmente paz Octaviana: aquella paz de que dijo Tácito: *ubi solitudinem faciunt, pacem apellant.*

(1) Dion Cass. lib. LIV.—Paterc. lib. II.—Flor. lib. II.

CAPITULO VIII.

SITUACION DE ESPAÑA

DESDE LA ESPULSION DE LOS CARTAGINESES HASTA SU COMPLETA SUMISION AL IMPERIO ROMANO.

Examínanse las causas de la guerra.—De su duracion.—De su resultado.—Por parte de los romanos.—Por parte de los españoles.—Gobierno de España durante las guerras de la república.—Pretores.—Cuestores.—Lo que excitaba su avidez.—Influencia de las riquezas en Roma.—Venalidad.—Desmoralizacion.—Escandaloso lujo de los patricios.—Miseria de la plebe.—Causas que prepararon el gobierno imperial.—Estado intelectual de España en este tiempo.—Respectiva civilizacion de los habitantes de las diferentes comarcas españolas.—Poetas cordobeses.—Influjo de Sertorio en la civilizacion de España. —Idem de Augusto.—Reflexiones.

La paz que despues de tan largos siglos de luchas alcanzamos; la sumision total de España á Roma, y el tránsito del gobierno republicano al imperial, todo ofrece al historiador ocasion oportuna para dar á sus lectores y darse á sí mismo un momento de descanso, que bien lo hemos unos y otros menester para reposar de las aflictivas y enojosas relaciones de guerras y batallas, de tantas escenas de dolor, de desolacion y de sangre, sin que nos haya sido posible aliviar de ellas á nuestros lectores, por mas que hayamos procurado alijerarlas; que tal es la naturaleza de estos periodos históricos en que la suerte de los pueblos depende solo de la suerte de las armas. Parécenos haber llegado á la cumbre de una altura, desde donde mas tranquilos podemos contemplar la marcha de los mismos sucesos y examinar su influencia en la condicion física y moral del pais.

¿Quién provocó esta lucha secular? ¿Cómo tan dilatado espacio de tiempo

se sostuvo? ¿Por qué se malograron los heróicos esfuerzos de los españoles? ¿Por qué fué tan lenta la conquista por parte de los romanos?

El pensamiento perpétuo de Roma era conquistar. Lo disimuló en España mientras tuvo en ella otros enemigos que combatir. Convínole entonces mostrarse generosa con los españoles, fingirse su aliada y amiga. Vencidos y expulsados los cartagineses, varió de todo punto la política de Roma. Á la conducta en lo general noble y generosa de los Escipiones, bien fuese dictada por los sentimientos de su corazon, bien producto de un sistema político prudentemente calculado, reemplazaron las vejaciones, las crueldades y las estafas de los pretores, avarientos casi todos, traidores y aleves muchos, tiránicos y opresores los más. Si alguno se mostraba desinteresado como Caton, ó humanitario y conciliador como Graco, divisábase apenas entre la turba de los Galbas y los Lúculos, de los Didios y los Crasos, que unian á la rapacidad el desenfreno, y á la crueldad la alevosía. Roma, que desde la expulsion de los cartagineses habia arrojado la máscara como conquistadora, aprovechándose de tener sus legiones apoderadas de una gran parte de España, la arrojó tambien como explotadora, permitiendo y tolerando, ya que mandando nó, el desastroso sistema de sus gobernadores militares, especie de soberanos y tiranuelos consentidos y casi autorizados.

Y casi autorizados; porque el senado y los cónsules, si no aplaudian abiertamente las exacciones y las estafas de los prevaricadores, gustábales por lo menos ver como refluia en la ciudad el oro y la sustancia de este rico pais, á cuya participacion acaso no eran agenos ellos mismos. La breve duracion de aquellos cargos producia dos efectos, ambos fatales para España; la rapidez con que los pretores procuraban enriquecerse en el corto período de su magistratura, y la esperanza que todos tenian de que les tocára el turno para desempeñarla. Para mal de los españoles, Roma emprendió su conquista en la época en que iban desapareciendo las antiguas virtudes de la república, en la época en que los honores triunfales, los sufragios del pueblo y del senado, los mas elevados cargos del ejército y de la administracion, se obtenian y ganaban á precio de oro. De poco servia que algunos senadores preservados de la general desmoralizacion levantáran una voz amiga en favor de la desventurada España; que se formára en el senado un partido que se denominó español; que los Escipiones y los Catones pronunciáran enérgicos discursos pidiendo el castigo de los pretores avaros y criminales: su voz se ahogaba ante una mayoría corrompida ó ganada con el mismo oro que constituia el motivo de la acusacion, y los procesados pretores salian absueltos. ¿Qué valia que á costa de esfuerzos arrancára Pison

una ley autorizando á los pueblos de España para denunciar las depredaciones de los gefes militares, y pedir la debida responsabilidad é indemnizacion? ¿Á qué, si este derecho habia de ser ilusorio? Mas de una vez pasaron el mar y llegaron hasta el senado los lamentos de los pueblos oprimidos, espresados por embajadores enviados al efecto: pero la impunidad en que quedaban los acusados, la presencia siempre amenazante de las armas romanas en la Península, todo hacia que los españoles contempláran inútil apelar al senado en demanda de justicia. El mismo Ciceron que presenciaba ya la caida de la república, Ciceron que pasaba por mas circunspecto y mas tímido que Caton, se atrevia á decir: «Difícil es espresar lo odiosos que nos hemos hecho á las naciones estrangeras por las arbitrariedades y la cupidez de los gobernadores que les hemos enviado (1).» Lo que prueba cuán lejos estaba de haberse curado en tiempo del célebre orador tan mortífera llaga.

Á cualquiera habria irritado proceder tan desconsiderado y abominable, cuanto mas á los altivos españoles, cuyos ánimos se hallaban harto concitados ya con ver á los que antes se habian llamado sus auxiliares y amigos, trocarse en dominadores y señores. De aqui la resistencia, de aqui aquellas insurrecciones tantas veces sofocadas y siempre renacientes, á la manera de aquellas plantas que tanto mas se reproducen y multiplican, cuanto mas la cuchilla del podador corta su tallo. No sabemos que pueda haber guerra mas justa que la de un pueblo que se arma para defender su suelo, sus hogares, sus haciendas, sus vidas y su libertad, contra otro pueblo que intenta arrebatarle estos bienes sin mas derecho que el de ser mas fuerte y mas poderoso.

Compréndese, á poco que á la luz de la reflexion se examinen, las causas de la prolongacion de una lucha al parecer tan desigual, sostenida por dos pueblos, el uno afanoso de conquistar, el otro tenáz en resistir; entre una república poderosa, vasta, de muchos siglos ilustrada y sábiamente regida, y poblaciones rústicas y aisladas que aun no constituian nacion; entre legiones disciplinadas y aguerridas, y soldados sin organizacion y sin táctica; entre capitanes ceñidos de laureles recogidos en otras guerras, y caudillos improvisados que dejaban sus grutas y sus riscos para salir á los campos de batalla.

Cegaban á Roma dos pasiones; el afan de la conquista, y la sed de dinero. Lo primero la hacia cruel, destructora, asoladora: era su bárbara máxi-

(1) *Difficile est dictu quantum in odio simus apud exteras nationes propter eorum, quos cum imperio missimus, injurias et libidines.* Cic. pro Leg. Manil

ma reducir un pais conquistado á situacion en que no pudiera rebelarse: «Roma no trata con sus enemigos hasta despues que deponen las armas.» Por lo mismo no escrupulizaba en exterminar, cuando lo creia necesario, los moradores todos de una poblacion ó comarca, desde el decrépito anciano hasta el niño de pecho, y en yermarla de habitantes: *pacem appellant ubi solitudinem faciunt*. Y ellos, los que se jactaban de haber nacido para dar la libertad á las naciones de la tierra, la asolaban para esclavizarla. Caton, el austero, el probo Caton, hacia ostentacion de haber derruido cuatrocientos pueblos en tres meses; y los sobrenombres de Africano, de Numantino y de Macedónico, significaban la ruina de otras tantas ciudades ó naciones. Lo segundo hacia á Roma desapiadada consigo misma. «Vengan arroyos de oro, y mas que se viertan raudales de sangre.» Asi sacrificaba sus hombres, y los hombres de todo el mundo. César, á quien pintan como el mas humano de los guerreros de aquel tiempo, hacia murallas de los cadáveres, y calculan que habia muerto en batalla ordenada un millon de hombres y hecho un millon de esclavos. Pero conquistaba pueblos para Roma, y á su vuelta de España ostentaba entre sus trofeos un carro de plata fabricado de la recogida en este pais. César era divinizado, y la sangre que aquel carro hubiera costado á Roma no se tomaba en cuenta. Galba asesinaba inicua y traidoramente á los lusitanos, y Roma lo disimulaba, sin advertir, ó por lo menos sin escarmentar, si lo advertia, que aquella matanza producia la guerra de Viriato que le costó tan cara. Asi se prolongaba la conquista, porque se reproducian con la exasperacion las causas de la resistencia.

Ya hemos indicado como otra de las causas de la lentitnd en los progresos de las armas romanas la breve duracion de las magistraturas militares; y por lo mismo que procuraban los pretores aprovecharla para acumular riquezas, solian emplear en esto tiempo y cálculos que hubieran necesitado para combinar y activar las operaciones de campaña. Acaecia muchas veces que cuando un general empezaba á conocer el terreno era reemplazado por otro desconocedor del pais, el cual á su vez tenia que ceder el puesto al que venia á sustituirle en ocasion que acababa de concebir un plan de ataque ó que comenzaba á asediar una plaza. El pesado armamento de los soldados romanos, de aquellos guerreros, almacenes vivientes cargados de armas ofensivas y defensivas, de viveres y provisiones para dos ó tres semanas, de estacas para formar trincheras, de instrumentos y útiles para abrir fosos y construir terraplenes, era un obstáculo para guerrear con gente tan ágil, tan desembarazada y frugal como era la española, para el sistema de asaltos, de correrías y de sorpresas que usaban y en que eran tan diestros y mañosos, compitiendo caballos y ginetes en agilidad y soltura, y

para aquella guerra de emboscadas que era la desesperacion de las tropas regulares. Agréguese á esto el temor de los romanos á los inviernos de España, durante los cuales suspendian frecuentemente las operaciones, en especial en los paises próximos á las montañas, donde no podian sufrir el frio y rigidez de la estacion.

Pero hubo otra causa que mas poderosamente que todas las que hemos enunciado aumentaba las dificultades de la conquista provocando la resistencia. Empeñáronse los romanos en fiarlo todo á la ley de la fuerza, nada al atractivo de la dulzura; en ser siempre conquistadores, nunca civilizadores; en hacer esclavos, no súbditos, mucho menos amigos; no en hacer á España una provincia tributaria de Roma, sino en explotarla como una mina siempre abierta á su voracidad. Desconocieron la índole y carácter de los indígenas, toscos pero altivos, rústicos pero nobles, sencillos pero pundonorosos y leales, fáciles en apasionarse de los grandes genios, en adherirse á los que los trataban con dulzura ó con generosidad, prontos á sacrificarse por ellos, á morir por ellos, á no sobrevivir á los que una vez habian jurado devocion; pero indóciles, tenaces, indomables, tratándose de tiranizarlos y oprimirlos. No enseñaban nada los ejemplos á los romanos. Olvidaron lo que habia sucedido con los Escipiones; no atendia Roma á lo que ganaba en España con el proceder desinteresado y noble de Sempronio Graco, y á lo que perdia con las vejaciones y latrocinios de Furio Philon: no veia que las monstruosidades y perfidias de Lúculo y Galba provocaban una guerra en la Lusitania, y que un rasgo de generosidad de Metelo en Nertóbriga le captaba la amistad de las ciudades celtiberas; menester era que estuviese muy obcecada para no ver á los españoles seguir á porfía las banderas de Sertorio, siendo romano, porque les dispensaba beneficios, al propio tiempo que preferian entregarse á las llamas hombres y pueblos antes que sucumbir á otros romanos de quienes solo servidumbre aguardaban. Si Roma hubiera respetado los tratados, hubiera hecho muchos súbditos, y se hubiera ahorrado mas de la mitad de su sangre, y muchas ignominias; los rompia con escándalo del honor y de las leyes, y con oprobio y baldon de la *fé romana*, y costábale ejércitos enteros para dominar sobre cadáveres, sobre yermos y sobre ruinas. Así duró la lucha dos siglos. No pretendemos hacer la apología de nuestros antepasados, ni inventamos cargos que hacer á nuestros dominadores. Reflexionamos sobre los hechos tomados de las historias romanas.

Perdió por su parte á los españoles, y fué causa de que se malograran tan heróicos esfuerzos y tan maravillosa constancia, la falta de concierto y de unidad. Tribus independientes y aisladas, jamás formaron un cuerpo compecto para resistir al enemigo comun. Sobrábales de valor individual lo que

les faltaba de acuerdo. Ni sabian apreciar las ventajas de las combinaciones ni eran propensos a ellas. A veces reposaban los celtiberos mientras guerreaban los lusitanos, ó se levantaban los vaccéos cuando los bastetanos acababan de ser acometidos, ó estallaba la insurreccion en la Lacetania cuando la Bética tributaba honores semi-divinos á un general romano; y cuando los cántabros y astures se alzaron en defensa de su libertad, ya estaba subyugada toda España menos ellos. Hubo un español que concibió el pensamiento de proclamar una patria comun, y dirigió su voz y envió emisarios para ello á cuantos pueblos él conocia: tuvo al pronto algun resultado el llamamiento entre las tribus mas vecinas, pero Viriato se vió reducido á pelear con solas sus bandas lusitanas, y Numancia á defenderse sola. Cuando Viriato llevó la guerra cerca de Cádiz olvidóse sin duda de que hacia ya cincuenta años que Cádiz habia solicitado ser ciudad romana. Así divididos los españoles, no podian dejar de sucumbir mas ó menos tarde ante las inagotables legiones de la perseverante y poderosa Roma. A pesar de todo, muchas veces hicieron vacilar el poder de la ciudad-reina, que hubo de humillarse á recibir condiciones de paz de una ciudad pobre, ó de un hombre á quien habia llamado bandido, y Cesar no fué señor del *Mundo* hasta que ciñó el ensangrentado laurel de *Munda*.

No sabemos que la república estableciera en las comarcas españolas que iba conquistando otro gobierno que el de aquellos magistrados militares llamados pretores, que solian ser cónsules que habian cumplido el tiempo de su encargo. A estos acompañaba comunmente un cuestor para la recaudacion de impuestos, y era como una especie de intendente militar. La cuestura, segun Ciceron, era el primer paso para la carrera de los honores, lo que, como veremos luego, equivalia á la carrera de las riquezas: por eso muchos antiguos cónsules no se desdeñaron de ejercer la cuestura. Siendo sus funciones recaudar los tributos, proveer de víveres y de dinero á la tropa, distribuir el botin, y dar cuenta de los productos de las exacciones al tesoro central de Roma; era un empleo de los mas apetecidos, y entre el cuestor y el pretor solia haber muy estrecha amistad. Cuando el pretor ó procónsul dejaba la provincia, le reemplazaba el cuestor interinamente en sus funciones. Era pues un gobierno militar, en que las leyes de la metrópoli y los decretos del senado influian poco: pendia casi todo de la voluntad ó del capricho y de las cualidades personales de cada pretor. No obstante, alguna representacion debieron alcanzar las autoridades indígenas, desde que á fuerza de reclamaciones obtuvieron las ciudades el derecho, bien que casi nulo en la práctica, de acusar á sus depredadores, y mas adelante el de fijar ellas mismas la cuota y calidad de los impuestos. Remedio este último, que vino

á hacerse tan ineficaz como el primero, porque lo que no podian sacar los pretores por medio de contribuciones, sacábanlo á título de empréstitos y donativos, como lo hicieron Lúculo y César.

Explícase la avidez de los pretores y su sed de riquezas por el estado moral á que habia llegado la república. Habian pasado los tiempos de los Fabricios, de los Cincinnatos y de los Camilos, aquellos tiempos de austeridad republicana, en que la pobreza era una virtud, y en que el laurel iba á honrar el arado (1). Las riquezas eran ahora las que abrian el camino de los honores y de los empleos. Con oro se compraban los triunfos, con oro se ganaban las votaciones de las asambleas, el oro era el que hacia senadores, pretores, cónsules y generales. La miseria á que la aristocracia del dinero habia ido reduciendo á la plebe romana, que en lo general vivia de una especie de limosna pública, ó de alguna corta distribucion de moneda que de tiempo en tiempo se le hacia despues de algun triunfo, ó de las sobras que los ricos le arrojaban alguna vez por ostentacion, se veia obligada á vender su voto, viniendo de esta manera á hacerse el sufragio un objeto de lucro y de tráfico inmoral. Por eso se daban tanta prisa los pretores á esquilmar las provincias, y asi se hicieron en Roma aquellas fortunas desmesuradas que todavía nos escandalizan.

Se siente una admiracion disgustosa al leer las descripciones de las espléndidas moradas, de los soberbios palacios, de las suntuosas casas de recreo, que dentro de Roma y en las campiñas se ostentaban, y en que pasaban los opulentos patricios una vida voluptuosa y de deleites, rodeados de todo cuanto podia halagar los sentidos: aquellas paredes de mármol, aquellas estátuas, aquellos baños, aquellos jardines y bosquecillos de plátanos, de mirtos y de laureles; aquel costosísimo menaje, aquellos lechos de riquísimas maderas, cubiertos con planchas de plata, incrustados de oro, de marfil, de concha, de nácar y de perlas; cobertores nupciales que costaban millares de sextercios; mesas y triclinios de maderas rarísimas, sostenidas por delfines de plata maciza, como la de Cayo Craso, que valia un tesoro, ó como la de Ciceron, que costó lo que equivaldria á cerca de un millon de nuestra moneda; platos de plata de doscientos marcos de peso como el que poseia Sila, tazas y vasos, candelabros y lámparas cinceladas de oro; aquellas bodegas como palacios, en que se guardaban en trescientas mil ánforas los mas esquisitos vinos de todas las partes del mundo; aquellos estanques en que se alimentaban peces con carne humana para hacerlos mas sabrosos; aquellos opíparos banquetes, en que se hacian servir ostras del lago Lucrino, salmonetes del Adriático, sollos del Pó, cabritos de Dalmacia, caza de Jonia y de Numidia, ciruelas de Egipto,

(1) *Gaudebat tellus vomere laureato*. Plin.

dátiles de Siria, peras de Pompeya, aceitunas de Tarento, manzanas de Tibur, aves preciosas y raras llevadas de los bosques de las mas apartadas provincias para un determinado festin; todo esto servido por multitud de esclavos, y alegrando el banquete músicos, cantantes y cómicos.

No nos detendremos á pintar los repugnantes placeres de otros géneros en que pasaban la vida aquellos opulentos y voluptuosos romanos. Las doctrinas sensuales de Epicuro se habian introducido, no solo en las escuelas, sino en la práctica de la vida ordinaria, y abandonábanse á toda clase de goces y de placeres. Asi vivía aquella aristocracia degenerada y corrompida (1).

Entretanto la plebe, la inmensa mayoría del pueblo romano yacía sumida en la indigencia, hacinada en miserables barrios y habitando hediondas viviendas, atenida á las limosnas públicas, ó esperando en vergonzosa ociosidad las liberalidades de los patricios, á quienes baja y humildemente servia y adulaba, y á quienes vèndia su voto ó su puñal. Recogiendo Roma el oro, la plata, las producciones, los artefactos de todos los pueblos conquistados, descuidaba las artes, miraba como profesion innoble el comercio, encomendaba los trabajos de la agricultura á esclavos y á brazos serviles; y aquel pueblo sin artes, sin comercio y sin campos que labrar (que las propiedades estaban aglomeradas, concentradas en las manos de unos pocos patricios), no tenia mas alternativa que la guerra ó la miseria, y por eso tambien la guerra se perpetuaba. Queríanla los generales, porque era el medio de alcanzar riquezas, influencia y honores, y apetecíala el pueblo, porque algo le tocaba de los despojos de los vencidos. César decia que para adquirir, aumentar y conservar el poder, solo se necesitaban dos cosas, dinero y soldados.

La respectiva situacion de plebeyos y patricios habia producido revoluciones y guerras civiles. Los Gracos se habian declarado por el pueblo. Su muerte fué un triunfo para la aristocracia. Mario y Sila habian defendido, el primero la democracia, la nobleza el segundo. Sila habia realzado la aristocracia senatorial. Sertorio, Lépido y Catilina la combatieron. César se habia hecho dictador con el apoyo del ejército y de la plebe. No pudieron sufrirlo los patricios y le asesinaron. El senado, compuesto de aristócratas, protegia á los asesinos de César. Octavio vengó á su sobrino, y en la batalla de Filipos dió el último golpe á aquella corrompida aristocracia. El pueblo y el ejército le acla-

(1) Para formar idea de la desmoralizacion, de la voluptuosidad y del libertinage á que habian llegado los ricos patricios romanos, no hay sino leer las oraciones de Ciceron y las odas de Horacio. Sobre la suntuosidad de los palacios romanos y el lujo de su menaje, pueden verse las obras de Mazois y de Gabriel Peignot, que han recogido curiosos pormenores y noticias circunstanciadas sobre esta materia. Hállanse confirmadas estas noticias por todas las historias romanas.

maron con gusto emperador, porque defendia sus derechos, y preferian el gobierno y aun el despotismo de un hombre solo encumbrado por ellos, al de muchos aristócratas orgullosos. Asi la verdadera base del poder de Augusto, mas que los títulos de dictador y de emperador, fué la autoridad tribunicia perpétua. Obra de los soldados y del pueblo su elevacion, contentó al uno y á los otros con donativos y recompensas, distribuyéndoles tierras y dándoles pan y espectáculos, *panem et circenses*. Augusto supo consolidar su poder respetando las formas y dejando una sombra de autoridad al senado; y fué fortuna para Roma, al pasar de la república al imperio, haber caido en manos de un hombre que se dedicó á pacificar el mundo conquistado por César, á reformar las costumbres públicas y á promover la civilizacion y las letras.

Tal era el pueblo y el hombre á quien se sujetó toda España. El estado intelectual de los españoles hasta esta época era muy vario y distinto en sus diversas comarcas ó provincias. Los cántabros y algunos otros pueblos del Norte conservaban toda su rudeza primitiva, su lengua y sus costumbres. Alli no habian penetrado ni la civilizacion ni las armas romanas hasta el tiempo de Augusto. Era donde se mantenia en su pureza la raza indígena. En las demas regiones españolas, habíanse ido introduciendo y adoptando las costumbres, el idioma, el culto romano; en aquellas más en que la dominacion ó habia sido ó era mas antigua, menos en aquellas en que la resistencia habia sido mayor. De todos modos es indudable que las divinidades de la teogonía romana vinieron á mezclarse con los dioses de los indígenas y con los que ya les habian comunicado antes los fenicios y los griegos; y Júpiter Capitolino vino á alternar con la Diana Helénica y con el Hércules Tirio en las fiestas religiosas de los españoles.

Sin embargo no debia ser ya tanta la rusticidad y la barbárie en los pueblos del oriente y centro de la Península durante las guerras con la república romana, á juzgar por las muchas ciudades populosas de solo la Celtiberia que hallamos ya mencionadas en Estrabon, Tolomeo, Polibio, Tito Livio, Floro y Appiano. De que no les eran desconocidas algunas artes mecánicas dan testimonio, asi las telas y vestidos de los naturales, no sin inteligencia fabricados, como las armas é instrumentos de guerra, tan celebrados por su temple y por la perfeccion de su trabajo, entre las cuales sobresalian las renombradas espadas de las fábricas de Bilbilis, adoptadas por los romanos con preferencia á las suyas tan pronto como las conocieron. Las monedas celtiberas tenian ya una regularidad en su forma y una correccion en el dibujo de los caballos, bueyes y otros animales que representaban, que nos dan una idea mas aventajada de la que podria esperarse de los adelantos á que en este género habian llegado. Si no cultivaban las letras, por lo menos no carecian de discrecion

sus discursos: en ellos se revelaba la aptitud intelectual de aquellas gentes, las cuales ni dejaban de hablar con desembarazo á los generales y magistrados de la culta Roma, ni tenian dificultad en exponer sus querellas en pleno senado, y entrar en contestaciones y razonamientos con los padres conscriptos.

En la Bética fué donde debieron, antes que en otras provincias de España, empezar á cultivarse las letras. Cuando el cónsul Metelo regresó á Roma se llevó consigo multitud de poetas cordobeses, algunos de los cuales se hicieron célebres allí, y de ellos se ocupó Ciceron en una de sus mas bellas oraciones (1). Contábase entre ellos Cornelio Balbo de Cádiz, distinto del otro Balbo el Triunfador. No es estraño, habiendo sido la Bética donde dejaron derramadas mas semillas de civilizacion los fenicios, y donde menos obstinada resistencia hallaron los romanos. La Celtiberia y la Lusitania, y en general la España toda, fueron deudores á Sertorio de la participacion que comenzaron á tener en la ilustracion romana. La escuela de Huesca y el senado de Evora que estableció aquel ilustre romano, fueron las dos grandes bases por donde España entró en el movimiento intelectual del mundo civilizado. Desde entonces empezó á hacerse el latin la lengua vulgar de los españoles, y el gusto á las letras que nació con Sertorio no hizo sino desarrollarse con Augusto.

Cierto que Augusto acabó de someter la España al yugo de Roma. Pero fué un yugo mil veces mas soportable que el que habia sufrido bajo los tiránicos pretores. El hombre que dió reposo al mundo, el que le dió una unidad civil y política, el que sustituyó al principio de conquista el de civilizacion, y reemplazó el de la fuerza con el de la inteligencia, no podia menos de ejercer en España un influjo altamente benéfico. Desde los primeros años prohibió á los gobernadores de las provincias pedir ningun género de subsidio, como tenian de costumbre al espirar el término de su magistratura, y solo les permitió poder aceptar algun donativo que por via de obsequio quisieran hacerle las ciudades agradecidas á sus servicios, y esto despues de trascurridos setenta dias de haber salido de las provincias. Dejó tambien á las ciudades libres que se administráran por sí mismas. Abrió escuelas públicas en las ciudades principales y las dotó de profesores ilustres. En ellas se fueron formando algunos de aquellos ingenios que despues dieron lustre á la literatura romano-hispana.

Sufrió pues España bajo Augusto una completa trasformacion social. Pero no olvidemos que si las guerras romanas trajeron á España la civilizacion que

(1) *Etiam Cordubæ natis poetis pingüe quiddam sonantibus atque peregrinum, tamen aures meas dedebat.* Cicer. pro Arch. n 26.

entonces se conocia, que si España dió por este camino un gran paso en la carrera del mejoramiento social, este mejoramiento y esta civilizacion los compró al caro precio de dos siglos de guerras, de sangre, de calamidades, de horrores, y de sacrificios y víctimas sin cuento. ¡Ley fatal de la humanidad, que cada paso hácia un bien respectivo ha de ir precedido de una série de males, y de una cadena de angustias y de dolores! ¡Y aun se ha de agradecer, si tras un siglo y otro de tragedias se encuentra al fin un Augusto!

LIBRO TERCERO.

ESPAÑA BAJO EL IMPERIO ROMANO.

CAPITULO I.

DESDE AUGUSTO HASTA TRAJANO.

Desde el año 19 antes de J. C hasta el 98 despues de J. C.

Cambio feliz en la situacion de España.—Mejoras que debió á Augusto.—Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Comienza á reinar dulcemente y se convierte en horrible tirano.—Casos de bárbara ferocidad.—Acaba de arrebatar sus derechos al pueblo romano.—Escesos de sus gobernadores en España.—Son procesados.—Enemiga de Tiberio hácia los españoles. Sus venganzas.—PASION Y MUERTE DEL SALVADOR DEL MUNDO bajo el reinado de Tiberio.—Calígula.—Instintos sanguinarios, crueldades, locuras y delirios de este emperador.—Claudio.—Su imbecilidad.—Suplicios y ejecuciones.—Españoles de este tiempo distinguidos en ciencias y letras.—Neron.—Sus monstruosidades.—Incendio de Roma.—Conducta de Séneca.—Galba emperador.—Su ingratitud con España.—Othon.—Agrega á España una nueva provincia.—Vitelio.—Su repugnante glotonería —Su muerte desastrosa.—Dulces reinados de Vespasiano y Tito.—Beneficios que hacen á España y amor que les profesan los españoles.—Destruccion del templo de Jerusalen.—Domiciano.—Su crueldad.—Persecucion contra los cristianos. —Breve y benéfico reinado de Nerva.

Fuese que ejerciera Augusto la autoridad suprema en Roma bajo el nombre de Emperador que conservaron sus sucesores, fuese el fundamento principal de su poder el tribunado perpétuo, fuese la reunion de las mas altas magistraturas en su persona la que le hiciera árbitro y soberano del estado; que el gobierno de Roma fuese una monarquía con formas republicanas,

ó que fuese una prolongada dictadura; que Augusto disfrazára con mas ó menos astucia y disimulo su poder ilimitado y absoluto conservando antiguos nombres, y que el pueblo y senado comprendieran toda la mudanza que bajo cierta apariencia de respeto á los poderes existentes se habia efectuado en el gobierno de la ciudad y de las provincias, y que se sometieran á él, los unos por seduccion, los otros por creer el cambio provechoso, los otros por impotencia de resistir, es lo cierto que los vastos dominios romanos se sujetaron desde Augusto á la autoridad omnipotente de un solo hombre. Nueva era para Roma, que ya se rigió siempre con gobierno imperial.

Subyugada España y sujeta al imperio romano, acostumbrados como estaban los españoles á ver y sufrir el azote y la opresion de aquellos gobernadores rapaces y crueles, tuvieron á dicha el ser gobernados por un hombre, que si bien habia dado el último golpe á su independencia y á su libertad material, mostrábase con ellos no solo dominador clemente, sino hasta protector generoso. Veíanle amparar á los pueblos contra las vejaciones y rapiñas de los pretores, declarar algunas ciudades exentas de tributos, fundar nuevas colonias, abrir vias de comunicacion, establecer escuelas, y honrar los indígenas elevando á muchos de ellos á las mas altas dignidades, y no es estraño que ellos, que eran duros y tenaces en vengar ultrages y agravios, y extremados y ardientes en amar á los que les dispensaban favores, se apasionáran de Augusto hasta el punto de erigirle templos y altares. O no conocian, ó importábales poco, aunque lo conocieran, que el proceder de Augusto no fuese hijo de la virtud sino de cálculo; que tuviera todas las flaquezas de la humanidad como hombre, si era generoso y humanitario como político; que fuera un usurpador de autoridad en Roma, si era reparador de injurias en España. Nunca los españoles fueron escasos ni en sentir ofensas ni en agradecer beneficios.

Levantaron los sevillanos un monumento á la emperatriz Livia, á quien se llamó *Generatrix orbis*, madre de todos los pueblos. Los de Tarragona erigieron mas adelante un templo y un altar á Augusto (1). Sin aprobar la

(1) Cuéntase que los tarraconenses enviaron una embajada á Augusto anunciándole que en aquel altar habia nacido una palma, y que el emperador contestó con frialdad filosófica: «eso es prueba de que ofreceis pocos sacrificios.» La anécdota y la espresion son mas bellas que exactas, pues segun Tácito, los tarraconenses no erigieron el templo á Augusto hasta el reinado de Tiberio. Ann. lib. I.

Refiere tambien Dion Cassio, y apenas hay historiador que no lo haya reproducido, el caso ocurrido entre Augusto y un español nombrado Caracota ó Corocota, capitan de una cuadrilla de bandoleros, con la cual recorria el pais, y aun se atrevia á penetrar en poblaciones considerables. Augusto habia pregonado su cabeza. Esto y la viva persecucion que sufria, inspiraron al famoso bandido la idea de presentarse en persona al

parte de adulacion que entraba en la apoteosis, disculpamos el entusiasmo. Mucho mas habia hecho Roma con César vencedor, y eso que se constituia en árbitro de la república. Al fin los españoles lo hacian en obsequio de quien los redimia de mayor servidumbre.

Vióse, pues, á la sombra del gobierno protector inaugurado por Augusto, desarrollarse en España la agricultura, la industria y el comercio. De las costas del Mediterráneo partian continuamente bageles españoles para llevar á Roma las producciones de este suelo, asi naturales como manufacturadas. España surtia á la gran ciudad de aceites, de cereales, de carnes, de telas, y de aquellas esquisitas lanas, que en tanta estimacion tenian y á tan subido precio pagaban los romanos, al decir de Estrabon (1). Este mismo insigne geógrafo nos habla de los medios de comunicacion que Augusto habia hecho construir en España para facilitar los trasportes de los productos del interior á las embocaduras de los rios.

Cuando Augusto se vió señor del mundo, queriendo saber cuántos hombres tenia sometidos á su autoridad, mandó hacer un empadronamiento general en todo el imperio. Haciase esta operacion en la Palestina como provincia tributaria de Roma. Entonces fué cuando al ir María, esposa de José, artesano de Galilea, á inscribir su nombre en Belen, nació en un humilde establo el que habia de redimir al género humano, el Salvador de los hombres, Jesucristo, hijo de Dios. Cumpliéronse, pues, en el reinado de Augusto César los tiempos anunciados por los profetas, y vino al mundo el gran regenerador de la humanidad, el que la habia de colocar en el verdadero camino de la civilizacion, el que habia de darle la verdadera libertad. Sin embargo, este acontecimiento, el mayor que han presenciado los siglos, pasaba en un apartado rincon de la Judéa, sin que apenas se apercibieran por entonces los hombres de un suceso que habia de cambiar la condicion moral del universo. Augusto, que entre otros medios de inmortalizarse habia discurrido el de dejar consignado su nombre en la cuenta de los tiem-

emperador. Solicitó una audiencia. Otorgósela Augusto, y despues de haber prometido que si le indultaba viviria honradamente el resto de su vida, concluyó reclamando para sí el premio ofrecido al que le presentára vivo ó muerto, puesto que se presentaba él mismo. Concedióselo todo Augusto, encantado de la singular franqueza del célebre salteador. Los antiguos historiadores latinos, y los modernos historiadores estrangeros se muestran maravillados del carácter, resolucion y grandeza de ánimo de aquel hombre. A los españoles no nos sorprende, porque no son raros en nuestro pais los ejemplos de esta índole en hombres que adoptan el género de vida que hacia Caracota. Dion. Cas. l. LVI.

(1) Segun Estrabon, las lanas de España eran las mas apreciadas; se llegó á pagar un talento de oro por un carnero de raza española, y en Roma se daba el nombre de *color spanus* al color negro que distinguia á las lanas de España. Strab. lib. III. l. c.

pos, poniéndole á uno de los meses del calendario romano (1), ni siquiera imaginaba que existia en los dominios de su imperio el hombre cuyo nacimiento habia de servir de base á una nueva cronologia á que se habian de ajustar todos los cómputos en lo sucesivo (2).

Aunque no faltaron en los postreros años del reinado de Augusto alteraciones y guerras en diversas provincias del imperio, mantúvose España sosegada y en paz hasta su muerte, acaecida en Nola, ciudad de la Campania, á los setenta y tres años de su edad, y á los catorce de J. C. Dijose de él que nunca hubiera debido nacer, ó que nunca hubiera debido morir. Creemos sin embargo que el mundo ganó algo con su vida, y perdió mucho con su muerte.

Sus sucesores parecian como escogidos para acreditar que si Augusto habia sido usurpador y tirano, era el menos perverso de los tiranos y usurpadores. Si es cierto que al designar por sucesor á Tiberio, tuvo el pensamiento de que la tirania de éste hiciera resaltar la moderacion suya, logrólo cumplidamente, pero la posteridad no le perdonaría el haber sacrificado la humanidad á un goce de criminal egoismo.

Tiberio, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial, tuvo la habilidad de engañar los primeros años al mundo que acababa de heredar. Afectando una modestia loable, fingió rehusar el imperio como una carga superior á las fuerzas de un hombre solo, y aunque concluyó por admitirle, fué aparentando hacerlo como con repugnancia y de mal grado. Mostraba gran deferencia y respeto á los cónsules y senadores; eri-

(1) Se mudó el nombre de *Séxtilis* (llamado así hasta entonces por corresponder al sesto mes del año romano), en el de *Augustus* (agosto), como antes se habia mudado el de *Quintilis* en *Julius* (Julio), en honor de Julio César.

(2) Mucho pudiera decirse sobre la variedad que hay entre los cronologistas en lo de ajustar el año del nacimiento de Cristo con el de los periodos y épocas de la creacion del mundo, de la fundacion de Roma, del reinado de Augusto, de la era vulgar, etc., variando respecto al primero desde el 4000 al 4005, en el segundo desde el 747 al 753 ó 54, en el tercero desde el 39 al 44, en el cuarto desde el 4 al 6, y lo mismo respecto á las Olimpiadas, al periodo Juliano, y asi de los demas. Mas aunque los mas hábiles cronologistas de los últimos siglos hayan casi unánimemente convenido en que la era de que nosotros nos servimos, desde que la adoptó Dionisio el Pequeño y con él la iglesia latina, es cuatro años posterior al nacimiento del Salvador, de modo que en rigor el año 1850 deberia contarse 1854, seguida ya universalmente la era vulgar, no es posible separarse de ella, como dicen los autores del *Arte de concordar las fechas, L'art de verifier les dates*, y es la que como ellos seguimos nosotros. No obstante, para poder entender los autores que han seguido otro sistema cronológico y concertarlos entre sí y con los nuestros, pueden consultarse las estensas y curiosas noticias que sobre este importante asunto se encuentran en el prefacio y en la disertacion sobre las fechas cronológicas de dicha obra *L' art de verifier les dates*, asi como en la *Clave Historial* de Florez, pág 16, y en el tomo IV. de su España Sagrada, pág. 494.

gióse en reformador de las costumbres públicas; manifestábase enemigo de las delaciones, y negábase á castigar las sátiras que contra él se publicaban, diciendo que en un estado libre debian serlo tambien el pensamiento y la palabra. Creyéronse sinceras su moderacion y su dulzura. Pero luego arrojó la máscara, y el hombre moderado y dulce apareció en toda su desnudez el déspota y el malvado. Horroriza leer en Tácito y en Suetonio el catálogo de asesinatos y de crímenes que en este doble concepto ejecutó, bien por sí, bien sirviéndose del senado como de un fácil instrumento, bien con ayuda de su privado y consejero, el infame Sejano. Su misma madre Livia, á quien debia el trono, no se eximió de probar su ingratitud; y su esposa Julia, la hija de Augusto, vióse reducida á morir de hambre. Estraños y deudos, á todos alcanzaba su crueldad calculada y fria.

Habia cierto legatario suyo usado la chanza de decir á un muerto: «*ve á decir á Augusto que aun no se ha ejecutado su última voluntad.*» Súpolo Tiberio y mandó degollarle, diciéndole con impasibilidad horrible: «*así podrás llevar tú mismo á Augusto noticias mas recientes y exactas.*» Tal fué la ferocidad que desplegó, y tal lo que gozaba con los suplicios, que si alguno por sustraerse á ellos se daba á sí mismo la muerte, exclamaba; «*ese se me ha escapado*;» así sucedió con Carnucio. El sistema de delaciones que al principio habia fingido aborrecer, fué despues objeto de premios y recompensas, y le convirtió en medio ordinario de gobierno. Premiados los delatores, pululaban los espías; llovian cada dia acusaciones; esclavos, ciudadanos, senadores, todos se daban prisa á denunciar á otros, como único medio de libertarse á sí propios. Nadie se atrevía á hablar, pero el silencio mismo se representaba como sospechoso; no era lícito ni alegrarse ni entristecerse, porque la alegría era tomada como la esperanza de alteraciones que se fraguaban en el estado; la tristeza se traducia por descontento del emperador. Se suprimió hasta la libertad de pensar, se condenaba por supuestas intenciones, y se prohibia lamentar la suerte de las víctimas. ¡Desgraciado el que dijera una palabra en elogio de Augusto! Elogiar á Augusto era despreciar á Tiberio, y se castigaba como crímen de estado. Una espresion, un gesto, un signo bastaba para condenar á muerte un hombre.

Con pretesto de lamentar que el pueblo abandonára sus ocupaciones para asistir á los comicios, le arrancó el derecho de elegir sus magistrados y de sancionar las leyes, y trasmitió estas prerogativas al senado, de quien disponia á su antojo, hasta el punto de disgustarle ya tanta humillacion y tanta bajeza como veia en los senadores. Así acabó la intervencion del pueblo en los negocios de la república, ó por mejor decir, la república dejó de

existir definitivamente. Habia hecho Augusto una ley estableciendo penas contra los que ofendieran la magestad del pueblo romano. Tiberio aplicó esta ley á los que le ofendian á él como representante del pueblo, y tomó de ella ocasion para consumar mil asesinatos legales. En verdad el pueblo moralmente no existia, y Tiberio fué el primero que se atrevió á decir sin rebozo: *el estado soy yo*: espresion que reproducida siglos adelante en boca de un esclarecido monarca, adquirió una celebridad histórica que aun dura en nuestros dias. ¡Y sin embargo humeaba el incienso en los altares de la corrompida y degenerada Roma en honor de Tiberio!

Natural era que los prefectos y delegados de las provincias fueran dignos mandatarios de tal emperador. Condujéronse como tales en la Peninsula Vivio Sereno y Lucio Pison, el primero en la Bética, en la Tarraconense el segundo. España demostró todavía, que aunque oprimida y sujeta, no toleraba ni las depredaciones ni el despotismo, y se insurreccionó en gran parte contra los dos prefectos. Los españoles, con mas dignidad que los romanos, no depusieron las armas hasta que el senado decretó la separacion de Vivio, y prometió hacerles justicia. Puede juzgarse cuáles y cuántas serian las demasías y excesos de aquel pretor, cuando el senado, tal como era ya entonces, oidas las querellas y acusaciones que le elevaron los de la Bética, no pudo dejar de desterrar á Vivio á una de las islas del mar Egéo. No era menos culpable Lucio Pison, pero siendo provincia imperial la Tarraconense, no quiso Tiberio castigar al prevaricador, antes bien le mantuvo en su empleo. Semejante impunidad irritó de tal manera á un labrador de Termes, que haciéndose intérprete de la indignacion de sus compatricios, acometió un dia al prefecto y le dió muerte por su mano. Preso aquel español y puesto á tormento para que declarára sus cómplices, respondió con admirable firmeza que *su único cómplice era la abominable conducta de Pison*. Cuando le llevaban al suplicio, se desasió de repente de sus conductores y se estrelló de propósito la cabeza contra una piedra (1).

Aunque aislado el hecho de este vengador rústico, fué bastante para que deduciendo el emperador la antipatía con que se miraba en España á sus prefectos, hiciera sentir su tiranía y descargára el peso de su ira sobre las cabezas de los españoles mas ilustres. Entre ellos fué víctima de su saña Sexto Mario, avecindado en Roma, hombre de gran fortuna, y en cuya hija, notable por su hermosura, habia puesto Tiberio sus torpes y lascivos ojos, como queria poner su avara mano en la caja de las riquezas del padre. No viendo medio de lograr ni lo uno ni lo otro, hizo que se acusára al padre del

(1) Tac. Ann. l. IV., c. 41.

delito de incesto con su hija. Nada mas fácil al emperador que probar todo lo que se proponia. Ambos fueron arrojados de lo alto de la roca Tarpeya, y Tiberio se apoderó inmediatamente de todo el oro de aquel desgraciado (1).

Era menester que bajo el imperio de este tirano se cometiera el mayor desafuero, y la mas negra ingratitud que ha manchado las páginas de la historia de la humanidad. Era menester que el que habia venido á salvar á los hombres y á predicar una religion de caridad, fuera sacrificado por el que ejercia la autoridad en nombre de Tiberio en el pueblo escogido por Dios. En el año 19 del reinado de Tiberio se verificó el gran suceso de la muerte y pasion de nuestro redentor Jesucristo (33). «Del pié de la cruz en que fue clavado por la ingratitud y ceguedad de los hombres partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desnudos, á predicar por el mundo la doctrina de la salud, y á derramar por las naciones las semillas de la verdadera civilizacion que habia de cambiar la faz del universo (2).»

Cuatro años mas tarde (37) acabó Tiberio la vida de desórdenes con que habia escandalizado al mundo.

«¡*Pluguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera una sola cabeza para derribarla de un solo tajo*!» Esto decia en una ocasion el sucesor de Tiberio Cayo Calígula, llamado asi de cierto calzado militar (*caliga*) que usaba. Bastaria esta brutal espresion para calcular la bárbara ferocidad del nuevo emperador romano. Propio era esto de quien cerraba los graneros públicos por el placer de ver al pueblo morir de hambre; de quien decia á la muger que amaba: *Me parece muy hermosa tu cabeza, y sobre todo cuando pienso que á la mas leve indicacion mia la podria hacer rodar á mis pies.* Instintos tan sanguinarios y feroces solo pueden esplicarse por el estado de desarreglo y de delirio en que debia encontrarse su cerebro: y si de estar desjuiciado no hubiera dado mil pruebas, con todo género de estravagancias, sobrára la ridícula insensatez de hacer para su caballo cuadras de mármol, pesebres de marfil, ronzales de perlas y mantas de púrpura; de darle á comer avena dorada, de ponerle á su mesa, de incorporarle en el colegio de sus sacerdotes, y de designarle para cónsul. ¡Y los envilecidos romanos obedecian á este loco! Un español llamado Emilio Régulo quiso librar á la tierra de este mónstruo imperial, pero descubierta la conspiracion, fué Régulo condenado á muerte. Al fin la espada de Casio Cheréas, tribuno de los pretorianos, ejecutó lo que aquel no habia podido conseguir (41).

Pero al desjuiciado Calígula sucedió el imbécil Claudio su tio, el digno

(1) Ib. lib. VI.

(2) Chateaub. Etud. Historiq.

esposo de la célebre prostituta Mesalina, cuyas obscenidades y desarreglos no abochornaban á Roma que las presenciaba y ruborizan á la posteridad que las recuerda. Comprenderíamos que Roma hubiera sufrido la imbecilidad de Claudio, si hubiese sido una imbecilidad inofensiva; que hubiera tolerado el destierro de Séneca de parte de quien tenia pretensiones de pasar por sábio, cuando su misma madre para calificar á un hombre de necio solia decir: *es bestia como mi hijo Claudio*; que se burláran de él los tribunales á que tenia la manía de asistir; pero no se comprende que se sufriera á un imbécil que llevaba al suplicio á treinta y cinco senadores, á trescientos caballeros romanos, y á gran número de mugeres de las principales familias, y que por no tomarse el trabajo de pronunciar una sentencia indicaba con un gesto su voluntad de que un hombre fuera degollado. Y sin embargo á este hombre no solo le obedecia la ciudad del Capitolio, sino que se denunciaba y castigaba á los que ofendieran su *magestad*, habiendo llegado á ser en su tiempo el oficio de denunciador, uno de los mas lucrativos. Y lo que es mas, seducidos los españoles por una ley de Claudio, en que se mandaba que los gobernadores de provincias hubieran de pasar un año en Roma antes de poder ser reelegidos, á fin de que los pueblos tuvieran tiempo para exponer las quejas á que hubieran dado lugar, por mas que esta ley quedara sin ejecucion como tantas otras, tuvieron la debilidad de levantarle estátuas; que así iba contagiando á España el espíritu servil y adulador de los romanos.

Por fortuna no era esto solo lo que tomaban de sus dominadores. Las semillas literarias que Augusto habia sembrado en España no habian caido en tierra estéril, y producian ya sus frutos. Florecian unos y comenzaban á distinguirse otros españoles, como oradores, como filósofos, como poetas y como hombres científicos. Séneca, Sextilio Ena, Marco Porcio Latron, Moderato Columela, Pomponio Mela, Turanio Gracil, y otros españoles, de cuyos escritos nos ocuparemos mas adelante, brillaban en Roma precisamente cuando las ciencias y la literatura latina habian venido á precipitada decadencia como las costumbres. Aunque algunos de ellos no dejaron de participar de la baja adulacion que entonces parecia estar en boga, no por eso se libraron de la persecucion de unos emperadores que tenian la insensata presuncion de pasar por sábios, y no sufrian á los que lo eran mas que ellos.

Murió Claudio (54), envenenado, á lo que se cree, por su segunda muger Agripina, y le sucedió Neron, cuyo nombre parece haber alcanzado el privilegio de servir para designar á los hombres tiranos y feroces. Comenzó no obstante á gobernar con dulzura como Tiberio, declarando que se proponia seguir las huellas del divino Augusto. Y las siguió en un principio. Al oirle decir cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte: *Quisiera no*

saber escribir. ¿quién no le tendria por clemente? Cuando al decretarle el senado estátuas de oro y plata dijo: *Que aguarden á que las merezca*, ¿quién no elogiaba su modestia? Eran entonces sus maestros Afranio Burrho, gefe del pretorio, y el español Anneo Séneca, el filósofo, aquél en lo relativo al arte militar, y éste en la moral y elocuencia. Habia querido Agripina, madre de Neron, aprovechándose de la corta edad de su hijo, gobernar á su arbitrio el imperio; Séneca cortó el pernicioso influjo de aquella muger ambiciosa, de que murmuraba ya y se quejaba el pueblo (1). ¿Por qué no empleó la misma energía con su augusto discípulo cuando le veia despues despeñarse por la senda de los crímenes? Pero el moralista que encontró medio de evitar un incesto entre el imperial alumno y su impúdica madre, no le halló para impedir que el emperador expidiera sicarios para que matasen á aquella misma madre, y que les dijera: *abrid aquel vientre que ha llevado á Neron*, y que se recreára después en examinar su cadáver y en analizar sus formas; antes escribió al senado justificando en lo posible el bárbaro parricidio.

Habia alcanzado á Séneca el contagio de la corrupcion, y sus obras no iban en consonancia con sus escritos. Escribia contra la lisonja, y adulaba al hombre mas perverso: declamaba contra la avaricia y ejercia la usura; acriminaba el lujo, y poseia quinientas mesas de limonero con pies de marfil que valian una fortuna. Si no pudo apartar á Neron del camino del crimen, fué por lo menos débil en no abandonarle cuando le vió encenagado en los vicios. Triste recompensa recibió el filósofo estóico del hombre á quien habia lisonjeado. Cansado de él el emperador, le condenó á muerte, suponiéndole cómplice en la conjuracion de Pison; dióle á escoger el género de muerte que mas gustase: Séneca se abrió las venas, y acabó con la entereza del estoicismo una vida sobre la que pesaban flaquezas indisculpables. Aconteció otro tanto con el poeta Lucano, su sobrino, y con Junio Gallion, su hermano. Familia española tan desgraciada como ilustre.

Por estragadas que estuvieran las costumbres en la corrompida Roma, podria, si se quiere, mirarse sin indignacion el desenfreno de las pasiones personales de los emperadores, en que sus mismos súbditos se apresuraban á imitarlos, asi como ciertos caprichos pueriles, hijos, ó de la estupidez ó de la presuncion. Pero el placer feroz que Neron quiso darse de poner fuego á la ciudad eterna, de ver cómo se abrasaban sus cuarteles, de gozar en el incendio, y de cantar al son de la cítara la destruccion de Troya á la luz de las llamas, no era posible que dejára de indignar á los romanos por prostituidos que estuviesen.

(1) Dion Cas. lib. LXI.

De España partió el golpe que habia de libertar al mundo de aquel odioso incendiario.

Hallábase de pretor en la Tarraconense Servio Sulpicio Galba, donde se habia hecho querer de los naturales por la severidad con que castigaba á los que empleaban malos medios para enriquecerse: habia mandado crucificar á un tutor que envenenó á su pupilo para apoderarse de su hacienda: á un administrador á quien se probó falta de pureza en el manejo de los caudales mandó cortarle las manos y clavarlas en la mesa: terrible rigidez, pero acaso necesaria en el estado á que habia llegado la desmoralizacion. Antiguo consular, y anciano de mas de setenta años, ni siquiera soñaba Galba en reemplazar á Neron, cuando le fué propuesto por Julio Vindex, simple propretor de la Galia. Irresoluto se mostró Galba á pesar de verse proclamado por la tropa y el pueblo, y de habérsele adherido Othon que gobernaba la Lusitania. Un acontecimiento inesperado vino á alentar su timidez. Hallábase retirado en Clunia (Coruña del Conde), cuando supo que Neron, objeto ya de la execracion pública, insultado y maldecido por todos, perseguido por los soldados de la guardia pretoriana, habia puesto término por su misma mano á su abominable existencia en una casa de recreo cerca de Roma (1). Galba entonces partió á tomar posesion del imperio (68). La proclamacion de Galba, dice Tácito, descubrió el peligroso secreto de que podia elegirse emperador fuera de Roma (2).

Galba hubiera pasado por el mejor emperador posible, si no hubiera llegado á serlo. Pero el emperador romano estuvo lejos de ser el gobernador de la Tarraconense. Rodeado de tres oscuros aduladores que el pueblo llamaba sus pedagogos, ejecutó crueldades que debieron el no parecer mayores á estar tan reciente la memoria de las de Neron. España que tanto habia contribuido á su elevacion, fué tratada con ingratitud, gravada con exorbitantes impuestos, y condenados á muerte muchos de los que le habian servido de escala para subir al poder. Condújose lo mismo con los pretorianos que le allanaron el camino del trono. Cuando se le presentaron á reclamar la recompensa ofrecida, les contestó: *yo elijo mis soldados, no los compro*. Palabras dignas de un emperador, si este emperador no fuese el mismo que habia querido comprarlos. No faltó quien lo hiciera, ya que él les habia enseñado que podian ven-

(1) Neron habia hecho abrir á su presencia el hoyo que le habia de servir de sepulcro. Al oir el ruido de los pretorianos que iban en su busca, acarició la hoja de su puñal, recitó algunos versos de Homero, y clavósele diciendo: *¡qué artista va á perder el mundo!* Sabido es que entre otras flaquezas tenia Neron la de creerse eminente en la poesía, en la música y en el arte de guiar un carro.

(2) *Evulgato imperii arcano principem alibi quam Romæ fieri*. Tac. Hist. l. IV.

[illegible] Creyéndose tambien Othon mal correspondido, aquel mismo Othon que siendo gobernador de la Lusitania puso á disposicion de Galba sus tropas, y aun le regaló su rica vajilla para que la convirtiera en moneda, sedujo aquellos mismos soldados, y con ellos asesinó á Galba en la plaza pública. El septuagenario emperador alargó el cuello á los asesinos diciéndoles: *Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano.* No desarmaron estas palabras á los soldados, que se cuidaban poco de que su muerte fuese ó no útil al pueblo. Imperó Galba siete meses.

Proclamado Othon emperador, pueblo y soldados, caballeros y senadores fueron con humilde bajeza á besarle la mano, y á prodigarle títulos y honores. Othon tuvo presente que en España habia comenzado su engrandecimiento y quiso engrandecerla tambien, agregando á la Bética las costas de Africa bajo el nombre de *Hispania Tingitana.*

Entretanto, habiendo aprendido los soldados que ellos eran los que hacian emperadores, quisieron los de Germania á ejemplo de los de España tener tambien su emperador y nombraron á Vitelio. Othon se suicidó. Una noche se acostó diciendo: *Añadamos esta noche mas á nuestra vida.* Colocó dos puñales debajo de la almohada, y á la mañana siguiente hallóse solo un cadáver en su lecho.

Vitelio solamente se hizo notable por su glotonería. Hasta repugnantes son las descripciones que se hacen de sus comidas y banquetes, y de los medios que empleaba para escitar su estragado apetito. Poco le duró tambien aquella vida de brutales deleites. A ejemplo de los ejércitos de España, de las Galias y de la Germania, las legiones de Oriente habian proclamado á Vespasiano. Los parciales de uno y otro llegaron á pelear dentro de la misma Roma. Vitelio se escondió en un lugar inmundo de su propio palacio, acompañado de su cocinero y su panadero, dignos secuaces de tal emperador. Sacáronle de allí los soldados, y entretuviéronse en pasearle todo lo largo de la Via-Sacra, con una soga al cuello, las manos atadas á la espalda, y desgarrados los vestidos, entre la gritería de la muchedumbre, que ya le arrojaba inmundícias, ya le llamaba á voces ébrio y gloton, á cuyos ultrages respondia él: *A pesar de todo he sido emperador vuestro.* Quitáronle luego la vida, y despues de pasear su cabeza clavada en una pica arrojaron su cuerpo al Tiber (69). A tal degradacion habia venido en poco tiempo la dignidad imperial. Iban ya ocho emperadores, y los seis habian muerto desastrosamente. ¡Desgraciada Roma, y desgraciada España, que seguia su suerte!

Afortunadamente, tras de tantos vicios, tras de tanta corrupcion y desórden, vino un periodo de reposo y de consuelo al mundo. Trájolo Flavio Vespasiano, el único que al revés de todos los que le habian precedido, se

hizo mejor desde que ascendió al trono. Indiferente, y aun desafecto á los títulos pomposos, modesto y sencillo en sus costumbres, él mismo hablaba muchas veces de su humilde nacimiento; enemigo de derramar sangre humana, lloraba cada vez que se veia en la necesidad de pronunciar una sentencia de muerte. España se habia pronunciado por su partido, y mas agradecido que Galba, la remuneró concediendo á los españoles los derechos latinos. Reconocidas á esta honra muchas ciudades tomaron el nombre de *Flavias*, como en otro tiempo habian tomado el de *Julias* ó *Augustas*. De este número fueron *Flaviobriga*, *Aquæ Flaviæ*, *Iria Flavia*, *Flavium Brigantinum*, y otras muchas que pueden verse en nuestro catálogo. Debióle tambien España la construccion de varios caminos, puentes y monumentos públicos. Y no falta quien suponga obra suya una de las mas maravillosas que en España se conservan, y que por la grandiosidad de sus proporciones y por las dificultades vencidas para su ejecucion, escita el asombro de cuantos la visitan: hablamos del famoso acueducto de Segovia, que los mas, aunque sin fundamento seguro en que apoyarse, atribuyen á Trajano (1).

Uno de los mas bellos presentes que Vespasiano hizo á España, fué haber enviado en calidad de cuestor á esta provincia á Plinio el Mayor, que no solo desempeñó con celo sus funciones como procurador de la hacienda imperial, sino que hizo grandes mejoras en la Bética, visitó una gran parte de España, y estudiando á fondo sus diferentes climas y paises, recogió en ellos abundantes materiales para su historia natural. Hizo ademas relaciones de amistad con los españoles mas distinguidos, con los cuales siguió despues correspondencia desde Roma, no perdiendo nunca su aficion á España.

Realizóse en el reinado de Vespasiano una de las grandes profecías de los divinos libros, la destruccion del templo de Jerusalen y la dispersion de los judíos por todas las naciones de la tierra: terrible expiacion impuesta á un crímen sin ejemplo. Su mismo hijo Tito, tan celebrado despues por su piedad y dulzura fué el que recibió la triste mision de destruir el templo y la ciudad y no dejar piedra sobre piedra. Fué éste uno de aquellos grandes y terribles acaecimientos que forman época en los siglos, y que se imprimen indeleblemente en la historia del linage humano. Millon y medio de israelitas perecieron en aquella célebre guerra; noventa y siete mil fueron hechos cautivos (2). Tito no pudo reprimir el llanto, al contemplar

(1) Pueden verse sobre esto la *Disertacion histórica* sobre el acueducto y otras antiguedades de Segovia, de Somorostro.

(2) Justo Lipsio enumera detalladamente los que murieron en cada punto.—Joseph. de Bell. Jud. lib. VII.

el miserable estado de Jerusalen, atestada de cadáveres y convertida en ruinas. Los que quedaron con vida se diseminaron sobre toda la haz de la tierra, en cumplimiento de la terrible profecía. La Judea dejó de existir como nacion, y España recogió en su seno una parte de aquellos fugitivos, que aunque perseguidos y anatematizados, habian no obstante de constituir una gran parte de su poblacion por muchos siglos. Créese que se les señaló por primer asiento la ciudad de Mérida.

España conservó por mucho tiempo gratos recuerdos de Vespasiano (1). Murió este emperador el año 79, dejando por sucesor á su hijo Tito, que aun aventajó á su padre en virtudes, y á quien los españoles llamaron *las delicias del género humano* (2). Eralo realmente el hombre que profesaba la máxima de que *nadie debia salir apesadumbrado de la presencia del príncipe*; el que si se acordaba de noche de no haber dispensado algun beneficio desde la mañana, esclamaba pesaroso; *He perdido el dia*; el que al aceptar el pontificado declaró que desde aquel momento se conservaria puro de toda efusion de sangre; el que no permitia que se denunciára á nadie por haber hablado mal de su persona; él que fulminó nota de infamia contra los jueces venales y contra los gobernadores concusionarios; el que prohibió á los ca-

(1) En el reinado de Cárlos V., un paisano de las cercanías de Cañete la Real (el historiador Romey la nombra equivocadamente por dos veces Canta la Real), descubrió una plancha de bronce con un curiosísimo rescripto de Vespasiano, que por lo interesante vamos á copiar traducido. Decia así: «Cesar Vespasiano, Augusto, pontífice má«ximo, investido por la octava vez del poder «tribunicio, de la autoridad imperial por la «décima octava, cónsul ocho veces, saluda «á los *cuatuorviros* y á los *decuriones* de «Sabora. Vista la esposicion que me habeis «hecho de las dificultades y apuros que os «agovian, os permito edificar la ciudad en la «llanura bajo mi nombre, como lo deseais. «Mantengo los tributos que decis habeis re«cibido del emperador Augusto. Para todos «los demas que querais percibir de nuevo «tendreis que presentaros al procónsul: no «quiero establecer nada en este género sin «que sean oidos los interesados. He recibido «vuestra peticion el octavo dia de las calen«das de agosto. He despachado vuestros di«putados al tercero. Pasadlo bien.—Hecha «grabar en bronce por la solicitud de los «duumviros C. Cornelio Severo y M. Septi«mio Severo, por cuenta del peculio público.»

Se ve aquí al emperador respondiendo desde la altura de su trono á la reclamacion de un pueblo de España: se ve la brevedad con que la despachó, dando en esto ejemplo de actividad á los príncipes: el respeto á los privilegios concedidos por Augusto: su benevolencia hácia los magistrados de Sabora en creerles sobre su dicho, *quæ accepisse dicitis*: que habia en España ciudades *stipendiatæ*, esto es, que cobraban impuestos, y que una de ellas era Sabora: que para aumentar la cuota de estos tributos ó exigir otros de nuevo, el emperador queria que se oyera antes al procónsul y á los interesados.

Estrañamos por lo mismo que el P. Mariana, al referirse á esta inscripcion, se contente con decir que no le pareció ponerla, «ni en latin, porque no la entenderian todos, ni en romance, porque perderia mucho de su gracia. En nuestra historia latina, añade, la hallará quien gustare de estas antiguallas.»

(2) *Humani generis amor et desiderium etiam vivus*: decia una inscripcion conservada en Mérida.

balleros hacer el papel de histriones y degradó á un senador por haber bailado; el que reprimió la licencia pública, é hizo todo lo posible por restablecer la decencia de las costumbres.

La corta duracion de su reinado no dejó tiempo ni á España ni á la humanidad de probar todos los efectos de la justicia y de la bondad de este príncipe. Pero la paz que gozaba le permitia entregarse á la cultura de las letras y de las artes, y á las dulzuras de la vida social. Poco mas de dos años disfrutó el mundo de la felicidad con que comenzaba á regalarle este benéfico príncipe (81).

Parece que la Providencia quiso mostrar á la especie humana que aun no merecia príncipes tan buenos, y la castigó enviándole un Domiciano, que mas que de la familia Flavia y hermano de Tito, parecia de la raza de los Claudios y hermano de Neron. Jamás hubo hermanos mas desemejantes que Tito y Domiciano. No cedió Domiciano ni en crueldad, ni en desenfreno, ni en tiranía á ninguno de sus predecesores. Mataba por complacencia, y derramaba sangre por deleite. España volvió á sufrir las vejaciones y despojos de los gobernadores romanos: pero tambien tenia defensores celosos. Acusado un procónsul por sus rapiñas ante los tribunales, y llevada la causa á Roma, abogaron en favor de los españoles Plinio el Jóven y Herennio Senecion, natural de la Bética, é hiciéronlo con tanto ardor y tales eran los excesos del acusado, que aun imperando un Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

Neron habia dado el primer edicto de persecucion contra los cristianos; Domiciano dió el segundo. Confundia con los cristianos á los matemáticos y filósofos, y los desterró á todos de Roma.

Domiciano murió como morian los tiranos, y su muerte fué mirada como una felicidad para los pueblos (96). El senado decretó que su nombre fuera borrado de todos los monumentos públicos. Fué el último de los emperadores designados con el nombre de *los doce Césares.*

Sucedióle el anciano Nerva. ¡Lástima que su edad no le permitiera dar al mundo mas años de felicidad y de justicia! Nerva abolió el crímen de lesa magestad aplicado á los emperadores por Tiberio, castigó á los delatores, dotó á España de magistrados sábios, embelleció á Córdoba con soberbios edificios, é hizo al morir el mayor beneficio que pudiera hacer á España, el de darle por emperador á un español, al insigne Trajano (98)

CAPITULO II.

DESDE TRAJANO HASTA MARCO AURELIO,

De 98 á 180 de J. C.

Un español es el primer emperador estrangero que ocupa el trono romano.—Cualidades de Trajano.—Sus defectos. Sus grandes virtudes.—Sus triunfos militares.—Columna Trajana.—Erige en España magníficos monumentos.—Famoso puente de Alcántara.—Justicia que hace el senado á los españoles.—Adriano emperador, español tambien.—Vasta ilustracion literaria, científica y artística de Adriano.—Sus vicios.—Visita personalmente todas las provincias del imperio.—Viene á España.—Asamblea en Tarragona.—Independencia de los diputados españoles.—Esterminio de los judios.—Feliz reinado de Antonino Pio.—Marco Aurelio el Filósofo, oriundo de España.—Grandeza y bondad de este príncipe.—Primeras irrupciones de los bárbaros del Norte.—Punto culminante del imperio romano.

Roma, aquel centro de corrupcion y de desórden que se llamaba la capital del mundo, no tenia ya emperadores que dar que no fuesen déspotas y corrompidos. Pero habia una provincia que estaba siendo nuevo plantel de grandes hombres, y allí se encontró el mas digno de ceñir la diadema imperial. Esta provincia era España.

El viejo Nerva, en cuya cabeza encanecida estaban amortiguadas todas las pasiones menos el amor de la patria, habia adoptado por hijo á Trajano, natural de Itálica, y quiso hacer el mayor bien posible al imperio y á la humanidad, dejándole por sucesor suyo. Asi España puede blasonar de haber sido la primera que dió á Roma un emperador estrangero. Pero aun sería escasa gloria, si este emperador no hubiese sido el que mereció el dictado de *óptimo príncipe*, que ninguno antes que él habia obtenido. Verdad es que Trajano tenia ya en su favor, mas que el testamento de Nerva, sus grandes y nobles cualidades para ejercer dignamente la soberanía imperial. No es que faltáran á Traiano flaquezas y vicios como hombre pri-

vado: afeábasele su pasion al vino y á las mugeres: pero la sombra de sus malos hábitos como particular desaparecia ante el brillo de sus virtudes como hombre público: bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Hallábase el español ilustre en Colonia cuando fué aclamado emperador (99). Partió á Roma, donde hizo su entrada pública como un padre en medio de sus hijos. Marchaba á pie, al modo que habia marchado siempre en las guerras de la Germania, confundiéndose con los simples soldados, como se confundia ahora entre la muchedumbre que se aglomeraba á saludarle y bendecirle. Asi continuó siempre, sin que las lanzas de su guardia tuvieran que abrirle paso por entre las masas de un pueblo que le adoraba.

Trajano no necesitaba de estátuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce; mas aunque las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salian de las bocas de sus gobernados, gustábale ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario*; flaquezas de que no suelen librarse los mas grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas. Cuando algunos le tachaban de pródigo en sus larguezas, en las sumas que destinaba al socorro de los pobres y á la educacion de sus hijos, daba por toda respuesta: *Quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querría que hiciese un emperador.* Dedicóse á curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esa espada*, le dijo al prefecto del pretorío; *esgrímela en favor mio si cumplo con mi deber, en contra si á él faltase.* Propendiendo siempre en la administracion de justicia á la indulgencia y á los sentimientos humanitarios, *prefiero*, decia, *la impunidad de cien culpables á la condenacion de un solo inocente.*

Menos instruido que vigoroso y enérgico (1), distinguióse su reinado por un carácter belicoso que habia faltado á los de sus antecesores. Triunfó en la Dacia, subyugó la Asiria, combatió á los parthos, venció varios reyes, llegaron sus éjércitos hasta la India, y para monumento perpétuo de sus victorias se erigió en Roma la famosa *columna Trajana* formando para ello una plaza magnífica en terreno que antes ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro pies: su inauguracion se solemnizó con espectáculos que du-

(1) No sabemos de dónde pudo sacar Mariana que Trajano fué discipulo de Plutarco, no hallándose noticia de ello en ningun autor antiguo. La carta del filósofo al emperador á que él se refiere, tiénese por apócrifa. De la escasa instruccion de Trajano da testimonio Juliano, y á ella atribuye el que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

raron ciento veinte y tres dias, y en que murieron mas de mil fieras. Llegó con él al apogeo de su grandeza el imperio romano.

El pais natal de aquel grande hombre no podia menos de ser especialmente favorecido. España, que no habia tomado parte en aquellas apartadas guerras, vió florecer las letras y las artes á la sombra de la paz y del gobierno paternal y protector de Trajano. Construyéronse caminos nuevos, reparáronse los antiguos, levantáronse edificios y monumentos soberbios, tales como la ostentosa columnata de Zalamea de la Serena, la grandiosa Torre den Barra en Cataluña, el Monte-Furado y la Torre de Hércules en Galicia, el circo de Itálica, y el magnífico y asombroso puente de Alcántara sobre el Tajo, no menos admirable que el que hizo construir sobre el Danubio (1).

Tambien esperimentaron los españoles que la justicia reinaba en el imperio de Trajano. Cecilio, procónsul de la Bética, se habia hecho odioso

(1) Entre las muchas y suntuosas obras con que Trajano enriqueció y embelleció á España es una de las mas sorprendentes (dado que el acueducto de Segovia no fuese obra suya tambien, como sospechan muchos) el puente de Alcántara que acabamos de citar. Puede verse su descripcion en el tomo del Viage de España de don Antonio Ponz correspondiente á Extremadura, en las notas de Sabau y Blanco á la historia de Mariana, tomo III, en el artículo ALCÁNTARA del Diccionario geográfico de Madoz, y en otros muchos lugares. Aqui se encuentran tambien las inscripciones, que antes habian copiado ya Florez en el tomo XIII de su España Sagrada, Morales en el lib. IX de las Inscripciones, Masdeu en el tomo VIII de su Historia Crítica, y muchos otros autores. Nosotros copiaremos solo traducida, por parecernos la mas importante, la de la capilla ó templo hoy de San Julian, que empieza TEMPLUM IN RUPE ETC.

«Este templo fabricado sobre una roca «del Tajo, está lleno de culto y veneracion «de los dioses y del César, y en él la gran«deza de la materia vence al primor del arte. «Por ventura dará cuidado á los pasageros, «que siempre gustan de cosas nuevas, saber «por quién y con qué fin se ha hecho. Sepan «pues que Lacer, que acabó este puente de «estraordinaria grandeza, hizo el templo pa«ra ofrecer el sacrificio á los dioses y tener«los propicios y favorables. Lacer, que hizo «el puente, dedicó tambien el templo, por«que ofreciendo dones á los dioses se apla«can y alcanza su favor. Lacer, insigne en «el arte divino de la arquitectura, hizo este «puente, que ha de durar por los siglos del «mundo: el mismo Lacer hizo el templo en «honra y reverencia de los dioses de Roma «y del César. ¡Dichoso uno y otro motivo de «este edificio sagrado! Cayo Julio Lacer hizo «y dedicó este templo con el favor de Curio «Lacon, natural de Idaña.»

Parece que no debe quedar duda de quien fué el arquitecto que dirigió el famoso puente: así como otras inscripciones espresan bien claramente haberse dedicado á Trajano —Sobre las *Antigüedades extremeñas* puede consultarse la obra moderna que con este título ha publicado el anticuario don José Viu.

Acerca del acueducto de Segovia se hallan minuciosas y muy apreciables noticias en la historia de Colmenares, y en la obra antes citada de Somorostro.

La naturaleza de nuestra historia no nos permite detenernos en las descripciones de la parte monumental, ni podemos ni nos proponemos hacer otra cosa que mencionar ó indicar las mas notables, en cuanto es necesario para dar idea del progreso ó decadencia de España en este punto. Los que deseen noticias mas circunstanciadas sobre esta materia, pueden consultar las obras arqueológicas y artísticas que de propósito la tratan.

y criminal por su tiranía y sus depredaciones. Las ciudades llevaron su acusacion al senado: sostuvo por segunda vez la causa española Plinio el Jóven: elocuente y vigorosa fué su oracion, los cargos graves, los capítulos de acusacion plenamente probados. Cecilio, temeroso de la sentencia, prefirió el suicidio al castigo que le aguardaba: el senado mandó restituir á los pueblos todos los bienes que les habian sido arrebatados ó injustamente confiscados; los cómplices del procónsul fueron condenados á largo destierro, y á la hija de éste dejáronsele solo los bienes que su padre poseia antes de ir á España. Plinio en esta ocasion (104) dió una nueva y brillante prueba de sus simpatías hácia los españoles, y estos le cobraron nueva aficion y cariño.

Sensible es que este príncipe, honor de España y del imperio, y que con tanta justicia mereció el renombre de *padre de la patria*, desmintiera su habitual dulzura con las persecuciones que ordenó contra los cristianos, cuyas doctrinas se iban propagando ya en aquel tiempo por el Occidente. Menester es no obstante advertir que la enemiga de algunos emperadores hácia los cristianos no nacia tanto en ciertas ocasiones de odio á sus creencias como de hacerles creer los pretores que eran peligrosos al estado, y de representárselos como miembros de asociaciones prohibidas por la ley.

Murió este gran príncipe en el año 117 de Cristo, despues de un reinado de diez y nueve años y medio. Sus cenizas fueron depositadas debajo de la columna Trajana destinada á recordar sus triunfos á la posteridad. Dos siglos y medio después, cuando los romanos saludaban á un nuevo emperador, le deseaban que aventajára en felicidad á Augusto y *en virtudes á Trajano* (1).

Otro español, Elio Adriano, deudo suyo, y oriundo de Itálica tambien, pasó á ocupar el trono imperial. A su entrada en Roma, honró la memoria de Trajano colocando su estátua sobre el carro triunfal. Era Adriano á la vez excelente artista y gran literato, aunque de mal gusto. Poseia conocimientos no comunes en matemáticas, en astrología, en cosmografía y medicina. Era orador y filósofo, gramático, arquitecto, músico, hábil pintor, y poeta griego y latino. Acompañaban á tanta ciencia virtudes muy recomendables; pero oscurecianlas grandes vicios. Era generoso, amigo de hacer justicia, y gustábale premiar el mérito, pero tachábasele de inconstante y caprichoso, y sus versos destilaban una voluptuosidad indigna de un príncipe, y descubrian una impudencia vergonzosa. Sin faltarle disposicion para la guerra, se mostró mas inclinado á las artes de la paz, y en su tiempo

(1) Eutrop. l. VIII.

comenzaron á cejar por primera vez las armas romanas y á retroceder los límites del imperio. Verdad es que como guerrero y como hombre de virtudes, se hubiera deslucido menos si no le hubiera tocado vivir entre un Trajano y un Antonino. Dícese que en el ejército marchaba á pie y con la cabeza desnuda, así por entre las nieves ó escarchas de los Alpes como por las ardientes arenas de Africa: singularidad no inverosímil en quien se hacia notar así por los caprichos de artista como por las rarezas de filósofo.

Llevado de la idea de que un emperador debia á semejanza del sol hacerse presente en todos los paises, visitó personalmente todas las provincias del imperio, en cuya excursion empleó once años (del 120 al 131). Siendo ya España una de las mas importantes, y siendo ademas su patria, no podia dejar de comprenderla en su visita. Reedificó en Tarragona el templo de Augusto erigido por Tiberio. Hallándose en aquella ciudad, paseando un dia solo por su jardin, se vió acometido por un hombre con una espada desnuda en la mano: el emperador, por medio de diestros movimientos pudo ir burlando los ataques del agresor hasta que acudió gente en su auxilio. Informado despues de que aquel hombre no tenia su juicio cabal, se opuso á que se le castigára y mandó entregarle á los médicos (122).

Allí convocó una asamblea de los representantes de las principales ciudades españolas. Todos acudieron, á escepcion de los de Itálica, que despreciaron el edicto, no sabemos por qué. Justamente resentido Adriano, en el viage triunfal que despues hizo por las provincias españolas pagó á Itálica su desaire, negándose á visitarla por mas instancias que para ello le hicieron. En la asamblea de Tarragona mostraron los diputados españoles una entereza y una independencia que pudiera servir de ejemplo para ulteriores tiempos. Aunque amante Adriano de la paz, necesitaba de numerosas legiones para guarnecer las vastas posesiones romanas, y pidió un nuevo contingente de hombres (123). Expusiéronle los diputados que no podian acceder á la demanda de un subsidio que privaria al pais de la flor de su juventud. No le valieron al emperador sus dotes oratorias para convencer de la necesidad del impuesto: á pesar de su elocuencia, el subsidio fué denegado. Obsequiáronle no obstante con grandes festejos en Tarragona. Desde allí emprendió su viage por las demas ciudades de la Península, las cuales se disputaban el honor de consagrarle medallas y de erigirle monumentos. En una inscripcion hallada en Munda se le llama *Emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dácico, Máximo, Británico, Sumo Pontífice, por segunda vez investido del poder tribunicio y del consulado, Padre de la patria.* De la misma medalla se deduce que hizo gracia á la provincia de un millon novecientos mil sextercios que debia, y que restableció á su costa la calzada

pública desde Munda á Cartima en una longitud de veinte mil pasos (1).

No se contentaba Adriano con proteger las letras y las artes liberales. Ocupóse tambien en la reforma del derecho civil, y publicó el *Edicto perpétuo*, tan célebre en la historia en la jurisprudencia: hizo leyes contra la corrupcion, y contra la barbarie con que se hacia el comercio de esclavos: prohibió los sacrificios humanos, y los establecimientos de baños comunes á los dos sexos, y realizó otras reformas saludables á la civilizacion y á la moral.

Consumóse bajo el imperio de Adriano la ruina nacional de los judíos. Cuando este emperador visitó la Judéa, hizo reedificar la ciudad de Jerusalen, pero prohibiendo la entrada á los judíos, que solo á fuerza de oro lograban el consuelo de ir á llorar sobre las ruinas de su patria. Habíalos ocupado el emperador en fabricar armas para sus tropas. Sirviéronse de ellas para insurreccionarse contra sus dominadores. Dirigíalos un tal Barcochebas, que se decia el Mesías, y á quien proclamaban el astro de Jacob. Horrible fué la mortandad que ejecutaron aquellos furiosos hebreos. Cerca de quinientos mil griegos fueron degollados en Cirene, en Chipre y en Egipto. Con bárbara ferocidad aserraban los cuerpos de las víctimas, devoraban sus carnes y bebian su sangre (2). Pero la espada romana se cebó á su vez en la sangre del ingrato pueblo hebreo (134). Sobre seiscientos mil israelitas recibieron la muerte: de los que quedaron vivos unos fueron vendidos en los mercados, otros pudieron huir, y algunos se refugiaron tambien á España, acreciendo el número de los que ya existian desde el tiempo de Tito: prohibíaseles hasta volver el rostro para mirar á Jerusalen: centenares de poblaciones fueron arrasadas, y la Judea se convirtió en una soledad. La nueva ciudad se llamó Elia Capitolina, sobre el santo sepulcro fué colocado un ídolo de Júpiter, en el Calvario una Venus de mármol, y el pesebre en que habia nacido Jesus fué profanado dedicándole á Adonis (3).

Pero al tiempo que se extinguia totalmente la nacion judáica, y que los dioses de la gentilidad se posesionaban de los lugares santificados por el verdadero Dios, el cristianismo iba progresando, las heregías comenzaban tam-

(1) En algunas monedas de Adriano se ve en el anverso el busto del emperador, en el reverso una matrona con un ramo de oliva en la mano, un conejo á los pies, y la palabra *Hispania*. Que fué lo que dió ocasion á algunos para tomar el conejo por emblema de España y para hacer derivar el nombre de la nacion de la palabra *span*, conejo. En otra parte hemos manifestado la puerilidad de esta derivacion, á pesar de las monedas de Adriano.

(2) Dion Cas. lib. LXIII.

(3) En una letanía que cantaban despues los hebreos se decia: «*Recordare, Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se perversitencia, etc.*» Juan do Lenth. De Judeorum pseudomessiis.

bien á nacer, y la humanidad se hallaba en uno de aquellos periodos que anuncian va á obrarse una regeneracion social.

La muerte de Adriano fué tan singular y caprichosa como habia sido su vida. Retirado á su casa de recreo de Tivoli, como Tiberio á la de Caprea, atacado de hidropesía, pero profesando la máxima de que un príncipe debe morir alegre, entregábase á todos los placeres y desórdenes sensuales que la anchurosa moral del paganismo permitia. Por último á consecuencia de sus excesos, dejó el mundo (138), no sin recitar al tiempo de morir unos chistosos versos de su composicion que se han conservado por su rareza, así en la idea como en la estructura (1).

Habia adoptado á Antonino, que le sucedió, y recibió el nombre de Pío, ó el Piadoso, por el afecto que á su padre adoptivo mostró siempre. Fué Antonino uno de los mejores príncipes de que hace mencion la historia. Religioso, justo, benéfico, fué el mas amado de todos los emperadores, el mas querido de sus pueblos, y nadie tampoco lo habia merecido mas que él. Cerca de veinte y tres años duró su pacífico reinado, y en este largo período no hay que decir de España sino que gozó de venturosa tranquilidad. Antonino dejó por sucesor á Marco Aurelio (161), oriundo tambien de familia española y pariente de Adriano (2).

«Dichosos los pueblos, se ha dicho siempre, cuyos reyes son filósofos y cuyos filósofos son reyes.» Esta dicha se realizó con Marco Aurelio, llamado con justicia el Filósofo. «*Vosotros no sabeis*, les decia á sus amigos cuando supo su elevacion al imperio, *cuántas espinas crecen en las gradas de un trono.*» Y cuando dejó los jardines de su madre para ir á habitar el palacio de los Césares, las lágrimas corrian de sus ojos al compás de los unánimes trasportes de alegría á que se entregaba el pueblo. Uno de sus primeros actos fué asociarse al imperio á su hermano Lucio Vero. Por primera vez se vió con sorpresa en Roma á dos emperadores con igual ejercicio de poder. Pero la muerte de Lucio no tardó en dejarle solo en la silla imperial. Esto y las calamidades públicas que sobrevinieron hicieron que resplandecieran mas

(1) Hé aquí aquellos singulares versos:

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca,
Palidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.

Spartiano, vida de Adriano.

(2) Su bisabuelo paterno era de Ububí, ciudad de la Bética, no lejos de Itálica.

sus virtudes. Los horrores del hambre acosaban al pueblo, y Marco Aurelio supo aliviarlos. Como su esposa Faustina se quejára de que hubiese gastado la mayor parte de sus bienes en socorrer á los menesterosos, *la riqueza de un príncipe*, le respondió, *es la felicidad pública*. Regularizó los impuestos, selló con la nota de infames á los calumniadores, y afirmó la autoridad vacilante del senado. El reinado de Marco Aurelio era el solo capaz de hacer que no se llorára el de Antonino Pio. El imperio gozaba de felicidad; el mas desgraciado era el emperador, cuya vida acibaraban los desórdenes de su esposa, la impúdica Faustina.

En el año décimo de su reinado (171) los africanos de la Mauritania pasaron el estrecho, vinieron á devastar las provincias meridionales de la Península, y pusieron sitio á Singilis (Antequera la Vieja); pero los gobernadores Vallio y Severo los obligaron á levantarle y los lanzaron de España, persiguiéndolos hasta las costas de Tánger.

Otras guerras mas terribles turbaron la filosófica tranquilidad de Marco Aurelio. Las fronteras del imperio comenzaron á ser asaltadas por los pueblos bárbaros del Norte, como si fuesen la vanguardia de los que, tiempo andando, habian de concluir por derrocarle. En todas partes los arrolló, rechazándolos mas allá del Danubio, que ya habian franqueado. Por consecuencia de aquellas victorias que le valieron el título de *Germánico*, devolvieron los bárbaros á Roma cien mil prisioneros; prueba grande de cuánto era ya su poderio. Aconteció en el curso de aquellas guerras un suceso que hizo gran ruido en el mundo. Hallábase Marco Aurelio allende el Danubio cercado por los marcomanos. La falta de agua tenia á sus tropas, devoradas por la sed, en un estado de desesperacion (174). De repente se oscurece el cielo, y á poco rato comienza á caer á torrentes la lluvia, que los soldados reciben con ansia poniendo sus cascos para recogerla. Cuando estaban entretenidos en esta ocupacion consoladora, caen de improviso los bárbaros sobre ellos y ejecutan horrible matanza. Mas luego aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos, que los llena de terror, y alentados á su vez los romanos, los vencen, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos, todos tuvieron aquel suceso por milagroso. Lo que hace mas á nuestro intento fué que el emperador le creyó asi, y escribió al senado indicando, aunque muy circunspectamente, que debia aquella victoria á los cristianos, y es lo cierto que ordenó fuesen castigados los que profiriesen calumnias contra ellos (1). Citámoslo como prueba de lo que ya entonces habian cundido las doctrinas del cristianismo.

(1) El hecho le atestiguan casi todos los historiadores, y Tertuliano en su Apología

Volvieron no obstante á mover despues nuevas guerras las hordas salvages del Norte, y Marco Aurelio murió antes de acabar de sujetar á los bárbaros (180). Con él perdió Roma el príncipe mas cumplido y cabal que se habia sentado en el trono de los Césares, y España lloró la pérdida de quien le habia dado otros diez y nueve años de paz y de ventura. Llegó el imperio romano con Marco Aurelio al punto culminante, de que no hará ya sino descender.

habla de la carta de Marco Aurelio como de una cosa conocida.

CAPITULO III.

DESDE MARCO AURELIO HASTA CONSTANTINO.

De 180 á 306 de J. C.

Comienza á sentirse la decadencia del imperio.—Cómodo.—Su depravacion é iniquidades.—Abyeccion del senado.—Reinados de Pertinaz, Didio Juliano, Septimo Severo, etc.—Monstruosidades de Eliogábalo.—Alejandro Severo sostiene por algun tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores ú oscuros ó malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, frances, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores.—Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo. Sus virtudes.—Diocleciano.—Division del imperio.—Cruda persecucion contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano. Martirios en España.—Maximiano – Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustracion de Adriano, la piedad de Antonino, y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilizacion. Solo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber abrazado la nueva religion, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habian quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquellos para dicha, éstos para azote de la humanidad parece haber

sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos sino en la parte que de ella pudo tocar á España, ya porque no es grato ni esponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrára un mónstruo como su hijo Cómodo; y no estrañamos que por respeto á las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo, sino de la disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crímen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupcion de ningun género que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido que de bestia salvage. Tiberio, Neron, Calígula, Vitelio y Domiciano, habian sido templadamente desenfrenados en comparacion de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida á muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podia atribuirse á avaricia, á tiranía y á voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos á un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por la tierra sus entrañas (1); el mandar asesinar una noche en el teatro á todos los que á él habian asistido; el sacar los ojos ó cortar los pies á los que tenian una fisonomía que le desagradára..... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupcion, sin recurrir á un estravío de la razon, á una verdadera locura. Sin embargo el pueblo consentia que se llamára á sí mismo el *Hércules Romano*; que Roma se titulára *Colonia Comodiana*, y hasta el senado inscribió á la puerta de la asamblea: *Casa de Cómodo*. Increible parece tanta abyeccion. ¡Y aun reinó trece años este mónstruo! Esto parece menos comprensible. Al fin tuvo que morir á manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradacion. Solo el cristiano no fué perseguido por este hombre bestial, gracias á Marcia, una de sus favoritas, que protegia á los cristianos (2).

La España vió pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de

(1) Hist. August. p. 128.

(2) Herod. in Vit. Commod.

Pertinaz. Asesináronle los pretorianos porque quiso restablecer la disciplina; y se sacó el imperio á pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó á Didio Juliano que ofreció mil doscientas cincuenta dracmas mas que su competidor (1), entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y á los sesenta y seis dias fué asesinado (194). Cada legion queria ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el mas fuerte se quedó con el imperio. Fué éste Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, solo diremos que obligó al senado á colocar á Cómodo en la clase de los dioses. ¡A Cómodo! Y para que todo en él fuese completo se declaró el mayor perseguidor de los cristianos: aunque era la tercera persecucion, puede decirse que para España fué la primera, así por haber sido la mas rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vió brillar la elocuencia de los primeros padres de la Iglesia. Por lo demás España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes, y sin mezclarse en ellos, seguia su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores á sus dos hijos Caracalla y Geta: pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinándole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presuncion de querer imitar á Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos seudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (218), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo á quien habia asesinado. Los romanos, luego que morian los déspotas, los convertian en dioses: asi gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino: hasta que el ejército que le habia dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias despues de Macrino una intriga de mugeres elevó al imperio á un jóven sirio, por sobrenombre Eliogábalo, ó mas exactamente Elagábalo ó Elagabal, el cual fué muerto con su madre en un lugar inmundo (2), y arrojado su cuerpo al Tiber, despues de uno de los mas execrables reinados. Su nombre fué borrado en España de todos los monumentos como una mancha que los deshonraba.

Permitasenos dos palabras sobre el reinado de Elagábalo, siquiera por su

(1) Dion, Hist. Rom. lib. LXIII.

(2) *Atque in latrina ad quam confugerat occisus*. Hist. Aug página 178.

singularidad. Era Elagábalo en Siria sacerdote del Sol, y entró en Roma con las megillas y párpados pintados, vestido con tiara, collar, brazaletes, túnica de tela de oro, y rodeado de eunucos y bufones, de enanos y enanas bailando delante de una piedra triangular. Este sacerdote era el que iba á empuñar el sagrado escudo de Numa (1). El jóven imberbe tenia el capricho de vestirse de muger, y de entretenerse en las labores de este sexo, y hacíase saludar con el título de *señora* y de *emperatriz*. Concedió asiento á su madre en el senado al lado de los cónsules, y creó otro senado de mugeres que deliberaban sobre los honores de la córte y sobre las hechuras de los vestidos. ¡Este era el trono de los Césares, y el senado de los Escipiones y de los Brutos! El reinado de Elagábalo ó Eliogábalo no fué el de la gastronomía, como una errada tradicion vulgar ha hecho á muchos creer, sino el de la lascivia y la lubricidad, que llevó á un grado que el pudor no consiente espresar. Era preciso que todos los vicios pasáran por encima del solio romano antes que se sentára en él la religion de las verdaderas virtudes, para que se pudiera apreciar mejor.

Despues de tanta imbecilidad, de tanta degradacion, de tantas inquietudes y de tantos crímenes, la España y el imperio van á gozar de un respiro bajo el gobierno de un príncipe sábio, ilustrado, juicioso y protector (222). Al modo que tras largos dias de procelosas borrascas y por entre nubes espesas y sombrías se deja ver momentáneamente un sol claro, que suele ser signo y causa de arreciar mas la tempestad, asi apareció Alejando Severo como un resplandor fugaz entre las negras tormentas que le habian precedido y los huracanes que le habian de seguir. Ya la España participaba de la suerte desastrosa de la metrópoli; al peso de tanto emperador monstruoso iba tambien sucumbiendo: Alejandro Severo la reanima; la provee de gobernadores sábios y amantes del bien, y la hace entrar de nuevo en la senda de la prosperidad. En aquellos primeros tiempos el pueblo elegia sus sacerdotes y sus obispos: Severo quiso se hiciera lo mismo con los gobernadores de las provincias: el emperador los proponia, proclamaba sus nombres, y dejaba al pueblo el derecho de aplaudir ó vituperar la eleccion. Esta deferencia hácia el pueblo no pódia dejar de lisonjear los instintos de libertad de los españoles, y agradecidos levantaron monumentos á quien con tanta consideracion los trataba.

Por otra parte el cristianismo iba penetrando, aunque de un modo como vergonzante, en el alcázar de los Césares. Alejandro Severo colocó ya en su capilla particular una imágen del Crucificado, entre las de Apolonio de Tiana,

(1) Hist. Aug.

de Abrahan y de Orfeo. Algo era. Al fin ya los cristianos no se veian obligados como hasta entonces á vivir en grutas y cuevas subterráneas por librarse de la vigilancia de magistrados perseguidores: ya podian vivir en público, porque el emperador gustaba de sus libros y de su moral; y Mamméa su madre, si no era ya cristiana, al menos inspiraba á su hijo sumo respeto hácia esta religion. Algunos pueblos la erigieron estátuas, entre ellos la colonia Gémina Accitana. En cuanto á Alejandro, lo diremos todo con decir que tomó por tipo y regla de su conducta esta máxima que es el compendio de toda la moral: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí» y que la hizo grabar en su palacio y en todos los edificios públicos. Reinó Severo trece años, al cabo de los cuales murió asesinado por Maximino.

Alejandro Severo fué un puntal puesto á un edificio que se resquebrajaba por todas partes. Quitado el puntal, el viejo y combatido edificio comenzó á desmoronarse, como tenia que suceder. Maximino ya no era romano, ni español, ni africano, ni sirio; era nacido en Tracia, de madre alana y de padre godo. Ya tenemos á un bárbaro sentado en el trono de los Césares, porque habia entrado á servir de soldado en las legiones romanas (235). El mérito de Maximino era ser el hombre mas alto y mas fornido que se conocia, comer muchas libras de carne, y beber muchas azumbres de vino (1), arrastrar él solo un carro cargado, echar á rodar por el suelo quince ó veinte luchadores, y otras semejantes proezas y virtudes. Los cristianos no podian dejar de ser perseguidos por un príncipe tan bárbaro: asi hubo muchos mártires en España, y entre ellos se cita á San Máximo, que se cree ser el que los catalanes nombran San Magin. El manto imperial ya no era un manto de púrpura; era un harapo manchado y viejo que recogia un estrangero pobre y salvage. Mientras Maximino estaba ocupado en batir á los germanos y á los sármatas, que todos querian dar ya emperador, el senado hacia rogativas públicas á los dioses porque no volviese á entrar en Roma. Pareció haberlos oido los dioses, porque Maximino quedó por allá asesinado con su hijo.

En Africa habian proclamado emperadores á los Gordianos, padre é hijo, descendientes de los Gracos y de Trajano. El viejo Gordiano rechaza llorando el manto imperial, pero se le visten á la fuerza, y saludan tambien Augusto á Gordiano el Jóven, que, amigo de las letras, lamentaba los males de su patria entre las mugeres y las musas. Muere el hijo, y el padre se ahoga con un cinturon por no sobrevivirle, y se desprende gustoso de las grandezas de un trono que repugnaba. El senado designa dos nuevos emperadores,

(1) Al decir de Codro, comia este bárbaro cuatro azumbres de vino, cuarenta libras de carne, y bebia veinte y

Máximo Papinio y Balbino, bravo soldado el primero, y orador y poeta el segundo (240). Suscítase en Roma una guerra civil: hay asaltos, combates é incendios: un niño los apaga con su presencia, un tercer Gordiano, hijo y nieto de los otros. Este tercer Gordiano, aunque jóven, sostiene el honor del imperio por cinco años. Pero Filipo abusa de su inexperiencia, le hace perder el prestigio, le malquista con los soldados, y últimamente le hace morir á manos de ellos (244).

No se sabe si Filipo fué cristiano ó no. Sábese que fué árabe, y que habia sido bandido. Ya era emperador cualquiera, y de cualquier pais. Enrédanse nuevas guerras, y apenas puede distinguirse á quiénes se nombra emperadores. Suenan los nombres de Prisco, hermano de Filipo, de Jotapiano, de Marino, y de Decio. Este último sube al trono, y despliega tal crueldad contra los cristianos, que muchos, no pudiendo sufrir tantos suplicios, apostátan públicamente é inciensan los ídolos, otros firman una abjuracion escrita de su creencia. A los primeros nombran *sacrificantes*, á los segundos *libelistas*.

La España no podia ser indiferente espectadora de acontecimientos que tan de cerca la tocaban. ¡Qué ocasion tan favorable la de tanta flaqueza y tanto desórden para haber podido reconquistar su independencia, si no se hubiera hecho tan romana! Sin duda el destino á que la llamaba la Providencia no se habia cumplido. Ciertamente hay en la historia de las naciones misterios que no se pueden penetrar. España sigue todavía la suerte de Roma. Grandes acaecimientos, grandes trastornos se preparan (250).

A la manera que vemos muchas veces levantarse lejos de nosotros y en lo mas apartado de nuestro horizonte pequeñas y dispersas nubes, que uniéndose y condensándose después, van ennegreciendo la atmósfera, y apenas llega á nuestros oidos el ruido del trueno que de lejos las anuncia; mas luego las vemos acercarse impulsadas por el viento, los relámpagos crecen, el trueno retumba, y por último la tempestad viene á descargar sobre nuestras cabezas, y los torrentes que de ella se desgajan inundan nuestros campos: así la España en los tiempos en que vamos á entrar, veia levantarse á lo lejos aquellas masas de bárbaros que á manera de nubes amenazaban el Norte del imperio; veíalas en lontananza unirse, engrosarse, avanzar como empujadas por el viento: mas colocada España al estremo occidental del mundo romano, el ruido de aquellas guerras llegaba á ella como el sordo rugido de un trueno lejano. Y sin embargo aquellas nubes de godos, de hérulos, de vándalos, de sármatas, de escitas, de borgoñones, de alanos y de otras mil razas y tribus, habian de venir á descargar sobre sus campos y á inundar su suelo. Preciso les conocer la marcha y progresos de aquellas masas de guerreros salvages, que habian de derramarse por el Occidente, que habian de trastornar el impe-

rio de los Césares, derribar el Capitolio y cambiar los destinos del mundo.

Los godos, empujados acaso por otros pueblos que detrás de ellos venian, se habian ido aproximando á las fronteras del imperio, que desde la conquista de la Dacia por Trajano habian quedado abiertas y sin barrera que oponer á una invasion. Crispo, hermano de Filipo, les revela la debilidad del imperio, y los godos invaden primeramente la Mesia, y despues la Tracia y la Macedonia (250). Decio se empeña con ellos en una lid desesperada, en que despues de ver perecer á su hijo, encuentra tambien él mismo la muerte: y Galo, acaso vendido tambien á los godos como Prisco, es proclamado emperador. Galo celebra con los godos una paz vergonzosa, obligándose á pagarles un tributo anual á condicion de que respeten las tierras del imperio, condicion que los bárbaros se cuidaron muy poco de cumplir. La peste asolaba aquellas provincias (252), y multitud de razas salvages las invadian. Ademas de los godos, la Escitia y la Germania arrojaban masas innumerables de guerreros; los godos se derramaban por la Tracia y la Macedonia, los francos invadian las Galias por el Rhin, los escitas caian sobre el Ponto Euxino y avanzaban hasta Calcedonia, y Sapor, rey de los persas, ocupaba la Armenia, y se proponia arrojar á los romanos de toda el Asia. Y mientras los bárbaros sitiaban el imperio por todas partes, los aspirantes á la púrpura se hacian proclamar cada cual por su ejército, se combatian, ó se asesinaban.

Tal estaba el imperio cuando Valeriano se ciñó la púrpura pasando por encima de los cadáveres de Galo y de Emiliano. El y su hijo Galieno, mozo afeminado y vicioso, auxiliados de Póstumo, Claudio, Aureliano y Probo, que en el hecho de ser caudillos del ejército eran candidatos á la púrpura, vencieron á los godos, rechazaron de España á los franco-germanos, pero marchando despues contra los persas, cayó Valeriano prisionero del rey Sapor (260). Todos los crímenes del imperio y todas las flaquezas del Capitolio se vieron castigadas en la persona de aquel desventurado emperador. Propúsose el Persa hacer á su imperial cautivo objeto de ludibrio y de afrenta. El bárbaro rey le hacia servirle de estribo para montar á caballo, apoyando orgullosamente su pié sobre la encorvada espalda del prisionero revestido de la púrpura. Y porque un dia le irritó, mandó desollarle vivo, y adobada su piel y teñida de encarnado, la rellenó de paja para que conservára la forma humana, y la hizo colgar de la bóveda del templo principal de Persia, donde se conservó por espacio de muchos siglos (1). ¡Barbarie inaudita! Cuando Galieno supo el desastroso fin de su padre, se contentó con decir: «*ya sabia yo que mi*

(1) *Direpta est ei cutis,... ut in templo barbarorum deorum ad memoriam triumphi clarissimi poneretur*, Lactant. De morte persecut. cap. V.

padre era mortal.» Y recogiendo la otra mitad de la vieja púrpura, como quien recoge la mortaja de un muerto, continuó impasible entre sus cortesanas y sus deleites. No sabemos cuál acabó de humillar mas el imperio, si la muerte afrentosa del padre, ó la conducta vergonzosa del hijo.

Entonces fué cuando se levantó simultáneamente un enjambre de tiranos, que unos fijan en treinta por asemejarlos á los de Grecia, otros en diez y nueve: entre ellos se distinguian las dos reinas Zenobia y Victoria. Esta última elevó al rango de Augusto en las Galias á Mário, que habia sido armero, el cual llamaba á Galieno *lujuriosísima peste.* Mário pereció á manos de un soldado, que habia sido oficial de su taller: al atravesarle el cuerpo con la espada le dijo: «*tú la fabricaste.*» Victoria, aquella Zenobia de las Galias, no se desalentó por esto, y nombró todavía emperador á Tétrico, que lo fué de las Galias y de España. ¡Pero cosa maravillosa! Aun producia Roma genios no comunes. Tal fué Claudio, que sucedió á Galieno: mereció y obtuvo el renombre de Gótico, por la brillante derrota que causó á los godos. Curiosas son las palabras con que él mismo la describe: «Hemos destruido trescientos mil godos, y echado á pique dos mil naves. Los rios están cubiertos de escudos, y sus márgenes de anchas espadas y pequeñas lanzas. Las llanuras se ocultan bajo los montones de huesos blanquecinos: no hay camino que no esté tinto de sangre.... hemos hecho tantas mugeres prisioneras, que no hay soldado que no pueda tener dos ó tres esclavas (1).» La fortuna ayudaba á Claudio por otra parte. Los tiranos se habian destruido unos á otros; no le quedaban sino Zenobia en Oriente y Tétrico en Occidente: ya se disponia á ir contra ellos cuando le sorprendió la muerte (270).

Hízolo por él su sucesor Aureliano, llamado *Espada-en-mano*, *Manus ad ferrum.* Dotado Aureliano de cualidades brillantes, de gran valor, y de un golpe de vista pronto y certero, subyugó á los dacios, y venció á Zenobia y á Tétrico. El triunfo de Aureliano fué el mas pomposo y brillante que se vió jamás: todos los pueblos figuraron en él: llevaba prisioneros godos, alanos, alemanes, vándalos, roxolanos, sármatas, suevos y francos; tras ellos iba Tétrico, que algun tiempo habia dominado en España, vestido con la púrpura imperial; entre las reinas prisioneras distinguíase la famosa Zenobia, reina de Palmira, atadas las manos con una cadena de oro tan pesada, que los grandes de su córte, cautivos como ella, tenian que irla aliviando el peso; las perlas que cuajaban su vestido apenas la permitian andar (2). Ostentábase Aureliano

(1) Carta de Claudio á Broco, gobernador de la Iliria.

(2) Cuando presentaron á Aureliano la ilustre prisionera de Palmira: «¿Con que has tenido atrevimiento, le dijo, para oponerte á un emperador romano?—Ignoraba, le contestó la cautiva reina, que hubiese todavía emperadores dignos de este nombre: á todos

sentado en un carro triunfal arrastrado por cuatro ciervos. Asi renovó todavia Aureliano las antiguas glorias de Roma. Era naturalmente severo: no permitia á los soldados tomar ni un pollo de los labradores, diciendo que los guerreros deben verter la sangre de los enemigos, no la de los pollos, ni las lágrimas de los infelices ciudadanos (1), Cuando se dirigia á Oriente á hacer la guerra á los persas, fué muerto por los oficiales de su armada. Los cristianos lo agradecieron, porque meditaba contra ellos una nueva persecucion (275).

Sucedió entonces un fenómeno inesplicable. El mundo estuvo ocho meses sin dueño. El senado remitia al ejército el cargo de nombrar emperador; el ejército á su vez le remitia al senado: ni el uno queria usar de su derecho ni el otro de su fuerza. Cosa estraña: no sabemos si seria capricho ó cansancio. Por fortuna, con las últimas victorias contra los bárbaros de fuera y contra los tiranos interiores, el imperio estaba tranquilo. Roma hubiera podido recobrar su libertad, y no lo hizo: parecia haberla ya olvidado. Por fin el senado proclamó emperador á Tácito, anciano de setenta y cinco años, y de la familia de Tácito el historiador filósofo. Este anciano pareció rejuvenecer un poco la corrompida decrepitud de la república, mas cuando iba á colocarse á la cabeza del ejército para repeler una nueva invasion de los alanos, halló un fin desastroso. Su hermano Floriano, que le sucedió, reinó poco, y le mataron los soldados, por pasarse á las águilas de Probo, ó mas bien los soldados asesinaban ya emperadores por costumbre (276).

Probo fué uno de los mas grandes emperadores del tiempo de la decadencia. En otra época hubiera podido ser un Augusto. Tan rígido soldado, como hábil politico y celoso administrador, defendió el imperio contra los enemigos, y las provincias contra los excesos de los soldados, los cuales veian en él un soldado mas frugal y mas disciplinado que ellos. No podian ser insensibles al ejemplo de un emperador, que sentado en tierra sobre la yerba en la cima de una montaña de la Armenia, comiendo legumbres en un puchero, con sencillo vestido de lana teñida de púrpura, recibia á los embajadores del rey de Persia. La modestia de Probo era tan grande, que cuando sus soldados le aclamaban; «me matais, decia, cuando me llamais emperador.» Cuando le murmuraban su pobreza, decia á su ejército: «¿Quereis riquezas? Ahi teneis «el pais de los persas. Creedme: de tantos tesoros como poseia la república ro«mana, nada ha quedado: el mal viene de los que han enseñado á los princi«pes á comprar la paz de los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nues«tras ciudades destruidas, nuestras provincias arruinadas. Un emperador que

los consideraba como Galienos ó Aureolos: pero me has vencido, Aureliano, y veo al fin un emperador.»

(1) Hist. Aug. p. 222.

«no conoce otros bienes que los del alma, no se avergüenza de confesar una «honesta pobreza.» Como guerrero derrotó á los francos, á los borgoñones y á los vándalos que se habian apoderado de las Galias. Mató á cuatrocientos mil bárbaros, libertó y reedificó setenta ciudades, trasladó á la Gran Bretaña colonias de prisioneros, sometió una parte de la Alemania, levantó una muralla de doscientas millas desde el Rhin hasta el Danubio, y libre de las guerras estrañas sofocó las rebeliones interiores: como administrador, afianzada la paz, empleó sus ejércitos en labores de agricultura, y mandó plantar de nuevo viñas en España revocando el ridiculo edicto de Domiciano. «Si los dioses me conceden vida, dijo en una ocasion, pronto el imperio no necesitará de soldados.» Las legiones recogieron esta espresion, y no aguardaron mas que una ocasion para deshacerse de quien tal ánimo demostraba de disolverlas. Al dia siguiente de haberle asesinado (282), le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripcion: «*Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos, y de todas las naciones bárbaras.*» Esta inscripcion era una verdad, y aun pudieron decir mas de sus virtudes pacíficas (1).

Siguieron Caro, Carino y Numeriano. Carino residió en España. De su estancia se hallaron monumentos en el mercado público de Sagunto, y muchas inscripciones han perpetuado su administracion. Sucedió á éstos Diocleciano, con el que empieza la era famosa de la Iglesia conocida con el nombre de *Era de Diocleciano*, ó *Era de los mártires.*

Aun estaba la España bajo la dominacion de Carino cuando fué contra él Diocleciano: encontráronse sus ejércitos, pero los soldados de Carino ahorraron á Diocleciano el trabajo de vencerle. Parecia ya como artículo de ordenanza para los soldados asesinar á sus gefes, ó para dar la púrpura á otro, ó para quitársela á los mismos que habian proclamado. Diocleciano no se reconoció bastante fuerte para sustentar solo el peso de tan vasto imperio, y le compartió con Maximiano Hércules (285). Aun hizo mas: nombró luego dos Césares, á saber, Constancio Chloro y Galerio, y dividió los dominios imperiales en cuatro grandes provincias. La España con la Bretaña y las Galias le fué encomendada á Constancio, que era el mejor de los tres. Tiénese no obstante en lo general una idea muy exagerada de la crueldad de Diocleciano, sin duda por la persecucion general que en su reinado sufrió la Iglesia. Pero Diocleciano, príncipe prudente y hábil, habia dado antes de la persecucion diez y ocho años de gloria al imperio; habia sido gran administrador, y refrenó mucho el despotismo militar y la preponderancia de las legiones. El mismo edicto de persecucion que con tanta sangre de mártires enrojeció la tierra le dió de

(1) Hist. Aug. Vit. Prob.—Zosim. lib. I.

muy mala gana; el delito de Diocleciano fué la flaqueza de haber cedido á las inícuas sugestiones de Galerio. El emperador quiso antes consultar á un consejo de magistrados, y este consejo opinó que los cristianos debian ser perseguidos. Diocleciano, no tranquilo todavía, envió á consultar á Apolo de Mileto, y Apolo respondió que los justos esparcidos por la tierra le impedian decir la verdad; los arúspices declararon que estos justos eran los cristianos: resolvióse con esto su persecucion, y se dió el famoso edicto de Nicomedia, obra de la maldad de Galerio y de la debilidad de Diocleciano (1).

Antes de este edicto, y en los reinados de Galo, Valeriano, Galieno, Claudio y los demas que le sucedieron, los decretos de persecucion habian sido ó parciales ó contradictorios, y los gobernadores de las provincias, mas bien que los emperadores, eran los que empleaban, segun su carácter, la tolerancia ó el rigor con los cristianos. Ahora la persecucion se hizo general; el decreto prevenia el esterminio; Galerio no se contentaba con menos; se empezó destruyendo las iglesias y entregando á las llamas los libros santos y las actas de los mártires que habia habido, y siguieron los suplicios sin distincion de órden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas; los caminos se veian cubiertos de montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las bestias feroces despedazaban á niños y madres, ó los arrojaban confundidos á las piras, ó los precipitaban al fondo del mar á centenares, porque no habia verdugos para tantas víctimas (300).

Muchos mártires hubo tambien en España, no por culpa del César, porque Constancio no los perseguia, y acaso en su interior los amaba, sino del gobernador Daciano, escogido de entre la aristocracia romana, la mas enemiga de las novedades (que así llamaban la nueva religion), para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano. Murieron obispos, centuriones, magistrados; y de este tiempo fueron los innumerables mártires de Zaragoza. Hubo tambien en España, fuerza es confesarlo, falta de constancia en muchos; bastantes abjuraron ó por debilidad ó por poco arraigados en la fé, y faltábale todavía mucho á la España para ser toda cristiana. La persecucion duró en Occidente dos años largos, los últimos del reinado de Diocleciano: en Oriente la continuó Galerio por otros ocho años mas. Galerio no se saciaba de sangre cristiana.

El impío é infame Galerio habia logrado persuadir á Maximiano, padre de su muger, á que abdicase la púrpura. Logró despues lo mismo de Dio-

(1) Chateaubriand, en sus *Mártires*, ha hecho el retrato de las cualidades respectivas de los tres emperadores, Diocleciano, Galerio y Constantino, con mucha verdad histórica, y con la elegancia que distingue á aquel ilustre escritor de nuestro siglo.

cleciano, mas ciertamente con amenazas que con la persuasion; y Diocleciano, tan generoso en partir con otros el imperio, obligado á bajar de él por el mismo á quien habia elevado, se retiró á Salona su patria. Asi quedaron por emperadores Valerio en Oriente y Constancio en Occidente. Con la elevacion de Constancio al imperio cesó en España la persecucion de los cristianos (305), antes se entregó públicamente á su confianza; abriéronse las cárceles á todos, y entre ellos recobró la libertad Osio, obispo de Córdoba, que despues se hizo tan justamente célebre. Constancio fué un excelente príncipe, dulce, justo y tolerante, y tan pobre, que cuando daba un festin tenia que pedir la plata prestada. Suidas le llama *Constancio el Pobre*. Su hijo Constantino, el que despues habia de dar tanto engrandecimiento y lustre á la Iglesia, tenia entonces diez y ocho años, y habiéndose alistado antes en las banderas de Diocleciano, continuaba sirviendo en Oriente bajo los estandartes de Galerio. Reclamábale su padre, agobiado de enfermedades; pero el inicuo Galerio le retenia en su poder, hasta que una noche se salvó de sus lazos con la fuga. Para librarse Constantino de la persecucion, iba en cada parada de postas cortando las piernas á los caballos de que se servia (1), y de este modo llegó á incorporarse con su padre, el cual murió luego en Yorck; las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino antes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que arrepentido de su abdicacion, quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Maxencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Illiberis. La Iglesia y el mundo van á recibir una trasformacion bajo el imperio de Constantino.

(1) Zosim. lib. II.

CAPITULO IV.

EL CRISTIANISMO.

Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupcion y disolucion moral.—En los emperadores: en el pueblo: en los hombres de letras.—Causas que la producian.—Politeismo.—Constitucion orgánica del imperio. Tiranía: esclavitud: condicion miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislacion.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitucion del matrimonio: facilidad de los divorcios: leyes sobre el celibatismo: esclavitud de las mugeres: falta de vínculos de familia: esposicion de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos: egoismo universal: estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofía epicúrea: filosofía estóica.—Necesidad de una revolucion social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofía cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina: su nacimiento y progresos.—Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones: martirios: edad heróica del cristianismo.—Cómo fué ganando al pueblo.—Cómo á las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos; apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.—Osio.—Situacion religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolucion social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor tambien que se verá hasta la consumacion de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una trasformacion física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislacion, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existian yá, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar después debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupcion, de inmoralidad, de desenfreno habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolucion y los vicios tenian ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oirse, y no hubo quien la reemplazára, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroismo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajacion. Aunque de buena fé quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazon de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organizacion social.

Asi desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad, corre después y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada que era lo único que le habia faltado. Desde entonces no se ve sino una depravacion profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulacion, la crápula y la sensualidad erigidas en sistema. Emperadores malvados disponian de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudian, divinizaban al que esperaban les hiciese mas distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese mas espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquél y aclamaban á otro. Asi el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Neron, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habian sido los mas pródigos para él. «El pueblo, dice elocuentemente un escritor español (1), el pueblo «siempre mendigo y siempre seguro, decia al tirano: tenga yo dinero, y tú «confisca: tenga yo trigo, y tú mata: tenga yo espectáculos, y tú harás cuanto «te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe habia una tácita con«vencion, mediante la cual el déspota daba el trigo, y el pueblo los aplausos.... «Cuando los tiranos salian de sus palacios, y oian las salutaciones y agrade«cimientos del pueblo, imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el

(1) Malgorza y Azanza, Discurso sobre el comercio de los romanos.

«mas floreciente estado, y tenian las interesadas y compradas aclamaciones «de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad.—¿Hacía«se, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pueblo, y mas «que todos los ricos se matasen. ¿Subia un emperador á la escena, ó descen«dia al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en «el circo resonaban aplausos al emperador comediante, citarista ó cochero. «¿Volvia el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó despues de «haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe «quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las «aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moria una cortesana, una vil pros«tituta, esposa del emperador y muger de todos los hombres? Pan y dine«ro y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha una «diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estátuas se adornaban «de flores.»

Asi los príncipes apresuraban la corrupcion del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupcion de los príncipes.

¿Pero era solo el pueblo ignorante y estúpido el que asi adulaba á sus tiranos? ¿No hacian lo mismo los hombres de letras, los sábios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos, á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo; á vos, de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra, y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, César, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Neron, el que mejor escribia de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras habia amontonado en cuatro años trescientos millones de sextercios (1); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca ¿no le decia á Neron que *podia vanagloriarse de un mérito que ningun otro emperador tenia, la inocencia; y que hacia olvidar los tiempos de Augusto*? (2).

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna se vió la humanidad agobiada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenia tanto desórden? ¿Qué causas habian producido aquel refinamiento de disolucion y de maldad? La religion y el culto, la organizacion política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuia á fomentar la corrupcion intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimien-

(1) Tacit. Ann. lib. XIII. (2) Sen. De Clemen

to de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndosele después. Habia dioses para todas las virtudes, pero habia tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejárselos en éstos que imitarlos en aquellas. «*Si Júpiter trasformándose en lluvia de oro*, decia Terencio en una de sus comedias (1), *seduce las mugeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?*» Y como si el politeismo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitára ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudáran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de la Venus de Babilonia se prostituian públicamente las mugeres, si en el de Corinto se consagraban mas de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma habia de haber vestales? Nadie queria ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistian con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigian que éstos escogieran para morir las posturas mas lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obsenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenian adoradores. A ningun vicio le faltaba su divinidad, inclusos el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «*Hermosa Laverna*, decia Horacio (2), *enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y santo.*» Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ú olvidados ó desiertos: los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No estrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burláran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeismo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo que una filosofía ineficaz.

(1) Eun. Act. III.

(2) Epist. XVI. l. I

Si la idolatría favorecia la corrupcion, no la fomentaba menos la organizacion política del Estado. El imperio romano era un gigante que tenia abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se habia estendido tan lejos la opresion de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoismo tan universal, relajacion tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitarémos recordar la execrable depravacion de ese catálogo de mónstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestraban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullian esclavos, ó prisioneros, ó mugeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampréas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender mas es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerára tan abominables mónstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecia el delito de lesa magestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionage, á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podian deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciáran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de víctimas, y á trueque de ganar un premio, importábales poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, qué pensamientos nobles podia haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social, y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenia que adular y servir? Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregacion de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existia esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suelen residir la ilustracion y la virtud. No habia mas que un número inmenso de miserables que se morian de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo

que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (1), y cuyos criados se contaban por millares (2). Plinio menciona un ciudadano, que despues de lamentarse de las pérdidas que habia sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios sin contar las tierras (3). Patricios habia que poseian mas vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podia matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La mas remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura; y la legislacion prescribia los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se habia convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertia con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres dias, en cuyo espacio morian en la arena diez mil gladiadores, ¿podia tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejerciase una tirania legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mugeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuian el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la union á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitucion. Habiendo caido en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una muger que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Gerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima es-

(1) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo doce convidados la enorme suma de seis millones de sextercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. V.

(2) *Familiarum numerum et nationes* los llama Tácito. Annal. lib. XI.—Plinio dice que era necesario un *nomenclator* para conocerlos y llamarlos; y Ateneo, que habia quien poseia quince ó veinte mil. Dignos. l. VI.

(3) Citado por Cantú, Hist. Universal, Epoca VI. cap. V.

posa, la cual á su vez habia tenido veinte y dos maridos. Júzguese cuál deberia ser la educacion de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecian antes de nacer, ó los dejaban abandonados, exponiéndolos en la via pública.

En ayuda de una religion y de una legislacion que asi autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que asi conducian á la disolucion de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoismo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoismo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer, aun atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales y de maderas olorosas. Cada magnate sostenia una turba de perfumistas, bañistas y otros ministros de la molicie y de la afeminacion: las ricas matronas, ademas de la multitud de mugeres que en su tocador empleaban, hacian gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitucion. De Neron dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popéa tal copia de bálsamos esquisitos que toda la Arabia no podria producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pie y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasion en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los ungüentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habian llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripcion que hace Lampridio de la vida de

Eliogábalo. «Alimentaba (dice) á los oficiales de su palacio con entrañas de «barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y «cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos «uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. El comia carcañales «de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de «ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de «una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, «y arroz mezclado con perlas..... Un dia ofreció á sus parásitos el ave fenix, «y á falta de ella mil libras de oro.... Eliogábalo (dice el mismo historiador) «nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los mas exquisitos, y «hacia derramar el nardo á calderadas..... Llevaba un vestido de seda bor«dado de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sor«tija, ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma muger. «Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de ve«llo de pluma de las alas de las perdices. A un carro de oro embutido de «piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), uncia dos, «tres, y cuatro mugeres hermosas con el seno descubierto, y hacia que le «arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, «y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro, como «el sol conducido por las Horas (1).» No sabemos cuál irrita mas, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravacion de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los pervertidos patricios de su misma relajacion, en la plebe de la imitacion y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupcion en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á qué conducia el estoicismo? ¿á qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podeis soportar tanta disolucion, si os desesperan los males de la humanidad, les decia Séneca, *suicidáos*. La escuela estóica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentia la humanidad sino destruyéndola. Sabian los estóicos morir y no sabian vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciu-

(1) Lamprid. Hist. Aug. in Vit. Heliog.

dadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *aguardad un poco, voy á contar los peones.* ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba mas vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello habia, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose asi otra corrupcion nueva en vez de corregir la corrupcion antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendia al vulgo, que no entendia la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacia cometer ó crueldades ó estravíos: echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Habia una necesidad de creer, y nadie creia: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeismo habia recorrido todas sus faces, y se encontraba desacreditado; se recurria á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban más, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincon de la Judéa habia nacido el que tenia la mision divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no solo en las obras sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista, se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y ademas al embrutecimiento intelectual y moral, vivia sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan estinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusion de sangre..... Vése aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinacion de formas pacífi-

cas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mútuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: «*no hay mas que un solo Dios verdadero.*» Habian pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: «*todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos*;» hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: «*todos los hombres son iguales ante Dios*:» y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: «*todos los hombres son libres*:» y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: «*los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo*:» y á los estóicos: «*no os suicidéis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de este mundo*:» y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: «*bienaventurados los humildes*:» y los consoló. Y á los ricos: «*la mayor de todas las virtudes es la caridad.*» Los sábios habian ignorado el medio de contener la corrupcion universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la muger compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de la escuelas de Pitágoras, ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolucion moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religion aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeismo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal; como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominacion de la fuerza bruta, el que proscribia la tiranía, abolia la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipacion del pensamiento; el que decia á los súbditos: «*obedeced, pero sin servidumbre*:» y á los príncipes: «*gobernad, pero sin tiranía*:» el que prescribia, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba

previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de abnegacion, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. El se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislacion eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sábios, de alli se trasmitian á las inteligencias de segundo órden, y poco á poco se difundian por el pueblo. Este es el órden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de alli subió á las escuelas, se difundió entre los sábios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagacion tenia que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguian practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolucion, inmoralidad, prostitucion; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudian anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenian que discurrir cómo excitar su apetito ya embotado, éstos recomendaban y practicaban la mortificacion y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestian modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenian esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mugeres, exponian sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacian de la ley del divorcio un comercio de prostitucion, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacian de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educacion de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistian con placer á las gemonias, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, éstos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistian á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado habia un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opu-

lentos patricios, do otro familias que partian entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusacion, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podian menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, inclusos los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No habia medio para los cristianos de librarse de la persecucion. Si se congregaban á la luz del dia con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligia una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenia una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decia el emperador; y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrian la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heróicas que tan rudas pruebas sufrian sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos á quién se fatigára primero, y á quién faltára mas pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años; eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habian desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habian probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si camináran al festin de las bodas; no por hastío de la vida como los estóicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundia tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién trasformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiracion los conducia al heroismo?

El pueblo lo veia, lo contemplaba y lo admiraba, los hombres no querian ser menos héroes que las mugeres, y acababan por convertirse á aquella

cas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (1).

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo, en que tanto habia de prevalecer y donde tanto habia de fructificar la semilla de la fé. A pesar del influjo que en España ejercian los opulentos patricios, que atraidos de la belleza de su clima la habian hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado yá, desde la segunda persecucion movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando á Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto por la nueva fé, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (2). Los atletas de la fé se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fé de Cristo, fué en la horrible persecucion de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro mas sanguinario y cruel que habia tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fué cuando España acreditó que vivian en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habian sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su

(1) Tambien hay estrangeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicacion del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intencion de venir á España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam proficisci cœperó, spero quod prœteriens videam vos.* Cap. XV. ver. 24. *Por vos proficiscar in Hispaniam.* Ibid. vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilia 13 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la 10.ª sobre la segunda carta á Timoteo; San Gerónimo en el libro IV sobre Isaias, y en el c. 5 sobre el profeta Amós; San Teodoreto en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo habia hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(2) Acta primorum martyrum, etc.

independencia, lo eran tambien por sostener la fé una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mugeres y niños desafian entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la poblacion cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (1). La ciudad que habia de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

Mas no eran solamente mártires los que producia la naciente Iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producia ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la heregía, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudicion y con su fogosa elocuencia, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba tambien de ser el cristianismo la religion dominante ni en España, ni en las demas provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro exámen. Paganos eran todavia los emperadores; idólatra se mantenia el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoria de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

(1) Prudent. in Himn. Martyr, Cæsar Aug.—Actas de los Mártires.—Depping. Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Irenéo, en el escrito que presentó á Escápula, presidente de Africa, refiere cómo entonces se ejercia la persecucion contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judíos, c. 7 donde hablando de las regiones que habian abrazado la religion cristiana aplica el todo á la nacion española. *Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes*.

CAPITULO V.

DESDE CONSTANTINO HASTA TEODOSIO.

De 306 de J. C. á 380.

Constantino.—Su conversion al cristianismo.—Cambio religioso y político en el mundo romano.—Edictos imperiales en favor de los cristianos y de su culto.—Su tolerancia con los paganos.—Heregía arriana.—Concilio general de Nicéa.—Osio, obispo de Córdoba.—Estado de la iglesia de España en este tiempo.—Decretos y cánones del concilio de Illiberis.—Reformas políticas de Constantino.—Fundacion de Constantinopla.—Nueva aristocracia en el imperio romano.—Duques, condes, altezas, excelencias, etc.—Leyes humanitarias de Constantino.—Opuestos y encontrados juicios con que ha sido calificado este célebre emperador.—Nuestra opinion.—Muerte de Constantino.—Reinados de sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante.—Juliano el Apóstata.—Reaccion del paganismo.—Juicio crítico de Juliano.—Otros emperadores.—Valentiniano y Valente.—Irrupcion de los godos en el imperio.—Trágica muerte de Valente.—Graciano.—Elevacion de Teodosio.

¡Contraste singular! En el año 275 no hubo en el espacio de ocho meses quien ocupára el trono imperial. En el 306 reinan á un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Maxencio en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino en Oriente; los unos con el título de Augustos, los otros con el de Césares; novedad introducida por Diocleciano. Todos irán desapareciendo para dejar solo al que estaba destinado á reformar la vetusta sociedad romana.

El viejo Maximiano, despues de haber abdicado la púrpura (308), quiere recogerla nuevamente, conspira contra Constantino su yerno, pero cae prisionero en manos de éste, y Constantino hace morir á un anciano que á haber podido le hubiera muerto á él (310). Galerio, el enemigo implacable de los cristianos, el instigador de Diocleciano, el autor del edicto de exterminio, el inventor de nuevos tormentos, muere de una enfermedad repug-

nante y vergonzosa (311), que los cristianos no dejaron de atribuir á castigo del cielo. Si no lo fué, por lo menos lo merecian sobradamente sus crímenes.

Quedaban ya cuatro emperadores. Maxencio traia escandalizado el Occidente con sus tiranías y con su liviandad desencadenada: sacrificaba á los senadores y les hacia cederle sus mugeres; dejaba á sus soldados matar, robar y violar á mansalva: jactábase de ser el único emperador verdadero, y aspiraba á derrocar á Constantino, á cuyo fin reunió un ejército de cerca de ciento ochenta mil hombres. Preparóse á su vez Constantino á marchar á Italia para purgar la tierra de aquel malvado. Seguian á Constantino solo cuarenta mil soldados. Al pasar los Alpes, meditando sobre la guerra que habia emprendido, levantó los ojos al cielo, y vió una cruz resplandeciente en la cual estaba escrito con letras de fuego: IN HOC SIGNO VINCES: *con esta enseña vencerás*. Por si dudaba de la significacion de aquel prodigio, esplicósela por la noche un sueño en que le fué revelado que con la cruz de los cristianos venceria á los enemigos, y que aquella deberia ser la bandera de su ejército. Entonces Constantino hace poner en los estandartes la cruz con el monograma de Cristo, y el signo de la redencion de los cristianos reemplaza en el *Labarum* á los atributos é imágenes de los dioses paganos. Baja Constantino los Alpes: encuéntrase los dos ejércitos en *Saxa rubra*, á nueve millas de Roma. La religion antigua y la nueva se ven en presencia la una de la otra á orillas del Tiber y á vista del Capitolio. Los soldados de Júpiter Capitolino y los del Crucificado en Judéa van á decidir cuál de los dos cultos ha de dominar en el mundo. La aparicion de la cruz no habia sido una vision engañosa. Realizóse el pronóstico de la misteriosa cifra. Las numerosas tropas de Maxencio fueron hechas pedazos: el tirano fugitivo cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tiber, y Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del senado y del pueblo (312), que le saludaron *libertador de la patria*.

Poco tiempo despues de esta victoria que resolvió la revolucion que habia de hacerse en el mundo, Maximino, perseguidor todavía de los cristianos, habiendo roto con Licinio, muere vencido por éste (313), quedando asi ya dueños del imperio Constantino y Licinio solos. Con diversos pretestos se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar á su rival á deponer la púrpura humillado á las plantas del vencedor (323). Poco después murió ahogado Licinio, viniendo á quedar asi Constantino dueño y señor único del imperio.

Ya ocupa solo el trono del mundo el emperador amigo de los cristianos. Ya la religion de Cristo cuenta con la proteccion de la púrpura impe-

rial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares: se anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad; las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas á celebrar sus ritos á la luz del dia en templos erigidos y dotados por el mismo emperador: la cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el *lábaro* ondea en los campamentos de los soldados. Los fieles se abrazan llenos de júbilo como náufragos que arriban á puerto de salvacion despues de una horrible tempestad.

No habia necesitado Constantino de quedar solo en el imperio para favorecer á los cristianos, á cuyo sagrado signo debia su principal triunfo. Ya habia expedido edictos protectores, y el papa Melquiades habia comido á su mesa. Sin embargo, Constantino no abatió de repente los ídolos, ni prohibió el culto de los antiguos dioses, tan arraigado en las costumbres, tan sostenido por los intereses, y que profesaba aún la mayoría del imperio. Antes con una política hábil y prudente, y con una templanza que no es comun en los innovadores, autorizó el culto público de la religion cristiana, pero tolerando á su lado el del paganismo. «Consiento, decia en un edicto «que nos ha trasmitido Eusebio de Cesárea (1), que los que están imbuidos «en los errores de la idolatría gocen del mismo reposo que los fieles. La «justicia que se guardará con ellos, y la igualdad con que unos y otros serán «tratados, contribuirán á atraerlos al buen camino. Que nadie inquiete á «otro; que cada cual elija lo que le parezca mejor: que los que se niegan á «obedeceros tengan templos consagrados á la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente á los que no participan de sus convicciones. Si «alguno ha alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar á los «demas; si nó, que los deje tranquilos. Una cosa es combatir para alcanzar «la corona de la inmortalidad, y otra usar de la violencia para obligar á «abrazar una religion.» A los que le pedian el esterminio de los gentiles respondia: «La religion quiere que se padezca por ella la muerte, no que se dé á nadie.»

En cambio mostraba su predileccion hácia el nuevo culto, ya publicando edictos y leyes en favor de los cristianos, ya erigiendo y dotando templos, ya otorgando á las iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios que cercenaba á los magistrados civiles hasta que llegára el caso de derribar los ídolos; y si no hizo al papa Silvestre la donacion de Roma y de Italia que apareció en

(1) Vit. Constant.

el siglo VIII. inserta en las Decretales del español Isidoro Mercator (1), no por eso dejó de dotar con espléndidas rentas las iglesias de Roma, y de decorarlas con todo el lujo y magnificencia que era capaz de desplegar el que estaba siendo señor del mundo, al propio tiempo que proscribia las fiestas escandalosas y las luchas de los gladiadores. Harto esplícitamente condenaba con esto la idolatría.

Mas luego que la Iglesia se vió convertida de perseguida en dominadora, comenzó á verse trabajada mas sériamente por las heregías, que muy desde el principio habian empezado á combatirla. Las heregías eran como las sectas filosóficas del cristianismo. Era menester que las hubiera para que la controversia y la discusion depuráran mas la verdadera doctrina. En este sentido produjeron efectos saludables; porque ejercitaron el pensamiento manteniendo siempre despierta la inteligencia, y nada mejor probaba que el cristianismo ni aborrecia la luz ni esquivaba los debates de la discusion. Celoso se mostró tambien Constantino en ayudar á los prelados ortodoxos á estirpar las que entonces se propagaban por la iglesia de Occidente. En un concilio que hizo congregar en Arlés fué condenada la de los donatistas. Pero la que llegó á turbar mas profundamente, no solo la paz de la Iglesia sino tambien la tranquilidad del Estado, fué la famosa heregía de Arrio, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Hijo y del Padre, llamando á Cristo la primera de las criaturas. Hacemos espresa mencion de esta heregía, porque la veremos por siglos enteros ejercer una influencia poderosa, no ya solo en la parte religiosa, sino tambien en la política de los estados.

Penetrado Constantino de lo peligroso de esta doctrina, y en vista de la rapidez con que se propagaba y del ardor sedicioso con que era sostenida, convocó un concilio general en Nicea de Bitinia, á que concurrieron trescientos diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio: acaecimiento grande en la historia de la humanidad; tratábase nada menos que de discutir libremente en la asamblea mas respetable que se habia congregado jamás entre los hombres lo que éstos debian creer (325). Quiso tambien asistir el mismo emperador. La heregía de Arrio, condenada ya en otros concilios particulares, es anatematizada tambien en esta solemne asamblea. En ella se compuso el símbolo de la fé, que por mas de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie del globo.

Estrañamos ciertamente y sentimos que muchos historiadores estrange-

(1) Supónese en estas decretales que el emperador habia cedido al papa Silvestre y á sus sucesores la soberanía de Roma y de las provincias de Occidente. De aquí las pretensiones de los papas al señorío temporal.

ros, al nombrar los prelados que mas se distinguieron en este concilio por su sabiduría y su virtud, ó no hagan mérito alguno ó le hagan muy pasageramente del ilustre y venerable español, Osio, obispo de Córdoba, á pesar de haber sido el que tuvo la honra de presidirle en nombre del papa y por órden del mismo Constantino, y de ser á quien se atribuye la redaccion del símbolo de la fé. Omision indisculpable, en que desearíamos no entrase la intencion de oscurecer nuestras glorias; bien que, no pueden eclipsarse fácilmente glorias que pregonó el mundo entero (1).

Otro tanto nos vemos precisados á decir de los que afirman que á principios del cuarto siglo solo habia un corto y escaso número de cristianos en España, y que solo entonces comenzaron á dejarse ver obispos y pastores (2). Si tantos testimonios auténticos no certificáran del gran número de fieles que habia ya en España en el siglo III., si las actas de los mártires de aquel tiempo no estuvieran tan llenas de nombres españoles, y si no se hubieran hecho conocer ya en aquel siglo los nombres de tantos obispos, los unos como impugnadores de heregías, algunos, como Marcial y Basilides, en sentido menos favorable, acreditaríalo sobradamente el concilio de Illiberis, incontestablemente anterior al de Nicea, acaso tambien al advenimiento de Constantino, y tal vez celebrado en el año mismo de 300, segun Tillemont y los monges de San Mauro (3). Diez y nueve obispes asis-

(1) Con razon fué llamado Osio el padre de los obispos y el presidente de los concilios. Este virtuoso y sábio prelado, fué el alma de todas las asambleas religiosas de aquel tiempo y una de las antorchas mas luminosas que ha producido la España. Su contestacion á las cartas amenazantes del emperador Constancio, en la cual sostiene la separacion de las potestades eclesiástica y civil, es la obra maestra de la magnanimidad episcopal. Desterrado á Sirmich á la edad de cien años, se le presentó una fórmula arriana para que la suscribiese: para ello emplearon con el venerable anciano todo género de tormentos: y es objeto de la discusion de los críticos si realmente flaqueó y llegó á suscribirla, ó si despues de suscrita se arrepintió. San Atanasio le defiende de la calumnia de haber firmado su condenacion, y la mayor parte de los autores sostienen que murió en la comunion católica.—San Hilario, San Epifanio, Sócrates, Sozomeno, Aguirre, D. Nicolás Antonio, etc.

(2) «En Espagne, ce ne fut qu' au commencement du quatrième siècle qu' on vit s' elever quelques édifices pour la célébration du nouveau culte.... ce n' est qu' alors que paraissent les évêques et les pasteurs... Tous les actes de l' authenticité desquels on ne saurait douter témoignent du petit nombre de chrétiens que l' avénement de Constantin trouva en Espagne....» Charl. Romey, Hist. d' Espagn. Chap. X. Es mas estraño esto en un escritor ilustrado, que comunmente suele hacer justicia á las cosas de España, y que á renglon seguido conviene en que el concilio español de Illiberis fué por lo menos anterior al de Nicea, y que asistieron á él diez y nueve prelados, casi todos de la Bética. Si tan escaso era el número de los cristianos en España al advenimiento de Constantino, si no se habia hablado antes de obispos ni de pastores, ¿cómo tan de repente pudieron celebrar un concilio nada menos que diez y nueve ilustres prelados de una sola provincia?

(3) L' Art de verifier les dates.

tieron á esta célebre asamblea religiosa, y sin que estuviera ya muy difundida por España la doctrina de la fé, ni hubieran podido congregarse tantos dignos prelados, entre ellos el eruditísimo Osio, ni se hubieran hecho aquellos célebres cánones, aquellas disposiciones disciplinarias, en que se revela la fuerza que habia adquirido ya el cristianismo en España, á pesar de los obstáculos que una persecucion ruda y reciente habia opuesto á sus progresos (1).

Grandes novedades políticas introdujo tambien Constantino en el gobierno del imperio. Roma iba á perder en importancia política lo que estaba llamada á ganar en importancia religiosa. La que habia de ser ciudad de los pontífices y centro del mundo cristiano, iba dejando de ser poco á poco ciudad de los Césares y centro del mundo idólatra. Ya Diocleciano, residiendo fuera de Roma, la habia acostumbrado á pasar sin la presencia del emperador, y dividiendo el imperio entre Augustos y Césares habia roto la antigua unidad. Constantino va mas adelante todavía en menoscabo de la grandeza romana. Constantino, despues de residir alternativamente, en Roma, en Milan, en Treves, en Syrmium ó en Tesalónica, determina fijar su residencia en Bizancio. Desde allí podia el emperador observar con un ojo á los bárbaros de la Germania, con otro á los persas, los dos enemigos mas formidables del imperio. Desde allí podia estender sus dos brazos para recibir las riquezas de Oriente y de Occidente. Comienza pues á sentar allí los cimientos de una nueva capital (329). Los trabajos se emprenden y ejecutan con actividad mara-

(1) Aguirre, Collectio maxima conciliorum Hispaniæ.—Algunos cánones de este concilio merecen ser notados, por la idea que dan de la relacion en que estaban en aquel tiempo el antiguo y el nuevo culto en España. Se prohibe á los cristianos entrar en los templos de la idolatría, dar sus hijas en matrimonio á los gentiles, tener ídolos en sus propiedades, etc. Pero los duumviros cristianos deberán, durante el año de su magi tratura, abstenerse de entrar en las iglesias, porque los deberes de su cargo los obligan á asistir al menos á alguna ceremonia pagana. Infiérese que las magistraturas municipales las ejercian paganos, si bien los cristianos iban teniendo ya ingreso en ellas. El concilio huia de romper abiertamente con las autoridades constituidas; no se oponia á que los cristianos que desempeñaban oficios de república observáran el culto gentílico á que los forzaban los deberes civiles de su cargo, pero no queria que mezcláran los dos cultos. Por el cánon LX. se declaraba que no serian considerados como mártires los que fueran muertos en el acto de derribar un ídolo, porque el Evangelio no lo ordena, y los apóstoles no lo practicaban así. Conócese que los prelados del concilio querian evitar las temeridades á que un celo escesivo conducia á aquellos fogosos cristianos. Prohibíase la grangería á los obispos y sacerdotes, y se les prescribia la continencia. Dábanse otras muchas disposiciones pertenecientes á disciplina eclesiástica, y muy particularmente á la reforma de costumbres, y se establecian penas contra la usura, contra el homicidio, contra el adulterio, contra la bigamia, contra la prostitucion, etc. Se prohibió pintar imágenes sagradas en las paredes de los templos; acaso porque los infieles no acusáran á los cristianos de ser tambien idólatras, ó porque en las persecuciones no estuvieran expuestas á la profanacion.

villosa. Calles, plazas, palacios, pórticos, circos, termas, templos y basílicas se levantan como por encanto. Las estátuas de los héroes de Roma van á decorar los edificios públicos de la nueva ciudad, y todo el orbe es puesto en contribucion para llevar allí sus mas preciosos objetos artísticos. Establece un senado particular; créanse dignidades y magistraturas; allá concurren senadores, patricios, cortesanos, y tras ellos el pueblo de artesanos, y el pueblo de menesterosos, los unos á vivir de su industria, los otros de las liberalidades del emperador. En la nueva corte imperial se ostenta todo el fausto, todo el lujo de Oriente. Dedícase un templo suntuoso á la Sabiduría eterna con el nombre de *Santa Sofía*. La nueva poblacion, que al principio se ha nombrado como por modestia Nueva Roma, toma luego por adulacion el nombre de *Constantinópolis*, ó ciudad de Constantino (330). Aunque Roma no renunció á la supremacía imperial, revelábase ya que Constantinopla compartiría con ella la importancia de los sucesos del mundo. La voluptuosidad y la depravacion se apoderaron pronto de aquella segunda ciudad del imperio.

Siguiendo Constantino un sistema semejante al de Diocleciano, dividió el imperio en cuatro grandes prefecturas. La de las Galias comprendia tambien las provincias de Bretaña y las siete de España (1): el prefecto residia en la Galia: España era regida por un vicario, subordinado al prefecto, al cual iban las causas en apelacion.

Constantino separó el servicio militar de la administracion civil, y trasformó en funciones permanentes los cargos que hasta entonces habian sido pasageros y á manera de comisiones. Creó dos *maestres generales*, uno para la infantería y otro para la caballería, á los cuales subordinó treinta y cinco comandantes militares con los títulos de *duces* y de *comites*, de que las naciones modernas han hecho *duques* y *condes*. Ostentando la vana pompa de un soberano asiático, quiso rodearse de una aristocracia fastuosa, y entonces aparecieron los orgullosos títulos de *serenísimo*, de *ilustrísimo*, de *venerable*, de *vuestra excelencia*, *vuestra eminencia*, *vuestra alteza magnífica*, y otros con que distinguia las diversas gerarquías de los oficiales del imperio, y de que los pueblos modernos se han apoderado. Los oficiales de palacio tenian tambien sus títulos honoríficos como el *comes domesticorum*, el *præfectus sacri cubiculi*, y otros infinitos. Las tropas se dividian en *palatinas* y *fronterizas*. Las primeras, estacionadas en la corte y en las grandes ciudades, se desmoralizaban y afeminaban con la ociosidad, y escitaban ademas con sus pri-

(1) Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y las Baleares.

vilegios los celos de las que en las fronteras tenian que luchar todos los dias con los bárbaros. La admision de éstos como auxiliares contribuyó tambien á la desmoralizacion del ejército, y todas estas causas produ·ian el disgusto y horror de los romanos á la milicia, hasta el punto de mutilarse los dedos para huir del servicio militar. No solo fueron admitidos godos y germanos en las legiones, sino tambien en los oficios palatinos, y hasta en las primeras dignidades, y las magistraturas se fueron envileciendo de dia en dia.

Hizo por otra parte Constantino multitud de leyes saludables. Restituyó al senado las prerogativas de que le habian despojado sus antecesores; libertó al imperio de aquella milicia pretoriana que con tanta facilidad daba y quitaba coronas; castigó á los delatores que creyendo lisonjearle iban á denunciarle víctimas; condenó la bárbara costumbre de esponer los niños recien nacidos que sus padres no podian alimentar; dió edictos contra los parricidas, reprimió la insolente avidez de los grandes, protegió la manumision de los esclavos, y dictó otras muchas medidas humanitarias que fuera prolijo enumerar. Pero al propio tiempo veíasele entregar á los leones del circo los prisioneros de la cuarta campaña germánica, condenar á muerte de una manera misteriosa á su mismo hijo Crispo, y ahogar en un baño á su muger Fausta, la calumniadora de aquél, acusada ella á su vez de mantener relaciones vergonzosas con un criado de las caballerizas imperiales. Veíasele en el concilio de Nicea tener la modestia de permanecer en pie hasta que se sentáran los prelados, y por otra parte ostentar un lujo soberbio, impropio de un príncipe cristiano, yendo siempre cargado de oro y pedrería, y agravando para sostener aquel fausto con nuevas cargas á sus súbditos. Tal mezcla de virtudes y de vicios, y la circunstancia de haber sido un innovador religioso y político, ha sido causa de los juicios tan encontrados que de él ha hecho la historia.

Al decir de algunos, «supo combatir y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por la felicidad del mundo como Tito y Trajano, y hacer servir á la gloria del verdadero Dios todo el poder que de él habia recibido (1).» Al decir de otros, «no supo ni reprimir sus pasiones ni afianzar el imperio que habia conquistado, ni tuvo un talento estraordinario, y afeó sus buenas cualidades, con una ambicion desmesurada, con un natural feroz, con su prodigalidad y sus voluptuosidades (2).» Hay quien dice que «reinó diez años como buen príncipe, otros diez como un brigante, y los «diez restantes como un pródigo (3).» Otro, haciendo el paralelo de sus vir-

(1) Ducreux, Hist. del Cristianismo.
(2) Viennet.
(3) Victor el Jóven.

tudes y de sus vicios, afirma que siguió la senda inversa de Augusto, y que acabó como Augusto habia comenzado (1). Y ha habido quien ha llevado su audacia hasta negarle la cristiandad (2). Emitense juicios igualmente opuestos acerca de su muerte. A pesar de haber recibido el bautismo al fin de sus dias, y declarar al tiempo de morir que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar, no se libertó de que sospecháran algunos que habia muerto en la heregía arriana, asi por la confianza que á este heresiarca habia llegado á dispensar, como por su amistad con Eusebio de Nicomedia, y el destierro de Atanasio á Alejandría. Pero el senado romano le colocó en el número de los dioses, y la iglesia griega le aclamó apóstol y santo.

Nosotros creemos que es imposible despojar á Constantino del mérito de haberse puesto á la cabeza de la revolucion social mas grande, mas necesaria, y mas provechosa que se ha verificado en el mundo, y que en este sentido la iglesia y la humanidad le estarán siempre agradecidas, y la posteridad no podrá menos de contar entre los mas grandes monarcas de la tierra al que dejó encumbrada en el solio del mundo la religion que habia nacido en un pesebre.

Murió pues Constantino en el año 337 de J. C. á los 31 de su reinado. El pueblo dió pruebas evidentes de su dolor, y su cuerpo fué sepultado junto á la tumba de su madre Santa Elena, la que tuvo la dicha de hallar el leño santo en que habia sido crucificado el Redentor.

Constantino cometió el yerro de dejar dividido aquel mismo imperio por cuya unidad tanto en el principio habia trabajado. El pueblo y el ejército, disgustados de esta division, hicieron una horrible matanza en la familia imperial, comprendiendo en ella á dos hermanos, un cuñado y cinco sobrinos del emperador difunto. Solo se libraron de ella los dos sobrinos Galo y Juliano, y los tres hijos de Constantino en quienes quedó definitivamente compartido el imperio, á saber; Constantino, Constancio y Constante. Al primero de ellos le tocaron las Galias, la Bretaña y la España.

Habiendo estallado la guerra entre los dos hermanos Constantino y Constante, y perecido aquél en la lucha, quedó el segundo dueño de España y de las demas provincias que antes habian pertenecido á Constantino II. (340). Constante era cristiano y piadoso, y convocó el concilio general de Sardica, que presidió tambien nuestro Osio, obispo de Córdoba, y al que asistió igualmente el infatigable Atanasio (347), mientras los orientales disidentes, reunidos en Philipópolis, se vengaba en excomulgar á Osio, á Ata-

(1) Gibbon. (2) Escaligero.

nasio y al papa Julio. Pero Constante, al mismo tiempo inepto y vicioso, una tarde al volver de caza, su recreo favorito, se halló suplantado por Magnencio, que en un banquete se habia hecho aclamar por los soldados emperador. Huyendo Constante hácia España, fué alcanzado por las tropas de Magnencio, que á la falda del Pirineo le quitaron la vida (350).

Mientras esto acontecia en Occidente, y mientras en Oriente sostenia Constancio la guerra con los persas, el ejército de Iliria aclamaba Augusto á Vetranion, general anciano, que ni siquiera sabia escribir, pero que declaró no aceptar la púrpura sino para vengarse del usurpador Magnencio, como lo realizó en la famosa batalla de Murza, donde le derrotó completamente. En Roma se habia hecho aclamar emperador Nepociano. Asi andaba revuelto el imperio. Al fin logró Constancio quedar dueño único de todo el imperio como su padre Constantino (353). Pero Constancio favorecia la causa de los arrianos, que dió ocasion á la celebracion de tantos concilios, figurando honrosamente en casi todos nuestro Osio de Córdoba. Las revueltas de las Galias y las devastaciones de los francos y germanos movieron á Constancio á encomendar el cuidado de aquella guerra á Juliano, último descendiente de Constantino. Este hombre hábil y elocuente supo ganarse pronto la confianza del ejército, que acabó por aclamarle Augusto. Murió Constancio, y quedó Juliano señor del imperio (361).

Fué este Juliano el llamado *apóstata*, porque apostató de la fé cristiana en que habia sido educado, y no solo volvió al culto de los antiguos dioses, sino que promovió una reaccion en favor del politeismo, cuyos oráculos no dejaban todavía de consultarse en mucha parte del imperio. Tambien Juliano ha servido de original á retratos bien distintos, como suele acontecer á los príncipes reformadores. Los cristianos le han vituperado con razon en la parte que se refiere al restablecimiemto de la idolatría y al afan de rejuvenecer las creencias paganas que Constantino habia proscrito. Pero los cristianos que no veian en el emperador sino al *apóstata*, no al literato ni tal filósofo, acumularon sobre su cabeza enormidades en masa. Los incrédulos, por el contrario, le han ensalzado en demasía, llamándole otro Marco Aurelio, y habiendo quien le haya apellidado *el segundo de los hombres*: estos no han querido ver en él sino un filósofo con quien congeniarian, pero no han visto en Juliano el cínico, el burlon, el petulante; y de fanático y supersticioso le califica el mismo Amiano Marcelino, siendo un historiador gen il (1). Como enemigo de los cristianos, tuvo Juliano dos épocas; una de

(1) *Superstitiosus magis quam sacrorum legitimus observator*. Amm. Marc. En el siglo pasado Voltaire le llamaba *modelo de reyes*, y Montesquieu *el mas digno de*

tolerancia, en que quiso hacer el papel de un Constantino de los paganos, permitiendo la libertad de cultos, si bien favoreciendo el de los antiguos dioses como Constantino favorecia el de los cristianos: en una carta á Ecébola le decia: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galiléos (asi llamaba él siempre á los cristianos), y no tolerar que en manera alguna se violente á ninguno para que concurra á nuestros templos ni se los obligue con malos tratamientos á que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar:» ¿quién no vé aqui una imitacion afectada de Constantino? Pero tuvo su época de intolerancia, en que hizo á los cristianos una persecucion, mas corta, pero no menos encarnizada que la de Diocleciano. Viéronse horrores que hacen estremecer: por una ley que publicó en 362, tuvo la pequeñez de prohibirles la facultad de enseñar la retórica y las bellas letras. Ciertamente que cuando él subió al imperio la sociedad religiosa ofrecia ya un espectáculo bien triste: la heregía de Arrio lo habia invadido todo, y lo traia todo revuelto: los católicos celebraban concilios contra los arrianos, y los arrianos los celebraban contra los católicos; unos á otros se anatematizaban, y llegaban ya á no entenderse: los obispos se disputaban las sillas, y mútuamente se desterraban. Añadíase á esto los donatistas, novacianos, y eunomianos. No faltaba al desórden sino la rehabilitacion del paganismo, y esto hizo Juliano: aun hizo más; por odio á los cristianos constituyóse en protector de los judíos, y quiso que se reedificase el templo de Jerusalen, lo cual le impidió llevar á cabo un terremoto acompañado de erupciones volcánicas, porque estaba profetizado que no se volveria á levantar y era menester que la profecía se cumpliera. El desórden religioso habia llegado al mas alto punto.

Por fortuna de la cristiandad el reinado de Juliano fué corto; no llegó á tres años; y el politeismo murió con el mismo que habia querido resucitarle contra el torrente del siglo. Juliano fué el último emperador pagano. No sabemos cómo un hombre de sus talentos emprendió detener en su curso la revolucion ya inevitable de las ideas. Bien que era menester que el paganismo moribundo hiciera como los hombres un esfuerzo vigoroso antes de espirar. Muerto Juliano, el ejército á quien se habia vuelto momentáneamente el derecho de eleccion, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, que no la admitió, y en su lugar fué elegido Joviano, hijo de Vetranion (364): éste era cristiano, y como tál volvió la paz á la Iglesia. Tambien quiso dar la paz al imperio, pero la com-

cuantos han mandado á hombres. La Bletterie, á pesar de ser gran parcial de Juliano, le lisonjeó menos. Los filósofos franceses del siglo pasado disimularon poco su incredulidad y menos su apasionamiento á la filosofía anti-cristiana. Muy de otro modo y con mas tino le juzga el erudito Chateaubriand en sus Estudios Históricos, Disc. II. part. II.

pró de los persas por medio de un tratado vergonzoso en que les cedió cinco provincias. Reinó solo siete meses, y le sucedió Valentiniano, confesor de la fé en tiempo de Juliano. A poco de su elevacion se asoció al imperio su hermano Valente, á quien dió todas las provincias orientales, quedándose él con las de Occidente. Desde entonces se dividieron para siempre el imperio Oriental y el Occidental: Valentiniano estableció su córte en Milan, y Valente en Constantinopla. Valente era un arriano furibundo, y en sus dominios se encrudeció la persecucion contra los ortodoxos, inaugurándose con la muerte del venerable Atanasio, á quien Joviano antes habia restituido á su silla.

Otra persecucion de nuevo género se desplegó en el reinado de estos dos hermanos. La mágia y la hechicería se habian propagado prodigiosamente en estos últimos tiempos en que el paganismo espirante habia buscado todos los medios de herir las imaginaciones vulgares para sostenerse, y algo que sustituir á los milagros del cristianismo. Los dos emperadores atestaron las cárceles de súbditos acusados de ejercer encantamientos, y complacíanse en que los desgarráran las fieras: porque ambos eran tiranos y crueles, Valente por debilidad, Valentiniano por génio y por inclinacion. *Matadle*: esta era la fórmula con que fallaba las causas. Increible nos pareceria, si no lo dijera un historiador contemporáneo (1), que Valentiniano hiciera dormir junto á su cama dos feroces osas, llamadas *Inocente* y *Lentejuela de oro* (*Innoxia* y *Mica Aurea*), las cuales alimentaba de carne humana. ¡Y este era un cristiano!

Sin embargo, este hombre cruel á quien una sentencia de muerte por la mas leve falta en su servicio personal no costaba nada, este hombre que ordenó en una ocasion á sus lictores le llevasen las cabezas de tres magistrados por provincia, este hombre de las dos fieras por compañeras de dormitorio, ¡cosa rara y singular! hizo leyes sábias y justas para el imperio. Dió á las ciudades defensores de oficio, estableció médicos gratuitos en Roma para la asistencia de los pobres, creó escuelas públicas á semejanza de las universidades modernas, puso límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicacion de las órdenes monásticas, prohibió al clero aceptar legados testamentarios por el abuso que hacian de su oficio con los moribundos, castigó severamente el adulterio, disminuyó los impuestos y refrenó los desórdenes y vejaciones de los agentes del fisco (2). Las ideas civilizadoras del cristianismo luchaban en este hombre con la ferocidad de su carácter. Por algunas de sus leyes vemos tambien que el poder y la fortuna iba siendo un principio de corrupcion en los cristianos.

Se acerca el tiempo de las grandes irrupciones de los bárbaros: se aproxi-

(1) Amm. Marcel. lib. XXVII. y XXIX. (2) Códig. Theodos.

ma el gran suceso qae apresuró la caida del antiguo mundo. Valentiniano tiene que combatir contra los alemanes que se arrojan sobre la Galia. Aparecen los borgoñones salidos de los vándalos, y como enemigos de los alemanes se alistan con Valentiniano y le ofrecen un ejército de ochenta mil hombres. Los sajones y los francos se presentan de nuevo en las costas de la Galia: los pictos y los scotos devastan la Gran Bretaña. Un general español se hace conocer en esta guerra, Teodosio, el padre del que habia de ser emperador de Oriente. Teodosio liberta la Gran Bretaña, rechazando los bárbaros hasta el centro de la Caledonia. Los numidas y los mauritanos se revolucionan en Africa, y nombran un emperador. Acude Teodosio, y pone al príncipe moro en tal apuro, que le obliga á suicidarse. Teodosio liberta tambien el Africa. Por recompensa de sus servicios, el virtuoso español, el hábil general, el libertador de la Bretaña y del Africa es decapitado en Cartago, despues de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban tambien la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba á los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazon. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valentiniano II. Este era demasiado jóven, y aunque en la reparticion le tocó la Italia, la Iliria y el Africa, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fué el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasion de los bárbaros. Los godos, que habian permanecido fieles á la familia de Constantino, y que se habian ido multiplicando en los bosques y sujetando en torno suyo otras poblaciones bárbaras, tenian á su cabeza al viejo Hermanrico, que con mas de un siglo de edad iba todavía á los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvage del imperio civilizado. Los ostrogodos, ó godos del Este, habian cedido su preeminencia á los visigodos, ó godos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos, que despues de haber derrotado á los alanos se hallaron frente á frente con los godos. Las dos monarquías salvages, escita y tártara, iban á chocar una con otra, cuando murió Hermanrico asesinado por la familia de un gefe á cuya muger habia condenado á ser magullada por los cascos de los caballos (1). Un corto número de ostrogodos se aventuró á combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir á la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron á sus vencedores. Los visigodos, retirados hácia el Danubio, pidieron permiso á Valente, por medio de su obispo Ulfila, para es-

(1) Jornard. De rebus Géticis, c. XIV.

tablecerse á la orilla derecha del rio (375). Valente accedió á su peticion, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometian hacerse arrianos y defenderle, pero á condicion de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio, y los romanos se ocuparon dia y noche en trasladar á su imperio los que habian de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millon de individuos (1). Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquellos distribuidos en varias provincias. Las armas no les dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador, y asi pudieron conservar sus aceros.

Habia entrado en el trato que los romanos suministrarian víveres á los godos, pagándolos éstos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mugeres. En esto los ostrogodos pasaron tambien el Danubio sin pedir permiso á nadie: á la voz de Fritigernes, gefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos inmigrados; y un dia estando convidado Fritigernes á un festin por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelion en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetráran en la sala del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento, donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lupicino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno á cuyo ronco y triste sonido habia de desplomarse el Capitolio (2); empéñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvages, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados, y oprimidos después, se creen ya señores del imperio.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; á esta novedad Valente parte á toda prisa desde Antioquía, y solicita socorro de su sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntranse los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones deshechas y confusas caen atropelladas bajo los innumerables sables de los godos: una flecha hiere al emperador al cer-

(1) Amm. lib. XXXI.

(2) *Auditisque tristè sonantibus cornuis.* Amm. ibid.

rar la noche, retíranle á una cabaña, acométenla los godos, y hallando alguna resistencia préndenla fuego: el emperador con toda su régia pompa perece entre las llamas (1). Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo. Horrorosa fué la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando mas resistencia de la que habian pensado, estiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla, dejando asolado y desierto el pais por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente acometen á unos germanos, y los godos ven con horror á un sarraceno arrojarse sobre el cadáver de un godo que habia matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombraban de haber encontrado otros hombres mas bárbaros que ellos (378).

En este tiempo Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habian movido los germanos y alemanes, sin poder enviar á su tio los socorros que le habia pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entonces busca un general que sea capaz de resistir á torrente tan impetuoso: solo uno habia que pudiera desempeñar tan árdua mision, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España, retirado como otro Cincinnato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años antes habia sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se habia desterrado voluntariamente á España, su patria, habiendo ántes servido gloriosamente á las órdenes de su padre. Graciano llama á este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).

(1) *Cum regali pompa crematus est.* Jornand. cap. XXVI.

CAPITULO VI.

TEODOSIO EL GRANDE.

De 380 á 395.

Teodosio es sacado de su retiro para ensalzarle al trono imperial.—Restablece el valor y la disciplina del ejército.—Incorpora en él á los godos.—Conserva la tranquilidad en Oriente.—Emperadores de Occidente, Máximo, Graciano, Valentiniano II. y Eugenio. —Queda Teodosio emperador único en Oriente y Occidente.—Lucha del cristianismo y la idolatría.—Heregías en España. Prisciliano. Concilio de Zaragoza.—Teodosio y San Ambrosio.—Penitencia pública del emperador.—Edicto contra el paganismo.—Triunfo del catolicismo en el senado.—Costumbres del clero español.—Famosa decretal del papa Siricio, en respuesta á una carta del obispo de Tarragona.—Santos Padres.—Leyes de Teodosio.—Su muerte.—Division del imperio.

Con orgullo podrá citar siempre la España los tres emperadores que salieron de su seno, Trajano, Adriano y Teodosio. Españoles eran tambien los padres de este último, Teodosio y Termancia, asi como su primera muger Flacila. Hallábase Teodosio, segun hemos visto, tranquilo en su retiro, como otro Cincinnato, cultivando su patrimonio, y contento con su honesta medianía, cuando un emperador le busca para partir con él la púrpura imperial, como el único hombre capaz por sus talentos y su firmeza de salvar el imperio de Oriente, á punto de ser presa de los bárbaros. De ello se lisonjeaban ya los godos: «*Por lo que á mí hace*, decia uno de sus gefes, *estoy cansado de matar; y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que huye siempre delante de mí, se atreva todavía á disputarme la posesion de sus provincias y de sus tesoros.*» Pero llega Teodosio, y renovando los dias de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina del menguado y desconcertado ejército, acostumbra á sus soldados á oir sin susto los gritos de los salvages, los ejercita primero en la guerra de ardides y sorpresas, y

cuando ya los considera suficientemente aguerridos, los presenta delante de los bárbaros, y por fruto de sus ensayos anteriores recoge la victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones y rivalidades que existian entre ostrogodos y visigodos, entra en negociaciones con Atanarico, y le lleva á Constantinopla, donde le deslumbra con la grandeza de aquella ciudad imperial. Muere á poco Atanarico; Teodosio le manda hacer suntuosas honras, y atrae á su partido á los godos. Estos se comprometen á guardar los pasos del Danubio contra los demas pueblos, y Teodosio incorpora en las tropas imperiales mas de cuarenta mil bárbaros.

Teodosio conserva asi la tranquilidad del imperio de Oriente, pero ya quedan establecidos en el imperio los que habian de ser sus destructores; ya los godos y los hunos están al servicio de los príncipes que iban á esterminar (382). En palacio mismo admite á Estilicon, de la sangre de los godos. Ya el imperio, en la córte y en el ejército, iba siendo mitad bárbaro, mitad romano. Ahora obedecen á Teodosio; cuando falte Teodosio, serán ellos los señores y los obedecidos.

No gozaba la misma paz el Occidente. Máximo, soldado ambicioso, se habia hecho proclamar emperador en la Gran Bretaña (383). Viene en seguida á la Galia, acomete á Graciano, príncipe indolente y flojo, dado á la caza, y entregado á una guardia de bárbaros, y le quita el imperio y la vida. Máximo se hace reconocer por galos y españoles, y marcha sobre Italia. Pero San Ambrosio, obispo de Milan, viene á proponerle el pacífico goce de los antiguos estados de Graciano, y que no se le disputaria el título de emperador de Occidente en union con Valentiniano II., con tal que hiciese cesar la guerra. Máximo accede á las proposiciones de San Ambrosio, y Teodosio ratifica lo pactado. Máximo se asoció su hijo Victor, y los tres emperadores reinaron por espacio de cuatro años en aparente armonía. Pero el ambicioso Máximo declara de repente la guerra á Valentiniano, marcha sobre Roma y se apodera de ella. Valentiniano se refugia á Tesalónica, é implora el auxilio de Teodosio, que habia tomado por esposa á Galla su hermana. Teodosio toma las armas, vence á Máximo en la Panonia, le hace prisionero, y le manda decapitar en Aquilea (383). Restablece á Valentiniano en su trono, sin tomar nada para sí sino la gloria de haber derrocado al usurpador, y la de haber vengado á Graciano, á cuya generosidad debia la púrpura. Pero los hombros de Valentiniano eran incapaces de sostener el peso del imperio. Un franco llamado Arbogasto, hombre de gran bizarría, que habiendo puesto su brazo al servicio de Teodosio, se habia aprovechado de su privanza para trastornar el imperio de Occidente, tenia á Valentiniano como prisionero en su propio palacio, y era el que disponia de los empleos y oficios, asi civiles como militares, confiriéndolos todos á los

francos. Valentiniano quiso un dia hacer un esfuerzo de dignidad con Arbogasto, y á poco amaneció el emperador ahogado en su propio lecho. Arbogasto no quiso para sí la púrpura; vistió con ella á un hombre llamado Eugenio, que era profesor de retórica (392). Teodosio resolvió vengar la muerte de Valentiniano. Arbogasto y Eugenio se prepararon tambien á resistirle con un ejército de francos y alemanes. Teodosio con su acostumbrada celeridad pasa los Alpes Julianos, cae sobre Italia, encuentra el ejército de Arbogasto y Eugenio, y se traba la pelea: ya no son los romanos los que combaten en Roma; son bárbaros contra bárbaros; los soldados de Eugenio son francos y alemanes, los de Teodosio son godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saul y Alarico. Recia es la pelea y porfiada, pero las armas de Teodosio quedan triunfantes; Eugenio es hecho prisionero, y presentado á Teodosio, que le hace decapitar á su presencia. Arbogasto, desesperado, dos dias despues de la derrota se quita la vida hundiéndose en el pecho su tosco y pesado machete.

De esta suerte quedó Teodosio dueño único y absoluto de todo el imperio (394), que tuvo la gloria de conservar íntegro mientras vivió, sin que una sola provincia se desmembrára, teniendo siempre en respeto los bárbaros que le inundaban, y aun sirviéndose de ellos mismos para sostener el viejo edificio que iban á derribar: habilidad y destreza suma, que le mereció el sobrenombre de *Grande* con que ha pasado á la historia.

El reinado de Teodosio no fué solo notable por haber sabido mantener vivo y entero un cuerpo que encontró semi-cadáver, teniendo dentro de sí mismo el gérmen de la muerte y de la disolucion; lo fué mas todavía por la influencia que ejerció en la revolucion social, religiosa y política que se estaba obrando. Porque el viejo y caduco imperio sufria dos invasiones, una física y material que habian hecho los enjambres de bárbaros, otra moral y política que hacian las ideas religiosas. Teodosio con una mano sujetaba los bárbaros y reconstituia la unidad del imperio; con otra empuñaba la cruz y persiguiendo el politeismo y la heregía trabajaba por establecer la unidad de religion. Teodosio daba batallas y hacia códigos, destronaba emperadores y derribaba ídolos, protegia una religion de mansedumbre, y cometia actos de sangrienta crueldad, haciase señor del mundo y se prosternaba á los pies de un sacerdote.

Examinemos la historia de su reinado bajo este punto de vista, mas importante para la historia de España y del género humano, que las batallas y conquistas materiales. El cristianismo y el paganismo se disputaban el imperio del mundo por medio de las ideas, como la barbarie y la vieja civilizacion se le disputaban por medio de las armas. Estamos ya en un tiempo en que los obispos empezaban á tener mas influencia y mas importancia que los generales. Las disputas de religion ocupaban mas que las ac-

ciones de guerra. Era la lucha del antiguo mundo con el mundo nuevo. El catolicismo tenia que pelear no solo con los dioses del viejo Olimpo sino tambien con las nuevas heregías, y el arrianismo principalmente se hallaba estendido y pujante en una buena parte del imperio. Algunos emperadores habian sido ardientes arrianos. Teodosio era católico, y contra la costumbre de aquel tiempo de esperar á bautizarse al fin de la vida, costumbre que condenan San Gerónimo, San Agustin y otros, Teodosio se hizo bautizar por el obispo de Tesalónica durante la guerra contra los godos. En seguida dió un famoso edicto en favor de la religion católica, y terminada la guerra de los godos pasó á Constantinopla, que era como el foco y asiento del arrianismo, y ordenó á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, ó que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofía y las demas iglesias á los sacerdotes católicos (380). San Gregorio Nacianceno fué instalado en la silla por el mismo emperador en persona rodeado de sus guardias. La resistencia de los arrianos produjo la proscripcion del arrianismo en todo el Oriente. Teodosio convocó un concilio general en Constantinopla, y en él se confirmó el dogma de la consustancialidad (382). No bastó el poder político para dejar á San Gregorio tranquilo en su silla, y cansado de luchas y de disgustos, de envidias y de intrigas, se retiró á su oscura soledad de Capadocia (1). Multitud de edictos imperiales ordenaban la ejecucion de los decretos del concilio, y la confiscacion y el destierro se empezaron á emplear contra los hereges inobedientes.

Mientras esto pasaba por parte de Teodosio, Maximo, aquel usurpador

(1) No podemos resistir á copiar la tierna despedida que San Gregorio hizo á la ciudad de Constantinopla al dejar la silla patriarcal, como un modelo de sentimientos piadosos, y como una muestra de la elocuencia cristiana de aquel tiempo.

«Adios, decia, aldea de Jebús, de que hemos hecho otra Jerusalen. Adios, santas moradas, que abarcais los diversos barrios de esta metrópoli, y sois como el lazo y el punto de reunion de ella. Adios, apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, ornado con las virtudes y con la edad de los sacerdotes. Adios, vosotros todos ministros del Señor, que os acercais á él en la santa mesa cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, piadosas desposadas, castas vírgenes, mugeres modestas, asambleas de huérfanos y de viudas, pobres que levantais vuestros ojos hácia Dios y hácia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me habeis socorrido en mi enfermedad. Adios, barras de esta tribuna, tantas veces forzadas por los que se agolpaban á oir mis discursos...... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo.... Adios, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fuí oprimido. Pero adios especialmente vosotros, ángeles custodios de esta iglesia, que protegisteis mi presencia y protegereis mi destierro. Y tú santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo; compréndate, á fin de que yo sepa que crece cada dia en saber y en virtud.»

del imperio de Occidente, católico tambien, llevaba todavía mas lejos el celo religioso. Diversas heregías habian cundido en España, entre ellas la de los priscilianistas, sostenida por Prisciliano, obispo de Avila. Máximo hizo celebrar un sínodo de obispos que le juzgase á él y á sus cómplices, y Prisciliano, obispo, con dos sacerdotes y dos diáconos, un poeta y una viuda, sufrieron la pena capital (1). Máximo fué el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. San Ambrosio, obispo de Milan, y San Martin de Tours condenaron estas crueldades. San Ambrosio se negó á toda comunicacion con Máximo. Examinémos el carácter y conducta del venerable obispo de Milan. Prescindamos del dictado de Santo que luego mereció. Considerémos en él las ideas de libertad, de independencia, de humanidad y de tolerancia: mirémosle como un ciudadano, como un político conforme á los principios de la nueva religion. Hemos visto su entereza con Máximo; el obispo católico no quiere comunicar con el emperador católico, porque Ambrosio condena en nombre de la religion la crueldad y la efusion de sangre. Veamos cómo se condujo con Teodosio.

Habian ocurrido desórdenes en Antioquía y en Tesalónica: en la primera ciudad habian destruido las estátuas de Teodosio, de su padre, y de toda su familia (387). En Tesalónica el pueblo habia asesinado al comandante de la guarnicion (390). Teodosio dió órden de esterminar la ciudad, y la revocó cuando ya se habia ejecutado. La muchedumbre fué lanceada por las tropas: grande y horrible fué la carnicería. Ambrosio tuvo noticia de esta matanza en Milan, y retirándose á la campiña escribió al emperador: «No me atrevería á ofrecer el sacrificio si asistieseis á él. Lo que me prohibiría la sangre derramada de un solo inocente, ¿lo podré hacer con la de tantas víctimas? (2)» Hízole sensacion á Teodosio esta carta: quiso entrar en la

(1) Prisciliano, nacido en Galicia, de familia noble y rica, hombre intrépido, facundo, erudito, se habia empapado en las doctrinas de los gnósticos y maniquéos, que le enseñaron Elpidio, maestro de retórica, y Agape, señora no vulgar, y las difundió en la iglesia de España. Afectando humildad en el trage y en las palabras, se captaba cierto respeto, y consiguió que tomáran su defensa algunos obispos, entre los que sobresalieron Instancio y Salviano. La heregía tomó tal fuerza que fué ya necesario congregar el concilio de Zaragoza, en que se condenó á los obispos mencionados, á Prisciliano y Elpidio. Los prelados pervertidos se reunieron y nombraron á Prisciliano obispo de Avila, pero encontró resistencia en el metropolitano y en los demas obispos. El emperador Graciano mandó despojarlos de sus iglesias, que les restituyó despues por empeños del maestre de palacio Macedonio. Máximo los sujetó al concilio de Burdeos: Prisciliano apeló del juicio de los obispos al César, y fué llevado á Tréveris: San Martin de Tours medió para que no fuese condenado á muerte, mas habiéndose ausentado el santo de la ciudad, se abrió nuevamente el proceso, y Prisciliano fué degollado.

(2) Ambr. Epist. LI.

iglesia; salióle al encuentro en el vestíbulo un hombre que le detuvo diciéndole: «Has imitado á David en su crimen, imítale en la penitencia (1).» Este hombre era Ambrosio. «Si Teodosio, le decia á Rufino, quiere trocar el imperio en tiranía, yo moriré gustoso.» La voz del sacerdote era la voz del cristianismo que se levantaba á condenar la tiranía, cualquiera que fuese el que la ejerciera; era la voz de la humanidad, eran los principios del Evangelio, espresados por la boca de un hombre enérgico que sabia apreciar su dignidad, la dignidad de una religion que establece la igualdad entre los hombres y que no conoce grandes ni pequeños para condenar los crímenes. Jamás en ninguna república pudo llegar á mas alto punto la entereza y el heroismo de un ciudadano en la condenacion de la tiranía: y es que la religion la condenaba con él. ¡Sublimidad de la política del cristianismo! Teodosio hizo penitencia pública en la catedral de Milan, despojado de las insignias del poder supremo, y San Ambrosio le absolvió, obteniendo antes una ley para que se dejase siempre un término de treinta dias entre la sentencia de muerte y su ejecucion, para que no fuese obra de la cólera y del arrebato. A pesar de la magnanimidad de aquel acto, no falta quien opine que el sacerdocio pudo haber humillado menos la magestad.

Dióse en el reinado de Teodosio el último combate entre la nueva y la antigua religion; la lid fué la mas interesante de cuantas han presenciado los pueblos: los dioses del Capitolio se defendian contra la fé del Crucificado, el politeismo contra la unidad: el espectáculo era interesante; tratábase de la caida de una religion y de una sociedad antiguas, y del establecimiento de una nueva religion y de una nueva sociedad: en esta solemne lucha tomaban parte todas las clases del Estado, senadores, ministros, hombres de guerra, historiadores, filósofos, poetas, sacerdotes de uno y otro culto, oradores, todos lidiaban, disputándose palmo á palmo el terreno, los unos en defensa de antiguas y desacreditadas divinidades, los otros en la de un solo y verdadero Dios. La verdad iba á triunfar sobre la envejecida fábula. La idolatría habia sido condenada ya por los pueblos, los ejércitos de los bárbaros hacian ya templos de sus tiendas, y las legiones romanas se burlaban de los antiguos dioses: cuando se derribó la estátua de Júpiter, los soldados arrancaban los rayos de oro que circundaban su cabeza, y los guardaban diciendo que con tales rayos deseaban ser heridos (2). Teodosio proscribió ya solemnemente un culto que Constantino habia empezado suavemente á abolir, y que Juliano no pudo sostener porque estaba herido de muerte.

(1) Paul. in Vit. Ambros.

(2) S. August. De Civitat. Dei, lib. V. cap. XXVI.

«Prohibimos, dice Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera hasta la última clase, inmolar víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Prohibimos los sacrificios de adivinacion por las entrañas de las víctimas.» Pero ya no era necesario tanto: la luz habia venido, y las tinieblas tenian que disiparse. No era menester el mandato, bastaba la discusion.

Curiosa fué la cuestion que Teodosio presentó al senado. «¿Qué Dios deben adorar los romanos, á Cristo ó á Júpiter? (1).» Defendia la causa de Júpiter el prefecto Simmaco, grande orador, la de Cristo la sostenia San Ambrosio, orador no menos distinguido. La mayoría del senado condenó á Júpiter. El poeta cristiano Prudencio describe asi la conversion de Roma: «Hubiérais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, «trasportados de alegría, á aquel senado de ancianos Catones, conmovidos «al vestirse el manto de la piedad, mas cándido que la toga, y al depo«ner las insignias pontificales. A escepcion de unos pocos que permanecieron «en la roca Tarpeya, precipitanse todos á los templos puros de los naza«renos, y la estirpe de Evandro corre á las fuentes sagradas de los após«toles (2).» Cayeron, pues, los templos paganos bajo la fuerza intelectual de la idea religiosa que habia penetrado en los entendimientos de los hombres. Este fué el grande acaecimiento del reinado de Teodosio. El imperio habia de caer tambien pronto envuelto en la púrpura de sus príncipes.

Entretanto en España luchaba tambien el viejo con el nuevo culto, costando trabajo á algunos desprenderse de los antiguos hábitos y preocupaciones; que siempre han sido los españoles tenaces en conservar sus costumbres. Pero la guerra mas viva era la que se hacian entre sí hereges y católicos. Varios obispos se habian hecho priscilianistas; perseguianlos y los denunciaban otros obispos, como Itacio ó Idacio, con exaltado celo. Los sectarios de Prisciliano cada vez se mostraban mas atrevidos y ardientes. No sirvió que fueran condenados en el concilio celebrado en Zaragoza (381): no sirvió que Graciano los echára de los templos y de las ciudades: no sirvió que Máximo convocára contra ellos otro concilio en Burdeos: no sirvió que Prisciliano con otros de sus secuaces sufriera la pena de muerte; el fuego de la heregía no se apagó, antes creció mas su incendio; los cadáveres de Prisciliano y sus compañeros de suplicio fueron adorados como mártires; lo que produjo graves alteraciones entre los prelados. Máximo, viendo las discordias que ardian entre los obispos cristianos de España,

(1) Zosim. Hist. lib. IV.

(2) *Exultare patres videas*, etc. Prudent. contra Symmacum.

pensó enviar á ella *tribunos pesquisidores*, con facultad de confiscar y aun de quitar la vida á los que fuesen tenidos por hereges; especie de tribunal inquisitorial, que merced á los esfuerzos de Martin obispo de Tours no llegó á establecerse en España. Pero estaba reservado al primer emperador que hizo derramar sangre por opiniones religiosas ser el primero tambien que concibió el ominoso pensamiento de un tribunal que andando el tiempo la habia de verter á raudales.

El clero español habia comenzado tambien á relajarse en sus costumbres. En el canon VI. del concilio de Zaragoza, se escomulgaba á los clérigos que pretendian hacerse monges por vanidad, y por tener mas licencia de hacer lo que quisiesen (1). Himerio, obispo de Tarragona, viendo lo relajadas que andaban ya la disciplina eclesiástica y las costumbres de los cristianos, escribió una carta al pontífice Dámaso, consultándole sobre los desórdenes que se habian introducido en España. Muerto Dámaso, le respondió el papa Siricio su sucesor, de cuya carta, que es un célebre documento, son notables las prevenciones siguientes: «que nadie pueda casarse con la que está desposada ya con otro y ha recibido la bendicion del sacerdote: que los monges y monjas que sin atender á su voto y estado faltan á la castidad sacrílegamente viviendo como si estuviesen casados, sean escluidos de la comunion hasta el fin de la vida, y que entonces se les dé el viático de misericordia: que á los ministerios eclesiásticos solo sean admitidos los de buena vida y costumbres, y los que solo se hayan casado una vez; que con los clérigos no viva muger alguna, sino las que permite el concilio Niceno (2).» Asi decia ya San Gerónimo: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver mas libremente á las mugeres. Cuidan mas principalmente de su vestido, de peinar la cabeza con mucho esmero y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro: las sortijas brillan en sus dedos: andan de puntillas; de suerte que mas os parecerán jóvenes recien casados que clérigos (3).» Estiéndese el santo padre en otras descripciones de este género en prueba de la corrupcion que se notaba ya en las costumbres de los sacerdotes. Habia sin embargo un gran número que eran ejemplo de pureza y de virtud.

Tenia en aquel tiempo la doctrina ortodoxa para luchar con el politeismo y con la heregía campeones ilustres, sábios elocuentes y vigorosos, obispos filósofos, prelados insignes en letras y en virtudes, apóstoles infatigables, que con la pluma, con la palabra y con el ejemplo, combatian

(1) Aguirre, Coleccion de Concil. Tom. II.

(2) Esta decretal es la primera que se encuentra en las colecciones antiguas de la iglesia latina, y la primera que los sábios reconocen por verdadera.

(3) Fleury, Hist. eccl. tom. 4. cap. XVIII.

enérgicamente los antiguos y los nuevos errores con que tuvo que lidiar el catolicismo, que desafiaban con valentía la persecucion, que hablaban con independiente entereza á príncipes y gobernantes, y que ilustrában al mundo y derramaban por todo el orbe la fé y la civilizacion. Desde el obispo Atanasio de Alejandría, el varon incontrastable modelo de perseverancia y de firmeza, hasta el prelado de Hipona Agustin, el inimitable autor de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*, hubo una série y sucesion de varones virtuosos y de clarísimos ingenios, que imprimieron á los espíritus un movimiento prodigioso por todo el mundo entonces conocido, y le iluminaron con sus brillantísimos discursos y sus eruditas discusiones, enseñándole la verdad y encaminándole hácia el bien. Tales fueron los Crisóstomos, los Gregorios de Nazianzo y de Niza, los Osios, los Basilios, los Ambrosios, los Gerónimos, y otros ilustres y eminentes sábios, que recibieron el honroso nombre de Padres de la Iglesia, y que podríamos llamar tambien los santos filósofos del cristianismo. A ellos se debió en gran parte el triunfo de la doctrina civilizadora, y el descrédito en que fueron cayendo las antiguas creencias que habian tenido oscurecida la humanidad

Volvamos ahora á Teodosio.

Le hemos visto como guerrero sostener el imperio sin dejar perder una sola provincia ni una sola pulgada de territorio, como favorecedor de la religion cristiana dejarse arrebatar muchas veces de su ardor hasta la violencia. Como legislador civil, dictó multitud de leyes, que le ganaron verdaderos títulos de gloria. Descúbrese en muchas de ellas un espíritu de sabiduría, de justicia y de humanidad, que merecen cumplida y especial recomendacion. Puede servir de ejemplo la siguiente: «En cuanto á los que «se hallan detenidos en las cárceles, ordenamos que no se omita medio «para apresurar la libertad de los inocentes, y que no se cometa la injusti«cia de prolongar la detencion de los culpables, que seria agravar su pena. «A los carceleros y otros agentes de la justicia que se propasasen á violen«cias ó estorsiones contra los presos, queremos que se les imponga las pe«nas mas severas. Los administradores de las casas de detencion, que no «presenten cada mes un estado exacto de los presos, con expresion de su «edad, naturaleza de su delito y duracion de la pena á que cada uno está «condenado, quedan obligados á pagar á nuestro tesoro una multa de veinte «libras de oro: y el juez que por negligencia condenase un proceso, paga«rá una multa de diez libras de oro sin remision.» Admirable ley, que desearíamos ver cumplida despues de mil quinientos años. Otras disposiciones no menos recomendables de este ilustre príncipe pueden verse en el Código Teodosiano.

A vueltas de los defectos que hemos hecho notar, amigos y enemigos solian hacer justicia á sus virtudes. Aun daba lugar su edad á concebir mas venturosas esperanzas, cuando falleció en Milan el último emperador que habia sabido dirigir con robusta mano el imperio (395). Lo peor fué que lo dejó encomendado á sus dos tiernos é inexpertos hijos, Arcadio y Honorio, al primero como emperador de Oriente, como emperador de Occidente al segundo: separacion que será ya definitiva (1).

(1) Orosio, Zosimo, Idacio, Marcelino, con él su historia, y otros. San Ambrosio, Aurel. Victor, que acabó

CAPITULO VII.

LOS BARBAROS.

De 395 á 414.

Arcadio, emperador de Oriente, Honorio de Occidente.—Debilidad de estos dos príncipes. —Irrupcion de bárbaros en el imperio.—Los godos. Alarico.—Sus primeras invasiones por Oriente.—Invade la Italia.—Es derrotado dos veces por Estilicon, ministro y general de Honorio.—Se retira.—Nueva irrupcion de bárbaros.—Vándalos, suevos, alanos, borgoñones, godos.—Gran derrota de los bárbaros en Florencia.—Emperadores intrusos en las Galias y en España. Guerras civiles.—Nueva aparicion de Alarico en Italia.—Sitio de Roma.—Impuesto que exige á la ciudad. Humillacion de los romanos.—Segundo asedio de Roma por Alarico. Obliga al senado á aceptar un emperador que él nombra.—Sitia Alarico á Roma tercera vez.—Entran los godos en la ciudad de los Césares. —Horroroso saqueo y destruccion de estátuas y de preciosos objetos artísticos.—Manda Alarico respetar los templos cristianos. Conduce en procesion los vasos sagrados.—Retirada de Alarico.—Su muerte.—Sucédele Ataulfo.—Su matrimonio con Placidia, hermana del emperador romano.—Ruptura entre Ataulfo y Honorio.—Invasion de los bárbaros en España. Vándalos, suevos, alanos.—Gran desolacion en España.—Repártense las provincias.—Venida de Ataulfo y de los godos.—Disolucion móral del imperio romano.—Se inicia en España la dominacion de los godos.

Un solo hombre habia estado deteniendo la caida del imperio. Muerto este hombre, el viejo y minado edificio iba á venir á tierra, parte desmoronándose, parte desplomándose con estrépito.

Parece que la Providencia no queria dar á cada familia imperial sino un nombre ilustre, para que los grandes de la tierra no se envanecieran. Marco Aurelio, modelo de príncipes, dió al mundo un hijo, tipo de corrupcion y de perversidad. Los hijos de Constantino estuvieron lejos de heredar la grandeza de su padre; y al gran Teodosio le suceden sus dos hijos Arcadio y Honorio, el primero pequeño, miserable y estúpido, el segundo desidioso, ligero y desatentado: Arcadio dominado por una muger y por un eunuco, y Honorio entregado á un tutor de la raza alana, y contento con casarse sucesivamente con

las dos hijas de Estilicon, que supo aprovecharse bien de la inercia y de la imbecilidad de su imperial yerno. Tales eran los dos soberanos del imperio en la ocasion en que mas hubiera necesitado éste de manos robustas y vigorosas.

Los bárbaros habian estado contenidos por Teodosio como un torrente detenido en su marcha por un fuerte dique: roto el dique con la muerte de Teodosio, el torrente se desborda y precipita. El godo Alarico, de la familia de los Baltos, que quiere decir osado y valiente, la mas ilustre entre ellos despues de la de los Amalos; Alarico, que habia sido aliado de Teodosio, y elevado por él al empleo de maestre general de la milicia, con pretesto de verse mal recompensado por la córte de Arcadio, sale del territorio que ocupaba, y con sus masas de godos invade y devasta la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia (396). Pasa el desfiladero de las Termópilas y penetra en la Grecia. El pais de los sábios y de las bellas ficciones ve hollados sus campos y sus ciudades por las plantas de los bárbaros, que siembran el espanto y la desolacion desde el golfo Adriático hasta el mar Negro. Arcadio asombrado concede á Alarico la soberanía de la Iliria, y sus hordas le proclaman rey con el título de rey de los visigodos. De este modo se encuentra ya establecido un nuevo poder en el antiguo imperio romano.

Alarico, ya rey, medita otra espedicion. Esta vez la nube va á descargar sobre el Occidente. El gefe de los visigodos endereza sus pasos á Italia (402), que se llena de terror al saber que ha traspuesto los Alpes Julianos. El ruido de la tempestad despertó á Honorio, que permanecia adormecido en el palacio de Milan. Su primer pensamiento fué huir, y hubiéralo hecho á no haberle detenido Estilicon, que se encargó de reunir por sí mismo un ejército para hacer frente al formidable bárbaro. El tutor de Honorio encontró al ejército godo acampado en Polentia. Era la fiesta de la pascua, y aquellos godos, cristianos yá, rehusaban entrar en combate por respeto á la festividad (1). No tuvo Estilicon el mismo miramiento, los atacó, y les causó una completa derrota (403). Cayeron en su poder la esposa y los hijos de Alarico, que al fin le fueron devueltos á condicion de que saliera de Italia, recibiendo ademas una pension del soberano del imperio. Todavía quiso Alarico sorprender á Verona, pero noticioso de ello Estilicon, cayó otra vez sobre él de improviso, y le derrotó de nuevo. Entonces Alarico con el resto de sus hordas se resolvió á salir de Italia. Ya un alano, Estilicon, era el único capaz de defender el imperio de Occidente contra otros bárbaros, que enseñaban á Italia la facilidad conque se franqueaban sus barreras.

Por mas que Honorio pasára á Roma á hace un vano alarde del triunfo en

(1) Claud. de Bell.—Getic.—Orosio, lib. VII, cap. 37.

que ninguna participacion habia tenido, ya no se contempló seguro ni en Roma ni en Milan, y sin perjuicio de fortificar los muros de la ciudad del Capitolio tuvo por mas prudente ir á cobijarse en Rávena.

Ni el temor habia sido infundado, ni inútiles las precauciones. No habian pasado dos años cuando de las riberas meridionales del Báltico se desgajaron precipitándose sobre Italia mas de doscientos mil guerreros, vándalos, suevos, borgoñones, que reforzados por el camino con otras hordas de godos, de alanos, y de otras razas y tribus, mandados todos por Radagaso, cruzaron la Pannonia y los Alpes, salvaron el Apenino, y talando las campiñas y las ciudades etruscas, pusieron sitio á Florencia (405). Allí acudió tambien el bravo Estilicon, con treinta legiones, llevando igualmente en ellas muchos bárbaros auxiliares. La batalla que se dió fué terrible y sangrienta. Estilicon volvió á quedar victorioso: dícese que murieron hasta cien mil de los invasores: Radagaso fué hecho prisionero y decapitado: muchos de los que fueron vendidos como esclavos perecieron pronto, no acostumbrados á aquel clima (406).

Estilicon, que ya no cuidaba sino de preservar la Italia, deja á los suevos, los vándalos y los alanos descolgarse sobre las Galias, donde pelean con los francos, y devastan por espacio de tres años el pais. La nube que España vió levantarse á lo lejos allá en el Norte en tiempo de Decio, va aproximándose á su horizonte, y ya se oye mas de cerca el ruido del trueno.

Aprovechando el general desórden las legiones de la Gran Bretaña, nombran emperador á un tal Marco, pero le asesinan en seguida para reemplazarle con Graciano, quien á su vez sufre á los pocos meses la misma suerte, y es sustituido por un soldado llamado Constantino, que sin duda por una miserable imitacion del gran príncipe de su nombre llamó tambien á su hijo Constante y le decoró con el título de César (407). Pasa Constantino á las Galias, y se apodera de una gran parte de aquel territorio que Honorio no podia ya defender. Franquea Constante los Pirineos con objeto de hacer reconocer á su padre en la Península española. Alármase una parte del pais: dos ilustres españoles hermanos, Didimio y Veriniano, de Palencia, de una familia ligada con la de Teodosio, toman las armas en defensa del soberano legítimo; pero batidos por Constante y hechos prisioneros, son conducidos á Arlés, donde Constantino tenia un simulacro de córte, y pagan allí con la vida su devocion á la familia imperial. Estos triunfos valieron á Constante el título de Augusto, que compartió con su padre. En esto Geroncio, á quien aquél habia dejado encomendado el gobierno de España, se subleva tambien contra Constantino, y con las tropas que tenia á sus órdenes y con el auxilio de los habitantes de los vecinos paises, proclama emperador á un tal Máximo; nuevo desórden, y nueva guerra: así se jugaba ya con la púrpura.

Mientras tales contrariedades esperimentaba el débil Honorio en Bretaña, en las Galias y en España, vuelve á aparecer en las fronteras de Italia el feroz Alarico al frente de nuevas bandas guerreras, tan imponente como si antes no hubiera sufrido revés alguno (408). Esta vez se presenta el bárbaro aparentando respetar á Honorio, y prometiendo marchar á las Galias contra Constantino, siempre que le den dinero y le cedan la soberanía de alguna provincia occidental. Estilicon, que traia en su mente proyectos sobre los estados de Arcadio, acoge ahora la amistad del rey godo, y arranca al senado el consentimiento de entregar á Alarico cuatro mil libras de oro y de encomendarle la defensa de las fronteras italianas. Este proceder de Estilicon le atrae el resentimiento de las legiones que asi se veian postergadas, é irrita á algunos senadores que todavia conservaban un resto de energía y de amor patrio. Explota estas disposiciones un tal Olimpio, y á una señal suya las tropas romanas degüellan á todos los amigos de Estilicon: él se refugia á Rávena, se acoge á los altares, es arrancado del sagrado asilo, y con su hijo Eucherio es condenado á muerte, que sufre con la misma serenidad y valor que habia mostrado en las batallas.

¿Quién puede detener ya á Alarico? Nadie. Las tropas auxiliares de Honorio, que solo servian en las filas romanas por afecto á Estilicon, se pasan á las del rey godo en número de treinta mil. Con esto el bárbaro no vacila ya sobre el partido que ha de tomar. Ya no hay para él compromisos de amistad ni de alianza; habla á sus hordas de los ricos despojos que encierra la antigua capital del mundo; levanta su campo; marcha de ciudad en ciudad, y pronto coloca sus tiendas ante los muros de Roma. «A donde vas?» —le habia preguntado en el camino un ermitaño.—«*Dios lo sabe*, respondió Alarico: *siento dentro de mí una voz secreta que me dice: «anda, y ve á destruir á Roma.*» Cerca de setecientos años hacia que Roma no habia visto acercarse á sus puertas ejércitos estrangeros. ¡Cuán otra era Roma cuando vió flotar las banderas de Cartago! ¿Quién resistirá ahora á este Aníbal del Septentrion? ¿Qué se han hecho los Fabios y los Escipiones?

Un riguroso asedio va reduciendo á la inmensa muchedumbre que se albergaba en la ciudad de Rómulo al estremo de apurar hasta los alimentos mas repugnantes. Estenuadas del hambre se caian ya las gentes, y los cadáveres infestaban las calles y las plazas. De la ciudad que habia enseñoreado todo el orbe, salen dos diputados á pedir la paz á un rey bárbaro. Toda via trataron de infundirle algun respeto diciéndole: «*Mira que aun hay en Roma inmensa muchedumbre de gente.—Mejor*, contestó el bárbaro, *cuanto mas espesa nace la yerba mejor se corta.*» Y les pide todo el oro y toda la plata y cuantos objetos preciosos encierra la ciudad, y la libertad de todos

los esclavos bárbaros.—*Entonces*, le preguntaron los diputados, *¿qué nos dejas?—La vida*, les contestó Alarico. Tasóles al fin la contribucion que habian de aprontarle, reduciéndola á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, otras tantas de pimienta, cuatro mil túnicas de seda y tres mil piezas de púrpura. No pudiendo los romanos completar el precio del rescate, acordaron despojar las imágenes de los templos, y fundieron las estátuas de oro de la *Virtud* y del *Valor* (1). Asi derribaban ellos mismos sus idolos: y en cuanto al *Valor* y la *Virtud*, ¿para qué querian los que no tenian ya ni virtud ni valor las imágenes que los representaban?

Retiróse por entonces satisfecho Alarico (409), cargado de oro, y engrosadas sus bandas con cuarenta mil bárbaros rescatados en Roma; y retiróse como aquel que tiene la generosidad de perdonar lo que está en su mano destruir. Pero no tardó en volver á humillar de nuevo á aquella en otro tiempo tan orgullosa ciudad. Irritado de que el impotente Honorio, siempre cobijado en Rávena, hubiera hecho jurar á los oficiales del imperio que no transigirian nunca, antes harian guerra implacable al godo, presentóse otra vez Alarico delante de Roma, y con una moderacion que no era de esperar de un bárbaro poderoso y ofendido, contentóse con obligar al senado á reconocer por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Puso el senado humildemente la desacreditada púrpura en los hombros de quien Alarico le designaba, y el nuevo Augusto correspondió al que le hacia emperador dándole el mando de los ejércitos de Occidente, y el de sus guardias á Ataulfo, cuñado de Alarico, con el título de conde de los Domésticos.

¿Pero era el destino de Roma ser solamente humillada? ¿Qué era lo que habia dicho á Alarico aquella voz secreta á que no podia resistir? «*Anda, y ve á destruir á Roma.*» Sonó, pues, la hora de cumplirse el destino de la ciudad eterna. Entretenido estaba el imbécil Honorio en Rávena en cuidar una gallina que llamaba *Roma*, (¡apenas puede concebirse tanta degradacion!), mientras la ciudad de Rómulo caia en poder de Alarico. El 24 de agosto del año 410 de Jesucristo, á los 1163 años de su fundacion, los estandartes godos plantados en lo alto del Capitolio anunciaron que la ciudad de los Césares habia pasado á otro dueño, y que una nueva raza de hombres entraba en posesion del mundo antiguo. La depredadora del universo fué á su vez saqueada por aquellas turbas feroces, y la que se habia jactado de subyugar el mundo entero, se vió entregada por espacio de diez y seis dias al furor de una soldadesca bárbara. Por la espada pereció la que por la espada se habia engrandecido.

(1) Zosim. lib. V.

Parecia haberse escrito para ella aquellas palabras del profeta: «Esto ha «dicho el Señor: ved un pueblo que vendrá de la tierra de Aquilon, y una «gran nacion se levantará de las estremidades de la tierra. Tomará sus «flechas y su escudo: es cruel y no conoce la compasion; su voz resonará «como el mar: montarán sus caballos, como guerrero que se apresta á la «pelea, contra ti, hija de Sion. Hemos oido su fama: nuestros brazos han «desfallecido; la tribulacion se ha apoderado de nosotros (1).» Y bien podia decirse de Roma como de Jerusalen: «La señora de las naciones ha «quedado viuda: la reina de las ciudades se ha hecho tributaria..... sus ene«migos se han levantado sobre su cabeza.... porque el Señor ha hablado «contra ella á causa de la multitud de sus iniquidades (2).» «¿Quién hu«biera pensado jamás, escribia San Gerónimo, que Roma, tan altamente en«salzada por sus victorias, habia de perecer, y que despues de haber sido la «madre de los pueblos habia de ser su sepulcro? (3)»

Estátuas, vasos, mesas, sepulcros, ídolos, los objetos preciosos del culto, las obras maestras mas insignes de las artes, todo caia hecho pedazos á los rudos golpes del hacha de los godos. Palacios suntuosos fueron presa del voraz incendio, muchos hombres fueron degollados, muchas doncellas y muchas matronas hechas esclavas, y los bárbaros destruian por placer los bellos jardines y las magníficas moradas de los opulentos y voluptuosos patricios. En aquellos dias de universal devastacion se presenta en Roma un espectáculo sorprendente. Desde el monte Quirinal hasta el Vaticano se ve marchar una procesion solemne; los soldados que hasta entonces se han ocupado en el pillage caminan ordenadamente en dos filas: entre ellas van sacerdotes cantando piadosos salmos: ¿qué significa esa ceremonia semi-religiosa semi-bélica? Es que conducen las reliquias de los mártires de Cristo, es que llevan los vasos sagrados de que se sirven en los altares los sacerdotes del Crucificado, que Alarico ha mandado respetar y custodiar: Alarico, que ha dado órden para que se respeten tambien los templos cristianos, y no se derrame la sangre de los que se han refugiado á ellos. Así los perseguidores del cristianismo deben su salvacion á aquellos mismos lugares que ellos intentaban derribar, á aquella misma religion que tan crudamente perseguian. Es el cristianismo que viene á anunciar al mundo que ha concluido la idolatría, y que el culto de los dioses paganos ha terminado con el imperio de los Césares. Es la idea religiosa, que traian ya desde sus bosques los destructores providenciales de los disolutos em-

(1) Jerem. cap. VI.
(2) Id. Lament. cap. I.
(3) *Capitur urbs quæ totum cepit orbem.* Hieronim. ad Eustochium.

peradores y de las falsas divinidades. Es la sociedad cristiana que viene á reemplazar á la sociedad idólatra. Es el principio civilizador, que la espada de un bárbaro ayuda á triunfar, sin que él mismo lo conozca, de la resistencia que aun oponia á las doctrinas de los apóstoles y de las escuelas. Es la fuerza que viene á completar la obra de la idea. Porque la Providencia, dijimos en nuestro discurso preliminar, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Retiráronse los godos cargados de botin á la Italia Meridional. A los pocos dias murió Alarico, como si hubiera concluido su mision sobre la tierra. Los godos proclamaron rey á Ataulfo, cuñado del gefe que acababan de perder. Ataulfo habia concebido el pensamiento de fundar un imperio godo sobre las ruinas del romano; mas comprendiendo luego que su pueblo no estaba aun preparado para recibir las instituciones y las leyes de un gobierno regular, parecióle que podria merecer mejor la gratitud del mundo haciendo al imperio romano recobrarse de su postracion, contento con que esto se debiera á la influencia goda. Ofreció, pues, su amistad á Honorio, que no desdeñó admitirla, á pesar del odio que habia jurado á los godos. Encargóse entonces Ataulfo de combatir á los que en las Galias tenian usurpado el poder romano, y se apoderó de Narbona, Tolosa, Burdeos, de todo el pais que se estiende desde Marsella hasta el Océano (412).

Entre las damas que los godos habian hecho prisioneras en Roma hallábase la bella Placidia, hermana de Honorio. Habiase prendado de ella Ataulfo, y muchas veces la habia pedido á su hermano por esposa. Como éste rehusase siempre su consentimiento, determinó el godo por sí mismo casarse con la que por derecho de guerra hubiera podido tratar como esclava. Celebráronse solamnemente los desposorios en Narbona. Ataulfo se presentó en la ceremonia vestido á la romana, y Placidia con el trage y pompa de emperatriz. Cincuenta lindos mancebos vestidos de seda ofrecieron á la ilustre desposada otras tantas bandejas llenas de oro y pedreria (1). Asi un godo venido de la Escitia se desposaba con la hija del gran Teodosio, llevándole en dote los despojos del imperio de su padre.

Destinado estaba este consorcio á ejercer grande influjo en la suerte del decadente imperio, y á no tenerle menor en la de nuestra España. Amaba tambien á Placidia Constancio, á la sazon ministro y consejero de Honorio, que aspirando á la mano de aquella princesa esperaba poder encumbrarse un dia al trono. Hombre animoso y hábil, habia tenido Constancio la

(1) Idat. Chron.

fortuna de ir acabando con todos los usurpadores del imperio. Constantino y Constante en las Galias, Heraclio en Africa, Máximo y Geroncio en España, todos habian ido pereciendo, ó en batalla, ó suicidados ó sentenciados á muerte (1). A Constantino habia reemplazado en las Galias Jovino, que cayendo en manos de Ataulfo fué decapitado tambien, y su cabeza enviada como un trofeo por el godo vencedor al emperador su cuñado (413). Asi los dos rivales, el esposo y el amante de Placidia, proporcionaban triunfos al imbécil Honorio; por lo menos le libertaban de sus competidores. Mas las victorias de Ataulfo no hacian sino excitar mas los celos de Constancio, quien provocó al emperador á que exigiera al rey godo la restitucion de Placidia su hermana. Negóse á ello Ataulfo, y rompió con el emperador y con el imperio. Era lo que Constancio deseaba. Habiendo tenido la precaucion de aliarse con los otros bárbaros que procedian del Rhin, pudo Constancio dedicarse esclusivamente á hostilizar á Ataulfo y sus godos. Entonces el sucesor de Alarico determina venir á España: traspone el Pirineo Oriental y toma posesion de Barcelona (414). ¿Cuál era el pensamiento de Ataulfo, y cuál su objeto en venir á España? Veamos cuál era la situacion de nuestra provincia cuando esto acaecia.

Entre las razas salvages que en la grande irrupcion del año 406 dijimos haber inundado el imperio romano, contábanse, segun indicamos tambien, los vándalos, los alanos y los suevos, que precipitándose sobre las Galias las devastaron por espacio de tres años. Habian hecho estas tribus su principal asiento, si asiento hacian en alguna parte estos guerreros nómadas, en la Aquitania y la Narbonense. Viéndose casi al pie de los Pirineos, ó bien que Geroncio los llamára de España, ó bien que los empujára solo su propia movilidad, ó que los aguijára la codicia ó el deseo de ver lo que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera de elevados montes, franquearon los Pirineos (409), desgajándose como torrentes por las comarcas españolas en ocasion que en la España andaban revueltos en guerras los Máximos, los Constantes y los Geroncios, disputándose entre en sí un retazo de la desgarrada púrpura romana. Coincidia este gran suceso con la entrada de Alarico en la capital del antiguo mundo romano. Cada uno de estos pueblos trashumantes traia su rey, ó mas bien su gefe militar. Gunderico se lla-

(1) De estos últimos fué Constantino, á quien no valió ordenarse de sacerdote para hacer sagrada su persona. Tambien le fué enviado aquel Atalo, á quien Alarico habia nombrado emperador de Roma, como para mofarse de la grandeza romana. Con todos estos se divertia Honorio exponiéndolos al público. Incapaz de resistir por si mismo á ninguno de ellos, gozaba en hacerlos objeto de escarnio despues que se los daban rendidos. Asi se hacia aquel emperador mentecato la ilusion de que era fuerte.

rraba el de los vándalos, los mas poderosos y fieros, á quienes acompañaban los silingos, tribu particular de su misma raza; Atacio era el de los alanos, y Hermarico ó Hermenerico el de los suevos.

Triste y horroroso espectáculo ofrecia entonces España. El genio de la devastacion se apoderaba de ella. El incendio, la ruina, el pil'age, la muerte, era la huella que dejaba tras sí la destructora planta de los nuevos invasores. Campos, frutos, ciudades, almacenes, todo caia, ó devorado por las llamas, ó derruido por el hacha de aquellas hordas feroces. Veíanse las gentes morir transidas de hambre; sustentábanse algunos con carne humana, llegando el caso, al decir de algunos historiadores, de que una muger se alimentára sucesivamente con la carne de sus cuatro hijos; barbarie horrible que la costó ser apedreada por el indignado pueb'o (1). Siguiéronse á los horrores del hambre los de la peste: porque los campos se hallaban cubiertos de insepultos cadáveres, que con su podredumbre infestaban la atmósfera, y á cuyo olor acudian manadas de voraces lobos y nubes de cuervos y de buitres, que los unos con sus aullidos, con sus roncos y tristes graznidos los otros, infundian nuevo espanto á los que presenciaban la calamidad. La cólera divina parecia querer descargar entera sobre este desventurado pueblo. En este estado, hartos los bárbaros de carnicería y de rapiñas, acordaron repartirse entre sí la España, en cuya distribucion tocó á los suevos la Galicia, á los alanos la Lusitania y la Tarraconense, la Bética á los vándalos, que le dieron el nombre de Vandalusia. Algunos pueblos de Galicia conservaron su independencia en las montañas (2). Y no obstante la ferocidad de estas gentes, cuando ya se asentaron, casi se felicitaban los indígenas de verse sujetos á la dominacion bárbara con preferencia á la sábia opresion de los magistrados romanos.

En tal situacion aconteció la venida de Ataulfo y de sus godos á España. Diferentes y aun opuestos juicios hacen los historiadores acerca del objeto que pudo impulsar al monarca visigodo á penetrar en la Península, y no es de estrañar que las historias de aquellos tiempos participen de la general confusion en que andaba todo envuelto y turbado. Suponen unos que por anteriores conciertos con Honorio le habia concedido éste, ademas de la posesion de la Narbonense, la parte oriental de España mas próxima al Pirineo. Sospechan otros que solo vino huyendo de las legiones imperiales de Constancio. Afirma Jornandés, cuyo testimonio no carece de importancia en lo relativo á las cosas de los godos, que Ataulfo hizo ya cruda guerra á los vándalos de España. ¿Y no pudo decir Ataulfo, á la mane-

(1) Idat. Chron.—Orosio, lib. VII.

(2) Idacio, Orosio, Salviano, Olimpiodoro.

ra de Alarico: «siento dentro de mí una voz que me dice; «anda, y ve á lanzar de España á los bárbaros que la inundan, y funda en ella un imperio.» Por lo menos los sucesos posteriores mostraron que esta era la mision providencial que habian recibido los godos. Mas si Ataulfo habia tenido este pensamiento, faltóle tiempo para la ejecucion faltándole la vida. Quitósela en Barcelona el godo Sigerico, ansioso de reemplazarle en el mando, y con pretesto acaso de la flojedad con que Ataulfo hacia la guerra á los romanos.

Todos los ímpetus que el nuevo rey habia anunciado antes de serlo contra los imperiales, los descargó inhumana y bárbaramente contra la familia de Ataulfo, ya degollando á los seis hijos que de su primera muger habia éste dejado, ya haciendo marchar á Placidia por espacio de doce millas delante de su caballo á pié y mezclada entre una turba de mugeres esclavas. Tan intempestiva fiereza debió irritar á los godos, que habiendo sin duda aprendido de los romanos la manera de quitar y poner reyes, asesinaron á los siete dias al violento y arrebatado Sigerico, nombrando en su lugar á Walia.

Reservámonos referir en otro lugar los triunfos de Walia sobre los vándalos, la devolucion de Placidia á Honorio, la concesion que este emperador hizo á los godos de las tierras de Aquitania, y el establecimiento de la córte goda en Tolosa. Limitámonos en este capítulo á apuntar los primeros pasos en España de los que habian de trasformar nuestra península de provincia romana en monarquía goda. Dejámosla cuajada de ejércitos bárbaros, de masas de salvages que se mueven y chocan entre si disputándose la posesion de un suelo envidiado; á otros bárbaros menos salvages y feroces que ellos pugnando por arrojar á los primeros invasores; el imperio romano de Occidente desmoronándose, saqueado por los godos la capital del que se habia llamado pueblo-rey, un emperador imbécil dando leyes á súbditos que no tenia, y cuyos sucesores no hacian ya sino disputarse los harapos inservibles de una púrpura desgarrada; la dominacion romana moralmente abolida en España, pero luchando todavía por sostener un poder ilusorio y fantástico, y fundiéndose y como amasándose una España nueva: período de fermentacion, mezcla de pueblos y de elementos estraños, de que habrá de resultar otro idioma, otros nombres, otras costumbres, otra forma de gobierno, otra sociedad. La España se está descomponiendo para renovarse.

Por eso, sin dar por definitivamente terminada la dominacion romana, ni por formado todavía el imperio godo que la habrá de sustituir, pero no rigiendo ya la organizacion á que hasta ahora ha estado sujeta, parécenos que debemos dar cuenta del carácter de la situacion política que termina, para que podamos despues apreciar mejor el cambio material y moral que va á sufrir.

CAPITULO VIII.

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA

BAJO EL IMPERIO ROMANO.

I. Diferentes divisiones que se hicieron de España.—Clases y categorías de las poblaciones.—Colonias, municipios, etc.—Derechos que cada una gozaba.—Gobierno. Administracion. Sistema rentístico. Impuestos. Servicio militar. Estadística de poblacion.—II. Riqueza territorial de España.—Artículos de que abastecia á Roma.—Agricultura, industria, comercio.—Mineria. Cómo beneficiaban y elaboraban las minas los romanos. Cómo estaban administradas.—Acuñacion de moneda en España.—III. Artes y oficios.—Riqueza monumental.—Grandes vias militares.—IV. Cultura intelectual.—Literatura hispano-romana.—Los Sénecas: Lucano: Quintiliano: Silio Itálico: Floro: Marcial: Columela: Pomponio Mela: Trajano: Adriano.—Letras cristianas.—Escritos religiosos.—Osio: Juvenco: Gregorio de Illiberis: Prudencio: Prisciliano.—Prepárase España á recibir una modificacion social.

I. Mejor que los hombres de la república comprendió Augusto la geografia de España, cuando á la desigual division de Tarraconense y Bética, ó de España Citerior y Ulterior, sustituyó la division en tres grandes provincias, á saber: Tarraconense, Bética y Lusitania. La Bética, como provincia senatorial, era gobernada por un procónsul; la Tarraconense y Lusitania, como provincias imperiales, lo fueron por legados augustales. Cada una estaba dividida para la administracion de justicia en varios distritos judiciales, llamados conventos jurídicos, semejantes á las audiencias modernas. La Tarraconense comprendia siete, á saber: Tarragona, Cartagena, Cesar-Augusta, Clunia, Lucus, Asturica y Bracara: cuatro la Bética; Hispalis, Gades, Corduba y Astigis: y tres la Lusitania; Emérita, Pax-Julia y Scalabis. Cuando los emperadores cercenaron al senado la autoridad directiva de algunas provincias que le habia dejado Augusto, los gobernadores de las de España solian llamarse presidentes.

Othon incorporó á la Bética la provincia de Africa nombrada Tingitania. Constantino separando la Tingitania de la Bética, y los gobiernos de Galicia y Cartagena de la Tarraconense, dejó á España dividida en seis provincias ó diócesis; á las cuales Teodosio, ó alguno de sus hijos añadieron las *Baleares*. Comprendia esta provincia las islas de su nombre; la *Tingitania*, cuya capital era *Tingi* (Tanger), cogia la parte de Africa en que están hoy los reinos de Fez y de Marruecos; los términos marítimos de la *Lusitania* eran las dos playas del Océano desde el Duero hasta el cabo de San Vicente, y desde aqui hasta el Guadiana: las bocas del Duero formaban su límite septentrional, y el oriental se estendia por las riberas del Guadiana hasta el Océano: *Galicia* confinaba con la Lusitania por el Duero, y con la Tarraconense por el término donde tocan las Asturias con Castilla la Vieja: formaban el límite septentrional de la *Tarraconense* las costas de Castilla y Vizcaya con la cordillera de los Pirineos, el oriental las de Cataluña y Valencia hasta mas adelante de Peñíscola, y entrábase otra línea por Aragon hasta las fuentes del Ebro, donde se tocaban la Tarraconense, la Cartaginense y Galicia: la *Cartaginense* confinaba con la Bética por el Guadiana, con la Tarraconense por el Ebro, y por el Duero con la Lusitania. Comprendia la *Bética* las costas marítimas desde el riachuelo Almanzor hasta el Guadiana, y la línea que la dividia de la Cartaginense bajaba de Medellin por Sierra Morena y por el Poniente de Baeza y Guadix. Cuando Constantino dividió el mundo romano en cuatro grandes prefecturas ó diócesis, estableció en España un vicario, subordinado al prefecto de las Galias, teniendo él á su vez bajo su autoridad inmediata otros tantos gobernadores cuantas eran las provincias. Habiendo Constantino separado la administracion militar de la civil, el gobierno militar de las provincias le desempeñaban los *cómites* ó condes.

Al través de estas alteraciones en la organizacion territorial, subsistian siempre las diferentes clases y categorías en que estaban divididas las ciudades por razon de sus derechos políticos. Eran las primeras de todas en preeminencia las *colonias*, pobladas de ciudadanos y soldados romanos que gozaban de todos los derechos de la metrópoli, y eran considerados como vecinos de Roma ausentes. Dábanse las colonias á los veteranos beneméritos que habian cumplido con buenas notas el tiempo por que estaban obligados á servir. Dos diputados señalaban el terreno mas á propósito para fundar una colonia, y el contorno de la futura ciudad se demarcaba arando un surco con una vaca y un buey uncidos, y guiados por un sacerdote: las medallas antiguas nos representan comunmente bajo este emblema el establecimiento de las colonias. Seguian los *municipios*, cuyos moradores se go-

bernaban por sus propias leyes, y sin gozar de todos los derechos de ciudadanos romanos tenian opcion á las dignidades del imperio, y nombraban sus propios magistrados. Eran las terceras las *ciudades latinas*, pobladas por habitantes del Lacio. Sus moradores se igualaban a los ciudadanos de Roma, tan luego como eran investidos de alguna magistratura. Pertenecian á la cuarta clase las *ciudades libres (inmunes)*, que quedaban en posesion de sus leyes y de sus magistrados locales, y estaban exentas de las cargas que pesaban sobre el resto del imperio. Era este un privilegio que se obtenia con mucha dificultad, y solo por necesidad le otorgaban los romanos: asi solo le alcanzaron seis ciudades en España. Aun eran menos las *aliadas (confederatæ)*, que al principio vivieron en una verdadera independencia. Habia ademas las *tributarias*, que eran sobre las que gravitaba el peso de la dispendiosa máquina de aquel estado, y las que alimentaban el lujo de la ciudad madre: y habíalas tambien *stipendiatæ*, pequeñas ciudades como agregadas á otras mayores.

De las ciudades que segun Plinio habia en España en el tiempo de las tres grandes divisiones, la Bética contaba ciento setenta y cinco; de ellas nueve colonias, ocho municipios, veinte y nueve latinas, seis libres, tres aliadas, y ciento veinte tributarias. La Tarraconense contenia ciento setenta y nueve: de ellas doce colonias, trece municipios, diez y ocho con leyes latinas, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias, sin contar las Baleares. Contaba la Lusitania cuarenta y cinco, entre ellas cinco colonias, un municipio, tres latinas, y treinta y seis tributarias. Pero todas estas distinciones fueron desapareciendo. Othon comenzó por conceder á muchos españoles los mismos derechos que gozaban los ciudadanos de la metrópoli. Vespasiano estendió el derecho del Lacio á todas las provincias, y Antonino Pio concluyó por declarar ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio.

Al paso que todos los pueblos se iban identificando en derechos con la ciudad soberana, y que se confundian, por decirlo asi, con la metrópoli, iba ganando en importancia el derecho municipal. Cada ciudad se iba acostumbrando á vivir con una especie de independencia, regida por sus leyes locales, viniendo á formar las ciudades como otras tantas pequeñas repúblicas, reemplazando asi la vida municipal y de localidad á la vida política y de nacion. Contenta la metrópoli con que le pagáran los impuestos, iba dejando á las ciudades gobernarse en lo demas por sí mismas, y cuanto mas decaia el imperio, mas se robustecia el poder municipal. Solo en la exaccion de tributos eran inexorables los magistrados romanos.

La administracion interior de las ciudades de España se diferenciaba poco de las de Italia. Gobernábanse por una *curia* ó consejo, compuesto de diez

miembros con el título de *decuriones*, elegidos entre los principales ciudadanos. El cargo de decurion era gratuito, y la recaudacion de los impuestos le hacia tan oneroso, que los ciudadanos le rehusaban cuanto podian, pero solo lograban eximirse de él por gracia particular del emperador. Habia tambien *duumviros* y *quatuorviros*, encargados de los caminos públicos *(quatuorviri viarum curandarum)*: *ediles*, que cuidaban de la policía urbana, dirigian las ceremonias y fiestas públicas, é inspeccionaban los abastos: *curatores*, que atendian á la distribucion de los granos depositados en los graneros públicos: *decemviri*, que administraban la justicia en primera instancia, y otra multitud de funcionarios subalternos que seria largo enumerar.

El sistema de impuestos sufrió varias alteraciones durante la dominacion romana. A las exacciones arbitrarias del período de la conquista sucedió en tiempo de Augusto un sistema ordenado, pero complicado y destructor. Ademas de todos los tributos ordinarios y comunes á todas las provincias, tenia España sobre sí la carga de alimentar á la metrópoli, enviando á Roma la vigésima de sus granos al precio que el senado los tasaba: era una de las provincias *nutrices*. Considerábase esto, no como un tributo, sino como una subvencion forzosa á título de necesidad. Gravitaba tambien sobre ella, en concepto ya de verdadera contribucion, otra vigésima sobre las sucesiones. Modificada por Trajano, y duplicada por Caracalla, volvió luego á quedar en la veintena en que la habia fijado Augusto. Pero no era lo excesivo de los impuestos lo que los españoles sentian mas, sino el enjambre de empleados que con el título de *censitores*, de *inspectores*, de *arcarii*, de *exactores* etc., rodeaban á los encargados de la recaudacion. Que no suelen ser los tributos en sí, por fuertes y subidos que sean, lo que mas agobia á los pueblos y los exaspera, sino la manera como se exigen, recaudan y perciben, las violencias, estorsiones, injusticias y crueldades que se emplean en su cobranza. Diéronse en un principio las contribuciones en arriendo por contrata á compañías de monopolistas, que se llamaban *mancipes* ó *publicani*. «Eran los *publicanos* una clase de ciudadanos que hacian profesion de enriquecerse con la miseria del pueblo, que por lograrlo mas pronto estudiaban y empleaban todos los medios de la opresion y de la superchería, y que tenian los oidos sordos y el corazon impenetrable á los lamentos y lágrimas de los infelices.» —«Los publicanos eran los árbitros de los impuestos, y podian aumentarlos segun su capricho, siendo forzoso pagar cuanto sabia pretender el avaro publicano, sin ser permitido el pedir la razon de ello (1).» Tales debian ser sus escesos, tales sus vejaciones, que el mismo Neron se

(1) Azanza, sobre el comercio de Roma.

vió precisado á publicar unas ordenanzas para reprimirlos, mandando entre otras cosas que se estableciese en cada provincia un pretor para juzgar sus informales exacciones, lo cual llama Montesquieu *los bellos dias de este emperador* (1). Poco remediaron estos prefectos del pretorio. Facultados para aumentar los impuestos en circunstancias y necesidades estraordinarias, su avaricia inventaba fácilmente necesidades imprevistas, y lo que antes acumulaban los publicanos pasaba despues á la caja privada de los pretores.

¿Y qué se adelantó, preguntamos nosotros, con esa nube de funcionarios asalariados que descargó posteriormente sobre los pueblos con achaque del censo ó estadística, y de corregir los anteriores abusos de los publicanos? Lactancio lo demuestra con colores bien fuertes y sombríos. «La calamidad pública, dice, llegó á su mas alto punto cuando descargando el azote del censo sobre todas las provincias y pueblos, se esparcieron los censores por todas partes, y lo trastornaron todo. No parecian sino invasores enemigos. Median los campos por terrones, contaban las cepas de las viñas, anotaban los animales de toda especie, y empadronaban á los hombres. Para esta operacion amontonaban nobles y plebeyos en lo interior de las poblaciones: las plazas públicas hormigueaban de familias reunidas como rebaños, porque cada cual llevaba allí sus hijos y sus esclavos. Por todas partes resonaban el tormento y el azote. Los hijos eran colgados para deponer contra sus padres, los esclavos mas fieles puestos en el tormento para que acusasen á sus señores, y hasta las mugeres para que denunciasen á sus maridos. Por estos bárbaros medios se arrancaban al dolor de las víctimas declaraciones de bienes que no poseian, y que sin embargo se anotaban. No servian de escusa ni la edad ni la falta de salud. Los enfermos que no podian ir por su pie, eran llevados; á cada uno se le fijaba la edad, aumentando años á los niños y rebajándolos á los viejos. El caos, la tristeza y el luto reinaba por todas partes...... A cada cabeza se imponia cierta suma, y de este modo se compraba la existencia á precio de oro...... Entretanto los animales disminuian, morian los hombres, pero se pagaba tambien contribucion por los muertos, á fin de que no se pudiese vivir ni morir sin pagar. No quedaban mas que los mendigos, etc.»

Esta pintura, al parecer exagerada, la confirma Salviano (2): siendo lo notable, que á medida que se aumentaban las exacciones de los pueblos, se ocupaban menos de ellos los emperadores. «Se enviaban mas tropas á las fronteras para resistir á los bárbaros, y quedaban menos en el interior

(1) Esprit des Lois, tom. I. chap. XIX. (2) Citado por Chateub. Estud. Histor.

para mantener el órden.... De este modo se hallaba el despotismo, cada vez mas exigente y mas débil, obligado á tomar mucho é incapaz de proteger lo poco que quedaba (1).»

Una de las contribuciones que se hacian mas sensibles á los españoles era la de la milicia. Consecuentes los romanos á su sistema de conquista, sacaban soldados de España para llevarlos á morir por Roma allá en la Tracia ó en la Iliria, en la Armenia ó en la Capadocia, mientras sus legiones venian aquí á tener sujeta la España y á aclimatar en ella su lengua y sus costumbres. Del valor que en todas partes acreditaron los españoles certifican las inscripciones que en honor suyo se han conservado en la Gran Bretaña, en las Galias, en Italia, en Egipto y en Africa: y de lo numerosos y frecuentes que eran los subsidios de hombres que á esta provincia se exigian fué buena prueba la resistencia que encontró Adriano en los diputados de Tarragona para aprontarle el nuevo contingente que pedia, dando por causa la falta que se esperimentaba ya de juventud (2).

Y eso que debia ser grande la poblacion de España en aquel tiempo: pues si ya al terminar la república decia Ciceron: «No hemos superado ni en número á los españoles, ni á los galos en fuerza, ni en las artes á los griegos (3),» mucho debió crecer con la paz que siguió al establecimiento del imperio á pesar de las contribuciones de sangre. Así no nos parece de modo alguno exagerada la cifra de los que hacen subir la poblacion hispano-romana á mas del duplo, y aun á dos tercios mas de la que en el dia tiene; lo cual está tambien de acuerdo, así con los censos romanos que se conocen, como con el gran número de ciudades que todos mencionan y cuentan.

II. No obstante lo gravoso de los impuestos que pesaban sobre España, no es posible dudar de la riqueza que encerraba esta region tan favorecida por el cielo. Hemos dicho ya que era una de las provincias *nutrices* ó alimentadoras de Roma, como lo eran tambien Sicilia y Africa. Era una de las que mas abastecian á la metrópoli de cereales; uno de sus graneros. Veníale bien á España, mercantilmente considerado, el desenfrenado lujo de Roma, la vida muelle de los príncipes, entre fiestas, meretrices, bailarinas, eunucos y bufones, la locura con que el pueblo se entregaba á los espectáculos, el abandono en que tenian la agricultura, aquellas fértiles campiñas de Italia ó incultas ó malamente trabajadas por manos esclavas; porque reducida Roma á pueblo consumidor, obligada á tener siempre provistos los graneros públicos para satisfacer las hambres frecuentes que solian agobiar al pueblo, monstruo de

(1) Guizot, Hist. de la Civilizat.
(2) Véase el cap. II. de este libro.
(3) *Nec número hispanos, nec robore gallos, nec artibus græcos superavimus.*

cien bocas siempre abiertas para recibir el alimento que le enviaran los brazos de las provincias, todo proporcionaba ocasion á España para dar salida á los abundantes frutos de su suelo; y aunque no hubiera entrado en el interés de los emperadores proteger la agricultura en las provincias proveedoras, bastaba el interés de los indígenas para mirarla como una fuente de riqueza propia. El trigo y la cebada eran los cereales de que España surtia principalmente á Roma: del último, al decir de Plinio (1), se cogian dos cosechas anuales en muchas comarcas de la Celtiberia, y tan pródigo era el suelo, que no era raro el que diese ciento por uno. La espiga y el racimo que se ven en las monedas españolas de aquel tiempo son los emblemas de los dos principales ramos de agricultura que se cultivaban.

Los romanos que en los seis primeros siglos no habian usado el vino, hiciéronle después objeto de lujo en las mesas y banquetes: muchos patricios hacian vanidad de ser grandes bebedores; los poetas cantaban sus virtudes, y M. Antonio escribió una apologia de la embriaguez. Con esto se hizo uno de los ramos mas productivos de comercio la introduccion de vinos estrangeros, y los de España alternaban con los de Grecia y de Sicilia: el de Tarragona era preferido á los de Italia. Así, á pesar de los edictos de algunos emperadores mandando descepar las viñas, la plantacion de la vid se habia hecho comun en la Peninsula; todo el litoral del Mediodia y Oriente estaba plantado de viñedo, y su fruto iba á parar á las mesas de los epulones romanos.

Como se hubiese hecho tan comun en Roma el uso de la púrpura, que lo que al principio solo se empleó para adorno de los dioses, de los templos y de los pontífices, se fué estendiendo á la toga, á la pretexta, á la clámide, hasta á las colchas de las camas y á los vestidos de los soldados, era este ramo de lujo de gran recurso á España para dar salida á sus lanas, de cuya calidad y del aprecio en que se las tenia hemos dado cuenta en el curso de la historia. Ibiza sacaba gran producto del establecimiento de tintureria de púrpura que tenia; y en la Bética se utilizaban grandemente de la cochinilla, y muchos habitantes hallaban en la coscoja un medio para pagar sus tributos. En tiempo del emperador Vespasiano encareció la grana purpúrea en términos que se compraba casi al valor de las perlas (2). Ni eran menos apreciados los linos de la Tarraconense, y los de Asturias y Galicia. Pero el que llevaba la palma á los de todas las provincias del imperio era el de Sétabis (Játiva), del cual tomaron su nombre los pañuelos y servilletas *setabinas*, que por su estremada finura usaban solo

(1) Hist. Nat.

(2) Plin. Hist. Nat. lib. IX.

los ricos. El poeta Cátulo las menciona en dos lugares (1); y Silio Itálico dice tambien hablando de estas telas:

Setabis et telas A-abum sprevisse superba (2).

Eran igualmente objetos de comercio y de lucro para los españoles, la cera, la miel, las frutas, los higos secos de Ibiza, el aceite, que tanto recomendaba el emperador Galieno, y de cuya preparacion nos informa Columela, y multitud de otros artículos y producciones debidas á la privilegiada feracidad del territorio español, y de que hacian constante tráfico las costas de Mediodia y de Levante, saliendo frecuentemente para Roma barcos de Cádiz, de Málaga, de Cartagena, de Tarragona, de Barcelona y de otros pueblos del litoral.

Mirando los romanos el comercio y la industria como profesiones innobles (3), satisfechos con haber acumulado en Roma el oro y la plata de todas las provincias del imperio, dejando á los pueblos conquistados el comercio activo, y limitados ellos á solo el pasivo, no advirtieron que teniendo que recibir las producciones y manufacturas de aquellos mismos pueblos conquistados, y no creando nada ellos, necesariamente habian de ir devolviéndoles á cambio de mercancías aquellos mismos metales de que con las armas los habian despojado. Era una riqueza facticia la de Roma; riqueza puramente metálica, que arrebatada en un dia de victoria y de despojo á las provincias productoras, tenia que refluir lentamente á los mismos pueblos de donde habia salido. *Opulentia*, habia dicho Floro, *paritura mox egestatem*. Plinio da por seguro que salian cada año de Roma por lo menos cien millones de sextercios (4). Solo la prodigiosa abundancia de dinero que allí se habia concentrado pudo hacer que no se sintiera de repente la falta; era una enfermedad lenta que iba royendo el estado, y cuyo estrago no se percibia sino cuando el mal llegó á hacerse demasiado grave. El primer Antonino tuvo ya que vender los adornos imperiales para subvenir á las urgentes atenciones del imperio. Marco Aurelio se vió obligado por dos veces á hacer almoneda de los vasos de oro, de las joyas y alhajas del palacio imperial. Alejandro Severo se vió precisado á vender su bajilla de oro, y á alterar en dos tercios la moneda. Cuando en el imperio de Maximiano hubo que fundir los metales preciosos de los templos y los monu-

(1) *Nam sudaria Setaba ex Hiberis*.... Y en otra parte: *Sudariumque Setabum*, *Catagraphonque linum*.

(2) Sil. Ital. lib. III.

(3) En prueba de como se miraban en Roma las profesiones industriales, citarémos solo el hecho de haber condenado Augusto á muerte al senador Q. Ovinio, porque en Egipto habia deshonrado su dignidad haciéndose director de ciertas manufacturas. Oros. Hist. lib. VI.

(4) Hist. Natur.

mentos de las antiguas victorias para convertirlos en dinero: cuando en el reinado de Galieno se advirtió que solo circulaban monedas de cobre, porque la plata habia desaparecido casi toda; cuando, en fin, entre todos los ciudadanos romanos no pudieron reunir el oro en que Alarico habia tasado su rescate y tuvieron que apelar á fundir en el fuego las estátuas de las virtudes, entonces pudieron conocer los pródigos romanos cuán efímeras son las riquezas que no se fundan en el trabajo, en la industria y en la economía: *opulentia paritura egestatem*. Las riquezas de Roma habian vuelto á pasar á las provincias productoras.

Otro de los ramos de la riqueza de España eran las minas. Los romanos en los primeros tiempos de la conquista dejaron á los naturales el cuidado de beneficiarlas, seguros de que sus productos habian de ir á parar á sus manos. Los emperadores se reservaron la explotacion de algunas minas, dando el resto en arriendo á compañías de publicanos, que las subarrendaban á los habitantes del pais. Estaba prohibido emplear en los trabajos de una mina mas de cinco mil operarios, que regularmente eran esclavos ó criminales de la ínfima plebe, y pueblos habia á quienes se les daban tierras de que vivir, á condicion de que elaboráran las minas de plomo en beneficio del estado, de lo cual fueron nombrados *plumbarii*. Los romanos apenas tuvieron que hacer en el ramo de minería, sino proseguir y perfeccionar las obras comenzadas por los fenicios y cartagineses. Abrian las galerías con mucha regularidad: hacian los pozos redondos y los barnizaban con un betun que hacia sus paredes tersas como las de un vaso de tierra cocida. Poníanles comunmente el nombre de algun emperador ó emperatriz, ó de alguno de sus favoritos ó amigos.

Siendo España la provincia del imperio mas rica en metales, era tambien donde mas moneda se acuñaba. Eran muchísimas las ciudades que tenian derecho y casas de fabricacion. De aquí la abundancia de monedas que se encuentran á cada paso en las ruinas de las antiguas ciudades romanas de la Península, y la facilidad con que los aficionados á la numismática acrecen cada dia sus privados monetarios, y eso que este derecho duró solo desde Augusto hasta Calígula, que despojó de él á las provincias, y le hizo privilegio esclusivo de Roma. Casi todas las monedas imperiales de España eran de cobre; las de plata pertenecian generalmente á familias ricas cuyo nombre llevaban. Era uno de los cargos de los ediles inspeccionar la fabricacion de moneda, y en muchas de ellas se leen sus nombres y los de los duumviros monetarios. Es de notar que las monedas de este tiempo no tenian la perfeccion artística de las celtíberas, ó sea de los tiempos anteriores á la conquista romana.

III. Lejos no obstante de ser estraños á los españoles los conocimientos artísticos, bien puede asegurarse que hubo en este tiempo muchos y excelen-

tes artistas en España, principalmente marmolistas, lapidarios, fundidores, plateros y cinceladores, los cuales parece formaban gremios ó corporaciones de obreros dirigidas por un presidente elegido entre los ciudadanos mas ilustrados, segun acredita mas de una inscripcion y mas de un epitafio dedicados ó á simples artistas ó á los presidentes de sus asociaciones ó colegios. No negaremos que á España, como á la misma Roma, le fueran importadas y trasmitidas las artes liberales por los insignes maestros de la culta Grecia, de cuyo pais tomaron los romanos (y fué la mas rica adquisicion de conquista, y el mas honroso trofeo para los griegos) las letras como las leyes, y las artes como las letras, y muy principalmente la arquitectura y la estatuaria. Mas tampoco puede negarse la aptitud que debieron hallar en los españoles para el ejercicio de algunas artes, pues ya antes de la conquista los hemos visto sobresalir en la fabricacion de la moneda, en el temple y estructura de las armas, en el tejido de las telas, y en otras manufacturas y oficios, segun en otro lugar dejamos espresado. Ni cabe en lo posible que tantas obras artísticas como enriquecieron entonces el suelo español fueran esclusivamente debidas á artífices estraños, sin que tuvieran gran participacion en ellas los naturales.

Porque no hay sino ver esa prodigiosa riqueza monumental que España conserva todavía, restos preciosos de la antigua grandeza hispano-romana, para calcular cuán maravilloso debia ser el número de obras artísticas que en aquel tiempo se levantaron en este suelo. Aparte de los museos, que aunque abundantes, deberian ser, fuera de los de Italia, los mas ricos del mundo en antigüedades romanas, toda España es un museo disperso de apreciables objetos artísticos, y cada comarca una historia inagotable en que cada dia se descubren nuevas páginas escritas en piedra ó en metal: cada dia la reja del arado del labriego y la piqueta del albañil se enredan en la estátua de un emperador, en la columna miliaria de una via militar, en el privilegio de un municipio, en la urna cineraria de un consul, ó en el mosáico de un suntuoso palacio imperial. Apenas pasa dia en que no se descubran, ó las ruinas de un templo, ó los restos de un circo ó de un anfiteatro, ó los fragmentos de un arco de triunfo, ó la lápida de un panteon, ó el ara en que se ofrecian sacrificios á una divinidad. No pocas veces hemos visto con lástima desmenuzar la piedra de un sarcófago para rellenar los hoyos de un camino público, mutilar la imágen de un ídolo para empotrarla en el lienzo de un edificio privado, ó enterrarla para que le sirviera de cimiento: hemos hallado en las tapias de las huertas inscripciones importantes arrancadas de un palacio de los Césares, y esculturas y bajos relieves de ágata ó de granito en lugares que ni aun fuera decoroso nombrar. Por fortuna la creacion de academias y corporaciones arqueológicas, de institutos de bellas artes y de museos provinciales, va poniendo remedio á los

males que la indolencia ó la ignorancia hacian lamentar, y enriqueciéndose diariamente estos establecimientos, la ilustracion y laboriosidad de sus individuos contribuyen á hacer nuevas y útiles investigaciones históricas.

Ni es de nuestro propósito, ni bastarian volúmenes enteros, si hubiéramos de dar cuenta de los infinitos vestigios de monumentos romanos que aun se conservan en nuestra Península. Solo Tarragona, la ciudad española de los Césares, ostenta todavía tantas y tan venerables ruinas, que solas ellas bastarian para mostrar cuánta fué la opulencia, cuánta la magnificencia de las ciudades hispano-romanas del imperio. *Tarraco quanta fuit ipsa ruina docet*, dijo ya un escritor latino. Otro tanto podemos decir de Mérida, de uno de cuyos monumentos dijo el erudito Perez Bayer: «Vi el famoso arco romano; ni en Roma, ni en parte alguna he visto cosa igual ni que se le parezca.» Las ruinas de Itálica, tan dignamente celebradas por la vigorosa musa de Rioja, son tan preciosas como no podian menos de ser los restos de la ciudad

Donde «nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
Pio, Felice, Triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra......»
Donde «de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas...... (1).»

Hemos nombrado una sola ciudad de cada una de las tres grandes provincias, no porque en otras muchísimas dejen de existir monumentos igualmente magníficos, sino porque sus solos nombres formarian un largo catálogo, pasando ya de dos mil las poblaciones en que se sabe haberse descubierto mas ó menos preciosas antigüedades romanas; estando con tal abundancia y prodigalidad sembradas en el suelo español, que mas de un labriego del siglo XIX. se sienta á descansar en la puerta de su humilde vivienda sobre alguna pilastra del antiguo palacio de un procónsul, y las pilas de las regaladas termas romanas sirven á veces de abrevadero al ganado del aldeano. Templos, anfiteatros, circos, palacios, puentes, acueductos, baños, neumaquias, estátuas, aras, mosáicos, columnas, capiteles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por todas partes diseminados están testificando el esplendor á que llegó la España romana, y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fué (2).

(1) Rioja, Ruinas de Itálica.

(2) Ademas de las muchas obras que so-

Habian los romanos llegado á unir á Roma con todas las principales ciudades del mundo por medio de grandes ramales de caminos, que partiendo de la metrópoli y enlazándose entre sí, venian á convertir el vas o imperio en una sola y gran ciudad. *Fecisti patriam diversis gentibus unam* (1). Nada ha igualado en solidez, belleza y magnificencia á estas grandes vias romanas, de que se conservan trozos que al cabo de cerca de veinte siglos admiran todavía y sorprenden por el mérito de su construccion. De las dos principales cadenas de comunicaciones que venian de Italia á España, la una arrancaba de la misma Roma por la puerta Aurelia, seguia por la Toscana á Génova, á Arles por los Alpes Marítimos, á Narbona, Cartagena, Málaga y Cadiz; la otra partia de Milan, y atravesaba los Alpes Cotianos y la Galia Narbonense, continuaba por Gerona, Barcelona, Tarragona, Lérida, Zaragoza, Calahorra y Leon, y se prolongaba por Galicia y Lusitania hasta Mérida. Cruzaban ademas á España otras muchas magníficas calzadas, de las cuales concurrian nueve á Mérida, siete á Astorga, cuatro á Lisboa, cuatro á Braga, tres á Sevilla, y cinco á Córdoba. Calcúlase en una longitud de cerca de tres mil leguas lo que los romanos tenian ramificado de calzadas. Muchas de ellas estaban cubiertas con una capa de argamasa en extremo consistente y dura; el camino que atravesaba por Salamanca lo estaba de una piedra blanquecina, que le dió el nombre de *Via argentea*. Señalábanse con mucha exactitud las distancias de una á otra ciudad en elegantes marcos llamados columnas miliarias, de que se encuentran muchas todavía. A veces se inscribia en ellas el nombre del emperador que habia hecho abrir el camino, ó del magistrado que le habia hecho reparar, y solian tambien recordar algun suceso contemporáneo. Los pueblos en que las legiones hacian sus estaciones ó descansos, se hallan igualmente especificados con sus respectivas distancias en el *Itinerario de Antonino*. Ademas de las grandes vias mencionadas habia otras de órden inferior para las comunicaciones particulares de los pueblos entre sí, las cuales recibian, segun su clase, los nombres de *pretorianas*, *consulares*, *vecinales*, etc. La mayor parte de los grandes caminos se construyeron en los buenos tiempos del imperio (2).

IV. Los españoles, que en medio del estruendo de las armas y al través de las turbaciones de los tiempos durante la república habian mostrado ya su aficion á las letras y su aptitud intelectual, acudiendo presurosa su juventud á la

bre sus antigüedades monumentales se habian publicado en España hasta el primer tercio del presente siglo, se están publicando todavía al tiempo que esto escribimos dos obras especiales, que no dudamos sean de gran utilidad para nuestra historia, la una titulada: Antigüedades Estremeñas, por el Sr. Via, la otra, Tarragona monumental, por los señores Albiñana y Bofarull.

(1) Rutil. Galic.

(2) Bergier escribió una obra exclusivamente sobre las grandes vias romanas, titulada: Histoire des grands chemins de l'Empire.

escuela fundada por Sertorio, ¿podian dejar de progresar en los conocimientos humanos desde que llegó la edad de Augusto, llamada la edad de oro de la literatura romana? La paz en que quedó el pais, la proteccion de Augusto y el ejemplo de Roma los convidaban al cultivo de las letras. La lengua indígena habia ido cediendo su lugar á la latina: de las costas y de los paises llanos, los mas abiertos á la invasion, y que por consecuencia esperimentaban mas el influjo del trato y comunicacion con los conquistadores, se iba retirando el lenguage nativo á las montañas, acabando por refugiarse en esas comarcas que hoy llamamos provincias vascongadas, únicos puntos donde se ha conservado. Por mas tenaces que los españoles fueran y por mas apegados que estuviesen á su idioma primitivo, no era posible que resistiera éste á la influencia de la larga dominacion romana, mucho mas siendo el latin la lengua oficial, la lengua de la legislacion que regia á España, la de las escuelas y de la poesía, á que tan temprano se dedicaron los españoles, y posteriormente hasta la lengua de la religion. Reemplazó, pues, el latin al idioma ibero y á los dialectos locales, sin perjuicio de que se conservára en el pueblo una especie de lenguage intermedio ó de latin corrompido y mezclado con voces de la lengua nativa, que acaso fuera el precursor del que con la mezcla de otras sucesivas habia de constituir un dia la lengua española.

Fué, pues, la literatura romana, obra ella misma de imitacion (que así se van trasmitiendo los pueblos su civilizacion, y así se va enlazando la vida universal de la humanidad, contribuyendo todos á su vez á la grande obra del progreso social), aclimatándose en España, en términos que á aquellos primeros poetas cordobeses, cuyas palabras y estilo *pingüe quiddam atque peregrinum sonantia* parecia ofender el armonioso oido de Ciceron, sucedieron otros poetas, otros oradores y otros filósofos españoles que tuvieron la honra de fundar una escuela hispano-latina en la misma Roma, y de imprimir el sello de su gusto á la literatura romana.

No diremos que España pudiera presentar ni un Ciceron, ni un Tito Livio, ni un Virgilio, ni un Horacio, pero sí que á poco de haber pasado la era de Augusto, y cuando Roma se arrastraba en el cieno de la sensualidad y de la corrupcion, la única literatura que prevalecia en el imperio era la española, y lo mejor que entonces se escribia era obra de los ingenios españoles, aparte de alguna otra lumbrera, como Tácito, que aun solia aparecer en el turbado y nebuloso horizonte romano. Convendremos, si se quiere, en que la escuela española al volver á Roma bajo Neron el impulso literario que de ella habia recibido bajo Augusto, corrompiera el gusto de sus maestros como en venganza de la servidumbre en que España habia sido tenida. Pero aun así, ¿fué indigna la literatura española de figurar al lado de la romana? Dejemos hablar á un

erudito historiador estrangero, que con una imparcialidad no comun en los escritores de su pais cuando tratan de España, se esplica de este modo acerca de las dos literaturas: «Se podrá disputar sobre su preeminencia; se podrá «preferir la una á la otra; nada mas natural: pero nadie podrá negar que sea «un glorioso catálogo de oradores, de poetas y filósofos, aquel en que figuran «los Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro, Columela y «Pomponio Mela, por no hablar sino de los mas ilustres. Tales son los maes«tros de la literatura hispano-latino pagana; tales son tambien los primeros de «entre los escritores de Roma despues de la edad en que escribian Virgilio y «Horacio. Toda esta escuela tiene un carácter propio, y que no deja de tener «relaciones con el genio literario español de las edades siguientes (1).»

En efecto, aparte de los Balbos, del bibliotecario Higinio, del poeta Sextilio Henna, de los oradores Marco Porcio Latron, Junio Gallion, Marco Anneo Séneca, y otros que florecieron ya en el tiempo de Augusto, ¿quién no ve en Lucio Anneo Séneca, el filósofo, el moralista de la antigüedad pagana? ¿Quién no admira la fecundidad de su ingenio, la profundidad de sus pensamientos, la sublimidad de sus máximas, y aquella valentía de imaginacion, aquel conocimiento del corazon humano, aquella alma ardiente y melancólica, aquella dignidad de sentimiento que respiran sus escritos del *Reposo*, de la *Providencia*, la *Vida feliz*, los *Consuelos á Helvia y á Marcia*, y otras muchas de sus obras? En vano ha intentado zaherirle La-Harpe en su Curso de Literatura, acaso en despique de lo mucho que Diderot gustaba de los escritos de Séneca, como observa el historiador antes citado. Schlegel le llama el verdadero fundador de un nuevo gusto amanerado y sentencioso (2). Pero esto en nada disminuye su mérito como pensador. ¡Ojalá hubiera participado menos del estoicismo de su tiempo! Nuestro juicio y nuestra admiracion al talento del filósofo español es tanto mas imparcial cuanto mas severamente hemos censurado sus flaquezas como hombre.

«Con Lucano, prosigue Schlegel, vemos á la poesía de los romanos volver «á tomar la forma heróico-histórica, como si no hubiese podido olvidar su an«tiguo origen sepultado en el olvido.» El autor de la Farsalia era sobrino de Séneca, y murió como su tio víctima de la tiranía y de la insensatez de Neron, que tenia el necio orgullo de pasar por el mejor poeta como por el mejor músico, y miraba como un rival á Lucano. Córdoba podrá gloriarse siempre de haber sido cuna de una familia tan ilustre como los Sénecas.

Así puede envanecerse Calahorra de haber producido un Quintiliano, el

(1) Romey, Hist. d' Espagn. ch. XII.

(2) Schlegel. Hist. de la literatura antigua y moderna, t. I. cap. 8.

juicioso y profundo retórico, el honrado orador, *la gloria de la toga romana*, que decia Marcial, el primer profesor asalariado que hubo en Roma, y cuyas *Instituciones* serán consideradas siempre como un tesoro para los humanistas. Vino el historiador poeta Silio Itálico, cuyo poema histórico es un manantial de instruccion sobre todos los lugares que fueron teatro de la segunda guerra púnica. Todos los amantes de la literatura visitaban su retiro por el gusto de conocer al antiguo cónsul hecho poeta fecundo y filósofo amable. El poeta Marcial se envanece de que Silio se dignára escuchar sus epigramas y concederle un lugar en su biblioteca. Floro, historiador español tambien, aunque vivió casi siempre en Roma, no se olvidó de realzar en su compendio histórico las glorias de su patria llamando á España *viribus armisque nobilis*.

Marcial, natural de Calatayud, puede decirse el creador de los epigramas, si bien desearíamos que no hubiese escrito tantos, pues es muy difícil hacer mil seiscientos epigramas buenos. Nadie, sin embargo, ha podido llevar mas lejos la precision, la finura y la agudeza que este género de composicion exige. Lástima que al lado del genio se vea en los que tituló *Obscena* el grado de libertinage y de inmoralidad á que habia llegado la civilizacion del paganismo. Distinguióse Marcial por un amor tierno y ardiente á su pais nativo: á él se retiró despues de treinta y cinco años de vida tormentosa, y desde él escribia á su amigo Juvenal: «Mientras tú recorres inquieto y agitado las tumultuosas calles de Roma, yo descanso al fin en mi amada ciudad natal... duermo á mi gusto... al levantarme encuentro una buena lumbre, los cazadores me esperan, mientras el mayordomo distribuye el trabajo á los esclavos. Hé aquí cómo vivo, y cómo quiero vivir hasta el término de mis dias.» Eran sus amigos Plinio el Jóven, Quintiliano, Frontino, Juvenal, Silio Itálico y Valerio Flacco.

Mas no fueron solamente poetas, oradores y filósofos los que produjo la España durante el imperio. Honorato Columela, natural de Cádiz, fué el sábio agrónomo de la antigüedad, y mereció ser llamado *el padre de la agricultura*. Plinio, su contemporáneo, le cita muchas veces con elogio en su Historia natural; y sus obras de *Re rustica* y de *Arboribus* revelan un hombre profundamente entendido en estos ramos. Pomponio Mela, de Mellearia, pudo acaso no ser un insigne geógrafo, pero hay en su cosmografía concision, variedad, estilo rápido y animado: algunos lugares especialmente favorecidos por la naturaleza están descritos con admirable talento.

Nos hemos ceñido en esta breve reseña á aquellos que adquirieron una celebridad en la literatura latina, y le imprimieron una nueva índole y carácter, sin que el objeto de nuestra obra nos permita detenernos ni á analizar con mas estension á éstos, ni á hacer un catálogo de los demas que en España cultivaron las letras con mas ó menos reputacion, como Flavio Dextro, el amigo de

San Gerónimo, Fexto Rufo Avieno, y otros, porque no hacemos una historia literaria. Basten estos apuntes para mostrar los progresos que habia hecho la civilizacion en España en el periodo que comprende el presente libro.

¿Pero podríamos dejar de mencionar á los ilustres emperadores españoles Trajano y Adriano, ya como protectores de las letras, ya como literatos y doctos ellos mismos? «¿Qué honores no dispensas (decia Plinio el Jóven á Trajano) á los maestros de elocuencia? ¿Qué beneficios no haces á «todo hombre docto y erudito? Por tí los estudios han recobrado la vida y «vuelto á su patria, despues de haberlos desterrado bárbaramente la crueldad de otros príncipes viciosos.» «Ya volvió los ojos (decia hablando de él «Juvenal) á las musas afligidas, á los poetas insignes, á quienes la dura «necesidad habia obligado á servir en los baños públicos, á encender los «hornos de Roma, y aun á tomar la trompeta del pregonero..... Ya no teneis que humillaros, oh jóvenes cantores, á ocupaciones tan indignas de «vuestro espíritu, pues el príncipe os mira con amor, y os estimula, y no «espera sino que le deis ocasion para ejercitar con vosotros su conocida «generosidad.» Grande, como César, imitóle tambien, aunque en mérito no le igualára, en escribir las guerras en que habia tomado parte. Adriano, su sucesor, aquel hombre de tan asombrosa y universal erudicion que apenas habia ramo de literatura que le fuese estraño, el que introdujo la costumbre de premiar á los hombres de letras con pensiones vitalicias, ¿podria dejar de favorecer singularmente á los españoles estudiosos, siendo su patria la España?

Otro género de literatura comenzó á desarrollarse en nuestra Península con la introduccion del cristianismo, y con el estudio que era consiguiente de las letras sagradas, y de la filosofía religiosa que tanto influyó en el cambio del órden social. En este nuevo campo que se abrió á los entendimientos no faltaron tampoco á España varones distinguidos é ilustres, que con discursos y escritos luminosos contribuyeron á la propagacion de la fé, y de ello son buena prueba los concilios que á principios y fines del siglo IV. se celebraron en Illiberis y en Zaragoza. Y si en España no hubo en aquel tiempo plumas tan fecundas y elocuentes como las de los Gregorios, de los Ambrosios, de los Ciprianos, de los Gerónimos y de los Agustinos, nadie ha desconocido ni la instruccion científica, ni la fogosa elocuencia del venerable Osio de Córdoba, el presidente de los concilios; y su carta á Constancio sobre la separacion de los poderes eclesiástico y civil, sobre ser una bella produccion literaria, es una obra maestra como testimonio de magnanimidad episcopal. Aquilino Juvenco puso en versos hexámetros la vida de Jesucristo: San Gregorio de Illiberis compuso un libro titulado *de la Fé*

contra los arrianos; Prudencio, de Zaragoza, fué el mejor y mas elocuente de todos los poetas sagrados de la antigüedad; y se señalaban ya como hombres de letras los obispos Itacio ó Idacio, autor este último de la crónica, asi como el sacerdote de Tarragona, Orosio, autor de otra historia. El mismo Prisciliano, el propagador de la heregía era hombre que escribia con facilidad y con fuego; y las mismas controversias que suscitaba la heregia ejercitaban, como hemos indicado en otra parte, el pensamiento, y tenian despiertas las inteligencias, y en actividad continua los espíritus (1).

Tal era el estado político, administrativo, social é intelectual que España habia alcanzado en el período del império romano desde Augusto hasta Honorio.

España con la conquista romana perdió su independencia, pero adquirió la unidad política que no tenia. Incorporada al imperio como una sola provincia, entra á participar de la civilizacion del antiguo mundo, de la vida universal de la humanidad; pero participa tambien de la imperfeccion del elemento constitutivo de las antiguas sociedades, la religion y la filosofía pagana. Cuando otro principio civilizador, unido por una disposicion providencial con el elemento bárbaro, representante de la fuerza, disuelve la antigua sociedad humana para refundirla, España se prepara á entrar en un nuevo período de su vida, que será ya una vida mas propia, mas individual, como pueblo que empieza á emanciparse despues de una larga tutela. Va á recibir una gran modificacion en su existencia. Veamos cómo se fué realizando esta trasformacion social.

(1) Puede verse el catálogo de los hombres doctos de España en este tiempo en la *Biblioteca Vetus* de don Nicolás Antonio, y en el tomo VIII. de la *Historia crítica de España* de Masdeu.

LIBRO CUARTO.

DOMINACION GODA (1).

CAPITULO I.

DESDE ATAULFO HASTA EURICO.

De 414 á 466.

Procedencia de las tribus bárbaras que se apoderaron de nuestro suelo.—De los alanos.—De los vándalos.—De los suevos.—De los godos.—Primeros reyes godos que vinieron á España.—Ataulfo.—Sigerico.—Walia.—Combate Walia á los vándalos y alanos, y los vence.—Cédele Honorio la Segunda Aquitania, y fija su corte en Tolosa.—Teodoredo.—Guerras entre los vándalos y los suevos de Galicia.—Correrías destructoras de los vándalos.—Trasmigran á Africa y fundan allí un reino.—Conquistas de los suevos de Galicia.—Rechiario, primer rey suevo cristiano.—Guerras de los godos con los romanos en la Galia.—Sitios de Arlés y Narbona.—Triunfo de Teodoredo.—Paz con Aecio.—Famosa irrupcion de los hunos.—Atila.—Célebre batalla de los campos Cataláunicos.—Atila es vencido.—Muere Teodoredo en la batalla.—Proclamacion de Torismundo.—Breve reinado de este godo.—Sucédele Teodorico.—Derrota á los suevos de Galicia.—Saqueo de Braga y de Astorga.—Confusion y desórden en el imperio romano.—Estension que adquiere el reino gótico en las Galias.—Muerte de Teodorico.

Cuando se derriba y desmorona un viejo edificio para reconstruirle sobre nuevos cimientos y darle nueva planta y forma, sin dejar de aprovechar los materiales útiles del que se destruye, mézclanse en el principio y se revuelven los antiguos y los nuevos elementos, hasta que la mano hábil del artífice va dando á cada uno la conveniente colocacion y asentándolos en el lugar que á cada cual corresponde, segun el plan que lleva

(1) Comprendemos, como observará el lector, este periodo en la edad antigua. Ni

ideado en su mente. Asi al irse desmoronando el antiguo imperio romano mézclanse y se revuelven confundidos sus fragmentos con los nuevos materiales que han de entrar en la reconstruccion del edificio social. Los hemos visto, y aun los veremos más, unirse, separarse, descomponerse, luchar entre sí, sin que se sepa todavía, aunque algo se deje traslucir, cuál sea el elemento que ha de dominar sobre los otros; hasta que esa ley secreta y providencial que rige las sociedades y las lleva al través de las revueltas y de las convulsiones al fin á que están destinadas por el que gobierna el universo, vaya dando á cada cuál la conveniente colocacion con arreglo al plan que ha sido trazado por el grande artífice.

Multitud de tribus bárbaras han invadido el imperio y se han desparramado por sus regiones, y aun no ha acabado el Septentrion de brotar hordas salvages. Algunas de ellas han franqueado la barrera de los Pirineos y lanzádose sobre España. Se han repartido entre sí sus provincias. España ni es ya romana, ni ha dejado todavía de serlo: ni es vándala, ni alana, ni sueva, ni goda. Cada uno de estos pueblos ocupa una parte de la Península. ¿Pero cuáles son sus respectivos límites? Ni los puede fijar el historiador, ni lo saben ellos mismos. Su índole es la movilidad; conquistan, saquean, y emigran á otra parte; su patria es el territorio que poseen. Pelean entre sí y con los antiguos poseedores, hacen alianzas y las deshacen, se ayudan y se hostilizan segun se lo aconseja el interés del momento. Es un estado de fermentacion social. Y la misma confusion que agita al mundo en lo material y físico, reina en los principios políticos y religiosos. Las naciones marchan lentamente hácia su fin al través de este caos: esta confusion ha de traer un órden nuevo al mundo,

se ha fijado bien, ni es fácil determinar con exactitud el principio, el término, la duracion precisa de la edad media. Algunos abarcan bajo esta denominacion el espacio de cerca de diez siglos que medió entre la destruccion del imperio romano en Occidente hasta la destruccion del mismo en Oriente. Otros hacen comenzar la edad media en la época de la grande irrupcion de las naciones germánicas, esto es, en 406. Otros la difieren hasta la ocupacion de Roma por Odoacro. La misma variedad en cuanto á su terminacion; fijándola unos en el descubrimiento del Nuevo Mundo, otros en la reforma de Lutero, otros en la toma de Constantinopla, etc. Suelen los franceses en sentido estricto contar su edad media desde el reinado de Carlo Magno. En España creemos estar en un caso escepcional respecto á las demas naciones de Europa en este punto. Pues aunque aquí como en las demas partes iniciaron los hombres del Norte una edad nueva, su completa desaparicion en el principio del siglo VIII nos hace mirar aquel periodo como una época de transicion, y la verdadera y rigurosa edad media comprende desde la irrupcion de los árabes hasta su completa expulsion, ó sea, si se quiere, hasta el fin del reinado de los Reyes Católicos y principio del de Cárlos V. Por eso, y por no poder constituir la dominacion de los godos una edad aparte por sí sola, hemos creido deber incorporarla con mas razon á la edad antigua que á la edad media. Permítasenos la frase que vamos á usar. La dominacion goda fué para España al mismo tiempo el *apéndice de la edad antigua*, y el *prólogo de la edad media*.

y de aquí ha de nacer para España una monarquía propia que hasta ahora no ha tenido. Para apreciar debidamente la revolucion que va á obrarse, menester es que digamos algo de la procedencia y carácter de los nuevos invasores.

Ya no se duda que el movimiento de emigracion de esas grandes masas de hombres que inundaron el Norte de Europa para desde allí derramarse por Mediodía y Occidente, partió del Asia, cuna y semillero del género humano. Tiempo hacia que estas masas de tribus bárbaras, empujadas por otras que sucesivamente iban emigrando del Asia superior, de la Escitia ó Tartaria, vivian en las heladas regiones de la Escandinavia ó Suecia, de la Dinamarca, de la Rusia y de la Germania, difundidas y como escalonadas desde la extremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano. La Providencia parecia haberlas colocado allí como queriendo tenerlas dispuestas para la mision que un dia habia de encomendarlas. La superabundancia de poblacion, unida á la esterilidad de aquellos helados y rigurosos climas, les hacia apetecer y buscar un sol mas claro y un suelo mas fecundo. Tribus nómadas y guerreras, obligaban á los pueblos vecinos á cederles su territorio, y los mas fuertes lanzaban á los otros de las comarcas que ocupaban, ó los forzaban á sometérseles; y los mas inmediatos al imperio romano, ya empujados por los pueblos que tenian á su espalda, ya envidiosos de la fertilidad y dulzura del pais meridional que delante tenian, se arrojaban á invadir las vecinas provincias del imperio. Las márgenes del Danubio eran como la línea divisoria entre la barbarie y la civilizacion. Rota una vez ésta, comenzó la pelea entre los hombres de la antigua sociedad destinada á perecer, y los hombres de la nueva sociedad destinada á reemplazarla, ó por lo menos á refundirla.

Mientras los romanos conservaron un resto de su antiguo valor, mientras se pudo mantener en sus ejércitos la disciplina, y mientras estuvieron al frente del imperio hombres como Marco Aurelio, Constantino y Teodosio, los bárbaros, aunque repitieron las incursiones, aunque su vigor, su ferocidad y su paciencia los hacia á propósito para la guerra y los combates, no pudieron todavía fijarse definitivamente en las provincias romanas. Lo que hicieron los godos, primeros invasores y como vanguardia de los pueblos bárbaros, fué ir debilitando en lo material un imperio que la corrupcion interior iba tambien moralmente corroyendo, al propio tiempo que ellos se dejaban ganar insensiblemente á la civilizacion, hasta el punto que habia de convenir para la mision que estaban llamados á desempeñar. Mas cuando el imperio dejó de estar sostenido por manos vigorosas y robustas, cuando la molicie y relajacion le tenian enervado, entonces, á fines del IV. y principios del V. siglo de la era cristiana, de todas las regiones del Norte casi simultáneamente, y como movidos por un

misterioso impulso y por un agente secreto, cayeron sobre el antiguo mundo romano con impetuosidad irresistible aquellos enjambres numerosos de alanos, de suevos, de marcomanos, de herulos, de hunos, de godos, de jépidos, de borgoñones, de vándalos, de alemanes, y de otra multitud de razas indo-escitas y germanas; que fué uno de los mas grandes acaecimientos, acaso el mayor y mas portentoso que se cuenta en los anales de la humanidad. De aquellos pueblos, mientras los godos al mando de Alarico saqueaban la capital del antiguo mundo, venian á España, despues de haber devastado las Galias, los suevos, los vándalos y los alanos.

Los alanos, pueblo de raza escítica, habian habitado al principio entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Luego estendieron sus conquistas desde el Volga hasta el Tanais, y penetraron por un lado hasta la Siberia y por otro hasta la Persia y la India. Invadido su pais por los hunos, procedentes de las fronteras de la China, una parte de ellos se refugió á las montañas del Cáucaso, donde conservó su independencia y su nombre; otra parte avanzó hasta el Báltico, donde se asoció á las tribus septentrionales de Alemania, con los suevos, los vándalos y los borgoñones contra los godos. Tan agrestes y feroces como amantes de la libertad, la guerra, el pillage y la destruccion eran sus placeres. Todo el objeto de su culto un sable clavado en la tierra; su fuerza militar, como la de casi todos los pueblos tártaros, consistia en la caballería, y adornaban los caparazones de sus caballos con los cráneos de sus enemigos. Entre las hordas bárbaras que inundaron el mundo civilizado, los alanos se mostraron de los mas sanguinarios y crueles. Tal era la tribu que se habia apoderado de la Lusitania.

Los vándalos, que se cree pertenecian á las razas puramente germánicas, habian habitado todo lo largo de la costa septentrional desde la embocadura del Vistula hasta el Elba. Habian hecho ya algunas invasiones en el imperio, y tambien habian peleado contra los godos. En la última irrupcion venian de la Pannonia. Su amor á la independencia era igual al de los demas salvages. Depredadores por inclinacion, la memoria de sus devastaciones quedó en las tradiciones humanas como la de los grandes cataclismos, y el nombre de vándalos ha sido proverbialmente aplicado á todos los destructores de monumentos y de bellas artes. Tocóle á esta raza llevar su planta destructora á la Bética.

Habian habitado los suevos cien cantones del interior de la Germania desde el Oder hasta el Danubio. Cada canton contribuia anualmente con mil guerreros para defender los intereses de todas las tribus. Eran los mas bravos y temidos de los germanos. Su placer era exterminar, aniquilar poblaciones, y formar en torno de sí grandes desiertos. Retazos de pieles groseramente curtidas cubrian algunas partes de su cuerpo, y sustentábanse de la caza, y de

la carne y leche de los ganados. Toda su religion consistia en sacrificar cada año un hombre en medio de bárbaras ceremonias en un boque que llamaban sagrado. Distinguíanse por su larga cabellera, que anudaban sobre la cabeza y recogian en una bolsa para entrar en batalla. Fueron de los que acompañaron á los vándalos y alanos en la invasion de las Galias y de España. Instaláronse éstos en Galicia.

Los godos, á quienes mas nos importa conocer, eran, como los alanos, originarios de Asia, comprendidos bajo el nombre genérico de scytas ó getas. En sus trasmigraciones habian pasado á la Escandinavia, que Jornandés supuso equivocadamente haber sido el pais natál de los godos. Sin que se haya podido fijar todavía la época cierta de cada emigracion antigua de las tribus góticas, hallábanse ya en los primeros siglos de la era cristiana dos pueblos de godos, el uno en las costas del Báltico, el otro entre el Tanais y el Danubio, en los confines de Asia y Europa. Raza asiática en las costumbres, como los alanos y los hunos, germánica en la lengua como los suevos, los francos y los sajones, dividíase la nacion en dos grandes tribus, y denomináronse por la diferente posicion que ocupaban, los unos *ostrogodos* ó godos orientales, los otros *visigodos* ó godos occidentales *(Ost-Goths* y *West-Goths)*, separados por el Dnieper *(Borysthenes)*.

Detuviéronse en sus incesantes correrías los que llegaron á las márgenes del Danubio, asi por los abundantes pastos que allí encontraron para sus ganados, como por no serles ya fácil llevar sus escursiones á paises en que dominaban las poderosas armas romanas. Allí hicieron alto largo tiempo, formando como la avanzada del grande ejército de los bárbaros. Pero engrandecidos ellos, y próximos á la civilizacion, no tardaron, como en su lugar hemos visto, en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban, ni dejaban de repetir sus incursiones. Y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano, recibian á su vez en sus rudas imaginaciones las impresiones de la civilizacion. Poco á poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veian; el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiracion, respeto, deseo de imitacion; las relaciones de los prisioneros mismos les hacian comparar las privaciones de su condicion inculta y grosera con las comodidades y los goces de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio, y fueron á enseñarles la excelencia y las ventajas de una religion y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de los bosques traian. Asi los visigodos, sin perder aun su primitivo vigor y energía, iban deponiendo un poco los instintos salvages.

Llegó al fin el caso de verse como apretados, comprimidos y como empujados estos pueblos por otros mas bárbaros y mas feroces que detrás de ellos venian. Eran los hunos, raza la mas salvage de todas: los hunos, de horrible aspecto y de deforme rostro, que saliendo del fondo de la Tartaria y de las orillas del mar Caspio, habian derramado sus innumerables hordas sobre el gran camino de las emigraciones asiáticas, y se encaminaban tambien hácia Occidente; encuentran los hunos á la raza poderosa y libre de los alanos y la someten: el vasto imperio de los ostrogodos, presidido por el viejo Hermanrico (*Heere-Mann-reich*, rico en hombres de armas), no puede tampoco resistir al ímpetu de aquella nueva avenida, y lleno de terror acaba por someterse tambien con casi todos sus aliados á los feroces hunos, y por engrosar el torrente de la invasion en lugar de resistirle. Coincidió este acaecimiento con la época en que el imperio romano iba en visible decadencia, y entonces fué cuando se decidieron los visigodos á pasar por la vez postrera el Danubio, abandonando sus antiguas posesiones, y pidiendo en el imperio tierras que habitar. Entonces fué tambien cuando el obispo godo Ulphilas convirtió á sus compatriotas al arrianismo que profesaba el emperador Valente (1).

Desde esta época hasta su primera entrada en España hemos seguido paso á paso á los visigodos en sus relaciones con el imperio romano, principalmente con Honorio, bajo sus dos primeros reyes, Alarico (*All reich*, todo rico) y Ataulfo (*Atta*, padre; *Hülfe*, socorro). Dejamos tambien referido en el precedente libro (2), cómo Ataulfo, á consecuencia de haberse desavenido con Honorio, invadió la España al frente de sus godos, y despues de haber combatido en ella los vándalos, murió asesinado en Barcelona por Sigerico (*Siege reich*, rico en victorias), cuyo reino duró solo siete dias, habiéndole asesinado á su vez los suyos.

Aun cuando Ataulfo no pueda decirse con propiedad el primer rey godo de España, puesto que solo dominaba una parte de la Tarraconense, él fué sin embargo el que concibió el pensamiento de arrojar de la Península española las razas bárbaras que la inundaban, probablemente con la intencion de fundar en ella un imperio gótico, cuyo pensamiento fué constantemente proseguido por sus sucesores.

Proclamado Walia (*Val*, baluarte) rey de los godos, supo con una política y una destreza no propias de un bárbaro, halagar primeramente el odio de sus gentes hácia los romanos, aparentando querer hacer á éstos la guerra. Mas co-

(1) Jornand. De Reb. Get.—Procop. De Bell. Vandal.—Amm. Marcell. Hist.—S. Isid. Hist. Goth.—Tacit. De mor. German.—Idat. Chron.—Aschbac, Geschichte der West Gothen.—Memor. de la Academia de la Hist. Tom. I.

(2) Cap. VII.

mo el general romano Constancio le propusiera la paz con la sola condicion de que le devolviera á Placidia, á quien seguia amando siempre, y á quien Walia tenia el estéril honor de guardar en su poder, aceptólo el godo con la cláusula de que le suministrára el romano seiscientos mil medidas de trigo para mantener su ejército; cláusula que no podia menos de contentar á sus soldados, faltos como se hallaban de subsistencias, y talados como estaban los campos. Con esto tuvo la habilidad de persuadirles que no era á Roma á quien les convenia entonces combatir, sino á los suevos, vándalos y alanos de España. «Roma es ya demasiado débil, les decia, y podemos darla por vencida. ¿Qué «interés tenemos en conservar en nuestro poder á la hermana de Honorio? «Volvámosles á Placidia, y llevemos nuestras armas contra los vándalos y sue«vos, que es mas digno de nuestro valor, y cuando hayamos concluido con «ellos, Roma se humillará á nuestros pies por sí misma.» Acogieron los godos con entusiasmo las razones y la voluntad de su rey, y Walia los llevó á pelear con los vándalos de la Bética.

Breve y gloriosa fué esta primera campaña de Walia: los vándalos fueron vencidos y obligados á cruzar lo interior de la Península en busca de un asilo entre los suevos de Galicia, con quienes momentáneamente se confundieron. Walia intentó una espedicion á Africa, pero una tempestad que dispersó su flota le obligó á renunciar á su proyecto. Lo mismo habia intentado antes Alarico desde Italia, y otra tempestad habia frustrado tambien sus intenciones. Parecia que era la voluntad de la Providencia que los godos no salieran de Europa, y que fundáran en Occidente un imperio gótico, precedido del exterminio de las otras razas bárbaras. Revolvió Walia entonces contra los alanos de la Lusitania: deshízolos igualmente, y sus restos fueron á incorporarse con los vándalos. Disponíase ya á acometer á los suevos, cuando supo que éstos, temiendo sin duda el empuje de las armas godas, habian reconocido la soberanía de Roma y héchose tributarios del imperio, y se detuvo Walia en la carrera de sus victorias por un resto de respeto á la magestad romana.

Honorio, que celebraba los triunfos de los godos en España haciéndose la ilusion de que le pertenecian á él, recompenso á Walia, dándole la Segunda Aquitania, estendiéndose de este modo el imperio gótico desde Tolosa de Francia hasta el Océano, comprendiendo tambien la mitad del pais entre el Garona y el Loire. Walia fijó su asiento y la córte del imperio gótico en Tolosa, donde murió hácia el año 420.

Sucedióle Teodoredo, que otros con San Agustin nombran Teodorico. Durante los primeros años de su reinado, los vándalos que se habian refugiado entre los suevos de Galicia, sublevóronse contra los mismos que les habian dado hospitalidad, y les hicieron cruda guerra. Pero al fin rechazados con vigor,

viéronse aquellos bárbaros precisados á volver á la provincia á que habian dado su nombre, donde tornaron á ejercer sus acostumbrados estragos, y estendiéndolos á las costas de Valencia, tomaron y saquearon á Cartagena, diéronse á piratear por aquellas costas y las de las Baleares, y como si se cansára pronto de todo ejercicio este pueblo movible y versátil, volvió otra vez á establecerse en Andalucía animado del mismo espíritu de destruccion, único que no le abandonaba nunca. Un acontecimiento inesperado vino á libertar las fértiles y desgraciadas comarcas de la Bética de aquella plaga asoladora.

En 424 habia muerto Honorio, aquel emperador á quien cupo la triste suerte de ver la púrpura de los Césares hollada por la planta salvage de los hijos de los bosques. Habíale sucedido en el trono imperial el niño Valentiniano III., hijo de su hermana Placidia, la viuda de Ataulfo, la cual regia el imperio durante la menor edad de su hijo. Nombrado prefecto de Africa por la regente el conde Bonifacio, fué muy pronto relevado de aquel gobierno por instigacion de Aecio, general y consejero íntimo de Placidia. Tomólo Bonifacio por desaire y afrenta, y á impulsos del resentimiento resolvió vengarse de los cortesanos sus enemigos, á cuyo fin buscó el apoyo de los vándalos de Andalucía invitándolos á que pasáran á Africa, y ofreciéndoles las dos terceras partes de las posesiones romanas en aquellas regiones, reservando solo para sí la tercera con tal que le dieran ayuda. Acogieron los vándalos la proposicion, ó por espíritu de movilidad, ó halagados por el ofrecimiento, ó deseosos de reposar de las inquietudes que sufrian en la Península, ó por todas estas causas juntas. Dispusiéronse pues los vándalos á una nueva trasmigracion, y con su rey Genserico á la cabeza, cargando con todo el fruto de sus saquéos, y reuniendo sus mugeres y sus hijos, dirigiéronse al estrecho de Gibraltar, donde se embarcaron en número de ochenta mil (428). Ahora iban los vándalos á Africa, llamados por un conde resentido, llevando el mismo derrotero que tres siglos después habian de traer los moros de Africa á España, invitados por otro conde resentido tambien. En el espacio de tres siglos se ven iguales sucesos producidos por las mismas pasiones. Poco tardó Bonifacio en arrepentirse de su obra; pero ya era tarde. Apoderáronse los vándalos de toda la Mauritania, pusieron sitio á Hipona, donde murió la gran lumbrera de la Iglesia San Agustin, se apoderaron de Cartago á los 585 años de haber el jóven Escipion destruido la ciudad de Anibal, y fundaron en Africa un imperio que solo la espada de Belisario habia de poder mas adelante destruir. Asi iban los bárbaros del Norte entrando en posesion de todo el antiguo mundo.

Vínole bien á España, que asi se vió libre de aquellas hordas feroces.

Quedaban solo los suevos (porque los alanos habian sido aniquilados), pueblo no menos feroz y belicoso que los vándalos, que viendo las provincias del Mediodía abandonadas por éstos quisieron conquistarlas para sí. Opusiéronse en vano, asi los romanos como los españoles mismos, tan fáciles en adherirse á los godos, que en medio de sus violencias trataban mejor á los indígenas, como enemigos de la dominacion de los demas bárbaros. Victoriosos los suevos en una batalla que aquellos les presentaron cerca del Genil, ocuparon á Sevilla y Mérida, y en pocos años llegaron á reunir bajo sus dominios la Galicia, la Bética y la Lusitania, llevando mas adelante sus conquistas hasta la Cartaginense, provincia que se habia conservado romana, y que no fué restituida al imperio hasta el 443. Asi se habia ido estendiendo y al parecer consolidando el reino suevo bajo sus dos primeros reyes Hermerico y Rechila, si bien contra el torrente de las poblaciones españolas, que no cesaban de protestar contra esta dominacion, y á disgusto del clero cristiano de Galicia, que en una ocasion habia enviado al obispo Idacio con la mision de solicitar de los romanos los ayudáran á sacudir el odioso y pesado yugo de aquellos feroces estrangeros.

Los suevos ademas se habian mantenido paganos. Pero una revolucion religiosa se obró poco antes de mediar el siglo V. entre los suevos de Galicia. Habiendo muerto en Mérida el sanguinario y conquistador Rechila, su hijo Rechiario que le sucedió se convirtió á la religion cristiana. Pero el suevo ni dejó de ser bárbaro por ser cristiano, ni los pueblos esperimentaron los efectos de su conversion al cristianismo. Habiéndose casado con una hija de Teodoredo, el rey de los godos, salió á recibir á su esposa hácia los confines de los vasco-navarros, cuyas comarcas taló y saqueó. Desde allí quiso pasar á ver á su suegro, y franqueando los Pirineos avanzó á Tolosa, donde dejó admirados á los mismos godos de su rudeza y barbarie. De vuelta devastó y pilló los paises de Lérida y Zaragoza, regresando impunemente á sus estados, porque no habia soldados romanos que defendieran las provincias que aun pertenecian nominalmente al imperio. Tal era este primer rey cristiano de los suevos.

¿Qué hacian entretanto los godos, que habian de ser los señores de España? Aunque los godos poseian la parte de la Tarraconense comprendida entre los Pirineos, el Llobregat y el Segre, sus dominios principales estaban en la Galia Meridional, donde ocupaban un territorio capaz de constituir un reino de regulares dimensiones. Hallaba no obstante su rey Teodoredo estrechos los límites de la Aquitania, y aprovechando las discordias que despues de la muerte de Honorio traian mas y mas con-

movido el ya harto trabajado y desfalleciente imperio, quiso recobrar todas las provincias de la Galia que Honorio habia cedido primitivamente á Ataulfo, y puso sitio á la fuerte ciudad de Arlés (426). Obligóle á levantarle y retirarse á Tolosa el general romano Aecio, gran sosten del maltratado edificio imperial en los momentos en que parecia deber desplomarse con estrépito. Gracias á él, todavía el genio del porvenir representado por el pueblo godo conservaba un resto de respeto al genio de lo pasado representado por la vieja córte imperial. Trascurrieron así algunos años mirándose de frente los dos pueblos, viviendo alternativamente ya en guerra, ya en paz, entre alianzas y rupturas, pero siempre ensanchando Teodoredo y como empujando los límites de su reino hácia el Loire y el Ródano.

Mas adelante, como viese el godo á los rivales de la corte romana, Aecio y Bonifacio, destrozarse en sangrientas guerras allá en Italia, dejándo ya á un lado todo miramiento y consideracion púsose con su gente sobre Narbona (437). Acudió á combatirle Litorio, lugarteniente de Aecio, y uno de sus mas ilustres oficiales, que simbolizaba la antigua Roma peleando todavía en nombre de los dioses del Capitolio. Orgulloso el general idólatra de haber rechazado á los godos y forzádolos á encerrarse otra vez en Tolosa, desdeñó admitir la paz que Teodoredo le proponia. Decidiéronse entonces los godos á correr los riesgos de una batalla. Dióse el combate; grande estrago sufrieron en él los romanos: el pagano Litorio perdió allí la vida, en castigo, dicen las crónicas cristianas, de la ceguedad de su idolatría, añadiendo que los godos hicieron proezas *con la ayuda de Dios y de su espada*, en cuya espresion se revela ya el genio naciente de la edad media. Estendióse con esto el imperio gótico hasta el Ródano, y guarniciones visigodas ocupaban las ciudades abandonadas por los romanos, siendo gustosamente recibidas por los pueblos, cansados de la opresion romana (439). Vióse forzada la corte imperial á solicitar la paz, que se negoció por mediacion de Avito, prefecto pretoriano de las Galias, suegro de Sidonio Apolinar, el obispo poeta, que con tanta viveza y exactitud supo pintar los complicados sucesos de esta época tan revuelta y procelosa.

Epoca de dolores y de angustias era ésta ciertamente: en todas partes lanzaba gemidos tristes la humanidad: todo era pelea, todo matanza y desolacion, todo desórden, confusion y espanto: el mundo sufria una especie de movimiento convulsivo: no habia reposo para la gran familia humana en parte alguna: en Oriente y en Occidente, *á solis ortu usque ad occasum*, se guerreaba sin cesar: no se conocian los límites de los pue-

blos; nada aseguraba los tratados; la fuerza era el derecho de los hombres; cada cual se asentaba donde podia, y lo que conquistaba aquello hacia suyo; la barbarie andaba mezclada con los restos del mundo civilizado, y los semi-bárbaros luchaban alternativamente con todos. Los godos, semi-bárbaros y arrianos, pelean en España con los suevos, alanos y vándalos, bárbaros y gentiles; en la Galia con Aecio, general romano y católico, y con Litorio, general romano tambien, pero idólatra. Aecio, representante de la antigua cultura, lleva por auxiliares en su ejército á francos, borgoñones, hunos, y alanos, los mas feroces y salvages que habian brotado la Germania y la Escitia; Bonifacio, general romano tambien, llama en su auxilio á los vándalos; y Bonifacio y Aecio, romanos los dos, pelean entre sí, ambos con auxiliares bárbaros, y la larga lanza del uno se hunde en el corazon del otro: hombres, pueblos, sociedades, cultos, todo se confunde en sangrienta mezcla, y no habia quietud en el universo. No nos maravilla que los mas creyentes de aquel tiempo sospecháran si la Providencia habria retirado su tutela á la humanidad. Pero tampoco faltaron hombres ilustrados que penetraron por entre la oscuridad de aquella descomposicion, por entre la nube de aquel laberinto de males los secretos designios de la ley providencial, y esperaron y proclamaron que tras aquellos sufrimientos y dolores alcanzaria la humanidad una condicion mas ventajosa, mas digna de los altos fines de la creacion que la que hasta entonces habian conocido los hombres.

Un grande acontecimiento viene á unir á los romanos, á los francos y á los godos, que hasta ahora han estado sosteniendo entre sí varias y muy vivas guerras en las Galias. Por fortuna, como hemos visto, se habia ajustado una paz entre Aecio y Teodoredo, lo cual les facilitó el concertarse para resistir aunados á un enemigo comun formidable y poderoso que de nuevo amenazaba al Occidente. ¿Quién es, y de dónde viene ahora este terrible adversario?

Parecia que el Septentrion deberia haber agotado ya sus hordas salvages, habiendo inundado con ellas el mundo. Pero hé aqui que un nuevo y mas copioso torrente se desgaja de aquellas ásperas y frias regiones; he aqui que á la cabeza de nuevas y mas formidables masas de guerreros agrestes y feroces se presenta el rey de los hunos, el gefe de la raza mas bárbara y fiera, el *Azote de Dios*, Atila; que vencedor de los persas en Asia y de los bárbaros en Europa, teniendo sujetas á su imperio la Escitia y la Germania, y por vasallos á los jépidos y los ostrogodos, habia asustado con sus hordas á Constantinopla y concedido al emperador Teodosio II. reinar á costa de cederle la Iliria y de pagarle seis mil libras de oro y un tributo anual; Atila, triunfador de los marco-

manos, de los quados y de los suevos, y dueño de Hungría á que habian dado nombre los hunos; Atila desde el fondo de su ciudad cercada de bosques dudaba á cuál de las dos partes del mundo estenderia su brazo conquistador, si al Oriente ó al Occidente, ó si los abarcaria ambos ahogando entre sus brazos toda la Europa como el cuerpo de un gigante. Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino para las Galias (451), al frente de quinientos mil guerreros segun unos, de setecientos mil segun otros (1). Veamos lo que contribuyó á moverle á esta eleccion.

Teodoredo, rey de los godos, habia casado una de sus hijas con Hunnerico, hijo del rey de los vándalos de Africa. Por una sospecha de envenenamiento, el bárbaro Hunnerico habia hecho cortar la nariz y las orejas á su muger, y enviádola asi á su padre. Temeroso el vándalo de que este acto de inaudita y horrible barbarie habia de excitar justo resentimiento y natural venganza de parte de los godos, incitó vivamente á Atila á que acometiera el Occidente, persuadiéndole que con su ayuda se haria fácilmente dueño de Italia, de las Galias, de España y de Africa, y que serian los señores del mundo. Resolvióse á ello Atila impelido tambien por otras causas, y no pudiendo ocultar el movimiento de sus innumerables hordas, quiso, aunque bárbaro, engañar con maña á unos y á otros, escribiendo al emperador Valentiniano que aquel aparato de gente y armas se dirigia solo contra los visigodos para acabar con ellos y restituir al imperio romano las provincias que le tenian usurpadas, y escribiendo por otra parte á los godos que aquel armamento se encaminaba á asegurarles la pacifica posesion de las tierras que habian conquistado á los romanos, sus comunes enemigos. Fortuna que ni unos ni otros le creyeron: antes concertáronse entre si Teodoredo, rey de los godos, y Aecio general romano, y aun trajeron á su partido á Merovéo *(Mere-Wich)*, primer rey de los francos, y fundador de la monarquía merovingia en las Galias, y aunáronse y estrecháronse todos para hacer frente al impetuoso Atila. Este emprendió su movimiento desde la Pannonia, atravesó la Germania, pasó el Rhin, y se entró por lo que ahora es la Lorena, deteniéndose á la orilla del Loira delante de Orleans, porque los godos y los romanos habian marchado apresuradamente á su encuentro, y habian llegado á aquella ciudad. Con esta noticia Atila se retiró á los famosos *Campos catalaunicos*, cerca de Chalons-sur-Marne, cuya estension era de cien leguas, de sesenta y dos su latitud, segun el historiador Jornandés (2): una colina que se elevaba insensiblemente cerraba la llanura.

Por la mañana ordenaron unos y otros generales sus ejércitos en batalla. Asi los hunos como los aliados se dividieron en tres cuerpos. «Veíase reunida

(1) Jornand. Hist. Goth.—Prisc. p. 64. (2) Jorn. cap. XXXVI.

(dice Chateaubriand) una parte considerable del género humano, como si hubiera querido Dios pasar revista á los ministros de sus venganzas en el momento en que acababan de llenar su mision: iba á distribuirles la conquista, y á señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, venidos de todos los estremos de la tierra, habíanse colocado bajo las dos banderas del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Aecio. Con los romanos marchaban los visigodos, los letos, los armoricanos, los galos, los bretones, los sajones, los borgoñones, los sármatas, los alanos, los ripuarios y los francos sujetos á Merovéo: con los hunos militaban otros francos y otros borgoñones, los rufianos, los hérulos, los turinjios, ostrogodos y jépidos.» «Paganos, cristianos, idólatras (añade otro escritor), habian sido llamados á esta batalla innarrable.»

Atila se mostraba como turbado: acaso no esperaba encontrar tantos enemigos. No se resolvió á entrar en accion hasta las tres de la tarde. Aun arengó á sus soldados diciendo: «Despreciad esa turba de enemigos de diversas costumbres y lenguas, unidos por el miedo. Precipitáos sobre los alanos y los godos que hacen toda la fuerza de los romanos: el cuerpo no puede tenerse en pie cuando le arrancan los huesos. ¡Tened valor! ¡mostrad vuestro acostumbrado arrojo! Nada puede el acero contra los valientes cuando no les ha llegado su destino. Esa despavorida muchedumbre no podrá mirar á los hunos cara á cara. Si el éxito no me engaña, estos son los campos en que nos han sido prometidas tantas victorias. Yo arrojaré el primer dardo al enemigo; el que se atreva á ir delante de Atila caerá muerto (1).»

La batalla fué la mas sangrienta que vieron los siglos: mezclábanse los contendientes en masas de á cien mil: pronto aquellos dilatados campos se ocultaron bajo una inmensa capa de cadáveres: los vivos peleaban sobre los muertos. Los ancianos que vivian cuando el historiador de esta batalla era todavía jóven, contábanle que habian visto un arroyuelo que pasaba por aquellos campos heróicos salirse de su cauce y convertirse en torrente acrecido con la sangre: que los heridos se arrastraban á apagar la sed al arroyo, y lo que bebian era la sangre que acababan de derramar. Añade el historiador de los godos, que los que vivian en aquel tiempo y no pudieron ver cosa tan grande, se perdieron un espectáculo maravilloso (2): pero maravillosamente horrible, pudo añadir. Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura, y hay quien los hace subir á doscientos mil: no sabemos á dónde hubiera llegado la carnicería si no hubiera sobrevenido la noche. Pereció en la batalla

(1) *Adunatas despicite dissonas gentes,* etc. Jornand. ibid

(2) Cap. XL.

el valeroso Teodoredo rey de los godos, buscando á Atila. Encontróse su cuerpo sepultado bajo un espeso monton de cadáveres. Pero Atila habia sido vencido. El fiero caudillo de los hunos pasó la noche atrincherado detrás de sus carros, cantando al son de sus armas, al modo del leon que ruge y amenaza en la entrada de la caverna á donde le han hecho retroceder los cazadores (1).

Atila creyó llegado su fin, y esperaba ser atacado á la mañana siguiente. Pero el silencio de los campos le dió á entender que los enemigos habian renunciado á aniquilarle como hubieran podido y él temia. ¿Por qué los vencedores dejaron escapar tan bella ocasion de acabar con el coloso del Norte? Verdad es que ni ellos mismos supieron al pronto que habia sido suya la victoria, hasta que la luz del nuevo dia les enseñó que la mayor parte de los cadáveres que cubrian aquellos campos de muerte eran de los hunos. Pero otra causa influyó mas en aquella estraña determinacion. El altivo Aecio, que habia visto la heróica conducta de los godos en la batalla, sospechó que si se consumaba la destruccion de Atila tomarian demasiado ascendiente en el imperio, y á este espíritu de celosa rivalidad debió Atila su salvacion. Los godos habian proclamado rey á Torismundo, hijo mayor de Teodoredo, y Aecio tomó de aquí pretesto para alejar al godo, persuadiéndole debia apresurarse á marchar á Tolosa para hacer confirmar su eleccion antes que alguno de sus hermanos se le anticipase. A Merovéo, gefe de los francos, le hizo tambien retirarse gratificándole largamente, y esta era la causa del silencio de los campos que notó Atila, al cual de este modo hizo Aecio puente de plata para escaparse, como lo ejecutó volviéndose á la Pannonia.

De corta duracion fué el reinado de Torismundo. Avaro, cruel y revoltoso, hízose aborrecer del pueblo y de los suyos, y concertáronse para desembarazarse de él sus dos hermanos Teodorico y Frederico. Hiciéronle pues asesinar, y Teodorico *(Theod-rick*, poderoso sobre el pueblo) fué aclamado rey de los godos, enviando á Frederico á España, de acuerdo y á solicitud del emperador Valentiniano, á sujetar á los bagaudas que inquietaban los campos de Tarragona (453).

Recorramos ahora una série de crímenes que rápidamente se sucedieron para acabar de precipitar el imperio romano por los romanos mismos. Valentiniano despues de la muerte de su madre Placidia soltó los diques á todo género de pasiones torpes y violentas. Celoso de Aecio, asesinó al único que por largo tiempo habia sustentado con su valor un imperio moribundo: el último romano pereció al filo de la espada del mismo emperador á quien habia sostenido. Era la primera vez que la desenvainaba Valentiniano. Este im-

(1) *Strepens armis canebat*, etc. Id. ibid.

bécil príncipe puso sus torpes ojos en una honesta y hermosa romana, muger del rico senador Máximo: la llamó engañosamente á su palacio, y no pudo libertarse de su bárbara violencia: la infeliz murió de pesar: Máximo quiso vengarse del lascivo príncipe, y halló fácilmente quien le ayudara en sus proyectos: dos asesinos clavaron sus puñales en el pecho de Valentiniano en medio del dia, y el pueblo celebró el asesinato. Máximo fué proclamado emperador en lugar del violador de su muger. Pero Máximo se obstinó en casarse con Eudoxia, viuda de Valentiniano, contra la voluntad de ésta, que viéndose forzada á ello llamó en su socorro á Genserico rey de los vándalos: ¡qué complicacion de sucesos! El terrible instrumento de la venganza marcha sobre Roma, Máximo intenta escaparse, y el pueblo le hace pedazos. Genserico entra en Roma, y la ciudad eterna es entregada al saqueo por espacio de catorce dias y catorce noches. Las estátuas y objetos artísticos que Alarico habia perdonado, despedázanlas los vándalos por recreo y por el instinto de destruir: lo único que recogen es la pl ta y el oro. Roma era ya un cadáver que Genserico acabó de despojar. Los bárbaros vuelven á embarcarse, y trasportan á Cartago las últimas riquezas de Roma, como algunos siglos antes habia llevado Escipion á Roma los tesoros de Cartago. ¡Qué cambio de tiempos! Entre los tesoros se encontraron los adornos robados por los romanos al templo de Jerusalen. ¡Estraña mezcla de ruinas! todo va pasando á poder de los bárbaros.

Indignados los godos de la destruccion vandálica de Roma, se congregan en Arlés para dar á los romanos un emperador. Sidonio Apolinar nos pinta esta asamblea electoral con las siguientes palabras: «Conforme á su antigua costumbre reúnense sus ancianos al salir el sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No es posible ver sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos; y las pieles con que se visten apenas descienden mas abajo de las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta.» El resultado de la deliberacion fué elevar al imperio á Avito, suegro de Sidonio Apolinar, que regia entonces las armas romanas en las Galias. Avito partió para Italia.

Los suevos de Galicia, siempre belicosos, siempre inquietos y siempre feroces, mandados por su caudillo Rechiario, invadieron otra vez la provincia de Cartagena. En vano Avito y Teodorico unidos le enviaron embajadores intimándole que respetára las provincias del imperio. Los embajadores fueron maltratados, y Rechiario acometió y saqueó la provincia de Tarragona. Nuevos embajadores, nueva intimacion y nuevo desprecio. Fué ya preciso que Teodorico acudiera con un ejército de godos y romanos á castigar la insolencia del suevo. Pasa Teodorico los Pirineos, Rechiario se retira, el godo

le persigue, y viene á alcanzarle á cuatro leguas de Astorga, junto al rio Orbigo, en una llanura llamada el Páramo (456). Empéñase alli la pelea, los suevos son derrotados con gran mortandad, y su gefe Rechiario se retira herido á las estremidades de Galicia. El godo avanza en su persecucion: la ciudad de Braga abre las puertas á los godos acogiéndose á su piedad: no se quitó la vida á nadie, pero los principales suevos fueron hechos prisioneros, las casas saqueadas, los templos despojados, derribados los altares, y las iglesias convertidas en caballerizas: y eso que los godos eran los menos feroces de todos los bárbaros. Rechiario, enfermo de su herida, fué descubierto en su retiro, entregado á Teodorico y condenado á muerte. Parecia, pues, destruido el imperio suevo en España por los godos. Teodorico salió de Braga, corrió la Lusitania, y se apoderó de Mérida, donde recibió la noticia de que Avito habia sido desposeido del imperio en Roma por el famoso suevo Ricimer, lo que movió al rey godo á regresar á su capital de Tolosa, no sin dejar en España una parte de su ejército, que tomó por engaño á Astorga, la saqueó y pasó á cuchillo sus habitantes: hizo lo mismo en Palencia; acometió en seguida á Coyanza (hoy Valencia de Don Juan) sobre el rio Esla, cuyo castillo no pudieron tomar, y de alli se retiraron á la Aquitania. Este fué el principio del engrandecimiento de la dominacion goda en la Península. El pensamiento de Avito y Teodorico era ayudarse mútuamente á engrandecer el imperio godo y el romano: quizá lo lográran si Roma no estuviera ya destinada á perecer muy pronto.

En efecto, el suevo Ricimer, nieto de Walia, habia destronado á Avito, y vestido con la raida púrpura imperial á Mayoriano: pero Mayoriano comenzó á dar sábias, justas y saludables leyes, y á reanimar la gloria romana, y no habia sido la intencion de Ricimer sentar en el trono á un hombre de talento; promovió, pues, una sedicion, y le forzó á abdicar: puso la rota diadema sobre la cabeza de Libio Severo, especie de autómata imperial, y por lo mismo muy del agrado de Ricimer. Mas luego convínole á éste deshacerse de Severo, le envenenó, y puso en su lugar á Anthemio, con cuya hija se casó. Indispúsose luego con su suegro, y trasladó la vieja púrpura de los hombros de éste á los de Olibrio, que se habia casado con Placidia, hija de Valentiniano III. Roma por este tiempo fué saqueada tercera vez. Anthemio fué muerto; murió tambien Olibrio, y Ricimer mismo cayó en la tumba en que habia precipitado á cinco emperadores hechos por su mano.

Entretanto la España participaba de la espantosa descomposicion que trabajaba el mundo. Creemos deber aliviar á nuestros lectores de la relacion minuciosa de unos sucesos nublosos, confusos y embrollados, en que figuran muchos caudillos y ningun héroe; sucesos que pueden interesar solo por sus

resultados, no por sus pormenores; hechos comunes, guerras parciales, nombres oscuros, correrías y saquéos. ¿Qué podemos decir de los suevos Maldras, Frumar, Remismundo, y otros cuyos nombres nos han trasmitido las crónicas de aquel tiempo? ¿Qué eran y qué hacian? Eran caudillos que peleaban entre sí, que saqueaban, que se sometian á los godos, que se hacian arrianos como ellos, que todos tomaban el título de rey, sin que esto significase mas sino que iban al frente de cierto número de parciales que seguian sus banderas, que morian en batalla ó asesinados, sin dejar á la historia otra cosa que un nombre que recogió un historiador. Los herulos, que podemos llamar el pueblo corsario de los bárbaros, se acercaban con sus flotas á las costas de España, entraban en las poblaciones que hallaban desprevenidas, las saqueaban y volvian á embarcarse con los despojos. Teodorico, rey de los godos, enviaba sus generales y sus ejércitos á España, y sometiendo á los suevos, á unos por medio de tratos, y á otros por la via de las armas, iba ensanchando sus dominios en la Península, al paso que estrechaba los de los suevos, que redujo á los términos de Galicia, quedando él dueño de la Bética y de casi toda España, á escepcion de algunas ciudades que aun obedecian á los romanos. Teodorico estendió tambien sus posesiones de las Galias, dominando desde el Loire hasta los Pirineos, de manera que el imperio godo fué el que creció al través de tantas discordias, al compás que menguaba el de los suevos y el de los romanos. En cuanto á religion, el arrianismo era el que dominaba, y dominaba á costa de la opresion de los católicos, de la persecucion de los obispos ortodoxos, y de la destruccion de los templos. Entre los prelados católicos á quienes alcanzó la persecucion del arrianismo fué uno Idacio, autor de una de las crónicas de que hemos tomado una parte de la relacion de estos sucesos.

Tan trabajosa y lentamente se iba fundando en España la monarquía goda. Verémosla crecer con Eurico, que sucedió á Teodorico su hermano, á quien quitó la vida en Tolosa á fines del año 466 (1).

(1) Este Teodorico es el que nombran Teodorico II. les que llaman tambien Teodorico á Teodoredo su padre.

Acerca de las cualidades y costumbres de este rey godo nos ha dejado Sidonio Apollinar noticias curiosas é interesantes. «La estatura de Teodorico, dice, es mediana, su «cabeza redonda, su cabellera espesa y cres«pa se levanta desde la frente hasta la coro«nilla: espesas cejas coronan sus ojos, y «cuando baja los párpados, sus largas cejas «llegan casi hasta la mitad de las mejillas. «Sus orejas, segun la costumbre de su na«cion, están cubiertas y como azotadas por «los bucles de sus largos cabellos. Su nariz «forma una graciosa curva. Crécele poblada «barba bajo las sienes; pero todos los dias la «afeita debajo de la nariz y en las partes in«feriores del rostro. Su cuello y su barba «son regularmente gruesos, y su tez, de un «blanco de leche, se colora algunas veces de «un sonrosado juvenil....

«En cuanto á su método de vida, Teodo«rico se levanta antes del dia para asistir con

«poco séquito á las oraciones de sus capella«nes, con el respeto y la asiduidad conve«nientes: pero se conoce fácilmente que es «un tributo que paga mas bien á la costum«bre que á la conviccion. El resto de la ma«ñana le dedica á los cuidados del gobierno. «El conde que lleva sus armas está de pie «cerca de su silla. Hácense presentes algu«nos guardias vestidos de pieles, que perma«necen á cierta distancia por no hacer ruido, «y murmullan sórdamente excluidos de las «salas interiores y encerrados entre canceles. «Entonces se dá entrada á los embajadores «estrangeros. Teodorico responde en pocas «palabras á sus largos discursos.

«A las ocho se levanta y va á visitar sus «tesoros ó sus establos. Cuando sale de caza, «se creeria poco digno de la dignidad real «llevar él mismo su arco; mas al presentarse «la caza, tiende la mano por detrás, y un es«clavo le alarga el arco, cuya cuerda no de«be estar armada de antemano, porque se «tendria por una molicie indigna del hom«bre: despues armándola él mismo, os pide «le indiqueis el punto en que ha de herir, y «no bien se le indica, ya está acertado.

«Su mesa ordinaria es la de un simple «particular: su mas sabroso manjar es la con«versacion, séria y formal por lo comun: el «arte, no el precio, constituye el valor de lo «que se le sirve: la copa circula pocas veces, «y los convidados tienen derecho de quejar«se de ello. Solo el domingo, en sus banque«tes de ceremonia, se encuentra la elegan«cia de la Grecia, la abundancia de la Galia, «y la actividad de la Italia.

«Despues de comer duerme muy poco ó «nada. Entonces se lo lleva el tablero de los «dados. En el juego invoca alegremente la «fortuna ó la espera con paciencia: si gana, «calla, y si pierde se sonrie. Poco aficionado «al desquite, gústale no obstante aparentar «que no teme los azares. Suele deponer en el «juego la reserva de rey, y excita á todo el «mundo á la franqueza y á la familiaridad: «le complace ver las emociones del que pier«de, y necesita que se enfade el vencido pa«ra creer en su propio triunfo: muchas veces «esta misma alegría, cuya causa es tan fri«vola, favorece á otros negocios mas gra«ves....... Yo mismo, cuando tengo algo que «pedirle, me procuro una feliz derrota, y «pierdo la partida para lograr mi preten«sion.

«A las tres vuelve á cargar sobre él el «peso de los negocios; reaparecen los pre«tendientes, y este impertinente cortejo se «agita en derredor suyo hasta que la noche «y la hora de la cena le hacen dispersarse. «Algunas veces durante la comida se intro«ducen farsantes y bufones; pero sus mordа«ces chistes deben respetar á los convidados. «Nada de música, ni de coros: los únicos «aires que agradan al rey son los que des«piertan el valor bélico. Finalmente, cuan«do se retira á descansar, por todas partes «hay centinelas armados á las puertas del pa«lacio.»

Las guerras en que anduvo casi siempre envuelto este rey no debieron dejarle disfrutar mucho tiempo de este sistema de vida.

CAPITULO II.

DESDE EURICO HASTA LEOVIGILDO.

De 466 á 572.

Reinado de Eurico.—Sus conquistas en la Galia.—Id. en España.—Termina definitivamente la dominacion romana en la Península.—Llega el imperio gótico al apogeo de su grandeza.—Sus límites de uno y otro lado de los Pirineos.—Concluye el imperio romano con Augústulo.—Reino ostrogodo en Italia.—Recopilacion de leyes hecha por Eurico.—Su muerte.—Alarico II.—Código de Alarico ó de Aniano.—Muere peleando con Clodoveo, rey de los francos —Reinado de Amalarico.—Guerras con los francos.—Sus causas.—La princesa Clotilde.—Reinado de Teudis.—Invasion de los francos en España.—Célebre sitio de Zaragoza —Tregua de veinte y cuatro horas.—Reinado de Teudiselo.—Id. de Agila.—Id. de Atanagildo.—Los griegos bizantinos en España.—Casamiento de las dos hijas de Atanagildo, Brunequilda y Galsuinda, con dos reyes francos.—Suerte desgraciada de estas princesas.—Toledo, capital del reino godo-hispano.—Muerte de Atanagildo.—Interregno.—Eleccion de Liuva.—Id. de Leovigildo.

Grandes pasos van á dar los pueblos en el último tercio del siglo V. hácia el desenlace de la universal revolucion. Los cimientos del nuevo edificio quedarán echados, y los materiales se irán distribuyendo para cada uno de los departamentos que se han de construir en esta grande obra de regeneracion social.

Tan luego como Eurico (*Ewrich*, rico en leyes) fué ensalzado al trono de los godos (si trono podia llamarse todavia), sirviéndole de pedestal el cadáver de su hermano, concibió el pensamiento de hacer un reino gótico independiente en todo el territorio que Roma habia poseido en la Galia y en España. El estado de disolucion y de agonía en que se hallaba el imperio le brindaba ocasion favorable á sus fines, y tuvo además la precaucion de negociar alianzas con Genserico, rey de los vándalos, con Remismundo que lo era de los suevos, y con Arvando, prefecto de las Galias y otros gobernadores roma-

nos. Escasa por lo tanto fué la resistencia que halló Eurico en la Galia. Envió no obstante contra él á Glicerio, que habia sucedido á Olibrio en lo que todavía se llamaba imperio de Occidente, un ejército de ostrogodos mercenarios; pero éstos, que eran arrianos, en lugar de combatir se unieron á los visigodos, que lo eran tambien. Siagrio, general romano, que le atacó con un cuerpo de auxiliares francos al mando de su rey Hilderico, sucesor de Merovéo, fué vencido y derrotado. Ecdicio era el único que con heróico valor se sostenia en la Auvernia; mas habiendo recibido órden de Julio Nepote, uno de esos fantasmas coronados que pasaban como fuegos fátuos sobre el agonizante imperio de los Césares, para que cediera la provincia al godo, ya nada pudo impedir á Eurico hacerse dueño de toda la Galia. Tomó pues á Arlés, Marsella, Clermont, desde donde pasó á Burdeos á recibir las felicitaciones de los príncipes vecinos. Hé aquí como nos pinta Sidonio Apolinar á los príncipes ó embajadores que á aquella córte concurrian: «Vemos allí, dice, al sajon «de ojos azules... al viejo sicambro, que rapado despues de la derrota deja «crecer de nuevo su cabellera hácia el occiput; al hérulo de mejillas verdus«cas como los golfos del Océano que habita; al borgoñon, alto de siete pies, «que dobla la rodilla para pedir la paz, etc.»

No fué menos feliz Eurico en sus conquistas de España, á donde destacó dos cuerpos de ejército, uno de ellos, mandado por él mismo en persona, segun San Isidoro. En menos de tres años se hicieron los visigodos dueños y señores de toda España, si se esceptua la pequeña parte que de antiguo habian dominado los suevos, y que les dejó Eurico como por merced en concepto de aliados; pero reducidos á las montañas dejaron los suevos por mas de un siglo de figurar en la historia, como si hubieran desaparecido enteramente. Las adquisiciones de Eurico tenian ya el carácter de propias; ya no conquistaba para los romanos como sus antecesores, sino para sí mismo, y con él acabó de todo punto la dominacion romana en la Península, siendo en rigor Eurico el primer rey godo independiente de España. Llegó con él el imperio visigodo al punto culminante de su estension y engrandecimiento. Abarcaba de este lado de los Pirineos la España entera, excepto las montañas de Galicia, del otro lado toda la Galia desde el Ródano y el Loire hasta el Océano: todo el pais desde el Duranzo, el mar y los Alpes Ligurios, era suyo. Fué la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente.

Este exhalaba entonces, por decirlo así, sus últimos alientos. La Italia estaba llena de razas bárbaras. Hacía de caudillo de las tropas romanas un tal Orestes, secretario que habia sido de Atila: los soldados le ofrecieron el retazo de púrpura que aun quedaba; mas no queriéndola para sí, púsola so-

bre los hombros de un hijo que tenia, llamado Rómulo Augusto, á quien su padre solia nombrar con el diminutivo de *Augústulo*: con este nombre ha seguido designándole la posteridad. Los bárbaros que estaban á sueldo del imperio, esciros, alanos, rugianos, hérulos y turingios, pidieron que se les entregára la tercera parte de las tierras de Italia. Resistiólo Orestes, y Odoacro, gefe de los hérulos, marchó contra él á la cabeza de los insurrectos peticionarios, hízole prisionero y le quitó la vida. Encontró luego á Augústulo en Rávena, le despojó de la púrpura, y desdeñándose de condenar á muerte al último emperador romano, se contentó con desterrarle, señalándole una pension de seis mil monedas de oro. El senado declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo. Odoacro fué proclamado rey de Italia en 23 de agosto de 476. El imperio que habia comenzado con un Augusto acabó con un Augústulo á los quinientos y siete años menos algunos dias; el mil doscientos veinte y nueve de la fundacion de Roma. Llevaba el imperio ochenta y un años de agonía desde la muerte del gran Teodosio. «Roma, observa oportunamente un escritor moderno (1), en un principio guarida de bandidos, despues de doce siglos de nombradía y de poder, volvió al polvo de la nada de donde habia salido. Pero no todo ha concluido para Roma, la ciudad eterna. Si su poder temporal ha pasado, hallará una rica compensacion en la autoridad espiritual de sus obispos. Roma será siempre la capital del mundo cristiano: *Capitolii inmóvile saxum.*»

Cuando Odoacro, ejerciendo una sombra de autoridad, confirmaba á Eurico en el derecho á la posesion de todas sus conquistas de este lado de los Alpes, confirmacion de que Eurico no necesitaba, Zenon, otro remedo de emperador en Oriente, daba una especie de investidura del imperio de Occidente á Teodorico, rey de los ostrogodos, que vino á destronar á Odoacro y hacerse proclamar rey de Italia. De este modo quedaron establecidas sobre las ruinas del imperio romano de Occidente dos grandes monarquías godas, la de los ostrogodos con Teodorico en Italia, y la de los visigodos con Eurico en las Galias y en España.

Faltábale á Eurico una sola gloria que añadir á la de conquistador y guerrero, la de legislador: y esta la ganó, establecido ya pacíficamente en Arlés, mandando recopilar en un código escrito las costumbres que regian á los godos, para lo cual se valió de los trabajos y conocimientos de su primer ministro Leon, uno de los mas sábios jurisconsultos de su tiempo. Asi subsanó en parte el fratricidio por cuyo medio habia conquistado el poder real. Mas no fué esta sola la mancha que Eurico contrajo en su vida, tan gloriosa por otra

(1) Le Bas, al final de su historia.

parte. Eurico, arriano celoso, ejerció el rigor de la persecucion contra los obispos católicos, con especialidad los de las Galias, y encarceló y desterró á muchos prelados y sacerdotes (1). Murió Eurico tranquilamente en Arlés, en setiembre de 484 á los 19 años de su reinado.

Desde este punto, la cumbre del poder de los godos, le veremos comenzar á descender para irse circunscribiendo al lote que en la reparticion del antiguo mundo le estaba designado. Faltóle á Alarico II., hijo y sucesor de Eurico, la energía y la grandeza de su padre. Habíase ido formando contiguo á la Galia gótica otro nuevo reino de gente aun mas bárbara y ruda que los visigodos, el de los francos, de que á la sazon era gefe Clodoveo (*Chlod-wig*, guerrero famoso), que sobre ver con envidia el engrandecimiento de la monarquía goda, miraba á los godos como indignos de poseer el rico territorio de las Galias, que no debia hallarse en poder de los hereges arrianos, preciándose como se preciaban los francos de ser el único pueblo germano que profesaba el catolicismo, y conservaba en toda su pureza la fé ortodoxa. Ostentábase Clodoveo tan fogoso cristiano, que cuando se hablaba de la pasion de Jesucristo solia decir: *si yo hubiera estado allí con mis francos, yo hubiera sabido defenderle*. Contaba, pues, Clodoveo con la afeccion de los obispos y clero católico de las mismas Galias, que no debian al arrianismo godo sino maltratamiento y persecucion.

Ya habian ocurrido algunos disturbios entre Clodoveo y Alarico, en los cuales habia dado el godo mas de una prueba de su debilidad. Deseoso luego de conjurar una guerra que veia amenazarle, quiso tener una entrevista con Clodoveo, que se verificó en una isleta del Loire, término de los dos estados, cerca de Amboise. Allí se abrazaron los dos príncipes, y en el regocijo de un festin no fué Clodoveo quien escaseó al rey godo las demostraciones de amistad. Pero tampoco era la lealtad la virtud de los francos. «Erales familiar, dice un historiador latino, quebrantar la fé con la risa en los lábios (2).» Despidiéronse no obstante por entonces aparentemente amigos; y aprovechó Alarico aquel período de paz para dotar á su pueblo de nuevas leyes, haciendo recopilar las que de los códigos romanos, y especialmente del Teodosiano, pudieran ser aplicables á su nacion. Formóse pues el código llamado *Breviario de Alarico*, y tambien de *Aniano*, del nombre del ministro que le refrendó, y aprobado por una asamblea de obispos y de próceres fué mandado observar por los jueces y tribunales. En este cuerpo de legislacion se ve ya la índole y tendencias de la raza goda á unirse con la romana, y que el rey godo no era ningun caudillo bárbaro.

(1) Gregor. Turon. lib. I., cap. XXV.

(2) *Franci, quibus familiare est ridendo fidem frangere*. Flav. Vopisc. in Procul.

Clodoveo entretanto se aprestaba á hacerle la guerra á pesar del abrazo de Amboise. «No puedo sufrir, decia á sus soldados, que los arrianos estén siendo dueños de la mas bella porcion de la Galia.» Tiempo hacia que Teodorico, rey de Italia, estaba interponiendo su mediacion entre los dos príncipes, escribiendo alternativamente ya á uno ya á otro, á fin de evitar un rompimiento: inútiles fueron sus buenos oficios: Clodoveo puso en marcha su ejército y se dirigió con él hácia Poitiers. Fuéle preciso á Alarico aceptar el combate. Encontráronse godos y francos en Vouglé, á tres leguas de aquella ciudad. Pero los soldados de Alarico no eran ya aquellos godos ardientes y aguerridos que habian dado á Eurico tantos triunfos: la paz de algunos años los habia enflaquecido, y Alarico no se distinguia por un gran valor, siendo mas apropósito para legislador que para guerrero. La pelea fué sangrienta, y Alarico pereció en ella, derribado de su caballo por la lanza misma, dicen, de Clodoveo; un franco acabó de matarle (507). La muerte de su gefe desalentó á las godos, cuyos principales capitanes se retiraron á España. Las consecuencias de esta derrota fueron desmembrarse de la corona gótica aquella parte importantísima de su imperio que habian sabido sostener sus antecesores por espacio de noventa y cinco años. Pero aun les quedaba la faja de la Septimania (1), que enlazaba las posesiones de uno y otro lado de los Pirineos. Principia no obstante el reino visigodo á concentrarse en España, donde estaba su porvenir.

Habia dejado Alarico II. dos hijos; uno légitimo, pero de edad solo de cinco años, llamado Amalarico (Amal-rik), y otro bastardo de diez y nueve, llamado Gesalico. Temiendo los godos las consecuencias de una larga minoría, alzaron rey al hijo bastardo. Pero Teodorico, rey de Italia, tomó sobre sí la defensa de los derechos de su nieto Amalarico, que Alarico su padre habia casado con una hija del rey ostrogodo. Un formidable ejército enviado por él á las órdenes de Ibbas, uno de sus generales mas ilustres, derrotó primero á los borgoñones y á los francos que sitiaban á Narbona: marchó seguidamente sobre Barcelona, donde se hallaba Gesalico, rindió la ciudad, y arrojó de ella al príncipe bastardo, que tuvo necesidad de acogerse á Trasimundo, rey de los vándalos de Africa. Teodorico gobernó el reino de España durante la menor edad de Amalarico, encomendando su educacion á Teudis, ostrogodo de nacimiento. Algun tiempo después, habiendo facilitado el rey de los vándalos á Gesalico grandes sumas de dinero, pasó con ellas

(1) Vínole el nombre de *Septimania* de siete ciudades que Eurico habia reunido bajo un gobierno en la Galia Meridional, *Euricus rex Victorium ducem super septem civitates præposuit.* Greg. Turon. lib. II.

á las Galias, donde pudo reunir algunos parciales, con los cuales se dirigió en armas sobre Barcelona llevado del ánsia de recuperar la corona: pero el ejército de Teodorico le salió al encuentro, alcanzóle á cuatro leguas de aquella ciudad, y le deshizo completamente; él huyó á uña de caballo á las Galias, pero alcanzado por una partida de caballería ostrogoda, halló la muerte en lugar de la corona que buscaba (511). Aseguróse con esto la sucesion de Amalarico, gobernando siempre Teodorico la España en su nombre. Este mismo año murió Clodoveo, el cual desde Alarico II. habia seguido paseando sus armas triunfantes por las posesiones godas de las Galias, tomando sucesivamente sus ciudades, inclusa la misma Tolosa, córte y asiento real de los godos, donde se apoderó de tesoros inmensos, quedando de este modo casi toda la Galia gótica sujeta á los francos, y reducida la monarquía de los godos á España. Asi se iban marcando los límites que habia de tener cada uno de los reinos que se habian de fundar sobre los despojos del viejo imperio romano. Muerto Clodoveo, dividióse su imperio entre sus cuatro hijos, Thierry, Clodomiro, Childeberto y Clotario.

Continuaba Teudis haciendo como de regente de España, á nombre del rey Amalarico, y de Teodorico su abuelo y tutor. Teudis gobernaba con sabiduría, pero teniendo que acomodarse á las instrucciones de Teodorico, las rentas de España debian ser enviadas con regularidad todos los años á Italia con gran menoscabo de la riqueza y prosperidad del reino; y él habia rehusado pasar á Italia á dar cuenta de su administracion, alegando siempre diferentes causas y pretestos. Agregábase que Teudis se habia casado con una rica española, la cual llevó al matrimonio un inmenso dote. Todo contribuyó á que Teodorico se recelára y cautelára de Teudis, el cual por su parte se rodeó de una guardia de dos mil hombres, levantados y mantenidos á su costa. Aumentábase con esto cada vez mas los recelos y temores de Teodorico; por lo que apresurándose á hacer declarar mayor de edad á su nieto, despojó de sus cargos á Teudis, y volvió éste á entrar en la vida privada (524).

Murió á poco tiempo el ostrogodo Teodorico (526), dejando los estados de Italia á Atalarico su nieto. A fin de evitar todo conflicto entre los dos jóvenes reyes de las dos ramas godas, se acordó demarcar los límites de ambos reinos, quedando agregado al de Italia todo lo comprendido desde la orilla izquierda del Ródano hasta los Alpes, inclusas Arlés y Marsella, al de España todo el resto de la Galia gótica. Asi se determinaron los lindes de ambas monarquías, quedando en completa independencia la una de la otra.

Hallándose ya Amalarico en edad y estado de gobernar por sí el reino, pidió por esposa á Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los cuatro reyes

francos. Parecia que este enlace entre las dos dinastías poderosas de Occidente era el mas á propósito para consolidar y hacer formidable uno y otro estado: sin embargo no fué sino una causa funesta de la ruina de Amalarico. El godo era arriano, Clotilde católica, y solo le fué otorgada por su hermano bajo la seguridad de que no se la obligaria á dejar su religion. No lo cumplió así Amalarico; empeñábase en hacer arriana á Clotilde, resistíalo ella con entereza, constancia y decision, Amalarico empleó primero la persuasion, las caricias y los halagos: viendo que estos medios no alcanzaban, recurrió á la dureza y á los malos tratamientos; quejóse de ello Clotilde á sus hermanos, enviando á Childeberto un pañuelo teñido de sangre en prueba de los ultrages que de su marido recibia (1). Tomó inmediatamente las armas Childeberto para vengar á su hermana, y á la cabeza de un ejército respetable se entró por los estados de Amalarico. Salió el godo á encontrarle con sus tropas: empeñóse el combate y Amalarico fué derrotado, teniendo que refugiarse á la flota que estaba casi á la vista del campo de batalla. La codicia acabó de perderle: acordóse de que habia dejado sus tesoros en Narbona, y volvió con el ansia y afan de recobrarlos. Los francos le sorprendieron, y en vez de los tesoros halló la muerte. Las alhajas quedaron en poder de Childeberto: contábanse entre ellas sesenta cálices y trece patenas de oro puro, las cuales distribuyó á las iglesias de Francia. Childeberto se dirigió á París con sus tropas victoriosas: Clotilde murió en el camino y fué enterrada en la iglesia de Santa Genoveva, que entonces se llamaba de San Pedro y San Pablo, junto al sepulcro de su padre Clodoveo. Tanta era la influencia que tenian ya las diferencias religiosas en la suerte de los reinos (531).

Como Amalarico hubiese muerto sin sucesion, juntáronse los godos para la eleccion de rey, y fué aclamado por unanimidad el mismo Teudis que tan sábiamente los habia gobernado en la menor edad de Amalarico (532). Al año siguiente, los francos que acababan de destruir el reino de los borgoñones, quisieron expulsar á los visigodos de las posesiones que les quedaban en las Galias, pero fué infructuosa su tentativa.

Los reyes francos, con motivo ó sin él, no dejaban de hostilizar á los godos de España en cuantas ocasiones podian. En 542 los dos hermanos Childeberto y Clotario, rey el primero en Paris y el segundo en Soissons, sin que se sepa la razon que á ello les moviera, pasaron los Pirineos al frente de un numeroso ejército, tomaron á Pamplona, Calahorra y algunas otras ciudades, y se dirigieron á poner sitio á Zaragoza, despues de haber devas-

(1) Greg. Turon. lib. III.

tado cuanto encontraban al paso. Ocurrió en el cerco de Zaragoza una de aquellas escenas que prueban el influjo que en aquella edad ejercia la religion. Los habitantes de Zaragoza carecian de todo socorro, y los francos apretaban el sitio. Los ciudadanos recurrieron entonces á la intercesion de San Vicente, uno de sus gloriosos mártires; y publicando un riguroso ayuno, vestidos los hombres con sacos y las mugeres de luto, sueltos los cabellos y cubiertas de ceniza las cabezas, salieron en procesion alrededor de la muralla, llevando la túnica del santo, cantando unos y llorando otros. Llamó la atencion de Childeberto tan nuevo y singular espectáculo, y habiéndose informado de su significacion y objeto por un labrador de la ciudad que fué cogido, el rey franco envió á decir á los sitiados que en reverencia de su santo mártir determinaba levantar el asedio, y que les estimaria alguna preciosa reliquia del santo para llevarla consigo. Dióle el clero agradecido la estola del mártir, con la que muy contento marchó el franco: en cuya memoria dicen erigió despues un templo en Paris á San Vicente mártir, que hoy es el de San German.

Mas cuando los francos, levantado el sitio de Zaragoza, regresaban á las Galias, contentos con su reliquia, y acaso mas contentos con las riquezas y el botin que de Pamplona y de las demas ciudades habian recogido, hallaron un fuerte ejército godo, mandado por Teudiselo, posesionado de los desfiladeros y gargantas de los Pirineos. Childeberto, viendo de aquel modo cortada su retirada, negoció con el general godo el permiso de dejarle libre el paso mediante una gruesa suma de dinero. Dejóse llevar el godo de la codicia, y concedióles una tregua de veinte y cuatro horas, durante las cuales traspusieron las montañas los dos reyes francos con lo mas escogido de su gente; mas como no tuviesen tiempo de pasar todas las tropas, cayó Teudiselo sobre las que quedaban y las pasó á cuchillo (1).

Justiniano, emperador de Oriente, habia acabado con el reino de los vándalos en Africa, por medio de la espada de Belisario, y apoderádose de Ceuta, que se supone habia pertenecido á los godos. Temiendo Teudis la proximidad de los imperiales bizantinos, y sospechando que tuvieran intenciones de destruir el reino de los godos como habian destruido el de los vándalos, envió un ejército á recobrar á Ceuta. Sitiábanla los godos y habian empezado á dar algunos asaltos, cuando llegó el primer domingo, dia en que los godos no acostumbraban á pelear; dejaron, pues, las armas, creyendo que los sitiados harian lo mismo: pero los imperiales, aunque católicos, menos escrupulosos en la guarda de la fiestas que los godos, cayeron de re-

(1) Vit. S. Avit.—S. Isid. Hist. Goth.

pente sobre éstos, y hallándolos desapercibidos, acuchilláronlos á todos, sin que escapara uno solo, añaden las crónicas, que pudiera llevar á España la triste nueva del desastre. Poco tiempo despues de esta derrota murió Teudis; atravesóle con la espada un loco, ó que al menos fingia estarlo. Teudis al morir encargó que no se castigára al asesino (548).

Muerto Teudis, los grandes del reino nombraron sucesor suyo á Teudiselo, el mismo general que habia concedido la famosa tregua á Childeberto y Clotario (1).

Poco tiempo disfrutó el nuevo rey de las delicias del trono: el desenfreno con que se entregó á otros deleites le acarreó pronto la pérdida de la corona y de la vida. Su pasion por las mugeres no tenia límites, ni reparaba en los medios de saciarla, ni respetaba las mugeres de los mas principales del reino. Deseaban éstos ocasion de vengar su infamia, y proporcionósela un banquete á que el mismo rey los convidó en Sevilla: en lo mas animado del festin los conjurados apagaron las luces, y á favor de las tinieblas cosieron al rey á puñaladas. Llevaba poco mas de año y medio de reinado (549).

Los mismos conjurados eligieron sin formalidad y sin esperar el consentimiento de otros principales godos á Agila, de no menos desarregladas costumbres que su antecesor. Por uno y otro motivo algunas ciudades se negaron á reconocerle; entre ellas Córdoba, ante cuyos muros yendo á atacarla perdió un hijo y quedaron derrotadas sus tropas. Aprovechóse de aquellas discordias Atanagildo, uno de los grandes, tan ambicioso como astuto, para grangearse un partido y aspirar á la corona. A este fin parecióle muy conveniente aliarse con Justiniano, á quien halagó cediéndole todo el territorio de la costa de España comprendido entre Gibraltar y los confines de Valencia. Marcharon en seguida las fuerzas combinadas de Justiniano y Atanagildo contra Agila, venciéronle en batalla junto á Sevilla, y le forzaron á retirarse á Mérida, donde disgustados los suyos de las calamidades que por su causa sufria el pais, y no menos incomodados con su altivo genio y relajadas costumbres, diéronle la misma muerte que á su antecesor, proclamando en seguida á Atanagildo *(Athan-gild)*. De esta suerte quedó Ata-

(1) San Gregorio de Tours nombra á este rey Theodogilo, Jornandés le llama Theodigis, otros Theodiselo, y otros Theodigisilo. Es difícil fijar la correspondencia que deben tener en español los nombres de los godos. Todos han sido adulterados al pasar á otros idiomas: y aunque se conserváran con su propia ortografía, faltarian en las lenguas modernas sonidos para expresarlos en su original y primitiva pronunciacion. De aquí la infinita variedad con que se escriben y pronuncian en los diferentes paises, y aun en una misma nacion en diversas épocas.

nagildo en posesion pacífica del reino de los godos, fijando ya definitivamente en Toledo la córte que antes no se habia establecido aun en determinado pueblo de España (554).

Luego que se vió tranquilo poseedor del trono, volvió sus armas contra los griegos bizantinos, resentido de que se hubieran apoderado de varias plazas fuertes que los constituia en vecindad demasiado peligrosa. Algunas recobró, pero aun subsistieron aquellos imperiales como apegados á las costas españolas, no solo durante su reinado, sino aun muchos años después; que es siempre mas fácil la entrada que la salida de los estrangeros que una vez son llamados á un pais como auxiliares.

Parece no haber heredado Atanagildo el odio de sus antecesores á los francos de las Galias, ó haber éstos mas bien olvidado el que sus mayores tenian á los godos; puesto que se vió á los dos nietos de Clodoveo, Sigiberto, rey de Metz, y Chilperico que lo era de Soissons, pedir sucesivamente en matrimonio á Atanagildo sus hijas Brunequilda y Galsuinda. Brunequilda, la menor de las dos, notable por su extraordinaria belleza, y á quien el poeta latino que cantó sus bodas comparaba á Venus, se hizo católica en poder del rey franco. Con mucha repugnancia habia cedido Atanagildo al rey de Soissons su hija Galsuinda, y con menos voluntad todavía condescendió en ello su madre; porque Chilperico no tenia reputacion de arreglado en su conducta, ni esperaban que diera ejemplo de fidelidad conyugal, virtud tan recomendable entre los godos. Lejos de eso, su palacio era una especie de lupanar, y á la cabeza de sus concubinas se hallaba la temible Fredegunda, cuyo nombre andaba en las bocas de todos. La hija de Atanagildo, á pesar de aquellos tristes presentimientos, salió de España acompañada de su madre, que no acertaba á separarse de ella, como si augurára los desastres que le habrian de suceder. Celebráronse las bodas en Tours. «Fué recibida, dice el historiador obispo de aquella ciudad, en el lecho de Chilperico con honor y con demostraciones de amor, porque llevaba consigo grandes tesoros: pero bien pronto la pasion de Fredegunda ocasionó entre ellos violentos disturbios (1).» Disturbios fueron estos á tal estremo llevados, que el bárbaro rey, por complacer á Fredegunda hizo ahogar en el lecho á la infeliz Galsuinda por mano de un esclavo, casándose después con la consejera del crímen, objeto de sus livianas pasiones. Jamás olvidó Brunequilda el cruel asesinato de su hermana, que tambien se habia hecho católica como ella, y queriendo vengar el bárbaro delito, suscitáronse entre ella y Fredegunda luchas sangrientas que produjeron nuevos atentados de parte de aquella muger malvada,

(1) Gregor. Turon. lib. IV. cap. 28.

atentados y crímenes que tan funestamente célebres se hicieron en la historia de Francia.

Atanagildo murió en Toledo (567), despues de un reinado apacible de trece años. Dícese que ocultamente era tambien católico (1). La moderacion con que habia gobernado hizo su muerte muy sensible en toda España.

Tanto habian crecido las ambiciones desde que la corona gótica habia vuelto á hacerse electiva despues de la extincion de la familia de Teodoredo, que trascurrió un interregno de cinco años (que muchos pretenden rebajar á solos cinco meses), antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de soberano. De inferir es la confusion y el desórden á que se veria entregado el pueblo en este largo periodo. Al fin los grandes de la Galia gótica elevaron á Liuva *(Leuw, leon)*, que regia la Narbonense, hombre recto y de modestas miras, que desnudo de ambicion y conocedor de las dificultades de reinar, no queriendo por otra parte abandonar el suelo que le viera nacer para trasladarse al centro del imperio, persuadió á los nobles á que le diesen por compañero á su hermano Leovigildo *(Lew-gild)*, jóven ilustrado, enérgico y vigoroso. Hiciéronlo asi los magnates, y contento Liuva con la pequeña porcion de la Galia gótica para sí, cedió la España entera á Leovigildo. Aquel modesto, prudente y desinteresado príncipe murió á poco tiempo en la Galia (572), de donde nunca quiso salir, y quedó todo el imperio gótico encomendado á la firme y robusta mano de Leovigildo, uno de los mas ilustres príncipes qne se sentaron en el trono de los godos.

(1) Gregor. Turon.

CAPITULO III.

LEOVIGILDO Y RECAREDO.

De 572 á 601.

Enfrena Leovigildo á los griegos imperiales, y les toma varias plazas.—Somete á Córdoba.—Sujeta á los cántabros sublevados.—Reaparece el reino suevo de Galicia.—El rey Miro que favorecia á los cántabros se ve obligado á pedirle la paz.—Da Leovigildo participacion en el gobierno á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo.—Matrimonio de Hermenegildo.—Disidencias religiosas en palacio.—Hermenegildo se hace católico.—Hace armas contra su padre.—Guerra entre el padre y el hijo.—Trágico fin y martirio de Hermenegildo.—Persecucion contra los católicos.—Refunde Leovigildo el reino suevo en el visigodo.—Campañas en la Galia gótica.—Leovigildo como legislador.—Su muerte.—Recaredo.—Se convierte á la fé católica.—Conjuraciones de arrianos.—Son deshechas y castigadas.—Abjura solemnemente el arrianismo ante un concilio de Toledo.—Conversion de obispos arrianos.—La religion católica se declara religion del estado.—Triunfos de los godos en la Septimania.—Recaredo como legislador.—Principio de la fusion política y civil entre godos y españoles.—Muerte de Recaredo.—Sus virtudes.

Llegamos á uno de los periodos mas interesantes de la dominacion goda. No hay un solo individuo en la familia real que se ha sentado en el trono godo-hispano que no haga un papel importante en la historia, ni un solo personage en este grupo que no excite grande interés. Va á representarse un drama histórico, cuyas consecuencias han llegado hasta nosotros, y alcanzarán á las generaciones que nos sucedan.

Uno de los primeros cuidados de Leovigildo fué tratar de desalojar de España aquellos griegos imperiales, que los españoles de entonces y muchos historiadores después llamaron romanos, tan imprudentemente traidos á la costa por Atanagildo, y donde ellos habian procurado consolidarse mas de lo que sin duda habia entrado en las intenciones de aquel rey, y mas de lo que á la unidad de España convenia. Eran tanto mas peligrosos para Leo-

vigildo estos huéspedes, cuanto que siendo ellos católicos y siéndolo tambien los hispano-romanos, mirábanse unos y otros con la aficion de correligionarios, y estaban siendo un foco al que acudian fácilmente los descontentos de la dominacion goda, ó del arrianismo que representaba. Emprendió por lo tanto Leovigildo con ardor la guerra contra los imperiales, y aunque no pudo llevar á cabo la expulsion, porque para esto hubiera necesitado de una marina de que carecia, les fué no obstante tomando las plazas de Baza, de Málaga y de Assidonia (Medina Sidonia), no sin notable resistencia en esta última, y reduciéndolos á límites mas estrechos. Córdoba, que desde su rebelion y triunfo sobre Agila rehusaba someterse al poder de los godos, y que acordándose de su grandeza romana se gobernaba municipalmente como en tiempo del imperio, fué tambien rendida á fuerza de armas por Leovigildo, que en esta ocasion comenzó á desplegar la dureza de su carácter, haciendo sentir su enojo con actos de excesiva crueldad, no solo á la ciudad rebelde sino á toda la comarca. La sangre corrió por la ciudad y por los campos, y llenas de terror se sujetaron todas las poblaciones de la Bética á las armas victoriosas del godo.

Diéronle los grandes del reino mil parabienes por estos triunfos, y apresuráronse á mostrársele, ó adictos, ó por lo menos sumisos y respetuosos. Con esto y con el ejemplo de los males y desórdenes á que habia dado ocasion la larga vacante del trono, fuéle fácil á Leovigildo persuadir á los nobles la conveniencia de dar participacion en la soberanía y autoridad real á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. La proposicion fué acogida con beneplácito por unos, y sin oposicion por otros, y los dos hermanos fueron declarados príncipes de los godos y herederos de la corona. Con esto lograba Leovigildo poner freno á las ambiciones y al espíritu de insurreccion, y hacer hereditario el trono en su familia.

Tuvo despues de esto que volver sus armas contra los indóciles cántabros, que llevando de tan mala voluntad el dominio de los godos como habian llevado el de los romanos, andaban desasosegados y revueltos. Apoyábanlos los suevos de Galicia, que desde el reinado de Remismundo, mas de un siglo hacia, permanecieron ignorados como si no hubieran tenido existencia histórica; ó bien por falta de escritores que despues de Idacio trasmitieran sus hechos, ó porque se hubieran ido confundiendo con los naturales; y solo vuelven á aparecer algunos años antes del reinado de Leovigildo: pueblo misterioso que parece haberse complacido en ocultarnos su historia. Rastréase no obstante haber seguido teniendo reyes propios, y que precedieron á los godos en la conversion al catolicismo, ya fuese el primero en abrazar la fé ortodoxa Cariarico, movido por los milagros de San Martin,

obispo de Tours, y por las predicaciones de otro San Martin que vino en aquel tiempo de la Palestina á Galicia, segun San Gregorio Turonense, ya fuese el primero á abjurar la secta arriana y profesar la doctrina católica Teodomiro, segun San Isidoro de Sevilla, escritor contemporáneo y mas inmediato al teatro de los sucesos. Tal vez existieron simultáneamente dos reyes, el uno en Braga, el otro en Lugo, las dos iglesias metropolitanas en que entonces se celebraban concilios (1).

El que favorecia la sublevacion de los cántabros y leoneses llamábase Miro, sucesor de Teodomiro. El monarca godo marchó contra los cántabros, y logró sujetarlos, no sin tener que vencer grandes dificultades, ya por el valor de aquella gente belicosa, ya por los naturales obstáculos de aquellas montuosas comarcas. Restituido á su dominio el pais (2), disponíase Leovigildo á atacar á los suevos, cuando el rey Miro le propuso y pidió la paz, que el godo le concedió mas como tregua que como paz duradera y estable (575). Pasó luego á sujetar á los habitantes del Orospeda, que por dos veces se habian tambien alterado, y los subyugó igualmente y redujo á la obediencia, haciéndoles sufrir las leyes del vencedor (577).

Otros cuidados llamaban ya la atencion de Leovigildo, y vamos á presenciar las trágicas é interesantes escenas que ocurrieron en la familia real de España.

Habíase casado Leovigildo con Teodosia, hija de Severiano, gobernador bizantino de la provincia de Cartagena, de la cual habia tenido mucho tiempo antes de ser elevado al trono los dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Viudo de Teodosia, contrajo segundas nupcias con Gosuinda, que lo era de su antecesor Atanagildo. La primera habia sido católica, la segunda era arriana furiosa. Sosegadas las turbulencias intestinas, hecha tregua con los suevos y reprimidos los imperiales, pensó el monarca visigodo en casar á su hijo mayor Hermenegildo con la princesa franca Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Austrasia, y de Brunequilda. Celebráronse las bodas con gran solemnidad y no menor regocijo. Pronto la diferencia de creencias habia de cambiar la alegria en luto. Fervorosa católica la jóven princesa, arriana intolerante la madrastra del príncipe su esposo, intentó ésta primeramente con fingidos halagos convertir á Ingunda al arrianismo: convencida de la inefica-

(1) La iglesia de Braga tenia por sufragáneas las de Colmbra, Porto, Lamego, Viseo, Idaña y Dumio: la de Lugo, que se hizo metropolitana tambien, pero que era como una vicaría de la de Braga, comprendia las de Iria-Flavia ó Padron, Orense, Tuy, Mondoñedo y Astorga. Esta debia ser la circunscripcion del reino de los suevos en aquel tiempo. Florez, Esp. Sagr. tom. 15.

(2) *Et provintiam in suam revocat ditionem*. Cron. de Viclara.

cia de los medios suaves, apeló pronto á la violencia, á que la inclinaba mas su índole y genio, llevando los malos tratamientos á tal punto que, al decir de San Gregorio de Tours, en su frenética rabia le rasgaba los vestidos, la mesaba los cabellos y la arrastraba hasta hacerla verter sangre por las heridas. Tan bárbaro rigor no alcanzó á hacer vacilar la inquebrantable fé de la jóven princesa; y Leovigildo, menos intolerante entonces que la reina, creyó prudente alejar á los dos esposos, cediendo á Hermenegildo una parte de sus estados, que fué la provincia de Andalucía. El príncipe godo, hijo de una reina católica, esposo de una princesa católica tambien, y sobrino del ilustre prelado católico de Sevilla Leandro, preparado por la educacion de la primera, edificado con el ejemplo de la segunda, y acabado de catequizar por los consejos y amonestaciones del tercero, convirtióse tambien á la fé católica, y recibió segunda vez el bautismo.

Gran contento infundió en los católicos de España aquella conversion, tanto como enojo causó á Leovigildo y á Gosuinda. Llamó el padre á la córte á su hijo, so pretesto de tratar con él negocios del estado. Hermenegildo, recelando acaso que el llamamiento envolviera otras intenciones, desobedece á su padre, que se prepara á marchar contra él. Las poblaciones católicas se levantan en favor del príncipe, y ofrécenle su apoyo los imperiales de la costa, y Miro, el rey de los suevos de Galicia. Era ya una conjuracion formal á nombre de un principio religioso, en que entraban descendientes de la Escitia y de la Germania, y restos de los antiguos imperios de Oriente y de Occidente, á cuya cabeza se hallaba un príncipe godo. La lucha comenzada en el palacio entre una reina y una princesa, va á proseguirse con las armas en el campo de batalla entre el padre y el hijo. Sevilla fué el teatro principal de esta sangrienta y lamentable querella, á la vez doméstica, civil y religiosa. Ejercitado y mañoso Leovigildo en el arte de sobornar, gana con dinero al gefe de los imperiales, á quien debió parecer mejor empuñar treinta mil sueldos que las armas con que habia prometido auxiliar á Hermenegildo: el rey de los suevos que habia acudido con gente en ayuda del príncipe godo se halla cortado, interceptado por el viejo monarca, imposibilitado de pelear, y forzado á pedir un acomodamiento; á poco tiempo le sorprendió la muerte (1). Para apretar el cerco de Sevilla inventó Leovigildo torcer el curso del Guadalquivir y reedificar los muros de la antigua Itálica. Al cabo de dos años de asedio, convencido Hermenegildo de la imposibilidad de prolongar la resistencia, huyó á Córdoba, donde tomó asilo en

(1) Segun el Viclarense, el rey Miro murió en el cerco de Sevilla; segun San Gregorio de Tours, se volvió enfermo á Galicia, donde murió muy pronto.

un templo. Solo á instancias de su hermano Recaredo salió del lugar sagrado para arrojarse á los pies de su padre, cuya cólera esperaba desarmar, y asi se lo habia persuadido su hermano. Pero el severo Leovigildo, obrando mas como monarca que como padre, y viendo en Hermenegildo menos al hijo humillado que al conspirador político y peligroso, le hace despojar de las insignias realcsque llevaba, y cerrando el enojo la entrada á la piedad, le manda conducir á una prision de Sevilla. Ni la dureza de la prision, ni las privaciones, ni los halagos, pudieron hacer que Hermenegildo renunciára á sus creencias religiosas. Desde allí, ó si hemos de creer el testimonio de Juan de Viclara, desde Córdoba, fué desterrado á Valencia.

Las diminutas crónicas de aquel tiempo, sobre no hallarse muy contestes en el relato de algunas circunstancias de esta discordia fatal, tampoco arrojan demasiada luz para poder graduar con exacto nivel la parte de culpabilidad que cupo á cada uno de los ilustres actores de este drama funesto en conducirle al trágico desenlace que después tuvo. Mas todas nos representan al monarca y al príncipe, al padre y al hijo, obrando á impulso de la creencia religiosa y de la conveniencia política, y sacrificando á ellas el respeto paternal el uno, la ternura filial el otro. Hermenegildo aparece por segunda vez aliado con los imperiales, protegido por el pueblo, en su mayor parte católico, y tal vez alentado por los reyes francos de las Galias, católicos tambien, y padres ó parientes de Ingunda, haciendo armas contra el monarca. Nuevamente irritado Leovigildo, siempre impetuoso y duro, persigue á su hijo hasta hacerle prisionero, y le encierra en un calabozo de Tarragona. En vano trabaja Leovigildo por arrancar á su hijo una abjuracion de la fé católica: Hermenegildo resiste á todas las sugestiones con la entereza de un héroe y con la firmeza y la imperturbabilidad de un mártir. Llegada la pascua, el padre le envia un obispo arriano para que reciba de su mano la comunion: el príncipe católico, perseverante en sus creencias, desoye las persuaciones del prelado herege, y le despide con desabrimiento. El desairado obispo da cuenta al rey del resultado de su mision, y el arrebatado Leovigildo montando en cólera, expide la órden faltal: los satélites armados del enfurecido monarca penetran en la prision de Hermenegildo: Sisberto, su gefe, descarga el golpe de su hacha sobre el cuello del ilustre prisionero, y la cabeza del príncipe católico cae rodando en cumplimiento de la órden del monarca arriano: el juez y el sentenciado, el verdugo y la víctima eran un padre y un hijo. La iglesia católica ha colocado á Hermenegildo en el catálogo de los santos mártires (1).

(1) Entre las muchas y contradictorias relaciones de estos lamentables sucesos que

Tal fué el término lamentable y triste (585), que tuvieron las disidencias religiosas entre el monarca y el príncipe godos, despues de cerca de seis años de alteraciones y disturbios. La desgraciada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en Africa cuando era llevada á Constantinopla con el hijo que de Hermenegildo habia tenido. El huérfano príncipe llegó á su destino, y se educó y creció al lado del emperador griego Mauricio, hasta que su abuela Brunequilda solicitó vivamente su rescate y libertad.

En este intermedio Leovigildo habia hecho celebrar en Toledo un concilio, en que aparentando querer concertar á los católicos con los arrianos se presentó una fórmula capciosa de bautizar que envolvia disimuladamente la misma heregía arriana. Algunos obispos católicos tuvieron la debilidad de suscribirla, con lo que menguó por entonces el partido de Hermenegildo. Mas esto no impidió al exaltado é intolerante monarca, que se habia hecho mucho mas iracundo con las contrariedades que su hijo y los católicos del reino le suscitaban, para que comenzára un sistema de cruda persecucion contra los prelados y sacerdotes ortodoxos, ya desterrando á los mas ilustres y virtuosos de entre ellos, entre los cuales lo fué á Barcelona el mismo Juan de Viclara, autor de la crónica, ya confiscándoles los bienes, ya llenando las cárceles de católicos, ya empleando los tormentos y los suplicios, y vióse en el siglo VI. de la Iglesia reproducir la heregía en España escenas semejantes á las que en el III. y IV. habia ofrecido el paganismo. Fué el último desahogo de la heregía, sostenida por el trono y proscripta por el pueblo.

Por este tiempo acabó de desaparecer el reino de los suevos. El activo Leovigildo supo aprovechar la revolucion que entre aquellas gentes estalló con motivo de la muerte de Miro. Habíale sucedido su hijo Eborico, jóven de corta edad. Levantóse contra él un poderoso suevo llamado Andeca, y le arrebató el cetro. Habíale hecho cortar el cabello, ceremonia con que los hombres de la raza germánica inhabilitaban á los príncipes para reinar, y recluídole en un monasterio; casóse en seguida con su viuda para mas asegurarse en el trono. Halló en esto Leovigildo especiosa ocasion y pretesto

hemos examinado, nos hemos guiado principalmente para la nuestra por el cronista Juan de Viclara, escritor contemporáneo, el mas inmediato al teatro de los acontecimientos, y á quien alcanzaron las persecuciones de Leovigildo, sin dejar de admitir de Gregorio de Tours, escritor contemporáneo tambien, pero que escribia mas lejos del sitio en que los hechos acontecian, lo que no se opone á la relacion del Viclarense, y que éste pudo omitir por el laconismo con que entonces se escribian las crónicas. Este es tal, que San Isidoro nada dice de un hecho tan importante como la muerte de San Hermenegildo, y el de Viclara le dedica una sola linea en que dice, *Hermenegildus in urbe Tarraconensi á Sisberto interficitur.*

para acabar de aniquilar el imperio de los suevos, y pasando con su ejército á Galicia socolor de castigar al usurpador Andeca, llevándolo todo á fuego y sangre, apoderóse fácilmente de Braga, residencia de Andeca, y usando con el intruso la propia conducta que él habia tenido con Eborico, cortóle tambien el cabello, hízole ordenar de sacerdote, y le envió desterrado á Beja. Asi acabó la monarquía de los suevos, quedando desde entonces sujeta al dominio de los godos, á los ciento setenta y seis años de la primera invasion. La nacion sueva quedó, pues, refundida en la monarquía visigoda.

Pero aun no han acabado las guerras para Leovigildo, cuya larga vida habia de ser una cadena no interrumpida de graves acaecimientos, cada uno de los cuales habia de valerle un triunfo. Los francos siempre en acecho y siempre codiciosos de la Galia Gótica, enemigos y rivales perpétuos de los godos, irritados ademas con la muerte de Hermenegildo su correligionario, pariente y aliado, resuelven despojar á los visigodos de sus bellas posesiones de la Galia. Gontran (*Gonth-hram*, fuerte en la batalla) de acuerdo con Childeberto (*Hilde-bert*, pasmoso en el combate), es el que toma á su cargo esta espedicion, y la toma con ardor y corage. «¿No es vergonzoso, les decia á sus tropas, que los abominables godos estiendan los límites de su imperio hasta las Galias (1)?» Y con todo el ejército de su reino dividido en dos cuerpos invade por ambos estremos la Septimania, llegando por la una parte á Nimes, por la otra á Carcasona. Esta última ciudad les abre las puertas, pero la brutalidad de los soldados francos subleva á los habitantes, que los arrojan denodadamente de su recinto, y colocan la cabeza del conde Terenciolo, gefe de los francos, clavada en una pica sobre la muralla.

Entretanto Leovigildo habia dado órden á su hijo Recaredo para que pasase á las Galias á contener á los francos, que por la parte de Nimes habian hecho horribles destrozos: conducíanse como vándalos; la relacion de sus atrocidades hecha por los mismos escritores de su nacion hace estremecer. A la noticia de la aproximacion de Recaredo levantan el sitio de Nimes y se pronuncian en retirada; pero asolado ántes por ellos mismos el pais que tenian que atravesar, los mas perecen de hambre y de miseria. Recaredo, aventados los enemigos á su sola presencia, avanza al territorio de los francos, penetra en él y toma varias fortalezas; Gontran desahoga su cólera reconviniendo á presencia de cuatro obispos á los generales vencidos, y atribuyendo los últimos desastres á su poca devocion por el culto de los santos. En esto llega el invierno, y Recaredo repasa los Pirineos y se vuelve á Es-

(1) Greg. Turon. lib. VIII., c. 30.

paña dejando aseguradas de toda agresion las posesiones hispano-godas.

Leovigildo estaba siendo no menos afortunado por mar que por tierra. Mientras Recaredo se internaba victorioso en el pais de los francos, una flota enviada por el rey Gontran habia abordado á las costas de Galicia, con objeto de promover una insurreccion en los suevos. Avisado Leovigildo oportunamente, prepara su armada, y los buques españoles destrozan los de los francos, pudiéndose salvar solo dos ó tres para llevar á Gontran la nueva de la catástrofe (1).

Habia negociado Leovigildo la boda de su hijo Recaredo con Ringunda, hija de Chilperico, que reinaba en Paris, especie de Neron de los francos, y de la famosa Fredegunda. Vencidos ya algunos obstáculos, Leovigildo trató de traer á Ringunda á Toledo, y Chilperico hizo los convenientes preparativos para el viage de su hija. Los conquistadores de la vieja Galia fundaban los dotes de sus hijas sobre los tributos que imponian á las propiedades y á las personas de sus súbditos, y Chilperico arrancó de sus casas á cuatro mil habitantes de Paris para que acompañasen en calidad de esclavos á la futura esposa de Recaredo: con esto y con cincuenta carros cargados de riquezas por el mismo medio arrancadas, púsose en camino el lujoso cortejo de la jóven princesa. A poca distancia de Paris la brillante comitiva se ve asaltada por un cuerpo de caballeria de otros francos: eran enviados por el rey Childeberto, tio de la novia, con encargo de protestar contra su matrimonio, y requerirla que se volviese á Paris. Median algunas esplicaciones entre unos y otros, y la permiten al fin continuar su jornada, no sin llevarse cien caballos con frenos y caparazones de oro. Todos fueron azares en esta espedicion nupcial. Grupos de paisanos armados de la Galia Meridional se oponian á su marcha. Llega en fin Ringunda á Tolosa: invade la ciudad el conde Desiderio, hijo natural de Clotario, y se apodera de todas las riquezas y de la persona misma de Ringunda: al propio tiempo llega la noticia de la muerte de su padre Chilperico: todo el mundo abandona á la prometida de Recaredo; su madre Fredegunda envia por ella; vuélvese Ringunda sola á Paris; Recaredo por su parte indispuesto con los francos renuncia á su mano, y queda deshecho este matrimonio. Recaredo casó despues con la hija de uno de los principales godos de la Peninsula, llamada Bada.

Leovigildo, achacoso y anciano, fatigado ya tambien de tan largas lu-

(1) *Naves quæ de Galliis in Galleciam abierant ex jussu Leuvichildi regis vastatæ sunt, res ablatæ, homines cæsi, nonnulli captivi.... ex quibus pauci quodammodo scaphis erepti, patriæ quæ acta fuerunt nuntiaverunt.* Greg. lib. VIII., c. 35.

chas, queriendo dejar asegurada la paz del reino, entabló negociaciones de alianza con Gontran, rey de los francos. Mas todas sus gestiones se estrellaron en el carácter duro é inflexible de este monarca y en su inextinguible odio contra los godos. Irritado Leovigildo con tan obstinada repulsa, envia de nuevo á Recaredo á la Septimania. Pronto tuvo que volver el hijo á recoger los últimos suspiros del padre, cuyos achaques se habian agravado. Cuestiónase si Leovigildo algunos dias antes de morir se convirtió á la fé católica, movido por las persuasiones de Leandro metropolitano de Sevilla. Discrepan en esto los mismos cronistas, y es asunto sobre el que no pueden formarse sino conjeturas. Murió en Toledo á fines del año 586. Cuando llegó Recaredo á aquella ciudad le halló ya difunto.

Fué Leovigildo uno de los monarcas mas grandes que tuvo el imperio godo. Guerrero de gran corazon, y astuto político, así supo vencer y sosegar todas las alteraciones intestinas, como refrenar y tener en respeto á los imperiales, restablecer la disciplina de su ejército, aniquilar la monarquía de los suevos y unirla á su corona, escarmentar á los francos y conquistarles plazas, y redondear y aun estender el imperio godo. Era diestro en el soborno, y mañoso en sembrar la discordia entre los enemigos. En la paz no desplegó menos actividad y energía que en la guerra. Como administrador asentó un sistema completo de hacienda: como legislador, modificó muchas de las disposiciones del código de Alarico, y le añadió leyes nuevas. Leovigildo creó instituciones que han durado hasta nuestros dias: fué el primero que estableció el fisco real; el primero que adoptó las insignias que aun distinguen á los reyes de España, el trono, el manto, el cetro y la corona: el primero que se presentó en una asamblea pública revestido con estos atributos, y que sentado en un magnífico solio en su palacio de Toledo recibia en audiencia los grandes, los obispos y el pueblo. Hasta aquí las voces de trono, de cetro y de corona solo han podido usarse en sentido figurado: desde ahora ya son los verdaderos emblemas del poder real. Mas Leovigildo por otra parte era avaro, cruel, fanático por el arrianismo, y hemos visto hasta qué punto llevó su severidad con su hijo Hermenegildo.

Pero una revolucion va á efectuarse en el imperio gótico. En todos tiempos, y aun mas en aquellos en que el principio religioso es el elemento que principalmente influye en la política de los reyes y en la suerte de los pueblos, y en que las cuestiones de religion preocupan todos los ánimos y son las que producen las guerras y alteraciones, el acontecimiento mas grande que puede sobrevenir es un cambio de creencias en los que rigen y gobier-

nan el estado. El que se preparaba en el reino hispano-gótico habia de influir en la condicion del pueblo español por largas generaciones y siglos, acaso hasta la consumacion de ellos.

Muerto Leovigildo, fué reconocido, mas bien que nombrado rey de los godos su hijo Recaredo (*Reke*, venganza, *Rede*, palabra), que gozaba ya de gran reputacion por su comportamiento en las campañas de la Septimania, volviendo asi á restablecerse la sucesion dinástica como en tiempo de Teodoredo. La educacion de Recaredo habia sido, como la de su hermano Hermenegildo, propia para disponer su espíritu al conocimiento de la verdadera fé: las predicaciones del prelado mas ilustre y mas influyente de la iglesia española, Leandro de Sevilla su tio, el sostenedor infatigable de la lucha de su hermano, el que habia convertido á éste y defendido su causa con tanta energía, habian labrado tambien en su ánimo, y si ya cuando príncipe no era Recaredo católico y acaso lo disimuló por no suscitar mas contrariedades á su padre, por lo menos tan pronto como ciñó la diadema (586), disfrazó ya poco su tendencia al catolicismo. El suplicio de Sisberto, de aquel capitan de guardias que habia tenido la honra poco envidiable de ser el ejecutor de la muerte de Hermenegildo, fuese ó no Sisberto conspirador contra el nuevo monarca, mostró ya bien claramente que no era el arrianismo lo que Recaredo favorecia. Pero bastante ilustrado y discreto para conocer que el cambio de religion en un estado, por mas dispuestos que parezca hallarse á él los pueblos, puede fácilmente producir alteraciones y disturbios, condújose con circunspeccion y prudencia, y dióse tiempo para sondear ántes la opinion del clero y de las poblaciones.

A los diez meses de reinado, cuando creyó estar ya seguro de que seria bien recibido en la nacion el cambio que meditaba, anuncia pública y formalmente Recaredo que abraza la fé católica, tal como está contenida en el símbolo de Nicéa, repone en sus iglesias á los obispos desterrados por Leovigildo, erige y dota monasterios, y sin valerse de la soberanía para mandar, emplea solo la exhortacion con sus súbditos, españoles, godos y suevos, para que se conviertan como él al catolicismo (1).

Hiciéronlo asi la mayor parte de los arrianos, pero algunos, mas pertinaces, y principalmente aquellos prelados á quienes Leovigildo habia colocado en las sillas de que expulsára á los obispos católicos y á quienes el nuevo monarca reponia, comenzaron á tramar contra él conjuraciones, asi en España como en la Galia gótica. Aqui era Sunna, el obispo arriano de Mé-

(1) *Ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem facit.* Chron. Viclarens.

rida, que con los condes Segga y Viterico atentaban contra la vida del respetable Mausona, metropolitano católico de la misma silla desterrado por Leovigildo, y del duque Claudio, gobernador de Lusitania. Allá era el obispo arriano de Narbona Athaloco, á quien llamaban Arrio por su exaltacion y fogosidad en sostener las doctrinas del heresiarca, y que en union con otros dos condes ofrecia á Gontran la Septimania siempre que con sus tropas auxiliára la rebelion. Descubierta por el mismo Viterico la conjuracion de Mérida, desterrado el obispo Sunna, y trasportado el conde Segga á Galicia despues de haberle cortado las manos, otra conspiracion se fraguó dentro del palacio mismo, que hubiera sido mas peligrosa y temible si por fortuna no se hubiera frustrado tambien. Otro obispo arriano nombrado Uldila, de concierto con la reina Gosuinda, la viuda de los dos reyes Atanagildo y Leovigildo, de cuyo furor por el arrianismo tenia la familia real tan tristes pruebas, enderezaban sus planes, ya no solo contra la doctrina ortodoxa, sino tambien contra la vida del monarca. Sabida por el rey esta conjura, el obispo salió desterrado de España, y la muerte que en aquella sazon sobrevino á Gosuinda ahorró á Recaredo el trabajo de discurrir el castigo que impondria á la viuda de su padre. ¿Nos maravillaremos de que á vista de tan repetidas conspiraciones se pusiera Recaredo en la necesidad de aparecer intolerante mandando recoger todos los escritos de los arrianos y entregarlos al fuego para que no quedára rastro escrito de aquella doctrina?

Y todavía no cesaron las conjuraciones. Al año siguiente un duque de provincia, llamado Argimundo, perteneciente al oficio palatino, conspiró simultáneamente contra la vida del rey y contra el trono de que pretendia apoderarse. Los cómplices de esta maquinacion, tambien oportunamente descubierta, pagaron con la vida el atentado. Su gefe Argimundo, que aspiraba á ceñir la corona, sufrió la afrenta ignominiosa de ser paseado por las calles de Toledo, sentado sobre un jumento, con el cabello rapado y cortada la mano derecha, expuesto á la burla y escarnio de la plebe, despues de lo cual se le condenó á muerte (1).

La novedad del cambio de religion en el monarca y en el pueblo era demasiado importante para que Recaredo dejára de solemnizarla de la manera digna que tan gran negocio requeria. Al efecto, convocado en Toledo un concilio general de todos los obispos de España (589), que era el tercero que se celebraba en aquella ciudad, congregados hasta el número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, entre los cuales se hallaba el esclarecido Leandro de Sevilla, alma y lumbrera de aquel concilio, presentóse el

(1) Juan de Viclara, que termina su crónica con la relacion de este suceso.

monarca ante la venerable asamblea; y renovando solemnemente el acta de abjuracion del arrianismo, declaró en su nombre y en el de la reina Bada que abrazaba y profesaba la fé católica y el símbolo de Nicéa, reconociendo la igualdad de las tres personas divinas. Exorta luego á los obispos arrianos y á los grandes que asistian al concilio á que sigan é imiten su ejemplo en obsequio á la unidad de la iglesia. Un prelado pregunta en su nombre si se adhieren á los sentimientos del monarca, y como por una inspiracion providencial todos suscriben á la profesion de fé de Recaredo, el cual entrega por su mano á los obispos el *tomo regio*, que contenia los puntos relativos al buen órden y disciplina de la Iglesia, en que el concilio se habia después de ocupar.

Así quedó la religion católica solemnemente proclamada la religion del estado en España. Así triunfó el principio religioso, el emblema de la civilizacion que se habia anunciado en Judea, que habia subido al trono de los Césares con Constantino, y que depurado de la heregía despues de algunos siglos de controversia y de lucha, se asentó puro y sin mancilla en el trono español, esperamos que para no descender de él jamás. «Si los monarcas españoles, dijimos en nuestro discurso preliminar, se decoran hoy con el título de *Magestades católicas*, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.» Celebróse tan fausto acontecimiento con demostraciones públicas de alegría en toda España, y Roma saltó de regocijo. Interesantes son las cartas que con tan feliz motivo dirigió el papa San Gregorio el Grande, ya al monarca español, ya al ilustre prelado de Sevilla San Leandro. «¿Que diré en el juicio final, le decia á Recaredo, cuando me presente con las manos vacías, y vos vayais seguido de rebaños de fieles, cuyas almas habeis ganado á la fé con solo el imperio de la persuasion? Cargo terrible, que acusará la tibieza y ociosidad del gran pastor de los fieles, cuando se vea las santas fatigas de los reyes cristianos para la conversion de las almas (1).» Y envióle con esta carta, en retorno de los presentes que de él habia recibido, un fragmento de la verdadera cruz, algunos cabellos de San Juan Bautista, y dos llaves, la una tocada en el cuerpo del apóstol San Pedro, la otra en que habian entrado limaduras de las cadenas con que el santo habia estado aprisionado.

Pero los negocios de la religion no habian estorbado á Recaredo atender á los de la guerra. Movíasela en la Galia gótica el implacable Gontran, único de los reyes francos que se habia negado á toda proposicion de alianza ni de paz con el monarca visigodo despues de su conversion al catolicismo. Ha-

(1) Greg. Magn. lib. VIII., ep. 128.

biendo Recaredo pedido en matrimonio á Clodosuinda, hermana de Childeberto (con quien parece no llegó al fin á casarse), otorgábasele la mano de la princesa franca con tal que Gontran diera su consentimiento. «¿Cómo quereis, contestó el vengativo rey de Borgoña á los enviados de Recaredo, que yo fie en vuestras promesas cuando mi sobrina Ingunda se vió en una prision, y vuestra perfidia la hizo morir en un destierro mientras su marido caia bajo el hacha del verdugo? Andad, y decid á vuestro señor, que no recibiré de él embajada alguna. Dios me ordena vengar á Ingunda, y obedeceré á Dios (1).» Asi el obispo arriano de Narbona le encontró dispuesto á auxiliar la rebelion de la Septimania, y el conde Desiderio fué enviado por Gontran con un cuerpo de tropas para apoyar la sublevacion del fogoso y ambicioso prelado. Derrotados los rebeldes por el ejército de Recaredo, esperaba el monarca visigodo que el obstinado Gontran se determinaria á aceptar la paz que otra vez le propuso: pero el odio inveterado de Gontran al soberano español pudo en su ánimo mas que su conveniencia propia, y volvió á rechazarle con cólera y enojo. Antes haciendo un llamamiento general á todos los hombres de armas de su reino, resolvió en su soberbia despojar á Recaredo de la Septimania: sesenta mil hombres al mando de Boson penetraron en la bella provincia del dominio gótico. Contra tan formidable fuerza envió Recaredo al duque Claudio, gobernador de la Lusitania. Condújose el esperimentado general español en esta campaña con tal destreza y valentia, que habiendo atraido al numeroso ejército franco á un estrecho y montuoso valle, donde tenia emboscado un escaso pero escogido cuerpo de godos, imposibilitadas las masas enemigas de revolverse y evolucionar en aquella estrechura, ejecutaron en ella los godos tan espantosa carnicería, que el triunfo de Claudio en aquella ocasion se cuenta por el mayor que habian alcanzado los godos desde la famosa batalla de los campos Catalaunicos. «Jamás, dice San Isidoro, dieron los godos en España batalla mayor ni aun semejante (2).» Las crónicas cristianas suponen que los soldados de Claudio no pasaban de trescientos, y atribuyen á milagro tan señalada victoria. De todos modos fué portentoso el triunfo, y tan eficaz, que ni Gontran con todo su encono, ni los demas reyes francos, se atrevieron á inquietar á los godos en la posesion de la Septimania.

En cuanto á los griegos imperiales de la Bética, tuvo tambien Recaredo que combatirlos para reprimir sus incursiones. Pero queriendo respetar las posesiones que obtuviesen legitimamente en virtud del tratado entre Justi-

(1) Id. lib. IX.

(2) *Nulla unquam in Hispaniis Gotho-rum vel major vel similis extitit.* Isidor. Hisp. Hist. Goth.

niano y Atanagildo, y habiendo éste perecido en el incendio de los archivos de Constantinopla, encargóse el papa Gregorio Magno de negociar con el emperador Mauricio otro tratado, por el que se inhibia á los bizantinos toda conquista en el interior de España, asegurándoles sus primitivas posesiones del litoral. Así quedaron todavía apegados á la costa de España aquellos estrangeros tan indiscretamente traidos.

Invirtió Recaredo los años siguientes de su reinado en promover la unidad nacional y la felicidad interior de su pueblo. Habiendo ya reunido á todos sus súbditos, godos, suevos, galos y romano-hispanos, bajo una fé, y establecido la unidad del principio religióso, quiso tambien igualarlos en los derechos civiles, sometiéndolos á todos á una misma legislacion. Si no abolió el Breviario de Alarico, hizo por lo menos muchas leyes que mandó fuesen obligatorias indistintamente para los dos pueblos: echando de este modo los cimientos de la unidad política sobre la base de la unidad religiosa, que eran los dos principios de que habia de partir la civilizacion moderna. Mostrando en todo su tendencia hácia las tradiciones del imperio, la lengua latina fué reemplazando en los actos públicos, en el servicio divino, y hasta en la vida privada á la lengua gótica; los empleos de la córte tomaron titulos latinos, y comenzando á fundirse en una sola las dos razas hasta entonces separadas por la religion y las leyes, fueron perdiendo tambien su tinte nativo las costumbres góticas. Llevando al estremo la imitacion de los Césares de Oriente, tomó el título bizantino de *Flavio*, que adoptaron tambien sus sucesores, á estilo de los reyes ostrogodos y lombardos.

Fué Recaredo el primer rey godo que se hizo ungir con el óleo santo por la mano de los obispos en la iglesia metropolitana de Toledo. De su tiempo data la importancia de los célebres concilios de aquella ciudad, y la influencia y preponderancia del clero, no ya solo en los negocios eclesiásticos, sino tambien en los políticos y de estado.

Murió este gran príncipe cuando se hallaba consagrado á la revision y reforma de las leyes eclesiásticas y civiles, en Toledo á los quince años de su glorioso reinado (febrero de 601). Príncipe verdaderamente grande, si la grandeza de un rey se ha de medir, como creemos, por los beneficios que dispensa á sus pueblos, y por las instituciones útiles con que los dota para su felicidad futura. «Era, dice San Isidoro, de un natural amable, pacífico y bondadoso, y tal el imperio de su dulzura sobre los corazones, que sus mismos enemigos no podian resistir al atractivo que los arrastraba hácia él. Liberal hasta el estremo, restituyó á sus propietarios todos los bienes que les habia confiscado su padre. Sus riquezas eran de los pobres tanto como suyas; porque sabía que no habia recibido el poder sino para hacer buen

uso de él, y para merecer un fin dichoso por medio de las buenas obras.» «No se hallaria acaso, dice un escritor de nuestros dias, en aquella época triste un reinado en que se vertiera menos sangre, en que se cometieran menos violencias, menos atentados á la fortuna pública ó privada. Y sin embargo, continuas conjuraciones amenazaron la vida de este príncipe tan digno de ser amado. La nobleza, cuyo influjo disminuyó por favorecer el del clero, no le perdonó nunca, y la veremos pronto tomar venganza en su descendencia.»

CAPITULO IV.

ORGANIZACION RELIGIOSA, POLITICA Y CIVIL DEL REINO GODO-HISPANO HASTA EL SIGLO VII.

I. Consideraciones sobre la trasformacion social què obró en España la conquista de los godos.—Doble mision que estos traian.—Cómo la llenaron.—Cómo y con qué elementos se fué realizando la fusion entre el pueblo vencedor y el pueblo vencido.—II. Organizacion religiosa.—Orden gerárquico del clero.—Metropolitanos, obispos, presbíteros, etc. —Primeros concilios.—Monjes y monjas.—Orígen y diferencias de la vida monástica.—Sobre el matrimonio de los clérigos. Celibatismo. Leyes para reprimir y castigar la incontinencia.—Rentas eclesiásticas. Su distribucion.—III. Organizacion política.—Monarquía electiva.—Atribuciones de la corona.—Magistrados de provincia.—Oficio palatino.—Gobierno municipal.—Diversas clases de siervos entre los godos.—IV. Organizacion militar.—Duques, condes, millonarios, etc.—Servicio militar.—Armas y trages de l. s soldados godos.—V. Algunas costumbres del pueblo visigodo.

I. ¡Qué revolucion tan grande ha sufrido España en el período que acabamos de bosquejar! Gobierno, religion, leyes, costumbres, todo ha variado. Lo maravilloso de esta trasformacion es que unos pueblos designados con el nombre aterrador de bárbaros; que una horda cuya planta salvage iba dejando tras sí la huella de la devastacion y de la ruina; que unas tribus que iban arrasando la tierra como una lengua de fuego; que unas razas desprendidas de las regiones ásperas y frias del Norte á los suaves y abundosos climas del Mediodía y Occidente como manadas de lobos hambrientos en busca de presas que devorar; que unos hombres que en su marcha de destruccion mezclaban los despojos de las ciudades destruidas con los insepultos cadáveres amasados con su misma sangre como la uva de un horrible lagar (1); que unas gentes que parecian ser el azote enviado por la Providencia para cas-

(1) *Velut in quodam horrendo torculari mixta.....* Hist. Gild.

tigar á la humanidad de un modo que resonára por los espacios de los siglos futuros, hayan sido los que fundieron y reorganizaron la sociedad humana, los que reedificaron sobre ruinas y lagos de sangre imperios que aun duran, los que fundaron en España una nacion, los que declararon culto del Estado el mismo que hoy subsiste, los que dieron á los pueblos leyes que aun se veneran, los que celebraron asambleas religiosas que se admirarán y respetarán siempre, los mismos en fin que legaron á los reyes de España su título mas glorioso, y de quienes la mas alta nobleza española se envanece de hacer derivar su genealogía, y cuya sangre corre acaso todavía por las venas de los actuales españoles.

¿Cómo se obró ésta revolucion social? ¿Cómo con tales elementos se levantó un edificio, no perfecto y acabado, pero sí magestuoso y robusto, y aun de mas vastos dimensiones que el que hoy existe? ¿Cómo tras una descomposicion social tan espantosa y ruda pudo seguir la sociedad humana esa marcha hácia la perfectibilidad progresiva á que está destinada por el que rige sus destinos y la guia en la carrera de los tiempos? Acontecimientos son estos que no pueden dejar de ser considerados por el historiador, si se ha de buscar el enlace de lo pasado con lo presente y de lo presente con lo futuro.

Bien nos acordábamos de esto, cuando dijimos en nuestro discurso: «El mundo presencia á veces el espectáculo de un pueblo que sucumbe á los golpes destructores de un genio esterminador: pero de esta catástrofe viene á resultar ó la libertad de otros pueblos, ó el descubrimiento de una verdad fecundante, ó la conquista de una idea que aprovecha á la masa comun del género humano... A veces, pueblos, sociedades, formas, todo desaparece á los sentidos externos; y es que la vida social ha alcanzado bajo nuevas formas y en nuevas alianzas el siguiente periodo de su desarrollo, y nuevas generaciones van á funcionar con mas robusta vida en el mismo teatro en que otras perecieron.»

Considerando, segun nuestros principios y nuestro dogma histórico, la vida universal de la humanidad y la vida propia de cada sociedad y de cada pueblo en relacion con aquella, no podemos dejar de ver en las razas bárbaras que inundaron el antiguo mundo los instrumentos de la ejecucion de dos grandes designios providenciales, el de libertar la humanidad de la tutela de un solo pueblo, de una sola ciudad que habia civilizado el mundo, pero que le habia corrompido tambien, y el de fundar nuevas y particulares sociedades sobre la base de otro principio civilizador mas provechoso á la gran familia humana. A esta doble mision cooperaron los godos con los demas pueblos indo-germanos, y aun les tocó la primera y mas principal parte

en la ejecucion. Pero los godos tenian otra doble mision propia y especial que cumplir, la de aniquilar á otros pueblos mas bárbaros que ellos cuando estos hubieran llenado ya la suya, y la de fundar dos reinos góticos en Mediodía y Occidente, en Italia y en España. Asi lo realizan las dos grandes ramas del pueblo gótico, los ostrogodos en Italia, en España los visigodos. Examinemos cómo y con qué elementos ejecutaron su secreto designio los que á España vinieron, que es lo que á nosotros nos corresponde.

Los visigodos, los menos rudos y menos feroces de los pueblos septentrionales, y los mas dispuestos á la vida social, segun nos los pintan Tácito, Sidonio Apolinar, Salviano, Orosio, todos los escritores desde César hasta San Isidoro de Sevilla, habian estado mucho tiempo en contacto con el pueblo romano, habian mediado entre ellos y los imperiales muchos tratos y negociaciones, en sus escursiones militares habian visto los pueblos cultos de Grecia y de Italia, habian gozado las comodidades de las artes, conocido las ventajas de la cultura y de las leyes, sus gefes se gloriaban de amarlas y aun de imitarlas, y sobre todo habian dado entrada al principio civilizador del cristianismo desde los primeros reyes que conocemos, Atanarico, Fritigerno, Alarico, desde la predicacion de Ulphilas. Asi cuando traspusieron los Alpes, sin poder decir que viniesen ya doctos, por lo menos traian notablemente modificada su rudeza primitiva, y manifiestamente se diferenciaban de los otros bárbaros. Alarico se condujo en Roma con mas moderacion de la que se hubiera podido esperar, y que no hubieran usado otros conquistadores. Ataulfo se portó con su ilustre cautiva la hermana de Honorio con una templanza que no desmerece de la tan encomiada conducta de Escipion con la desposada de Alucio. Si el cónsul romano hubiera amado á la jóven de Cartagena, como el rey godo amaba á la princesa romana, y aquella hubiera estado libre como ésta, no habria podido tratarla con mas nobleza que haciéndola su esposa, como lo hizo Ataulfo, guardándole todas las consideraciones debidas á princesa imperial y á esposa de un rey. Ataulfo además tuvo el pensamiento de sustituir al imperio de los Césares un imperio gótico. Conociendo despues la imposibilidad de realizarlo por la poca aptitud para ello de su pueblo, varió de designio y se propuso ser el restaurador del imperio romano (1). En uno y otro pensamiento se descubre ya el desarrollo de la inteligencia, se revelan ideas de civilizacion.

Sigerico, que mató á los hijos de Ataulfo y maltrató inhumanamente á Placidia, fué asesinado por los suyos. El castigo fué rudo, pero no conocian

(1) Paul. Oros. lib. VII.

otro y quisieron vengar la humanidad ultrajada. Lejos estuvieron tambien los godos de cometer en las Galias los robos y saqueos, las muertes atroces, las ejecuciones sangrientas, los suplicios horribles con que allí se señalaron los francos, aquella raza cabelluda que fundó la monarquía Merovingia en Francia. «La conquista de las provincias meridionales y orientales de la Galia, dice Agustin Thierry, por los visigodos y borgoñones estuvo muy distante de ser tan violenta como la del Norte por los francos... A su entrada en la Galia se mostraron en lo general tolerantes (los visigodos)..... Ellos unian á un espíritu de justicia mas inteligencia y mas gusto por la civilizacion.»

Fortuna de España fué, en medio de la general subversion, que le tocáran en suerte estos conquistadores. Asi se vió prosperar el imperio godo-hispano mas y con mas rapidez que otro alguno de los que se levantaron sobre los escombros del antiguo imperio.

A los setenta años de haber sido invadida España habian cumplido los godos la primera parte de su mision, la de destruir ó lanzar los otros bárbaros, y dan principio á la segunda, la de organizar un gobierno y un estado. En Eurico, en cuyo tiempo se pudo decir ya con verdad: «España tiene un rey godo,» se ve la civilizacion ir venciendo á la barbarie. Eurico subió al poder por un fratricidio: aqui se ven aun los instintos del godo bárbaro; pero despues rige el imperio con justicia, y da leyes escritas á su pueblo: este es ya el godo civilizado.

Por una coincidencia que parece providencial, al mismo tiempo que un rey godo acababa en España con los últimos restos de la dominacion romana, salia desterrado de Roma el último de los Césares, como si se hubiera detenido el postrer suspiro del imperio de Occidente hasta que España pudiera decir: «aqui tambien acabó Roma.» Pero la córte del reino godo-hispano permanece aun en la Galia, hasta que dos reinados después traslada Amalarico su asiento á Sevilla, y aun tarda cuarenta y tres años en fijarse en Toledo, para no mudarse de allí hasta que perezca la monarquía. Al ver á Leovigildo en el último tercio del siglo VI. en el soberbio salon de un palacio, sentado en un magnífico solio, con su corona brillante en la cabeza, su manto de púrpura sobre los hombros, dando audiencia á los obispos y próceres de la córte, y juzgando con arreglo á una legislacion escrita, ¿quién hubiera sido capaz de reconocer á aquellos antiguos godos semi-salvages, que nos pintaba Sidonio Apolinar reunidos en asamblea debajo de un árbol silvestre, cubiertos con pieles de animales aseguradas con simples correas, y dejando desnuda la mayor parte de su cuerpo? ¿Y cómo habian llegado á este grado de cultura?

La templanza de este clima que llegó á suavizar hasta la rústica ferocidad de los suevos, no podia menos de influir en la índole menos ruda y feroz de los visigodos. Este pueblo, que habia soltado, por decirlo así, la áspera corteza del desierto cuando vino á España, que se distinguia por su tendencia á la imitacion de las costumbres romanas que halló establecidas en la Península, estaba destinado á irse fundiendo por las costumbres, por la religion y por las leyes, en el mismo pueblo que habia conquistado por las armas. Esta fusion, de que habia de resultar una sociedad, ni continuacion de la antigua, ni enteramente nueva (porque ni la humanidad nace mas de una vez, ni se extingue nunca su vida), es uno de los acontecimientos que deben estudiar mas el historiador y el filósofo, y en que nos parece haberse detenido poco los historiadores que nos han precedido. Veamos cómo se fué obrando esta fusion.

Traian los godos consigo el sentimiento de la dignidad personal, de la libertad individual, del horror á la esclavitud, de la frugalidad y la templanza, del respeto á la muger, de la fidelidad conyugal, y de la compasion al desgraciado (1). Estos sentimientos, tan conformes á la índole y preceptos del cristianismo, en que ya venian imbuidos, eran elementos que habian de servir de base á la sociedad que se reconstruia, en reemplazo de la esclavitud romana, del desenfreno y relajacion de las costumbres antiguas, de la gastronomía y de la molicie, del desprecio á los lazos del matrimonio y de la familia, de las cortesanas divinizadas, de los combates de hombres y de fieras, de los espectáculos sangrientos y de las hecatombes humanas. Pero en cambio traian tambien el respeto y la aficion á la legislacion de los romanos, y la religion que de ellos habian aprendido, dos principios que habian de entrar en la vida de la nueva sociedad como herencias de la sociedad antigua, y que habian de acabar por identificarlos con los pueblos conquistados. Mas esta fusion no podia ser repentina, necesitaba hacerse poco á poco y con el concurso lento de los años.

Eurico, gran conquistador y primer legislador, promulgaba leyes para solos los godos. Alarico II., guerrero desgraciado y legislador feliz, las hace para solos los galos y romano-hispanos. El primero reduce á leyes escritas las tradiciones y costumbres primitivas de los conquistadores con aplicacion á su condicion reciente: el segundo toma de los códigos romanos, gregoriano, hermogeniano y teodosiano, lo conveniente para el gobierno de los conquis-

(1) Salv. de Gubernat.—«Los godos, observando la fidelidad de los matrimonios con gran severidad, acostumbraron á tomar sus mugeres, no como señoras, ni para sus delicias, sino como compañeras del lecho y de las fatigas» Juan Magno, Hist. de los godos y de los suevos.

todos. Ambos legisladores obran ya, no como caudillos rústicos de hordas ó tribus, sino como reyes de un pueblo que se ha convertido en nacion. Pero hasta ahora ambos pueblos, godo y español, viven regidos cada cual por sus leyes, su derecho y sus tribunales propios, aunque sujetos á un mismo monarca. Hasta los matrimonios estaban prohibidos entre godos é indígenas. Mas Leovigildo, el monarca poderoso que tomó de los romanos el esplendor de la corte y el brillo de los atributos de la magestad, habia pasado ya por encima de la ley y casádose con una española: tendencia á la union, que las leyes no podian contener. Recaredo, que se propuso uniformar los dos pueblos por la fé, promulgó tambien leyes nuevas, que mandó ya fuesen indistintamente obligatorias á ambas naciones, la fusion ha comenzado á obrarse legalmente: de cómo llegó á su complemento, hablarémos mas adelante, pues ahora solo nos proponemos exponer el estado moral y político del imperio hasta la época á que hemos llegado en la narracion histórica.

Otro de los elementos de fusion habia de ser el principio religioso. Aun cuando de todas las sectas arrianas la de los godos era la que se aproximaba mas al catolicismo, bastaba no obstante la diferencia en un punto dogmático para tener separados los dos pueblos, el dominante, infestado de la heregía, y el dominado, casi en su totalidad católico ortodoxo. Comenzó, pues, en la España gótica la misma lucha entre el arrianismo y el catolicismo que habian sostenido en el antiguo imperio el cristianismo y la idolatría. No advertian los godos lo que su falsa creencia les perjudicaba, y si lo advertian, su obcecacion les hacia no poner remedio. Los reyes francos, que eran católicos, les movian guerras en las Galias por arrianos, y los obispos católicos de la misma Galia gótica deseaban la dominacion de los francos (1), los concitaban y daban la mano á los reyes estraños contra los monarcas propios. No fué otra la causa de haber perdido la Aquitania. Un rey godo (Amalarico), trae á su lecho conyugal una princesa franca; intenta convertirla al arrianismo, la oprime, la maltrata, y las violencias del arriano provocan la invasion de un ejército estrangero en España como vengador del catolicismo ultrajado; ejército que solo las reliquias de un mártir logran ahuyentar. Las hijas de Atanagildo son dadas en matrimonio á dos príncipes francos, y ambas se hacen católicas. El catolicismo iba acercándose á las gradas del trono. Ya gana á los príncipes mismos asociados al imperio, y Hermenegildo le proclama abiertamente. Llevaba la misma

(1) *Cum eos omnes Galliarum episcopi desiderabili amore cuperent regnare, etc.* Gregor. Turon. XXIII.

marcha que el cristianismo en el imperio romano, subiendo del pueblo al trono: de Atanagildo se dijo ya que habia profesado secretamente la fé católica, como del emperador Filipo se habia dicho en Roma que de oculto era cristiano: era el instinto popular que ó penetraba lo que sucedía ó barruntaba lo que tenia que suceder: era el triunfo de la verdad que seguia la misma marcha en Roma que en España.

Decretado estaba que ni en Roma habian de ahogar las persecuciones de los emperadores gentiles el triunfo del cristianismo, ni en España habia de sofocar la dureza de los reyes arrianos el triunfo de la fé católica, y que si Roma tuvo un Constantino, no habia de carecer de él la España. Subió al trono Recaredo, y con él acabó de triunfar la verdad del principio religioso. Los conquistadores cedieron á la civilizacion del pueblo conquistado, y se consumó entre los dos pueblos la fusion religiosa, precursora de la unidad política, que como hemos visto, apuntaba yá. Cuando Recaredo hizo su conversion solemne, la España católica no era ya una secta, no era un partido, era una nacion popular que se absorbia la nacion del trono.

Por lo demas, la iglesia católica, aun durante la dominacion arriana, no habia dejado de florecer progresivamente, merced á la libertad que le dejaba cierta tolerancia de parte de los dominadores, que solamente solian faltar á ella en ocasiones dadas, como en los tiempos de Eurico y Leovigildo, que veian al clero católico favorecer abiertamente, ya en la Galia, ya en España, á los que combatian el trono. Prelados insignes honraron el episcopado católico español desde Osio de Córdoba hasta Leandro de Sevilla, dos astros que derramaron vivísima luz sobre el horizonte cristiano, en el cual veremos todavía ir apareciendo nuevas y brillantes lumbreras, que harán de la iglesia de España una de las mas bellas porciones de la cristiandad. Hasta la época en que históricamente nos hallamos, casi todo el clero se componia de indígenas; habiéndose reservado la raza dominadora los principales empleos civiles y militares, la ciencia, la virtud y el talento de los naturales se habian refugiado á la iglesia, que de este modo vino á hacerse el centro del saber y de la cultura intelectual. Obispos godos habia pocos, y éstos en lo general arrianos: ocho solamente habia en el concilio tercero de Toledo. Despues de la conversion de Recaredo, y cuando la iglesia fué adquiriendo preponderancia, consideracion, y hasta autoridad en las cosas de la gobernacion del Estado, entonces ya la nobleza goda solia preferir el cayado del obispo á la espada del duque, y los nombres de forma gótica son mas frecuentes en las suscriciones de los concilios. Mas esta novedad pertenece ya á un tiempo á que no hemos llegado aun en nuestra narracion.

II. El órden gerárquico del clero se componía de metropolitanos (1), obispos sufragáneos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, lectores, salmistas, exorcistas, acólitos y hostiarios, cuyas respectivas funciones casi las esplican bastante sus nombres propios. A éstos se añadieron en el siglo VI. los arcipestes, arcedianos y primicieros. Las diócesis metropolitanas correspondian á las cinco grandes provincias romanas. Mientras los greco-bizantinos ocuparon una parte de la Cartaginense, Toledo era la metrópoli de los godo-hispanos; creció su importancia desde que se fijó en ella el asiento de la córte gótica; importancia que habia de ir en aumento, hasta ser, tiempo andando, como mas adelante habremos de ver, la silla primada de España.

Sabido es que los obispos en los primeros siglos de la iglesia eran nombrados por el pueblo y el clero; las parroquias proponian después el candidato que habian elegido al concilio, que debia ratificar su eleccion y hacerla confirmar por el metropolitano. Las variaciones que desde el siglo VII. se introdujeron en la eleccion y nombramiento de estas altas dignidades eclesiásticas, las iremos viendo en los capítulos sucesivos; que por la misma razon de haber variado el gobierno eclesiástico, político y civil de los godos en muchos puntos esenciales desde el reinado de Recaredo, hemos hecho esta línea divisoria, para que sabida la organizacion del estado hasta esta época, se comprendan mejor las alteraciones ó modificaciones que sufriera después.

Las asambleas eclesiásticas á que se dió el nombre de concilios, eran ya de antiguo conocidas en nuestro suelo. Desde el concilio de Iliberi, contemporáneo del de Nicea, hasta el nacional de Toledo de 589, en que el inmortal Recaredo hizo su solemne profesion de fé, habíanse celebrado varios otros concilios, en Zaragoza, Tarragona, Barcelona, Lérida, Valencia, Braga y Toledo, ya para la condenacion de alguna heregía, como la de los priscilianistas, ya para arreglar lo concerniente al gobierno y disciplina de la iglesia. En estas reuniones religiosas habíanse tratado solo asuntos eclesiásticos. Recaredo fué el primero que, con todo el ardor de un neófito, comenzó en el tercer concilio toledano á dar á estas asambleas conocimiento y decision en negocios pertenecientes al gobierno temporal de los pueblos. Entre otras medidas de esta naturaleza que se acordaron en este concilio se mandó que los jueces seculares y los recaudadores de los tributos hubieran de presentarse ante el provincial que habia de celebrarse cada año, para que los obispos residenciáran su conducta y vieran si habian gravado dema-

(1) No se conoció hasta mas tarde la dignidad del arzobispado, y los que Mariana y otros autores nombran arzobispos refiriéndose á este tiempo, se entiende que eran metropolitanos.

siado á los pueblos (1). Una vez traspasados los límites de lo religioso, ó introducida la potestad eclesiástica en los dominios de la legislacion civil, atendido por otra parte el espíritu piadoso de la época y el influjo que naturalmente habia de ejercer el clero, en quien se habia concentrado la escasa ilustracion de aquellos tiempos, y en el cual se hallaban los hombres de mas ciencia y de mas saber, pronto hemos de ver los sínodos convertidos en asambleas semi-religiosas, semi-políticas, al episcopado intervenir en los negocios de la corona, y á la autoridad real mezclarse en las cosas pertenecientes al sacerdocio. El gobierno del imperio gótico tomará una nueva fisonomía, cuya conveniencia examinaremos á su tiempo.

Aunque no es de nuestro propósito hacer una exposicion detenida de la disciplina de la Iglesia goda, ni de las variaciones que sucesivamente fué teniendo, porque esto corresponde á las historias eclesiásticas, no nos es posible desentendernos de dar á conocer el principio y la índole de clases y de instituciones que llegaron á ejercer influjo grande en la condicion social del pais. Tal es, por ejemplo, la institucion del monacato.

La vida monástica tuvo su cuna y orígen en la vida eremítica. Los monjes, antes de ser cenobitas, fueron solitarios. Hombres ó mugeres se consagraban en la soledad al servicio de Dios en la vida contemplativa. Ofreciánle la virginidad como la ofrenda mas grata. Antigua debia ser ya esta costumbre en España cuando en su primer concilio, el Iliberitano, hubo necesidad de imponer penas á las vírgenes consagradas á Dios que faltando á la promesa de guardar virginidad hacian una vida licenciosa, negándoles la comunion hasta en el artículo de la muerte (2). Sin duda penetrados los obispos del concilio de Zaragoza de 380 de la dificultad de conservar estado tan perfecto en la edad de las pasiones, dispusieron muy prudentemente que no se diera el velo á las vírgenes que se consagraban á Dios hasta la edad de cuarenta años (3). En el mismo concilio se hace mencion por primera vez de monjes, estableciendo penas contra los clérigos que por vanidad dejaban los oficios de su ministerio y se hacian monjes (4). Y la necesidad de castigar el abuso supone ya antigüedad en la práctica ó profesion. Pero estos monjes eran solitarios que vivian aisladamente en ermitas ó lugares retirados. La vida cenobítica no debió conocerse hasta últimos del siglo V. ó principios

(1) Concil. Tolet. III. c. 18.

(2) *Virgines quæ se Deo dicaverunt, si pactum perdiderint virgininatis, atque eidem libidini servierint, placuit nec in finem eis dandam communionem. Quod si semel persuasæ, etc.* Conc. Illiberit. c. 13.

(3) *Item lectum est non velandus esse virgines quæ se Deo voverint, nisi quadraginta annorum probata ætate, quam sacerdos comprobaverit.* Conc. Cæsar-aug. c. 8.

(4) *Si quis de clericis propter luxum vanitatemque præsumptam, etc.* Id. c. 6.

se les pregunte á presencia del clero y del pueblo cuál es su intencion; si prometen vivir en la continencia, se les promoverá al subdiaconado á los veinte años, y al diaconado á los veinte y cinco. A los que no estén dispuestos á guardar castidad, se los dejará en libertad, pero no se los admitirá á las órdenes sagradas (1).»

En los primeros tiempos, cuando las iglesias carecian aun de rentas, se permitia á los eclésiasticos dedicarse al comercio, con tal que no dejáran abandonadas sus iglesias. «Que los obispos, sacerdotes y diáconos, decia el concilio Iliberitano, no vayan á las ferias á comerciar abandonando sus iglesias; pero se les permite negociar en su provincia, y enviar sus hijos, amigos ó criados á traficar fuera del pais (2).» Al principio del siglo VI., cuando las iglesias llegaron á tener rentas suficientes para el sostenimiento del culto y para la decente manutencion del clero, prohibióse á los clérigos todo comercio y grangería; se castigaba severamente la usura, se les señalaban honorarios muy módicos por el ejercicio de su ministerio, y aun se mandaba espresamente que no exigieran retribucion alguna, ni aun en concepto de gratificacion ó presente, por el bautismo de los niños, por la consagracion de los templos, ni por otros actos y funciones de su instituto (3). De los bienes y rentas de las iglesias se hacian tres partes, que se distribuian entre el obispo, el clero y las fábricas (4). El obispo era el principal administrador de las rentas eclesiásticas, pero no podia vender ó enagenar los bienes sin aprobacion de todo el clero, y leyes severas protegian al clero inferior contra toda tentativa de usurpacion.

Basten estas observaciones para dar una idea de la organizacion y estado de la iglesia gótica y del clero español antes del siglo VII., por lo menos en aquello que pudo tener importancia é influjo en la historia civil de la nacion. Las variaciones que después se introdujeron, y la posicion relativa en que se fueron colocando desde esta época las dos potestades, espiritual y temporal, las iremos viendo en los capítulos siguientes.

III. Viniendo á la organizacion política del imperio gótico, hallamos lo primero una monarquía electiva. Caudillos militares mas bien que monarcas los primeros reyes godos, como acontece comunmente en la infancia de

antes de ser admitidos á las órdenes sagradas eran instruidos en la teología y demas conocimientos necesarios para el desempeño de su ministerio. Habia ademas cerca de cada catedral otra casa de clesiásticos, con el nombre de cónclave canonical, de donde se derivó el título de canónigo, que vivian bajo una regla comun y se empleaban en el servicio de la catedral. Esto dió origen á los cabildos.

(1) Conc. Tolet. II. c. 1.

(2) Can. 18.

(3) Conc. Tarracon.—Id. Barcinon.—Id. Bracar. II.

(4) Concil. de Braga de 563, can. 7.

toda sociedad, y mas en los pueblos esencialmente guerreros, la eleccion recaia en aquel que era tenido por mas bravo y por mas digno de mandar al pueblo-soldado. Las primeras elecciones, ó se hacian por aclamacion, ó las hacian los gefes principales del ejército que arrastraban tras sí las masas guerreras, ó el mas osado y que contaba con mas apoyo en el ejército asesinaba al gefe del pueblo y se hacia alzar sobre el pavés, y el atrevido regicida quedaba aclamado. Luego que el pueblo godo, engrandecido por la conquista y modificado por la civilizacion, pasó de la condicion de horda ó tribu á la de nacion ó estado, instintivamente fué dando á la monarquía el carácter de hereditaria. Sin ley que la declarára tal, reinan unos tras otros los príncipes de la familia de Teodoredo; vuelve la forma puramente electiva despues de la muerte de Amalarico; asociando Leovigildo á sus dos hijos en el gobierno del Estado, y reconocidos por el pueblo como herederos de la corona, otra vez la monarquía, sin dejar de ser electiva, toma el carácter de dinástica. Desde Recaredo veremos fijarse la electividad sobre bases mas sólidas; el clero tendrá una parte muy principal en ella: el principio hereditario, si no de primogenitura, por lo menos de familia, pugnará muchas veces por prevalecer: vencerá en otras el primitivo sistema de eleccion; y en esta lucha fatal, en esta falta de ley de sucesion que tantos males y trastornos habia de acarrear al pueblo godo, á las veces no es ni la eleccion ni la herencia, sino la fuerza bruta la que predomina y pone la corona gótica en la cabeza mas ambiciosa y mas apta para la conspiracion y la intriga, ó el cetro en la mano que mejor haya blandido el puñal ó manejado la espada.

Casi ilimitada y absoluta la monarquía goda en sus dos primeros períodos, desde Atanarico hasta Teodoredo, y desde Eurico hasta Recaredo, verémosla desde este príncipe, en el tiempo que formará su tercer período, modificada ó restringida por influencias ó poderes que hasta entonces no habia conocido. No obstante, aun en aquellos primeros tiempos, si bien el rey era el gefe superior del ejército, el que concedia la nobleza, el que estendia su autoridad á todas las clases del estado, estaba sujeto á las leyes del mismo modo que el pueblo en cuanto á la administracion de justicia, y no podia fallar sino con arreglo á ellas, salva la prerogativa de dispensar en algunos casos ó mitigar el rigor de las leyes concediendo indultos, en lo cual obraba por su sola autoridad y en el lleno de la soberanía.

Las provincias y ciudades, que generalmente conservaron la misma division y los mismos nombres que habian tenido bajo la dominacion romana, gobernábanse por *duques y condes*; aquellos regian una provincia entera, éstos presidian el gobierno de una sola ciudad y estaban subor-

dinados á los primeros. Sustituian, segun algunos, á los duques en ausencias y enfermedades los *gardingos* (1), suplia al conde en sus funciones un *vicario*. Todos estos títulos eran de autoridad, no de nobleza. Dábase tambien el dictado de condes á los que estaban investidos con algun alto cargo en palacio. Tales eran, el *comes patrimonii*, conde ó como intendente del patrimonio; el *comes stabuli*, conde ó gefe de las caballerizas; el *comes spathariorum*, ó gefe de las guardias; el *comes notariorum*, *comes exercitus*, *comes thesaurorum*, *comes largitionis*, que eran como secretarios de Estado, de Guerra, de Hacienda y de Justicia; el *comes scantiarum*, ó copero mayor; *comes cubiculi*, ó camarero, etc. Llamábase el cuerpo de los nobles y altos funcionarios de palacio el *órden* ú *oficio palatino*, y nombrábase *curia* la córte de los reyes, y *curiales*, *primates* y *próceres* los que la formaban (2). Los pueblos y ciudades subalternas eran regidas por un *præpositus* ó *villicus*, magistrado á sueldo del rey como los demas gobernadores. Los *numerarios* eran los encargados de la percepcion de los impuestos: nombrábanlos el obispo y el conde reunidos.

¿Habia desaparecido con la conquista el régimen municipal de los romanos? No diremos que se conservára como en tiempo del imperio, pero en el Breviario de Alarico se ve citar á cada paso á los decemviros, á los defensores de la ciudad, á los *priores* ó *seniores loci*, á los curiales y magistrados conservadores de la paz, en cuyas atribuciones parece entraba la administracion de los bienes comunales (3). Discúrrese que no habiendo los conquistadores cuidado mucho de los municipios, conservaron éstos en gran parte su régimen interior. Desembarazado de la recaudacion de los impuestos

(1) Se ha dado diferentes interpretaciones á esta dignidad de los *gardingos*. Segun unos, los *gardingos* no eran sino como unos vicarios de los duques: esta opinion adopta Masdeu. Segun otros, eran ricos propietarios, que residian en la córte: á esta se adhiere Saint-Hilaire, y *richos-homes* los llama el traductor español del *Fuero Juzgo*. Al decir de otros, eran mas bien próceres de la córte que propietarios territoriales: esto sostiene el docto Grimm. Y todos convienen en que solian asistir á los concilios, aunque no los suscribian, siguiendo en categoria á los duques y condes.

Vamos á aventurar una opinion nuestra, que estrañamos no haber hallado en ninguno. Las palabras germanas *garde* y *ding*, significan, la primera cuerpo de tropas encargado del orden público, de la defensa del soberano, la segunda significa tribunal. ¿No podrian ser los *gardingos* jueces de la milicia, encargados de la justicia militar, ó acaso como nuestros auditores de guerra? Cuando Paulo se rebeló contra Wamba, dice la historia que sedujo al duque Ranosindo y al gardingo Hildegiso que mandaban en la provincia de Tarragona, y que convinieron en que los dos reunirian sus tropas á las de Paulo. ¿No prueba esto que los *gardingos* ejercian tambien autoridad militar en las provincias? ¿Y esta autoridad no podia ser juridica (*garde-ding*, tribunal de milicia) bajo el pie militar en que tenian su gobierno los godos?

(2) Pautin. De Dignit. et offic regni ac domus regiæ Gothor.

(3) Edict. Theod. 47; leg. visigoth. V. 4, 19. Interp. Cod. Theod. IV. 4.

el cuerpo de los decuriones, entraban en él sin repugnancia los vecinos mas notables, propietarios ó comerciantes. El *defensor urbis* no obraba ya solo como delegado del conde, sino tambien como representante de la curia: y de este modo concentrando en sí los pueblos la vitalidad que les quedaba, preparaban el camino á los concejos posteriores.

Sentimos no participar en este punto de la opinion del ilustrado autor de la Historia de la Civilizacion de España, que supone haber desaparecido enteramente con la dominacion goda el régimen decurional de los romanos; mas no nos parecen en manera alguna convincentes las razones que Moron alega en favor de esta doctrina. Sabigny, Masdeu, Sempere y Guarinos, Guizot y otros eruditos que trataron de propósito esta materia, defienden la que nosotros hemos emitido; y el mismo Braulio, obispo de Zaragoza, autor del siglo VII., en la vida de San Millan de la Cogulla, hace mencion de senadores y curiales de España en aquel tiempo.

Á su invasion habian hecho los visigodos una particion de las tierras conquistadas, tomando para sí las dos terceras partes, y dejando el resto á los vencidos (1). En medio de las escasas noticias que se tienen acerca de su sistema de impuestos, parece cierto que las propiedades territoriales que tocaron en suerte á los conquistadores, aunque no estaban libres de tributo, estábanlo de ciertas gabelas que pesaban sobre las fincas de los indígenas.

Habia tambien entre los godos, como en tiempo de los romanos, nobles y plebeyos, siervos y señores, patronos y libertos. Si bien los godos no abolieron absolutamente la esclavitud romana que hallaron establecida, modificaron por lo menos y mejoraron su condicion. La esclavitud pasó á ser servidumbre, que relativamente fué un adelanto social. Distinguianse cuatro clases de siervos; idóneos, viles, natos y mancipios. La diferencia en las dos primeras la constituia la mayor capacidad de los siervos, y el empleo ó ministerio mas ó menos elevado á que el señor los destinaba. Llamábanse *nati* los hijos de padres siervos, y *facti* ó *mancipii* los que siendo hijos de padres libres caian en servidumbre por alguna falta ó delito. Del mismo modo habia libertos idóneos, y libertos viles, libertos de la curia ó córte, libertos de la iglesia y libertos privados. Las leyes determinaban las respectivas condiciones de todas estas clases, las diferentes

(1) «El departimento que es fecho de las tierras et de los montes entre los godos et los romanos, en ninguna manera non debe seer quebrantado, pues que pudiere seer probade: nin los romanos (así llamaban ellos á los españoles) non deven tomar, nin deven demandar nada de las dos partes de los godos; nin los godos de la tercia parte de los romanos, si non quando los nos dieremos.» Fuero Juzgo, lib. X., tit. I., l. 8.

maneras de adquirir la libertad, y los derechos de los respectivos señores ó patronos. De todos modos la ley cristiana de los godos hizo un bien inmenso con abolir el derecho que sobre la vida y el honor de los esclavos tenian los antiguos señores romanos; la ley gótica prohibia hasta la mutilacion: y habia siervos, tales como los buccelarios, cuya condicion se asemejaba ya mucho á la de los sirvientes de las naciones modernas, puesto que servian por un salario y podian mudar de señores bajo ciertas estipulaciones y requisitos.

IV. Acercábase mas la organizacion militar de los godos á los sistemas modernos que al de las antiguas legiones. Fundábase sobre la base decimal como el de la mayor parte de los pueblos de raza germana. Así despues de los duques y condes que mandaban las tropas de la provincia, seguian los *tiufados* ó *millenarios*, que regian un cuerpo de mil hombres; los *quingentenarios*, *centenarios*, y *decanos* ó *decuriones*. Pueblo esencialmente guerrero, habia conservado en tiempo de paz la organizacion y clasificacion de los tiempos de las conquistas, y no solamente correspondia la gerarquía nobiliaria á las graduaciones de la milicia, sino que á los gefes militares les estaba anexa jurisdiccion, y nombre y atribuciones de jueces en tiempo de paz (1). Todo hombre libre tenia el derecho y el deber de llevar armas y acudir á la guerra, á escepcion de los niños, ancianos y enfermos. Todo el título II. del libro IX. del código visigodo versa sobre esta materia, como lo indican bastante los encabezamientos de sus leyes.—«Si aquellos que son sinescales de la hueste dexan tornar algun omne dela por precio, ó fincar en su casa.—Si los que deben ordenar la hueste se tornan para sus casas, ó si dexan á otros tornar.—Si los que ordenan la hueste reciben algun precio por dexar algun omne fincar en su casa que non es enfermo.—De los que non son en la hueste en el dia ó en el tiempo establecido.—Qué deve ser guardado si guerras a en Espanna.» Mas siendo ya los godos propietarios, y no constando que percibiesen sueldo los que servian en la milicia, naturalmente habian de repugnar dejar sus casas y sus tierras para correr los riesgos y sufrir las fatigas de las campañas, y á esto debe atribuirse en gran parte el decaimiento á que vino después el espíritu marcial y el belicoso ardor de los visigodos; y el sistema penal establecido en el código contra los que intentaban eximirse del servicio, contra los desertores, y aun

(1) *Quoniam negotiorum remedia multimoda diversitatis compendio gaudent, adeo dux, comes, vicarius, pacis assertor, tiufadus, millenarius, quigentenarius, centenarius, deconus... omnes in quantum judicandi potestatem acceperint, judicis nomine censeantur ex lege.* For. Jud. lib. II., tit. I., l. 25.

contra los cobardes, prueba cuánto habia ido degenerando el genio guerrero de la raza de los Balthos.

Habian aprendido de los romanos á pelear en batalla campal y á sitiar plazas. Aunque tenian buena infantería, eran, al revés de los suevos, mas temibles como ginetes que como peones. El casco, el arnés de cuero, la cota de fierro y el escudo eran sus armas defensivas, las ofensivas el dardo y la flecha, la pica, el puñal ó cuchillo, y la larga y ancha espada de dos filos llamada *spathus*, de donde vino el nombre de *spatharius* y *comes spathariorum*. El trage militar se distinguia poco del de los demas ciudadanos; el soldado llevaba un sayo de lana ó de piel, y el gran calzon forrado. Debe no obstante creerse que con el tiempo se iria modificando la manera de vestir.

V. Si los vándalos mismos, mas groseros é inciviles que los godos, contrajeron gusto é inclinacion por el lujo en los trages, en los banquetes y en las diversiones, sin haber permanecido sino algunos años en la Bética, segun nos informa de ello Procopio (1), no puede maravillarnos, antes está en el órden natural de las cosas, que los visigodos, mas dados ya á la imitacion de las costumbres romanas, se aficionáran, principalmente despues de la conquista, á tomar de los vencidos el gusto, el lujo, las comodidades y las maneras de la vida culta y social. La esplendidez que rodeaba el trono y la córte de Leovigildo se trasmitia relativa y gradualmente á las demas clases del estado; de aqui las leyes para poner coto á la magnificencia con que se celebraban los matrimonios entre particulares, las tasas en los dotes y regalos de boda, etc.

Lo que no dejaban los godos era su larga cabellera; cortarla, renunciar á traer el cabello largo, era renunciar á su nacion y hacerse romano, que ellos decian. Asi la decalvacion y la tonsura eran penas infamantes, y llevaban consigo la inhibicion de ejercer cargos políticos y civiles: el monarca ó príncipe decalvado ó tonsurado no tenia ya otra carrera que la de la iglesia.

Como que tendremos que hablar mas adelante, asi del código de las leyes visigodas, en que mejor que en otra parte alguna están retratadas las costumbres que trajo y que fué adquiriendo este pueblo conquistador, como de las modificaciones que fué recibiendo el Estado en lo religioso, en lo civil y en lo político en el tercer período de la dominacion visigoda, creemos suficientes las observaciones que llevamos hechas, asi como las hemos creido necesarias para comprender y apreciar mejor las variaciones sucesivas en su organizacion.

Continuemos ahora la historia.

(1) De Bell. Vandal. lib. IV.

CAPITULO V.

DESDE RECAREDO HASTA WAMBA.

De 601 á 672.

Breve reinado de Liuva II.—Viterico.—Muere desastrosamente y se ensaña con su cadáver el furor popular.—Gundemaro.—Sisebuto.—Sujeta á los astures sublevados y vence á los imperiales.—Famoso edicto de proscripcion contra los judíos.—Cómo la juzgó San Isidoro.—Recaredo II.—Suintila.—Espulsa definitivamente á los imperiales del territorio español, y es el primer rey godo que domina en toda España.—Tiraniza al pueblo y es destronado.—Sisenando.—Se humilla ante el cuarto concilio de Toledo para legitimar su usurpacion.—Importancia histórica de este concilio.—Leyes políticas que se hicieron en él.—Influencia grande de los obispos en los negocios de estado.—Chintila.—Concilios quinto y sexto de Toledo.—Decretos para asegurar la inviolabilidad de los reyes.—Se prescriben las condiciones que han de tener los que ocupen el trono.—Juramento de no tolerar el judaismo.—Tulga.—Enérgico y vigoroso reinado de Chindasvinto.—Séptimo concilio de Toledo.—Sus principales disposiciones.—Recesvinto.—Octavo concilio toledano.—Decreto sobre la eleccion de los reyes.—Complemento de la unidad política entre godos y españoles.

Pagaron los grandes un justo tributo de respeto á la memoria y virtudes de Recaredo, poniendo la corona gótica en las sienes de su hijo Liuva, jóven de veinte años, que tomó el nombre de Liuva II. Pero ni el candor de sus costumbres ni la buena memoria de su padre bastaron para asegurarle en el trono. Aquel Viterico, (*Witt-rich*), que habia conspirado en Mérida contra el obispo Mausona, y el duque Claudio, el mismo que reveló la conspiracion y que debia la vida á la generosidad de Recaredo, correspondió á la merced del padre destronando al hijo. Valióse del ejército que este mismo le tenia confiado, y en lugar de combatir á los imperiales volvió las armas contra su propio monarca, y le quitó la vida despues de haberle hecho cortar la mano

derecha (603). El desgraciado Liuva reinó menos de dos años (1). El regicida ocupó el trono que su víctima dejaba vacante.

Otra vez se interrumpió la sucesion dinástica como en tiempo de Amalarico. Parece que el usurpador tuvo intentos de restablecer el arrianismo (2), pero la oposicion que halló hubo de hacerle desistir, sin otro resultado que concitarse la odiosidad del clero y del pueblo. No mas venturoso en el proyecto de casar á su hija Ermenberga con Teodorico, rey de Borgoña, el desaire bochornoso que le hizo el borgoñon devolviéndole su hija desde Francia sin admitirla en el lecho conyugal, pero quedándose con los tesoros que habia llevado en dote, acabó de desconceptuarle con el pueblo, que atribuia á sus crímenes la afrenta de su hija. Descendió por último Viterico del trono por los mismos medios que le habia escalado: sus propios oficiales le asesinaron en un banquete (3): el furor popular se ensañó contra el matador del inocente Liuva, arrastrando su cadáver por las calles de Toledo, y sepultándole ignominiosamente fuera de los muros de la ciudad (610). Parecia haber vuelto con la muerte de Recaredo la rudeza de los primeros tiempos del imperio gótico.

Recayó la eleccion en Gundemaro, *(Gund-mar)*, hombre que gozaba de reputacion así para las cosas de la guerra como para las del gobierno. Acreditóse en aquellas sujetando á los vasco-navarros que habian vuelto á alterarse, y venciendo en una campaña á los imperiales; que no renunciaban á sus acostumbradas irrupciones en el territorio de los godos; y correspondió á la confianza de los católicos, de quienes era hechura, poniendo término á las diferencias que habia entre algunos obispos de la Cartaginense sobre reconocer por metropolitano de la provincia al de Toledo. Al efecto congregó en esta ciudad (610) á todos los prelados de ambas provincias, y sometido el negocio á su deliberacion, los de la Cartaginense, en número de quince, firmaron un acta en que reconocian al de Toledo por único metropolitano de la provincia, cuya acta sancionó el rey con su firma, y fué tambien aprobada por los demás metropolitanos de la iglesia gótica.

De corta duracion fué el reinado de Gundemaro. Habiendo muerto en 612, le sucedió Sisebuto, uno de los monarcas mas notables que se sentaron en el sólio gótico. Por medio de sus generales Rechila y Suintila redujo á la obediencia á los astures y rucones, que como todos los montañeses de

(1) Supónese que Liuva era hijo natural de Recaredo, y así parece inferirse de las palabras de San Isidoro, *ignobili quidem matre progenitus.*

(2) Luc. Tudens. Chron. Mund.

(3) *Quia gladio operatus fuerat, gladio periit.* S. Isid. Hist. Gothor.

Norte soportaban tan de mal grado la dominacion goda como habian soportado la romana. Revolvió después contra los greco-bizantinos, y en dos batallas derrotó al patricio Cesareo con gran mortandad de su gente, dejándole en la imposibilidad de oponerle un tercer ejército. Aquí fué donde se hizo admirar la piedad de Sisebuto y sus sentimientos humanitarios. Doliale la sangre que se derramaba; á los heridos del ejército enemigo haciales asistir y curar con toda solicitud y esmero, á los prisioneros y cautivos rescatábalos con su dinero propio (1). Admiraba á imperiales y godos una generosidad á que ni unos ni otros estaban acostumbrados.

Pero la paz que el gefe de los imperiales se vió forzado á pedir al monarca godo no se realizó sino á costa de una raza de hombres que parecia haberse mantenido estraños á todas las contiendas; á costa de la persecucion de los judíos, que desde el tiempo del emperador Vespasiano se habian refugiado en gran número en España, y de quienes no habia vuelto á ocuparse la historia. Hé aqui como se verificó este importante acaecimiento, que parecia completamente ageno á las cuestiones de territorio que con las armas se ventilaban.

Dominaba en Oriente el emperador Heraclio, á quien la astrología judiciaria habia presagiado que el imperio seria destruido por una nacion circuncisa y errante, enemiga de la fé cristiana. La aplicacion del vaticinio al pueblo de Israel era ya una consecuencia natural, y Heraclio se dedicó á suscitar en todas partes persecuciones contra los judíos. Cuando Cesareo y Sisebuto se hallaban arreglando las condiciones de la paz, fuéronle éstas enviadas para su aprobacion al emperador de Oriente. Prestóse Heraclio á ratificarlas, accediendo á que sus súbditos de España evacuáran todas las ciudades de la costa meridional, reduciéndose á unas pocas plazas de los Algarbes, con la sola condicion de que Sisebuto expulsára de su reino á los judíos. No debia estar la cláusula en desacuerdo con las ideas religiosas del monarca visigodo, á juzgar por los edictos que luego expidió contra los miserables descendientes de la la raza israelita (616). Púsolos en la alternativa de elegir en el término de un año entre confesar la religion cristiana y bautizarse, ó ser decalvados, azotados, lanzados del reino y confiscados sus bienes.

«Onde todo judío, dice la ley del código visigodo, que fuere de los que «s'non babtizaron, ó de los que s'non quieren babtizar, é non enviaren sus «fijos é sus siervos á los sacerdotes que los babtizen, é los padres ó los fijos «non quisieren el babtismo, é pasare un anno complido despues que nos esta «ley pusiemos, é fuere fallado fuera desta condicion é deste pacto estable,

(1) Isid. Hispal. Hist. Gothor.—Fredeg. Chron.

reciba C. azotes, é esquílenle la cabeza, é échenlo de la tierra por siempre, é sea su buena en poder del rey. E si este judío é echado en este comedio non ficiere penitencia, el rey dé toda su buena (todos sus bienes) á quien quisiere (1).»

Mas de noventa mil recibieron el bautismo, al decir de algunos historiadores; bautismo que, como impuesto por la violencia, lejos de hacerlos buenos y verdaderos cristianos los convirtió en enemigos disimulados pero rencorosos de la religion y del príncipe que asi los trataba, y que habia de traer con el tiempo males bien deplorables á la nacion. Muchísimos huyeron de España, mas no hallaron mejor acogida en los dominios de los reyes francos. A instigacion del mismo Heraclio el rey Dagoberto los hizo escoger entre la muerte y la abjuracion de sus creencias. Tambien de allí tuvieron que emigrar, y bien pudo llamarse ésta la segunda dispersion de los judíos. Por estos medios se cumplia la sentencia fatal que sobre ellos desde la consumacion de su gran crimen pesaba. Los que quedaron en nuestra península sufrieron todo género de violencias, no habia humillacion, no habia maltratamiento, no habia amargura que no se les hiciera probar; y Sisebuto, aquel príncipe tan compasivo y humano que vertia lágrimas á la vista de la sangre que se derramaba en los combates, veia impasible las crueldadades que con los judíos se cometian. ¡A tanto arrastra el escesivo celo religioso! La Iglesia católica comenzó á hacerse intolerante. Harto lo lamentaban ya los prelados mas ilustres y mas virtuosos de aquel tiempo, entre ellos el esclarecido San Isidoro de Sevilla, que en explícitos términos reprendia y desaprobaba la conducta de Sisebuto, en obligar por la violencia á los que hubiera hecho mejor en atraer por la persuasion y el razonamiento (2).

Este príncipe, á quien por otra parte los cronistas de su tiempo suponen bastante versado en las letras, y á quien alguno de ellos califica de sábio, murió de repente (621), segun unos de una medicina en excesiva dosis administrada, segun otros de envenenamiento, dejando la corona á su hijo Recaredo II. que solo reinó tres ó cuatro meses, sin que la historia nos haya trasmitido noticia ni circunstancia alguna notable ni de su vida ni de su muerte. Vése no obstante apuntar por tercera vez la tendencia á la sucesion hereditaria, que vuelve á desaparecer, sin fijarse nunca, ante el sistema electivo.

(1) Lib. XII., tit. III., l. 3.

(2) S. Isidor. ubi supra.

Con gusto vemos á nuestro historiador Mariana, al referirse á aquellos bautismos impuestos por la fuerza, añadir: «*cosa ilícita y vedada entre cristianos, que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad.* Hist. de España, lib. VI., cap. 3.

Producto de eleccion fué Suintila *(Swinthil)*, á quien antes hemos nombrado como general de Sisebuto. Dos clases de enemigos interiores inquietaban en aquellos tiempos á los monarcas visigodos y les turbaban el sosiego: en el Norte los indóciles montañeses de la Cantabria y la Vasconia, en el Mediodía los griegos imperiales. Contra unos y otros marchó Suintila, y en una y otra expedicion fué feliz. Envueltos por todas partes los sublevados vascones, rindieron las armas y se le sometieron. Reducidos ya por Sisebuto los imperiales á aquella lengua de tierra designada después con el nombre de los Algarbes, propúsose Suintila acabar de arrojarlos del territorio de España, y lo consiguió despues de haberlos vencido en dos batallas sucesivas. Salieron, pues, definitivamente de los dominios españoles (624) aquellos incómodos huéspedes que ochenta años hacia vivian tenazmente apegados al litoral de la Península, y Suintila fué el primer rey godo que á los dos siglos de conquista reunió la España entera bajo la dominacion de su cetro, sin que un solo rincon de ella dejára de obedecerle (1).

Envanecido con estos triunfos Suintila, y creyéndose sólidamente asegurado en el trono, pensó en hacerle hereditario en su familia, y asoció al imperio á su hijo Recimiro, dando tambien participacion en el poder á su muger Teodora y á su hermano Geila. Parece que en esta ocasion mas que en las anteriores fué mirada por el pueblo esta tentativa como un ataque á la prerogativa nacional del derecho de eleccion, y como una violacion de sus leyes fundamentales. Fuése por esto, ó porque realmente Suintila diera entrada con la prosperidad á los vicios y á la corrupcion, es lo cierto que el hombre á quien antes San Isidoro habia llamado el *padre de los pobres*, aparece en las historias avaro, sensual, inicuo y tirano, y como tál aborrecido del clero, de la nobleza y del pueblo. Formáronse conspiraciones, y la escesiva dureza de los castigos no hacia sino enconar mas los ánimos y envenenar mas los odios. Púsose á la cabeza de los descontentos Sisenando, noble y rico godo que gobernaba la Galia gótica, el cual conociendo la dificultad de destronar un rey á quien habian favorecido las victorias, buscó y obtuvo el apoyo de Dagoberto, rey de los francos, y con las tropas de la Septimania y un cuerpo de auxiliares estrangeros franqueó atrevidamente los Pirineos y se puso sobre Zaragoza. Acababa de entrar en la ciudad, cuando llegó delante de sus muros Suintila, que se habia apresurado á salirle al encuentro. No hubo necesidad de dar la batalla que se preparaba para el

(1) Es curioso de notar que mientras en las crónicas españolas de aquel tiempo se daba impropiamente el nombre de *romanos* á aquella especie de colonia militar del imperio bizantino, en lo cual las han seguido imitando muchos de nuestros historiadores modernos, los godos á su vez designaban á los españoles con el nombre de *romanos*.

dia siguiente, porque el ejército mismo de Suintila proclamó á Sisenando, y el monarca hubo de buscar su salvacion en la fuga, sin que por entonces se supiera mas ni de él ni de su hijo (1). Aclamado Sisenando primeramente por el ejército, lo fué después en Toledo, sin que ni el clero ni la nobleza reparáran en que se hubiera servido de auxilio estrangero para destronar á su rey (631).

Bien conocia el nuevo monarca que para afirmarse en el trono por aquellos medios conquistado necesitaba el apoyo del brazo eclesiástico, el mas robusto poder del estado desde el tiempo de Recaredo, y á cuyo influjo era su ensalzamiento en gran parte debido. Al efecto convocó en Toledo un concilio nacional, que se reunió en diciembre de 633. Este cuarto concilio Toledano es uno de los acontecimientos de mas importancia histórica en España, y de los que mas influencia ejercieron en la condicion religiosa, política y moral de la nacion, no solo en aquella época, sino en los tiempos ulteriores. Merece por lo mismo particular exámen de parte del historiador.

Asistieron á este concilio sesenta y nueve obispos, ó por sí ó representados por sus vicarios. Presidíale San Isidoro, que desde la muerte de San Leandro su hermano ocupaba la silla metropolitana de Sevilla; varon eminentísimo en ciencia y en virtudes, el hombre mas sábio de su tiempo, astro refulgente de la iglesia hispano-goda, y cuya asombrosa erudicion sagrada y profana causa todavía maravilla á los hombres ilustrados de los siglos modernos. Presentóse ante esta asamblea Sisenando en actitud humilde y suplicante, con la cabeza inclinada, la rodilla en tierra y las lágrimas en los ojos, y despues de pedir á los padres que le encomendasen á Dios para que le fuese propicio, rogóles se ocuparan en el arreglo y reforma de la disciplina eclesiástica y las costumbres; mas su principal y verdadero intento era lograr la confirmacion de su autoridad y la condenacion é inhabilitacion de Suintila y su hijo, á cuyos partidarios aun temia. Vése ya la magestad humillada ante una asamblea religiosa, preludio y signo del ascendiente que ya tenia, y del mayor que habia de tener el poder episcopal (2).

Las disposiciones del concilio correspondieron al propósito y á las esperanzas del monarca. Despues de haberse ocupado en el arreglo de cosas per-

(1) Ni Isidoro Pacense, ni Lucas de Tuy, ni Rodrigo de Toledo dicen nada del fin de Suintila. La apreciable crónica de San Isidoro concluyó á la mitad del reinado de este príncipe, y en la de San Benigno se lee solamente que «Sentilla, á quien oprimió Sisenando, murió.» Mas de la ley que el concilio IV. de Toledo hizo despues contra la familia destronada se infiere que aún vivia entonces, y Suintila fué el primer rey godo en quien la pérdida de la vida no acompañára á la pérdida de la corona.

(2) «*Coram omnibus nobis Dei sacerdotibus humo prostratus cum lacrymis et gemitibus pro se interveniendum Domino postulavit: etc.*» Preámbulo del Fuero Juzgo

tenecientes al gobierno y disciplina de la Iglesia, condenaron los obispos enérgicamente la conducta de Suintila, la de su muger y su hermano, y declararon, en nombre del pueblo, á él y á sus hijos desposeidos del trono, inhábiles para ejercer cargos públicos, confiscados sus bienes, y sus personas puestas á discrecion del nuevo rey. Y como asustados por el ejemplo de usurpacion que acababan de presenciar, pero sin dejar de reconocer como soberano legítimo al usurpador, pasaron á establecer las mas severas penas y censuras eclesiásticas contra todos los que en lo sucesivo atentáran por cualquier medio contra la vida ó el poder de los reyes, anatematizando por tres veces y condenando á perpétua perdicion y á los tormentos eternos en compañía de Judas Iscariote á todo el que faltára al juramento y fé prometida al *gloriosísimo* rey Sisenando y á los que en el trono de los godos le sucedieron (1).

Prescribieron luego, asi al monarca que se hallaba presente como á los reyes futuros, las reglas y principios con que habian de gobernar el estado, imponiéndoles la obligacion de ser moderados y suaves con sus súbditos, y fulminando excomunion contra los que ejercieran potestad tiránica en los pueblos. «A tí, monarca que estás presente, y á todos los que vengan despues de tí, os conjuramos con la conveniente humildad que rijais con justicia y piedad los pueblos que Dios os confia, y reineis con humildad de corazon y con amor del bien... Y ninguno de vosotros pueda dar por sí solo sentencia en las causas criminales sino con los jueces públicos, para que á todos conste la justificacion del castigo.» Mandaron igualmente que á la muerte del rey se juntáran los prelados y los grandes del reino para elegir pacíficamente al sucesor. Asi una asamblea religiosa sancionaba leyes políticas sobre los negocios mas árduos é importantes del Estado, y de este modo el que acababa de usurpar un poder que se trataba de garantir exaltaba á la iglesia sobre el mismo trono, á trueque de asegurar su vacilante autoridad y ponerla al abrigo de las consecuencias de su propio ejemplo. A tan rápidos pasos crecia el influjo que Recaredo comenzó á dar al episcopado.

Hiciéronse en este concilio otras varias leyes sobre cosas pertenecientes á la autoridad civil. Reprodújose la disposicion del tercero de Toledo some-

(1) Aguirre, Collect. Concil. Hisp.—Quicumque igitur á nobis vel totius Hispaniæ populis qualibet conjuratione vel studio sacramentum fidei suæ, quod pro patriæ gentisque gothorum statu vel conservatione regiæ salutis pollicitus est, supervacua mente temeraverit...... ab Ecclesia Catholica efficiatur extraneus... Quod iterum secundo replicamus dicentes....... Hoc etiam tertio aclamamus dicentes: Quicumque etc.... ad extremum sit anathema.... Et cum Juda Scariotis partem habeant supliciorum tan ipse quam et socii ejus.

tiendo á los jueces y personas poderosas contra quienes hubiese alguna queja á la residencia del sínodo, y para obligar á la ejecucion de este decreto se pedia al rey que enviára un oficial real. La persecucion contra los judíos se templó algun tanto, revocando el anterior decreto que los obligaba por fuerza á recibir el bautismo, en cuya modificacion tuvo gran parte San Isidoro; pero los ya bautizados hubieron de someterse á otro decreto no menos duro, al que mandaba les fuesen arrancados sus hijos para educarlos en la religion cristiana. A los casados con cristiana se los ponia en la alternativa ó de convertirse ó de separarse de sus mugeres, y declarábase á todos inhábiles para deponer en juicio contra los cristianos.

Versaron, no obstante, la mayor parte de los cánones sobre asuntos de disciplina eclesiástica. Se repitieron las penitencias contra los clérigos incontinentes, contra los que habitaban con mugeres estrañas, contra los que abandonaban los monasterios para casarse, y se obligó á los religiosos vagos que no eran ni clérigos ni monjes á que optáran definitivamente entre las dos profesiones y la observáran y cumplieran. Se mandó igualmente que los obispos separáran á los clérigos que se habian casado con viudas, ó repudiadas, ó con mugeres públicas. Se eximió á los eclesiásticos de los cargos públicos, y se mandó encerrar en monasterios para hacer penitencia á los que tomaban las armas. Por último se ordenó tambien que todas las iglesias siguieran la misma liturgia, que mas tarde se denominó mozárabe.

Tal fué el carácter de las disposiciones de esta célebre asamblea, en que sin perder la índole de religiosa, se marcó ya determinadamente la invasion de los concilios en los asuntos propios de la potestad civil, y la sumision de los príncipes á la influencia del sacerdocio.

Murió Sisenando á los cinco años de reinado (636), y despues de algunas contestaciones entre los grandes y obispos sobre la eleccion de sucesor fué proclamado Chintila. Siguiendo este monarca el ejemplo de su antecesor, convocó inmediatamente el quinto concilio de Toledo. Casi todos los cánones de este concilio tuvieron por principal objeto defender la autoridad y persona del príncipe contra toda violencia y contra toda tentativa de usurpacion, y asegurar la libre eleccion del monarca. Reprodujéronse las disposiciones del precedente sobre esta materia, mandando que se leyeran en todos los concilios de España; púsose bajo la proteccion de la Iglesia á los hijos del monarca reinante, y se prohibió maldecirlos ó injuriarlos aun despues de muertos.

No satisfecha la piedad religiosa de Chintila con este concilio, congregó otro en el año 638 en la misma ciudad, que fué el sesto de los de Toledo. Es de notar el vivo interés con que repetidamente insistian los obispos en

proclamar la inviolabilidad de los reyes, y la docilidad con que los reyes accedian á las condiciones que les impusieran los obispos. Que se guarde el mayor respeto al rey Chintila y á toda su posteridad, decretaban los padres del concilio: que los servidores del rey gocen tranquilamente de las mercedes que les haya hecho; pero que las iglesias tengan tambien el dominio perpétuo de los bienes que han adquirido por la liberalidad de los monarcas y por la piedad de los fieles (1). Declaróse en este concilio inhábiles para ceñirse la corona gótica á los tonsurados ó decalvados, á los de origen servil *(nullus originem servilem trahens)*, á los estrangeros, y á los que no descendieran *del noble linage de los godos*, y no fueran de buenas y puras costumbres (2).

Pertenece tambien á esta asamblea el célebre decreto por el que mandó que no se diese á nadie posesion del reino, sin que el elegido se comprometiera con juramento, antes de ser reconocido y coronado, á no tolerar en el reino el judaismo, y á no permitir que viviera libremente en los dominios de los godos ninguno que no fuese cristiano, y el que faltára á este juramento seria excomulgado y maldito, y serviria de alimento al fuego eterno él y todos sus cómplices (3). Tan poco duró la templanza con que el cuarto concilio habia querido suavizar el edicto de proscripcion de Sisebuto, y tan pronto se renovó la dura persecucion de aquella raza desventurada.

No se sabe que Chintila hiciera otra cosa que la reunion y confirmacion de los decretos de estos dos concilios en los cuatro años de su reinado, reinado que segun la espresion de un ilustre escritor, lo fué por los obispos y para los obispos. A su muerte (640) y á peticion suya, los obispos agradecidos á la sumision del padre elevaron á su hijo Tulga, jóven amable y dulce, pero falto de energía por su índole y por su edad. Abusaban de su carácter y de su inexperiencia los funcionarios de las provincias para oprimir los pueblos; la administracion pública empeoraba cada dia; mirábase por otra parte su eleccion como una tendencia al principio hereditario: murmurábase del jóven príncipe, y alzóse contra él una parte considerable del pueblo: concertáronse los grandes y resolvieron deponerle. Chindasvinto *(Kind-swinth*, poderoso en hijos), viejo guerrero de noble raza, de carácter firme y enérgico á pesar

(1) Can. 14, 15 y 16.

(2) «Quando el rey morre, nengun non debe tomar el regno, nen facerse rey, nen nengun religioso, nen otro omne, nen servo, nen otro omne estrano, se non ye omne de linage de los godos, et fillo dalgo et noble, et digne de costumpnes, et con el otorgamiento de los obispos, et de los godos mayores, et de todo el poblo.» Fuero Juzgo: De la eleccion de los principes.

(3) Conc. IV. Tolet. c. 4.

de su avanzada edad, fué el designado para suceder al jóven Tulga. Apoderóse de él, le tonsuró, le obligó á vestir el hábito monacal y le relegó á un monasterio (642). Chindasvinto quedó aclamado rey, sin las formalidades que prescribian los concilios (1).

Parece haberse propuesto Chindasvinto en el primer periodo de su reinado reprimir el espíritu de conspiracion, no ya con el apoyo de los obispos ni con el auxilio de las armas espirituales de la iglesia, sino con el rigor y la dureza de un viejo soldado. Como si él no hubiera conquistado el trono con la fuerza, ó acaso teniendo presente esto mismo, buscó y castigó sin piedad á todos los que habian tomado parte en las maquinaciones de los reinados precedentes, y hacen subir á doscientos el número de nobles, á quinientos el de las personas de otras clases que condenó á muerte, siendo aun mayor el de los que tuvieron que refugiarse á Africa ó á la Galia Franca huyendo de su rigor. Es lo cierto que mientras él imperó nadie se atrevió á perturbar la paz del reino, el cual recobró bajo su enérgica dominacion mucha parte del vigor que en los últimos años habia ido perdiendo.

En medio de esta dureza militar, no carecia Chindasvinto ni de celo religioso, ni de amor á la justicia, ni de aficion al fomento de las letras. Debiósele en este último concepto la idea, tanto mas loable cuanto en aquellos tiempos mas estraña, de enviar á Roma al obispo Tajon de Zaragoza con la comision de buscar los libros morales de San Gregorio el Grande que se habian perdido, y que por un milagro, refieren las crónicas cristianas, le fueron descubiertos. Como amante de la justicia, quiso, á semejanza de Eurico, hacer olvidar el vicioso orígen de su encumbramiento, haciendo nuevas y útiles leyes y mostrándose fiel observador de las que existian. Y como hombre religioso, fundó y dotó iglesias y monasterios, y convocó el séptimo concilio de Toledo (646).

Impúsose en este concilio pena de excomunion y confiscacion á los traidores al rey y á la patria, con mas la de degradacion si fuesen clérigos; se mandó recluir en monasterios á los ermitaños vagabundos, que con su desarreglada conducta seguian escandalizando las gentes (2), y se ordenó que los obispos sufragáneos de la metropolitana de Toledo residiesen un mes en cada año en la capital, «para dar honor al rey y á la corte, y consuelo al mismo metropolitano.»

(1) Otros refieren de diferente manera la elevacion de Chindasvinto, aunque siempre resulta haber sido violenta, y suponen que el jóven Tulga en los dos años de su reinado gobernó con justicia, con celo religioso, y con una prudencia que no era de esperar de sus cortos años. Hemos seguido la crónica de Fredegario.

(2) Conc. Tolet. VIII. d. 5.

O por tener con quien compartir el peso del reino en una edad tan avanzada, ó por el natural deseo de hacer la corona hereditaria en su familia, procuró y logró Chindasvinto con beneplácito y ayuda del clero, asociar en la gobernacion del reino á su hijo Recesvinto (*Rek swinth*, fuerte en la venganza), que desde aquel momento (649) fué el verdadero rey, porque su anciano padre descargó en él todo el peso de los negocios del Estado. Tres años vivió todavía el viejo Chindasvinto, viendo á su hijo reinar en su nombre, hasta que á los noventa de su edad murió de enfermedad en Toledo, sin que falte quien sospeche no haber sido su muerte natural, sino de yerbas, como acostumbran á decir nuestros historiadores: sospecha que quedaba casi siempre de todos los que no sufrian muerte mas violenta, y que prueba por lo menos cuán raro era en los monarcas godos acabar tranquilamente sus dias.

Menos pacífico el reinado de Recesvinto, vióse turbado por algunos próceres descontentos, entre los cuales fué el mas resuelto y atrevido un noble llamado Froya, que supo traer á su partido á los vascones de la Aquitania, y promover una sublevacion de aquellas gentes enérgicas, belicosas y emprendedoras, tan indomables como sus hermanos los vascones de España, con quienes se correspondian y confederaban para sus excursiones. A la cabeza de estos hombres independientes y duros entró Froya en la Península, y llegó hasta Zaragoza. Allí fué detenido el torrente de la invasion por las tropas de Recesvinto. Los insurrectos fueron derrotados y Froya hecho prisionero. Pero el pais protegia á los rebeldes, y ni los intimidaba el triunfo de las armas reales, ni desistian de sus proyectos de rebelion. Al fin, habiendo expuesto al rey sus quejas y el motivo de su descontento, que era principalmente el recargo de impuestos con que se los vejaba, con palabra que el rey les empeñó de repararles las injusticias y de usar con ellos de clemencia, se sometieron y volvieron á la obediencia. El rey cumplió su palabra. Mas fuéle preciso para ello solicitar del concilio octavo de Toledo, que inmediatamente convocó, que le relevára de la obligacion del juramento que habia hecho de no transigir con los rebeldes. El concilio declaró que aquel juramento no obligaba, por ser contrario á la quietud y tranquilidad pública, y Recesvinto pudo cumplir su ofrecimiento de ser indulgente con los vencidos.

En los concilios es donde se retrata ya la marcha simultánea de la doble organizacion del Estado y de la Iglesia goda, y cómo ésta se iba absorbiendo á aquél. En el octavo Toledano (652) se añaden nuevas reglas para la eleccion de los reyes, contrariando así mas y mas la tendencia al saludable principio hereditario. Establécese en él que en lo sucesivo los obispos y los grandes de palacio se reunan á elegir sucesor al trono en el mismo lugar en que el monarca hubiese muerto, y que no se reconozca por válida

la eleccion hecha en otra parte, ó por pocos, ó tumultuariamente por el pueblo (1). Los desventurados judíos vuelven á ser víctimas de su tenacidad en la fé de sus mayores, y de la constancia de la iglesia católica en porseguirlos. Los cánones cuarto hasta el octavo nos dan triste idea del estado á que iban viniendo las costumbres del clero, así como consuela ver el incesante afan de los virtuosos prelados por corregirlas y moderarlas. Ordénase que los obispos depongan á los sacerdotes y demas ministros que vivian torpemente con mugeres estrañas, y que á estas se las encierre en monasterios, y que sean tratados como apóstatas los clérigos que con pretesto de haberse ordenado por temor volvian á casarse y á la vida seglar. Vése en todo la mezcla de religioso y de político en que los concilios intervenian. Al propio tiempo que así se trataba de morigerar y disciplinar el clero, se declaraba que los hijos de los reyes solo pudieran heredar de los padres los bienes patrimoniales que estos tuvieran antes de haber ocupado el trono, y se obligaba á los electos á jurarlo así si habian de ser reconocidos.

La mayor gloria de Recesvinto fué haber acabado de obrar la fusion entre los dos pueblos, godo y romano-hispano, anulando solemnemente la ley que prohibia los matrimonios entre personas de las dos razas. «Establescemos por esta ley, que a de valer por siempre, que la mugier romana puede casar con omne godo, é la mugier goda puede casar con omne romano.... E que el omne libre puede casar con la mugier libre cual que quier, que sea convenible por conseio, é por otorgamiento de sus parientes (2).» Con esto, y con la confirmacion solemne de la ley de Chindasvinto prohibiendo el uso del derecho romano y mandando se rigiesen indistintamente uno y otro pueblo por la legislacion visigoda, acabaron de confundirse en un solo pueblo los que habian estado separados por las leyes: y la unidad política y civil completó la unidad de la fé.

Celebráronse en el reinado de Recesvinto algunos otros concilios que solo trataron de asuntos eclesiásticos. Este monarca, á quien el pueblo español debió el gran beneficio de la unidad, murió en Gérticos, pequeña aldea á tres leguas de Valladolid, donde habia ido con deseo de recobrar su quebrantada salud, en 672, á los veinte y tres años de su reinado, el mas largo que se cuenta en los anales de los godos, y en que solo una vez se vió turbada la paz con la corta rebelion de Froya y los vascones.

(1) Conc. Tolet. VIII., c. 10.

(2) Fuero Juzgo, lib. III., tit. I., l. 2.

CAPITULO VI.

WAMBA.

De 672 á 680.

Estrañas circunstancias que acompañaron la eleccion de Wamba.—Su repugnancia á aceptar la corona.—Alte aciones en la Vasconia.—Idem en la Galia Gótica.—Famosa rebelion de Paulo.—Simulacro de coronacion.—Sujeta Wamba á los vascones y á los tarraconenses.—Toma de Narbona —Célebre ataque de Nimes.—Se apodera de la ciudad, y hace prisionero á Paulo y á los principales rebeldes.—Solemnidad con que fueron juzgados. Sentencia de muerte.—Indulgencia de Wamba.—Su entrada triunfal en Toledo.—Humillacion afrentosa de Paulo y sus cómplices.—Notable ley de Wamba.—Flota sarracena en el Mediterráneo.—Es destruida por las naves godas.—Concilios celebrados en el reinado de Wamba.—Sus principales disposiciones.—Singular traza inventada por Ervigio para destronar á Wamba.—Vistenle el hábito de penitencia, y se retira gustoso á un cláustro.—Ervigio es ungido rey.

Aconteció á la muerte de Recesvinto uno de aquellos sucésos estraordinarios y singulares, que no solo no habia tenido ejemplo en la historia del pueblo godo, sino que tal vez no le ha tenido en los anales del mundo. En una pequeña aldea de España se realizó un hecho noble, grandioso, sublime, que enseña á la humanidad á no desconfiar nunca de encontrar virtudes en los hombres.

Con arreglo al decreto del concilio octavo de Toledo, habia que proceder á la eleccion de rey en el pequeño pueblo de Gérticos, por haber muerto allí el último monarca. De improviso y como por milagro cesan ó enmudecen las ambiciones de aquellos turbulentos grandes que se despertaban ó estallaban á cada fallecimiento de un rey y perturbaban el reino á cada eleccion; y todos los principales próceres, civiles, eclesiásticos y militares, fijan unánimemente sus miradas y dan como por inspiracion su voto á un noble y anciano godo llamado Wamba, por sus virtudes señalado y conocido. Si justos y desnudos

de ambicion se mostraron en esta ocasion los electores, excedió á todos en abnegacion y desinterés el electo. Rehusó Wamba el cetro que el voto unánime y general ponia en sus manos, exponiendo la debilidad de sus fuerzas para sobrellevar tan grave peso como el del vasto imperio godo. Ni las instancias y súplicas de los oficiales de la corte, ni la consideracion del bien y la felicidad del estado que delante le ponian, y que decian reclamar aquel sacrificio de su parte, nada bastaba á vencer su repugnancia, alegando siempre que no se creia capaz de remediar los males que la nacion padecia: ruegos, reflexiones, razonamientos, todo era inútil: hasta que al ver tan obstinada resistencia, uno de los gefes militares de palacio se lanzó con la espada desnuda en medio de la reunion, y dirigiéndose con torbo ceño y amenazador continente á Wamba: «Si te obstinas, le dijo, en rehusar la corona que te ofrecemos, ten entendido que ahora mismo y con este mismo acero haré rodar tu cabeza (1).» A tan enérgica insinuacion cedió Wamba, no sin manifestar de nuevo el sacrificio que hacia en aceptar un puesto á que no le llamàba su inclinacion. Una vez obtenido su consentimiento, púsose la córte en camino para Toledo, pues solo allí y en su iglesia quiso ser consagrado.

A los diez y nueve dias de la muerte de Recesvinto recibia Wamba el óleo santo de mano del metropolitano Quirico, en medio de las aclamaciones del pueblo.

Desde su eleccion hasta su muerte, todo es dramático en la vida de Wamba. En el acto de la consagracion, dicen las crónicas, vieron todos salir de la cabeza del ungido una abeja que voló hácia el cielo, lo cual se interpretó por signo y anuncio de la dicha que esperaba á la nacion bajo el nuevo monarca (2). La piadosa traduccion de este suceso se acomodaba bien á las esperanzas que con justicia se fundaban en el desinterés, en la prudencia, en el valor, en la religiosidad y en la dulzura del sugeto en quien recaia.

Tuvo no obstante Wamba que comenzar por donde muchos de sus antecesores, á saber, por una espedicion contra los vascones, que parecia haberse propuesto levantarse periódicamente al advenimiento de cada nuevo monarca. Llegaba ya Wamba con buen golpe de gente cerca del pais sublevado, cuando recibió aviso de haberse alzado tambien en la Galia Hilderico, conde de Nimes, en cuya ciudad habia lanzado al obispo de su silla para poner otro de su parcialidad. Urgia no dejar que cundiera por toda la Septi-

(1) Et minaci contra eum vultu, educto gladio, prospiciens dixit: «Nisi consensurum te nobis promittas, gladii hujus mucrone modo truncandum te scias.» Julian. Tolet. Hist. Regis Wambæ.

(2) Sebast, Salmant. Chron. l. c.

mania una insurreccion que presentaba ya un carácter harto grave. Por lo tanto envió Wamba para reprimirla con un cuerpo de tropas escogidas á uno de sus gefes mas esperimentados y de mas reputacion, Paulo, griego de orígen, segun tiene buen cuidado de advertir el cronista obispo de Toledo. Tan luego como Paulo se vió lejos del rey, mandando una fuerza respetable, tentóle la ambicion ó despertósele la que ya antes tuviera, y no aspirando á nada menos que á reemplazar á Wamba en el trono comenzó á preparar la ejecucion de su pensamiento. Confióselo en Tarragona al duque de la provincia Ranosindo y al gardingo Hildigiso, á quienes logró seducir. Levantaron allí tropas, aparentando hacerlo de órden del rey, y se dirigieron con ellas á Narbona, cuyo obispo, Argebaudo, ó con noticia ó con sospecha de los planes de aquellos gefes, se preparaba á cerrarles las puertas de la ciudad; pero anticipóse Paulo y se apoderó de la plaza.

Ejecutóse allí el simulacro de coronacion que llevaban ideado. Reunidos los oficiales del ejército y los principales habitantes de la ciudad, les recordó Paulo en un estudiado discurso el disgusto con que Wamba habia aceptado la corona, expúsoles que no podria el reino gozar de paz bajo un monarca sobrado de años y falto de energía, y que el mayor bien que podria hacerse al pueblo godo era encomendar el cetro á manos mas vigorosas y firmes, exhortándolos á que buscáran un hombre digno de llevar la corona del imperio. Entonces el duque Ranosindo, que tambien llevaba bien estudiado su papel: «¿quién mas digno, exclamó, de mandar á los visigodos que el que acaba de hablar con tanta firmeza y cordura?» Oficiales y soldados aplaudieron la proposicion, y Paulo quedó proclamado rey de los godos. Faltaba á la comedia la parte de exornacion y de espectáculo. Ranosindo, al paso por Gerona, habia tenido la prevision de arrancar de la cabeza de San Felix mártir una bella corona de oro, regalo de la piedad del católico Recaredo, y la corona del santo mártir fué colocada en las sienes del improvisado monarca con grande aplauso de la multitud. Pero la corona del mártir Felix habia de ser corona de martirio para el rey Paulo. Entretanto concertáronse los rebeldes de Narbona con los de Nimes, y con algunos auxiliares francos y sajones que recibieron pusieron en movimiento toda la Septimania, de modo que el desvanecido Paulo figurábase ya no restarle otra cosa que preparar su marcha triunfal á Toledo, y hacerse aclamar solemnemente en la capital del reino godo. Muy de otra manera corrieron las cosas.

Ocupado estaba Wamba en reducir á los vascones cuando supo la traicion de Paulo y la estraña escena de Narbona. Tratóse en consejo de generales el partido que se deberia tomar: emitiéronse, como suele acontecer, opiniones diversas y encontradas: el rey optó por sujetar primero á los vascones y

marchar después rápidamente sobre los rebeldes de la Galia. Así se ejecutó. Siete dias bastaron á los godos para domar aquellos montañeses. Tal era la energía de Wamba, y tal el vigor que habia sabido comunicar á sus soldados. Emprende luego su marcha hácia la Galia gótica: toma de paso á Barcelona y Gerona, y dividiendo su ejército en tres cuerpos, disponiendo que una flota concurriese por mar á los puertos de la Septimania para proteger á los ejércitos de tierra, se entra por las gargantas de los Pirineos, se apodera de los fuertes que los sublevados defendian en aquellas estrechuras, hace prisioneros á Ranosindo é Hildigiso, acampa dos dias en los valles del Rosellon esperando á que se le reunan todas las tropas, é incorporadas éstas avanza á Narbona. No habia tenido Paulo valor para esperarle allí; despues de muchas bravatas habia creido mas prudente retirarse á Nimes dejando á Vitimiro, uno de sus parciales, la defensa de la ciudad. Acometiéronla los godos con una impetuosidad propia de su antiguo ardor bélico: incendiaron las puertas y penetraron en la plaza. Empeñóse en el centro de la ciudad un rudo combate; arrollábanlo todo los soldados de Wamba: tuvo Vitimiro que refugiarse en un templo; hasta allí fué perseguido: no le valió cobijarse detrás de un altar ni defenderse con su espada; derribóle un soldado con un grueso tablon que le descargó encima, y arrancado de allí con algunos de sus principales cómplices, sufrieron el castigo y la afrenta de ser apaleados. Rendida Narbona, opusiéronle escasa resistencia Agda, Magalona y Beziers. Quedaba Nimes, el refugio de Paulo y de Hilderico. Allá envió Wamba el grueso de sus tropas, quedándose él á cuatro ó cinco leguas de la ciudad, por si los francos acudian en socorro de los rebeldes.

Comenzó el ataque del célebre sitio de Nimes en 31 de agosto (673). Al salir el sol hicieron los godos retumbar aquel cuerno de imponente sonido que anunciaba las batallas. El ataque fué vivo, vigoroso y porfiado: los sitiados se defendian con bravura; unos y otros peleaban con encarnizamiento: todo el dia duró la refriega; á la caida de la tarde los godos fueron rechazados con pérdida; la noche puso fin á la lucha. Los sitiadores enviaron á pedir refuerzos á Wamba; diez mil hombres de refresco estaban ya bajo los muros de Nimes á la salida del sol del 1.º de setiembre. ¡Prodigiosa actividad! Al ver tan considerable y pronto refuerzo el jactancioso Paulo se turba, pero acudiendo al disimulo: «todos nuestros enemigos, les dice á los suyos, los tenemos delante: este es todo el ejército de Wamba; una vez destruido, nada nos queda que vencer.» A este tiempo el bronco sonido del cuerno da á los godos la señal del asalto, avanzan á los muros, provistos de todos los instrumentos de guerra: los sitiados acuden á

la muralla y hacen jugar sus arcos y sus hondas; recíbenlos los sitiadores con una lluvia de dardos y de piedras. Asi estuvieron unos y otros por espacio de cinco horas. A las once de la mañana los sitiados se ven oprimidos por los arqueros del ejército real y se retiran de los baluartes: los sitiadores minan los muros, incendian las puertas, abren brechas, y penetran furiosamente en la ciudad; derrámanse entonces acero en mano por todas las calles, amotinanse los de dentro proclamando traicion, y todo es confusion, desolacion y muerte en la plaza; millares de cadáveres cubren las calles de Nimes, y apenas pueden los vencedores poner el pie en parte que no tropiece con algun muerto ó algun moribundo. La noche viene á echar un velo sobre aquel teatro de muerte y á dar tregua al furor y al carnencio. Un silencio pavoroso reinaba en Nimes. Oíase solo algunos gritos de los vencedores y algun llanto semiahogado de los infelices habitantes.

El desvanecido Paulo, insultado por el pueblo, tuvo que despojarse del manto real y demas insignias del trono que habia vestido desde la farsa de Narbona, y se encerró con sus mas fogosos parciales en el anfiteatro romano, lugar fuerte que era entonces, y que aun constituye una de las glorias de Nimes. ¡Singular coincidencia, y sublime y providencial castigo de la ambicion y del orgullo! El insensato Paulo se desnudó vergonzosamente de las vestiduras reales que en un arrebato de presuntuosidad se habia acomodado á sí mismo, precisamente en el 1.° de setiembre, aniversario del dia en que solemnemente habia sido coronado Wamba, cuyo trono queria usurpar.

Faltaba aun el desenlace patético de aquel drama que tan alegremente se habia inaugurado para Paulo. Este y los suyos, penetrados de que no podian mantenerse mucho tiempo en aquel asilo, y noticiosos de que Wamba llegaria á la ciudad al dia siguiente, acordaron que Argebaldo obispo de Narbona, á quien Paulo habia llevado consigo, saliera al encuentro del rey á pedirle en nombre de todos el perdon y la vida. Todo, desde el principio hasta el fin, fué dramático en este suceso. El prelado quiso prepararse celebrando una misa, á que asistieron y en que comulgaron todos los gefes de la rebelion vestidos de mortajas, como quienes contaban segura la muerte. Concluido el sacrificio, salió el obispo al encuentro del rey á caballo con su trage é insignias episcopales: el obispo, al ver al monarca, se apea, le saluda, y postrado en tierra pide perdon para sí y para todos. Wamba le hace levantar y ofrece ámplio perdon para él. El prelado insiste en que sea completo para todos los culpables: entonces Wamba le replica con entereza: «á ti no te toca imponer leyes: ¿aun te parece poco perdonarles las vidas? Ho

ofrecido completo perdon para ti solo: en cuanto á los demas nada prometo.»

El rey prosiguió su camino. Algunas horas despues el bello sol del mediodía y de una apacible mañana de setiembre hacia resplandecer en las calles de Nimes las limpias armaduras de los caballeros que escoltaban al rey Wamba en medio de las aclamaciones de una muchedumbre. Algunos oficiales principales se dirigen al anfiteatro en que se guarecia Paulo, habitacion en otro tiempo de los tigres y leones que servian para los juegos del circo. Dos capitanes asieron á Paulo cada uno de un mechon de su larga cabellera gótica, y llevado así entre los caballos le presentan á Wamba: el miserable se prosterna delante del rey, y se desciñe el cinturon militar en señal de rendimiento. Sucesivamente le fueron presentando los demas rebeldes: Wamba reconviene á todos, los manda poner en lugar seguro, y señala el dia en que serán juzgados á presencia del ejército. Publícase de órden del rey un indulto general para los que habian tenido parte en la rebelion, francos, sajones, galos, españoles y godos, á escepcion de los susodichos gefes. Ordena enterrar los muertos, curar los heridos, restituir á los habitantes lo que les habia sido arrebatado, volver á los templos sus alhajas, entre las que se hallaba la corona de San Félix que por algunas semanas se habia ceñido Paulo, y obsequia á los soldados vencedores con dinero de su caja particular.

Al tercer dia se ofrece un espectáculo singular é imponente á los ojos de los habitantes de Nimes: aparece todo el ejército en órden de batalla: levántase en medio un tribunal, presidido por el rey, asistido de los generales y señores de su córte: allí hace comparecer á Paulo y sus compañeros: «Conjúrote, le dice á Paulo, en el nombre de Dios omnipotente, que en esta asamblea de hermanos éntres conmigo en juicio, y me digas si en algo te he ofendido, ó si te he dado ocasion que te pudiera excitar á tomar las armas contra mí, y á levantarte con intento de usurpar el reino (1).» Paulo respondió humildemente que confesaba no haber recibido del rey Wamba sino beneficios, y que reconocia no tener su traicion disculpa alguna. La misma pregunta hizo á todos, y de todos obtuvo igual respuesta. Entonces el monarca hizo leer el juramento de fidelidad que cada uno de ellos habia prestado al rey Wamba; en seguida el otro juramento que habian hecho á Paulo de no dejar las armas hasta que Wamba fuera despojado del trono. El proceso estaba fallado por sí mismo. El tribunal leyó los cánones de los

(1) *Conjuro te per nomen omnipotentis* etc. Julian. Tolet. Hist. Regis Wambæ. *Dei, ut in hoc conventu fratrum meorum,*

últimos concilios relativos á los atentados contra los reyes: los jueces pronunciaron sentencia de muerte contra Paulo y veinte y siete cómplices, entre los cuales figuraba el primero el obispo de Magalona, Gulmidio. Wamba entonces usó de la régia prerogativa que los concilios le concedian, conmutando la pena de muerte en la de tonsura y cárcel perpétua.

Detúvose algunos dias en las Galias, los necesarios para restablecer las cosas en el estado normal que tenian antes de las últimas turbulencias; hecho lo cual, emprendió otra vez el camino de Toledo, llevando consigo los prisioneros rebeldes. Por todas partes iba recibiendo aclamaciones y aplausos. Una legua antes de llegar á la córte de los godos se dispuso una entrada triunfal, solemne y vistosa. Toda la comitiva se vistió de gala, y marchaba ordenadamente en dos filas. Los gefes de la rebelion iban en carretas, vestidos con trages oscuros y humildes, los pies desnudos, una cuerda alrededor de la cintura, rapadas las cabezas, cejas y barbas. Distinguíase entre ellos Paulo por una corona de cuero negro ceñida á las sienes, signo irrisorio de la que habia querido usurpar. Veíase en seguida al rey con su gran cortejo de oficiales y señores cubiertos de brillantes armaduras. Asi atravesó las calles de Toledo entre las aclamaciones de un pueblo alborozado. Paulo y sus cómplices, entre los que habia muchos eclesiásticos y algunos obispos, fueron conducidos á la prision que les estaba destinada (1).

Concluida esta guerra, dedicóse Wamba á las cosas del gobierno del Estado. La poblacion de Toledo habia crecido desde que se habia hecho córte y asiento de los reyes godos. Wamba la hizo ceñir de un segundo muro abarcando los nuevos arrabales: empleáronse en la construccion de esta muralla muchas piedras del antiguo circo romano. Hiciéronse ó se repararon de su órden varias otras obras públicas en diferentes puntos del reino, y mostróse tan amigo de las artes en la paz como habia sido activo y enérgico en la guerra. De inferir es que Wamba se hallaria resentido de algunos grandes y clérigos, que no le habrian ayudado en sus dos campañas, ó al menos asi lo hace sospechar la famosa ley que empieza: «*De his qui ad bellum non vadunt*:» que de su propia autoridad dió tan pronto como regresó á Toledo. En ella impone bajo las penas mas severas, asi á eclesiásticos como á seglares, de cualquier clase y gerarquía que sean, la obligacion de tomar las armas y acudir de cien millas en contorno á cualquier punto en que haya ó amenace un peligro para la patria (2).

(1) San Julian, Hist. de la expedicion del rey Wamba.

(2) «E por ende establecemos en esta ley, que deste dia adelantre, quando que quier que los enemigos se levantaren contra nuestro regno tod omne de nuestro regno, si quier

Faltábale al rey Wamba acreditar su poder y su pericia en la guerra de mar como lo habia acreditado en la de tierra. La ocasion le vino á la mano. Habian los sarracenos por este tiempo conquistado una gran parte de África, y levantado en ella un nuevo y terrible poder, peligroso para España por su proximidad. Por primera vez en el reinado de Wamba se vió una flota sarracena de doscientos setenta pequeños barcos cruzar el Mediterráneo, y amenazar y molestar las costas meridionales de España. No debia cogerle á Wamba desprevenido, puesto que inmediatamente le salió al encuentro con otra flota, en que embarcó buen número de gente de armas, y dándole alcance y empeñado un combate naval, echó á pique la mayor parte de los barcos enemigos, incendió otros y pudo apresar algunos (1). Ni se supo ni con certeza ha podido averiguarse por culpa de quién se acercára á España aquella armada enemiga, y no carece de verosimilitud la sospecha de algunos autores que propenden á atribuírsela á Ervigio, que, como luego veremos, envidiaba la gloria de Wamba y maquinaba algun medio de arrebatarle la corona.

La gloria militar de este reinado, el último en que se vió revivir el antiguo espíritu guerrero de los godos, no impidió atender á las cosas de la iglesia, objeto que los godos no olvidaban ya nunca. Dos concilios se celebraron en tiempo de Wamba, en Toledo el uno, en Braga el otro, ambos en el mismo año de 675. Con estrañeza vemos en el primer cánon del de Toledo prescribirse á los obispos que guarden en él la debida modestia, asi en sus acciones como en sus palabras, que se produzcan con moderacion, sin usar chanzas ni injurias, y que no haya ni confusion ni tumulto. Prívase en el tercero de su dignidad á los eclesiásticos que intervengan en juicios que puedan producir sentencia de muerte ó mutilacion de miembros. Insístese en el último en la celebracion anual tantas veces mandada de los con-

sea obispo, si quier clérigo, si quier conde, si quier duc, si quier ricombre, si quier infanzon, ó qual que quier omne que sea en la comarca de los enemigos, ó si fuera legado de la frontera acerca de ellos, ó si llegar alli á ellos por aventura dotra tierra, todo que sea corca de la frontera fasta C. millas daquel logar o se faz la lid, depues que gé lo dixiere el rey o su omne, ó pues que él lo sabe por si en qual manera se quier, si man á mano non fuere presto con todo su poder para defender el regno, é si se quisiere escusar en alguna manera, é non quisiere ayudar á los otros mano á mano por amparar la tierra, si los enemigos ficieren algun damno, ó cativaren algun omne de nuestro pueblo, ó de nuestro regno, aquel que non quiso salir contra los enemigos por algun miedo, ó por escusacion, ó por enganno, é no quiso seer presto por amparar la tierra, si es obispo ó clérigo, é non oviere onde faga enmienda del damno que ficieren los enemigos en la tierra, sea echado fora de la tierra, como mandare el príncipe. Y esta pena mandamos que ayan los obispos, é los sacerdotes, é los diáconos é los otros clérigos que non an dignidad.... E de los otros legos establecemos, etc.» Traduc. del Fuero Juzgo, lib. IX., tít. II., l. 9.

(1) Sebast. Salmant. Chron. c. 3.—Luc. Tud. Chron. Mundi, l. c.

cilios provinciales. Ordénase en el primero del de Braga que en el sacrificio de la misa no se use de leche ni de racimos de uvas, sino solo de pan y vino; mezclándose agua en el cáliz conforme á la antigua tradicion. Prohíbese en el cuarto á los presbíteros tener en su compañía otra muger que su madre. Mándase en el quinto que los obispos vayan á pie en las procesiones, y no llevados en silla por los diáconos; y se impone en el sexto excomunion y destierro á los obispos que manden azotar á los presbíteros abades ó diáconos súbditos suyos (1). Las demas disposiciones de uno y otro concilio son de pura disciplina eclesiástica, y en el reinado militar de Wamba no vemos á estas asambleas religiosas ocuparse como en los anteriores en negocios civiles (2).

Vengamos al término de la carrera política de Wamba. Una intriga de mal linage puso fin al glorioso reinado de este príncipe, que estraño y singular en su comienzo, lo fué todavía mas en su término y remate. Habia en la córte de Wamba un conde palatino llamado Ervigio *(Erwig)*, descendiente de la familia de Chindasvinto. Gozaba de la confianza del rey, que conocia algunas de sus buenas prendas, pero no su ambicion: tanto mejor para Ervigio, que mortificado de la envidia y atormentado del deseo de reinar, no fiando por otra parte en poder alcanzar el trono por eleccion, hallándose como se hallaba Teodofredo, hermano de Recesvinto, á la cabeza de un partido poderoso, recurrió para asegurarse la corona á una traza que tuvo mas de lo depravado que de lo ingenioso. Dió á beber al rey un brevage que le hizo caer por buen espacio de tiempo en profundo letargo. Llegó á desconfiarse ya de su vida, y Ervigio que estaba en el secreto, como autor de él que era, se apresuró á hacerle tonsurar y á vestirle el hábito de penitencia, como era costumbre en aquel siglo. Cuando Wamba se recobró y se halló sin cabello y con la túnica monacal, no quiso contrariar la ley del concilio que privaba del trono al que una vez hubiera sido decalvado y vestido el hábito de monje; y el que habia aceptado la corona de rey como un sacrificio, la dejó sin violencia y con el mismo desprendimiento y desinterés con que la habia tomado. Antes por evitar los males de una guerra civil que en el caso de empeñarse en conservarla veia ya inminente, se inmoló por segunda vez á la tranquilidad

(1) Aguirre, Collect. Conc. Hisp.

(2) No hablamos de la famosa division de obispados atribuida á Wamba, en que creyeron muchos historiadores, y á que dedica Mariana un capítulo entero, seguido de otro en que esplica la division de Constantino, no menos apócrifas la una que la otra, pues evidenciada su falsedad por las sábias investigaciones de hombres eruditos, no hay para qué detenernos en convencer de ello á nuestros lectores. El que desee ilustrarse mas sobre esta materia, puede ver el tomo IV. de la España Sagrada de Florez.

pública, y designando por sucesor al mismo Ervigio, descendió gustoso de un trono á que habia subido con repugnancia, y se retiró á hacer la vida de monje en el monasterio de Pampliega (cerca de Burgos), donde vivió ejemplarmente por mas de siete años. Ejemplo insigne de abnegacion y de virtud, raro por desgracia en los anales de los monarcas y de los imperios.

A los ocho dias de aquel suceso el ambicioso Ervigio era ungido con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo (680).

CAPITULO VII.

DESDE ERVIGIO HASTA RODRIGO.

De 680 á 709.

Temores y remordimientos de Ervigio.—Se hace reconocer y confirmar en el duodécimo concilio de Toledo.—Revócanse en él algunas leyes de Wamba.—Preeminencia dada al metropolitano de Toledo.—Sínodo XIV. toledano.—Decretos de este concilio sobre materias políticas.—Trasmite Ervigio la corona á Egica, su yerno.—Décimo quinto concilio toledano.—Resuélvese en él una grave duda y escrúpulo del rey.—Disposiciones conciliares sobre las viudas de los reyes.—Conjuraciones contra Egica.—Durísimas leyes contra los judíos.—Asociacion de Witiza en el reino.—Queda reinando solo por muerte de su padre.—Vicios, excesos y crímenes que le han atribuido las crónicas.—Diferentes y encontrados juicios sobre las cualidades y conducta de este príncipe.—Opinion del autor.—Término del reinado de Witiza, y elevacion de Rodrigo.

No fué tan disimulada la supercheria empleada por Ervigio para escalar el trono, que algunos no la supieran y muchos no la sospecháran. Acometiéronle á él mismo remordimientos por un lado y temores por otro. Wamba no habia muerto todavía, y Wamba era muy amado del pueblo, y Ervigio temia al pueblo y á Wamba. «Parecióle, pues, dice uno de nuestros historiadores, para asegurar sus cosas, tomar el camino que á otros reyes sus predecesores no salió mal, que fué cubrirse de la capa de la religion (1).» En su consecuencia, al tercer mes de su consagracion convocó un concilio en Toledo, que fué el duodécimo de aquella ciudad. Abierta la asamblea (681), presentóse en ella Ervigio en actitud humilde, y como quien va á solicitar el reconocimiento de un título que no habia obtenido por caminos legales, exhibió tres documentos que parecia darle

(1) Mariana, lib. VI., cap. 17.

cierta apariencia de legitimidad. Era el primero un testimonio firmado por los grandes palatinos, en que certificaban como testigos de vista que Wamba en peligro de muerte habia recibido la tonsura y el hábito penitencial. El segundo contenia el acta de abdicacion del mismo Wamba, en que significaba su deseo de que le sucediera Ervigio; y el tercero una carta del propio Wamba al metropolitano Julian, recomendándole ungiese al nuevo rey con las formalidades de costumbre.

En su vista, los padres del concilio, que tantas leyes habian hecho sobre la forma de eleccion, declararon legítima la de Ervigio, sopena de excomunion á todos los que no le reconociesen y obedeciesen (1). El canon segundo es simultáneamente la aprobacion y la condenacion de un mismo delito. «Que los que han recibido la penitencia estando enfermos, aunque estén privados de sentido y no la hubiesen pedido antes, lleven siempre el hábito penitencial.» Esto era aprobar y reconocer el mismo medio empleado con Wamba por Ervigio. «Pero los presbíteros no la impongan sino á los que la pidan, y si alguno la dá á los que están privados de conocimiento, quede excomulgado un año entero.» ¿Qué era esto sino reprobar para lo futuro el mismo delito que legitimaban despues de consumado? Pero sin duda Wamba habia disgustado á los próceres y obispos con su rigurosa ley sobre los que no iban á la guerra: *De his qui ad bellum non vadunt*, y el objeto era inutilizar á Wamba, á quien parece temian todavía en el retiro de su cláustro. Así lo dieron á entender en el cánon séptimo, anulando aquella ley, y reintegrando en su buena fama y opinion á los que aquella declaraba infames por no haber tomado las armas. Con esto acabó de extinguirse en el pueblo godo el espíritu y la energía militar que Wamba habia logrado hacer revivir en su reinado. Confirmaron las leyes contra los judíos que habia publicado Ervigio, y declararon contraria á los cánones la creacion que Wamba habia hecho de dos obispados, el uno en un pequeño lugar, el otro en un arrabal de Toledo.

Establecióse en este concilio un cánon notable é importante. Facultóse al metropolitano de Toledo, á fin de que las iglesias no estuvieran mucho tiempo vacantes, para consagrar los obispos de las que vacáran en ausencia del rey (2). Asi se iba dando á la iglesia de Toledo cierta preeminencia sobre las demas de España, y se echaban los cimientos de su futura primacía.

Todo el afan de Ervigio era atrincherarse en los concilios, que de este modo vienen á concentrar en sí en esta época toda la historia religiosa, política y civil del imperio godo. Al tercer año de su reinado (683), aparece con-

(1) Conc. Tolet. XII. c. 4. (2) Id. can. 6.

gregado el décimo tercio de Toledo, cuyas seis primeras disposiciones versan todas sobre materias políticas y civiles. Estos cánones son de grande importancia para la historia.

Por el primero se concede un indulto general á todos los cómplices en la sublevacion de Paulo contra Wamba, restituyéndoles su nobleza, bienes y honores, ampliándola á los penados desde el tiempo de Chintila. En esto no hacia el concilio sino complacer á Ervigio. «Por cuanto así lo desea la clemencia del rey,» decian los padres.

En el segundo se ordena, que por cuanto los reyes, *sin justificacion*, habian privado á algunos del honor de palatinos, y condenádolos á muerte, y á infamia perpétua, ningun palatino ni obispo pueda ser privado de su honor ni hacienda, ni puesto á cuestion de tormento, ni encarcelado, ni castigado á azotes, *sin que se conozca de su culpa en junta de prelados, grandes y gardingos*; y que si se hallase culpado se le castigue *conforme á las leyes*, y el que lo contrario hiciere sea excomulgado.

«Por cuanto se deben al erario público grandes tributos con que están oprimidos los pueblos, dice el cánon tercero del concilio, se da por firme y valedera la condonacion propuesta por el rey de todo lo que deben hasta el primer año de su reinado.»

Prohíbese en el cuarto á los príncipes, obispos, grandes ú otros cualesquiera, hacer mal alguno en sus personas, bienes ó dignidades, á la reina Liubigotona, sus hijos, yernos ó nueras, pena de perpétua excomunion. Aquí se ve el cuidado del rey en poner al abrigo de todo evento á su familia.

El quinto es notable sobre todos. Dispónese en él, «que ninguno se case con la viuda del rey, ni trate torpemente con ella, y el que lo contrario hiciere, sea su nombre borrado del libro de la vida, aunque sea el rey: *sit nomen ejus abrasum et deletum de libro vitæ*.»

Prohibe el sexto conferir los cargos de la córte á siervos y libertos, *para que la sangre de la nobleza no se confunda con la de estas personas viles.*

Descúbrese en todo un monarca afanado por conservar un cetro que parecia escapársele de las manos, siempre con el pensamiento en el penitente real de Pampliega, siempre buscando en los concilios seguridades para sí y para su familia, y trabajando por oscurecer ó hacer olvidar la memoria de Wamba. Vése las asambleas eclesiásticas concediendo indultos por delitos políticos, condonando contribuciones, estableciendo tribunales, y cercenando en todo las prerogativas de la corona.

Hasta ahora los concilios de España deliberaban como asambleas soberanas en materia de religion y de dogma. Mas al fin del año 683, apenas disuelto el concilio de que nos acabamos de ocupar, llegó á España un legado del pontí-

fice Leon II. con cartas para el rey y para algunos obispos, y con la mision de que la Iglesia española aprobase y recibiese las actas del sínodo general de Constantinopla, el VI. de los generales, en que se condenaba, entre otros errores, la heregía de los monotelitas. No era fácil volver á reunir un sínodo nacional en tan rigurosa estacion, y mas cuando acababa otro de disolverse. Tomóse, pues, un término medio convocándole para el año siguiente (684); los que á él asistieron, casi todos de la provincia Cartaginense, firmaron su adhesion al Constantinopolitano, enviándose ademas el acta á cada provincia, para que individualmente la suscribiera cada prelado. Asi se iba reconociendo prácticamente en la iglesia de España la supremacía de la silla de Roma. Julian, metropolitano de Toledo, habia compuesto un Apologético de la fé, que fué enviado á Roma en nombre del concilio. El papa Benito, que habia sucedido á Leon en la cátedra de San Pedro, encontró en aquel documento palabras que no sonaron bien en sus oidos, lo cual produjo demandas y respuestas entre Roma y España.

Entretanto Ervigio, nunca tranquilo, siempre zozobroso, sospechando que el pueblo le aborrecia, y vislumbrando un porvenir sombrío para sus hijos, resolvióse á buscar un arrimo en la familia de su predecesor, casando á su hija Cixilona con un sobrino ó pariente de Wamba llamado Egica. Prometióle asegurarle la trasmision de la corona, exigiendo de él solamente el juramento de que protegeria siempre la familia de su esposa, y principalmente á su madre y sus hermanos. Sin otro hecho notable que la reparacion del puente y murallas de Mérida, que se hizo en el reinado de Ervigio, cayó el receloso monarca gravemente enfermo en Toledo. El dia antes de morir reunió á los obispos y grandes de palacio, y relevándolos del juramento de fidelidad, abdicó la corona en su yerno Egica, y recibió la tonsura y el hábito de penitencia que hacia su resolucion irrevocable. Murió á los siete años de su reinado (687). «Su memoria y fama, dice un historiador, fué grande, aunque *ni agradable ni honrosa.*» No le sobrevivió mucho Wamba; lo necesario solamente para ver el fin de quien prematuramente le habia arrebatado el cetro, y la elevacion de su sobrino.

El primer paso del gobierno de Egica fué convocar un concilio, que fué el décimo quinto de Toledo (688), el cual puede decirse que no tuvo mas objeto que resolver una grave duda y escrúpulo que traia al rey desasosegado. Era el caso que al desposarse con Cixilona, la hija de Ervigio, habia hecho juramento de amparar en todo á la familia de su suegro, y cuando recibió la corona habia jurado hacer justicia por igual á todos sus súbditos. No hubiera nada de contradictorio en estos dos juramentos, á no me-

diar la circunstancia de haber despojado Ervigio injustamente de sus bienes á muchos grandes y señores, cuyos bienes estaba disfrutando su familia. Los despojados los reclamaban, y el rey tenia que hacerles justicia en virtud del segundo juramento; mas en este caso fallaba contra la familia de Ervigio, á quien habia jurado amparar. ¿Cuál de los juramentos le obligaba mas fuertemente? El concilio lo resolvió declarando: «que el primer juramento, el de proteger á la familia de su predecesor, no obligaba sino en cuanto no fuese contrario á la justicia que debia á todos sus súbditos.» Así consignó solemnemente el décimo quinto concilio Toledano el gran principio de que la justicia es el primer deber de los reyes, y que ante él deben callar los intereses privados de familia.

Prevalióse sin duda Egica de esta resolucion para abatir y oprimir la familia de Ervigio, como en satisfaccion y venganza de lo que Ervigio habia hecho con Wamba su tio, castigando tambien á algunos de los grandes sobre quienes recaian sospechas de haber tenido parte en el artificio que le habia servido para subir al trono.

Curioso es observar el espíritu y tendencia que dominaba en los concilios de la época en que nos hallamos. Habíase prohibido en el décimo tercio de Toledo á las viudas de los reyes contraer nuevo matrimonio, ni menos mantener torpes tratos. No pareció sin duda suficiente esta precaucion, y en otro concilio celebrado en Zaragoza á 1.º de noviembre del año 691, se ordenó que las viudas de los reyes en lo sucesivo entráran en un convento de religiosas, donde se empleáran solo en servir á Dios (1).

Una horrible conspiracion se tramó contra Egica en el año quinto de su reinado. Tratábase nada menos que de quitar la vida al rey, á todos sus hijos, y aun á cinco de los principales palatinos. Dirigíala el mismo metropolitano de Toledo Sisberto, sucesor del piadoso y sábio Julian. Ignórase la causa de tan criminal conjuracion. Supónese que llevaria por objeto colocar en el trono á alguno de los parientes ó parciales del prelado. Egica lo supo, hizo asegurar á Sisberto, y remitió su juicio al fallo de un concilio que convocó para el año siguiente (693). El concilio decretó la deposicion del conspirador metropolitano por el crimen *lesæ Majestatis*, condenándole ademas á destierro perpétuo con privacion de todos sus bienes, honores y dignidades. En aquel concilio fué donde se estableció por primera vez que en todas las iglesias de España se rogase diariamente en la misa por la vida y prosperidad del rey y de la real familia: costumbre ó rito que dura en nuestros dias con poca alteracion en las palabras.

(1) Can. 5 de este concilio.

Parece que los judíos españoles, exasperados con tantas y tan duras leyes como se habian hecho contra ellos, ansiosos de sacudir la opresion en que gemian, trataron de ponerse de acuerdo con sus correligionarios de Africa, manteniendo con ellos secretos tratos é inteligencias; para intentar algun medio de salir de tanta opresion y esclavitud. Fuése esto cierto, lo cual no estrañaríamos en un pueblo de aquella manera vejado y proscripto, ó fuese espíritu de animadversion é intolerancia del siglo, ó lo que creemos mas, todo junto, es lo cierto que el rey Egica convocó otro concilio con objeto de castigar de nuevo aquella raza desafortunada (694). Recargáronse, pues, si posible era recargarlas, en este concilio las penas contra los judíos, siendo una de ellas la de declararlos á todos esclavos, y otra y la mas dura de todas la de arrancar á los padres sus hijos de uno y otro sexo en llegando á la edad de siete años, sin permitirles trato ni comunicacion con ellos, y entregarlos á los fieles para educarlos en la religion cristiana (1).

Por mas leyes que se habian hecho sobre la libre eleccion de los monarcas, no renunciaban éstos al afan de trasmitir la corona á sus hijos, y de él participó Egica, encomendando á su hijo Witiza desde muy jóven los cargos mas importantes del Estado, y obteniendo por fin compartir con él la autoridad real, de tal manera que en las monedas de su tiempo se ven grabados y asociados los dos nombres, ambos con el título de rey: EGICA REX; WITIZA REX, y con el lema *Concordia regni*. Dióle no obstante, con el fin sin duda de mantener esta concordia y de evitar disidencias y desabrimientos, el gobierno de todo el pais de Galicia que habia constituido el antiguo reino de los suevos, haciendo Witiza á la ciudad de Tuy una especie de córte ó residencia real; desde donde gobernaba por sí aquella porcion de la monarquía. Cinco años reinaron juntos el padre y el hijo de los trece que duró el reinado del primero, al cabo de los cuales murió Egica (701); dejando ya en pronunciada decadencia la monarquía goda, y sin otra gloria que la que pudo caberle en haberse terminado en sus dias el código de los visigodos; que en lo demas pudiera dudarse si Egica habia obrado como obispo ó como rey, ó si era la iglesia ó era la cor ona la que habia gobernado el reino (2).

Al llegar al importante reinado de Witiza sentimos la falta de documentos auténticos contemporáneos: hasta los concilios, que supliendo la escasez de historias de aquella época apartada y oscura, nos han servido de guia y suministrado una luz preciosa para seguir la marcha de la sociedad godo-his-

(1) Concil. XVII. Tolet.

(2) Aun no ha podido fijarse, que sepamos, el año preciso de la muerte de Egica, discordando los autores desde el 699 hasta el 702. Nosotros seguimos la que señalan Isidoro Pacense en su Crónica, y Aguirre en su Cronología de los reyes godos.

pana al través de los dos últimos siglos, nos abandonan tambien, no habiendo llegado á nosotros las actas del que celebró el monarca que acababa de ocupar el sólio gótico. El código de sus leyes se da igualmente por terminado, y solo nos quedan algunas sucintas crónicas escritas despues de la invasion sarracena y bajo la impresion de aquel triste suceso, que otros historiadores mas modernos han amplificado segun sus ideas y las de la época en que han escrito.

¿Serán ciertos todos los desórdenes, todos los escesos, todos los crímenes que se atribuyen á Witiza? ¿Mereceria este rey los negros colores con que le pinta la historia? ¿Deberia la España su perdicion y el reino de los godos su ruina á la licencia, á la crueldad, al desenfreno y relajacion de todo género de este monarca? Esto es lo que por siglos enteros se ha creido constantemente y sin contradiccion en España: esto es lo que algunos eruditos modernos ó niegan ó hacen cuestionable ahora. La memoria de Witiza, sobre la que pesaba una especie de anatema histórico, encuentra al cabo de mas de once siglos, si no panegiristas, al menos quien la defienda de muchas acusaciones. Y no porque se hayan descubierto documentos auténticos contemporáneos que alumbren convenientemente un período que empiezan á rodear nuevas y espesas nieblas, sino porque de distinta manera se juzga en épocas distintas unos mismos hombres y unos mismos hechos.

Convienen todos, aun los que con mas negras tintas pintan el cuadro de los vicios de Witiza, en que este monarca no solamente gobernó bien la Galicia en los años que estuvo asociado á su padre en el reino, sino que en los primeros tiempos que rigió ya solo la monarquía goda, señaló su advenimiento al poder con leyes y medidas justas, humanitarias y benéficas. Tal fué el indulto general que concedió á todos los que por su padre habian sido encarcelados ó desterrados, volviéndoles sus bienes y honores; llevando en esto su generosidad á tal punto, que para que no pudiese haber reclamacion en ningun tiempo, hizo quemar los registros de los tributos atrasados: con que empezó á reinar con aplauso y aceptacion general del pueblo. Así lo confirman en su Crónica Isidoro Pacense, historiador el mas inmediato á Witiza, y el mas antiguo que se conoce, pues la concluyó á mediados del VIII. siglo, y en ella hace grandes elogios de aquel rey (1). Mariana atribuye estos primeros actos, no á virtud, sino á refinada hipocresía: Ferreras, mas prudente ó mas cauto, huye de juzgar de las intenciones, porque los fondos del corazon humano, dice, solo Dios los puede penetrar, y siendo

(1) *Witiza florentissime regnum retemplat, atque omnis Hispania gaudio nimium freta alacriter lætatur.* Isidor. Pac. c. XXX.

los hombres capaces de mudarse de la virtud al vicio, los vicios posteriores no prueban que sean hijas de ellos las acciones primeras.

Desde aqui comenzó Witiza, al decir de los historiadores, ó á desenmascararse segun unos, ó á cambiar de inclinaciones segun otros, dejándose precipitar en una sima de vicios y de crímenes, hasta el punto que Mariana empieza asi la biografía de aquel rey: «El reinado de Witiza fué desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas.» Los primeros escesos que le atribuyen son haberse entregado á rienda suelta al vicio de la sensualidad, empezando á correr desbocado por el camino de la lujuria, á términos que no contento con mantener en su palacio gran número de concubinas, perdido todo empacho y respeto humano, todo miramiento y pudor, ni los padres contaban sus hijas ni los maridos sus esposas al abrigo de la lascivia del rey, que en su liviandad y desenfreno atropellábalo todo, sin reparar en que las esposas y doncellas fuesen de humildes ó de nobles familias. «Para dar «algun color y escusa á este desórden, añade Mariana, hizo otra mayor mal«dad: ordenó una ley en que concedió á todos hiciesen lo mismo, y en par«ticular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para «que se casasen. Ley abominable y fea, pero que á muchos y á los mas dió «gusto. Hacian de buena gana lo que les permitian, asi por cumplir con sus «apetitos como por agradar al rey.» Esta dicen que fué la causa de que los grandes comenzáran á conspirar en secreto contra el licencioso monarca, tratando de sentar en el trono á alguno del linage del rey Chindasvinto, del cual, dice Mariana, que vivian dos hijos hermanos de Recesvinto, á saber; Teodofredo y Favila, padre el primero de Rodrigo y el segundo de Pelayo. Añade Mariana, que noticioso Witiza de esta conspiracion, mató de un bastonazo á Favila; y aun algunos sospechan, dice, para gozar mas libremente de su muger á quien torpemente amaba (1); que á Teodofredo, aunque retirado en su casa, le hizo sacar los ojos, y que Rodrigo y Pelayo no pudieron ser cogidos por Witiza por haberse fugado: que perdiendo el rey la esperanza de enfrenar á los descontentos por buenos medios, para que estos no tuvieran donde hacerse fuertes, mandó demoler casi todas las fortalezas y murallas de España, á escepcion de las de Toledo, Leon y Astorga (2).

(1) Mariana no calculó que habiendo muerto Chisdasvinto en 652 á la edad de 90 años, aun suponiendo que hubiera tenido á Favila á los 60, deberia contar éste cuando ocurrió el suceso que se supone mas de 80 años, edad no muy á propósito para tener una muger á quien Witiza amase torpemente. En cuanto á Teodofredo, el arzobispo don Rodrigo le hace hijo de Recesvinto, no de Chindasvinto, y esto podia ser ya muy bien.

(2) Esto está en manifiesta contradiccion con lo que se sabe ocurrió en la invasion sar

Otros capítulos de acusacion y de crímen hacen los historiadores á Witiza. Uno de ellos, haber dado licencia á los judíos para volver á España y morar en ella libremente. Otro, haber hecho aprobar y confirmar en un concilio, que sería el XVIII. de Toledo, sus leyes á favor de la poligamia y el concubinato, y del matrimonio de los clérigos: «los decretos de este concilio, dice Mariana, ni se ponen, ni andan entre los demas concilios, ni era razon por ser del todo contrarios á las leyes y cánones eclesiásticos.» Y sobre todo, el gran crímen que acaba de poner el sello al proceso ruidoso de Witiza, fué haber negado la obediencia al papa Constantino, que le envió un legado conminándole con que le privaria del reino si no se corregia en sus desórdenes y retractaba los decretos publicados contra los sagrados cánones, á lo que dicen respondió Witiza amenazando al papa que iria con un ejército sobre Roma. «Que fué, dice el citado Mariana á este propósito, «quitar el freno del todo y la máscara, y el camino derecho para que «todo se acabase, y se destruyese el reino, hasta entonces de bienes colma-«do por obedecer á Roma, y de toda prosperidad y buena andanza (1).»

Dicen que de los metropolitanos que hubo en Toledo en el reinado de Witiza, llamado el primero Gunderico, y el segundo Sinderedo, el uno no tuvo bastante valor para refrenar la desarreglada conducta del rey, y el otro fué de tan buena conformidad, que hasta consintió en que Oppas, metropolitano de Sevilla y hermano del rey, fuese trasladado á la silla de Toledo, viéndose asi dos obispos simultáneamente en una misma ciudad contra los cánones y leyes eclesiásticas. Y que por último, dicen unos, no pudiendo los grandes tolerar tantas injurias y desafueros, hicieron parcialidad con Rodrigo, y le alzaron rey en las partes de Andalucía, el cual ayudado de los imperiales romanos (que no sabemos cómo resucitaron aqui), se apoderó del trono é hizo sacar los ojos á Witiza, como él lo habia hecho con Teodofredo, padre de Rodrigo, no conviniendo los autores en si Witiza murió preso ó desterrado, si de muerte natural ó violenta, si en Córdoba ó en Toledo: añadiendo otros, que antes de esto habia determinado Dios ver si con un amago de castigo se detenia el impetuoso torrente de las culpas de Wi-

facena, puesto que los árabes hallaron muchas ciudades con sus murallas y muchas demolieron en castigo de su resistencia.

(1) Pudo Witiza ser tan imprudente, y tan reprensible como se quiera su proceder para con el papa, pero no sabemos cómo pudiera debér el reino godo á la obediencia de Roma su prosperidad y buena andanza y los bienes de que hasta entonces habia sido colmado, cuando el mismo Mariana que esto asegura nos ha dado cuenta de tantos y tan famosos concilios celebrados sin la intervencion del pontífice, de tantos y tan virtuosos y sabios prelados elegidos y consagrados por el pueblo, el clero y los obispos españoles, cuando ha visto, en fin, regirse á si misma por siglos enteros la iglesia hispano-goda.

tiza y el desenfreno y relajacion del clero, y que al efecto permitió que los sarracenos con una armada numerosa infestasen las costas de España, y aun hiciesen en ellas algunos daños; pero que habiendo salido contra ella Theudemiro ó Teodomiro, general de Witiza, y uno de los mas principales entre los godos, la desbarató y deshizo haciendo retirar sus restos á Africa, cuya victoria dicen se debió á la piedad y cristiandad de Teodomiro.

Tal es en resúmen el famoso proceso de culpas que la mayor parte de los historiadores españoles han formado al rey Witiza, y con que por espacio de muchos siglos ha aparecido ennegrecida su memoria, atribuyendo á su relajacion y desenfreno, tanto como al de su sucesor Rodrigo, la pérdida de la monarquía goda, y haciéndole causa de que ésta cayese bajo el dominio y poder de los moros. Pero hé aquí que despues de tan larga y constante tradicion en que tan horriblemente abominable se nos presenta el retrato de Witiza, y muy especialmente en la historia del P. Mariana, la mas difundida por España, aparecen otros no menos respetables y sábios, que ó nos pintan á Witiza como uno de los reyes mejores y mas justos, ó por lo menos descargan su retrato de la mayor y mas oscura parte de las sombras que le ennegrecian y anublaban. En el último tercio del siglo XVIII. vinieron á disipar muchas de las nieblas que envolvian algunos puntos importantes de la historia de España los luminosos escritos del sábio español don Gregorio de Mayans y Ciscar. Pues bien, el celebérrimo y elegantísimo Mayans, como le llama Heicneccio, el Nestor de la literatura española, como le nombra el autor del *Nuevo viage á España* en 1777 y 1778, ha hecho la vindicacion y defensa del rey Witiza, pintándole como un monarca justo y benéfico (1). El erudito Masdeu en su Historia crítica de España (2), califica de fábulas, locuras y falsedades la mayor parte de los escesos que se atribuyen á Witiza. «Añaden á esto los modernos, dice en una parte, un largo tejido de fábulas injuriosas, no solo á la memoria de este príncipe, sino tambien al buen nombre de la iglesia española, y á los derechos y regalías de nuestros soberanos.» «Estas locuras que deshonran la mente humana, dice en otra parte, se hallan esparcidas ya de un modo ya de otro, etc.» «Toda esta narracion, concluye, debe tenerse por fabulosa ó á lo menos por incierta, pues su mayor antigüedad es del siglo XIII, y los testimonios con que se ha pretendido fortificarla mas modernamente son los de Luitprando y otros semejantes.» Escusado es decir que los historiadores y críticos estrangeros de nuestro siglo convierten en actos plausibles, si hubieran existido algunos de los que Mariana y otros autores aplican á Witiza como ini-

(1) Mayans. Defensa del rey Witiza. (2) Tom. X. d. 220 y sig.

quidades, tales como la ley de libertad en favor de los judíos, y la entereza en rechazar la omnipotencia de Roma.

En vista de tan encontrados juicios y opuestos retratos, ¿cuál será el que nosotros podremos formar del rey Witiza? ¡Fatalidad es que cuanto mas se aproxima alguna de las grandes revoluciones que cambiaron la faz del pais, mas se echa de ver la falta de documentos y de datos escritos fehacientes! Desaparecieron las actas del concilio de Toledo, que pudieran esclarecer muchas dudas, acaso porque convino en tiempos posteriores hacerlas desaparecer. En la crónica misma de Isidoro de Beja está lejos de figurar Witiza como un príncipe tan desacertado, tan disoluto, tan licencioso, tan desbordado é impío como nos le retratan las crónicas posteriores. Al ver que el primero que nos le pintó con estos colores fué el autor de la Crónica Moissiacense, estrangero, y que escribió un siglo despues de la muerte de aquel monarca; al ver que al paso que los escritores se iban alejando de la época de los sucesos, cada cual fué añadiendo un nuevo capítulo de acusacion al catálogo de los crímenes de aquel príncipe, hasta llegar al padre Mariana, que acabó de sombrear el cuadro en los términos que hemos visto, no podemos dejar de inclinarnos á sospechar que en este acrecimiento progresivo de desórdenes atribuidos al penúltimo monarca godo influyeran mucho las ideas de los tiempos y de los escritores, que al paso que crecia en España la preponderancia de Roma tenian mas interés en exagerar los vicios de un príncipe que habia rechazado acaso con violencia aquel influjo, y en achacar todos los males que sobre España vinieron á la desobediencia de Witiza al papa, á los decretos de aquel concilio que quizá una mano interesada hizo quemar, y á la permision que suponen de casarse los eclesiásticos: todo lo cual afirma Mariana con la formalidad de quien lo sabe de seguro, y con el espíritu propio del hábito que vestia.

No nos atreveríamos nosotros, sin embargo, á ir tan adelante como el erudito Mayans en la defensa de Witiza: respetamos las razones de este sábio español, y sospechamos que aquel rey ha sido en mucho calumniado: pero respecto á su vida licenciosa, y al ejemplo que hizo cundir en sus súbditos eclesiásticos y seglares, hallámosla tan confirmada en todas las crónicas desde la Moissiacense, que por nuestra parte no intentaremos libertar su memoria de este cargo, mientras algun testimonio contemporáneo no aparezca que de esta nota pueda eximirle.

En cuanto al término del reinado de Witiza, lo que de la crónica de Isidoro Pacense se deduce es que fué lanzado del trono por una revolucion que colocó en él á Rodrigo; revolucion en que debieron tomar parte en favor de éste los españoles, que por no ser de origen godo llamaban todavía

romanos, pues solo en este sentido podemos tomar las palabras del historiador: «por consejo ó á persuasion del senado romano; *hortante senatu romano* (1).» Acaso Rodrigo, como descendiente de Recesvinto, cuyas leyes habian establecido la igualdad de derechos para españoles y godos, tenia mas partido entre los indígenas que Witiza, de familia que se habia señalado por un esclusivismo en favor de los godos, que no podía menos de agriar á los españoles. Poquísimos pormenores dan las historias sobre el destronamiento de Witiza y la elevacion de Rodrigo: ni aun se sabe con certeza, como hemos apuntado, cómo y dónde fué la muerte del primero. Tal es la escasez ó falta de datos de aquel tiempo. El cronicon Moissiacense dice que reinó siete años y tres meses; por cuya cuenta debió morir en febrero de 709.

(1) *Rodericus tumultuose regnum, hortante senatu romano invadit.* Isid. Pac., c. XXXIV.

CAPITULO VIII.

RODRIGO

ULTIMO REY DE LOS GODOS [1].

De 709 á 711.

Bandos y discordias que dividian el reino.—Los hijos de Witiza.—El metropolitano Oppas.—Causas que fueron preparando la ruina de la monarquía.—Desmoralizacion de los monarcas, del clero y del pueblo.—Discúrrese sobre la autenticidad de los amores de Rodrigo y la Cava.—Situacion de los árabes en Africa.—Sus tentativas de invasion en la Peninsula.—Instigaciones de los judíos.—Idem de los partidarios de Witiza.—El conde Julian.—Conducta de Muza.—Resuélvese la invasion y se realiza.—Primer choque entre el africano Tarik y el godo Teodomiro.—Preparativos de Rodrigo para la resistencia.—Memorable y funesta batalla de Guadalete.—Triunfo de los mahometanos.—Muerte de Rodrigo y destruccion del reino godo.—*El llanto de España.*

Tócanos referir en este capítulo uno de los acontecimientos mas graves, una de las catástrofes mas terribles, una de las mas espantosas revoluciones, acaso la mayor que ha sufrido España, y con dificultad se leerá otra mas grande, mas repentina y mas completa en los anales de la humanidad. Porque caer derrumbada en un solo dia una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por estrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traian otra religion, que vestian otro trage; venir unos hombres desconocidos, de improviso y sin anunciarse, casi sin preparacion, apoderarse de un antiguo imperio, pelear un dia para

(1) No sabemos por qué nuestros historiadores comienzan á dar al último rey godo el título de honor *Don*, con que no han nombrado á ninguno de sus predecesores. Aplícanle ya, no solo á *Don Rodrigo*, sino tambien á *Don Oppas*, á *Don Julian*, á

dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existia, y sorprender la muerte á una nacion casi tan de repente como puede sorprender á un individuo, es ciertamente un suceso prodigioso de los que rarísima vez acontecen en el trascurso de los siglos. ¿Cómo se verificó tan súbita mudanza? ¿Qué causas la prepararon y la condujeron al término y remate que tuvo?

Fatalidad es que cuanto mas se aproxima un grande acontecimiento, cuanto mas importante es un periodo histórico, mas hayan de escasear los documentos auténticos contemporáneos, menos luces, mas oscuridad, mas incertidumbre y confusion haya de envolver y rodear la historia. No parece, dice un escritor de nuestro siglo, sino que en la turbacion de aquella crisis fatal no habia quien tuviese tiempo para anotar y trasmitir los pormenores de acaecimientos tan interesantes. Y asi fué en verdad, que no le tuvieron para escribir los hombres de aquel tiempo. Periodo por lo tanto tan fecundo para los poetas como tormentoso para el historiador, cuya mision es brujulear la realidad por entre el silencio ó las escatimadas palabras de los unos, y por entre las abundantes fábulas y prolijas ficciones de los otros.

Es no obstante fuera de duda, que encumbrado Rodrigo (Ruderich), de la sangre real de Chindasvinto, en brazos de un partido, y vencido y castigado Witiza, de la familia de Wamba, acaso con el mismo género de castigo que aquél habia empleado con el padre del nuevo rey, quedó el reino godo miserablemente dividido en bandos y parcialidades, que le destrozaban

Don Pelayo etc., sin que podamos esplicarnos la razon de esta novedad. Un historiador antiguo, Trelles, dice haberle sido dado este tratamiento á Pelayo por primera vez cuando reunió sus gentes para resistir á los sarracenos. Creemos no obstante que no tuvo uso en España por lo menos hasta el siglo X. El antenombre *Dom*, contraccion del *Dominus*, comenzaron á usarle los papas por humildad, reservando á Dios el apelativo entero. De los papas pasó á los obispos, abades, y otros dignatarios de la iglesia, de los cuales descendió á los monjes. En Francia le usaron los cartujos y benedictinos, y asi son conocidas las obras de *Dom* Poirier, *Dom* Bouquet, *Dom* Calmet, etc. Afirman varios autores haber comenzado á aplicarse en España el *Don* los judíos, de donde vino á hacerse en algun tiempo dictado de humillacion y afrenta. Mas luego lo fué de nobleza y gerarquía, y aun se elevó á los santos y al mismo Jesucristo. Asi hallamos en el poeta Gonzalo de Berceo:

En el nomne del Padre que fizo toda cosa,
et de Don Jesuchristo, fijo de la Gloriosa.

Y tambien se aplicó á las divinidades paganas, como se ve en el Arcipreste de Hita.

Señora Doña Venus, muger de Don Amor,
Noble dueña, omíllome yo vuestro servidor.

De todos módos creemos haberse aplicado inoportunamente al rey Rodrigo, asi como á los demas personages que figuran en su época.

y destruian, defendiendo unos al monarca reinante, trabajando otros y conspirando en favor de la familia del monarca destronado. Los jóvenes hijos de Witiza, Sisebuto y Ebas, y su tio el metropolitano de Sevilla, Oppas, hombre á lo que parece activo, revoltoso y enérgico, asi como sus amigos y parciales, veian con enojo el cetro de la nacion goda en manos de un enemigo de su linage y partido; mirábanle como un usurpador, y aunque no podian alegar el derecho de herencia que las leyes godas no reconocian, punzábalos por una parte el deseo de vengar el agravio recibido, por otra el empeño de entronizar á alguno de los hijos de Witiza por los mismos medios de que á su vez se habia valido el hijo de Teodofredo. Ardia la nacion en discordias, hervian las ambiciones, y las maquinaciones y conjuras traian revuelto el reino, é inquieto y desasosegado al rey. Ayudaba al desconcierto del estado la inmoralidad que en los últimos reinados habia cundido, y no era ciertamente el nuevo monarca el que la curaba con su prudencia ni la corregia con su ejemplo.

Habianse en efecto depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano-godo, asi por parte de los eclesiásticos como de los legos, hasta el punto que con harta evidencia lo demuestran los cánones de los postreros concilios. Los decretos sinodales, aunque fuertes y severos, no bastaban á reprimir la incontinencia, el fausto y profusion en que el clero vivia; y de aqui puede colegirse cuáles serian las costumbres de los seglares: tolerábase el concubinato público; y la fidelidad conyugal, tan respetada de los antiguos godos, era ya frecuentemente y sin recato quebrantada. El lujo, la sensualidad y los desarreglos de Witiza, su ejemplo y sus leyes habian contribuido mucho á que corriera desbocado el pueblo hácia la desmoralizacion, y lejos de detenerle en tan funesta carrera Rodrigo empujábale mas con sus imprudencias, sus liviandades y sus desórdenes, vicios con que oscureció otras prendas que á la naturaleza debia, tales como su liberalidad, su firmeza, resolucion y aun osadía de ánimo.

Cualidades eran éstas que gradualmente habian ido perdiendo los godos apenas pasados los tiempos de Recaredo. Aquella energía militar que los habia hecho tan terribles cuando eran un pueblo conquistador, habiase ido enervando desde que la vieja espada gótica se habia sometido al cayado episcopal, y sobre todo desde que se habian entregado á los goces y deleites de la vida muelle y delicada. Chindasvinto y Wamba habian logrado resucitar momentáneamente el vigor varonil de los antiguos visigodos, pero habia vuelto á apagarse en los flacos reinados sucesivos, y nadie hubiera podido reconocer en los afeminados godos de Egica y Witiza á los belicosos y esforzados guerreros de Eurico y Leovigildo. Y un pueblo asi viciado, es-

tragado y dividido, compréndese cuán poco podria resistir al empuje de otro pueblo vigoroso y fuerte, en el caso de verse invadidos á su vez los que en otro tiempo habian sido invasores.

Contaban los parciales de la familia de Witiza y los descontentos de Rodrigo con el apoyo y proteccion del conde Julian, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania, que hacia tiempo, se cree que desde el reinado de Sisebuto, pertenecia á los godos españoles. Este personage de funesta celebridad histórica, y á cuyo nombre va unido el recuerdo doloroso de la pérdida de España, tenia injurias personales que vengar del rey, y satisfaccion de agravios propios que tomar. ¿Qué clase de ofensas eran las que habia recibido?

No habrá un solo español que ignore la célebre aventura de los amores de Rodrigo y la Cava. Acaso entre las tradiciones de los pueblos no habrá ninguna que haya tenido la boga y alcanzado la popularidad que ésta.

Cuentan las crónicas, que entre las damas que en su córte tenia el rey Rodrigo, habia una que se señalaba por su singular belleza, llamada Florinda, ó la Cava (1), hija de aquel conde Julian. Tuvo Florinda la desgracia de parecer bien al rey, el cual (dicen), en ocasion que la linda jóven se bañaba ó salia del baño con varias de sus amigas y compañeras, vió desde una ventana de su palacio mas de lo que el recato y pudor de Florinda hubiera, si imaginase que habia quien la mirara, consentido, y mas de lo que era menester para inspirar no tanto amor como pasion á un monarca, cuya virtud no era ciertamente la continencia y la honestidad. Desde entonces no cesó el rey de perseguirla con amorosos requiebros. «Despues que el rey (dice la *Crónica del rey don Rodrigo)*, ovo descubierto su corazon á la Cava, no era dia que no la requiriese una vez ó dos, y ella se defendia con buena razon. Empó á la cima, como el rey no pensaba tanto como en esto, un dia en la siesta envió con un doncel por la Cava y ella vino, etc.» La crónica refiere con una minuciosidad, que nosotros no imitaremos, desde el principio hasta el fin de esta lucha amorosa, cuyo resultado fué, que viendo Rodrigo que por el camino de la seduccion, de los ruegos y de las persuasiones no le era posible vencer la virtud de Florinda, cumplió por la fuerza lo que por la voluntad no habia podido recabar. Disimuló aquella su enojo, hasta que halló ocasion de informar á su padre de la deshonra que el rey la habia hecho,

(1) *Cava* en idioma árabe equivale á muger de mala vida, lo cual se aviene muy mal con la virtud que se supone en la bella Florinda. Así los que la añadieron este sobrenombre, obraron ó con demasiada malicia ó con demasiada candidez. Lucas de Tuy dijo ya: *Cava quam pro concubina utebatur.*

con lo que encendido en cólera el conde Julian, juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador (1).

Hé aqui el famoso suceso que, al decir de nuestros antiguos cronistas é historiadores, desde el monje de Silos y el arzobispo don Rodrigo hasta Mariana y Ferreras, dió motivo al conde Julian y á los parientes de Witiza sus amigos para llamar á los árabes y moros de Africa y traerlos á España. Los críticos modernos, por el contrario, desechan la anécdota por apócrifa y fabulosa. Conocemos los fundamentos y razones en que estos últimos apoyan su juicio, y creemos haber visto todo lo que se ha escrito, que es mucho, en pro y en contra de la autenticidad de este acaecimiento ruidoso. Es ciertamente notable que ni Isidoro Pacense, único escritor contemporáneo, y el que mejor informado debió hallarse del suceso que se supone, ni otros posteriores cronistas españoles dijeran una sola palabra de aquellos amores funestos, y que no se hallen mencionados hasta el monje de Silos que escribió cuatro siglos despues de aquella época, el cual parece lo tomó á su vez del árabe Ben Alcuthya, autor de escaso crédito entre los suyos, muy posterior tambien á los sucesos y á quien adicionó su discípulo Abulcacim Tarif Abentarique, conocido por lo fabulista, si es que no inventó su historia el español Miguel de Luna que nos la dió por traduccion. Los autores árabes de Conde tampoco hablan de los amores de Rodrigo con la Cava; y Al Makari, traducido al inglés por Gayangos bajo el título de *History of the Mohammedan dinastyes*, los niega como fabulosos (2). Graves son en verdad

(1) Mariana inserta íntegra la carta (bien distinta por cierto, y nada parecida á la de la crónica arábiga), que dirigió á su padre la desconsolada Florinda confiándole su cuita. Refiere en seguida nuestro historiador todos los pasos que con este motivo dió el ofendido conde. Tampoco omite la famosa aventura del palacio encantado de Toledo, en que se empeñó en penetrar el temerario Rodrigo, con lo de los lienzos pintados que halló en la misteriosa caja, representando figuras de moros, con un rótulo en latin que decia: *Por esta gente será en breve destruida España.* En la Crónica del rey don Rodrigo impresa en Valladolid en 1527, se ve un tosco grabado en madera, que representa el acto de abrir la torre ó palacio encantado, en que se encerraban los destinos de España. Un hombre armado de enormes tenazas está descerrajando la puerta: á su lado se ve al rey con las vestiduras reales: á los pies de don Rodrigo un obispo arrodillado en actitud de disuadirle de su empresa: un noble godo, con las manos levantadas al cielo, espresa la admiracion que le causa la temeridad del rey y los temores de su resultado: el continente del rey es fiero y denota resolucion.

Estas bellas fábulas, tan propias del gusto de la edad media en que se inventaron, y que han ido conservando nuestros historiadores, creidas por unos y respetadas por otros, han dado argumento y materia abundante á los poetas nacionales y estrangeros, antiguos y modernos, para multitud de romances, odas, leyendas, dramas y novelas curiosas, de que podriamos citar no escaso número

(2) Lib. 4. cap. 1.

El autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España árabe* ha reunido en un opúsculo (edicion de la Imprenta Real, 1797) casi todo lo que puede desearse para ilustrar este tan debatido punto histórico. Despues de anali-

estas razones en contra de una de las mas popularizadas tradiciones españolas. Mas no negarán tampoco los mas duros impugnadores de la tradicion, que si la historia no la ha hecho evidente, la razon por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habria estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye á Rodrigo. Nosotros por lo tanto no nos constituiremos ni en defensores, ni en impugnadores de la autenticidad del hecho de la violacion, puesto que con él y sin él nos sobran causas para esplicar el suceso de la invasion de los árabes, y creemos que de todos modos, por las razones que vamos á exponer, se hubiera verificado.

Hallábanse los árabes despues de haber paseado sus pendones victoriosos por la Persia, la Siria y el Egipto, en posesion de la Mauritania, subyugada por las armas del Profeta como aquellas otras regiones. Habíanse detenido sus estandartes ante las olas del mar que los separaba de España, pero no se habia extinguido ni el ardor bélico, ni el entusiasmo de los triunfos, ni el afan de la conquista. El gobernador de Africa, Muza ben Noseir, desde las ventanas de su palacio de Tanger podia dirigir una mirada ambiciosa hácia las costas de la Península separadas por el Estrecho, y en sus silenciosas meditaciones acaso habria medido ya el tiempo y el espacio que necesitaria para franquear la barrera que habia contenido su marcha victoriosa. «Un paso mas, diria, y un nuevo mundo se abre á mis conquistas.» Ya en tiempo de Wamba habian hecho los hijos del desierto una tentativa séria sobre las playas españolas; tentativa que la energía de aquel monarca godo habia logrado frustrar con la destruccion de la flota sarracena. No hubo de renunciar por esto el pueblo árabe, jóven, robusto y guerrero como entonces era, á sus designios sobre España; mucho mas cuando los moradores de Tanger

zar y cotejar con escrupuloso y detenido exámen crítico todas las crónicas árabes y españolas que han hablado ó debido hablar de este suceso, concluye por negarle tambien y por desecharle como apócrifo. Pero en nuestro entender este hábil y entendido orientalista ha llevado su incredulidad demasiado lejos, pues niega igualmente la excitacion de los parientes de Witiza y del conde Julian al emir africano, y aun intenta probar que ni medió la traicion que se supone de parte del dicho conde Julian (en la cual, sin embargo, convienen las mas respetables crónicas ó historias árabes y cristianas), ni Ceuta pertenecia ya á los godos, ni Julian era el gobernador de aquella plaza, ni siquiera español, sino un Ilian, Julian, ó Elia, que hacia mas de treinta años se hallaba ya al servicio de Muza. Mas el ilustrado autor de los *Preliminares* (que sin duda fué el erudito Don Faustino Borbon) pudo en todo esto padecer error, como le padeció respecto á la época en que fué alzado por rey de los godos Rodrigo, cuyo error le hace tropezar con multitud de dificultades para poder combinar los hechos que precedieron á la invasion de los árabes.

y otros africanos no cesaban de ponderar á Muza la suave temperatura de España, la calidad y abundancia de sus plantas y frutos, su claro y sereno cielo, sus grandes y ricas ciudades. «Es, le decian, una tierra maravillosa, fértil y bella como la Siria, templada y dulce como el Yemen, abundante como la India en aromas y flores, parecida al Hegiaz en sus frutos, al Catay en la produccion de metales preciosos, á Adena en la fertilidad de sus costas (1).» ¿Qué faltaba á este cuadro tentador? Otras excitaciones todavía, y estas vinieron.

Los judíos de España duramente tratados desde el concilio cuarto de Toledo, vejados, oprimidos, esclavizados, proscriptos desde el reinado de Sisebuto, habian muchos de ellos, segun en su lugar dijimos, refugiádose en Africa huyendo de la persecucion y del bautismo forzoso. Este pueblo, tan tenáz en sus rencores como en sus creencias, habia ido aglomerando en su corazon gran depósito de odio contra los monarcas godos que tan desapiadadamente le trataban. Aviesos é incorregibles ellos, y duros é intolerantes los concilios y los reyes, meditaban los judíos la ruina de sus opresores. En el reinado de Egica se averiguó que los de España se habian concertado con los de Africa para perder el reino (2), y nuevos rigores se emplearon contra la raza maldecida. Fuese por templar su enojo ó por otras causas, Witiza habia alzado el anatema que pesaba sobre los judíos, y dádoles, si no proteccion, por lo menos seguridades y consideraciones, cosa que habia disgustado á muchos como contraria á los cánones y á las leyes. Destronado Witiza, y puesto el cetro en manos de Rodrigo, no esperaban sino nuevas calamidades y rigores. En tal situacion, y viendo revuelto y desconcertado el reino, nada mas natural, atendidos todos los precedentes, que los que ya en tiempo de Egica habian conspirado en Africa contra una dominacion que aborrecian, instigáran de nuevo á los musulmanes y aun se ofrecieran á ayudarlos á derrocar el poder de los godos. La confianza que de ellos hicieron los sarracenos al tiempo de la conquista prueba que obraban ya de concierto los sectarios de Mahoma y los secuaces de la ley de Moisés.

A su vez los partidarios y parientes de la familia de Witiza, y principalmente el obispo Oppas y el conde Julian, ansiosos los primeros de derrocar al que llamaban usurpador, ardiendo el último en ira y aguijado del deseo de hacer expiar á Rodrigo, ó bien la afrenta y deshonor de su hija, ó bien otra grave injuria que de él recibiese, instaron tambien á Muza á que invadiera la Península, pintándole la empresa como fácil, atendida la inex-

(1) Conde. Dominacion de los árabes en España, part. I., cap. 8.

(2) Conc. Tolet. XVII.

periencia del monarca, el disgusto con que le miraba el pueblo, el desconcierto de la nacion, los bandos y facciones que la dividian, y el abandono y relajacion de la disciplina militar en que habian caido los godos. Tales instigaciones no podian dejar de halagar al emir africano, que acaso llevaba ya en su cabeza el pensamiento de la conquista. Pero tan prudente y sagaz como emprendedor y resuelto, quiso antes consultar con el califa Walid (Al-Valyd) que ocupaba el trono de Damasco, el cual entusiasmado con la idea y esperanza de que se cumpliese la prediccion del Profeta que prometia á sus discípulos el Oriente y el Occidente, apresuróse á enviar á Muza ámplios poderes, y éste se preparó á realizar la invasion (1).

Circunspecto y cauto todavía el árabe, envió primero á Tarif, caudillo africano, con quinientos hombres (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro grandes barcas, á hacer un reconocimiento de exploracion en la costa. Abordaron estas gentes á la opuesta orilla, desembarcaron en el sitio que del gefe de esta primera expedicion se llamó Tarifa (año 91 de la hegira, julio de 710), recorrieron algunos pueblos del litoral, tomaron ganados é hicieron algunos cautivos, y con esto regresaron impunemente á Tanger á dar cuenta á Muza del feliz resultado de su expedicion. Convencido con esto Muza de la exactitud de las noticias de Julian, y considerando el éxito de esta primera tentativa como un buen agüero y presagio de la prosperidad de sus armas, preparó otra segunda y mas respetable expedicion para la primavera siguiente. Todos querian ya pasar el estrecho, y ver con sus ojos un pais de que oian contar tantas maravillas. Encomendó el mando de esta segunda flota, en que iban ya doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes, al intrépido africano Tarik ben Zeyad. Dicen que el mismo conde Julian los guiaba. Desembarcaron esta vez los sarracenos en una península cubierta de verde, que denominaron *Alghezirah Alhadrá* (isla verde, hoy Algeciras). Desde allí pasaron á atrincherarse en el monte Calpe, que desde entonces se llamó *Gebal Tarik* (monte de Tarik, ahora Gibraltar). Terminaba el mes de abril de 711. Tres siglos hacia que los godos habian invadido por la opuesta frontera esta misma España que ahora iban á perder.

Vigilaban ya la costa los cristianos, alarmados con el ruido de la primera invasion; y Teodomiro (á quien los árabes nombran Tadmir), gefe superior de Andalucía, con un cuerpo de mil doscientos á mil setecientos ginetes que pudo reunir, se presentó intrépido á atacar á los invasores. ¿Cómo con tan

(1) Conde, part. I., cap. 8.—Al Kathib, Hisp. lib. III. Hist. de Granada.—Roder. Toletan. De Reb.

escasa gente podia detener el ímpetu de los africanos? Los cristianos se vieron envueltos y acuchillados, y entonces fué cuando Teodomiro escribió al rey aquella célebre carta: «Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, que por sus rostros y trages no sé si parecen venidos del cielo ó de la tierra: yo he resistido con todas mis fuerzas para impedir su entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra: ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente so pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.»

Llenó la nueva de espanto á Rodrigo, que segun Al Makari se hallaba ocupado en sujetar á los inquietos cántabros, y reuniendo á sus parciales, apresuróse á hacer levas de gente con ayuda de los condes y prelados, á los cuales se agregaron, á lo que se cree, los mismos hijos y parciales de Witiza con el metropolitano Oppas, fingiendo deponer sus rivalidades y querellas interiores para resistir á los invasores estrangeros. No puede suponerse en verdad que hubieran llevado los enemigos de Rodrigo su despecho y su perfidia á tal estremo, que fuera su ánimo causar la ruina y pérdida total de España (pérdida y ruina en que al cabo se vieron envueltos ellos mismos), y entregarla á los musulmanes. Creerian, y acaso lo concertáran asi, que destronado Rodrigo, su principal objeto, habrian de contentarse aquellos, ó con un tributo, ó cuando mas con la posesion de alguna parte del territorio español, como en tiempo de Atanagildo habia acontecido con los griegos imperiales, buscados como éstos por auxiliares para destronar un rey. Consolémonos, mientras otra cosa no se pruebe, con fijar límites al encono y la traicion, que tambien suelen tenerlos.

Entretanto los musulmanes difundian el terror por las tierras de Algeciras y Sidonia, llegando hasta las márgenes del Anas (*Al Uady Anas*, el rio Anas); y noticioso Tarik de los preparativos de Rodrigo, habia pedido tambien refuerzos á Muza, que le envió otros cinco mil ginetes africanos, á los cuales se incorporaron algunos judíos. Con este socorro, habiendo ya hecho quemar Tarik las naves para que no quedára á los suyos ni otra esperanza ni otra eleccion que la victoria ó la muerte, salió denodadamente en busca del ejército cristiano, que en número de noventa á cien mil hombres, mandados por el monarca en persona, pero gente la mayor parte allegadiza y mal armada, llenaba ya los campos de Andalucía. Incorporóseles Teodomiro con el resto de los suyos. Encontráronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera. Alli era donde iba á darse la batalla sangrienta que habia de decidir del destino de la na-

cion godo-hispana. Eran los últimos dias de julio del año del Señor 711.

Godos y sarracenos, cristianos y musulmanes se miran de frente. La religion de Jesús se halla en presencia de la religion de Mahoma. ¿Por qué va á permitir Dios que el acero haya de decidir cuál de las dos ha de triunfar en España? Inescrutables son sus juicios, y podemos á las veces presumirlos, pero no penetrarlos. Los árabes, á quienes el profeta habia prometido la herencia de toda la tierra, marchaban al combate con el entusiasmo de una religion á que creian deber todos sus triunfos: los españoles iban á pelear en defensa de sus vidas, de su patria y de su fé. Los sarracenos eran muy inferiores en número: habia cuatro cristianos para cada musulman, dicen sus crónicas. Pero los godo-hispanos habian perdido su antiguo vigor con las dulzuras de una larga paz: los sarracenos estaban aguerridos con cien recientes campañas. El uno era un pueblo viejo y debilitado; el otro un pueblo vigoroso y jóven Los cristianos, vestidos de lorigas, y armados los unos de lanzas y espadas, los otros de hondas, hachas, mazas y guadañas cortantes, lo primero que habian podido haber á las manos: los musulmanes, con sus turbantes en la cabeza, su arco en la mano, su alfange colgado al cuello, su lanza al costado, sus albornoces blancos, encarnados ú oscuros, montados en alazanes ligeros como el viento: á la cabeza de los cristianos el rey Rodrigo, en su carro bélico, incrustado de marfil, con corona en la cabeza y clámide de púrpura bordada de oro sobre los hombros.

Dió principio la pelea al despuntar el dia: cristianos y sarracenos se arremetieron con igual brio y corage; temblaba, dicen los historiadores árabes, bajo sus piés la tierra, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafiles, con el sonido de guerreras trompas y con el espantoso alarido de ambas huestes. Mantúvose igual la lid todo el dia, hasta que la noche vino á poner tregua á tantos horrores. Recomenzó la lucha al rayar el alba del siguiente, «y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.» Al tercero comenzaban á flaquear los sarracenos. Tarik recorrió las filas á caballo, y arengó á los suyos diciendo: «¡Oh muslimes, vencedores «de Almagreb! ¿Á dónde vais? ¿dónde pensais encontrar asilo? El mar está á «vuestra espalda, y delante teneis al enemigo: no hay remedio sino en vuestro valor y en la ayuda de Dios. ¡Guallah (por Dios)! Yo acometeré á su «rey y le quitaré la vida, ó moriré á sus manos.» Y arrimando el acicate á su caballo partió en busca de Rodrigo, siguiéndole ya reanimados los musulmanes. ¿Qué fué lo que les infundió tanto aliento cuando iban ya de caida? ¿Fué solo la arenga de Tarik, ó fué acaso la defeccion de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales, que vieron llegado el caso de consumar su traicion y su venganza, y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los ára-

Les? Muchas crónicas lo afirman, y así inducen á sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen, y algunas de los árabes lo omitan. Con esto los africanos arremetieron á manera de torbellino las primeras filas cristianas: desordénanse éstas con tan impetuosa acometida: Rodrigo, sin embargo, no desmaya, ántes crece su arrojo, y pelea con bravura: ¡inútil esfuerzo aunque laudable! ¡En aquel momento se cumplia el destino fatal de España! El desventurado monarca perece en el calor de la pelea herido por la lanza misma de Tarik, y ahogado con su caballo en las aguas del Guadalete. Los escritores árabes añaden que su cabeza fué enviada á Muza como testimonio y trofeo de la victoria (1).

Privados los cristianos de su rey y caudillo, desordenáronse descorazonados y llenos de pavor. Los árabes y berberiscos hicieron entonces espantosa carnicería en los hispano-godos, cebáronse en ellos con mucho espacio, y murieron tantos, «que solo Dios pue los crió, dice un escritor arábigo, los podria contar.» La tierra quedó cubierta de cadáveres, y las aguas

(1) Por no multiplicar notas y aglomerar citas, interrumpiendo y cortando á cada paso el hilo de la narracion, no hemos ido anotando la multitud de variantes que se observa en los autores sobre cada incidente y circunstancias de este memorable suceso. Ademas de lo que hemos indicado acerca de los célebres amores de Rodrigo y la Cava, hay quien pretende eximir de la culpa y nota de traicion al obispo Oppas y al mismo conde Julian. Cuéntase de diferentes maneras la embajada y consulta de Muza al califa Walid. Cuestiónase si fueron una ó dos las expediciones exploratorias que precedieron á la invasion formal: si Tarif y Tarik, ó Tarek, fueron dos distintas ó una misma persona. Se ha disputado mucho y variado no poco sobre el año de la invasion y sobre el mes en que se dió la famosa batalla: si duró solo tres dias ó duró ocho: si acompañaban ó nó á Rodrigo los hijos de Witiza y el metropolitano Oppas, y si le abandonaron ó nó en el combate y se pasaron á los sarracenos. Niegan algunos que se presentára el rey en la batalla en lujoso carro y con todo aquel aparato de magestad. Hácenle unos morir alanceado por el mismo Tarik, otros ahogado con su caballo Orelia en las aguas del Guadalete, y aun no falta quien crea lo de haberse salvado y huido á la Lusitania, donde pasó el resto de sus dias haciendo penitencia; á lo cual ha contribuido aquello del sepulcro hallado dos siglos mas tarde en Viseo, con la inscripcion: *Hic requiescit Rudericus, ultimus Rex Gothorum*. Conviniendo todos en el hecho principal, difieren lastimosamente en cada uno de sus antecedentes, circunstancias y pormenores. Nosotros hemos cotejado detenidamente las historias arábigas con las cristianas, y basado nuestra relacion en lo que nos ha parecido mas autorizado, y tambien mas verosimil: teniendo presentes entre las crónicas ó historias cristianas las del continuador del Vicl rense, de Isidoro de Beja, de Sebastian de Salamanca, del monje de Silos, de Rodrigo de Toledo, la general de Alfonso el Sabio, las de Morales, Mariana, Ferreras, Florez, Mondejar, Pellicer, Masdeu, con los anotadores é ilustradores de unos y otros; y entre las arábigas, los autores de Casiri, Conde, Gayanges y Lembke, creyéndonos dispensados de citar las discordancias que se notan en Ebn Hhayan, Ebn Khaldon, Abulfeda, Abu Abdalla, Abul Hasan, Ebn Khalkan, Ebn Al Khatib, etc., que prolijamente mencionan los historiadores estrangeros. En cuanto al año de la invasion y tiempo en que se dió la batalla, creemos que se marcha ya de acuerdo desde que se ha fijado bien la correspondencia y relacion de los años de la hegira con los de la era cristiana.

del rio tintas de sangre noble. Por mucho tiempo se vieron en los campos los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos.

¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado! (1)

Fué esta última batalla memorable en viernes 31 de julio de 711, el 5 de la luna Xawal del año 92 de la hegira. Acabó en las riberas del Guadalete la monarquía goda; desplomóse el trono de Ataulfo, de Recaredo y de Wamba; perecieron su libertad y sus leyes: sopló el viento de Africa, y cayó derrumbado el imperio de tres siglos: el estandarte de Mahoma tremolará en los templos cristianos, y costará ocho siglos de lucha el abatirle. En todos los ámbitos de España resonó un quejido de dolor. Cinco siglos despues de la catástrofe pintaba el rey Sábio el *Llanto de España* con los siguientes tiernos y elocuentes rasgos en el idioma de su tiempo.

«Despues que la batalla fué acabada, desaventuradamente fueron muertos «los unos é los otros..... E fincára toda la tierra vacía del pueblo, bañada de «lágrimas, complida de apellido, huéspeda de los estraños, engañada de los «vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus fijos, «confondida de los bárbaros, desmedrada por llanto é por llaga, fallescida «de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de los suyos..... «España, que en otro tiempo fué llagada por espada de los romanos, des«pues que guaresciera, é cobmenzára por melezina é bondad de los godos, «estonces era quebrada, pues que eran muertos é aterrados quantos ella «criára. Olvidados le son los sus cantares, el su lenguage ya tornado es en «ageno, ó en palabra estraña..... España mezquina cató la su muerte; fué «cuitada, que solmente non fincó aqui nenguno que la llantée: llámenla do«dorida, é mas muerta que viva. Suena la su voz asi como en el otro siglo, é «sale la palabra asi como de su tierra; é diz con la gran cuita: Los omes «que pasades por la carrera, parad mientes, é ved sy hai cuita nin dolor que «semeje con el mi dolor. E llantos dolorosos é alaridos España lloró. Los sus «ojos non se pueden conortar, porque ya non son. Las sus casas, é las sus «moradas todas fincaron yermas é despobladas. La su honra, é la su prez «tornada es en confusion, cá los fijos é los sus criados todos murieron á es«pada. Los nobles fijodalgos cayeron en captivo. Los príncipes é los altos ho«mes idos son en deshonra y en denuesto: los buenos combatientes perdié«ronse en extremo, é los que antes estaban libres, estonces se tornaron en

(1) Fr. Luis de Leon, Oda.

«siervos..... El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é «ligero de piés non guaresció á las saetas..... ¿E quién daria á mí agua, con «que toda mi cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, que siempre mana«sen lágrimas, porque llorasen é plañiesen la pérdida, é la muerte de los de «España, é la mezquindad, é el terramiento de los godos? Aqui se remató «la santidad é religion de los obispos é de los sacerdotes; aqui quedó é «menguó el abondamiento de los clérigos que servian las igresias; aqui «poresció el entendimiento, é el enseñamiento de las leyes de la santa fé, é «los padres é los señores todos perescieron en uno..... Toda la tierra astra«garon los enemigos, é las casas hermaron, los omes mataron, las cibdades «robaron é tomaron.... Cuanto mal sufrió aquella Babilonia, que fué la pri«mera é mayoral en todos los reinos del mundo, cuando fué destroida del «rey Ciro é del rey Dario..... é cuante mal sufrió Roma, que era señora de «todas las tierras, cuando la tomó é la destroyó Alarico, é despues Ataulfo, «rey de los godos, é despues Genserico, rey de los vándalos; é cuanto mal «sufrió Jerusalen, que segun la profecía de nuestro Señor Jesucristo fué der«ribada é quemada, que non fincó piedra sobre piedra; é cuanto mal sufrió «aquella nombre de Cartago, cuando la tomó é la quemó Scipion, cónsul de «Roma; dos tanto mal, é mas que aquesto sufrió la mezquina de Espa«ña, desamparada, cá en ella se ayuntaron todas estas coitas, é tribula«cionos.... (1).»

Antes de proseguir la historia de la fatal conquista, hagamos aqui un descanso, y examinemos la condicion del pueblo godo en lo religioso, en lo político y civil, y lo que legó á España para su vida futura cuando fué destruido.

(1) Crónica de España por don Alfonso el Sabio, pág. 202 y sig.

CAPITULO IX.

ESTADO SOCIAL DEL REINO GODO-HISPANO EN SU ÚLTIMO PERIODO.

I.—Mudanza en la organizacion política del estado desde Recaredo.—Mezcla en las atribuciones de los poderes eclesiástico y civil.—Relaciones entre los concilios y los reyes. Su influencia respectiva. Sus inconvenientes y ventajas.—Indole y carácter de los concilios.—Si eran córtes ó asambleas nacionales.—Opiniones diversas sobre este punto.—Fíjase la verdadera naturaleza de estas congregaciones.—Independencia de la Iglesia goda.—II. Exámen histórico del Fuero Juzgo.—Sus diversas clases de leyes.—Juicio crítico sobre este célebre código.—Analisis de algunos de sus títulos y leyes.—Sistema judicial.—Id. penal.—Sobre la familia.—Sobre la agricultura.—Colonos. Vinculaciones. Feudos.—III. Literatura hispano-goda y su índole.—Historia.—Ciencias.—Poesía.—Extravagante idea de los godos sobre la medicina.—Ilustracion del alto clero.—Prodigiosa erudicion de San Isidoro.—Numeracion de sus obras.—IV. Estado de las artes, industria y comercio de los godos.—Errada calificacion de la arquitectura gótica.—Monedas.—V. Consideraciones generales sobre la civilizacion goda.—Si ganó ó perdió la España con la dominacion de los visigodos.

I. Expusimos en el capítulo cuarto de este libro la marcha de la nacion godo-hispana y su organizacion religiosa, política, civil y militar hasta el reinado de Recaredo; y anunciamos allí que desde aquella época tomaria otro rumbo, otra fisonomía la constitucion del imperio gótico. Así se realizó.

Desde que Recaredo, convertido al catolicismo, sometió al tercer concilio de Toledo la deliberacion de asuntos pertenecientes al gobierno temporal, comenzó á variar la índole de la monarquía, comenzó tambien á variar el carácter de aquellas asambleas religiosas. El trono buscó su apoyo en el altar, y la iglesia se fortalecia con el apoyo del trono. Eran dos poderes que se necesitaban mútuamente, y mútuamente se auxiliaban. Los reyes fueron al propio tiempo los protegidos y los protectores de la iglesia, la iglesia era simultáneamente la protegida y la protectora de los reyes. En esta

reciprocidad de intereses y de relaciones, era muy fácil, como asi aconteció, que se confundieran las atribuciones del sacerdocio y del imperio, traspasando cada cual sus límites, y arrogándose, ó si se quiere, prestándose sus facultades propias. En esta especie de traspaso mútuo, el poder real ganaba por un lado y perdia por otro; el poder episcopal ganaba siempre en influjo y adquiria una preponderancia progresiva.

Los monarcas se vieron en la necesidad de acogerse al amparo de los concilios por varias poderosas razones. Lo primero, porque en estas asambleas se hallaban concentrados el talento y el saber, y necesitaban de las luces de los obispos para guiarse y dirigirse con acierto: lo segundo, porque en aquella época de espíritu religioso, y mas desde que se estableció la unidad de la fé, el influjo del sacerdocio era grande en el pueblo, y convenia á los monarcas contar con el apoyo y la alianza de una clase tan prepotente: lo tercero, porque expuesto asíduamente el trono á los combates de una nobleza ambiciosa y turbulenta, avezados los magnates á conspirar, por creerse cada cual con tanto derecho á ceñirse la corona como el monarca reinante, solo el robusto brazo episcopal podia dar consistencia al solio una vez ocupado, y seguridad al que le ocupaba, para lo cual se trató de revestir su persona de un carácter sagrado, ungiéndole con el óleo santo al tiempo de ceñirle la diadema. De buena gana daban los obispos arrimo y ayuda á los reyes á trueque de verlos solicitarla humillados y de tenerlos propicios: sin inconveniente la solicitaban los príncipes á trueque de contemplarse seguros. Sancionando los concilios la inviolabilidad de los monarcas una vez constituidos, sin ser demasiado escrupulosos en cuanto á la legitimidad de su elevacion; fulminandó severas censuras eclesiásticas contra los atentadores á la persona y á la autoridad del rey, y excomulgando á los conspiradores; regularizando las bases de la eleccion, estableciendo formas y trámites, y prescribiendo las cualidades y condiciones que habia de tener el elegido; señalando el tiempo y lugar en que la eleccion habia de verificarse; decretando que el nombramiento se hubiera de hacer por los obispos y próceres, y exigiendo al rey en pleno concilio el juramento de guardar las leyes y la unidad de la fé católica, enfrenaban muchas ambiciones y prevenian muchos regicidios; evitaban los trastornos de las elecciones tumultuarias; templaban con la mansedumbre religiosa la índole feroz y los rudos instintos que aun conserváran los godos; preparaban más y más la fusion, sentándose juntos á discutir tranquilamente vencedóres y vencidos; fortalecian el poder real y consolidaban la monarquía, y al propio tiempo ganaban ellos ascendiente sobre el rey, sobre la nobleza y sobre el pueblo.

Los nobles que aspiraban á subir algun dia al trono, necesitaban halagar

á los obispos, que formaban un partido compacto, poderoso é ilustrado, y en cuyas manos venia á estar la eleccion. Asi entraba en el interés mútuo de los prelados y de los próceres el que la corona no se hiciese hereditaria, como hubieran deseado los reyes y el pueblo, y pasaban por todos los inconvenientes del sistema electivo. Solo alguna vez permitian la asociacion al imperio y la trasmision de la corona del padre al hijo, mas nunca sin su consentimiento y sin estar seguros ó de la devocion ó de la docilidad del asociado ó heredero. Los monarcas, por su parte, una vez constituidos, necesitando de los concilios para sostenerse, prestábanse á deponer el juramento en sus manos, permitianles deliberar y legislar en negocios temporales y políticos, ó los sometian ellos mismos á su decision, confirmaban y sancionaban sus determinaciones, fuesen sobre materias eclesiásticas ó civiles, y autorizadas con la sancion real las definiciones sinodales, recibíalas el pueblo con la veneracion y respeto debido á ambas potestades.

En esta conmixtion de poderes, el rey, convocando y confirmando los concilios, como protector de la Iglesia, estendia la jurisdiccion real á las cosas eclesiásticas, promulgando y haciendo ejecutar las providencias y reglamentos de disciplina; examinaba y fallaba en última apelacion la causas entabladas ante los obispos y metropolitanos, y por último fué reasumiendo en sí la facultad de nombrar obispos y de trasladarlos de unas á otras sillas. El derecho de nombramiento que desde los primitivos tiempos de la iglesia habian ejercido el pueblo y el clero, fué pasando gradualmente al rey, primeramente por cesion de algunas iglesias, por convenio de todas después, ya enviándole en cada vacante la propuesta de las personas que contemplaban dignas de ocupar la silla episcopal, para que el rey eligiese entre ellas, ya por último encomendándole, por evitar las dilaciones de este modo, el nombramiento *in solidum*, que por fin se dió tambien, como hemos visto en la historia, en ausencia del monarca al metropolitano de Toledo.

Semejante organizacion, tales relaciones entre el sacerdocio y el imperio, entre el trono y la iglesia, entre los reyes y los obispos, si bien producian los saludables efectos que hemos enumerado, tenian por otra parte que influir funestamente en la vida futura de la monarquía, de aquel mismo trono y de aquella misma iglesia. Cierto que la influencia episcopal y la ilustracion del alto clero templaban y suavizaban la antigua rudeza gótica; pero llevando al exceso aquel influjo, extinguíase al propio tiempo el vigor militar y la energía varonil del pueblo godo, que en un dia de prueba como el que sobrevino habia de echarse de menos y ocasionar la ruina del estado. Cierto que con las leyes sobre eleccion se prevenian conjuraciones y crímenes, pero se mantenia el sistema electivo, fuente y raiz de ambiciones, y causa y princi-

pio de casi todos los males. Cierto que se fortalecia el poder del monarca reinante con las penas establecidas contra los atentadores á su vida ó su trono; pero reconociendo y confirmando á los usurpadores, se confirmaba y reconocia la usurpacion una vez consumada. Cierto que las leyes disciplinarias de la iglesia llevaban la robustez de la sancion real y el apoyo de las potestades civiles; pero compraba la corona su intervencion en el derecho canónico á costa de otorgar inmunidades eclesiásticas que habian de acabar por relajar aquella misma disciplina. Cierto que á las mayores luces del clero se debieron muy sábias leyes y una mejor organizacion del estado; pero llevando demasiado adelante su influjo y predominio, legislando en materias políticas, aprovechando su inmenso poder y la debilidad de algunos reyes, manteniendo vivo el sistema electoral para que solicitáran sus sufragios los aspirantes al trono, el juramento ante el concilio para tener sumisos á los monarcas llegó muchas veces á humillar la magestad, sobrepúsose en ocasiones el cayado episcopal al cetro regio, pudo dudarse si eran los reyes ó los obispos los soberanos del estado; y si un Chindasvinto y un Wamba hacian esfuerzos por libertar la corona de la tutela de la iglesia y por restablecer la antigua energía y virilidad gótica, un Sisenando, un Ervigio, un Egica, eran dóciles instrumentos de los concilios y obsecuentes guardadores de sus decretos. Esta mixtura de poderes, esta prepotencia eclesiástica, con su mezcla de bien y de mal, fué al principio muy provechosa al estado, lo fué á la religion, á la iglesia, al trono mismo: llevada al extremo, perjudicó al trono, á la nacion, á la misma iglesia.

«¿Se ha definido bien, preguntábamos en nuestro discurso preliminar (1), la naturaleza y carácter de aquellas asambleas que tan singular fisonomía dieron al gobierno de la nacion gótica?» La cuestion es importante, y su exámen se ha hecho mas necesario desde que un erudito publicista español calificó los concilios de los godos de verdaderos *Estados generales* ó *Cortes de la nacion*. El ilustrado autor de la *Teoría de las Cortes*, llevado de un celo laudable, y queriendo buscar en la mas remota antigüedad posible, en la cuna de la monarquía española, el ejemplo y práctica del gobierno representativo en España, no dudó ver en los concilios nacionales de Toledo otros tantos congresos políticos con todas las condiciones de tales. «¿Quién no vé «aquí, dice, toda la nacion unida y legítimamente representada por las per«sonas mas insignes y por sus miembros principales, desplegando su ener«gía y autoridad en órden á los asuntos del mayor interés y en que iba la «prosperidad temporal de la república?» «Prueba evidente (dice en otra par-

(1) Párraf. V.

te) de que estas juntas no eran eclesiásticas, sino puramente políticas y civiles, y unos verdaderos estados generales de la nacion (1).»

La opinion de este docto español, que no dejó de hallar eco en algunos historiadores estrangeros cuyas obras tenemos á la vista, fué ya impugnada con razones de buena crítica por otro no menos erudito jurisconsulto español (2), haciendo ver las inexactitudes en que su estremado celo hizo incurrir al ilustrado Marina, asi en la calificacion de aquellos concilios, como en la perfeccion que supone en la constitucion y organizacion política del imperio visigodo. Menester es que fijemos bien la índole y carácter de aquellas célebres asambleas.

El primero de los diez y nueve concilios generales de la iglesia goda, en que se determinaron puntos de gobierno civil fué el tercero de Toledo. Allí no habia sino obispos: el único representante del poder temporal era el rey, que no hizo sino convocar el sínodo, y suscribir con la reina las decisiones canónicas: algunos grandes firmaron la profesion de fé: nadie deliberó sino la iglesia. El órden de celebrar los concilios prescrito en el cuarto de Toledo, que ya entendió en los negocios graves de derecho político nacional, da bien á conocer que no habia variado en su esencia la índole de aquellas juntas (3). Hasta el octavo de Toledo de 653 no tomaron parte los nobles seglares en las deliberaciones sinodales. ¿Mas quiénes y cuántos eran éstos? ¿qué representaban? ¿qué categoría ocupaban en el sínodo? ¿en qué negocios decidian?

(1) Marina, Teoría de las Córtes, tom. I., cap. 2.

(2) Sempere y Guarinos, Hist. del Derecho, tom. I., cap. 18. Observaciones sobre los concilios toledanos.

(3) *Formula qualiter concilium fiat, sive ordo de celebrando concilio.* Al amanecer abrian los ostiarios una sola puerta de la catedral, por la cual permitian entrar solamente á los que habian de tomar parte en el sínodo. Primeramente se colocaban los metropolitanos, despues los sufragáneos por el órden de antigüedad de su consagracion. Sentados los obispos, se llamaba á los presbíteros, y luego á los diáconos necesarios para el servicio. Seguidamente entraban los señores de la corte que acompañaban al rey, y los que habian de hacer de secretarios de la asamblea. Cerrada la puerta, y colocados todos en el órden que el cánon cuarto señalaba, despues de un rato de silencio el arcediano decia en voz alta *Oremus*. Oraban todos de rodillas en voz baja, hasta que uno de los prelados mas antiguos los interrumpia con una oracion vocal, á que contestaban todos: *Amen*. El arcediano decia entonces: *Surgite, fratres*: levantáos. Sentados otra vez en su lugar respectivo, se leia la profesion de fé, símbolo del dogma católico, acordado en los cuatro primeros concilios ecuménicos. Cuando asistia el rey, dirigia á los prelados un corto discurso, y les entregaba una memoria, *tomus regius*, en que expresaba los asuntos en que pedia se ocupasen. El metropolitano presidente abria la discusion con otro discurso, en que los exhortaba á deliberar sin apasionamiento y con templanza y mesura. Nadie podia entrar ni salir hasta que se levantaba la sesion. Las puertas del templo permanecian cerradas durante los debates, los cuales versaban primeramente sobre los negocios eclesiásticos, y hasta que terminaban éstos no se deliberaba sobre los temporales ó civiles.

Era un escaso número de duques y condes, de varones ilustres del oficio palatino, elegidos y nombrados por el rey, que no tenian voz ni voto en las materias eclesiásticas, que firmaban los últimos en las políticas y civiles. «En el nombre del Señor (decia el *tomo regio*), Flavio Recesvinto rey, á los reverendísimos padres residentes en este santo sínodo... Os encargo (decia á los obispos) que juzgueis todas las quejas que se os presenten, con el rigor de la justicia, pero templado con la misericordia. En las leyes os doy mi consentimiento para que las ordeneis, corrigiendo las malas, omitiendo las supérfluas y declarando los cánones oscuros ó dudosos..... Y á vosotros, varones ilustres, gefes del oficio palatino, distinguidos por vuestra nobleza, rectores de los pueblos por vuestra experiencia y equidad, mis fieles compañeros en el gobierno, por cuyas manos se administra la justicia... os encargo por la fé que he pretestado á la venerable congregacion de estos santos padres, que no os separeis de lo que ellos determinen, sabiendo que si cumplis estos mis deseos saludables agradaréis á Dios, y aprobando yo vuestros decretos cumpliré tambien la voluntad divina. Y hablando ahora con todos en comun, tanto con los ministros del altar, como con los asistentes elegidos del aula régia, os prometo que cuanto determinéis y ejecutéis con mi consentimiento lo ratificaré con el favor de Dios, y lo sostendré con toda mi soberana voluntad (1).»

¿Qué proporcion guardaba el brazo secular con el eclesiástico? Asistieron al concilio VIII de Toledo diez y siete palatinos y condes, y cincuenta y dos obispos: quince nobles, y treinta y cinco obispos al XII: hallábanse en el XIII veinte y seis próceres, y cuarenta y ocho prelados: en el XV diez y seis nobles, y setenta y siete clérigos: diez y seis grandes, y sesenta y un obispos y cinco abades en el XVI. Asi respectivamente en todos (2). El clero deliberaba indistintamente en las materias religosas y civiles: los legos en las últimas solamente.

Predominando asi el elemento eclesiástico sobre el seglar, no era posible que se contrapesáran dos poderes, de los cuales el uno era casi omnipotente, el otro débil por su menor número, por su menor ilustracion, por sus restricciones y por su deferencia al primero. No era el estado quien daba entrada á la iglesia en sus determinaciones, era la iglesia á quien monarcas respetuosos y devotos iban encomendando los negocios del estado. Ni el pueblo tenia representantes ni diputados, ni la nobleza que asistia representaba

(1) Conc. VIII. Tolet.

(2) Esta proporcion consta, con la cortísima diferencia de algun guarismo (que suele consistir en contar algunos como obispos á los que estaban representados por vicarios) de la Coleccion canónica española, de Aguirre, de Florez, de Ulloa y otros.

siquiera su misma clase, puesto que eran en su mayor parte empleados de palacio, nombrados por el rey para dar lustre á la reunion, nombre y ejecucion á sus resoluciones. Si en algunas actas se supone el consentimiento del pueblo, espresado con la fórmula *omni populo assentiente*, no podia significar sino la aprobacion de los fieles que presenciáran el acto de la confirmacion y promulgacion, y esto las pocas veces que pudieron tener entrada en el templo, ¿Cómo podian denominarse estas congregaciones ni Estados generales ni Córtes del reino? En ellas, dijimos en nuestro discurso, el clero y el rey eran casi todo, poco los nobles, el pueblo nada.

No obstante, el carácter que les imprimia la convocatoria y la sancion real, el discurso del rey, el tomo ó memoria en que el monarca indicaba los asuntos que habian de tratarse, la asistencia de una parte de la nobleza, esta concurrencia incontestable, aunque desigual, de los poderes, su intervencion en los negocios religiosos y políticos, la coaccion que en uno y otro fuero llevaban sus resoluciones como leyes de estado, á que tenia que someterse el pueblo y la corona misma, hace que no podamos menos de considerar estas asambleas como el principio, como el gérmen, como el embrion de una representacion nacional. Cuando mas adelante se deslinden las atribuciones propias de las dos potestades, cuando deje de ser necesario el gobierno teocrático para la vida de la nacion, entonces nacerán las Córtes del reino, cuyo orígen ó cuyo anuncio por lo menos reconoceremos en los concilios de la iglesia hispano-goda. Asi van progresivamente marchando las sociedades hácia su mas conveniente organizacion.

Admirable es sobre todo la independencia y la entereza de los obispos y concilios de la iglesia gótica. Convocados por el rey ó por el metropolitano, congregábanse y deliberaban, nombrábanse obispos y se consagraban sin la intervencion de los pontífices, que raras veces en este largo período ejercieron su influjo y tomaron parte en el gobierno de la Iglesia y en la disciplina eclesiástica española. Cítanse solo contados casos de ejercicio de la jurisdiccion y potestad pontificia, tales como el nombramiento que en 480 hizo el papa Simplicio en el obispo Zenon de Sevilla para vicario y legado apostólico (1); el del legado Juan enviado por San Gregorio el Grande para reponer al obispo Januario de Málaga (2); alguna remision de palio, y pocos otros ejemplares que ni constituian costumbre ni se miraban al parecer como de disciplina (3). Reconociendo, como reconocia San Isidoro (4), el supremo

(1) Florez, Esp. Sagr. tom. IV.

(2) Greg. Magn. Epist. VII. ad Joannem defensorem.

(3) Véase Florez, España Sagrada; Villodas, Analisis de antigüedades eclesiásticas, y otros.

(4) Carta y consulta de Eugenio II. de Toledo á Isidoro de Sevilla, y la respuesta de éste. San Isidor. Opera.

honor del episcopado en el sucesor de San Pedro y la superioridad de la jurisdiccion pontificia sobre la iglesia universal, hubo, no obstante, vivas discusiones sobre puntos de doctrina entre algunos pontífices y prelados españoles, en que se vió hasta dónde llegaba la entereza de los obispos de España, y de que dieron admirable ejemplo los insignes Leandro de Toledo y Braulio de Zaragoza (1). Acudíase muchas veces en consulta al gefe de la Iglesia como á fuente de sabiduría, y respetábase su dictámen, mas no asi en solicitud de dispensas, en lo cual como en otros negocios del gobierno de la Iglesia, obraban los obispos españoles con una especie de soberanía (2). Organizada asi la iglesia gótica de España, bien puede asegurarse que era la mas independiente de toda la cristiandad, asi como ninguna nacion entonces podia presentar un catálogo y sucesion de obispos tan sábios y doctos, tan virtuosos y desinteresados, tan versados en las ciencias divinas y humanas, como los de la iglesia española (3).

II. Pasando de la legislacion conónica á la política y civil, nos es imposible dejar de admirar el progreso social que alcanzó el pueblo español bajo la dominacion de unos hombres que habian venido semi-bárbaros y acabaron por ser ilustrados y cultos. Los visigodos de España presentan la singularidad de haberse dejado primeramente civilizar por el pueblo vencido, de haberse hecho después civilizadores del pueblo conquistado.

(1) Juliani Liber Apologéticus, p. 77.—Félix Tolet. in Vita Juliani, p. 19.—Isid. Pacens. Chron.—Concil. Toletan. III.—S.—Braulii. Epistolæ, ep. XXI.

(2) «En muchos siglos, dice Villodas, no estuvo en práctica en España acudir á Roma á solicitar dispensas. Estas se concedian por los obispos ó concilios acerca de las traslaciones, colacion de beneficios, impedimentos de matrimonio, etc. El papa Siricio en su carta á Eumerio Tarraconense decretó que los casados dos veces ó con viudas fuesen irregulares y depuestos del clero, y con todo dispensó en esto el concilio toledano primero, cán. 3...... El mismo papa en su carta á los obispos de España habia prohibido bajo pena de deposicion á todos los sacerdotes y diáconos usar de sus mugeres despues de la ordenacion, de modo que si lo hacian les estaba entredicha toda funcion eclesiástica. Sin embargo, los PP. del primer concilio de Toledo modificaron en parte la constitucion de Siricio, y ordenaron en el primer cánon que los sacerdotes y diáconos culpables de incontinencia no tuviesen otra pena que quedar privados de ascender á órdenes superiores... En una palabra, no ofrece la historia de aquellos siglos ejemplo alguno que acredite se acudiese á Roma por dispensas, sin embargo de la costumbre contraria de las demas iglesias estrangeras.» Antigüedades eclesiásticas, pág. 225.

«Como los godos, dice á este propósito el obispo Sandoval, entraron desde la niñez de la iglesia á ser señores de España, y los pontifices no tenian fuerzas, contentábanse con lo que les querian dar, y con lo demas pasaban y disimulaban.... Y con esta buena fé los reyes y santos que aqui se hallaban hacian sus decretos y ordenanzas dichas.» Sand. Chron. de Alonso VII. cap. 63.

(3) El mismo Gibbon, autor nada sospechoso en la materia, hace justicia á los prelados españoles. «Los obispos de España, dice, se respetaban á si mismos, y eran respetados por el pueblo..... y la regular disciplina de la Iglesia introdujo la paz, el órden y la estabilidad en el gobierno del estado.»

Ya hemos visto por la historia cómo desde el principio de la monarquía dos de los primeros reyes godos, Eurico y Alarico II., comenzaron á hacer compilaciones de leyes, para el gobierno del pueblo godo el uno, para el del hispano-romano el otro. De este mismo espíritu legislador fueron participando sus sucesores; la legislacion se fué uniformando hasta hacerse una sola para los dos pueblos, asi en lo religioso como en lo político, cuyo beneficio se debió principalmente á los ilustres monarcas Recaredo, Chindasvinto y Recesvinto. Los que sucedieron á estos en el trono continuaron haciendo leyes para el gobierno del estado, casi hasta la ruina de la monarquía. De todas ellas vino á formarse la famosa coleccion de leyes visigodas conocida en latin con los nombres de *Codex Wisigothorum* y *Forum Judicum*, en español con los de *Fuero Juzgo* y *Libro de los Jueces*.

Este célebre código, acaso el mas célebre, el mas importante, el mas regular y completo de cuantos cuerpos de leyes se formaron despues de la caida del imperio romano, merece una atencion preferente de parte del historiador que aspira á señalar la marcha que han ido llevando la organizacion y la civilizacion de un pueblo, asi por ser el libro en que refleja como en un espejo la fisonomía de la sociedad para que se hizo, como por encerrar en sí simultáneamente los restos heredados de la edad antigua, las modificaciones de una edad de transicion, y el gérmen de la edad media de la nacion española.

Despues de haberse disputado largamente sobre la época en que se ordenó este memorable cuerpo de derecho, ya no se duda que debieron hacerse algunas recopilaciones de las leyes que se iban promulgando por diferentes reyes y concilios; pero que tal como en el dia le conocemos no pudo ser coleccionado hasta los años del reinado comun de Egica y Witiza, casi al agonizar la monarquía goda: no ántes, puesto que se encuentran en él leyes de estos dos soberanos cuando regian asociadamente el reino; no después, porque no se hallan ya ni de Witiza solo ni de Rodrigo: y que la obra de la compilacion fué probablemente llevada á cabo por el concilio XVI. de Toledo ó por alguna comision suya, á juzgar por el encargo que Egica hizo á los padres de aquel concilio (1).

Aunque esta edicion se hiciera en el idioma latino tal cual ha llegado hasta

(1) Cuantas noticias puedan apetecerse relativamente á la ordenacion de este famoso código, asi como á las opiniones que sobre ello habian emitido diferentes historiadores y jurisconsultos, se hallan en el erudito discurso del señor Lardizabal que precede á la edicion española del Fuero Juzgo, hecha por la Academia en 1815, y en el del señor Pacheco que encabeza el primer tomo de los *Códigos españoles concordados y anotados*, edicion de 1847.

nosotros, no puede suponerse que se redactáran al tiempo de su promulgacion las leyes que le componen en la lengua del Latium. Publicaríanse en latin las que se saben para el gobierno de los hispano-romanos, por ser el idioma que ellos hablaban: redactaríanse las que eran hechas para los godos en el degenerado dialecto teutónico ó germano con mezcla de latin que ellos hablarian: porque todas las leyes se dan para que las entiendan, conozcan y practiquen los individuos para quienes son hechas. Mas cuando la legislacion fué ya una para entrambos pueblos, cuando éstos se habian ya amalgamado y fundido por la religion, por el derecho, por los matrimonios, por el trato y las costumbres, el lenguage y la palabra hubieron de confundirse tambien y ser uno mismo el de los indígenas y de los godos, y en éste debieron escribirse unas leyes cuya observancia obligaba á todo el pueblo. ¿Mas qué lenguage, qué idioma era este? Ciertamente ni los godos del Tajo pudieron, ni quisieron acaso, conservar la palabra bárbara de los godos del Danubio, ni el pueblo hispano-romano podia hablar el culto latin de Ciceron y de Virgilio. Ambas lenguas tuvieron que alterarse y corromperse, y ambas tuvieron que mezclarse. Sin embargo, en esta composicion tenia que prevalecer el elemento latino, aunque degenerado, asi por ser mas en número los hispano-romanos, como por exceder tambien á los godos en ilustracion. En este idioma del pueblo, en que se supone entrarian tambien muchas de las voces que se hubieran conservado de la primitiva lengua de los indígenas, debieron escribirse y promulgarse las leyes godas, hasta que al ordenarlas y reducirlas á un código general fuesen vertidas al latin mas culto, aunque degenerado ya y distante de su antigua pureza, de la iglesia y de los concilios. Asi permaneció el Fuero de los Jueces, hasta que á mediados del siglo XIII. al darle Fernando III. por fuero á la ciudad de Córdoba que acababa de conquistar, mandó hacer la traduccion del original latino al idioma español de aquel tiempo, tal como en el dia en las colecciones de nuestros códigos se conserva, y de la cual hemos copiado algunas leyes ó fragmentos en nuestra historia.

Encuéntranse en este cuerpo de derecho leyes de cuatro géneros ó clases: 1.° unas que hacian los príncipes por su propia autoridad, ó en union con el oficio palatino, especie de consejo privado del rey: 2.° otras que se hacian en los concilios nacionales, y fueron despues trasferidas al código, como en algunas de ellas se expresa: 3.° otras sin fecha, ni título ni nombre de autor, que son probablemente las que se tomaron de las antiguas y primitivas colecciones (1): 4.° otras que llevan al principio una nota que dice:

(1) «E aquellas leyes mandamos que valan, las quales entendemos que fueron fechas antiguamente por derecho.» Ley 5. tit. I. lib. II.

Antiqua, ó *Antiqua noviter emendata*, que se cree fueron tomadas de los códigos romanos y revisadas por los últimos reyes (1). Así se encuentran á un tiempo en el Fuero Juzgo leyes en que se descubre aún el espíritu heredado de la culta sociedad romana, leyes en que se conservan restos de la antigua rusticidad gótica, y leyes, y éstas son las mas, en que se revela la índole teocrática del gobierno de los godos, y el influjo social que ejercieron aquellos sacerdotes legisladores.

A pesar de los defectos de estilo y de forma naturales y casi indispensables en la época de su redaccion, apenas se hallará ya quien dude haber sido el Fuero Juzgo el código legislativo mas ordenado, mas completo, mas moral y mas filosófico de cuantos en aquella edad se formaron, y muy superior á todos los códigos llamados bárbaros, como era superior la sociedad hispano-goda á todas las que nacieron de los pueblos septentrionales. No sabemos cómo un hombre de la ilustracion y criterio de Montesquieu pudo obcecarse hasta el punto de decir con una ligereza incomprensible: «Las leyes de los visigodos son pueriles, torpes é idiotas: no llenan su ob- «jeto; están cargadas de retórica y vacías de sentido, son frívolas en el fondo «y gigantescas en la forma (2).» Felizmente fué muy luego impugnado el acre é inmerecido aserto del autor del *Espíritu de las leyes* por otro crítico no menos erudito, que hablando del mismo código se espresa así: «El pre- «sidente de Montesquieu le ha tratado con una severidad excesiva. Cierta- «mente me disgusta su estilo, como me es odiosa la supersticion que en él «se halla; pero no temo decir que aquella jurisprudencia anuncia y descu- «bre una sociedad mas culta y mas ilustrada que la de los borgoñones y aun «la de los lombardos (3).»

Pero otro mas reciente y no menos respetable publicista ha estado todavía mas esplícito y mas justo. «Ábrase, dice Mr. Guizot, la ley de los visi- «godos, y se verá que no es una ley bárbara: evidentemente la hallaremos «redactada por los filósofos de la época, es decir, por el clero; abundando «en ideas generales, en verdaderas teorías, y en teorías plenamente estran- «geras á la índole y costumbres de los bárbaros....... En una palabra la ley «visigoda lleva y presenta en su conjunto un carácter erudito, sistemático, «social. Descúbrese bien en ella el influjo del mismo clero que prevalecia «en los concilios toledanos, y que influia tan poderosamente en el gobierno

(1) Lardizabal, Discurso citado.

(2) «Les lois des visigoths sont pueriles, gauches, idiotes: elles n' atteignent point le but; pleines de rhetorique et vides de sens, frivoles dans le ford et gigantesques dans la forme.» Espr. des Lois, lib. XXVIII. chap. 1.

(3) Gibbon, Historia de la decadencia y destruccion del imperio romano.

«del pais (1).» «Aun con todos sus defectos, dice otro historiador estran-«gero, el código de los visigodos no deja de ser un monumento glorioso: «por otra parte es el solo código de las épocas bárbaras en que se han pro-«clamado altamente los grandes principios de moral. Ningun cuerpo de le-«yes de los siglos medios se ha aproximado tanto al objeto de la legislacion, «ninguno ha definido mejor y mas noblemente la ley (2).» Tales juicios en plumas extrangeras y tan autorizadas, valen ciertamente mas que cuantos encomios pudiéramos hacer los españoles.

En el título preliminar que trata de la eleccion de los príncipes, aunque redactado mucha parte de él en forma doctrinal y de consejo, contra lo que hoy se acostumbra, se consignan las mas excelentes máximas de política, de moral y de justicia; y la célebre fórmula: *Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás rey*, entra en él como principio de gobierno y de derecho público. Observamos, no obstante, que todas las precauciones que se tomaban eran ineficaces para prevenir el abuso de autoridad. Consignábase, es verdad, el principio electivo, exigíanse condiciones y cualidades en los pretendientes á la corona, obligábaselos despues de nombrados á prestar juramento de guardar las leyes, sentábase el principio de que el monarca estaba tan sujeto á la ley como otro cualquier individuo del estado, dábanseles saludables consejos y reglas de gobierno, el que non facia derecho non era rey: ¿pero cómo dejaba de ser rey el que non facia derecho, el que abusára de la autoridad, el que se convirtiera en déspota? ¿Quién le deponia, y dónde estaba la ley de responsabilidad? Olvidóseles esto á los godos en la constitucion de la monarquía, ó no lo alcanzaron. Una vez investidos los reyes de la potestad suprema, no se pensó sino en hacer respetable su autoridad, en asegurarla y defenderla: si en vez de derecho ejercian tiranía, no quedaba otro medio para deponerlos que la revolucion, como sucedió con Suintila, privado del reino *propter crudelissimam potestatem quam in populis exercuerat* (3). De modo que queriendo hacer una monarquía templada por las leyes, no acertaron á hacer sino una monarquía absoluta, en la cual, sin embargo, se veia ya la coexistencia y la lucha de estos dos principios, que mas adelante se habian de separar.

Comprende el Fuero Juzgo doce libros, divididos en títulos, y éstos en leyes, á cuya cabeza va el nombre del rey que las habia hecho. La division está imitada de los códigos romanos. Los cinco primeros libros están

(1) Guizot, Curso de Historia de la civilizacion europea.

(2) Romey, Hist. d' Espagne, tom. II. chap. 18.

(3) Conc. IV. Toletan.

destinados á regularizar y fijar las relaciones civiles y privadas: los tres siguientes tratan de los delitos y de las penas: el nono de los crímenes contra el estado; los dos siguientes contienen reglamentos relativos al órden público y al comercio; y el último está consagrado á la extincion del judaismo y de la heregía. No nos toca analizar detenidamente este famoso código, tarea mas propia del jurisconsulto que del historiador. Mas no nos despediremos de él sin hacer notar siquiera algunas particularidades que bosquejan bien el estado de aquella sociedad.

En los títulos de las leyes y del «facedor de la ley,» se ve filosofía, razon, principios elevados de justicia. Establécese ya en el libro segundo la igualdad ante la ley, y la responsabilidad de los jueces; gran adelanto en el sistema jurídico. Lleno está el título de penas contra los jueces «que fagan tuerto por ruego, ó por ignorancia, ó por miedo, y hasta por mandado del rey.» Pero se da poder á los obispos sobre los jueces que tuercen la justicia, prueba incontestable de la organizacion teocrática de aquel pueblo. Se ve ya tambien la teoría de los procuradores y abogados y de la prueba por testigos. Era admitido el tormento, pero esta bárbara costumbre, tan en uso en otros pueblos, era rarísima vez aplicada por los godos, y en los doce libros de su código solo una ley autoriza la prueba del agua y del fuego, y esto con muchos requisitos y solo para los delitos mas graves. Los procedimientos eran breves y sencillos. Las dilaciones ocasionadas por el juez daban derecho á la parte demandante á la indemnizacion de los gastos y perjuicios que se le siguieran, como si el mismo juez hubiese perdido el pleito. La recomendacion de un gran personage bastaba para dar por fallado el pleito en contra de la parte por quien se interesaba. Si el rey tomaba empeño por alguna causa, por este mismo hecho la sentencia era nula. ¡Admirable modo de poner la administracion de justicia al abrigo del soborno, del cohecho y de las influencias del poder!

Aplicábase rara vez la pena capital, y solo por los delitos que se consideraban mas enormes. La horrible de ceguera (sacar los ojos) solia reemplazar á la de muerte cuando el príncipe hacía gracia de la vida. Usábase mucho y era propia de los godos la de decalvacion, *turpiter decalvare; tresquilar en cruces*, como traducen algunos, *desfollar toda la fronte muy laidamientre*, como se lee en el Fuero Juzgo castellano. Poco menos infamante, y en verdad no menos afrentosa que ésta era la de poner el reo á la vergüenza, y aun hacerle pasear por las calles sobre un mento, como lo mandó Recaredo con el duque Arcimundo. Cuando Wamba hizo al rebelde Paulo y sus cómplices entrar en Toledo descalzos y rapados, no hacia sino aplicarles la pena de vergüenza decretada por las leyes, ya que los habia relevado de

la de muerte y ceguera. Mas comun castigo era el de los azotes, bien en público, bien delante del juez y de pocos testigos. La ley señalaba minuciosamente el número de azotes que correspondian á cada delito, y la cantidad pecuniaria con que podian redimirse. Las multas eran la pena mas ordinaria y general. Las ofensas personales, el asesinato, las heridas, los golpes y contusiones, las injurias, todo estaba sujeto á una tarifa gradual: la edad, la fortuna, la clase, todas las circunstancias del ofendido y del ofensor se tomaban en cuenta para la escala de indemniz cion. Pero la ley eximia á los parientes del delincuente de toda participacion en la infamia que seguia á la culpa. «Aquel solo sea penado que ficier el pecado, »y el pecado muera con él: é sus fijos ni sus erederos sean tenudos por en»de (1).» Ley sábia, que proscribia toda trasmision de infamia á las familias, y que enseñaba que en la sociedad cada cual debe ser hijo de sus obras.

En nada acaso aventajó tanto la legislacion visigoda á la romana como en lo relativo á la organizacion de la familia, como jurisprudencia basada en el cristianismo. Matrimonios, dotes, divorcios, derechos conyugales, patria potestad, tutelas, heredamientos, impedimentos matrimoniales, todo estaba regularizado y ordenado por las leyes. Si no supiéramos el aprecio con que miraban los godos la castidad y la fidelidad conyugal, nos lo demostraria la dureza de su sistema penal contra los delitos de adulterio, de incesto y otros análogos, y la severidad con que se prohibia á las viudas pasar á segundas nupcias hasta cumplido cierto plazo despues de la muerte del primer marido. En estas como en otras muchas leyes del código visigodo se ve la feliz alianza del cristianismo con las costumbres puras que habian traido los pueblos bárbaros, convirtiéndose asi la barbarie misma, por una singular y providencial combinacion, en elemento de moralidad. La sola abolicion de la monstruosa potestad paternal de las leyes romanas fué un progreso inmenso en el órden social.

La multitud de leyes destinadas á proteger la agricultura prueban la importancia que dieron los godos á la industria rural en sus dos ramos de cultivo y ganadería. Admirable es y curiosa ademas la minuciosidad con que se previenen todos los casos de daño ó atentado contra la propiedad predial ó pecuaria, y las penas que para cada caso se establecen. La estension que tiene esta materia comparada con la relativa al comercio y las artes, manifiesta que el pueblo godo, segun que fué perdiendo los instintos guerreros, se fué haciendo mucho mas agricultor que comerciante ni artista (2). De la distribucion que hicieron de la propiedad hemos hablado

(1) Lib. VI., tit. I., l. 8.

(2) Pueden verse los títulos III. y IV. del

yá en el capítulo cuarto. La condicion de los colonos fué mucho mas dulce bajo el dominio de los godos que lo habia sido en el de los romanos. En la ley 20 del tit. IV. lib. V., hallamos ya el primer vestigio de vinculacion que mencionan nuestras leyes. «*El omne que es solariego non puede vender la heredad por ninguna manera; é si alguno la comprare, debe perder el precio, é quanto ende recibiere.*» Tambien, si se quiere, encontraremos en el código visigodo algo que se aproxime y parezca al feudalismo, pero de modo alguno el verdadero feudo, tal como se conocia en Alemania y en otras naciones formadas por los pueblos del Norte. Habia hombres libres y pobres que se ponian bajo la proteccion de un rico ó de un noble, el cual proveia á sus necesidades y los amparaba á condicion de que le siguieran á la guerra. Pero el cliente podia abandonar á su patrono y buscar otro, siempre que volviese al primero lo que de él hubiera recibido. Era, mas que feudo, una clientela en que se conservaba un resto de la libertad germánica y de la independencia ibera. No habia ni la servidumbre ni las gerarquías feudales que constituyeron el sistema feudatario de otros paises. Practicábanse los dos sistemas mas ventajosos de cultivo, la enfiteusis y el arriendo. Si hubo aqui un gérmen de feudalismo, por lo menos no llegó á desarrollarse (1).

De las leyes sobre el servicio de las armas, y de las que se hicieron contra los judíos, que llenan la última parte del código, hemos hablado ya en diferentes lugares de nuestra historia. Y si algo nos hemos detenido en la reseña de este memorable cuerpo legislativo, considerándole bajo el triple aspecto de lo eclesiástico, de lo político y de lo civil, es porque, como veremos en el curso de la historia, sirvió como de base y fundamento para la vida futura de España, y como de eslabon para unir la edad antigua con la edad media, y los concilios y las leyes fueron la mas rica herencia que á su muerte dejó la España goda á la España de la restauracion.

III. El desarrollo intelectual durante la monarquía goda no podia menos de participar de la índole y carácter del gobierno, y de la fisonomía severa y ascética de los hombres de aquella sociedad. No encontraremos en este período la bella y amena literatura de Grecia y Roma. No hallaremos ni ingeniosos dramas ni sublimes epopeyas, porque no habia ni Homeros y Aristófanes, ni Virgilios y Plautos. Siendo la religion la base sobre que se organizaba la nueva sociedad, siendo los concilios y las leyes, como acabamos de ver, los elementos constitutivos del gobierno, siendo el clero el depositario

libro VIII. que llevan por epígrafe: «*De los danno que face el ganado, ó de las otras dannos de los árboles, é de los huertos, é de las mieses, é de las otras cosas.—Del danno que face el ganado, ó de las otras animalias.*»

(1) Lib. V. tit. III.

de los conocimientos humanos en aquella época, la literatura tenia que ser circunspecta y grave como los hombres que á ella se dedicaban. La moral, la teología, la jurisprudencia, el derecho político, la filosofía, la historia, eran las ciencias en que empleaban su talento y su estudio. Cuando Chindasvinto envió al obispo Tajon á Roma, no le envió á buscar las obras poéticas de Horacio ó de Lucano, sino las obras morales de San Gregorio el Grande, que comentó y amplificó después aquel ilustre prelado de Zaragoza. Casi todos los hombres de ciencia eran obispos ó clérigos.

No faltó quien cultivára la historia desde el principio hasta el fin de la monarquía, desde Paulo Orosio, que fué testigo de la trasformacion de España de romana en gótica, hasta Isidoro de Beja, que presenció su trasformacion de gótica en árabe. Orosio habia tenido la gloria de conferenciar amistosamente con San Agustin en Africa y con San Gerónimo en Belen. Mas si la historia de Orosio no podia dejar de resentirse de la turbacion y oscuridad de los tiempos, no podemos extrañar que fuesen aun mas descarnadas é indigestas las del obispo Idacio y del abad Juan de Viclara, que sin embargo nos han sido tan útiles, y demos gracias de que hayan llegado hasta nosotros. El progreso que en este ramo llegó á alcanzarse lo muestra bien la historia de los vándalos, suevos y godos de Isidoro de Sevilla. Julian de Toledo escribió con estension la de la expedicion de Wamba contra Paulo; y no podemos menos de lamentar que se hubiese perdido la de la España bajo los godos, de Máximo. Utilísimas fueron tambien las vidas de los varones ilustres, así como otras obras que recogió y publicó á fines del siglo pasado el arzobispo Lorenzana de Toledo (1).

Innecesario es decir que en una época en que tales concilios se celebraban como los de Toledo, Braga, Mérida, Tarragona y Zaragoza, habian de abundar los varones doctos en la sagrada escritura, y en las ciencias canónica y teológica, asi como los escritores de filosofía moral, de ascética, de liturgia, y de toda clase de materias eclesiásticas. De ello fueron buen ejemplo Martin de Braga, Leandro é Isidoro de Sevilla, Ildefonso, Julian y Félix de Toledo, Braulio y Tajon de Zaragoza, Mausona de Mérida, Toribio y Dictino de Astorga, y otros muchos que nos fuera fácil citar. Con las escuelas de jóvenes educandos para la iglesia, con el célebre colegio establecido por San Isidoro en Sevilla, en que estudió San Ildefonso por espacio de doce años, adelantáronse los prelados de la iglesia gótica nueve siglos á la institucion de seminarios decretada por el concilio de Trento. Y aunque los estudios sérios y graves fueron mas cultivados por los hispano-godos que la poesía, tampoco fal-

(1) Sanctorum Patrum ecclesiæ Toletanæ quæ extant Opera, etc. Matriti, 1782.

taron algunos poetas de regular mérito, tales como Draconcio, que bajo el título de *Hexaëmeron* cantó en versos heróicos los seis dias de la creacion, Orencio de Illiberis, que compuso un poema en exámetros sobre los deberes de los cristianos; Eugenio III de Toledo, que empleó ya en sus poesías diversidad de metros, y mostró mucho ingenio, aunque poco gusto, y algunos otros. Consérvanse varios himnos sagrados de aquella época, que se acompañaban al órgano, segun testimonio de San Isidoro.

Singulares, estravagantes y pobres eran las ideas que en aquel tiempo se tenian acerca de la medicina y de su práctica y ejercicio. Los médicos no podian sangrar ni medicinar á muger libre ó ingenua, como no fuese á presencia del padre, madre, hermano, hijo, abuelo ó algun otro pariente (1). Si la sangría enflaquecia al enfermo, el médico era condenado á ciento cincuenta sueldos de multa. Si el enfermo moria por consecuencia de una medicina mal aplicada, el médico era mirado como un asesino, y entregado á disposicion de los parientes del difunto (2). La recompensa no correspondia á la responsabilidad y á los riesgos de la profesion, y solo se les pagaba despues de hecha la cura y restablecido el enfermo. Habia, sin embargo, una ley, por la que los médicos, fuera del caso de homicidio, no podian ser presos ó encarcelados (3); acaso por no privar entretanto á los enfermos de su asistencia. La medicina, como las ciencias naturales, que tanto desarrollo tomaron en tiempo de los árabes, habian hecho ciertamente bien escasos progresos en el de los godos.

De intento nos hemos reservado hablar particularmente del genio portentoso de la España goda, del doctísimo varon que asombró con su erudicion al mundo, que fué el luminar que alumbró aquellos siglos, y cuyos rayos han penetrado al través de las sucesiones de los tiempos hasta el presente. Hablamos del insigne San Isidoro de Sevilla, de quien se decia en aque tiempo que el que hubiera estudiado á fondo sus obras podia jactarse de conocer todas las obras divinas y humanas. Espresion hiperbólica, pero fundada, puesto que el solo catálogo de sus obras da idea de la inmensidad de conocimientos que abarcaba aquel genio gigantesco, á quien el concilio octavo de Toledo de 653, llamó *doctor excelente, la gloria de la iglesia católica, el hombre mas sábio que se hubiese conocido para iluminar los últimos siglos, y cuyo nombre no debe pronunciarse sino con mucho respeto*. Ademas

(1) «Ningun físico non deve sangrar ni melecinar muger libre, si non estuviere hy su padre, ó su madre delantre, ó sus fijos, ó sus hermanos, ó sus tios, ó otros sus parientes, fueras ende si la dolor la acoitare mucho...» Lib. XI. tít. I.

(2) Ibid. l. 6.

(3) «Ningun omne non meta físico en carcel, maguer que non seya conocido, fueras ende por omecillo.» Ibid. ley 8.

de la *Crónica*, de la *Historia* y de las *Vidas de los varones ilustres* que antes hemos mencionado, escribió San Isidoro los *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*, tres libros de *Sentencias* ó de opiniones, dos libros de *Oficios eclesiásticos*, una regla para los monges de la Bética, un libro *De la naturaleza de las cosas*, dos tratados de *Gramática* y de *Controversia*, diversos tratados de *Moral*, el libro de la *Vida y muerte de los santos de uno y otro Testamento*, la *Coleccion de antiguos cánones de la iglesia deEspaña*, y sobre todo la admirable obra de las ETIMOLOGIAS, sábia compilacion en que reunió las nociones útiles de todo cuanto cuestionaba el mundo sábio en el siglo VII. Enciclopedia llama á esta obra un autor moderno. Y, en efecto, artes, ciencias, bellas letras, gramática, retórica, dialéctica, metafísica, política, geometría, aritmética, música, astronomía, física, historia natural, todo lo trata el sábio escritor en esta obra á la altura de los conocimientos á que en aquellos tiempos le era posible al hombre llegar. Hasta la arquitectura y la pintura, hasta la táctica militar, la náutica y el arte de construir buques, juegos, espectáculos, artes y oficios, los mares, la tierra, el cielo, todo está comprendido en aquel repertorio científico de conocimientos humanos. San Isidoro, pues, puede llamarse con razon el restaurador de las letras y de los estudios en España, y el sol que alumbró al período hispano-godo.

Aunque no estuviera muy generalizada la instruccion en la España goda, por lo menos no sucedia aqui lo que en Italia, donde se lamentaba á fines del siglo VII. el papa Agathon de no hallar persona de suficiente instruccion que enviar de nuncio á Constantinopla (1): ni lo que en Francia, donde á fines del siglo VI. se daban los órdenes sagrados á personas que no sabian leer (2).

IV. Mas si de las letras pasamos á las bellas artes, no fueron ciertamente los visigodos de España los que en este ramo sobresalieron, como no sobresalieron tampoco en la industria fabril ni en el comercio. Eran demasiado teólogos para ser grandes fabricantes ni mercaderes. Habla, no obstante, por incidencia San Isidoro en sus Etimologías de algunas manufacturas de hilo, lana y seda, de vidrios de varios colores, y de artefactos de oro, plata y acero. Una ley del Fuero Juzgo demuestra que debia haber en España no pocos artistas y comerciantes estrangeros, puesto que les daba el derecho de ser juzgados por las leyes y jueces de su nacion, en lo cual han querido algunos ver el principio ó como la indicacion de los consulados modernos (3). Mas no estaban tan desprovistos los españoles de marina propia, principal-

(1) Agath. Epistola ad Constantinum Pogonatum.

(2) Concil. Narbon. can. 11.

(3) Fuero Juzgo, lib. XI., tit. III., ley 2.

mente desde el tiempo de Sisebuto, cuando se dirigió ya una expedicion naval contra Narbona, y cuando Wamba logró derrotar con una armada española aquella flota sarracena de cerca de trescientos bageles, siquiera les demos solo el nombre de barcas, pero que suponian una fuerza naval no despreciable para aquellos tiempos.

Nada hay mas comun, ni tampoco mas infundado que denominar arquitectura gótica á cierto género y estilo arquitectónico, que no se conoció hasta el siglo XIII. en España. Ni el sistema ogival que constituye el gusto gótico nació sino mucho despues que los godos habian dejado de figurar en el mundo, ni los godos hicieron otra cosa en materia de arquitectura que acabar de corromper el gusto romano, harto degenerado ya en los últimos tiempos del imperio; por lo menos los visigodos de España, que los ostrogodos de Italia hicieron muchas y magníficas construcciones, en lo cual llevaron grandísima ventaja á los nuestros. Nómbranse solo tres ciudades fundadas en los tres siglos de dominacion visigoda; Reccopolis y Victoriacum, erigidas por Leovigildo, y Oligitis por Suintila. Aunque construyeron los godos muchas iglesias, palacios y monasterios, se han conservado pocos monumentos propiamente góticos, y éstos mas sencillos que magníficos, de mas fuerza que gracia, y de menos gusto que solidez. Subordinada la escultura á la arquitectura, no produjo el cincel gótico sino obras toscas y pesadas, y adornos desmañados (1).

Resiéntense sus monedas de este mal gusto y de esta imperfeccion artística, notándose en ellas al propio tiempo incorreccion de dibujo y falta de solidez. Ordinariamente representan en su anverso la cabeza y nombre del rey, y en su reverso el de la ciudad en que se acuñaron. Los reyes que batieron moneda fueron diez y ocho desde Liuva hasta Rodrigo, y muchas las ciudades en que se acuñaba, principalmente las metrópolis de provincia. Desde Recaredo casi siempre la cabeza de los reyes lleva las insignias reales introducidas por Leovigildo. Los caractéres de sus exergos son muchas veces ilegibles ó de difícil interpretacion, y se da á los monarcas los dictados de *Inclitus, Justus, Pius, etc.* Algunas representan en el anverso una *Victoria* toscamente delineada. La mayor parte eran de oro y de plata ó plata sobredorada: batiéronse pocas de cobre, en razon á las infinitas de este metal que se conservaban de los romanos. Las mas usuales eran la libra, el sueldo, la semisa, la tremisa, la siliqua y el denario (2).

(1) Sobre esto puede verse á Ponz, Viage de España, tom. I.
(2) La libra de oro hacia 72 sueldos.
El sueldo de oro, 24 siliquas.
La semisa era la mitad del sueldo.

Las inscripciones lapidarias se escribian en latin; y faltas do mérito como obras artísticas, no merecen gran consideracion sino en cuanto pueden servir para confirmar ó rectificar las fechas de las épocas ó sucesos de la historia: su ortografía no muy exacta ni esmerada, y muchas veces confusa.

V. Hemos bosquejado el cuadro de la situacion do España bajo la dominacion de los visigodos: hemos trazado su marcha sucesiva en lo material y en lo moral y político: hemos descrito su organizacion religiosa y civil: hemos mostrado las relaciones que se fueron estableciendo entre los diversos poderes del estado, y el carácter y fisonomía de su constitucion: hemos dado idea de su civilizacion en lo político, en lo literario, en lo artístico y en lo industrial. Nada mas interesante para el filósofo, y en general para el lector que se propone sacar fruto de la lectura histórica, que conocer la situacion en que se halla un pueblo cuando va á sufrir una trasformacion social, que es el caso en que se encuentra la España en la época á que llegamos, invadida por otro pueblo estraño que la va á dominar y á mudar enteramente su condicion. España va á entrar en un nuevo periodo de su vida.

Al despedirnos del pueblo godo, podríamos repetir con el autor del discurso que precede al Fuero Juzgo: «Fué una grande época, un periodo interesante... el que corrió desde el siglo V. hasta el VIII... Fué una gran nacion la que venció á los romanos, rechazó á los hunos, sojuzgó á los suevos, y se estableció desde el Garona hasta las columnas de Calpe. Fueron una gran iglesia y una gran literatura las que tuvieron á su frente á Ildefonso y á Eugenio, á Leandro y á Isidoro. Y fué mas grande aún, que todos estos elementos que le dieran vida, el célebre código que nació en esa sociedad, que ordenó esa monarquía, que caracterizó esa época, que fué redactado por esos literatos y esos obispos. Cuando faltas y yerros por una parte, cuando la ley de la naturaleza por otra, acabaron con el pueblo y con sus monarcas, con los próceres y con los sacerdotes, con el poder y con la ciencia de aquella edad, el código se eximió justamente de ese universal destino, y duró y quedó vivo en medio de las épocas siguientes, que

La tremisa, la tercera parte del sueldo.
La siliqua, la vigésima cuarta parte.
La libra de plata se componia de 20 sueldos de plata.
El sueldo de plata, de 40 denarios de cobre.

Equivócase Mariana haciendo derivar los ducados modernos del tiempo de los godos, y atribuyendo á los duques el derecho de batir moneda en las provincias de su mando. Sobre monedas de los godos pueden consultarse, Florez, Medallas; Velazquez, Conjeturas sobre las medallas de los godos; Masdeu, Coleccion preliminar de lápidas y medallas de los godos y árabes; Cantos Benitez, Escrutinio de monedas, donde se dan largas y minuciosas noticias acerca de las de los godos.

no solo le acataron como monumento, sino que le observaron como regla y se humillaron ante su sabiduría.»

Nosotros, sin constituirnos en apologistas de los godos ni de su sistema de gobierno, cuyos defectos hemos apuntado, añadiremos, por último, que si hemos de juzgar de la civilizacion de un pueblo, no por el ostentoso aparato de los triunfos militares comprados á precio de sangre humana; no por el brillo esterior de pomposos espectáculos, que fascinan y corrompen á un tiempo; sino por su mayor moralidad, por el menor número de inútiles matanzas de hombres, por el mayor respeto á la humanidad, á la propiedad, á la libertad individual de sus semejantes, por la mayor suavidad de sus leyes y de sus castigos, por su mayor justicia y su mayor consideracion á la dignidad del hombre, España debió grandes beneficios á un pueblo que modificó y alivió la dureza de la esclavitud, que abolió la bárbara costumbre de entregar los hombres á ser devorados por las fieras del circo, que hizo menos mortíferas las guerras, que economizó la pena de muerte, que consignó en sus leyes la libertad personal, y que le dió, en fin, una nacionalidad y un trono que no tenia. Bajo este concepto la civilizacion goda aventajó en mucho á la romana, como guiada aquella por el principio civilizador y humanitario del cristianismo. Asi, al través de sus defectos de constitucion, de las leyes bárbaras conservadas en su código, de los regicidios que mancharon el principio y el fin de su dominacion, y de otros males de que no pretendemos eximir aquel periodo de tres siglos, incomparablemente menos terrible para España que lo fué para los pueblos de Europa, la sociedad siguió su marcha progresiva, aunque lenta, hácia su mejoramiento social. Ahora retrocederá otra vez, para encontrarse mas avanzada al cabo de centenares de años, que tal es y tan pausado y por tantas contrariedades interrumpido el desarrollo de la vida de la humanidad.

Nombres antiguos.	Nombres modernos.	Provincia actual á que pertenecen.
Baccia.	Baeza.	Jaen.
Bæcula Bætica.	Bailen.	Jaen.
Bætis civitas.	Sevilla.	Sevilla.
Bætullo ó Bætullona.	Badalona.	Barcelona.
Baniana.	Baena.	Córdoba,
Barcino, Colonia Favencia Julia.	Barcelona.	Barcelona.
Bargiacis.	Torquemadá.	Palencia.
Bastilippo.	Viso del Arcor.	Sevilla.
Basti.	Baza.	Granada.
Beatia, Becula ó Biacia.	Baeza.	Jaen.
Bella, municipio.	Belchite.	Zaragoza.
Bercicalia.	Casarrubios del Monte.	Toledo.
Bergidum Flavium.	Castro de la Ventosa.	Leon.
Berguisia.	Balaguer.	Lérida.
Bilbilis, municipio.	Calatayud.	Zaragoza.
Birovesca.	Bribiesca.	Burgos.
Blanda, municipio.	Blanes.	Gerona.
Bletisa.	Ledesma.	Salamanca.
Brigantium y Flavia Lambris.	Betanzos.	Coruña.
Britonia ó Britonium.	Bretoña (Santa María de).	Lugo.
Bergitanum, Municipium bugitanense.	Bejijar.	Jaen.
Burtina ó Bortine.	Almudevar.	Huesca.
Burum.	Buron.	Leon.

C.

Caristios: confinaban por Norte con el Occéano cantábrico; por Poniente con los autrigones; por Mediodía con los berones y por Oriente con los bárdulos. Comprendian dentro de sí la parte Oriental del señorío de Vizcaya, la Occidental de Guipúzcoa hasta el rio Deva, y en la provincia de Alava las hermandades de Aramayona, Villareal, Campezu, Marquinez y el condado de Treviño.

Carpetanos: confinaban por el Norte con los vaccéos y arevacos, por Oriente con los celtiberos y olcades, por Mediodía con los oretanos, y por Poniente con los vettones, y acaso tambien con los lusitanos.

Celtiberos: confinaban por Oriente con los edetanos y con los lobetanos en las inmediaciones de Albarracin y Cuenca; por Norte con los vascones en las faldas septentrionales del Moncayo; con los berones en la cordillera de los montes Idubedas que separan las provincias de Logroño y Soria; y por Mediodía llegaban hasta cerca del Tajo, de manera que ocupaban una parte no pequeña del reino de Aragon y las provincias de Soria, Guadalajara y algunos pueblos de Cuenca.

Cerretanos: Situados á las faldas del Pirineo entre los indigetes y los eligetes.

Coniscos: empezaban hácia la parte de los montes de Oca, y seguian hácia el nacimiento del Ebro por entre los murosgos y autrigones.

Contestanos: sus límites principiaban en la costa entre Verá y Cartagena, y seguian hasta el pueblo y rio llamado Sucro, comprendiendo dentro de ellos Cartagena, y las ciudades de Illici, Xátiva y Denia.

Cosetanos: ocupaban todo el territorio que media entre Tortosa y Tarragona, ambas inclusive.

Cuneos: asi se llamaban los que habitaban hácia el cabo de Santa María entre el Guadiana y el promontorio Sacro.

Nombres antiguos.	Nombres modernos.	Provincia actual á qué pertenecen.
Calsia, Melisa.	Barajas (castillo).	Ciudad-Real.
Cœpionis turris.	Chipiona.	Cádiz.
Cæsaraugusta y Salduba colonia.	Zaragoza.	Zaragoza.
Calagurris Julia Nasica.	Calahorra.	Logroño.
Calagurris Fibularia.	Loarre.	Huesca.
Callet Astigitana.	Alcalá la Real.	Jaen.
Calpe y Heraclea.	Gibraltar.	
Calpe.	Calpe.	Alicante.
Calpurniana.	Cañete de las Torres.	Córdoba.
Campus Manium.	Campomanes.	Badajoz.
Canama, Municipium Camanense.	Villanueva del Rio.	Sevilla.
Cappagum, ó Cipia.	Chiclana.	Cádiz.
Cara, Carense.	Santa Cara.	Guipúzcoa.
Carbona.	Carmona.	Sevilla.
Carica.	Calera (La).	Badajoz.
Carmonia, municipium.	Carmona.	Sevilla.
Carthago nova, Colonia victrix Julia.	Cartagena.	Murcia.
Cartima ó Certina, municipium.	Cártama.	Málaga.
Cascantum.	Cascante.	Navarra.
Caspe.	Caspe.	Zaragoza.
Castra Cæcilia.	Cáceres.	Cáceres.
Castra gemina.	Marchena.	Sevilla.
Castra Julia.	Trujillo.	Cáceres.
Castra Viniana, Julia regia.	Baena.	Córdoba.
Castrum Altum.	Segura de la Sierra.	Jaen.
Castrum Bilibium.	Haro.	Logroño.
Castrum Octaviani.	San Cucufat del Vallés.	Barcelona.
Castrum Sigerici.	Castrojeriz.	Burgos.
Castrum Vergium.	Berga.	Barcelona.

CAPÍTULO VI.

TEODOSIO EL GRANDE.

De 380 á 395.

CAPÍTULO VII.

LOS BARBAROS.

De 395 á 414.

CAPÍTULO VIII.

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA

BAJO EL IMPERIO ROMANO.

LIBRO IV.

DOMINACION GODA.

CAPÍTULO I.

DESDE ATAULFO HASTA EURICO.

De 414 á 466.

CAPÍTULO II.

DESDE EURICO HASTA LEOVIGILDO.

De 466 á 572.

CAPÍTULO III.

LEOVIGILDO Y RECAREDO.

De 572 á 601.

CAPÍTULO IV.

ORGANIZACION RELIGIOSA, POLITICA Y CIVIL DEL REINO GODO-HISPANO HASTA EL SIGLO VII.

CAPÍTULO V.

DESDE RECAREDO HASTA WAMBA.

De 601 á 672.

PÁGINAS.

CAPÍTULO VI.

WAMBA.

De 672 á 680.

CAPÍTULO VII.

DESDE ERVIGIO HASTA RODRIGO.

De 680 á 709

CAPÍTULO VIII.

RODRIGO

ULTIMO REY DE LOS GODOS.

De 709 á 711.

PÁGINAS.

CAPÍTULO IX.

ESTADO SOCIAL DEL REINO GODO-HISPANO EN SU ÚLTIMO PERIODO.



